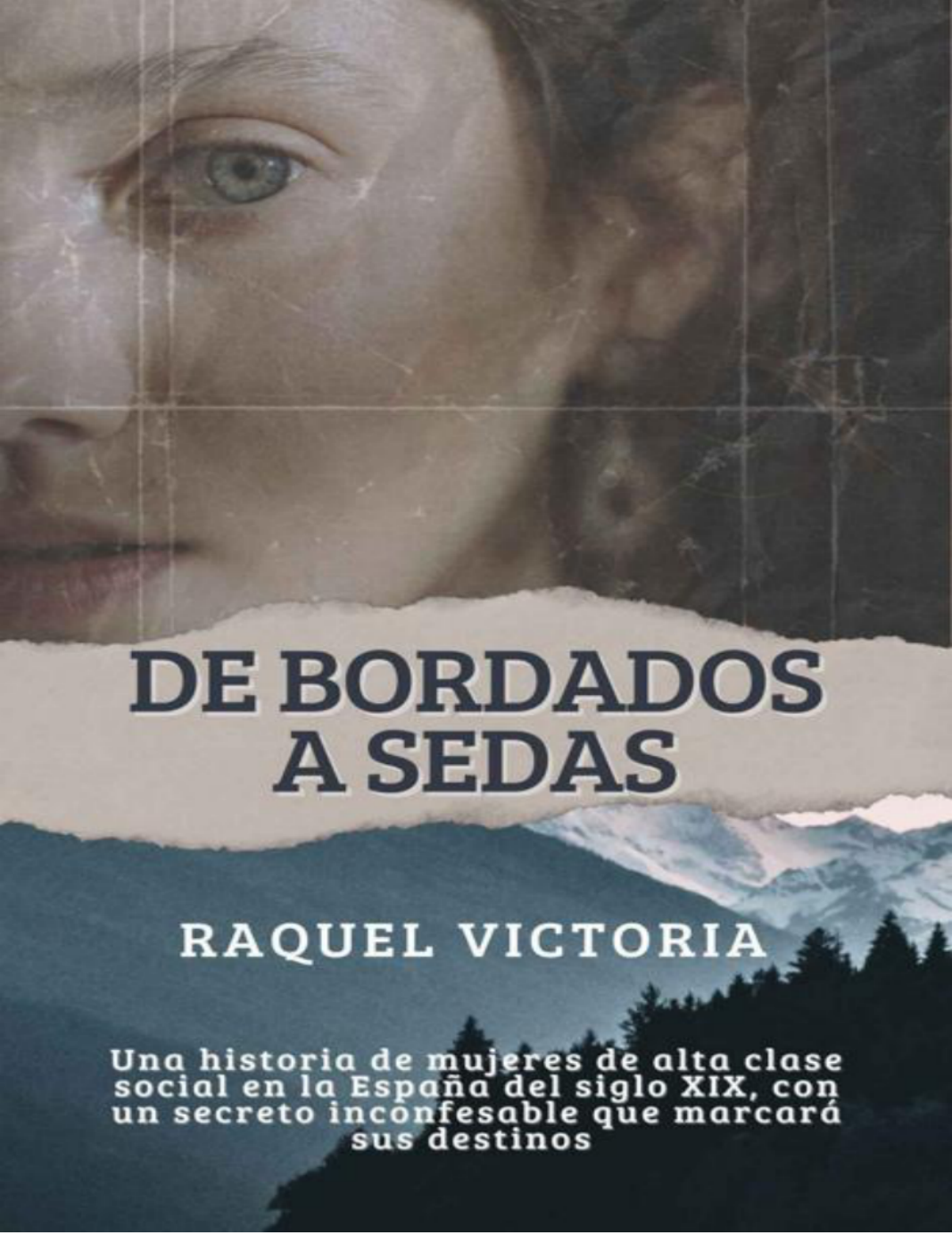


DE BORDADOS A SEDAS

RAQUEL VICTORIA

Una historia de mujeres de alta clase social en la España del siglo XIX, con un secreto inconfesable que marcará sus destinos

DE BORDADOS A SEDAS

RAQUEL VICTORIA

Título de la obra literaria: DE BORDADOS A SEDAS

Autora de la obra literaria: RAQUEL VICTORIA

Diseño de la portada: RAQUEL VICTORIA

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Primera edición: julio de 2023

© 2022, Raquel Victoria Morea

ASIN:

A mi abuela Victoria, en su profunda y dolorosa añoranza, resplandor de mi creatividad; ella reside perpetuamente en los encajes de mi alma.

Siempre, a Juan, quien ocupa hasta el último resquicio de mi corazón y me acompaña en la abrupta travesía, a la vez que maravillosa, que es la vida; él me ha regalado la solidez de un cayado en este sendero literario.

Muy especialmente en memoria de mi tía abuela Lupe, mi segunda abuela, las costuras que nutren mi espíritu se cosen a ella en cada amanecer;
y de mi tía abuela Sofía, a quien no conocí, pero su urdimbre se entrelaza conmigo formando un irrompible nudo.

A mi prima Silvia, en su hondo recuerdo, referente en mi horizonte y el brillo de mi latido.

A todas las mujeres del mundo, de antes y de ahora, que han tenido que pasar su desgraciada existencia siendo esclavas de otros; con la esperanza puesta en los vientos del futuro, para que logren extinguir estas situaciones.

A mis lectoras y lectores, porque son quienes prenden la llama de mis libros, alimentándola hasta tocar el firmamento y haciéndose eco de la voz de mis palabras.

«*Como enjambre de abejas irritadas,*
de un oscuro rincón de la memoria
salen a perseguirme los recuerdos
de las pasadas horas.

Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil!
Me rodean, me acosan,
y unos tras otros a clavarme vienen
el agudo aguijón que el alma encona.

Gustavo Adolfo Bécquer»

«*Hojas marchitas*

Las rosas en sus troncos se secaron,
los lirios blancos en su tallo erguidos
secáronse también,
y airado el viento arrebató sus hojas,
arrebató sus hojas perfumadas
que nunca más veré.

Otras rosas después y otros jardines
con lirios blancos en su tallo erguidos
he visto florecer;
mas ya cansados de llorar mis ojos,
en vez de llanto en ellos, derramaron
gotas de amarga hiel.

Rosalía de Castro»

PRIMERA PARTE

Bordando la urdimbre

1

PREPIRINEO ARAGONÉS. NOCHEVIEJA DE 1867

La luz que desprendía la lámpara de gas nos inundaba y envolvía suavemente bajo su halo, a la vez que, con bastante claridad, refulgía dentro de aquella tenue penumbra que poco a poco iba invadiéndonos; y lo hacía en la espaciosa alcoba que compartíamos entonces Blanca y yo. El expresivo rostro de mi hermana Blanca eclipsaba completamente mi mirada: aquella que muchos rehuían porque intuían en ella un fondo quizá inaccesible; sin embargo, Blanca poseía un don especial para descifrar los entramados códigos que solían rondar por mi mente y ahondaban en mi característica forma de observar el mundo. El rico mobiliario que nos rodeaba quedaba embellecido, más aún, por los finos reflejos del ocaso que se fundían con los destellos que la luz artificial prodigaba por toda la estancia. Fuera, en la lejanía, el rumor del bosque iba aletargando con cadencia sus susurros, las faldas de la montaña pronto se adentrarían en los cegados senderos que iría trazando la noche y, poco a poco, la silueta de nuestra legendaria casa descansaría sobre sus sólidos cimientos y continuaría guardando, entre los recovecos de sus piedras, el inmutable recuerdo de nuestra longeva familia, que llevaba habitando esta misma imperturbable casa que me vio nacer desde mucho tiempo atrás, y donde muchas generaciones antes que yo misma colmaron sus vidas o las vieron languidecer.

Blanca siempre aceptó nuestra posición como si fuera un deber inalterable o una rígida obligación trenzada con hilos imposibles de romper; en cambio, para mí siempre fue una lucha interna, un continuo recorrido en el que he tenido que saltar obstáculos, o intentar esquivarlos, y en el que todavía sigo inmersa. Para mi desgracia, nací en una cuna que se empeñan todos en alzar; el rango de nuestro apellido toca de lleno con las fauces de la pequeña nobleza inscrita en esta, nuestra tierra. Lo que para otros sería un auténtico privilegio, para mí supone un peso extremo que me cuesta sobrellevar, igual que si cada día tuviera que cargar con esta maciza casa y la llevara colgada, como un venerado símbolo, en mi propia espalda. Aquí, en el espesor umbrío del Prepirineo que nos alberga, Altospinos nos ha ido modelando, forjándonos a nosotros de una manera distinta que a la gente del común. Aun con todo, aquel día, el entusiasmo iba surcando mis canales interiores; porque esa noche los farolillos

suspendidos de la calle encenderían la apertura de un nuevo año, y el casino del pueblo grande nos iba a abrir las puertas a Blanca y a mí por primera vez entre el lujo social que nos salpicaba.

Aquel difuminado atardecer, mientras terminaba de arreglarme con la ayuda de Camelia, una de nuestras sirvientas, vi que Blanca me observaba con una actitud que creí entender que era de absoluto reproche. Ya que, sin pedir permiso, yo misma le había indicado a Camelia que dejara caer algunos mechones de mi cabello, sugiriéndole —pese a las inevitables murmuraciones que suscitaría— que los soltara del estirado recogido que llevaba largo rato peinándome.

—No puedes presentarte así en la fiesta, y lo sabes.

Miré a mi hermana con una media sonrisa pintando mi rostro.

—¡Bah! ¿Tú crees que se van a fijar en mi peinado? Solo van a estar pendientes del momento cumbre: el cambio de año.

Blanca no se daba por satisfecha.

—Haz lo que te plazca, Azucena. Siempre lo has hecho. Pero te aseguro que Verónica no lo va a aprobar.

Justo en ese instante, la esbelta figura de mi hermana mayor, Verónica, apareció de repente, plantándose con su habitual porte lleno de elegancia ante el umbral de la alcoba. Me inspeccionó de arriba abajo, igual que había visto hacer miles de veces con esa otra gran familia que componía, al completo, la servidumbre que teníamos bajo nuestro acogedor techo.

—¿Así es como pretendes presentarte en sociedad? ¿Esa es la refinada educación que has recibido en esta santa casa? —Se giró hacia la sirvienta—. Camelia, recógele ahora mismo esos mechones. Sujétaselos bien fuerte con las horquillas, porque no quiero ver ni un solo cabello fuera de su lugar, ¿comprendes?; y no vuelvas a subestimarme, aquí la autoridad soy yo, no mi hermana.

Después de inclinarse en una acusada reverencia, nuestra criada, con voz titubeante, le respondió:

—Sí, por supuesto, doña Verónica, como usted mande.

Mi hermana Verónica salió de la alcoba con paso decidido, no sin decirnos antes que nos diéramos prisa, ya que el carruaje esperaba con impaciencia en la entrada principal de la casa, bajo el imponente escudo que hacía que cualquiera que atravesara el portón, quedara totalmente admirado. Verónica tenía que infundir autoridad para hacerse valer, y así, que todos supieran mostrarle el respeto que creía merecer; pero, en realidad, yo sabía que ella escondía un corazón que revoloteaba libre a cada paso, aunque, por descontado, no tenía permitida su abertura a nadie. Aun así, funcionaba exactamente igual que el mío, solo que yo estaba totalmente dispuesta a hallar la llave de todos sus cerrojos.

2

PREPIRINEO ARAGONÉS. OTOÑO DE 1865

Era a punto de amanecer cuando una fuerte ráfaga de viento barrió de pared a pared toda la casa, haciendo que los postigos de las ventanas lanzaran tras de sí tal ensordecedor gruñido que, irremediablemente, me desvelaron de forma súbita. Era todavía muy temprano, pero me fue imposible volver a conciliar el sueño, así que me acerqué con mucho sigilo a la ventana, me asomé ligeramente y me dispuse presta a entornar mis ojos ante una estampa nocturna que pronto traería el alba. Me quedaba embelesada, en muchas ocasiones, observando aquel paraje que parecía volver a nacer de entre las sombras: una visión arrebatadora y mágica que se convertía en ese agitado remolino de vivos colores derramándose, en brillante cascada, cuando hacía su aparición el vibrante disco solar que anunciaba un nuevo despertar.

El continuo trajín de los meses pasados iba disipándose conforme avanzaba el otoño. Pronto las nieves perpetuas de las cumbres más elevadas irían desperdigando sus compactos copos, desmenuzándolos sobre los tupidos bosques que rodeaban a Altospinos, nuestro pequeño pueblo. La mayoría de los jornaleros ya habían ido bajando hacia la tierra llana, seguramente rezando para que las filas de la indigencia no volvieran a colarse entre sus andrajosos ropajes otro invierno más. La verdad es que yo misma no podía siquiera entrever ni comprender nada de aquello que acontecía por doquier, en mi derredor, solamente la voz incuestionable de mi madre era la que nos hablaba, casi en susurros, de aquellos pobres desdichados. Entre todas las consabidas lecciones que nos inculcaba, una era la de compadecernos ante aquellos menesterosos que no habían tenido la suerte de nacer arropados sobre el tacto de unas sábanas profusamente bordadas, sino que habían venido al mundo entre el pestilente olor de la paja de un mísero pesebre, tal y como alumbraban los propios animales. Francamente, por aquel entonces, no prestaba demasiada atención a estas estrambóticas conjeturas que sacaba mi madre, así como igualmente demostraban su desinterés todos nuestros parientes, nuestras amistades más cercanas y nuestro íntimo círculo social, del cual jamás salíamos. Con quince años recién estrenados en los últimos días que otorgó el verano —o dando paso al incipiente otoño, según se mirase—, aquellos temas aún no levantaban ni un ápice de mi

inevitable curiosidad. En cambio, el aroma inconfundible de las flores del espliego embriagaba mis sentidos, llevándome a inspirar con fruición los olores desparramados por el campo; el murmullo de los arroyos aleteaba irremediable en mis oídos, sintiendo, cada vez que andaba cerca, cómo el agua resbalaba por sus orillas al igual que los fluidos acompasaban mis arterias; o el rítmico zumbido de las abejas construyendo su jerárquica coreografía, que me invitaban a navegar endulzando mis labios de sueños. Todo aquello, que me envolvía plenamente, toda la exuberante naturaleza que se tendía hacia mis pies asilvestrados, domándome, acariciándome, manteniéndome expectante; era realmente todo aquello lo que me alejaba del letargo y me conducía, sin cesar, a poder indagar aquí y allá, o a querer descubrir a mayor distancia que la que, sin duda alguna, podían ofrecerme las inertes piedras que izaban mi casa y cercaban de altas vallas mis largos paseos mentales. Es por eso que entonces mi corazón estaba poblado por una indiferente ceguera que no veía surcos de compasión rondando por ningún lado, y que, sin embargo, no tardaría en caer, en ir deslizando con inusitada cadencia sus apretadas vendas para mostrarme el lado empañado del espejo; aquel que escurría el llanto de los necesitados, de los sin hogar, de los oprimidos.

Ensimismada como estaba en todos aquellos fugaces pensamientos, ni me di cuenta de que Blanca ya se había desperezado y Camelia entraba en nuestra alcoba, justo en aquel instante, para ayudarnos a vestirnos y peinarnos adecuadamente como requería nuestro inmaculado estatus. Odiaba aquel ceremonioso ritual de todas las mañanas, sobre todo, cuando Camelia me abrochaba el dichoso corsé y no paraba de apretar las cintas hasta que casi me faltaba el aliento. Nunca había llegado a comprender por qué las mujeres teníamos que quedar, día tras día, aprisionadas por una prenda femenina que resultaba tan sumamente incómoda. ¿Era necesario caminar, desde que te levantabas hasta que el último rayo de luz traía la noche, con esa insana presión entre el pecho y las costillas? ¿Era verdaderamente imprescindible resaltar nuestra figura erguida con semejante coraza? El corsé no me permitía montar a horcajadas a Azabache. Él era mi caballo de pura raza, con él volaba por las umbrías del bosque como si fuera un zagal; solo había una forma de que el aire me rozara los pómulos, cortara mis mejillas y lamiera mis impulsos: me deshacía rápidamente de la rigidez del corsé en cuanto Azabache y yo galopábamos bajo las entrelazadas ramas de los árboles.

Observé detenidamente a mi hermana Blanca, sin entender su fiel resignación, mientras Camelia le preguntaba:

—¿Quiere que le estire más el lazo, o será ya suficiente por hoy, señorita Blanca?

Vi cómo Blanca se ladeaba un poco, mirándola de reojo.

—Si no te importa, Camelia, me gustaría que lo ciñeras algo más. Sé que así está bastante prieto el corsé, pero es que hoy, ya sabes que acompañaremos a mi madre a visitar a una de las familias pobres del pueblo de abajo, y debo presentarme allí con la cabeza bien alta y la espalda muy recta, guardando mi mejor compostura.

No pude más que esbozar una espontánea sonrisa, más bien, fue una risa sin disimulo alguno. Por supuesto, ambas se volvieron de inmediato y mi hermana intentó corregirme, como era su costumbre habitual.

—No sé qué es eso que te puede hacer tanta gracia, Azucena. A veces, tus impertinencias me llevan a acordarme de cuando éramos niñas y correteábamos, como auténticos zagales, por cualquier sendero lleno de barro.

La miré interrogante.

—¿Y…? ¿Qué me quieres decir con eso?

Sus ojos se lanzaron hacia los míos, fulminándolos.

—Creo que ya te lo he dicho con suficiente claridad, ¿no lo ves?

Me volví hacia la calle, divisando de nuevo el fresco rocío exhalado por las laderas de la montaña; luego, me giré hacia ella.

—Pues no. No veo nada. ¿A qué te refieres? Nos harías un favor si pudieras explicarte a fondo por una vez, ¿no te parece, hermana?

Blanca agachó levemente la cabeza.

—Está bien. Únicamente lo hago por ti, en tu favor. Tienes que amoldarte a las normas sociales, aun cuando no sean del todo de tu agrado. Es como debe ser, Azucena. Hazte a la idea, porque ni Verónica ni madre te van a permitir salirte de la raya, y lo sabes, ¿o no?

No soportaba cuando Blanca, aun siendo yo un año mayor que ella, me inducía a vislumbrar todas las cosas por el delgado agujero de la aguja; pero, en realidad, sabía que tenía razón, no quedaba alternativa: el destino nos enhebraba a un selecto ojal, al cual pertenecíamos.

—Me disgusta que estés en lo cierto, porque todo sería más fácil de otro modo. Si supieran dejarnos respirar sin… eso — dije, señalándole a Camelia mi corsé. No me quedaba otra que pasar el suplicio de tener que ponérmelo, al igual que a mi hermana. Y añadí después—: En fin, estoy preparada, Camelia. Adelante, soy toda tuya.

Mientras Camelia me lo iba anudando, eso sí, siempre intentaba dejarlo lo más flojo posible, ella me conocía bien y se aliaba conmigo; de pronto, sin esperarlo, apareció Verónica. A partir de ese momento, todo lo demás sucedió con gran celeridad. En un abrir y cerrar de ojos, Camelia se apresuró a dejarnos de punta en blanco y con los bucles del cabello perfectamente torneados bajo el laborioso peinado, como era de esperar.

Tan solo unos momentos más tarde, nos encontrábamos en el comedor (ahora que se acercaban los días gélidos del invierno, comíamos allí, puesto que era un espacio más recogido que el salón y el brasero calentaba mejor, además de situarse resguardado detrás de la cocina y el hogaril) mientras nos servían el delicioso desayuno: tostadas de pan con miel y un humeante chocolate.

Terminé la primera de desayunar, así que, por deferencia hacia el resto de miembros de mi familia, me quedé pacientemente esperando a que los demás acabaran. Pienso que fue el límpido amanecer que enjugó de belleza el paisaje, aunque, a decir verdad, no consigo desentrañar de qué manera ni por qué, pero el caso es que intuí que tenía que ser en ese preciso momento, que lavó los regueros de mi cerebro, desasiéndolos del letargo, en el que comencé a palpar, sin pretenderlo siquiera, esas partes intocables de mi tronco familiar.

Posé mis impulsivos ojos color de la miel en las apagadas órbitas oculares de mi madre. Ella ostentaba el apellido que nos daba nombre; que nos situaba en un peldaño de la sociedad inalcanzable para muchos otros, quienes jamás podrían siquiera apoyarse ni, mucho menos aún, pisar en su penosa existencia; que enarbolaba la absoluta comodidad que nos enaltecía. Enfrente de mi madre, mi padre imponía a sus súbditos su férrea autoridad. Él era una persona que se había fraguado con el fragor de la piedra. Muchas veces, reflexionaba sobre su figura paterna y me preguntaba a mí misma: ¿por qué le obedecen?, ¿por qué se cree que está por encima?, ¿por qué todos le llaman «amo»? Entonces, me respondía que también era nuestro propio dueño; el de mi hermano pequeño Valero, el de mi hermana mayor Verónica, el de mi hermana Blanca y, por supuesto, no podía dudarlo, era el dueño absoluto de la persona que le había dado todo lo que tenía: el lujo, la posición, su inmenso e indestructible poder. Porque, fruto de su matrimonio, mi padre recogió la herencia de mis abuelos maternos como una dorada lluvia de pepitas de oro recién caídas del cielo: extensas tierras de boj de mis parientes maternos, que unieron y aumentaron las que él ya poseía; una próspera ganadería que obteníamos de la cría de caballos, teníamos yeguas de pura raza y sementales para fecundarlas, con el resultado de unos potros que eran muy apreciados en las ferias; *arnales* en los que nuestras abejas fabricaban la más exquisita miel.

Don Abelardo era mi padre, el amo y señor de toda su servidumbre, pero también de todos nosotros. El miedo paralizaba mis entrañas cuando estaba a dos pasos de mí; era igualmente mi dueño, lo que él ordenaba indiscutiblemente iba a misa. Todos temíamos sus sermones. Sin embargo, ese día iba a ser otra visión insólita, la que nublaría mis adentros sin poder retroceder. Aquella ventosa mañana monté, con mi madre y mis hermanas, en la amplia calesa familiar, sin

saber que el cochero nos conduciría directas al otro lado del abismo. Emprendería entonces un profundo viaje sin retorno que marcaría el resto de mi vida, escociéndome tanto como nunca pensé que, sin cese alguno, sangrarían esas heridas que no podría adornar ya con la tibieza de mis elaborados bordados.

3

PREPIRINEO ARAGONÉS. OTOÑO DE 1865

Encaramada como estaba sobre el asiento del carruaje, habiendo asido con fuerza mis delicadas y delgadas manos a su portezuela, dejé que mis párpados se cerraran un instante durante el corto trayecto e inspiré, casi ruidosamente, aquel intenso olor que, cada año por estas mismas fechas, esbozaban los pliegues desnudos del otoño. Unos minutos después, los entreabrí lentamente; era algo prodigioso poder admirar las tintineantes cortinas que formaban los árboles en el momento oportuno de su hermoso despojo. Los ocres se desparramaban entre las columnas de naranjas, mezclándose en explosivo torrente con la suavidad de los colores castaños; era una coordinada orquesta repetitiva, un ciclo vital que volvía a sucederse y, sin embargo, el vigor enmascarado del bosque regresaba frotando mis mejillas, rozando las calas de mis pensamientos y enseñándome los punteados bordes de las hojas del quejigo, tal y como mis hilos querían bordarlas en las sábanas del ajuar. Me quedé largo rato absorta ante la exclusiva estampa que ofrecían a mi vista las lindes del traqueteante camino, mientras Verónica, Blanca y mi madre conversaban, tranquilamente, sobre la inminente parada que íbamos a realizar en auxilio de los más desfavorecidos.

Apenas me llegaban sus voces, eran como una letanía aburrida de palabras huecas.

Poco a poco, el murmullo dominante de mi madre me devolvió a la realidad, junto a ellas.

—¡Azucena, hija! Pero ¿qué modales son esos? Por lo menos, contéstame… Me debes el máximo respeto, nunca lo olvides. Seguro que estabas otra vez pensando en las avutardas, ¿no? Para variar.

Claramente, la tenía liada de nuevo, ni siquiera había prestado atención a aquello tan importante, según ellas, que debían de estar comentando.

—Perdone, madre. Andaba un poco despistada…, pero póngame ahora al tanto de lo que hablaban.

Fue Verónica, con su habitual altivez, y no mi madre, quien me puso los puntos sobre las íes.

—Siempre aleteando con tus pájaros poblando tu cabeza, ¿no es así, hermana? —Me miró con auténtico desprecio—. Madre nos estaba informando a Blanca y a mí, ya que tú no le estabas haciendo ningún

caso, de la exorbitante pobreza que hemos de encontrarnos en los míseros hogares que visitaremos a lo largo de esta jornada matutina.

La comisura de mis finos labios quiso abrirse en una sonrisa, pero el escrutinio de mi madre hizo que tal deseo se parara en seco. Aun así, respondí con arrojo.

—Me parece, Verónica, que tampoco es que haga falta curiosear mucho entre las tapas de los libros para ser conocedora de la situación, así como de las grandes penalidades con las que esa gente ha tenido que venir al mundo.

Mi madre advirtió, con bastante premura, que el ambiente entre mi hermana Verónica y yo se caldeaba por momentos. Así que decidió intervenir, apaciguando los ánimos entre ambas.

—Déjalo ya, Verónica. Sé que tu intención es buena al querer mostrarle a Azucena lo que tus ojos y tu corazón han observado ya, amargamente, en visitas anteriores —. Carraspeó un segundo y luego continuó—: No obstante, tus hermanas han de aprender por sí mismas a extender su caridad.

Un lapso de silencio fue exactamente lo que ocurrió seguidamente. Blanca ni siquiera rechistó; ella solía mantenerse al margen cuando las reprimendas se convertían en un diluvio mojando mis hombros. En general, era bastante callada, atendía siempre a razones, nunca causaba molestia alguna y el rosario colgaba de sus aterciopelados dedos, de día y de noche. A veces, lograba sacarme de mis casillas con ese excepcional comportamiento que la encuadraba, a todas luces, dentro del inamovible perfil de las mozas virtuosas. Aquello me exasperaba e, incluso, llegaba a desquiciarme, más aún, cuando a mí misma, en multitud de ocasiones, me costaba encajar en ese enclaustrado espacio que nos retenía a su antojo; que nos envolvía a su merced, columpiándonos en el inculcado modelo de una conducta intachable y suya, la correspondiente a los deseos ajenos, no a los propios. Tardaría mucho tiempo, quizá demasiado, en ser cómplice conmigo misma, en obtener esa revelación de nuestra condición femenina, y no me refiero a la de pasar el periplo de moza a mujer, no, no es eso. Me refería, simple y llanamente, a ser dueña de tu ser, de tu persona. Pero, ahora mismo, estoy adelantándome a los hechos, a aquellas circunstancias que manejaron la rueda de mis quince años, en plena y efervescente adolescencia. Como iba explicando anteriormente, Blanca constituía las bases de mi polo opuesto, siempre formulando oraciones en su paladar y, por supuesto, mi hermana cumplía a rajatabla con sus requisitos cristianos; siempre declinando la cabeza, en bendita obediencia y respeto allá donde sus pies le llevaran; siempre sacándote de apuros, calmándote con sus bellas palabras de consolación. Y es que, aunque nuestra íntima naturaleza nos había llevado a entender los avatares de este mundo que nos

albergaba de una manera tan distinta, nos queríamos con locura; no sé cómo, pero conseguíamos compenetrarnos y, además, nos influenciábamos mutuamente. A veces me da por pensar que éramos como un mismo espejo con dos vertientes bien diferenciadas; sé que éramos parte de un mismo tronco, y que nos necesitábamos, como uña y carne, la una a la otra. Sé que ese vínculo que nos unía de por vida, muy a pesar de nuestras constantes discusiones, lucharía por mantenerse firme, sin atisbo de rotura.

Al poco rato, la calesa, por fin, nos dejó enfrente de una de aquellas mugrientas casas, apiladas unas a otras como en tétrico desfile de polvo y harapos. Fue algo horrible; todo un torbellino de encontradas emociones me revolvió por dentro. Eran viviendas, si podía siquiera mentarlas con tal calificativo, totalmente inhabitables. Las fachadas estaban descascarilladas y con trozos desconchados, seguramente llevaban lustros y lustros sin encalar; en su interior no se podía respirar, era una estancia viciada y nauseabunda, donde los hediondos olores cortaban el aliento a todo aquel que se atreviera a penetrar en aquel lúgubre lugar. Aquella primera casa que visitamos me descompuso los intestinos, y de qué manera. Nada más salir, mientras mi madre se santiguaba y besaba, con devoción, las cuentas de azabache de su rosario, tuve que apartarme a un lado e, indigesta, vomité aquel dulce desayuno que se transformó, de repente, en repulsivo y agrio sabor. No solo aquellos infestados hogares me produjeron escalofríos; realmente fue el pavor que sentí al comprender, por vez primera, lo que mis melosos ojos enfocaban, dejándome helada. Una niña piojosa y sucia, con un vestido cosido a retales, me miraba buscando clemencia; era una mirada que pedía ayuda a gritos, que clamaba no ser ignorada, que apelaba por su misericordia y salvación. Esta desarropada niña apenas pasaría de los seis años, y no había duda de que padecía alguna enfermedad: estaba famélica y carecía, obviamente, de la energía que ronda alrededor de los niños en esos años infantiles, además, creí entrever unas pústulas rojizas en su pecho y facciones. Aquellos ojos suplicantes me acompañarían de por vida; fue uno de los días más difíciles, si no el primero, que puedo contemplar desde el arduo bagaje de mis recuerdos. Sin embargo, y aunque nuestras dádivas se dispersaron también en otras casas aquella mañana, entre el intenso dolor de estómago, del que ya no me desprendí, y aquellos pequeños ojos llameantes que me hablaron mudos, supe que mis tambaleantes pasos tendrían que armarse de valor para volver, de nuevo, a traspasar el paupérrimo umbral de aquella puerta, tras la cual, una pobre niña ansiaba agarrarse a los muros que cimentaba la vida.

Cuando llegamos a las consistentes puertas que abrían mi casa,

enclavadas bajo el majestuoso arco que atesoraba mi omnipotente linaje familiar, las náuseas que, a duras penas, había estado conteniendo, a punto estuvieron de hacer que mis jugos gástricos volvieran a precipitarse; logré controlarme, sin embargo, aunque no fui capaz de probar un solo bocado de la abundante comida que Camelia había mandado disponer sobre la mesa.

Me retiré en cuanto pude a mi alcoba, y pedí a mi hermana Blanca que cubriera mi ausencia esa tarde delante de mi madre, porque me asfixiaría si no podía salir un rato a desahogarme. Por supuesto, Blanca me reprendió por ello cuando me vio vestida con los calzones de nuestro hermano Valero.

—Pero, Azucena, ¿se puede saber qué haces vestida de esa guisa?

Le miré rotunda.

—Lo sabes muy bien. Me voy a que me dé un poco el aire…

Los ojos verdes de Blanca chispearon resignados.

—No, otra vez no, por favor. ¿Qué les voy a decir? ¡Ya no sé qué inventarme, hermana! Además, se está convirtiendo en una costumbre, y no quiero ni imaginarme lo que podría ocurrir si padre un día se enterara…

Le cogí el rostro con mis manos.

—No se va a enterar, te lo prometo. Diles que me encontraba exhausta después de la peregrinación de esta mañana. ¿De acuerdo?

—Está bien. Volveré a asombrarles con mi ensayado teatro por ti. Vete ya, antes de que cambie de opinión.

—Que Dios te lo pague, hermana. Muchísimas gracias.

Le di un beso en la mejilla y me encaminé presta hacia los establos. Mientras conducía a Azabache hacia la salida, escuché, de refilón, las excusas que Blanca interponía por mí.

—Sí, madre. Le aseguro que es lo que me ha dicho Azucena. Tenía el cuerpo un poco revuelto y se ha ido a acostar un rato a la alcoba.

Mi madre se quedó pensativa, y justo entonces intercedió Camelia en la conversación.

—Disculpe, doña Acacia, yo no he visto a Azucena subir a su alcoba hasta ahora.

Menos mal que Blanca fue rauda en responder.

—Sí que ha subido, Camelia. Le he acompañado yo, porque tú estabas llevando la bandeja del café a la cocina, y como Azucena se notaba bastante indispuesta, no te he querido molestar.

Camelia no dijo nada, y mi madre sentenció el asunto con sus palabras.

—Muy bien, Blanca. Vayamos, pues, al salón, y así me enseñas cómo has bordado los toques finales de tu mantelería.

Suspiré y monté a lomos de Azabache; recorrimos juntos la rojiza textura poblada de quejigos, que tanto había estado admirando horas

atrás. Le hice cabalgar sin resuello, para rozar la brisa de aquel atardecer que recortaba todos mis disfraces; que me provocaba sentimientos encontrados, perfilados en aquella niña que había deshilachado mi telón opaco. Un telón moteado de una pobreza que ya nunca me sería indiferente.

Cuando estaba devolviendo mi caballo a su lugar de reposo, vi a nuestro cochero, a lo lejos, junto a un atractivo mozo. En realidad, tendría que haber pasado desapercibida, por la cuenta que me traía, pero me picó la curiosidad y, escondida tras una de las altas tapias, crucé mi mirada un segundo con el apuesto mozo, al que oí que el cochero llamaba Amancio. Y después, me dispuse, sin entretenerme, a subir a trompicones las escaleras hasta mi acogedora alcoba. Aquella impulsiva mirada quedó grabada en mi conciencia, hasta tal punto que aquella noche mis sueños la recrearon con intensidad, como flechas difusas frente al negro laberinto del bosque prepirenaico.

4

ALTOSPINOS. OCTUBRE DE 1865

A la mañana siguiente, el efímero rastro de los sueños precedidos en los bosquejos oscuros de la noche, se había esfumado; solo el fugaz recuerdo del cochero acompañando a un joven mozo apoyado junto a las riendas de la calesa, era lo único que retenía ahora entre los pasadizos de mi memoria. Aunque, de alguna manera, sabía que mis delirios nocturnos habían tenido que ver con el tal Amancio, puesto que una borrosa visión me lo rastreaba; sin embargo, era totalmente incapaz de describirlos o desarrollarlos en este mismo instante.

Abrí con ahínco el postigo de la ventana y me asomé; me gustaba sentir el aire puro de aquellas tempranas horas chocando contra mis blancas facciones. Aquella nimia acción me hacía saberme desnuda y desarraigada de cintos, presillas o cordeles; me llevaba a deleitarme con los movimientos del bosque, haciéndome pensar que formaba parte de aquel enigmático entorno de seres que moraban en él, imaginándome entre ellos, extasiada por esa llovizna de indómita aventura que se cerraba a cal y canto tras las recias paredes de la casa que me dio cuna: Casal Villaserbal. Ya empezaba a refrescar, pero no me importaba, daba igual que fueran los últimos días del mes de octubre los que solaparan las esporádicas hojas de nuestro calendario, y daría lo mismo que, más adelante, fueran diminutos pedazos de hielo los que entumecieran mis pómulos, porque, verdaderamente, cada mañana desde que tenía uso de razón, necesitaba abrir de lado a lado la reforzada ventana de mi alcoba; aquella en la que Blanca y yo llevábamos refugiándonos desde nuestra inocente niñez; aquella donde nuestras más disparatadas ilusiones se habían fraguado, sin comprender entonces que, quizás, nunca llegarían a buen puerto; aquella donde las confesiones guardadas entre nosotras, no las había escuchado, recriminándolas, el severo y restrictivo sacerdote de Altospinos, sino que Blanca y yo las habíamos ido sellando con nuestros labios a lo largo de los años, cosiéndolas, puntada a puntada, en las puntillosas fibras de nuestros adolescentes corazones. Y es que en ese, a priori, insignificante acto de volver las hojas de la ventana cada vez que los rayos solares volvían a derretir las vendas de la noche, era justo mi momento; era ese idóneo segundo en el que aquel decorado marco de madera me mostraba el cuadro colorido del que se componía el mundo tras la senda correcta, porque ese universo

exterior era intocable para nosotras, las mujeres, que pasábamos nuestra vida recluidas en el interior de la casa, exponiendo, así, las pertinentes apariencias tras la fachada de nuestro apellido, replegadas en una metamorfosis que no conseguiría eclosionar. Indudablemente, nos veíamos relegadas a observar los avatares de las gentes que nos rodeaban, y lo hacíamos por medio de una ventana que se posicionaba hacia dentro del hogar. (Aunque todo esto lo iría aprendiendo más tarde, a mis quince años no podía intuir siquiera los devaneos que me aguardarían en la vida).

Después del dichoso ritual de la vestimenta, más todavía, al tratarse de un día dominical, que, aunque en mi devota familia la misa era de por sí obligada cada jornada cotidiana y fiesta de guardar también, el domingo era el día supremo en el evangelio; el día sagrado en el que no podía faltar nadie en el pueblo, por eso, después de engalanarnos con todo lujo de adornos, nos dispusimos para marchar hacia el pórtico de la iglesia. Pues mi madre, mis hermanas y yo teníamos que lucir nuestro traje de fiesta con más altanería y orgullo si cabe, motivo que me hacía detestar este día con mayor énfasis. En fin, ya toda acicalada, bajé con cuidado por las escaleras apoyándome en el pasamano bellamente labrado. Todos los peldaños estaban recubiertos por un marco de madera, así como el suelo de la sala, las alcobas y demás departamentos de la casa, como el exclusivo despacho de mi padre o la biblioteca que atesoraba volúmenes que habían sido recopilados, anteriormente, por otras generaciones de mi familia. El pavimento de todas estas estancias era de tarima, lo cual, impedía que el frío implacable del invierno penetrara y nos calara los huesos. (He de decir que, por aquel lejano entonces, no me percataba ni en lo más mínimo de estos minuciosos detalles, serían los sinuosos gajes del tiempo los que me harían acordarme de tales privilegios).

Mientras desayunábamos, de forma inusual, mi padre alzó su potente voz, que se escuchó imperturbable por todo el espacio que ocupaba el comedor. Don Abelardo, mi progenitor, presidía invariablemente la mesa desde el extremo principal de la misma; en cambio, pocas veces hablaba, a no ser que tuviera entre manos alguna noticia importante que confirmarnos a todos. Los únicos aditivos que pugnaban siempre por salir entre los manjares expuestos, eran indiscutiblemente las muestras de respeto o el saber mantener las formas.

Mi padre se quedó largo rato fijándose, detenidamente, en mi hermano Valero.

—Valero, he decidido que vas a ser tú quien se encargue mañana de vigilar al viejo abejero. A ver cómo le enseña los rudimentos del oficio al menesteroso ese —el rostro terso de mi padre se congestionó de improviso, haciendo una mueca de aprensión—, y de paso le echas

un ojo, que ya no está para muchos trotes, no sea que nos haga perder algún enjambre.

Valero se sonrojó hasta las orejas, no sabría decir si fue timidez, vergüenza o miedo por todo lo que se le venía encima; y mi madre, presta, respondió colérica a mi padre.

—Pero, Abelardo, por favor, ¿no ves la edad que tiene el niño? ¡Si ni siquiera ha dado todavía razón de los signos propios de la virilidad! ¡No ves que aún es un mocete imberbe!

Creí entrever una leve sonrisa maliciosa en las comisuras de los labios de mi padre, mientras, mirando por encima del hombro de mi madre, le objetaba:

—No soy ciego, Acacia. Sé perfectamente que al niño le falta alguna que otra primavera para hacerse un hombre como Dios manda. —Elevó los brazos hacia el cielo como para cerciorar lo que argumentaba—. Aun así, el mocete tiene que ir comprendiendo y atendiendo todos los entresijos de su rango, que un día no muy lejano le llevarán a gobernar esta santa casa, en la que ahora, por supuesto, soy yo el alto mando.

Vi cómo mi madre agachó, indefensa, la cabeza. Su anterior cólera se desvaneció con la rapidez de un rayo ante las incuestionables palabras de mi padre; era imposible llevarle la contraria, por su propio bien.

Mi padre sacó un libro de notas y un lapicero del bolsillo de su chaleco, y se lo ofreció a Valero.

—Aquí vas a ir apuntando todo lo referente a lo que hagan esos dos en cada uno de los abejares. Y cuando digo todo… digo todo, ¿entiendes, Valero?

Valero, tembloroso, asintió.

—Sí, padre. Anotaré también sus movimientos y cualquier conversación entre ellos que se salga de lo normal.

Ahora, mi padre esbozó una ancha sonrisa y, levantándose, le dio a mi hermano unas palmaditas en la espalda.

—Muy bien, hijo. Eso es exactamente lo que quería escuchar de ti.

Mi hermano Valero había cumplido recientemente los doce años, aunque estaba claro que mi padre no tenía intención de dejarle traspasar, con sosiego, la línea que marcaba la pubertad.

Mientras me encaminaba a la iglesia, que se ubicaba en la parte más alta del pueblo y muy cerca de mi casa, me quedé ensimismada pensando en la conversación familiar de antes. Más bien, me quedé cavilando sobre el joven mozo del abejar. Mi padre lo había llamado menesteroso; era un hablar, ¿o en realidad se había criado en los bajos fondos? No paraba de darle vueltas, así que me acerqué a Camelia, que debía estar pendiente de mis pasos hasta para asistir a los oficios religiosos, y, sin más preámbulos y en voz apenas audible, le pregunté:

—Camelia, ¿tú sabes quién es el mozo que va a cuidar de los abejares?

Camelia bajó la cabeza, signo de que iba a eludir aquella conversación conmigo.

—No, yo no sé nada de eso, señorita Azucena.

No iba a darme por vencida tan pronto, ni mucho menos.

—Venga, Camelia… Que sé, de buena tinta, que estás al tanto de todo lo que ocurre en el pueblo. Por favor, dime de dónde proviene el mozo. Es simple curiosidad y tú te sabes todos los chismes que pululan por ahí.

—Señorita Azucena, no me tire de la lengua… no me tire de la lengua…

Le puse esa carita que lograba ablandarla siempre.

—Está bien. Le pondré al corriente. Pero después, seré como una tumba, como si las frases no se hubieran articulado.

—Gracias, Camelia. ¿Ves cómo sabía que podía contar contigo y con tu discreción? Anda, cuéntame todo lo que sepas.

Camelia me explicó, con parquedad, que Amancio era como un hijo adoptivo de nuestro cochero. El muchacho, huérfano desde muy temprana edad, había dado con sus huesos en un orfelinato de la zona circundante. El cochero lo había visto después, en varias ocasiones, deambular sin rumbo entre la multitud de harapientos que, sobre todo cuando la cosecha era mala, poblaban las calles de la tierra llana. Por ello fue que se apiadó hondamente del pobre zagal, buscándole varias ocupaciones de jornalero hasta la fecha; y ahora que enseguida entraríamos en los meses más gélidos, otra vez se vería obligado a pisar la inmundicia de los callejones; motivo por el que, con la evidencia de la inmediata vejez del encargado de nuestros *arnales*, el cochero lo había sugerido para que pudiera suplirle cuando llegara el caso. Me daba a mí que nuestro cochero, soltero de toda la vida y a nuestro servicio desde que tengo recuerdo, comenzaba a notar las intangibles brumas de la soledad envolviéndole, y así, con Amancio cerca de él, el impacto de sentirse solo sería bastante menor.

Un rato más tarde de ocupar mi lugar reservado en la iglesia, arrodillada en el reclinatorio tallado que, en su base, ostentaba la letra V, inicial y símbolo del apellido familiar que representaba la alcurnia transmitida por mis antepasados desde tiempo inmemorial; un rato después, mientras dábamos un ligero paseo por la orilla del río Regal, me quedé embelesada observando la abundante flora que cubría el suelo a mi derredor. Se encontraba carente de flores, con la vaga presencia de colores apagados, dada la estación que estábamos atravesando; pero, sin embargo, las lluvias de la primavera traerían la explosiva viveza cromática, algo que no se me olvidaba como tampoco sus eficientes aplicaciones medicinales. No sé por qué fue ver aquellos

tonos pálidos que no albergaban renovados brotes ni frutos, lo que me hizo atisbar el éxtasis tintado de las diferentes formas y figuras florales contenidas tras el velo de mi memoria, además de fijar en mi cabeza la triste y penosa imagen de la pobre niña enferma que habíamos visitado, por caridad, el día precedente. Aquella nauseabunda estampa me había reconcomido por dentro y, otra vez, las escenas martilleaban en mi mente como la secuencia pausada de un cuadro que no se puede borrar con más y nueva pintura; no hay pincel preciso para ahuyentar a los demonios del pauperismo. Me reproché a mí misma, mientras el río fluía con sus corrientes cristalinas, el no haber meditado aquella mañana enredada en cúmulos grises, una solución o algún remedio que pudiera alejar a aquella pobre niñita de las turbadoras simas de la enfermedad; para intentar acercarla, sin más demora, a asentarse en los bancos asidos por los juegos propios de la infancia. Ahí estaba la clave que buscaba: me interesaría por el estado de salud concreto de la niña y, como no había médico ni boticario en los alrededores que se dignaran tratar a esta pobre gente, me encargaría yo misma de leer los manuales de hierbas medicinales, cuyos volúmenes se disponían entre otros en la espaciosa biblioteca de mi casa, para así poder aliviar y sanar a la niña enferma (todos en Altospinos y pueblos colindantes, desde los más pudientes —como era mi caso— hasta los más desfavorecidos, conocíamos a la perfección las utilidades sanitarias de las plantas; de hecho, nuestra miel y nuestra cera hacían milagros entre los estragos, y los tratados específicos de los libros me mostrarían con más nitidez la resolución acertada).

No me había dado cuenta siquiera de que Blanca estaba a mi vera, tan ensimismada como yo reflejándose en las aguas puras del río. Nos miramos mutuamente y nos sonreímos con dulzura; después, nos dimos con fuerza las manos y pusimos muy muy juntas nuestras cabezas. Miramos entusiasmadas nuestros rostros sobre las ondas que iba formando y deshaciendo el río. Era nuestra singular muestra de cariño recíproco, nos encantaba ver nuestro reflejo unido proyectándose en la transparencia caudalosa; nos hacía reanudar los lazos que rompíamos, apretándonos de nuevo con mayor intensidad; nos hacía entender que habitaba algo infinito entre nosotras que no concernía al resto, a nadie más, y que una tupida red de sentimientos bordados con el encaje del alma nos mantendría enramadas la una a la otra. Muchas veces, pensaba que el curso del río era semejante a nuestras vidas; sus meandros iban depositando los sedimentos que Blanca y yo almacenábamos, mutuamente, en el cauce hirviente de nuestros adentros.

Aquella misma tarde, otra transeúnte idea no paraba de rondar por mis veloces neuronas. De niñas, a Blanca y a mí nos entretenía y animaba, sobremanera, confeccionar lo que nosotras denominábamos

como: *Las radiantes historias que hilaban las flores*. Estas historias no suponían otra cosa que el ir identificando nuestras flores autóctonas: las residentes en los prodigiosos enclaves prepirenaicos. Blanca era capaz de memorizar sus diversos nombres, así como sus cualidades, y se convertía, ya de niña, en una enciclopedia andante; en cambio, a mí me fascinaba dibujarlas a carboncillo, demarcar su silueta y sombrear sus contornos, y era algo que surgía sin más: empezaba a delinear sus pétalos y ya no podía dejar de hacerlo hasta que no había terminado con el boceto del tallo. Ahora caía en la cuenta de que, con tanto bordar las entretelas del ajuar, ambas habíamos sepultado, al fondo inaccesible del arcón, aquella plácida manera de rellenar nuestras horas ociosas en las interminables tardes de invierno; lo habíamos trocado, sin misericordia alguna, por el tedio de la aguja. Comencé a rebuscar en el arcón hasta que, por fin, debajo de las ropas ya viejas y las prendas de cama, los fui vislumbrando uno a uno. El papel había amarilleado, pero los relieves vegetales seguían sobresaltando a mi vista y, también, a mis estímulos, que resurgían y retornaban del letargo en el que se habían sumido. Los volví a guardar en el mismo sitio donde habían permanecido olvidados, y no pude sino empezar a dar forma a un nuevo boceto. Poco a poco, el sinuoso perfil de una orquídea cogió volumen, moviéndose a ras del viento, y, cuando las estrellas de la noche cayeron punteando el cielo, ya acostadas, se lo conté a Blanca; se revolvió entre las sábanas y no pudo ocultarme que ella continuaba memorizando, mentalmente, la atractiva extravagancia de las flores y su designación científica.

Cuando, exhausta, mis párpados fueron cediendo a las horas de descanso, pensé en Blanca; sentí que el magnético universo que irradiaban las flores, volvería a ser un punto inflexible de unión entre nosotras. Fui plenamente consciente de que los nudos fraternos sobrevivirían ante cualquier cataclismo que anunciaran los teólogos, y que el curso inagotable del río nos mantendría a flote, nunca a la deriva.

5

ALTOSPINOS. PREPIRINEO ARAGONÉS. DÍAS OTOÑALES DE 1865

La luz de mediodía incidía directamente en mis melosos ojos cegándome casi, mientras miraba totalmente absorta por la ventana las figuras geométricas que reflectaba en el exterior. Las pistas que ahora serpenteaban por medio de las montañas, estaban sembradas de una crujiente alfombra de hojas caídas y resbaladizas; el implacable cierzo había tumbado ya muchos de los inestables nidos que colgaban, balanceándose, de las copas de los árboles, cuyos troncos desprovistos comenzaban a semejar esqueletos ramificados; el tamborileo de voces que normalmente solían propiciar los ocultos escondites, también se iba desvaneciendo a través de las madrigueras que quedaban en silencio; en conjunto, cuando el clamor de la naturaleza se aletargaba presintiendo las nieves del invierno que pronto vendrían, nuestra pétrea casa nos engullía tras sus resplandecientes paredes, adornadas por el más alto lujo y fausto. Sin embargo, ese descomunal destello de frivolidad que había gobernado desde siempre a mi familia, a mí me iba ahogando poco a poco, como si me fuera hundiendo en la poza de un caudaloso río, cada vez más cerca de rozar su sima, de toparme entre su limo; aun así, e increíblemente, mi voluntad se imponía ante todo aquello superfluo con lo que me agasajaban, pudiendo salir de tanto en tanto a la superficie, nadando con fuerza, ahínco y a contracorriente. No me gustaban las hieles que traía consigo la gélida estación, apenas salíamos del casal más que para los pertinentes servicios religiosos, para los cuales no había alud posible que interceptara su estática calzada. Esos meses en los que el trinar del abejaruco se hacía imperceptible, desapareciendo con él en su incesante migrar, el siseo de las abejas quedaba adormecido o el aullido de los lobos tan solo se atisbaba en la lejanía del monte; ese largo lapso de tiempo me sentía yo también postrada, hibernando entre fugaces pensamientos y lento palpitar, era algo así como construir una severa clausura en tu propia casa. Mi madre y mis hermanas lo aprovechaban para orar sin descanso, dando rienda suelta al recogimiento espiritual tan propio de las mujeres de nuestro rango. Aún faltaban unos cuantos días para que nuestro confinamiento habitual —que se repetía un invierno, y otro, y el que vendría después

— nos aislara totalmente del mundo de puertas para afuera durante una temporada. Sin duda, serían días tristes, por eso mi escrutadora y penetrante mirada no quería, aquel día, dejar de vislumbrar todo aquello que acontecía tras el tupido tapiz que implantaban nuestras piedras centenarias; aquellas que nos ofrecían techo y cobijo bajo el labrado artesonado aragonés de sus aleros de madera.

Ensimismada como estaba, no advertí la mirada inquisidora que delataba, muy a menudo, a doña Adelfa, nuestra institutriz. Me asusté de tal modo, que pegué un salto en el diván donde, un rato antes, me había aposentado junto a Blanca, que escuchaba con suma atención e interés a doña Adelfa (Verónica este invierno ya no recibiría las lecciones encaminadas a ser damas respetadas y respetuosas, ya que su aprendizaje había culminado el año anterior, estando ahora en edad casadera; empresa en la que mi madre se hallaba completamente ocupada: su misión era encauzar a sus hijas hacia un enlace marital bien avenido), y fue tal el brinco que di al oír su afilada voz, que mi manual de urbanidad acabó reposando en la tarima que recubría el suelo.

—Pero ¿en qué está usted pensando, señorita Azucena?, ¿qué es aquello tan interesante que ha visto tras la ventana, que la ha disuadido de la tarea en la que estábamos?

Nunca me había hecho ni pizca de gracia el modo en el que esta señora se dirigía hacia mí y hacia mis hermanas. Aun con todo, debía responderle.

—Discúlpeme, doña Adelfa. Me he distraído un momento. Un pequeño despiste lo tiene cualquiera…

No me dejó ni acabar la frase.

—Señorita Azucena, como siga así, no va a saber gobernar una casa, ni tampoco aprenderá a educar a sus hijos en la santa fe católica como está mandado —me pareció entrever una débil sonrisa en sus inmóviles labios—. Además, ¿quién va a querer pretenderla, si no se sabe todavía la mitad de los deberes y obligaciones de una buena esposa?

—Pero…

Esta mujer no dejaba ni hablar siquiera. Me cortó en seco.

—Basta ya de palabrería. Abra el libro por la página cincuenta y comience a leer desde ahí, desde donde pone: «la mujer perfecta ha de ser el ángel del hogar; casta, decente, recatada, virtuosa…».

Blanca y yo nos pasamos el resto de la mañana enumerando las dotes que una señorita, y más de alcurnia —como era nuestro caso—, debía poseer. Menos mal que llegó Camelia anunciando que podíamos proceder e ir al comedor, donde el almuerzo estaba ya listo. Nunca conocí a ninguna otra mujer que fuera más rigurosa y estricta que doña Adelfa; quizás mi madre e, incluso, Verónica también osaban

pisar esa misma línea, trazada con recta regla, sin embargo, la severidad de nuestra institutriz llegaba a jalonar los extremos. Estaba ya entrada en años, las canas poblaban hasta el último cabello que trenzaba su estirado moño, las arrugas surcaban cada ínfimo pliegue de su ajado rostro y a mi madre le doblaba la edad. No se le conocía hombre alguno en su aburrido transitar por la vida. Parece ser que se quedó para vestir santos y dedicó su labor a la enseñanza de niñas, a las que quería modelar a su imagen puritana, seguramente célibe, ya que las malas lenguas argumentaban que tuvo un pretendiente en sus días mozos, pero que tanto recato debió de acabar espantando al pobre muchacho, que la dejó compuesta y sin novio. Sé que mi madre la eligió precisamente por eso; sabía que era la persona idónea para inculcarnos, a mis hermanas y a mí, los dogmas católicos y sus sagradas escrituras, así como las vertientes de la inocencia y la mojigatería en los designios futuros de un buen matrimonio, por supuesto, salvaguardando así nuestro bien más preciado: la honra.

Seguramente, sería ya el último año que tendría que aguantar las consabidas reprimendas de doña Adelfa; el próximo invierno me tocaría entrar en sociedad. Al igual que ahora lo haría Verónica, todas pasaríamos, tarde o temprano, ese engalanado puente que traspasaba, abruptamente, los sencillos arroyuelos de la niñez, para escalar los desniveles de un valle donde el escaparate hacia la vida conyugal se mostraba disponible.

Comprendía que mi madre lo hacía por el bien de todas nosotras. Ella solo acataba órdenes, nada más. Mi abuela, que descansa en paz bajo los pilares del panteón familiar, instruyó fehacientemente a mi madre para que así fuera. Las mujeres de mi estirpe, una generación tras de otra, han ido forjando nuestro porvenir hacia ese lecho matrimonial jamás elegido por ninguna Villaserbal, sino que, más bien, ha sido impuesto deliberadamente por nuestras leyes distintivas; acuerdos que se rigen por las arcas patrimoniales.

Me hubiera satisfecho, en demasía, el poder haber siquiera apreciado alguna vez, aunque solo hubiera sido una, la ferviente chispa del amor dibujada en los ojos y la sonrisa de mis padres. En cambio, solo he visto las armas del poder en la mirada que mi padre le dirige a mi madre, y el escudo de la resignación en la que ella le devuelve. Tampoco es que me sorprenda este lastimoso hecho; no hubo ni tan solo cariño entre los distantes lazos que unieron a mis progenitores; no hubo afecto sino contrato patrimonial; no hubo elección sino intereses familiares.

Corrían tiempos inciertos y muy desconcertantes cuando mis abuelos, aquellos que ostentaban el título que engrandece a nuestra familia, los Villaserbal, tuvieron que tomar una drástica decisión. Lo hicieron por resguardar, de los nuevos tiempos que venían, el honor

del que siempre habíamos hecho alarde; el mismo que hoy sigue avejentando nuestros inamovibles muros. La familia de mi padre, afincada hacía un tiempo en estas tierras moldeadas por la montaña, provenía directamente de la clase burguesa catalana. Su buena disposición en los negocios los había llevado, en las últimas décadas, a engrosar una nada despreciable y cuantiosa fortuna, y fue precisamente aquello lo que vieron mis abuelos escogiendo a don Abelardo como el más beneficioso pretendiente: nuestro apellido e influencias fusionándose con las riquezas del engranaje burgués; juntos engendrarían los eslabones del linaje aristocrático, y ahí ya entrábamos nosotros: los descendientes.

Me paraba muchas veces a mitad de la escalera, justo en ese primer rellano que daba entrada a la cocina y el hogaril, por un lado; y, por otro, a la sala o salón, el comedor y las distintas alcobas. En esa primera pausa que hacía la escalinata antes de acabar distribuyendo las estancias, se encontraba colgado y embelleciendo la pared nuestro cuadro familiar; aquel que nos identificaba representando figurativamente a todos los miembros de mi familia, incluida yo misma, que aparecía pintada con los rasgos sutilmente definidos en plena infancia. Había también sendos retratos desperdigados por la escalera y en el salón, cuyos integrantes eran aquellas personas que fueron constituyendo este inmemorial apellido —que nos confiere prestigio— desde varios siglos atrás, cuando se cimentó la base del reino. Aunque, lógicamente, ahora mismo solo estaban ya expuestos los que conformaban los últimos decenios. Sin embargo, inconfundiblemente, era el nuestro el que paralizaba todas mis articulaciones cuando lo observaba con detenimiento. Era esa mirada fija en mí, cruel, llena de odio y denotadamente oscura, que surgía de la imagen y me hacía tambalearme sin saber el porqué.

Tras el almuerzo, salí a inmiscuirme un rato en la biblioteca de la casa, a sabiendas de que mi padre estaba fuera despachando sus asuntos comerciales. Fui decidida con el manual de urbanidad, aunque mi propósito era otro: no iba a estudiarme las absurdas órdenes recogidas en aquel detestable manual; mi intención era hojear algún tratado antiguo de hierbas medicinales, ya que tenía el pensamiento puesto en la pobre niña enferma, bañada, sin remedio, por las indigentes aguas del pauperismo. Fue entonces cuando volví a cruzar mi mirada con la que estaba pincelada en el cuadro enmarcado de la familia. Un gélido escalofrío recorrió de nuevo mis entretelas, sin saber el motivo. Había algo escondido en esa negrura impenetrable que lanzaban las pupilas de mi padre. No era solamente el propio cuadro, él inspiraba miedo a todo aquel o aquella que osaba acercársele y mirarle directamente a los ojos, de frente. Enseguida me marché, dirigiéndome a la biblioteca. Cada vez que posaba mi vista en

aquellos ojos del cuadro, me quedaba helada, como si fluyeran por mis conductos internos las copiosas nevadas del invierno, y con el cuerpo, a su vez, entumecido. Me resultaba una sensación algo extraña.

Antes de que el sol cayera inundando los febriles designios de la noche; me escabullí a través de los establos para adentrarme entre las sombras que proyectaban los quejigos. Acababa de leer que los emplastos de miel mezclados con corteza de quejigo, una vez hervida esta, se combinaban en un tratamiento idóneo para poder afrontar muchas enfermedades infectocontagiosas, que se manifestaban supurando e inflamando la piel, y se evidenciaban con la aparición de pústulas que adquirían un tono rojizo. No podía saber ni intuir siquiera cuál era el mal que aquejaba exactamente a esa pobre niña; pero lo que sí tenía claro era que algo tan natural como el poder medicinal de las plantas, aliadas curativas desde tiempos remotos, no podría hacerle daño; y yo estaba más que dispuesta a intentar salvarla y, si podía, a sacarla del pozo de inmundicia en el que vivía.

Tan afanada me encontraba raspando un poco de corteza sanadora de uno de los quejigos del bosque, que no me di cuenta de la repentina presencia de Amancio.

Casi como surgido de un susurro, oí a mi espalda:

—Señorita Azucena, ¿qué hace todavía caminando por estos andurriales? —Giró su vista en derredor—. ¿Y cómo es que está usted sola? ¿No la acompaña Camelia ni ninguna de sus hermanas?

Di un respingo del sobresalto.

—Me ha asustado un poco, Amancio. ¿Tan tarde es ya?

Me miró sorprendido.

—El sol se va a echar de un momento a otro; y le aseguro que los caminos, en plena oscuridad, son muy peligrosos. Y más aún para una señorita. —Titubeó apenas unos segundos, y luego prosiguió—: Yo he terminado la labor por hoy y me voy a recoger. Si no tiene inconveniente, le puedo acompañar.

Al pronunciar Amancio aquellas palabras, una fuerza desconocida para mí se desató de súbito en mi interior, y aunque no era lo correcto, deseé emprender el camino de vuelta a casa junto a aquel zagal, al que estaba empezando a descubrir tras un velado mantón.

Vi cómo echaba una rápida ojeada a mi bolsa rellena de cortezas de árbol.

—Vaya, si no es indiscreción, ¿para qué son todas esas cortezas?

Le sonreí, dibujando mi respuesta.

—Voy a mandar a Camelia a preparar unos emplastos de miel con ellas. Son para una niña enferma que visitamos el otro día.

Agachó la cabeza.

—Y usted cree, señorita Azucena, que sus remedios caseros van a

poder curar a esa infeliz niña…

Le penetré rotunda con mi mirada.

—Por supuesto que sí.

—No esté tan segura. He visto vagar por las calles, miles de veces, a niñas y niños que habitan en la miseria más ruin, soportando así una miserable pobreza. Y siento decirle que la mayoría no alcanza la edad adulta.

Me quedé pensativa unos instantes acordándome de sus orígenes, en los que ya me había encargado de indagar a fondo a través de los chismes de Camelia.

—Supongo que ese tema, tan denigrante y controvertido, tiene el candado puesto para señoritas como yo; pero también sé, de buena tinta, de todos esos pasos que tuvo que dar previamente hasta llegar a aposentarse en la que es mi casa. Además, no soy como usted cree, y quiero saber qué ocurre detrás de mis aterciopeladas cortinas.

Ahora me miró con recelo y asombro al mismo tiempo.

—No sé qué es lo que le habrán contado de la gente y de mí, y tampoco sé qué es lo que quiere saber en torno a ello. Ni oculto nada ni guardo secretos, pruebe y pregúnteme aquello que le interese conocer.

Mis melosos ojos le atravesaron con un descaro impropio de una dama, cuyo papel se hubiera tenido que ceñir a obviar ciertas cuestiones. Sin embargo, no era ese mi sino, porque mi pensamiento ansiaba el saber.

—Todo, no quiero vivir ignorando lo que acontece más allá de las tapias de mi casa. Y me vería satisfecha si comenzara ilustrándome sobre sus correrías antes de parar en los abejares de los míos.

El trayecto se me hizo verdaderamente corto; escuché de sus labios su desgraciada historia, que fue solapando mis emociones en un acelerado latir, y mientras el atardecer quería fulminar cada minúscula esquina del Prepirineo, comentábamos ambos la crítica situación de la niña. Y cada una de nuestras palabras fluía, sin mesura ni aranceles, y el eco mismo de nuestras voces se derramaba como si nos hubiésemos conocido de toda la vida; como si en el jerárquico portal de la sociedad no existiera un punto de separación; como si conversar largamente y con mucho gusto con un desconocido, además, inferior bajo nuestro punto de vista, fuera algo normal y natural, el pan de cada día; como si sentir un enjambre de abejas revoloteando en mis pasadizos escondidos, fuera aquello que se esperaba de una señorita de mi alta condición social.

Realmente me daba igual. Cuando llegué a casa, entrando a hurtadillas por la parte de atrás, subí a mi alcoba y busqué, con ansia desmedida, entre los viejos dibujos que habían permanecido encerrados en mi arcón de la memoria. Rebusqué impaciente hasta

que lo encontré. Me entusiasmé al verlo; un alto quejigo sostenía en su copa multitud de hojas zarandeándose por el viento invernal. Junto a él, varias abejas rodeaban su tronco y sus dimensiones; en perspectiva, los insectos eran mayores que el propio árbol. Recuerdo que cuando dibujé aquella sombreada estampa, doña Adelfa recriminó mi actitud; decía que no podía coincidir ni la estación ni el tamaño de las abejas, y tenía razón en eso. En cambio, y aunque aquel lejano día la amargura se apoderó de mí, ahora lo entendía todo. El mundo se nos presentaba tal y como era, rígido y arbitrario, con enormes privilegios para nosotros y exorbitantes penurias y pesadumbres para todos aquellos que no portaban los encajes de una buena cuna. Aquel dibujo a carboncillo, que imaginé y plasmé de niña, tampoco era posible en nuestro universo de orden.

Pero ¿por qué no podía colmar nuestros anhelos? ¿Por qué no podíamos encontrar originalidad a una imagen? ¿Por qué no íbamos a revertir el destino, lo que estaba estipulado, cambiando las cosas? ¿Por qué nos íbamos a privar de lo que estaba por descubrir, de lo prohibido, de lo, hasta ahora, desconocido?

Empezaba a vislumbrar respuestas; eran esas preguntas que me habían acechado desde niña, esas que me cuestionaban y me llevaban a meditar y reflexionar sobre las acusadas diferencias que, a todas luces, tenía con respecto a mis hermanas. Eran ahora esas respuestas que empezaban a clarearse en mi cabeza: cuando mi morada se abría con las alas de las abejas zumbando, olvidándome de puertas cerradas e indicándome el interior; cuando era igual que la misma naturaleza, en continuo movimiento, con el rodaje revolucionado y con el ímpetu desbordado, a años luz de todo lo que, en perpetua parada, intentaba rodearme.

Ahora lo sabía, sería la reina de la colmena, pero volaría con mis iguales, nunca sobre ellos; sería el zumbido de alarma, pero enraizando con el resto de insectos; sería el ensordecedor ruido que retumba, pero lo calmaría y llenaría con las suaves caricias del amor, nunca a pesar de él como hizo mi madre, sino dejándole despertar entre la lona tostada del bosque, como acababa de comenzar a sentir en el paseo, a su lado, con él, pegada a Amancio.

6

PREPIRINEO ARAGONÉS. INVIERNO DE 1865

Unas imperceptibles virutas gélidas se estrellaban contra mi cara haciendo temblar mi cuerpo. El aire invernal convertía el dibujo cincelado por la nieve que caía, en diminutas agujas que chocaban con mis mejillas, sonrojándolas. Era muy temprano, ni siquiera el pálido sol de aquellos heladores días había logrado asomar sus débiles rayos por detrás de la cima de la montaña. Embozada bajo mi pañuelo de finos brocados y mi largo mantón de seda, había escapado, una vez más, de casal Villaserbal. No sé por qué, pero todos los años me ocurría lo mismo: en el momento en el que la estación más fría hacía su aplastante aparición, obligándonos a vivir —sobre todo a las mujeres de mi familia— relegadas casi exclusivamente bajo aquel resistente e imperturbable techo, día tras día que pasaba, hora tras hora de tedio que se iba sumando a la anterior; era entonces cuando notaba, de forma apremiante, que aquellas resguardadas tejas me iban constriñendo a un ritmo cada vez mayor. Con el buen tiempo, las salidas campestres y los confortables paseos por la ribera se sucedían. En muchas ocasiones, salía acompañada de Camelia y de mi hermana Blanca; en otras, también junto a mi madre y Verónica; o, según las fechas del calendario litúrgico, partíamos hacia la vera del río en festividades concretas, en las que la familia al completo desfilábamos en romería. Eran momentos agradables e, incluso, quizás hasta podría calificarlos de instantes memorables. Aunque, en realidad, cuando más disfrutaba del embriagador y excepcional entorno que inundaba cada exigua parte de lo que yo era, cada minúscula pieza de este inmenso rompecabezas que irrigaba todo mi ser, era justo igual que ahora, al adentrarme, intrépida, en los laberintos que ensortijaban cada lugar reservado de esta montaña que me atrapaba en su seno.

Aunque con Blanca compartía mucho más que el amor de hermanas: éramos como extremidades mutiladas, como las dos caras que compone una seta, pero, a la vez, sabíamos hallar en nuestros miembros su total complementación, de tal manera que los sosteníamos recíprocamente, los soldábamos, los acoplábamos y manteníamos el bastón de apoyo una en la otra: ella era un cúmulo de sensatez y razón, siempre cabal; yo era un borboteo de impetuosidad y galopante sentir, siempre guiada por los dictados de mis impulsos; así pues, y a pesar de todo ello, de toda esa unión que germinaba en

nosotras, yo era un alma solitaria que vagaba por los oscuros caminos del bosque en placentera soledad, sin más compañía que los susurros sibilantes y el precipicio atrayente de los pasajes todavía desconocidos, contenidos en este bello paraje que colgaba del cordel habitado por infinidad de especies. Apenas pasarían un par de semanas antes de que el bosque se convirtiera en una placa blanquecina absolutamente impenetrable e impracticable. Ahora una espesa manta cubría cualquier figura que se pudiera atisbar en el horizonte, ya nadie osaba pisar aquellos senderos, todos huían de allí como si el mismísimo diablo se hubiera aposentado entre las criaturas que lo poblaban; sin embargo, para mí constituía un anhelado paréntesis en el que poder experimentar, antes de tener que observar cómo el inmaculado enrejado de hielo tapaba mi cálida luz solar, la cual se tornaba mortecina aun con los candelabros encendidos por cada rincón de la casa. No había otra causa más que esa: liberarme de las tirantes ligas de puertas para afuera mientras el clima lo permitiera; motivo más que sobrado por el que volví a trotar a lomos de Azabache por aquellos dispares andurriales sembrados de peligros.

Aquel día marché lejos, llegué hasta los dominios de las tierras de boj que, durante innumerables generaciones, nos habían pertenecido a los Villaserbal. Me quedé durante largo rato admirando el tupido bosque de boj. El invierno era muy riguroso en todo el Prepirineo y su codiciada madera era un bien esencial para poder abastecer la *chaminera*, alimentada con carbón vegetal o de leña en muchas casas acomodadas repartidas por toda la zona. Asimismo, su uso medicinal estaba más que probado, e incluso también aplicaría sus propiedades (si todo lo demás no daba resultado) en ese desesperado intento de paliar el sufrimiento de aquella niñita pobre del pueblo de abajo, cuyos suspiros iban apagándose sin demora, desalentándonos a todos los que orábamos por su curación.

Suaves rachas de viento se colaban entre las ramas de boj, y aquel sutil movimiento acompasado de los arbolillos, me llevó a pensar en la cantidad de hombres de mi familia que, a lo largo de las líneas remontadas por el tiempo, los habrían estado vislumbrado fijamente en esta tierra húmeda y fértil, al igual que estaba haciendo yo en ese preciso momento. Casi con absoluta certeza, imaginaba que se habrían sentido seguros de sí mismos, con su imponente e intocable autoridad y con una preponderancia nata que habrían ido transmitiendo a toda su prole, para que supieran imitarles después, cuando el turno les tocara. Una cosa me conducía a otra y había acabado pensando, sin poder evitarlo, en mi hermano Valero. Algún día su barba —todavía ausente— cubriría poblando, en totalidad, su inocente e infantil rostro, uniéndose a sus cuidadas y perfiladas patillas, tal y como las lucía mi padre desde que tengo memoria; en cambio, el pequeño de la

casa era aún un zagal al que le habían otorgado ya, a tan temprana edad, demasiadas responsabilidades difíciles de encarrilar. Sin embargo, aquella postura de gran altura que intentaban, sin remedio, alcanzar; aquella elevada cumbre a la que querían trepar, anillando el árbol familiar; aquella cúspide que se izaba deleitando su mirada varonil, ya que solo los hombres podían acceder a tal privilegio; sería aquel alto nivel que ansiaban poseer, al margen de las mujeres, el mismo que, quizás, harían tambalear, al igual que la robustez del boj no conformaba el tronco que más se acercaba a los designios celestes en los albores del bosque: el boj no roza las alturas. A pesar de todo, era muy consciente de que la condición femenina nos perseguía, aletargándonos detrás de los túmulos matrimoniales y el cuidado maternal, a millas de distancia de los negocios familiares.

Después de aquella preciosa postal que grababa en mis recuerdos, para bordarla con hilo de oro en el límpido cristal de mi mente evocadora durante los próximos meses, me di cuenta de que había perdido mi peineta. Me la había prendido Camelia en el moño que había tejido en mi cabello antes de que yo saliera. Creo que ella, algunas veces, me llegaba a comprender poniéndose en mi lugar; también yo, a menudo, me ponía en el suyo y la salvaba de alguna reprimenda que a punto estaba de echarle mi madre. Hoy había sido mi cómplice, me había encubierto; porque Camelia veía que mis ojos, dulces como la miel, acababan marchitándose, encogiéndose de tristeza en un río de lágrimas secas si no podían mirar más allá del cielo gris que tapizaba la casa.

Me noté más ligera la cabeza y, acto seguido, palpé mi pelo, angustiada. Busqué y rebusqué por el desnivelado terreno. Mi saya exterior de vivos colores comenzó a empaparse cuando, ya desesperada, vi brillar la peineta de plata. Sus piedras incrustadas refulgían y deslumbraban intensamente con la leve llama incandescente que, a esas intempestivas horas, comenzaba a reinar caldeando algo el ambiente. Me apresuré a recogerla y, al colocarla otra vez sobre mi moño, me paré sobresaltada al ver a una loba delante de mí. Sin poder apartar mi visión de aquellos expresivos ojos del color de las hojas frescas, que me miraban fijamente, me quedé paralizada, sin mover un solo músculo; pero no me retiré asustada. Aunque parezca algo incomprensible, más aún, increíble, nos conocimos la una a la otra prácticamente de inmediato. Alguna extraña señal partiendo de nuestro interior, nos hizo reconocernos mutuamente, como dos hembras lanzándose una furtiva y confiada mirada. No era la primera vez que me topaba de frente con este animal en particular; de niña, puede que fuera hace seis o siete años, no lo recuerdo bien, tropecé torpemente y me caí en el bosque. Tan solo unos instantes, hasta que Camelia —que ha sido mi acompañante

desde tierna edad— y mi madre vinieron a socorrerme, vi a esta misma loba; fue algo esporádico y fugaz, como el destello parpadeante de una estrella que, de repente, deja de resplandecer en el firmamento. Aun así, la transparencia y luminosidad de sus ojos se habían clavado en mí. (Jamás olvidaría ese enigmático y casi imposible color atravesado, que centellaba como un diamante entre sus vidriosas pupilas).

Hoy volvía a mí después de tanto tiempo en el letargo de su madriguera. Era ya una loba adulta, y algo me decía que este reencuentro no era casual; que su presencia nunca me impactaría ni me causaría ningún daño, tal vez me protegería; que habíamos tendido entre nosotras un inusual puente de amistad, que no conseguiría resquebrajarse. Después de regalarme un corto aullido prosiguió su camino y yo seguí el mío hacia mi casa. Sujetando con fuerza las riendas de Azabache, volví absorta, ensimismada, no paraba de pensar en el inaudito encuentro con la loba de ojos magnéticamente verdes. Nos parecíamos, éramos seres despreciados en un lugar hostil, vivíamos en la tierra alta sobre el llano, confluíamos con la vecina Navarra, con el bosque pirenaico, delimitadas en tierra de fronteras; frontera con otros hábitats, con espacios reducidos, sintiéndonos cada vez más y más cercadas; éramos almas solitarias, necesitábamos asentarnos fuera de los márgenes impuestos, al otro lado de los cánones legalizados; carecíamos de las alas compuestas con las que revolotean, sin cesar, los zumbadores insectos, pero sí las manteníamos abrigadas, fluyendo libremente por nuestro riego sanguíneo. Claro estaba que mis similitudes con la vida de esta loba eran abrumadoras.

Cuando llegué, Camelia me estaba esperando. Mi padre y Valero departían sobre asuntos de negocios (yo dudé que mi hermano pudiera siquiera razonar en algún recóndito aspecto) en el espacioso despacho, con lo cual, pasé de puntillas junto a Camelia por delante de las hojas profusamente labradas de la puerta, levantándome la cola de la falda para evitar que hiciera un mínimo ruido al deslizarse (me hubiera venido bien el calzón de Valero aquella mañana, pero era muy pronto para entrar en la alcoba de mi hermano y usurpárselo).

Camelia me observó reprobatoriamente, al tiempo que me ayudaba a vestirme.

—Tiene suerte, señorita Azucena, de que su madre y su hermana Verónica no se hayan levantado todavía. Pero ¿dónde se ha metido, alma de cántaro? —Enseguida vio que todas mis prendas estaban húmedas—. Trae la ropa como una sopa…

Le interrumpí.

—Sécala con el brasero o el calientacamas mientras me baño. Por favor, que no se entere mi madre.

Me miró negando con la cabeza.

—Si su madre estuviera al tanto de sus constantes e imprudentes salidas… Ya me veía yo con una mano delante y otra detrás, señorita, de patitas en la calle.

Mi semblante intentó ser conciliador.

—Camelia, es que no sabes lo que me ha pasado. Se me ha caído la peineta y he estado agachada entre la nieve, buscándola.

Camelia lanzó al aire un enérgico suspiro.

—Está bien, señorita Azucena. Voy a secar su saya; entre tanto, dese prisa y métase en la tina antes de que su madre se levante y la llame a rezar.

Me metí en la tina de agua caliente con la camisa interior cubriéndome hasta las rodillas. Debía desprenderme de ese olor a campo que traía, aun con la nieve reposando en las hojas desprovistas de flores. Cerré instantáneamente los párpados y me relajé. Escuchaba, continuamente, a muchas señoras de alta posición cuando venían a platicar con mi madre; era incomprensible oír cómo asimilaban todo lo relacionado con el baño como si fuera algo de lo más impuro en el proceder de una mujer o, en mi caso, de una señorita refinada. Llegaba a un punto en el que encontraba aquellas pudorosas impertinencias de lo más absurdo, desde luego, a mí me parecía de lo más recomendable, además de higiénico.

Un rato después, fuimos a visitar a la niña enferma; seguramente, poco más tarde los caminos serían impracticables y solo podríamos dejarla ante la misericordia y piedad del Señor, que todo lo da y todo lo quita. Salvo en contadas ocasiones, no solíamos aventurarnos por esos trechos cuando el tiempo arreciaba.

Fue espeluznante, peor que horrible. Las semanas anteriores me había empeñado en llevarle todo tipo de ungüentos que habíamos elaborado (me ayudaron Blanca y Verónica, aunque Verónica lo hizo a regañadientes) fijándonos en los antiguos tratados de nuestra biblioteca, para que aquellas pústulas infectadas que tenía sobre el pecho, fueran disminuyendo. También le hicimos tomar diferentes brebajes e infusiones que habíamos preparado, con enorme afecto y cariño —al menos por mi parte—, para que la fiebre y las molestias que padecía fueran remitiendo. Sin embargo, parecía esa mañana haber dado marcha atrás, como si su frágil vida estuviera pinzada por una tropa de cangrejos, cuyos inciertos pasos no han sabido nunca mirar hacia adelante las curvas del mar o el río enroscado. Su madre, vestida con hediondos harapos, velaba a su lado con las lágrimas resbalando por el pecho de su hija, al igual que los torrentes que brotan de las hendiduras de la montaña. Nos fuimos de allí con el corazón encogido; únicamente el molesto traqueteo de la calesa rompía el sepulcral silencio que nos impregnaba.

Durante toda su vida, mi madre, doña Acacia, había visto y asistido muchos casos semejantes en el pueblo de abajo y en los colindantes, sin embargo, esa mañana de cúmulos nubosos, prefirió respetar nuestro mutismo. Quizás ella podía entrever lo que vendría; yo lo presentía. Ahora ya había presenciado la mendicidad latente en cada esquina. Gente pidiendo y descalzos, puesto que ni siquiera unas abarcas podían poseer, cuando lo que les hacía verdadera falta era un mísero plato caliente; pauperismo que iba contagiándose, al igual que una plaga de langostas azotando la cosecha; menesterosos nacidos en un purgatorio, que nadie era capaz de exculpar. No había dejado de pensar en ellos en las últimas semanas, preguntándome, sin poder dejar de hacerlo, por qué ellos y no yo; por qué las filas devastadoras del hambre eran flechas hirientes ante la mayoría, y tan solo unos pocos acabábamos saltando por encima. No había dejado de reflexionar sobre este tema y de intentar encontrar una plausible solución. Por eso, me volqué en esta desarrapada niña, si lograba que la balsa de la vida la mantuviera a flote, que la enfermedad que la consumía comenzara a disiparse entre la bruma de la noche, habría sido el principio; un triunfo para mí, para ella, para su angustiada madre, que latía en el corazón de su hija. No soportaba ese deprimente e injusto universo que parecía estar creado del revés, como si nos hubieran puesto boca abajo y tuviéramos, aceleradamente, que darnos la vuelta y situarnos en el mismo pedestal.

Por la tarde, en el momento en el que la luminosa esfera se iba ocultando, agazapándose y retrocediendo tras el relieve contorneado de las cumbres; Blanca, Verónica, mi madre y yo rezábamos, con el rosario depositado en nuestras manos, una oración tras otra, sin parar. Muchas veces, intentaba escabullirme cuando las súplicas se alargaban más de la cuenta, pero esta vez me quedé junto a ellas sin inmutarme. Cuando la noche cegara los escondrijos del bosque tras nuestras cortinas, también podía dejarla a oscuras a ella, a aquella pobre niña que merecía una vida sana y digna, y dichosa de vivirla en plenitud.

Poco después, las campanas de la iglesia comenzaron a repiquetear con un ensordecedor estrépito.

Blanca me miró dubitativa.

—Azucena, ese sonido es característico… Sabes que tocan a muerto…

Me levanté del diván como un resorte.

—No, no puede ser. Estás pensando en la niña…

Blanca se acercó y enjugó, con sus dedos, las lágrimas que, sin poder evitarlo y sin pudor aparente, se derramaban por mis suaves mejillas.

—No llores, Azucena. Aún no sabemos, a ciencia cierta, si se trata

de la niña. Puede ser algún anciano o anciana, no nos precipitemos. —Pero el singular sonido de las campanas me llevaba a suponer que quien había fallecido era alguien en edad infantil; no obstante, agradecía que Blanca intentara esperanzarme pese a la evidencia.

Camelia se apresuró a mandar a una de las criadas para confirmar o desechar la noticia y, al cabo de un rato, vino a comunicárnoslo con la cara demudada.

—Lo siento. La niña pobre ha fallecido.

Agachó la cabeza y nos dejó a las mujeres de la familia solas en la sala.

Blanca me dijo:

—Tanto tú como yo sabíamos que podía ocurrir. Era muy probable, Azucena. Estaba muy muy débil, y hubiera sido casi un milagro que se hubiese recuperado.

Me quedé sin palabras. Había confiado, ilusa, en que acabaría por sobresalir de ese fango en el que naufragaba. Claramente, me había equivocado. Quizás si hubiéramos llegado antes o si me hubiera involucrado más, habría podido optar a la supervivencia, no lo podía saber. Me abracé con anhelo y pesar a Blanca, así ligamos nuestros sinceros sentimientos; ese amor correspondido siempre acabaría consolándonos, aun cuando todo se nos presentara hecho pedazos; incluso cuando desfalleciéramos rotas, sabríamos recomponernos unidas.

Salí unos instantes fuera de la casa. Ese día oscuro, que quería ser tapado por los bastidores nocturnos, aquellos que bordarían la noche con los arcos del llanto, mi madre no me recriminó nada; ella prefirió dejarme inspirar un poco de aire puro porque, aun con su habitual escudo que impedía que traspasáramos sus adentros, me conocía más que nadie y sabía que necesitaba desprenderme del oprimente encorsetamiento aquella aciaga tarde, que pronto envolvería la noche.

Me apoyé en la pared de mi casa, y el insoportable dolor me llevó a ir resbalando, lentamente, por aquellas legendarias piedras que habían dado nombre a todos los miembros de mi longeva familia, hasta que, rota y abatida, quedé sollozando medio tendida a ras de suelo. Desesperada, mis lágrimas corrían como un arroyo embalsamando mis manos y escurriéndose por el cuello almidonado de mi camisa; justo entonces, unos fuertes brazos me abrazaron con franqueza, sin importar que yo fuera la señorita, sin guardar las formas y compostura que me debía y sin temer las consecuencias que aquella espontaneidad le podían, sin duda, acarrear.

Sentí, en el hechizo de esa ínfima porción de tiempo, una agitada colmena rebosante de inquietas abejas moviéndose dentro de mí, al notar el curtido rostro de Amancio rozando la delicadeza del mío. Él supo darme aliento y sosiego, reconfortándome como nunca nadie lo

había hecho; me atrajo hacia sí, colmándome con un afecto, como jamás había experimentado. El calor que hirvió, sin previo aviso, tejiendo una a una mis capas más insólitas e interiores, me acompañó durante mucho tiempo; porque en aquel momento supe que solo Amancio sabría rellenar mis huecos más profundos, que solo él haría levantar el vuelo a mis adormilados insectos.

Al entrar de nuevo en la casa, vi cómo todos rodeaban a mi madre. La amarga situación le había hecho desvanecerse durante unos segundos. Unos días más tarde, sabríamos que aquel desfallecimiento tenía una causa concreta: a pesar de que los años, progresivamente, ya le iban pesando, se encontraba otra vez encinta. Fue una noticia inesperada para todos; para todos menos para mi padre. Don Abelardo se quedó impertérrito al escuchar al doctor, ni siquiera vi en la comisura de sus labios esbozar una sonrisa ante un hecho de tal importancia; su boca siguió desempeñando el rictus serio que, también, definía su estático porte.

7

EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. PRIMEROS DÍAS DEL OTOÑO DE 1886

Esta noche mi alma vaga sin rumbo aparente, somnolienta, ya que no es capaz de sosegarse como solía hacer antaño; ahora solamente sabe divagar entre las penumbras que marcan los pasos del ocaso. Los miedos, que paralizan hasta el último engranaje del cerebro, nunca me han acechado; siempre he tenido la entereza necesaria para poder coger el toro por los mismos cuernos ante cualquier situación, por compleja e irresoluble que me pareciera; siempre he mostrado una enérgica fortaleza, nunca me he dejado someter ante nadie, ni siquiera ante un hombre, por eso reitero, con rotundidad, que he logrado vencer al pánico que me ha atenazado en muchas más ocasiones de las que hubiera querido, o imaginado siquiera que sucederían. Porque, de un modo u otro, he conseguido amarrar mis pensamientos en un puerto seguro, y acabar saliendo a flote, nadando por encima de la superficie, sentándome con firmeza entre la espuma de las olas y sintiéndome como un náufrago que toca tierra firme, al desamparo de una isla que ha de tornarse desierta. Millones de granos de escurridiza arena han ido llenando mis días, colmándolos con pesado ropaje de frecuentes desvelos. En cambio, mi afortunado carácter—rebelde, testarudo y tenaz— ha aprendido a poner una coraza metálica a las hirientes llaves del pesar; pero el caparazón que ha intentado rebosar, saliendo de las aletas de mi contrariado corazón, no ha logrado del todo imponerse, aunque sí ha ido superponiendo, estrato a estrato, gruesas capas de dureza en esta concha que lo aísla, ofreciéndole protección.

Y es que, en este perturbador crepúsculo en el que me encuentro, un terrible miedo, que nunca había sentido, comienza a apoderarse de todo lo que soy hoy; de aquella mujer en la que me convertí tras los temidos derroteros que atravesó mi vida y toda mi existencia, hasta esta misma noche, ausente de lámparas.

Me cuesta rozar siquiera las acartonadas tapas de este ajado cuaderno que sostengo entre mis manos temblorosas. Si, finalmente, me decido a abrirlo —que aún no lo tengo nada claro—, el traslúcido espejo surcado por esas sinuosas arrugas punteadas en el transcurrir del tiempo, devolverá mi propia imagen abrasándome como un volcán en plena erupción; será como proyectar un cuadro antiguo que ya no estoy segura de querer mirar,

ni siquiera de soslayo, y no me refiero a mi apariencia física, la de mis quince hermosos años (la recuerdo bien), sino a aquellos lejanos sueños (ahora me parecen antiquísimos, como si fueran deseos de otro existir alternativo) que se forjaron en la balsa tambaleante de las ilusiones y que las palabras de este diario me harán rememorar.

No me hace falta repasar el contorno de estas letras para acordarme de un lugar que ha viajado constantemente conmigo, como un fiel compañero en los momentos más agónicos; que me ha conducido hacia aquellos terrenos libres de guijarros, cuando verdaderamente lo he necesitado; y que ha construido, dintel a dintel, las puertas de un refugio en el que poder cobijarme cuando mi placa de hierro se ha roto, resquebrajándose en diminutos pedazos.

Ese idílico lugar al que mi mente vuelve, una y otra vez, recomponiendo cada ficha fracturada que se esconde en el armario de mi memoria, conforma mis propios orígenes; es mi raíz: Altospinos. Aunque los modelados caprichos del destino me desgajaran de allí, de aquel mundo que me oprimía y me liberaba a partes iguales, el olvido no pudo contener, de ninguna manera posible, el impulsivo despertar de mi adolescencia.

En realidad, Altospinos ha ocupado, en todo momento, mis intrincados pensamientos y mi gran amor por los infinitos espacios naturales que impregnan de sabor el Prepirineo. La loba, con sus ojos expandiendo la gama de la esperanza, todavía cruza su fija mirada con la mía; la fragancia espolvoreada por el quejigo, aún llega hasta mi olfato; el tacto, áspero, de la corteza del boj es como si rozara mi piel en este instante; y el zumbar de las abejas regresa a mí, como si fuera un eco, ofreciéndome un concierto sensorial que me retrae a aquellos atemporales días en los que podía haber sido la reina de la colmena.

Como ves, la lucidez me acompaña al retornar a aquellas tardes bordadas por la desovillada madeja familiar y, sin embargo, me da casi pavor revolverme entre los renglones de aquella época que ya pasó; me atemoriza reconocerme en una caligrafía sin tacha, que acabó perdiéndose en esa impoluta infancia, porque los anillos que han recompuesto los eslabones de mi vida, me murmuran que aquella Azucena ya no reside en la actual, en esta que está pensando en ti.

Aun así, y a pesar de la congoja que se cierne sobre mí, voy a volver a bucear en las aguas movedizas del pasado; abriré este cuaderno y tornaré hasta esos días teñidos por el sol de la primavera, en los que comencé a desahogarme en él. Lo haré por ti; solo me queda eso: restaurar en ti aquello que sentí deshecho dentro de mí.

8

ALTOSPINOS. ABRIL DE 1866

Aquella soleada mañana dominical, cada límpido rayo que atravesaba las jambas de las ventanas de nuestro casal, se proyectaba en la tarima del suelo como acunándose entre enrevesados juegos de luces, que aparecían y desaparecían sin apenas descanso. Todavía en aquellas fechas, en las que la primavera volvía a resurgir, deshilachando los silencios del invierno y hasta colándose entre las fisuras de mi casa, teníamos que encender el brasero, dada la amplitud de la sala en la que nos encontrábamos, así como la heladora montaña sobre la que permanecíamos asentados desde mucho tiempo atrás.

Después de asistir a los obligados oficios religiosos del día, reclinándonos ante el Señor y dando ejemplo en la iglesia, tal y como nuestra condición de pertenencia a una de las familias principales de Altospinos requería, sin objeción plausible alguna; regresamos a casa. Allí, nos dispusimos a perfeccionar el arte de los bordados, ante la atenta e infatigable mirada correctora de nuestra institutriz, doña Adelfa.

Mi madre y Verónica también nos acompañaban en la sala aquella lúcida mañana. Mi hermana Verónica se afanaba, con interés, en darle los últimos retoques a la mantelería que sujetaba entre sus manos; sería ya la última prenda que habría de hilar para completar su codiciado ajuar; compondría los nudos de la última costura que ella iba a rematar en su ya culminante vida de mujer soltera.

Me quedé observando, minuciosamente, los lentos movimientos de Verónica con su aguja. Sin poder remediarlo, mi mente se alejó de ese instante; mis pensamientos revolotearon saliendo del ojal de mi propia aguja, volando presurosos hasta la tarde anterior.

A pesar de las grandes diferencias que me separaban de mis hermanas, eran parte de mí, como un trazo prolongado de mí misma. Incluso teniendo en cuenta las visiones tan contrarias que manteníamos a veces Blanca y yo, compartíamos una enorme afinidad y sabíamos compenetrarnos a la perfección, como mecidas por un solo corazón; incluso muy a pesar de todo lo que me aislaba de Verónica de forma constante, era mi hermana y la quería por ello, aunque, en más de una ocasión, ella hubiera hecho que el torrente de mis ojos se desatara inundándome de pena, con todo, odiaba verla sufrir, al igual que le pasaba a Blanca. Albergábamos, en nuestro interior,

perspectivas muy distantes del mundo que nos sostenía en derredor y, sin embargo, las tres estábamos fuertemente engarzadas por el cordón de la sangre y, más aún, por las perlas colgadas con el afecto que sentíamos entre nosotras. No éramos uña y carne en todo, como quizá cabría esperar entre hermanas, pero nuestra unión atendía a otros menesteres más profundos que los que a simple vista podíamos enfocar.

El día anterior habíamos oído, a través de cuchicheos casi inaudibles, la acalorada conversación que habían mantenido mi padre, don Abelardo, y mi madre, doña Acacia, a puerta cerrada en el despacho. Nunca había escuchado a mi madre hablarle a él, la preeminencia de nuestra familia, en un tono tan elevado y poco respetuoso.

Oímos, con total claridad, las últimas palabras que le espetaba mi madre.

—Tienes toda la razón en ello. Verónica entra ya en edad casadera, pero es prácticamente una niña… Podemos buscar otros pretendientes de mayor consideración, Abelardo…

Tras el marco de la puerta labrada, escuchamos un fuerte golpe en la mesa de nogal que, sin duda, lo habría dado con fiereza mi padre.

—¡Basta ya, Acacia! En esta santa casa no voy a permitir este atropello tuyo. Me debes el respeto que merezco como esposo y cabeza de esta familia. —Dejó que pasaran unos segundos en completa mudez para recalcar su posición, y luego prosiguió sin más dilación—. Yo decidiré cuál va a ser el mejor partido patrimonial para casar a Verónica. ¿O es que resulta que ahora eres tú la que entiende de negocios?

La voz de mi madre la intuimos casi en un suspiro cuando, trastabillando, le contestó:

—Discúlpame, Abelardo. Es verdad, no he debido inmiscuirme; cómo voy a saber yo de negocios. Por supuesto que es una cuestión que solamente tenéis la capacidad y la hombría de manejar y encauzar vosotros, los hombres. No sé por qué se me ha podido pasar por la cabeza, sabes que jamás he puesto en entredicho tus acertadas elecciones. Pero debes comprender que esta vez se trata de Verónica, una de nuestras hijas, y yo solo trato de velar por su porvenir.

Escuchamos el ruido de las patas de la silla arrastrándose por el suelo y, acto seguido, el sobresalto de lo que parecía otro fuerte puñetazo sobre el escritorio.

—Soy yo el único que ha de pensar en el futuro de Verónica y, por consiguiente, en el porvenir de esta familia y de este casal, ¿o no es la función legítima que vengo desempeñando desde que contrajimos matrimonio? ¿Pretendes negarme algo así?

Mi madre, balbuciendo las palabras como si fuera una débil niña

que aún estuviera aprendiendo a hablar, le rebatió la respuesta, pero dejando patente su absoluta resignación.

—Abelardo, solo estaba pensando en Verónica, de ahí mi proceder. Sin embargo, acataré lo que tú propongas. Supongo que es el camino que me indica Nuestro Señor Jesucristo.

Después de un incómodo paréntesis de silencio, los tacones de mi madre se hicieron audibles, así que fuimos, con celeridad, a ocultarnos en la biblioteca. Estuvimos casi media tarde intentando sonsacar a Camelia y, al final, entre ella y nuestra cocinera, Jacinta, pudimos abordar el delicado asunto. Teníamos una gran complicidad con las sirvientas de nuestra casa, algunas eran hijas de aquellas que habían servido a mi abuela o a mi madre. Camelia había nacido en este mismo casal, pero en las estancias ocupadas por el personal de servicio. Solo me llevaba unos años y habíamos convivido de niñas; sin embargo, recuerdo muy bien los sermones de mi madre para apartarme tajantemente de ella, cuando los inocentes juegos infantiles se fueron transformando en indisolubles clases sociales que tendría que saber discernir. Aun así, Camelia continuaba formando conmigo los inviolables canales de la auténtica amistad (y eso que, cada vez más, empezaba a parecerse a mi madre o, peor aún, a doña Adelfa). Camelia y Jacinta, ambas con mucho reparo primero, terminaron contándonos todo aquello que, parapetadas en la cocina, habían estado fisgoneando acerca de la encendida conversación de mis padres.

Camelia nos habló en susurros, por si su señora hacía acto de presencia.

—Se ve que el señor, don Abelardo, ha escogido a un señorito de buena cuna…

Jacinta le interrumpía constantemente.

—Aunque no es de buen cristiano escuchar las conversaciones ajenas, y menos las de los señores, comprenderán las señoritas que desde la cocina podía oírse todo lo que decían. Claro está que no es de nuestra incumbencia. Nosotras nunca nos entrometemos, bien lo saben ustedes. Como mucho…, lo único que hacemos es oír y callar.

Jacinta tenía el miedo dibujado en el rostro, pero Verónica la incitó a seguir.

—No te preocupes. Ya sabemos que, si oís algo, no lo hacéis intencionadamente, sino que es por casualidad. No temas, que mis hermanas y yo hemos de tener la boca bien cerrada. Por estas que así ha de ser.

Mi hermana besó, con fervor, la medalla de la Virgen que siempre cubría su pecho; esta acción terminó de convencerlas, y fue Camelia la que acabó con el relato. Eso sí, al proseguir, agachó levemente la cabeza.

—Como decía antes, el pretendiente de la señorita Verónica viene de muy buena familia. Según lo que dijo su señor padre, amasaron en los tiempos prósperos una gran fortuna, pero…

Verónica no aguantaba más, y le instó a acabar la frase.

—Pero… pero ¿qué, Camelia? ¡Habla de una vez por todas!

El tono de Camelia se suavizó, tornándose trémulo.

—Hablaron aludiendo a la viudedad de este pretendiente suyo, señorita Verónica. Por eso fue que su madre alzó tanto la voz, en contra de su habitual saber estar, porque este señor no es ningún mozo. —Desvió la mirada un instante—. Tanto Jacinta como yo imaginamos que es un hombre bien maduro. Vaya, que quizá le doble la edad.

Lo siguiente fue apoteósico; a mi hermana Verónica le demudó el rostro. Se encerró en la alcoba, y no volvió a salir de allí hasta esta misma mañana, cuando nos encaminábamos hacia la iglesia.

Vagando estaba por estos pensamientos que, poco a poco, entre el calor de la calle que entraba por las rendijas y el del brasero que abrigaba nuestros pies, habían causado que mis párpados se cerraran paulatinamente, y, al final, me había quedado traspuesta sobre mis labores. Hasta que un impertinente chillido acabó sacándome de mi momentáneo sopor.

—¡Esto es el colmo! Señorita Azucena, no voy a tolerarlo. ¡Se acaba de quedar dormida sobre su bordado!

Solamente había sido un pequeño lapsus, aunque estaba claro que para doña Adelfa habría debido de ser casi como un sacrilegio; un pecado capital. Entre lo de Verónica y lo de mi padre (aquella madrugada nos despertó el galopar de los caballos y el rodaje de la calesa, en la que mi padre retornaba a casa en aquellas horas intempestivas, y sin saber dónde habría estado ni con quién; no obstante, desde la preñez de mi madre, este hecho comenzaba a ser algo bastante frecuente) había pasado una noche toledana, sin pegar ojo durante buena parte del tiempo nutrido por la penumbra; por ello, la visión de mis ventanas se había apagado mientras sujetaba la aguja entre mis dedos.

En cambio, en lugar de que doña Adelfa reprochara mi comportamiento, haciéndome ver que las iniciales que bordaba comenzaban a torcerse, saliéndose de la recta que debían seguir las letras, como tantas otras veces me había sugerido en otras prendas; esta vez, fue mi madre la que, improvisadamente, acudió en mi defensa.

—Déjela, doña Adelfa. Habrá descansado mal esta noche. —Dirigiéndose a mí, me dijo—: Presta más atención en lo que haces, Azucena. Si pusieras mayor empeño, no te vencería el sueño.

Le observé sorprendida. Mi madre había perdido ya todas esas agallas que supo atesorar un día. Qué duda cabe que el dilema matrimonial de Verónica, la habría llevado a recapacitar y orar esperando respuestas divinas.

Me quedé mirándola un instante. Estaba sentada en el diván, pero no se entretenía cosiendo. Desde siempre se había dicho que una mujer en estado, además de guardar reposo, no era conveniente que tejiera, ya que el ovillo podía acabar enredándose en la pobre criatura que crecía en su vientre, ocasionándole un fatal desenlace. Mi madre seguía, a pies juntillas, todos aquellos misterios (a mí me descolocaba creerlo, de extraño que me parecía; aun con todo, dentro de poco, mi madre podría volver a internarse en la distracción de la aguja). Aunque ya era toda una experta, no estaba pasando por su mejor preñez; los años no pasan en balde, y mi madre se encontraba ya en una edad bastante madura para volver a procrear. Aun así, el médico la visitaba a menudo; ella estaba en sus manos y nosotros estábamos tranquilos.

Después del almuerzo, fui a tomar un poco el aire por las orillas del río Regal, junto a mi madre y mis hermanas. El médico recomendaba un paseo diario a mi madre, siempre y cuando nuestro riguroso y cambiante clima lo permitiera, y a nosotras nos gustaba acompañarla. Supongo que la novedosa experiencia de vivir a su lado su propia preñez, cuando nosotras ya rozábamos la etapa de la flor hermosa a punto de abrir su corola al sexo opuesto; supongo que toda esa rareza que nos traía nuestro pequeño rincón acomodado, nos llevaba a ponernos seriamente las lentes del futuro, que nos dejaban entrever los episodios que, con posterioridad, asimismo, engranarían nuestras entrañas de nuevas semillas.

Pasamos la tarde por la vereda del río. A la vez que caminábamos entre la húmeda tierra, Blanca iba identificando cada flor recién nacida en esta primavera, silabeando su nombre científico en latín, y clasificándola según la forma que exponían sus pétalos, el dentado relieve esbozado en sus hojas o las nervaduras contenidas en ellas; mientras que yo memorizaba esos contornos y el vivaz abanico de colores que desplegaban, para transportarlos más tarde, en la soledad de la alcoba, a la textura de las láminas. Blanca poseía un sentido especial para reconocer muchas de las plantas que se desperdigaban por el bosque prepirenaico, el nuestro. A mí me satisfacía dibujarlas; pintarlas en el tronco de mi cabeza y, luego, trasladarlas al cuaderno. Era una tarea que habíamos desempeñado desde niñas, y que, en cambio, enterramos después en los arcones; pero ahora aquellos vestigios habían retornado, volvían a ser nuestro punto de fusión.

Mi madre y Verónica ralentizaron su paso; mi madre no podía caminar tan aprisa y Verónica se quedó atrás, junto a ella. Blanca y yo

nos adelantamos, entusiasmadas y cogidas fuertemente de las manos. Nos emocionaba retomar, de nuevo, aquella apasionante actividad que polinizaba nuestros pensamientos y los diversificaba, salpicándolos de flor en flor. Nos acercamos a la orilla para vislumbrar nuestros rostros, recíprocamente, en el ondulado deambular del curso del río. Luego, cruzamos nuestras miradas ávidas y, no sé por qué, vi en los ojos de mi hermana el brillante y fugaz esmeralda que, meses atrás, había atisbado en aquella loba del bosque. Por un momento, pensé que aquel solitario animal —quizás mi alma gemela— compartía con mi hermana Blanca esa misma y penetrante mirada; al fin y al cabo, también Blanca era, en muchos aspectos, mi fiel, aunque opuesto, reflejo: ese pedazo de mi alma que la suya completaba, acoplándose a la perfección en la mía, al igual que lo hace una piedra preciosa en el enganche pulido del orfebre.

Blanca se quedó observando unos lirios, y yo me adentré un poco más en el bosque, hasta llegar, casi sin darme cuenta, a la altura de nuestros abejares. Alguien apareció de súbito detrás de mí, y me asusté. Al darme la vuelta, mis ojos color miel chocaron con los indefiniblemente grisáceos de Amancio, y mi sobresalto fue mayor, puesto que mi acelerado corazón comenzó a palpitar a un ritmo frenético que era incapaz de dominar. No sé qué me ocurrió. La voz de Blanca se iba acercando conforme me llamaba y, como poseída por un desconocido y ferviente impulso, me arrojé a él; rodeé su cuello con mis brazos y besé, sin poder ni saber cómo evitarlo, sus cálidos y carnosos labios, saboreándole, impregnando a mis abejas interiores de su melosa esencia, sintiendo que la corriente del río la formábamos nosotros.

No me hubiera despegado nunca de la boca de Amancio, tal era la atracción que me embadurnaba, pero Blanca insistía llamándome y tuve que volver.

Aquella noche, mientras mis hermanas dormían, encendí a bajo gas la lámpara y, en un cuaderno de dibujo, empecé a escribir un diario. Necesitaba sacar de mí todo aquello que me lanzaba a una identidad y que quería desechar a otra. El llanto desmedido humedeció las cuartillas del cuaderno; estaba inmensamente feliz por todo aquel nuevo sentir que me acababa de regalar Amancio, pero sollozaba por todo lo que, sin remedio, nos estaría vedado de aquí en adelante. También lo hacía, como no había dejado de hacerlo, aunque las lágrimas no hubieran trascendido, por la pobre niña fallecida. En estos últimos meses, el desconsuelo había entroncado en mí, disparando mis pesares hacia la vida adulta; una existencia que no quería vivir tras las cortinas de terciopelo en las que habían echado raíces las mujeres de mi familia, porque quería, con toda mi alma y con todo mi espíritu, que los brazos de Amancio siguieran rodeándome; que sus besos me

transportaran lejos de allí; que cada amanecer fueran sus palabras las que me despertaran del letargo en el que el mundo andaba sumido. Pero sabía que mis anhelos colisionarían contra un muro de rocas, del mismo modo que el pauperismo y la enfermedad seguirían aplastando a pobres inocentes; porque mi eterna condición se encargaría de cerrar todas mis salidas, en las que Amancio no tendría cabida. Sin embargo, estaba dispuesta a abrir las cercas de mares y océanos por él, para que el jardín de mis flores nunca acabara marchitándose.

9

PREPIRINEO ARAGONÉS. UNA SEMANA DESPUÉS

Aquella mañana, caldeada por el tenue —pero luminoso— sol que hacía resurgir a la primavera de su letargo invernal, dilatando las pupilas de nuestros pensamientos, y ensanchando y revolucionando las efervescentes vías que dictaba nuestro corazón; aquella despejada mañana, sin una sola nube atisbando y humedeciendo la esponjosa frondosidad del Prepirineo que nos albergaba; aquella espléndida mañana, la magistral clase que intentaba inculcarnos nuestra restrictiva institutriz, doña Adelfa, era tan contrariada y tediosa, que sus insípidas palabras resbalaban por mis oídos como agua de lluvia, discurriendo por entre mis senderos mentales, aunque sin apenas lograr pararse.

Su rígida postura no daba lugar a un solo equívoco por parte de mi hermana Blanca y de mí misma.

—Las flores que, ahora mismo, comienzan a abrir su secreto mejor guardado al albor de esta primavera naciente, han sabido estar igualmente conteniendo sus impulsos de ofrecer su espectacular colorido durante todo un año. Un completo ciclo de estaciones esperando, quizás con un poco de ansiedad, para poder mostrar sus hermosas tonalidades al bosque—. Hizo una prolongada pausa. Quería que, aquel intencionado paréntesis, nos llevara a la reflexión y, por lo tanto, a que descubriéramos qué era lo que nos intentaba enseñar con aquella estudiada metáfora—. Creo que ya habrán podido deducir ustedes, señoritas, cuál es la semejanza que todas las mujeres mantenemos con el renacimiento de las flores cada temporada.

El brillo esmeralda que relucía en los ojos de Blanca, se cruzó con la apagada mirada que sostenía doña Adelfa. Esta inclinó levemente la cabeza, dándole así la palabra a mi hermana.

—Una flor que ha de germinar entre el emparrado esparcido de la naturaleza, nunca ha de adelantarse tampoco al momento idóneo en el que puede abrir sus pétalos.

Con una seriedad absoluta, doña Adelfa le interrumpió.

—Muy bien, señorita Blanca, creo que lo está comprendiendo a la perfección, pero ¿qué similitud encuentra usted entre esa flor que espera adecuadamente el momento preciso y la naturaleza de una mujer?

Yo también me había tenido que aprender aquella lección, al pie

de la letra, al igual que mis hermanas; sin embargo, fue un alivio que aquel día doña Adelfa prestara más atención a las conclusiones de Blanca. No sabía si habría sido tan convincente en mis respuestas como lo estaba siendo mi hermana, que le respondió airosa.

—Pienso que se ve claramente, doña Adelfa. Una bella flor ha de conservar oculto en su interior su tesoro más preciado, hasta que el día oportuno pueda revelarlo. Y una bella dama, la que se precie de serlo, ha de hacer lo mismo.

Casi me pareció algo increíble que doña Adelfa dejara, tan solo unos segundos, que la comisura de sus labios se estirara ligeramente, esbozando una nimia sonrisa. (En realidad, a mí me dio la impresión de que aquella forma de mover la boca, era totalmente maliciosa).

Se irguió, todavía más, cuando dijo:

—Bien, vamos a dejarnos de rodeos. ¿Cuál es el mensaje de toda esta exposición que he realizado hoy?

Me fijé en sus manos; sus dedos apretaban con fuerza el dichoso libro, *La perfecta casada*, y vi cómo su mirada se deslizaba, primorosamente, hacia el lugar que yo ocupaba. Menos mal que la voz de Blanca le hizo volverse inmediatamente hacia ella. (Por aquella época, odiaba tener que mentir y, aún hoy, no sé si habría sido capaz de hacerlo; a mis quince años, mis propias meditaciones ya iban en contra de todo lo que pensaba doña Adelfa o mi hermana Blanca, incluso de aquel círculo social cerrado que me constreñía, cada día que pasaba, con mayor saña).

—Entiendo que se refiere al punto más culminante de nuestra vida: la llegada del matrimonio.

Doña Adelfa escuchó lo que quería oír, sin duda, y, sintiéndose así de satisfecha, cortó tajante a mi hermana, continuando ella con la lección y haciendo especial énfasis en la frase final para que jamás se nos olvidara.

—Exacto. Todas las mujeres han de permanecer con su honra intacta hasta que se celebre el sagrado sacramento del matrimonio, ya sea con el fin de la procreación o las que hayan elegido pasar su vida junto al Señor, vistiendo los hábitos. En cualquiera de los casos, la mujer ha de ser siempre casta. Después, en el primero de los supuestos servirá a su esposo y a sus hijos, rompiendo entonces su castidad en el lecho conyugal y dentro del absoluto decoro; en el segundo, deberá servir a Dios y mantendrá su virtud como una perla nunca usada.

Carraspeó un poco y prosiguió:

—El capullo de una flor estará cerrado hasta que sea conveniente; una muchacha casadera hará exactamente lo mismo con su virtud, que tiene que permanecer oculta hasta el altar, manteniéndose casta y decente, sin propiciar que ningún mozo ose lanzar su perversa mirada por debajo de su barbilla.

La puerta rechinó a nuestras espaldas, y tras ella apareció mi madre para indicarnos que había llegado la hora de dar un reconfortante paseo con ella y Verónica. Doña Adelfa se retiró entonces, nunca nos acompañaba cuando salíamos a adentrarnos un poco en los embriagadores senderos del bosque. Seguramente deseaba venir, pero sus fuertes convicciones religiosas le harían acudir al confesor pidiéndole penitencia, ya que las mujeres debían hilar dentro del hogar, y no ir abonando de sonrisas las lindes del campo. Mi madre seguía como la que más todas las escrituras, y en ellas comprendía que, de toda la vida de Dios, las mujeres de altas familias, las que ostentaban algún rango noble, habían caminado airosas por esos mundos de fuera, siempre y cuando tuvieran una decencia admirable. Entonces, ¿por qué razón ella y sus hijas no íbamos a andar solas por los caminos? Hasta la omnipotente figura que representaba mi padre en el longevo árbol familiar, lo consentía sin ningún reproche. ¿No había habido influyentes reinas, cortesanas o nobles que habían sabido cambiar la escultura labrada de la historia? Por supuesto que sí. Sencillamente, yo veía a doña Adelfa como a una mujer amargada. A lo mejor de joven llegó a alimentarse de sueños que, con las ásperas arrugas que fueron cicatrizando su vida, se perderían en un inalcanzable infinito imposible de recuperar; aquel mismo que debió de dejarle postrada en el interior de un pesado mineral, y observando solo tras puertas engarzadas hacia dentro.

Un rato más tarde, estaba ya, junto a mi madre y mis hermanas, explorando los entresijos del Prepirineo. Rojos escarlatas ligándose y entremezclándose con los blancos; azules pálidos serpenteando hasta alcanzar los tonos celestes; malvas, violetas y cárdenos confundiéndose entre el verdor de la vaporosa hierba, y fusionándose con el ocre oscuro de la tierra. Era como el aglutinante espolvoreado de un perpetuo cuadro, solo que los destellos que la floración retransmitía a nuestras retinas se movían, se balanceaban a través de la cadente brisa que notábamos e inspirábamos; y, al unísono, acababan engullendo las notas de una sinfónica orquesta coral entonada por los pájaros aposentados, con su acrobática ligereza, sobre las copas del boj, el quejigo o el pino, de vuelta a casa tras su largo y distante viaje invernal. Los fervientes olores que emanaban de las lustrosas flores recién abiertas se expandían entre aquel explosivo ambiente que nos acogía. Así como el invierno era inclemente en nuestras medianas montañas, la primavera conseguía volver del revés aquel pequeño universo en el que, desde tiempos medievales, habíamos habitado los Villaserbal. Las cumbres más elevadas dejaban caer sus amargas lágrimas de cristal, deshaciéndose en una masa de agua que brotaba de sus mismas entrañas; los torrentes divagaban en la transparencia de arroyos interminables, desembocando con furor en

ríos pedregosos; cantos rodados sedimentaban en un lecho que daba asilo a salmones y truchas, cuyas rosadas escamas componían un espectáculo singular bajo el prisma captado por el quinqué solar; burbujas de incesante vida pincelando el esplendor del paisaje. Era pura belleza, insuperable para la vista; fragancia enloquecedora para el olfato; delicada suavidad junto a notable rugosidad para sopesar las sensaciones cutáneas; afinados instrumentos para los oídos; y, por supuesto, el delicioso sabor que traería la miel a nuestro paladar, tras ese intervalo en el que las abejas trabajarían a un ritmo frenético. El deshielo de la primavera era todo un acontecimiento para todos los que amábamos la montaña.

(Desde niña supe que mi lugar era aquel engendrado por los misterios de la naturaleza. Soy parte de esta montaña quemada por los rayos del amanecer; oculta bajo la placa de oscuridad estelar, cuando el ocaso la embellece encubriéndola; virando en la rueda implacable de las estaciones, cambiante, transformadora y, a la vez, impertérrita y serena; eco de las voces de la vida, también callando ante la muerte. Es mi montaña, mi caverna interior; porque, en realidad, el teatro se interpreta cada día entre nosotros, al igual que lo contiene el corazón de la montaña que me vio nacer, y de la que, sin duda, formo parte de sus enigmas; así como la montaña está conformándose, continuamente, en la cueva insondable que contiene mi propio ser).

Dejé un poco apartadas a mi madre y mis hermanas (Blanca estaba apuntando los datos morfológicos característicos de una planta en el estadio en el que, ahora mismo, se encontraba; y Verónica y mi madre se quedaron con ella, sin darse cuenta de mi repentina huida). Escuché de lejos el sonido intermitente de las hachas. Provenía del bosque de boj, donde los leñadores estarían hiriendo y cortando los troncos que, muy pronto, serían trasladados para su posterior venta en el mercado, formando almadías. Seguro que mi padre y mi hermano Valero andarían cerca. Mi padre para vigilar el más mínimo detalle que pudieran saltarse en aquella agotadora labor; y mi hermano para continuar aprendiendo de mi padre su inamovible autoridad, ejercida con rudeza y sin inmutarse un ápice, como correspondía a alguien de su estatus con importantes propiedades, y manejándose, sin titubeos, como un amo esclavista.

Me escondí entre la espesa maleza, tras unos arbustos, para intentar divisar, con disimulo, a mi amado. Amancio salió, justo entonces, de la puerta trasera del abejar de *jacientes*. Vi cómo manipulaba, además, con destreza, a pesar del poco tiempo que llevaba desempeñando las tareas de apicultor, uno de los *arnales* que contenían los panales de las abejas. El pequeño edificio era exactamente igual que una casa, eso sí, de menor tamaño. El tejado a un agua, las paredes y el muro frontal hacían que las abejas estuvieran

allí a buen resguardo, y unos minúsculos orificios cuadrangulares en la parte delantera hacían las veces de puerta de entrada a sus elaboradas y minuciosas colmenas. Todavía, en muchas ocasiones, me veía sorprendida al poder curiosear dentro del diminuto hogar de mis peculiares insectos. El arna donde ellas vivían era como una alcoba, estaba llena de mimbre y protegida en los extremos con excremento de vaca para su impermeabilización. Por uno de esos extremos volaban hacia la alfombra floreada y, al igual que los componentes de mi familia, eran unas auténticas privilegiadas: su cuidado era escrupuloso y esmerado, y vivían con numerosas comodidades que las cobijaban del mal tiempo en sus celdillas. Sin embargo, ellas no tenían servidumbre, eran innatas y eficaces trabajadoras.

Amancio se aproximó hacia donde yo me había escondido. Debió de verme entre los arbustos. Aunque quise estar tan estática como el crucifijo que colgaba sobre la forja de mi cama, no pude; mi forma de ser clamaba la inquietud. Salí con premura de mi escondite y me acerqué, tímidamente esta vez, a él.

—Señorita Azucena, ¿qué le trae por aquí? —Miró de soslayo en derredor—. Está usted sola, ¿es que acaso se ha perdido?

Bajó la mirada a propósito para no encontrarse con la mía. ¿Qué le pasaba? ¿Es que había olvidado aquel beso que a mí me seguía hirviendo en las arterias del corazón? Me había hablado como lo hubiera hecho cualquier otro criado de la casa; el trato volvía a ser como si hubiéramos retrocedido en el tiempo, convirtiéndose, de nuevo, en el de señorita y criado, en el de dos extraños que no comparten nada en común, en el de dos anónimas personas con imposibilidad de amarse. En cambio, no podía ser cierto; no me cabía en la cabeza que Amancio me estuviera tratando de esa forma, como si no hubiera sucedido nada entre los dos; como si le hubiera dado exactamente igual el jugo prohibido que saboreó gustoso de mi boca, de mis brazos rodeándole, o de sus manos envolviendo con anhelo la curva de mis caderas. Realmente, al contrario que a mí, parecía como si él no sintiera que un batallón de aves estuviera construyendo sus nidos en el interior de su cuerpo y de su corazón, picando con desmesurado placer para despertar los instintos del amor. Y es que no lograba comprender su alejamiento, porque ¿cuál era la causa que le hacía mantener ciertas distancias después de lo ocurrido la semana anterior?, ¿es que no se sentía pleno, lleno de dicha, tan solo al recordar aquel impulsivo beso, que abrió para mí el sentido de mi transitar y marcó (para siempre, lo supe ya en aquel instante en el que sucedió) el imparable camino del cortejo clandestino, de un amor recién eclosionado, pensando y soñando que sería, indudablemente, correspondido?

Algo me decía que estaba negándolo por obligación, porque un

fuerte pálpito me susurraba que el constante aleteo de las abejas zumbaba locamente entre sus válvulas internas, tanto como batían igualmente esas alas transparentes en las mías, dentro de mí. Por ello, decidí encararle con airada determinación, sosteniendo fijamente mi mirada sobre su gacha cabeza.

—¿Qué te pasa, Amancio? ¿Me vas a decir que ya no recuerdas, o no quieres recordar, lo que pasó el otro día…?

Levantó ligeramente la cabeza, pero intentó que el gris acuoso de sus ojos no rozara los míos.

—Señorita Azucena, yo… No debió de haber ocurrido. No sé qué pasaría si aquello llegara a oídos de su señor padre.

Volvió a bajar la mirada, que se tornaba más gris aún que su fondo.

—¡Mírame a los ojos, maldita sea!

Su reacción fue inmediata. Al fin, nuestras miradas acabaron encontrándose y chocándose con ansia a su vez. Supe entonces que el látigo del amor también fluía a través de sus apresados riachuelos.

Seguí hablando ante aquel silencio cortante que, claramente, no podíamos soportar ninguno de los dos.

—Eso que has dicho es la palabra que utilizan los cobardes. Es lo mismo que llevan haciendo desde que el mundo es mundo los asaltadores de caminos. ¿Pretendes ser como un bandolero, robando en arcas y carruajes ajenos?

Se quedó estupefacto, observándome con increíble asombro.

—¿De qué me acusa? Usted debe saber que yo no he sisado ni un solo real en toda mi vida. Se lo juro por lo que más quiera, le digo la verdad.

No sé qué debió de pensar cuando le pregunté aquello, casi daba por hecho que iba a entender a qué me refería, pero estaba claro que o hablaba sin tapujos, o no lo comprendería. (El pergamino de los años me daría muchas lecciones y bastantes golpes también, pero entonces era tan solo una muchacha virtuosa, ausente de todo juicio que me hiciera entrever la simpleza que, a veces, mostraban los hombres, por muy viriles que se creyeran).

—Pues claro que lo sé, Amancio. Es solo una nimia comparación. Los bandoleros pueden robar bienes que no les pertenecen en absoluto; sin embargo, tú has usurpado mi mejor tesoro: me robaste un esporádico beso y, con ello, el corazón, el alma y todo mi hondo sentir.

No sé cómo pudo salir, sin freno, aquella pecadora frase de mi boca y de mis puros pensamientos; no sé por qué no fui capaz de dar marcha atrás a los designios de mi lengua de serpiente, pero el hecho fue que los lazos de mi corsé siempre estarían más flojos que los de las demás, y la razón continuaría siendo que aquella muñeca que querían

modelar en mí, se iba a rebelar contra los anclajes impuestos. Mi tallo nunca acabaría creciendo recto hacia la luz, asimismo, buscaría los escondrijos de lumbre en las estepas del cielo, pero lo haría enrollándose y torciéndose en la cuesta hacia los haces luminosos.

Amancio se quedó totalmente mudo por unos instantes, negó con la cabeza a un lado y al otro, y me dejó helada cuando, por fin, movió sus labios diciéndome:

—No tenía que haber dejado que ocurriera. Me siento tan avergonzado por haber sido tan débil ante su hermosura… No se preocupe, todo queda ya olvidado.

La rabia me hizo enrojecer por momentos.

—Pero ¿es que eres lerdo o qué te pasa? No he escuchado de tu voz lo que me están transmitiendo tus ojos, ¿no es así? —Se refugió otra vez en ese insano mutismo que me sacaba de mis casillas—. Te acabo de hacer una pregunta, ¿estoy o no equivocada?

Ahora notaba una enorme tristeza calando en él.

—No, no se equivoca. Para serle sincero, tampoco yo he logrado sacarlo de mi memoria. Pero hay que dejarlo atrás, usted es una señorita con muchos posibles y yo… Ya me ve, soy un simple abejero, realizando otras tareas cuando aquí no hay tanto trabajo. Y eso ahora que he tenido la suerte de caer bajo el techo de su casa, que antes… solamente era un menesteroso más vagando por las calles sin saber si habría puchero que rebanar al día siguiente, o sería la inmundicia de la enfermedad la que me podía llevar al rumbo que no estaba previsto. —Sus ojos se clavaron en los míos y continuó hablándome—: ¿Cree que entraré, algún día, bajo la apariencia de estos harapos en el casal de su padre? Sabe que no, que lo único que me dejarán mantener allí, serán las estancias del servicio en las que ahora me alojo.

Primero los sentimientos a flor de piel solo con verle, luego la irritación me sobrevino al intuir sus pensamientos, aunque él intentara negarlos, y ahora estas punzantes palabras que me habían atravesado tanto, que el deshielo de la primavera se acababa de trasladar a mis ojos, resbalando por la ladera que formaban mis mejillas.

Me abrazó con tal intensidad, que gotas de ardoroso calor fueron diseminándose por todo mi cuerpo; otra vez aquel irrefrenable impulso se apoderó de mi alma cuando volví a rozar mis labios con los suyos, aunque esta vez quise que fuera algo fugaz, al igual que un cometa cuando surca la inmensidad del cielo tan solo un breve instante en un determinado tiempo, y después su incandescente cola vuelve a apagarse, quedando en la penumbra. Eso mismo fue lo que hice: dejé a Amancio con la miel colgando de sus labios cuando me despegué bruscamente de su abrazo.

Él se quedó ahí petrificado apenas un segundo, hasta que vi, satisfecha como nunca había estado, cómo rápidamente se abalanzó

hacia mí y comenzó a besarme con desmedido arrebato, como si no hubiera un mañana, y yo le correspondí con el mismo furor que él había intentado esquivar por todos los medios.

Estábamos conociendo ambos las estelas del amor; los vericuetos palpitantes que nos llevaban a amarnos de esa manera, sin pudor ni reparo. Sabíamos también que un amor enteramente prohibido, como era aquel que empezábamos —con inusitado fervor— a descubrir y compartir juntos, estaba irremediablemente abocado al fracaso y condenado de antemano.

Oímos voces a través de los susurros que circulaban entre los árboles. Había olvidado completamente la presencia de mi madre y mis hermanas, tal era el embelesamiento que me aturdía.

—No llevas mucho tiempo entre nosotros, pero pienso que eres perspicaz y sé que has entendido ya que no soy como mis hermanas, ni como las muchachas que se resignan a la posición con la que nacieron y la condición que creen merecer por ello.

—Lo sé, lo supe desde el principio. Tu gran determinación es ejemplar, Azucena. Sé lo que sufriste por aquella pobre niña para la que no hubo remedio posible.

Mis ojos volvieron a enmarañarse entre las lágrimas, pero él continuó con la conversación. Ahora me hablaba con cercanía.

—Y no soportaría que sufrieras también cuando todo esto que ha surgido entre nosotros, termine desmoronándose, sin darnos apenas tregua.

Se volvió a acercar a mí, arrastrando tras de sí su carga melancólica. Sabía que tenía razón, pero mis sentimientos hacia él no admitían excusa alguna; no comprendían las claves de la separación lógica que subyace en las distinciones sociales, solo querían unirse a Amancio, amándole por los siglos de los siglos, y aun después. Nos volvimos a besar sin poder ni querer evitarlo, una y otra vez, hasta que un murmullo de fondo volvió a recortar nuestra acelerada respiración.

Necesitaba decirle algo que me quemaba por dentro, y entrelacé mis manos con las suyas.

—Amancio, supe que formamos parte de un mismo ser desde aquella primera vez que te vi junto al carruaje. Poco después, confirmé mis sospechas cuando, aparte de mi hermana Blanca, la única persona que ha sabido cómo ofrecerme consuelo en mis momentos más bajos, has sido tú.

Sus manos apretaron las mías y ya no nos dio tiempo a más, los pasos de mi madre y de mis hermanas estaban cada vez más cerca y tuvimos que despedirnos apresuradamente, dejando que nuestras manos se deslizaran en el vacío. Me di la vuelta para salir al sendero y, casi en sus lindes, Amancio emitió un silbido, llamándome.

Oía la ronca voz de Verónica en oleadas, así que ya no pude siquiera volverme; sin embargo, sus palabras y la sinceridad de su sentir llegaron hasta mí nítidas, como si me lo hubiera soplado suavemente al oído.

—Mi corazón también se agita, día y noche, por ti, para ti, enredado junto al tuyo.

Estuve absorta en mis pensamientos durante todo el camino a casa, me notaba totalmente ensimismada pensando en Amancio. Sus palabras se grabaron a fuego incendiando mis tejidos, y ya jamás llegaría a olvidarlas, corretearían siempre en los rebosantes cajones de mi mente deslumbrada.

Al cabo de un rato, estábamos tranquilamente en la sala cuando mi madre se empezó a encontrar mal. Le desabotonamos la camisa y le aflojamos el incómodo corsé para que pudiera respirar mejor, pero, aun así, lo hacía con dificultad. Como mi padre aún estaba dando sus órdenes por las tierras que poseíamos, me ofrecí a ir en busca del médico, que vivía en el pueblo de abajo. Saqué a Azabache de las caballerizas sin ensillarlo siquiera (al día siguiente, tendría dolores por todas mis articulaciones, pero no importaba, mi madre parecía estar en serio peligro, o eso es lo que creímos) y cabalgué al galope hasta que di el aviso al médico, que se puso en camino con celeridad. Cuando estuve de vuelta en el casal, todavía a lomos de Azabache, un espeluznante vértigo recorrió mis entrañas. Me quedé observando la pétrea fachada del casal familiar, luego vislumbré la *chaminera* troncocónica que se alzaba en lo alto y, por último, dirigí mi vista hacia la ventana que enmarcaba la alcoba de mis padres y cerraba la intimidad que ambos compartían en su espacio interior. Fue en ese momento cuando lo noté: un súbito escalofrío que, por una milésima de segundo, me hizo pensar en la posibilidad existente, aunque la detestáramos, de que el hecho de soportar una preñez tan tardía, podía debilitar a mi madre, de tal modo, que la acabara lastrando al umbral de la muerte. Aun así, yo estaba convencida de que mi madre conseguiría superar aquel trance; más bien, deseaba que así fuera y rezaba muchos días para que ella siguiera acompañándonos después del parto de la criatura. Aun con todo, si lo peor acababa aconteciendo, ¿qué sería de nosotras? ¿Quién gobernaría la casa tal como hacía mi madre? ¿Nos casaría mi padre con el primer energúmeno adinerado que se cruzara en su autoritario camino? ¿Quién iba a darnos ese caluroso afecto que, aunque fuera en contadísimas circunstancias, incluso ella nos había prodigado, reconfortando nuestra lacerada alma? Quise borrar aquellos fatídicos pensamientos de mi atolondrado cerebro; no obstante, sabía certeramente que, igual que el continuo zarandeo anidaba en mis adentros, crispaba mis nervios y me afligía por la voluble salud de mi

madre, también esas tinieblas de oscuras especulaciones me imbuían, sin poderlas desterrar.

Afortunadamente, el médico no vio nada extraño en el estado de mi madre. Había tenido una pérdida, pero había sido tan insignificante que, con tan solo llevar un riguroso reposo, todo seguiría marchando con normalidad hasta que el parto tuviera lugar. Mis hermanas se asustaron mucho más que yo porque, en el momento en el que yo partí, la falda de mi madre comenzó a tornarse de rojo brillante con tinte granate, aunque, al final, fue más lo aparatoso que la dolencia en sí. Verónica se quedó un rato con Camelia, pegada a la cama de mi madre (puesto que mi padre cuando volvió y le contamos lo sucedido, sin variar su semblante habitual, dijo que dormiría en la alcoba de invitados para no molestar a mi madre. Me astillaba su total indiferencia). Blanca y yo nos fuimos también a descansar. Bajo la tenue luz que caía a cascadas por la escalera y el pasillo, decidí que, al estar solas en la languidez de la noche, mientras leyéramos algún capítulo de la Biblia o investigáramos las funciones de las plantas en los libros de ciencias naturales; mientras, iba a contarle mi amor secreto, porque necesitaba entregarle a alguien mis emociones clausuradas, y Blanca era la persona idónea, su confianza formaba una enorme tela de araña que atrapaba mi cariño. Éramos almas contrapuestas, y al mismo tiempo idénticas, parejas, paralelas, fundidas y conexas entre sí; éramos bordes de un mismo río, que reflejaba nuestra cómplice añoranza, el retrato de nuestra sólida armonía; éramos hermanas forjadas con sedas indisolubles, que nos unían, nos ligaban y nos encordelaban allá donde estuviéramos.

10

ALTOSPINOS. DÍAS PRIMAVERALES DE 1866

Un instantáneo fluido, en forma de aguacero y compuesto por sutiles explosiones luminosas, caía incesante en pendiente catarata sobre nuestras cabezas, así como relampagueaba al fondo en impactante descarga, la cual dibujaba largas estrías teñidas por tonos blancos o rosados, además de fulminar, con tal diluvio y todo su estruendo, las losas de piedra que componían el tejado de nuestro casal, anticipando las sombras de una noche que se había tornado oscura. Carente ese día del rostro de marfil de la luna, el exterior se convertía en absoluta negrura, acompasada de un tenebroso regadío de mutismo; un espectral silencio solo roto por el repiqueteo de la lluvia en la piedra, que comenzaba a deslizarse golpeteando contra el alféizar de la ventana de nuestra alcoba.

El ciclo estacional se repetía un año más como si, dentro de su estado natural, guardara una recóndita memoria para emular el anterior. Sin embargo, no siempre el agua de lluvia, tan codiciada y esperada, llegaba en el momento preciso y en la cantidad convenida. Las plegarias en estas fechas se hacían una letanía casi constante entre las gentes, no tanto entre las que habitábamos tierras de silvicultura; pero sí entre las que se asentaban en la tierra llana, cuyas oraciones eran mucho más necesarias, ya que, en muchas ocasiones, los cielos se empeñaban en no querer humedecer las semillas que brotaban de la tierra fecundada y la cosecha germinaba diseminando su cara más mustia hasta en el último grano y, por consiguiente, la recogida de ese año era altamente perjudicada, con terribles consecuencias que desencadenaban en esa frágil cadena que tiraba del pauperismo. Cierto es que aquí, en Altospinos, la regia montaña solía mostrarse benevolente con sus paisanos. Las bravas aguas que descendían en vertiginoso torrente por empinados surtidores, impracticables riachuelos y elegantes e inaccesibles arroyos alfombrados, llegaban a estos lares en forma de abundantes precipitaciones por estas fechas, en las que el canalizado colorido del deshielo fragmentaba el aterciopelado paisaje de las laderas de la montaña.

Tan absorta me encontraba atisbando la espesura de la noche y pensando en aquel interminable ciclo estacional que, sin demora, se repetía intermitentemente todos los años; tan ensimismada auguraba el retorno del rocío primaveral apoyada tras las jambas de la ventana,

que me asusté dando un tímido sobresalto cuando noté la calidez de un brazo posándose sobre mis hombros.

Presurosa me di la vuelta y la esmeralda mirada de Blanca se clavó en la mía.

—¿Te he asustado, Azucena?

Le sonreí.

—Estaba mirando la estampa de fuera. Está hoy todo tan oscuro… que hasta da miedo. El bosque parece como boca de lobo.

Blanca entornó también sus ojos intentando distinguir algo en la lejanía.

—Sí, con la lluvia se ha vuelto una negrura impenetrable. Menos mal que estamos aquí dentro, bien recogidas. No quiero ni pensar en cómo lo estarán pasando todos aquellos jornaleros que no tengan sustento alguno ni techo donde refugiarse en una noche como hoy.

Lo que me faltaba era volver a recordar a aquella pobre niña que se fue sin pena ni gloria, con la inocencia sellada en cada pústula enrojecida y causándome tal dolor en el corazón que, a pesar de los meses transcurridos desde su fatal desenlace llevándola a perecer bajo tierra, algo me decía (como si fuera la voz de mi propia conciencia la que, cada vez que un tema similar salía a relucir, retornaba con esas preocupaciones de nuevo) que aquellas profundas cavidades se mostraban ahora delicadamente sensibles, ya que se me habían partido irremediablemente por amor al prójimo; a estas alturas mi sentir ya no sería capaz de hallar los remiendos adecuados, porque las impunes injusticias se agolpaban en mi retina como una larga lista de espera que poder solucionar de alguna manera o con algún método plausible. El caso era que Blanca acababa, otra vez, de poner ante mis cavilaciones la penosa y humillante situación en la que vivían los desharrapados; algo que muchas veces intentaba desechar de mi mente, para poder vivir en paz.

Después de mi larga divagación mental entre la lacra de la inmundicia y la calamidad (meses atrás ni siquiera tenía constancia de que una persona pudiera llevar tan mísera existencia, pero ahora rondaban por mi cabeza muy a menudo, más de lo que quisiera), observé a Blanca, que se santiguaba a mi lado. Sin duda, los velados remolinos de la noche le habían metido el temor en el cuerpo, y el miedo, para ella, solo podía desvanecerse alzando con su mano la señal de la santa cruz.

Le rocé, con mucha ternura, una de sus traslúcidas mejillas.

—No te preocupes, Blanca. ¿Qué podemos hacer nosotras? —Simplemente al pronunciar aquellas palabras, algo muy intenso me abrasó por dentro, pero no le mentía, ¿qué lograríamos cambiar nosotras, si el mundo era así de hostil e ingrato desde que era mundo?, ¿acaso se había construido totalmente boca abajo, sin

atender a razones obvias? —Seguro que habrá algún lugar que pueda proporcionarles el cobijo que necesitan esta fea noche, hermana. Por hoy, ya hemos tenido bastante con la hemorragia de madre…

Blanca, repentinamente, me interrumpió.

—Bueno, gracias a Dios que todo ha quedado en un desafortunado susto. Espero que el médico esté en lo cierto y solo haya sido una pequeña pérdida sin la menor importancia. ¿Tú qué piensas, Azucena? Se me ponen los pelos de punta solo de imaginar que su tardía preñez no acabe yendo hacia buen término…

Le corté tajante y le desafié con mi penetrante mirada.

—No se te ocurra volver a mentar algo así, Blanca. A mí también me ha recorrido hoy el miedo; me ha paralizado solo de pensar que algo horrible podría sucederle. Pero no vamos a dejarnos vencer como toda esa gente que cree en estúpidas supercherías. Seguiremos los consejos del médico y todo irá pasando como bordado por hilos de seda. De verdad, hermana, ya lo verás.

Le di un cálido beso en la mejilla, y ella me lo devolvió con gran afecto. Nos cogimos de las manos, entrelazando nuestros dedos, y sonreímos ampliamente. Nuestros rostros volvían a destilar amor entre los lazos que unían, sujetando férreamente cada día, nuestros castigados corsés; entretejiendo la labor contenida en el bastidor de una vida conjunta.

Nos quedamos unos minutos calladas, contemplando la ingravidez del aire que nos envolvía en la alcoba que nos alojaba, en ese etéreo ambiente de invisible oscuridad que se hallaba ahí donde la luz artificial no llegaba a alumbrar. Fuera, la pesadez nocturna nos invadía a ambas, mostrándonos sin retoques la realidad que vivíamos junto a nuestra madre, asentada siempre en su posición con suma firmeza, y ahora presentándose tan frágil como no la conocíamos ninguna; el halo de silencio atravesaba la protección de la ventana, aun así, nos teníamos la una a la otra, y yo quería hacer partícipe a Blanca de mis más puros sentimientos, contrariados y exultantes, al mismo tiempo.

Me acerqué más a ella y, con voz queda y algo trémula, le confesé mi mayor secreto.

—Blanca, tengo algo que contarte…

Los ojos de Blanca brillaron ante la luz suspendida, justo en derredor nuestro, por la lámpara de gas.

—¡Ah!, ¿sí? Pues venga, cuéntamelo todo, porque debe de ser una noticia muy interesante. Mírate al espejo, parece que la alegría hubiera ensanchado tus facciones, Azucena.

Era consciente de que solo al pensarlo, la emoción anidaba dentro de mí.

—No me hace falta ningún espejo para saber y decirte lo feliz que

me siento. ¡Estoy entusiasmada! Eso sí, muy a pesar de lo que hemos sufrido por lo que le ha ocurrido a madre, por supuesto. Mi preocupación por ella es lo primero, imponiéndose por encima de cualquier otro pensamiento.

Blanca me observó con impaciencia.

—No hace falta que te justifiques, lo sé de sobra. Pero no me tengas así, y suelta ya de una vez ese misterioso asunto que ronda por tu mente y que estoy deseando escuchar…

Bajé un poco la cabeza, centrando mi visión en el suelo de tarima de la alcoba.

—Creo que me he enamorado… de Amancio…

El rostro de Blanca se demudó por completo y la reprimenda no se hizo esperar.

—Me estás diciendo que… que te has fijado en el abejero, ¿me estás tomando el pelo?

Levanté un poco la vista y vi en su serio semblante una gran incredulidad reflejada.

—No bromearía sobre un tema así. No sé cómo ha pasado, pero lo cierto es que el amor ha comenzado a palpitar en mí por este buen muchacho.

Con nerviosismo mal disimulado, Blanca pasó su mano por los mechones de su cabello, que acababan recogidos en trenzas.

—¿Te ha abandonado la razón, Azucena? Pero si es un simple menesteroso. ¿Qué es lo que piensas, que padre le va a recibir con los brazos abiertos, o que madre le va a sentar en nuestra propia mesa? Ya puedes ir olvidando esas tonterías, hermana. No te voy a discutir que el zagal sea bien parecido, pero de ahí a haberte hecho esas ilusiones sin ningún sentido…, hay un largo trecho que sabes que no transitarás jamás.

Resulta que, al final, también el temperamento de mi madre o de mi hermana Verónica, asimismo, parecía manifestarse ahora a través de Blanca.

—No solo es atractivo. Es cariñoso y bondadoso, y tiene un gran fondo, Blanca, te lo puedo asegurar. Si proviene de la indigencia, él no tiene culpa alguna. Además, trabaja duro y no rechista por nada, siempre obedece. Pero si hasta padre parece que está conforme con la tarea que desempeña en esta casa, así como de lo rápido que se ha adaptado y ha aprendido su oficio.

Con el ceño fruncido, Blanca me fulminó al mirarme.

—Despierta de tu ensoñación, hermana. Es únicamente un criado, jamás podrá siquiera optar a nuestro particular mundo. Sabes bien que cuando nos llegue la hora del matrimonio, como a Verónica, que dentro de poco ya será una mujer casada, ha de ser correspondido con alguien de nuestro rango en un enlace lícito; no hay cabida para el

amor romántico en la condición que ostentamos.

—Me trae sin cuidado lo que puedas decirme, porque solo sé una cosa: le quiero, le amo como nunca había sentido por nadie, y ni tú ni los demás podréis hacerme cambiar de opinión.

Ahora Blanca esbozaba una sonrisa a medias e intentaba convencerme de lo contrario.

—A ver si podemos hablar con un poco de cordura. Puede que te hayas embelesado con él, no lo niego, pero ten en cuenta que, a nuestra edad, va a ser solo algo pasajero. Seguro que en unos años no recuerdas ni su nombre, si no, tiempo al tiempo.

Qué equivocada estaba mi hermana, ella no entendía que bebía los vientos, ligeros y fuertes, de este a oeste y de norte a sur, por él, nada más que por él. No comprendía que levantaba para mí hasta las mismísimas estrellas, todas mis fervientes pasiones y mis más impulsivos arrebatos. No podía imaginar siquiera que le añoraba más allá de la noche, impregnada con los tabiques del sueño; que le anhelaba en la plenitud del día, inspirando las partículas de su cuerpo sudoroso, con mis pensamientos rozando la aspereza de su piel, con mis labios succionando su sabor evocado; que le necesitaba a mi lado, amándome con fervor, confortando todo mi ser, con el deseo de ser suya algún día. Y es que mi hermana menor volvía a voltear una vez más nuestros roles, porque, aun siendo la pequeña, reprendía mi actitud y, sin embargo, ella no conocía —que yo supiera— la fusión de sentimientos que se acoplan sembrando las entrañas cuando aquella orquídea que perfilaste siendo niña, había hallado la semilla que componía su otra mitad.

Con la inesperada reacción de Blanca —y si hubiese sabido adivinar sus pensamientos—, tendría que haberme guardado para mí esa maravillosa sensación que había paladeado en los últimos días, y que todavía creía sentir entre los gránulos de mi lengua; en cambio, quise contárselo todo.

—No, nada nunca hará borrar lo que siento por Amancio. Además, ya he probado sus besos…

La severa expresión de Blanca me hizo quedarme completamente inmóvil.

—¿Qué? Que has hecho, ¿qué?

Intenté defenderme.

—Solamente ha ocurrido un par de veces, en el abejar. Y ha sido… ¡increíble! Mira —cogí su mano para que tocara mi pecho—, solo al pensarlo, se me acelera el corazón.

—¡Madre de Dios! Pero ¿tú te estás oyendo, Azucena? No habrás realizado ningún acto… deshonroso, ¿verdad?

Mi contestación fue rauda y contundente.

—No, por supuesto que no. Únicamente nos hemos besado, nada

más, te lo aseguro —. Con un rápido vistazo, ojeé la alcoba mientras buscaba la Biblia. Cuando la encontré al lado de la lámpara, la cogí y puse mi mano sobre sus tapas forradas de cuero escarlata—. Te lo juro, Blanca. ¿No me creerías capaz de ofrecer mi virtud?, ¿no?

Agachó la cabeza algo avergonzada.

—No, supongo que no. En fin —dijo, intentando atisbar a través de la opacidad exterior y juntando las manos en postura de orante—, ayúdame, Señor, a conducir a mi hermana dentro del redil, no dejes que se pierda por agrestes senderos. —Volvió a dirigirse a mí, como si no hubiera estado presente mientras clamaba aquellas palabras al cielo—. Debes olvidarle, es tu obligación, ¿o prefieres que le cuente tus idas y venidas a Verónica, cuando deje la vigilia de madre y venga a acostarse? Peor aún, ¿no querrás que se lo comunique a madre cuando vaya notando la mejoría, y del disgusto vuelva a postrarse en la cama?

Fragmentos de lo que podría denominarse pánico, fueron sumergiéndose en mis corrientes interiores.

—No, por favor, Blanca. Apiádate de mí —como si se hubiera tratado de un acto reflejo, instintivamente, me hinqué de rodillas en el duro suelo, suplicándole—, te prometo que intentaré olvidarle, pero es que…

Ya no pude continuar; amargas lágrimas surcaban, imparables, mis mejillas, deslizándose como un brioso río que lucha por alcanzar la desembocadura. Sin embargo, mi llanto estaría ciego ante el canal del embudo, porque no lograría dar con ninguna salida; no habría ya orificio por el que poder desaguar la tristeza empujada por el circuito del amor platónico, imposible ante el mundo, pero viviendo en un clandestino y oculto desfile. (Aquel día lloré como una rama desgarrándose, habiendo sido cercenada del árbol del que nació; desgraciadamente, reconocí los sinsabores de la congoja a mis quince tiernos años y, desde entonces, más de una vez volvería a acompañarme adherida a los relojes de la propia existencia).

El espíritu compasivo de mi hermana Blanca salió a flote. Me abrazó acunándome y me repitió, susurrándome al oído, que me ayudaría, que haría que le olvidara, que no soportaba verme así, sufriendo.

Sin embargo, un ataque de rebeldía me inundó de rabia, dejando aquel llanto apartado en apenas un instante. Y, secándome con furia los ojos, le encaré de frente.

—Lo siento, Blanca. No voy a dejar atrás a Amancio. Te lo he contado porque creía que me comprenderías. Pensé que podía confiar en ti.

Blanca alzó los brazos.

—Y puedes. No va a salir ni una palabra de mi boca, de veras. —

Cogió la Biblia, e hizo exactamente lo que había hecho yo misma hacía tan solo un momento—. Te prometo que esta conversación yace ya debajo de una lápida. Pero sabes que ese desliz que estás cometiendo es algo absolutamente prohibido, y no tendrá perdón entre estos muros. Solo te abro los ojos por tu propio bien.

Hablaba de un desliz como si yo hubiera incurrido en una infidelidad, cuando era purificador amor lo que sentía.

—Lo sé, y te lo agradezco en el alma. Aunque no puedo deshilachar las hebras de mi corazón, porque están unidas a Amancio. Puede que sea difícil para ti ponerte en mi lugar, no lo discuto. Al contrario, lo acepto. Ahora eres tú la que debes hacerte a la idea de que le voy a amar hasta el fin de mis días, y no declinaré mi decisión. No sé cómo, pero encontraré el modo de estar con él.

—¡Ayúdanos, virgencita! Tanta poesía romántica como lees, te ha nublado la mente. —Nos quedamos escuchando el murmullo del silencio y, acto seguido, Blanca bostezó y dijo—: Mañana seguiremos con este espinoso tema, ahora vamos a acostarnos. Que descanses, intenta dormir.

—Descansa tú también, buenas noches.

Nos pusimos cada una nuestra cofia sobre el enmarañado de trenzas del cabello, para que no se deshicieran con los vaivenes del sueño, y nos acurrucamos bajo el bordado de las sábanas. Con todo, aquella noche era incapaz de conciliar un liviano sopor siquiera. Me sentía aturdida y angustiada, sabía que mi hermana tenía razón. En cambio, ansiaba zozobrar en las aguas removidas de la amargura, porque la guía de mis desvelos era Amancio; porque mis ligas apretaban sus caderas, queriendo tenerlo cerca; porque el amor simplemente surgía, no entendía de opulentas riquezas, sino de enredada conexión, de burbujeante vitalidad. ¿Es que no se apareaban los animales por irrefrenable instinto, bajo las vaporosas lluvias de la primavera? ¿Es que no florecían, simultáneamente, todas las plantas esparcidas de un rincón a otro del Prepirineo, como si se tratara de una orgía común? ¿Es que no era la fecundidad de la tierra un hecho natural donde confluían todos los sentidos, desatándose? Me daba igual que Blanca se aferrara a nuestras estrictas normas sociales; claro estaba que lo que sentía ahora por Amancio era indestructible, estaba forjado a fuego en nuestra singular herrería (nunca me quemaría, sino que me irradiaría de él).

Como me era imposible pegar ojo aquella noche sin fósforos en el tejado celeste, me incorporé despacio y escuché la monótona respiración de Blanca que, sin albergar ninguna duda, me evidenciaba que dormía. Salí sigilosamente de la cama y noté una ráfaga helada a mi espalda, solo llevaba puesta la camisa de dormir. Aun con todo, encendí el candelero y, bajo su tenue luz, me dispuse a desahogarme

en mi diario, puesto que mis confidencias recaían, desde hacía poco, entre sus páginas; páginas que fueron blancas, símbolo de la pureza, y que ahora comenzaban ya a mancharse de las indecencias y pecados a los que no pensaba renunciar. Mi corazón hervía con Amancio, y no iba a ser mi cabeza la que lo pusiera entre rejas.

11

ALTOSPINOS. PASADOS UNOS DÍAS

Mientras las porciones del sol comenzaban a escurrir sus resplandecientes filtros, derramándose entre las extensivas costuras dispersas en los espacios naturales que nos albergaban, mientras, al mismo tiempo, destellaban formando un crisol de colores con la túnica azulada de la Virgen (una imagen que se repetía en todas las alcobas sin excepción, y que, en la nuestra, nos ofrecía un modelo en el que poder reflejarnos); mientras todo aquello acontecía, nuestro casal giraba en torno a mi madre.

Durante unos cuantos días estuvo guardando cama, en absoluto reposo, tal como había recomendado nuestro médico de confianza. Y parecía que con los pertinentes cuidados que, sobre todo, le había dado Camelia, volcándose día y noche en su mayor bienestar, así como yendo y viniendo con el retrete a cuestas cada vez que era necesario (y era bastante apremiante, con los continuos vómitos, malestar y necesidades que había tenido mi madre estos días de atrás); parecía, pues, que todas estas pródigas atenciones le habían ayudado a irse reponiendo. Había llegado a compadecerme de Camelia y del resto de criados de la casa. Poseían un techo que les daba cobijo y comida caliente con la que entonar el cuerpo cada día; ni mucho menos soportaban las hambrunas ni estaban expuestos a las implacables enfermedades que dominaban el ambiente ahí afuera, cuando caía la noche y una cortina de desvalimiento campaba sobre tantas gentes desamparadas, que vivían —o lo intentaban— en las calles prepirenaicas y a la intemperie de un clima riguroso, el cual nunca perdonaba.

Sin embargo, aunque las losas de nuestro tejado aplacaran los sinsabores de un cruento destino a nuestras sirvientas y sirvientes, no podían contener las vías de una vida abocada al servicio de los demás, por desagradable que fuera. Se pretendía que su lugar tenía que ser aquel, por obra y gracia de Dios, y, en otro sentido, por cómo había sido así construido el mundo desde que se tenía conocimiento.

Junto a mis hermanas, había sido educada para adoptar un énfasis de superioridad ante todas las personas que se encontraban a nuestro servicio; había sido instruida para sentarme, como una figura omnipotente, en el pedestal de la jerarquía, entendiendo que su eslabón carecía, irremediablemente, de escalera alguna; y había sido

apartada, desgajada incluso, de mis adorables compañeras de infancia. Con ellas, habíamos compartido travesuras, sueños e ilusiones; pero un día aquello quedó, sin apenas dejarnos tiempo para asimilar tales hechos, en el fondo de los baúles de un recóndito pasado que no volvería, sino que quedaría enmohecido. Últimamente, pensaba mucho en ello, mi mente no paraba de revolotear —al igual que un enjambre en plena ebullición— sobre este asunto sin aparente salida en el callejón. En realidad, creía ser consciente desde que nos habían impuesto, a la fuerza, la dolorosa separación y, por tanto, nos habían hecho ver a Camelia, a Jacinta y al resto de criadas y criados, como gente pequeña e insignificante (aunque, verdaderamente, mis ojos no distinguían tales diferencias, eran dulces como la deliciosa miel). Había visto cómo Camelia se afanaba en limpiar, obcecadamente, las inmundicias que brotaban del frágil cuerpo de mi madre e, inevitablemente, ello me llevaba a situarme en su posición desfavorecida y a preguntarme: ¿por qué otros tenían que bañarse bajo la pestilencia del estiércol, mientras nosotros nos impregnábamos con el perfume del espliego? ¿Por qué tenían que nadar su existencia a contracorriente, mientras que nosotros flotábamos, sin esfuerzo, en la superficie? ¿Por qué su cadena se resquebrajaba antes de pisar siquiera un solo peldaño, mientras que nosotros habíamos vislumbrado la frondosidad del bosque, desde la cúspide más elevada? En pocos meses, cumpliría dieciséis veranos, quizá fueran pocos años para poder atisbar el complicado universo en el que nací, arropada por suaves sábanas y cómodo jergón; en cambio, estas cuestiones sin resolución a la vista, me traían de cabeza, porque me hubiera gustado acortar distancias, claro que hubiera tenido mayor maniobra de alcance si hubiera nacido varón como mi hermano Valero. No obstante, él era todavía un niño que padre quería moldear a su imagen y semejanza: rudo, insensible y con arraigadas dotes de mando; pero yo sabía que Valero aún residía en el fantástico mundo de las ensoñaciones, y que lo único que estaba consiguiendo mi padre era infundir en Valero no orgullo, sino un terrible temor hacia su persona que le corroía hasta las mismas entrañas. Pero poco o nada podíamos hacer las mujeres de la familia por mi pobre hermano; ahora únicamente don Abelardo manejaba su voluntad, y lo llevaba a cabo con mano de hierro que irradiaba también en su voz.

Mi madre ya se levantaba a gobernar la casa, a pesar de su delicada salud y de su hinchado vientre, cada día más voluminoso que el anterior. Era un gesto por su parte que a nosotras nos dotaba de cierta serenidad, al igual que al resto de la gran familia que allí cohabitábamos. Por supuesto, mi madre era firme en sus decisiones y no mostraba abiertamente su afecto, pero todavía sabía compadecerse y hacer sobresalir su caridad cristiana donde y cuando hiciera falta

(un hecho totalmente carente en la piel y los pensamientos de mi padre).

Ante la inusual tranquilidad que se respiraba en la atmósfera del casal a esa hora temprana, casi intempestiva, decidí, una vez más, escabullirme a escondidas junto a Azabache, que se había convertido en mi fiel compañero de aventuras, implicado como estaba mi equino de oscuro pelaje. Debería estar de vuelta a tiempo, ya que teníamos un banquete muy importante ese día, más aún, para mi hermana Verónica que, pese a su recto vagar, estaba muerta de miedo, luchando contra sí misma al percatarse de que aquel acontecimiento habría de cambiar su corta existencia; tanto como la noche, preñada de postigos oscuros, se opone al día, relleno de lúcidas ventanas. Aun así, mis necesidades eran cada vez más perentorias; inconfundiblemente, ansiaba respirar la brisa que azotaba mi cara; anhelaba absorber cada ínfima fragancia que me ofrecían los pétalos dispersos del bosque; deseaba escuchar el sigiloso vuelo del azor; quería inundarme de la orquesta que dirigía su afinado tono en las orillas del río Regal; y me sentía desfallecer solo al pensar que caería rendida, de nuevo, en los musculosos brazos de Amancio, y podría volver a beber, sin ningún reparo, del sabroso néctar de sus besos. Esta vez, desgraciadamente, me equivoqué. Ni una sola gota de sus fluidos salivales pude probar, porque mi hermano Valero estaba con él. Seguramente, mi padre le habría acechado, al igual que un majestuoso rapaz dibuja el pánico en los ojillos de una rata de campo que ha logrado escapar de su agresor, y Valero, intimidado, se habría quedado vigilando a mi verdadero amor; un amor que, aunque en estos instantes no pudiera fluir en mis labios, salía a borbotones de mi exaltado corazón, cuyas flechas planeaban en dirección a él. Me fui alejando de allí, sin armar ruido. Era incómodo cabalgar con el opresivo corsé oprimiéndome sin mesura los pechos, y haciendo de mis inspiraciones un acto fatigoso, así que, como pude, me lo aflojé y seguí trotando hasta un pequeño claro que ofrecía el bosque. En aquel inhóspito lugar, parapetada entre las ramas de los arbustos, vi en lontananza a mi padre; estaba rodeado de otros hombres pertenecientes a distintas estirpes de la pequeña nobleza arraigada en la zona. Entre ellos, puede ver, de lejos, a un hombre alto y recio, que se mantuvo todo el tiempo que estuve observando en una postura erguida, totalmente tieso. No lo conocía ni siquiera de vista, así que deduje que sería el pretendiente que mi padre había buscado para mi hermana Verónica. No sé por qué extraña razón, pensé que le detestaría, no me gustó en absoluto, aunque quizá su semblante transmitiera algo más de afabilidad, en comparación a muchos otros de los hombres que le rodeaban.

Se encontraban en el momento culminante de la partida de caza, a

la que habían invitado al futuro esposo de mi hermana, cuando uno de los perros salió corriendo adelantándose al tiempo que debían de haber estipulado. A unos metros de la escena, no pude vislumbrar con claridad lo que ocurrió, pero lo que sí vieron mis ojos fue el revés que mi padre le espetó, con furia y sin ningún sentido, a uno de nuestros criados. El chillido que brotó de su boca después del golpe, casi hizo que mis tímpanos estallaran, y decidí volver por donde había venido, se me revolvían las tripas solo de pensar qué sucedería tras aquello. Más tarde, llegué a la conclusión de que tenía que haber permanecido allí, oculta tras los árboles, pero siendo testigo directo de cualquier acción; aunque sabía de sobra que no existía defensa ante nadie cuando la arbitraria ley la marcaba mi padre, por algo era consciente de que, a sus espaldas, le llamaban cacique.

De repente, un fulgor verde pasó de refilón, trayéndome de nuevo, absorta como estaba, hasta esos escondrijos del bosque donde me había ocultado. Era la penetrante mirada de aquella loba la que volvía a encararme de frente; la que retornaba en mí esa sensación de espíritu libre; la que me decía, sin palabras pronunciadas, que éramos seres similares porque, tarde o temprano, rompíamos fronteras, arrugábamos esas condiciones que habían querido doblegarnos y saltábamos más allá de los muros naturales que crecían en los lodos del río indómito de la vida transitada. Apenas fue un instante y, sin embargo, aquel fugaz momento adhirió, otra vez, los cauces alados de la valentía en mí; porque empecé a imaginar las barreras, tanto visibles como veladas, que naufragaban por todas las partes que componía el terruño que nos alojaba y que, durante un sinfín de generaciones, había abrigado a nuestro largo linaje familiar, a todos nuestros nobles ancestros; porque la ruptura maduraba en el propio terreno que nos enraizaba: de transición de bosque prepirenaico a pirenaico, de tierra llana a conversión en nuestra montaña, de límite navarro a carácter aragonés. Si vivía en territorio de acusadas fronteras, ¿cómo no iba yo misma a fracturar contornos, siluetas y todo tipo de marcas en las que querían enclaustrarme?, ¿cómo no iba a ansiar correr en una tierra ausente de esclavitudes, en un lugar que pudiera liberarse de aquella instaurada subordinación ante cualquier varón? (Desde luego, no conseguirían aplacar la vitalidad y arrojo que sentía florecer a mis quince hermosos años; no estaba dispuesta a agachar la cabeza y resignarme, porque Amancio ocupaba todos mis desvelos y su energía me alentaba para continuar adelante, pasase lo que tuviera que pasar).

Aquel día, exquisitos manjares deleitaron al prometido de Verónica; todo transcurrió con la mayor normalidad, y mi padre conversó, casi obsesivamente con él, de las respectivas posesiones que

tenían en su poder. Mi madre se mantuvo callada durante toda la comida; Valero no hizo otra cosa que asentir ante las afirmaciones de mi padre; y Blanca y yo mirábamos a Verónica con sumo pesar, ya que intuíamos en su pálido rostro y la triste mirada que denotaban sus ojos apagados a punto de soltar torrentes, que una envolvente angustia se estaba instalando en cada partícula de su ser.

Aun con todo, Verónica era una auténtica tempestad, puesto que sabía cómo domeñar aquel porvenir opaco con su férrea voluntad; por ello, mantuvo en todo momento su compostura, sin dar rienda suelta a aquellos sentimientos que empezaban a espolear la dura coraza con la que sometía a su corazón (al menos, esa era la fachada que dejaba entrever a quien no le conocía de verdad, porque nosotras sabíamos que, bajo ese yelmo, todo era blando como una esponjosa nube).

Verónica no volvió a dar muestras de sus sentimientos, los camufló en el arcón de los secretos. Hasta que, al día siguiente, con la cegadora luminosidad salpicando las aguas del río Aragón, que surcarían con pericia los almadieros, y al mismo tiempo que la corriente hacía partir a las turbulencias del abismo a muchas de nuestras balsas; al unísono, pues, a Verónica, terminado ya el descenso del río, sus ojos se le abrieron como hojas de ventana golpeadas por ráfagas de fuerte viento, porque, sin más, se le anegaron en imprevisible caudal.

Cuando las aguas provenientes del deshielo se tornaban algo más sosegadas, los leñadores ataban artesanalmente los troncos de nuestro preciado boj, montándolos hábilmente uno al lado del otro y sujetándolos con fuerza para que resistieran los embates del río, enfurecido y con enojo a raudales en según qué tramos; construían de este modo las balsas —o almadías, tal y como las conocíamos nosotros —. Transportaban así por el río Aragón nuestra madera, que reconfortaría muchos hogares paliando el crudo y riguroso frío del próximo invierno. Ese día acudíamos en familia al lugar de salida; las mujeres llegábamos en calesa y los hombres marchaban hasta allí a caballo. Era una tradición en la que, siendo espectadores, veíamos cómo aquellos varones intrépidos sorteaban los obstáculos rocosos del río con gran maestría y precisión, aun a sabiendas de su ignoto camino: en ocasiones, la fiereza del río acababa con sus vidas antes de llegar a la capital y poder vender el codiciado producto.

Como en los años anteriores, todo salió según lo esperado; sin embargo, cuando regresamos a casa, Verónica irrumpió en agitados sollozos (mucho más amargos que el llanto precedente que le había invadido al finalizar la bajada del río), y apenas fuimos capaces de calmarla.

Mi madre lo intentó una y otra vez, sin conseguirlo.

—Verónica, hija. ¿Qué es realmente lo que te hace estar en ese lamentable estado?

A Verónica le trastabillaban las palabras.

—Madre, pero ¿es que no lo entiende? Usted y padre me quieren casar…, no, me han casado ya sin mi permiso con ese… con ese vejestorio. ¿No se ha fijado en su cabello? ¡Está poblado de canas!

Ya no pudo proseguir, el explosivo llanto retornó a ella. Mi madre, esta vez incapaz de dominar la situación, le respondió airosa.

—Ya está bien, Verónica. Hemos escogido lo mejor para ti y para el patrimonio de esta familia. —Tomó aliento antes de continuar su discurso—. Eres una Villaserbal y, como tal, debes acatar las normas inscritas en nuestro escudo familiar.

De súbito, Verónica enrojeció, no solo por la cascada de lágrimas que escocían su rostro, sino también por la repentina ira que se instaló en ella.

—¡Ah!, ¿sí? Así que debo hacer lo mismo exactamente que hizo usted en su momento. Es lo que se espera de nosotras, ¿no es así? Que agachemos la cabeza y nos postremos delante del primer hombre ajado, ya que solo importa que su fortuna se evidencie.

Mi madre la miró rotunda.

—No voy a consentir que cuestiones las causas de mi matrimonio…

Verónica quiso enseguida resarcirse de aquellas palabras que habían salido de sus labios sin pensar.

—Perdone, madre. Sé que le he faltado al respeto a usted, que nos ha enseñado con dedicación cuál es el camino acertado que debemos pretender y escoger. Es que no me esperaba que me desposaran con un… un señor tan entrado en años, y, además, tengo miedo de no saber cómo actuar el día de…

El rostro de mi madre se mostró ahora condescendiente.

—No te preocupes, hija. Tú al igual que tus hermanas aprenderás, cuando sea oportuno, los misterios de alcoba. No temas por ello; eso sí, es un tema que, aunque haya salido aquí a relucir, no se debe siquiera mentar y, menos aún, en nuestros círculos sociales. Espero estar dejándolo claro.

Asentimos las tres; después, nos fuimos a dejar nuestros sueños al aire del crepúsculo que auguraba la noche, no habría otro lugar donde pudieran surgir. Aun así, antes de acostarnos, Verónica reanudó sus lastimosos sollozos.

No paraba de decirnos que iba a ser muy desdichada.

—Es que no puedo hacerme a la idea de tener que dormir, cada noche, junto a ese longevo señor. Y, para colmo, ya no hay nada que hacer. Ayer por la tarde, firmó el contrato elaborado por padre con la participación en las tierras. Me lo ha confirmado madre.

La abracé con mucho amor, nunca había sentido el corazón de Verónica rozar el mío tanto como aquella noche; esa misma que

quería nacer entre la niebla de sus ojos.

No sabía cómo confortarla y, aun con todo, le dije:

—Puedo imaginar lo que estás sufriendo, pero nada de lo que pudiera decirte ahora va a cambiar los hechos. ¡Ojalá encontráramos la manera!

Ahora, también Blanca la rodeaba con sus brazos, y a todas en aquel ocaso que se deslizaba entre las rutas celestes, nos empezaron a resbalar gotas de rocío de nuestras miradas.

Verónica se deshizo de nuestro abrazo y, mirándonos fijamente, esbozó con entrecortada voz.

—Y si… ¿hago los votos?

La observamos desconcertadas sin saber responderle, aunque de todos era conocido que cuando un contrato matrimonial se había rubricado, ya no había otra opción posible más que abrir la decorosa flor a la vida conyugal.

Bajo la manta impenetrable de aquella hermética oscuridad, soñé con el llanto de Verónica, que humedecía las esmeraldas contorneadas en los ojos de la loba; que navegaba entre la leña quemada en la que se convertiría la corteza del boj; que desembocaba en las profundas aguas del río, sin saber cómo empujar y empujar para salir a flote en un mundo colmado de baches y guijarros.

12

BAJO LAS FALDAS DEL PREPIRINEO ARAGONÉS. PRIMERA SEMANA DE MAYO DE 1866

Durante varios días, con sus largas noches, tanto los pies como la amargura de mi hermana Verónica se arrastraron ausentes, apenas percatándose de nuestra presencia que intentaba rellenar los insondables huecos de su desconsuelo, aunque solo fuera para lograr confortarla un poco. Sin embargo, la habitual dureza sobresaliente en Verónica se había esfumado por completo, camuflando su legendaria armadura quién sabía ahora dónde. Había que saber observar, a través de su impenetrable concha, qué era aquello que escondía en su interior; ahora descubríamos que debajo de aquellas capas de aparente corteza, dentro habitaba un alma sensible y porosa que podía llegar a resquebrajarse al igual que la de cualquier persona. Siempre supe que Verónica, a pesar de su porte y serenidad, se parecía más de lo que imaginábamos a Blanca y a mí: éramos como cangrejos de río, con innata fortaleza y un exoesqueleto protector, pero vulnerables a los cambios que, inevitablemente, pululaban a nuestro alrededor y nos afectaban, sin poderlos encajar cuando hacían trizas esa piel externa y conseguían atravesarla, como le había ocurrido a nuestra hermana.

Aquellos días, todavía un pequeño soplo de cierzo quería acariciar nuestras blancas facciones, y a Verónica parecía que, hasta la suavidad de aquellas ráfagas, ya más templadas, le habían borrado las lágrimas que tan solo unas noches atrás le colgaban resbalando del rostro, como si fueran resplandecientes gargantillas, cuando nos disponíamos a acostarnos. Quizá su llanto continuaba enquistado en alguna parte de su ser, donde lo mantenía oculto sin dejar que se escapara. El hecho era que, desde que le había suplicado a mi madre que rompiera su compromiso y la dejara tomar los hábitos, deambulaba por las estancias de la casa sin rumbo ni sentido. Sabía bien que me quejaba, bastante a menudo, de los chismorreos que Camelia y Jacinta se traían a diario con los demás criados, muchas veces sobre temas que consideraba triviales. Aun así, e incluso conociendo que no era propio de nuestra condición merodear detrás de las puertas —un acto reservado, más bien, a la muchedumbre—, la curiosidad sobre el posible destino de Verónica pudo con nuestra inculcada compostura, y volví a escuchar esa conversación ajena junto a mi hermana de más

confianza.

Mi madre pasaba largos periodos del día recostada en su cama. Su avanzado estado de gestación ya casi apenas le dejaba moverse con total soltura. Ni siquiera los paseos por la espesura del bosque, ahora que el quejigo se adornaba de verdor y los pétalos de las flores salpicaban con su colorida explosión y sus olorosas emulsiones, conseguían mitigar la fatiga que mi madre iba acumulando desde el momento del desayuno; por ello, aunque habíamos seguido con nuestras salidas su cadente paso hasta la semana anterior, en aquellos instantes, su preñez le impedía salir al exterior y tomar esas bocanadas de aire fresco que tanto nos beneficiaban a todas.

Verónica no lo pensó dos veces, cuando vio que Camelia aparecía por el pasillo después de haberla dejado en el lecho bien arropada entre sábanas calientes (cuando nos sentíamos indispuestas, nuestras atentas sirvientas ya se ocupaban de pasar el calientacamas para que no notáramos ni un gramo de frío replegándose entre nuestros tejidos), entró en la alcoba de mi madre, absolutamente dispuesta a convencerla para que cancelara aquel contrato matrimonial adjudicado por mis padres.

Ahí fue cuando Blanca y yo giramos sigilosamente el pomo de la puerta, que había sido embellecido dando forma al sagrado corazón de Jesús, con la función de proteger aquel umbral y los del resto de las alcobas; acto seguido, nos acercamos todo lo que fuimos capaces a la madera labrada (tras semejante armazón el sonido se apagaba), y así, tras una mínima rendija, las escuchamos a ambas.

—Pero, madre, ¿no ve que ese hombre me dobla la edad? No quiero vivir con él y, menos aún, acabar yaciendo en su lecho. Es repugnante. ¿Es que no lo entiende?

La voz de mi madre nos llegó casi como en un susurro apenas audible.

—Verónica, tienes que ser consecuente con la posición que ostentas. Tu padre es un as de los negocios, y sabe perfectamente las cartas que juega, así como las que tiene a su favor. Tanto tú como tus hermanas tendréis que acatar lo que él disponga en vuestras alianzas.

Supimos cómo la rabia se extendía a raudales en Verónica. Sus palabras fueron directas y cortantes.

—¡Ah!, ¿sí? Conque alianzas, ¿eh? Muy bien. ¿De qué alianzas se trata, de que nos canjeen como un simple objeto de trueque? No pienso ser moneda de cambio…

No me lo podía creer, Verónica había revelado a nuestra madre mis propios dictados mentales. Quizá ni Blanca ni yo hubiéramos sabido expresarlo de mejor forma y tan contundente, estaba claro que una compleja metamorfosis se había producido en el interior de Verónica.

A pesar de que oíamos la respiración entrecortada de mi madre acelerándose cada vez más, como agotándose, ella le interrumpió y decidió zanjar la cuestión.

—A ver, Verónica, sé que te gustaría ingresar en un convento y llevar una vida contemplativa, lejos de algarabías mundanas, si podemos llamarlo con este término las mujeres, y dedicarte en cuerpo y alma a las plegarias y a una existencia aislada.

Intuimos el asombro en el semblante de nuestra hermana.

—¿Cómo sabe usted eso, si yo jamás he mencionado nada al respecto?

—Hija, parece que no me conozcas; en esta santa casa tengo orejas por todas partes. —De repente, supusimos que mi madre había debido de sonreír disimuladamente por el resoplido que emergió a través de la rendija. Solía hacerlo cuando nos daba una lección y sabía de antemano que la tenía ganada—. No es nada fácil tener que compartir lecho con un hombre al que no conoces…; sé que es un extraño para ti, pero debes aceptarlo, y lo harás sin rechistar, te guste o no. No estás destinada a perecer tras un claustro, porque tu dote es muy valiosa para unir y engrosar el patrimonio. No se hable más.

Aun con todo, Verónica volvió a recriminar a mi madre.

—Por favor, madre, tenga compasión…

Mi madre no dejó que Verónica siguiera con su retahíla, sino que se mostró severa.

—¡Basta, Verónica! Si no entras en razón ahora mismo, le expondremos tus argumentos a tu padre. Él no se andará con rodeos, te lo puedo asegurar.

El tono empleado por mi hermana se suavizó instintivamente.

—Me sentiría mejor si ingresara en un convento, aunque tendré que cumplir con lo que ustedes elijan.

Nos apartamos raudas y, al momento, el chirriar de la puerta nos indicó que la conversación había terminado. Menos mal que doña Adelfa no había oído ni una sola palabra de aquello, porque seguro que del sofoco se habría, incluso, desmayado. Verónica, la que nunca jamás había osado salirse un ápice del recto sendero estipulado; la que había transitado desde niña con pies de hierro y plomo, esquivando la tentación de curvas sinuosas; la que había impreso en su cabeza, con imborrable tinta negra, las cualidades inherentes a todas las damas que se preciaran de serlo; y la que no había alzado ni una sola protesta ante las acciones de los progenitores. Así era Verónica, callada, decente y obediente ante el deber otorgado, hasta ahora, claro estaba. Parecía estar transformándose, al igual que una larva esculpe su pupa para después eclosionar en la vida adulta; sin embargo, tras aquel breve lapsus, volvió a demudar, retornando a la Verónica que conocíamos: pétrea como mineral de roca.

La verdad era que aquel hombre entrado en años, su prometido, tampoco parecía, finalmente, tan odioso como lo pintaba Verónica. Por lo menos, sabía sonreír de vez en cuando, un dulce atributo del que carecía mi padre. A mí me daba la impresión, después de haber compartido mesa con este caballero y haberle escuchado conversar, de que sería capaz de complacer y dar afecto a mi hermana; aunque estuviera ya bregado en mil batallas, se notaba su afabilidad y cortesía y, seguro, que ella encontraría mayores alegrías que las que acompañaban a mi madre. Desde luego, todo este intrincado asunto me llevó, durante tediosas horas, a combatirlas pensando en mi Amancio.

Bordando el dichoso ajuar, que reposaba inerte entre los pliegues de mi saya exterior con vistoso estampado de indiana, dejé caer los párpados, e inmersa en esa opacidad en la que nadie podía intervenir, quise soñar despierta cuando mis pensamientos se hilaron, enracimados, junto a él. Por él estaban latiendo, dispersándose, grandes colmenas que danzaban al compás de un deseado vuelo nupcial, en el que la miel endulzaba los labios, se pegaba cicatrizando las heridas y se esparcía por cada membrana de la piel. Aunque sabía que nuestro batir amoroso no hallaría *arnal* donde asentarse, ni tejado donde se deslizara con la lluvia enfurecida, ni refugio donde guarnecer las vibraciones de nuestro ardor; aunque era consciente de todo ello, lucharía por él, porque había sido Verónica quien nos había abierto la brecha a las demás, pero, tarde o temprano, también Blanca y yo acabaríamos intentando coser con cera nuestro descompuesto corazón. El mío no podría recomponerse si Amancio no ocupaba su lugar en él, sabiendo que su entrada estaba vedada por personas ajenas a nosotros y a nuestro sentir; pero mi mente y mi cuerpo entero languidecerían si era otro —como estaba previsto— el que invadiera su sitio.

Camelia vino a la sala apresurada, comunicándonos, muy inquieta, que mi madre había comenzado con los dolores propios del parto. Sus palabras revolvieron hasta la última célula que habitaba en mí, porque el estruendo del miedo se apoderó de todos y cada uno de mis sentidos, dejando que cantidades desorbitadas de pánico anidaran por mi cuerpo, tal y como el abejaruco construía sus nidos entre las grietas en esa época del año. Verdaderamente, así era la forma en la que empezaba a sentir mis fluidos interiores, agujereando los anhelos más profundos que crecían, a la velocidad del rayo, dentro de mí.

Conforme la tarde iba galopando en su incógnita huida para acoger los ecos resonantes esparcidos en la noche; a la vez que el envolvente crepúsculo quería adueñarse de nuestros razonables temores, ciñendo su oscuro cinturón sobre el tejado de losas planas que nos cubría en

privilegiado cobijo; casi al mismo tiempo que la luz cegadora del sol nos abandonaba, engullida tras la montaña, los punzantes dolores de mi madre fueron aumentando, gradualmente, hasta que aquellos primeros gemidos terminaron, al paso insaciable de las horas, desatándose en auténticos aullidos. Junto a mis hermanas, permanecí a los pies del lecho donde mi madre sufría sin consuelo, sacando de sí toda su furia contenida. Solo las mujeres teníamos acceso a su alcoba aquella noche; nuestras criadas entraban y salían sin poder confortarla ni calmarla y, sin embargo, había algo en la suave voz de Camelia que lograba apaciguar, un poco, aquellos inclementes alaridos que expulsaba la boca de mi madre.

Miré a Camelia, y vi en sus ojos una insólita ternura, tan contraria al horror que debían de presentar los nuestros.

—Tranquilícese, doña Acacia. Todo pasará, usted lo sabe bien, mejor que nadie.

Mi madre ya ni siquiera escuchaba, sollozaba con tanta amargura que me dio escalofríos, pero Camelia no se daba por vencida fácilmente e insistió con sus palabras a media voz, tan tenues y sosegadas que mi madre fue alejando sus gemidos, para intentar respirar a un ritmo más acompasado y con menor celeridad.

—Muy bien, doña Acacia. Lo está haciendo muy bien, ¿ve cómo puede? Ya falta muy poco —le decía casi como una letanía, y realmente parecía que lo tuviera ensayado, al igual que cuando entonábamos los salmos en la iglesia—, empuje, solo un esfuerzo más y habremos terminado. —Camelia empapaba un paño en la palangana de porcelana policromada y, con suma delicadeza y adorable gesto, le humedecía la frente y las manos a mi madre—. Inspire profundamente, eso le ayudará a pasar el trance, ya lo verá.

Torcí mi cabeza hacia mi madre, y vi que hacía exactamente lo que le había ordenado Camelia (desde luego, resultaba que, instantáneamente, los papeles se habían cambiado: era Camelia quien mandaba y su señora la que obedecía sin protestar, de no ser por sus agudos quejidos); ahora mi madre, con la cara surcada de arrugas y completamente enrojecida, apretaba los puños y hacía una fuerza aparentemente descomunal con todos los músculos de su cuerpo. A un lado de los barrotes de forja, que estaban bellamente decorados con motivos florales y delimitaban el lecho, se encontraba la comadrona a la paciente espera de ver asomar la minúscula cabecita que daría nombre a un nuevo miembro de nuestra longeva familia. Era una mujer robusta y fornida, yo diría que hasta asemejaba un aspecto que, en los corrillos del populacho, denominarían varonil; a mí, en cambio, me parecía entrever, tras aquellos embrutecidos modales, el arrojo de una mujer de armas tomar, porque ¿no andaba gobernando por mi casa y a mi angustiada madre con relevante autoridad, tal como,

asimismo, hacía Camelia en estos momentos cruciales?, ¿no iban resbalando, por sus rollizos brazos, los soeces comentarios que le atribuían, y que ella dejaba enmudecer como quien oye llover?, ¿no se desenvolvía, con demostrada soltura, en uno de los oficios más placenteros que existen, aun con los inconvenientes e irremediables pérdidas que llevaba aparejadas?, ¿no era la persona llamada a traer al mundo a generaciones y generaciones de nobles, para ayudar a perpetuar el apellido?, ¿no vivía sus días sin trabas que apartar, sin conductas que seguir o sin paredes que rasgar? No sabía hasta qué punto le importarían a la comadrona las habladurías que se decían de ella, lo que sí sabía es que se movía por la alcoba de mi madre con el cetro dispuesto en los labios, y se manejaba mucho mejor que lo que habíamos aprendido nosotras tras las saetas de un reloj que continuaba corriendo.

No quise ver más, ya que la preñez de mi madre, a su avanzada edad —al menos para tal menester femenino—, había traído implícitas ciertas dificultades, y los problemas derivados de su frágil salud, además, se habían ido añadiendo a su debilidad hasta este día. Estaba tan floja que el parto había de ser complicado en demasía, de tal manera que ni siquiera podía alumbrar a la criatura acomodada, entre mullidos cojines, en una silla (por supuesto, era lo habitual; al parecer, tanto mis abuelas como las madres de estas, y tantas otras mujeres nacidas de la misma estirpe que yo, habían traído a la luz del mundo a sus hijas e hijos así). Debido, por tanto, a su delicado estado, la comadrona había recomendado medio tumbarla en la cama, porque las fuerzas prácticamente le abandonaban y, lógicamente, no podía desfallecer en aquel crítico instante en el que la vida luchaba por aposentarse entre los presentes.

Después de echar una última ojeada a cada rincón de la alcoba y ver a mi madre asir sus manos a las barras traqueteantes del cabecero, me levanté de su lado y me dirigí fuera, al descansillo. Necesitaba aliento renovado, no soportaba seguir notando ese aire viciado que contenía, a partes iguales, el desagradable olor del sudor y la sangre.

Una vez en el rellano, me fue inevitable posar mi vista en el fondo de aquel marco familiar, cuyos trazos agarraban nuestras vidas conjuntas bajo el pincel y la perspectiva del pintor. Pero, en realidad, no estábamos allí retratados los Villaserbal, no: era la mirada turbia de mi padre, solamente el inescrutable brillo oscuro de sus ojos había podido captar el artista; los demás componentes del cuadro éramos figuras petrificadas tras el lienzo, con rígidas poses y mirar vacío, quizá triste. Me sobresalté, de súbito, al escuchar la ansiada voz de Amancio rozándome el cabello. Me volví inmediatamente y una enorme sonrisa ensanchó la comisura de mis labios, sin remedio posible, entonces, nuestras audaces miradas se entrecruzaron y

tejieron radiantes hebras de oro que chocaron entre sí.

Llevaba un cuenco tapado que supuse que estaba destinado a mi madre.

—¿Qué es eso que traes? ¿Es para mi madre?

El fino tono de voz que empleó, apenas salía de un cordel que le agarrotaba la garganta.

—Sí, son unas hierbas medicinales que ha hervido Jacinta para poder calmar sus dolores… —Se encogió de hombros—. Espero que le sirvan y le hagan efecto. ¿Qué tal se encuentra?

Puse los ojos en blanco.

—Bueno… la verdad es que está desquiciada. Está siendo todo muy muy difícil. —Volví mi cabeza observando en derredor, por si alguien nos sorprendía—. Tengo miedo, Amancio, no voy a guardar ningún secreto contigo —bajé mi voz hasta que fue un murmullo, y acerqué mi boca a su oído—, por lo que tú y yo ya compartimos.

Dio un paso atrás.

—Azucena, calla, que pueden oírnos.

Sonreí con intencionada picardía.

—¿Ves a alguien por aquí? Hoy todo lo que aquí acontece se cierne sobre la alcoba de mi madre. Y mi padre y mi hermano no han salido del despacho desde que vieron cruzar el umbral a la comadrona. Sinceramente, creo que a mi padre le aplacó ver a una mujer con tanto aplomo y entereza. Se acobarda cuando una mujer le pisa el terreno, aunque se piense muy gallardo. Por eso, te podría asegurar que no sacará su hocico del despacho hasta que le anuncien que la criatura ha llegado.

No se lo dije, pero pensé, para mis adentros, que más valía que esa criatura que pronto nacería, resultara ser varón. Don Abelardo ya tenía su heredero; pero muchas veces no sabíamos por dónde podía acudir el mal y presentarse de improviso, con lo cual, mejor sería afianzar su título —legado a través de mi madre— con otro varón.

Agachó la cabeza, seguramente, alarmado por las palabras que había proferido sobre mi padre.

—No te preocupes. Quizá mi familia lo considere digno del pedestal que ostenta, pero yo no encuentro en él bondad alguna; a veces, hasta llega a horrorizarme su adusto carácter, muy a pesar de que sea mi padre. Por ello, estoy atemorizada, Amancio, si mi madre no pudiera resistir este interminable parto, ¿qué sería de nosotras? Esta casa se desmoronaría sin ella…

Amancio acarició ligeramente una de mis mejillas con su mano libre para darme consuelo, después su brazo descansó, lentamente, sobre mi hombro. No pude aguantar ni un segundo más. Destellos de perlas engarzando las notas del amor me invadieron. Me puse de puntillas y atraje su rostro fusionándolo con el mío; su largo beso

endulzó mi paladar de gozo añorado; otra vez la alfombra mágica de los sueños se tornaba real.

Fue el portazo que dio Verónica lo que nos hizo romper aquel idílico hechizo. Apenas sin tiempo para reponernos, apareció en el rellano; entonces, Amancio, cabizbajo y presuroso, le tendió el cuenco a mi hermana y desapareció como alma que persiguiera el diablo.

Parecía mentira que Verónica hubiera estado tan abatida los días precedentes, ya que me escrutó con una frialdad que pensaba que dormía ya entre los cortinajes del olvido; en cambio, atisbaba su resurgimiento, en ese instante, como un ave que culmina sus pesares en el polvo de las cenizas y regresa destacando aquella que fue.

—¿Se puede saber dónde estabas, Azucena? Ni Blanca ni yo nos hemos atrevido a movernos del lado de madre y… ¿qué hacías tú dando conversación al menesteroso ese? ¿Te parece adecuado?

De nuevo los reproches iban a constituir la rutinaria conducta de mi hermana a partir de ese momento. (Yo era entonces una muchacha con ganas de vivir y de albergar ilusiones; no podía vislumbrar que el comportamiento de Verónica se hacía más intolerable, recomponía sus desperdigadas piezas y les añadía más mineral).

—Enseguida entro, Verónica.

No opuso resistencia y yo no tenía ganas de darle explicaciones. Me quedé un momento pensando en ella. Era otra cuando cascadas de impotencia corrían irrefrenables por sus mejillas. Pero, ciertamente, se había vuelto a transformar, como un torrente que baja intrépido por la pendiente de la montaña y deja la tierra blanda en los albores de la primavera, para, luego, volver a disminuir su caudal cíclicamente, endureciendo la roca con las inclemencias del verano, que todo lo estruja y seca. Quizá todas nosotras ocultábamos partes comunes con el relieve de la montaña; sin embargo, cada una lo amoldaba a su singular temperamento. Tal vez, finalmente, mi hermana acabaría aceptando los esponsales que mi padre había seleccionado. No sé por qué hipotético motivo lo pensaba, pero el caso era que intuía que su pretendiente observaba sus facciones al alba y al ocaso, al mirar, con deleite, el medallón de nácar con que le obsequió mi hermana durante la firma del contrato. Aunque puede que sus iridiscencias fueran fugaces, mi madre lo encargó a la mejor orfebrería de la zona, y el laborioso trabajo realizado quedó perfectamente tallado. Ahora el rostro de mi hermana lucía grabado entre las huellas de nácar del medallón que, probablemente, admiraba su maduro galán, su prometido. Él desconocía que la concha del nácar presumía poseerla mi hermana, o, más bien, estaría deseando que esa almeja fuera suya.

Pronto un nuevo miembro de la familia formaría parte de todos esos reflejos de nosotros que revestían la escalinata. Un infanzón más vendría con los honores reservados, aun a pesar de que el mundo

hubiera virado: reinventándose y queriendo alejarse paulatinamente de las viejas distinciones de otro tiempo; solapándose con algunos de aquellos que otrora fueran inferiores a los ojos de unos cuantos; exiliando a alguno de sus privilegios al túnel de los siglos extintos. Con todo, las mujeres seguiríamos enfrentándonos a los retumbantes aullidos, porque, parasitadas en cuerpo de loba, la prole debía continuar tintando el bordado moteado entre las sedas, para sellar así la estela de un milenario apellido que subsistiría con prepotencia, orgullo y honor tras los nombres masculinos.

Un rato más tarde, cuando me disponía a dibujar para mi madre un rosal silvestre, ya que le encantaban esas espinosas flores (hice caso omiso a Verónica y esperé, rezando con fervor, detrás de la gruesa puerta), salió Camelia con las manos ensangrentadas para darnos la noticia: un varón ostentaría el apellido Villaserbal, y mi madre estaba bien, eso sí, denotadamente exhausta, pero se recuperaría con mucho reposo, atenciones y cuidados. No sé cuántas veces oré aquella noche, dando gracias al Señor, por impedir que esa negrura que había presentido alguna vez, hubiera penetrado también en mi madre. Mi padre resplandeció de satisfacción, aunque ni una nimia sonrisa evocó su estática boca. Sin duda, el linaje familiar proseguiría su devastador e implacable ritmo a costa de otras pobres gentes. ¿Es que las arcas, la ambición y la honorabilidad envalentonaban a algunos, para desgraciar, sin piedad, a otros? El mapa compuesto por mis pensamientos me hacía reflexionar, constantemente, sobre todo este enmadejado tema; en cambio, aunque mi apellido fuera el mismo, mi posición en la escalera era de bajo peldaño: hacía más de quince años había nacido hembra, ¿qué podía hacer yo, entonces?

Aquella noche obtuvo su cenit con una abrumadora madrugada, que recogió mis desvelos; llevándolos a mendigar tras las pautas del subconsciente, cuando las faldas escarpadas de la montaña mecieron las imágenes de mis sueños.

13

EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. OTOÑO DE 1886

Con el estridente sonido de un golpe seco que parece retumbar por todo el edificio, me despierto sin hallarme, sin saber dónde me encuentro. En apenas unos segundos, me hago cargo de la situación: el viento está arreciando fuera y el ruido proviene de la ventana, cuyas hojas entrechocan sin cesar. Me acerco a cerrarla, ya que no hay movimiento alguno y nadie parece haberse percatado del estruendo, y después, recojo mi viejo diario. El amarillento cuaderno reposa ahora, abierto por la mitad, sobre el frío suelo de esta desangelada estancia compartida. Me crujen los huesos cuando me agacho a recogerlo, ya no soy aquella quinceañera que contaba todo, con pelos y señales, a las páginas secretas de un diario, su fiel confidente.

Anoche, cuando la cadena de velas del firmamento fue soplando su túnel de oscuridad, apagándose una a una hasta quedar escondidas por los velos nocturnos; fue, justo entonces, cuando yo encendí la mía con disimulo y ocultándome todo lo posible, dando mecha a una voz, antigua y marchita, que había mantenido enterrada entre los escombros desde hacía años. Mis propias aventuras de muchacha volteándose, girando vertiginosamente para alcanzar esas curvas de mujer, me habían llevado a releer aquellas palabras escritas mismamente de mi puño y letra hasta bien avanzada la madrugada. No tengo conciencia del rato que estuve inmersa en mis días juveniles, supongo que, en algún momento, aquella intempestiva vigilia acabaría bajando el telón de mis párpados al escenario del descanso.

Aunque ya he cerrado la ventana a cal y canto, me pongo un chal de lana sobre los hombros, porque empieza a refrescar algo más cuando se apresura el cambio de la noche al día, un poco antes de que despunte el amanecer.

Las horas han ido pasando ávidas, devoradas por la necesidad repentina de volver a mi infancia; sedientas de añoranza, habiendo deseado tantas veces regresar a mí misma; espolvoreadas de láminas de consuelo, al verme en aquellos brillantes ojos que aún conservo; absorbidas por la emoción del retorno, al tiempo que sentimientos relampagueantes han alumbrado las tinieblas de mi palpitar.

Me he vuelto a mirar en las sombras acuosas del río Regal. Sus

cristalinas aguas han saltado también a la profundidad reluciente de mis ojos, que han estallado rememorando lejanos instantes junto a Blanca, perpetuados en el código simbólico que me ha acompañado, como fuego ardiente, en los momentos más decisivos y complejos de mi existencia; un posar mis pasos hacia adelante, con serenidad y acérrima entereza, aunque hayan querido pisar mis huellas y borrar su rastro. Sin embargo, por mucho que lo intente, aquella Azucena a la que intento tornar, ya nunca seré yo; quizá, aún pueda contener amargos posos de lo que un día fui, pero las losas del tejado se fragmentaron, y ahora es inútil lograr restaurar su contenido. En mí penetraron esas vivencias resquebrajando lugares inhóspitos, que guardo encerrados en el broche de mis alas interiores. Todo aquello forma parte de un pasado remoto que no podré reconstruir, hace mucho que la esfera incandescente de aquel constreñido reloj se desdibujó para mí. La espiral de la experiencia me ha ido forjando muy distinta a aquella que fui; aquella que observaba los anclajes del mundo con diferente perspectiva y con el baúl de las ilusiones repleto, hasta rebosar, de sueños esperando a su dueña. A pesar del apretado corsé que imponía nuestros deberes por y para otros, e, incluso, acatando la autoridad implacable de Don Abelardo; muy a pesar de todo aquello que teníamos que obedecer, puesto que no nos quedaba ninguna otra opción a la que acogernos habiendo nacido en cuerpo femenino, así como por nuestra indudable condición de pertenencia a una de las familias más longevas de la zona, de antiguo abolengo; con todo aquel pesar, entonces, al que yo me rebelaba, sin querer ser una oveja más acondicionada al rebaño, sino ser, verdaderamente, como una independiente loba, aun con todo ello, sé que no fueron años tristes, creo que, a veces, hasta llameaba una ínfima chispa de felicidad entre nosotras; una chispa enorme y con mucha luz si pienso en Blanca. Quizá solo es el paso inexorable del tiempo, o los túmulos que he ido acumulando y han fraccionado mi vida, o todo en conjunto lo que me hace mirar ahora, con estos ojos empalagosos de miel, aquel intocable agujero que envolvió mis días de pubertad.

Tampoco quiero engañarte, he decidido contarte la verdad, mi verdad, no aquella en la que, sin albergar ningún tipo de duda, seguro que han indagado otros. Comprende que no es, ni mucho menos, fácil para mí. Es un tema sumamente delicado que no sé, todavía, ni cómo debo expresarte; pero lo haré por ti, por ti moveré Roma con Santiago si hace falta.

Realmente, las aguas puras del río Regal ya no sabrían esculpir a Azucena, ni siquiera junto a la inseparable Blanca; ya no refractarían los contornos de las flores, sus pétalos dejaron de alimentar nuestras creaciones; ya no contemplarían las hojas mecidas del quejigo, ni el fuerte tronco del boj, serán sus sombras lo que se divise ahora; ya la loba no hechizaría a transeúntes con sus verdes ojos, seguro que hace lustros que no se le ve.

Un juego de luces ilumina la gelidez de este entorno que me confina.

Está amaneciendo entre brotes anaranjados que no vislumbro desde aquí, pero los tengo en el recuerdo, coloreándome el rostro y las virutas del corazón como si hubiera sucedido ayer. He estado un poco nostálgica hasta que un aluvión repleto de diminutas hileras de alegría ha retornado de repente, aun oponiéndose a mi desconsuelo y desdicha habitual, ha fundado nuevas corolas donde últimamente solo crecían hierbajos y maleza. Ha debido de ser el renacer del alba, que enaltece mi espíritu, o lo que de él todavía queda intacto, como si las iridiscentes aristas de una esmeralda en bruto hubieran ido limando mis asperezas hasta la misma extenuación.

Aquella etapa de mi recorrer, a toda vela y sin freno aparente, cada uno de los pedregosos caminos diseminados de rincón a rincón que me estaban reservados, marcó aquellos años que fueron cruciales en el rompecabezas que compondría mi vida. No puedo decir que fueran increíblemente magníficos, te mentiría; en cambio, sigo notando en los labios, como si las barreras del calendario no existieran, un resquicio pegajoso del sabor de Amancio: lo guardo con llave y mil candados en los fondos inaccesibles de mi corazón. Blanca también ha surcado mis dominios, ella viaja incontables veces conmigo, junto a mí, por mis entrañas; ella es parte indestructible de mi ser, al igual que mis pensamientos se paran en torno a ella cuando entran en recónditos abismos. Sin embargo, el vago recuerdo del resto de los miembros de mi familia —aquella estirpe que creían inmutable— se ha ido disipando en los estantes de mi memoria; únicamente puedo entreverlos como olvidadas estatuas de un universo circular, y hermético, y completamente cerrado, donde solo residen ellos. Mi madre siempre fue distante, apenas podíamos discernir alguna vez algo de su afecto hacia mí y hacia mis hermanas, aunque he de confesar que, en los momentos más trascendentales, sí supo derrochar una parte de su maternal cariño, sin embargo. Hubiera deseado tenerla siempre cerca y haber podido confiar en ella cada día. Pero no puedo culparla, era el papel que mi abuela le enseñó y que tenía que saber desempeñar con nosotros, por su propio bien. Verónica era igual que si hubiera dibujado con mi carboncillo un calco exacto de mi madre, excepto aquellos días en los que el mantón de la tristeza se apoderó de ella, aunque, luego, volvió a ser la misma. Yo nunca he vuelto a serlo, fui descarada, indómita e impertinente, y no me arrepiento de nada. Mis escapadas eran lo más atrevido a lo que una moza de mi rango podía enfrentarse, y lo hice. Aquello colmó todas mis emociones juntas y las soltó en una placentera plenitud. Eso es con lo que me quiero quedar; algo de esa intrepidez sí ha corroído, día y noche, mis tejidos, cosiéndolos con esa otra Azucena que jamás verá el sincero retrato que un día fue en el curso del río que atesora el tiempo; un tiempo bañado, hoy, en caudales que se van enmugreciendo.

14

BOSQUES DEL PREPIRINEO ARAGONÉS. UN DÍA Y MEDIO MÁS TARDE

Mientras todos terminaban de arreglarse para la excepcional ceremonia, Blanca y yo observábamos juntas, con contagiosa ternura, a nuestro diminuto hermanito. Presta y solícita como era menester, Camelia se había dispuesto a ayudarnos a vestirnos un rato antes: ambas lucíamos varias capas de ropa, aparte de las prendas interiores y del dichoso corsé. En días especiales como este, estábamos obligadas a llevar bajo la falda una hilera sobre otra de sayas, puesto que, de esta manera, realzábamos nuestra posición, que tenía que dejarse notar y hacerse patente allá por donde pasáramos. Completábamos nuestra indumentaria con una camisa ribeteada en puños y cuello con puntillas y pasamanerías, y con una falda de muselina de colores discretos, recortada en una sencilla y, a su vez, vistosa cola; un largo mantón de seda adamascada nos cubría los hombros, a juego con un pañuelo del mismo tejido sobre el elaborado peinado —un moño de picaporte, cuyo trenzado adquiría la forma de un ocho: el de Blanca, sujeto con una cinta; el mío, adornado con una aguja—. Ni que decir tiene que ese día las joyas de oro que lucíamos —más que habitualmente, y los pendientes, además, con engastes de esmeraldas —, relumbraban con mayor intensidad al mínimo contacto con cualquier foco de luz. A pesar de su convalecencia, mi madre no había dejado ni un solo detalle a la deriva; debíamos estar impecables para un acontecimiento único en la familia y cara a la galería exterior, que siempre andaba acechando, al igual que nosotros.

Blanca arrullaba a la pobre criaturita en su gran cuna de nogal. Mi hermano no paraba de llorar, y no era de extrañar porque, en realidad, no creo que fuera tanto el barruntar la toma de la nodriza como la macabra estampa que le rodeaba. De los barrotes de madera, exquisitamente tallada, colgaban crucifijos, relicarios, medallas, bolsitas rellenas de hierbas, frases de evangelios y hasta lo que parecía una pata de tejón —seguramente, proveniente de alguna de las cacerías de mi padre—; todo un compendio de amuletos de fe pendía alrededor del asustado bebé. (Era muy consciente entonces de aquellas supersticiones religiosas tan inculcadas en nuestra sangre noble; sin embargo, hoy las contemplo impávida en el ulular de mis recuerdos,

habiéndolas desterrado de mi mentalidad y creencias. En aquellos días, aunque pudiera mantenerme algo incrédula en según qué rituales, seguía con pavor la mayoría).

Sin dejar de balancear la cuna, Blanca silabeaba, sin cesar, diferentes salmos de la Biblia, que yo misma repetía a coro con ella. Pensábamos que protegíamos a nuestro frágil hermanito de la mismísima tentación del diablo. Y no era para menos, no; no era algo raro ni descabellado el enlazar sin pausa una oración con otra ante la debilidad de un recién nacido. Un cuerpecillo tan delicado estaba expuesto constantemente a la fatalidad, y era vulnerable en extremo. La mortandad en los primeros meses de vida estaba a la orden del día, no importaba que hubieran tenido todas las atenciones y comodidades, o que hubieran venido a los albores del mundo entre opulentos destellos de lujo: la inmisericordia, aunque, por lo general, se desataba con furia entre las bocas más necesitadas, también se esparcía, de vez en cuando y sin previo aviso, entre los bebés más rollizos; aquellos cuya crianza se resguardaba y bordaba entre puntadas de sofisticada seda.

Oímos a lo lejos las firmes zancadas de mi padre y, al momento, la estirada sombra de una omnipotente figura recubrió la cuna por completo.

—Fuerte y sano como ya me imaginaba —. Mi padre agachó la cabeza casi hasta apoyar su poblada barba en la cuna, un gesto que era absolutamente insólito en él: su barbilla siempre se sobreponía por encima de la de cualquiera. Acto seguido, le miró de cerca—. A ver si no te pareces a tu pusilánime hermano, que ha salido igual de temeroso que tu madre. Tienes que ser mi viva imagen, con la robustez de un roble destinado a gobernar.

Se volvió y nos miró rotundo.

—Y vosotras dos, ¿qué hacéis ahí paradas? Ya tendríais que estar abajo, esperando la salida de vuestro hermano.

Blanca, sin mirarle directamente a los ojos, algo que casi sentíamos prohibido, le alertó dubitativa.

—Perdone mi indiscreción, padre. Pero es que debido a la evidente flojedad que aún sufre madre, estamos a expensas de que venga Melisa a darle su toma al niño antes de marchar.

Mi padre frunció el ceño en clara actitud de desaprobación justo cuando entraba el ama de cría. Hacía un rato que mi menudo hermano había enterrado para sí sus canales de llanto, y creo que había sido en el instante en el que el rostro de mi padre se había cernido sobre su cuna (a mí, del susto, me habría ocurrido lo mismo).

Observó a Melisa por encima del hombro, sin disimular ni un ápice su arraigada indiferencia hacia ella y hacia toda la gente de su calaña, tal y como acostumbraba a verlos y calificarlos, ya que, en su opinión,

no tenían ningún nivel. Frecuentemente los trataba como si no fueran nadie; como si no fueran dignos de categorizarse entre las personas, porque para él no eran más que simples siervos. (Las lecciones de la vida me habrían de decir que ese tratamiento de inferioridad que otorgaba mi padre a los que creía por debajo de él, era un calco prácticamente exacto de los siglos precedentes; siglos ordenados en un largo periplo que había empezado poco a poco a transformarse, pero que, contrariamente, mi padre jamás se adaptaría a sus cambios, ni tampoco transigiría con esas nuevas normas que intentaban dejar atrás su sociedad conocida: la que había proseguido con su inmutable y obsoleta estructura bajo las pautas dictadas durante el Antiguo Régimen, así como denominaron a aquel tiempo de poder estamental, extinto desde finales de la centuria anterior, pero sustentado todavía por mi padre y por muchos otros como él que actuaban con sus viejas reglas y criterios, y sin lograr comprender que su mundo de privilegio se podía resquebrajar en cualquier momento).

Cuando se dio la vuelta, dispuesto a salir de la alcoba, no sé por qué razón decidí encararme a él.

—Nosotras nos haremos cargo del pequeño, ya que el lamentable estado en el que se encuentra madre, no le va a permitir asistir.

Su cara se surcó de arrugas.

—Pero ¿qué dices? Ni hablar, faltaría más. Tu madre presidirá la ceremonia representando a los Villaserbal conmigo. Así ha sido siempre, y así acontecerá hoy.

Dicho esto, se fue, y un silencio sepulcral invadió la alcoba; mientras tanto, Melisa ya se había soltado la abertura que sobresalía de su corsé y amamantaba con energía a mi hermano.

Blanca me dijo asustada.

—Madre apenas se tiene en pie…

Le contesté resignada.

—Lo sé, pero ya sabes que la palabra de padre va a misa y a donde haga falta.

Bajó los párpados y nos mantuvimos calladas; solo el crujir de la compacta madera y de las macizas piedras que habían sostenido los pilares de la casa durante centenares de generaciones, así como la continua succión de mi hermano en los pechos de una mujer que no era su progenitora, eran los únicos ruidos trashumantes que rasgaban nuestro absorto mutismo.

En un rato, mi hermano adquiriría su nuevo nombre de infanzón, ocupando un destacado rango en la escalada familiar, aun habiendo venido a este, nuestro seno, el último, y tan solo unas horas atrás. No soportaba la impertinente desfachatez de mi padre, ¿cómo había podido hablar de mi madre en aquel término? La había insultado descaradamente delante de nuestras propias narices, a ella y a mi

incomprendido hermano Valero, ¿no los había llamado temerosos y pusilánimes, respectivamente? ¿Cómo era capaz de atreverse, siendo Blanca y yo testigos? Para mí don Abelardo había constituido, desde siempre, esa espina del rosal clavada en los más indefensos; esa rama del boj que partía nuestro linaje; esa almadía que buscaba las corrientes del río para hacernos flotar en sus troncos y culminar en la zozobra. Sin duda alguna, era el jefe de familia, dictaminando sus ordenanzas entre los que compartíamos su sangre y extendiéndose hasta los criados que mantenía a su servicio; su paternal comportamiento, obviamente, regía la casa, pero tenía incrustada una zarza en su mandato que jamás conseguiría encauzar hacia sus inflexibles fines: el longevo apellido Villaserbal que, aunque nos designara a todos, era propiedad absoluta de mi madre, de ella provenía. Al ser hija única: por tanto, habiendo ausencia de varones en la línea sucesiva, mis abuelos rubricaron lo que se llamaba la figura del matrimonio en casa, que no era otra cosa que legar a mi padre el título que nos daba nombre, eso sí, su procedencia —en este caso de mi parte materna— también quedaba registrada y estipulada. Por ello, y por heredad de sangre, siempre seríamos los Villaserbal; era nuestra identidad, y lo era independientemente de la procedencia masculina de la familia. Aun así, no podía ni siquiera entender cómo no se compadecía de una mujer recién parida que podría desfallecer en plena ceremonia bautismal.

Después de añadirle a mi hermano, sobre el jubón de seda, el pesado y oprimente cinturón de relicarios y escapularios tal como adornaban, igualmente, los laterales de su cuna, lo sacaron raudo por la ventana para llegar aprisa a la iglesia. Todavía sin acristianar, los maleficios campaban a sus anchas entre los recién llegados al mundo terreno, e igual podían ser interceptados por el fuego del demonio o por las señales de las brujas. (Cuán adoctrinados estábamos; las agujas que atesora el tiempo harían que mis pensamientos se revolucionaran a órbitas inesperadas, más allá de la cerrazón).

Admiré el templo gótico que se presentaba ante mí; resplandecía recubierto por un tímido sol de mayo. La insólita cúpula de su torre culminaba en una refulgente linterna que filtraba los oblicuos rayos solares, a la vez que remataba la singular bóveda de piedra, y todo en conjunto me hacía alzar la vista, entreabriendo los ojos muy poco por la cegadora luminosidad. Dentro de la iglesia siempre me adormecía; el tedio venía a hacerme compañía. Ensimismada escuché, como un tintineo envuelto entre capas de voces lejanas, el nombre de mi hermano Evaristo, mientras el agua fluía por su minúscula cabecita desde la jarra de bautizar, que era una pieza excepcional de porcelana con la que nos habían nombrado a todos los Villaserbal en este universo nuestro. Un universo que excluía, sin reparo, tanto a

nosotras: las mujeres, tal éramos para el resto: dulces y bonitas como una alfombra sembrada de flores, solamente eso; como también a aquellos que vivían a la intemperie y andaban descalzos, o esos otros que residían bajo cobijo y con un plato en la mesa, pero atados a la cuerda esclavista del amo.

Aquel lugar sagrado, como si formara el eco de mis ancestros transmitiéndome su herencia, con ese antiguo retumbar donde radicaba el origen de nuestra infanzonía, asimismo, me contaba muchas veces la historia de la villa. Que era la que habían emprendido mis antepasados hacía casi un milenio. Mi madre nos la había hecho memorizar desde bien niñas, y doña Adelfa nos la repetía: la villa era de realengo porque fue salvaguarda de la primigenia monarquía aragonesa, dando refugio a su primer rey, Ramiro I, cuando este más lo precisó, participando así de forma trascendental en la incipiente trayectoria del reino de Aragón, y poseyendo aquellos primeros Villaserbal ese reconocimiento distinguido en estas tierras, donde evangelizarían y dispersarían la palabra de Dios entre cruces y pilones hasta los confines de sus fronteras. Por unos instantes, aquella palabra reverberó en mi cabeza: fronteras. ¿Es que no vivíamos enmohecidos tras las fronteras de un mundo inaccesible para muchas personas?, ¿no estábamos las mujeres de mi familia aprisionadas entre luengas e irrompibles fronteras?, ¿no nos educaban a las muchachas para desempeñar labores de adorno, mientras que los zagales aprendían a moverse en las fronteras de solventes campos como la industria y el comercio, o incluso estudiaban todos los pormenores requeridos para saber estar al frente en la explotación familiar de la tierra, aquella que un día habrían de heredar?, ¿no era nuestra frontera perpetua el muro del casal, cuando los hombres atisbaban los setos exteriores?, ¿no íbamos destinadas a la alianza matrimonial y a parir varones —preferentemente ante las hembras como línea sucesoria—, al mismo tiempo que los hombres traspasaban la frontera de los negocios?, ¿no era el anhelado amor de Amancio, que henchía mi pecho de él, mi más inalcanzable frontera; esa línea invisible y divisoria que era capaz de quebrar a hachazos el tronco de mi corazón, fundiéndolo en un desperdigado bosque de soledad cuando mi amado no estaba cerca de mí?

Estuve indagando en el fulgor de mis pensamientos durante toda la ceremonia. Aquel lugar me daba escalofríos; me vertía la frialdad de un mundo en penumbra que escaló montañas enteras, y lo hizo para situarse en las cumbres más izadas escurriéndose entre la niebla; peldaños que fueron conquistados por hombres de la nobleza y el clero. Ahora ya sabía que esas cúspides no volvieron la vista al suelo, ya que su mirada estaba puesta únicamente en la ambición, ni sintieron tampoco el placer escaparse por sus venas, exceptuando

todas esas ocasiones en las que no pudieron resistirse a las tentaciones de fuera, solo que debieron de ser mucho más que bastantes tanto para hombres casados como para célibes, aunque siempre lo encubrieran (hábilmente, mi mente ya intuía aquellos hechos entonces; ahora, lo sé); en cambio, y a pesar de las prohibiciones inscritas en la conducta femenina, y por pecaminoso que pareciera, y por reprobatorio que fuera para una moza de mi encerrada sociedad, iba a tejer con Amancio una tela de amor suspendida en el aire, pero perfectamente soldada, al igual que lo hace la oropéndola cuando, tras el íntimo secreto del cortejo, constituye las ramitas secas del que será su lecho marital.

15

ALTOSPINOS. DOS SEMANAS DESPUÉS

La moteada cortina de incesante lluvia que condensaba el boscoso territorio de Altospinos en el mes precedente, se iba apagando intermitentemente en este de mayo más templado. La estampa era ahora la de un pueblo refugiándose entre los recovecos de los días que transcurrían a pleno sol. La vertiginosa erupción de torrenteras en la pendiente de la montaña relajaba, progresivamente, su ritmo frenético; las hojas salpicadas entre las ramas de los árboles deslumbraban en su máximo esplendor, pintado en la acuarela de las verdes tonalidades, y, al posarse en ellas cualquier ave de las que por aquí habitaban, ya no pendían de sus puntas sus habituales collares de agua; el ambiente había dejado de oler a tierra mojada, porque se había impregnado del aroma del espliego; las pequeñas musarañas salían de su escondite sin tener que empaparse hasta la piel del rabo. Esos días de la primavera en los que la claridad sabía iluminarnos con su pátina reluciente, me iban envolviendo entera; mientras que aquellos que guardaban la tristeza contenida en la gama de los grises o, incluso, en plena penumbra, me hacían entristecer y sentirme melancólica y nostálgica, como si su bruma también formara parte de mí misma.

Aquella mañana la estrella solar había decidido visitarnos; sus rayos penetraban a raudales por las ventanas cuando miraba ensimismada el exterior. Fue en ese preciso instante, cuando atisbaba el fulgor del día y estábamos ya instaladas en la sala para comenzar nuestras lecciones con doña Adelfa, el momento en el que oímos, tras el umbral de la puerta, al mozo de los establos hablar con Camelia. Intenté poner el oído bien agudo para saber lo que le estaba diciendo.

El muchacho tenía una voz ronca un poco peculiar, dado que estaba en ese camino de transición de mocete a mozo.

—La yegua ha parido un hermoso potrillo. Comuníqueselo al amo, porque seguro que querrá verlo y saber si es de buena raza. Con permiso.

—Yo se lo diré. Sigue con tu faena, muchacho.

Escuché los pasos de ambos alejándose justo después. Tendría que escabullirme, en algún momento del tedioso día, para conocer al potrillo recién nacido. No me quedaba la menor duda de que mi padre sabría darle una buena salida en el mercado ganadero. En cuanto el

tiempo mejorara, las ferias se sucederían y mi padre se las arreglaría para vendérselo por una buena suma de dinero al mejor postor que se le presentara, y no solo este potrillo, pronto nacerían otros dos a los que les acogería ese mismo destino que los pobres equinos nunca decidirían. Reconocía que la ganadería caballar de mi familia había constituido un negocio consolidado y muy fructífero durante varios siglos. Sin embargo, cuando cabalgaba a lomos de Azabache me compenetraba con él en cuerpo y alma, como si voláramos inseparables sobre un insondable precipicio; por ello, me costaba entender cuál sería la vida que habrían de llevar estos potros, si trotarían hacia manos que los trataran con cuidado y cariño, o sería todo lo contrario. Quería creer que la humanidad con la que aquí les atendíamos, también sería similar en el lugar al que acabarían yendo. Por supuesto, no podía saberlo y quizá no fuera así.

Cuando doña Adelfa comenzó a impartirnos sus impertinentes lecciones sobre el matrimonio, la impecable decencia y la honrosa virtud que debíamos mantener intacta, fijándonos en la figura de pureza representada por la Virgen María; cuando todas aquellas reiteradas palabras, vocalizadas haciendo denotado hincapié en la casta doncella, penetraron en mis fluidos pensamientos, empecé a aburrirme como una ostra, y mi cabeza fue divagando sin freno hacia otros confines. Aun así, aguanté lo que pude, porque doña Adelfa me tenía marcada entre ceja y ceja, y era preferible mantenerla contenta. Pero en el instante en el que comenzamos a bordar, mi paciencia se desmoronó y, entre encaje y encaje, aquel diálogo mental previo conmigo misma se fue marchando, para hacerme pensar, esta vez, en mi madre.

Llevaba unos cuantos días mucho más recompuesta; se fatigaba al menor esfuerzo, pero ya no necesitaba estar constantemente tumbada en la cama o reposando en el diván. A veces notábamos que se agobiaba dentro de la casa y respiraba con algo de dificultad, entonces salíamos junto a ella para que pudiera inspirar bocanadas de aire fresco, y parecía dar resultado, puesto que regresaba el color a sus mejillas y su pulso cardíaco se ralentizaba. En otras circunstancias, sin una alimentación y unos cuidados médicos adecuados, seguramente, tal y como temí durante su preñez, mi madre quizá no hubiera podido sobrevivir a un parto tan sumamente complicado, y habiendo gestado a una edad más inusual. Melisa, la nodriza de mi hermano Evaristo, salió adelante tras haber parido a una criatura que nació muerta; realmente, fue lo mejor que le pudo pasar: a Melisa la deshonró un sinvergüenza que la dejó sola y encinta e, inevitablemente, su vida de madre soltera y sin posibles, además de provocar en el pueblo de abajo un gran escándalo, habría sido un infierno tanto para ella como para la inocente criatura que traía dentro de su vientre. Desde luego,

mi madre no habría formalizado con ella ningún acuerdo verbal —como lo hizo—, si no hubiera sido porque no encontró otra nodriza para poder alimentar a mi hermano en ninguno de los demás pueblos colindantes con Altospinos. No le quedó otra opción que acoger a Melisa en la casa, aunque mis pensamientos me murmuraban que no se arrepentía: sus pechos rebosaban leche y solo amamantaba a Evaristo; por otro lado, las mujeres de nuestro linaje nunca habían amamantado a sus hijas e hijos, lo hacían las nodrizas en vez de sus progenitoras desde épocas remotas, puesto que era un signo de distinción y prestigio entre las altas esferas sociales. (Tras el nítido espejo de los años, he comprendido que la mayoría de las mujeres que rozan la indigencia fallecen en el parto. Asimismo, sé que, en general, es la causa más elevada de mortandad entre las mujeres de mi tiempo).

Era curioso que mi madre hubiera dado a luz casi al mismo tiempo que la yegua del establo; era como si la órbita celestial se hubiera puesto de acuerdo, alineándose para alumbrar a las criaturas con muy poca diferencia de días, apenas un par de semanas, prácticamente de forma paralela. La vida apartaba los matojos para horadar su espacio en el abrupto sendero; para mezclarse con la hojarasca e imprimir su rastro en cada resquicio, cavidad u orificio de un mundo por conocer y explorar.

Por fin, doña Adelfa desató el cordón imaginario de aquella sala para dejarnos marchar. Blanca y yo salimos fuera y, bajo el voluminoso arco que sostenía nuestro blasón, me aproveché, una vez más, de la bondad de mi hermana.

Con un tono casi inaudible me dirigí a ella.

—Voy a acercarme a los establos a ver al nuevo potro. No quiero disgustar a madre, así que, si viene, invéntate algo, hermanita.

Me miró con ese gesto reprobatorio tan suyo.

—Estoy ya muy harta de tus idas y venidas, Azucena. Parece mentira que sea yo la pequeña, ¿cuándo vas a madurar y a dejar de meterme en esas aventuras tuyas que nos traen a todos de cabeza?

Le puse expresión suplicante, sabía que así terminaría convenciéndola.

—Y no me pongas esa cara de pobre muchachita. A mí me da igual lo que hagas, pero es que, luego, el sermón me incumbe también a mí. —Vi cómo observaba un instante a su alrededor—. Estarán todos los hombres ahí congregados, y seguro que no es del agrado de madre que vayas a mezclarte con todos esos criados. Lo cual es de sentido común, ¿no te parece? Claro que… tú bebes los vientos por ese Amancio…

La interrumpí con una fiereza que no sé de dónde conseguí sacarla, pero el caso fue que brotó de mí misma con una fuerza determinante.

—Mira, Blanca. Sé que sigues sin aprobar mi relación con

Amancio, del mismo modo que sé que no se lo has contado a nadie y has sabido mantener oculto mi mayor secreto. —Ahora intuí, en sus ojos esmeralda, lástima y hasta pena—. Te lo agradezco, pero voy a encaminarme hacia los establos y no me lo vas a impedir. Haz lo que creas conveniente.

Le di la espalda y apresuré mi paso hasta llegar a la parte de atrás de la casa, donde se ubicaban los establos. Conocía a Blanca tanto como la palma de mi mano; por eso, tenía el pálpito de que callaría por mí, como siempre. No podía saber por qué razón éramos tan contradictorias, como un punto de una línea recta que nunca alcanzará a su huella opuesta, porque se expande entre la niebla del infinito. Ella había desarrollado una discreción, formalidad y mesura en sus actos que yo no compartía; de hecho, mi vagar por los raíles del Señor se acometía con alocada exaltación y desmedido entusiasmo. En cambio, era consciente del profundo amor que sentía por mi hermana Blanca, sin ella aquel círculo nuestro de extremos habría dejado de girar; sin ella todo habría sido un sinsentido en nuestras angélicas existencias; sin ella habrían desaparecido cada uno de los sentimientos que albergaban, con intenso latir, los laberintos por los que se difuminaba mi alma, y se encendía, y se henchía, y me llenaba toda.

Oí voces elevándose dentro de los establos, así que decidí esperar a que el silencio inundara el hediondo ambiente. Fue entonces cuando me acerqué, lo más sigilosa que pude, y atisbé de refilón la silueta de Amancio. Entré a interesarme por la salud de la yegua y el potro, y cuando Amancio se dirigió hacia la puerta, esperé unos minutos apenas antes de salir, primero pausada y luego casi corriendo, con el fin de poder alcanzarle. En el momento en el que llegué sofocada a su lado, le agarré con diabólica fuerza del cuello y me aferré a él con un ansia que no había conocido jamás. Ya ni siquiera eran mariposas batiéndose en una batalla en mi interior, era más, mucho más; porque esta vez nuestros labios se juntaron con pasión inusitada y, segundos después, empecé a arder con un fuego explosivo que hacía de mis adentros un polvorín de partículas en llamas. Amor en estado primigenio es lo que emanaba de nuestros acelerados corazones; un intrépido motor que nos llevaba a acariciarnos sintiendo las vetas del placer más absoluto, y que nos hacía beber el uno del otro como si no fuera a haber más amaneceres ya, solo un presente para saborear en cada porción de tiempo, en cada milésimo instante vivido en plenitud, en cada momento acompañado con los aullidos de los lobos palpitando con fervor en nuestros encuentros clandestinos. Con una imborrable sonrisa, separamos nuestros labios del calor que nos arropaba y sentíamos dentro como un vigoroso volcán que había nacido entre nosotros; luego, nos cogimos de las manos sin dejar de mirarnos a los ojos. No sé cuánto tiempo permanecimos así, hasta que

un leve sonido ajeno nos devolvió a la dura realidad que acontecía en el mundo en el que nos tocaba pasar la vida. Nos giramos a la vez y nos dimos, casi de bruces, con mi madre. Solía dar breves paseos para tomar el aire puro de la montaña; sin embargo, no esperaba que aquel día eligiera para su camino la ruta que conducía a los establos. Tampoco podía saber si había llegado a ver mis manos entrelazadas con las de Amancio. Por lo menos, el eco de aquel ruido que nos había sobresaltado tuvo lugar justo después de haber probado el néctar azucarado de su boca, por lo que intuí que no debió de vernos cuando nos besamos. Acto seguido, Amancio se fue con la rapidez de un relámpago, aunque lo hizo después de saludar a mi madre según lo acostumbrado, con deferencia e inclinándose ligeramente con una cortés reverencia. Ella no dijo nada, consintió sin más que se alejara de allí, pero a mí me observó con implacable ira durante unos minutos que se me hicieron interminables.

Tras un largo lapso, habló sin tapujos.

—¿Qué está pasando aquí, Azucena? ¿Qué es lo que te traes con ese muchacho?

Me quedé callada y presentí que mi piel se estaba tornando pálida.

—Contéstame, Azucena. No te lo voy a volver a repetir.

Me quedé helada al escuchar su imperiosa voz, que siempre me había dado la impresión de notarla dubitativa en extremo cuando mantenía una conversación con mi padre.

—Lo siento, madre. Es que Amancio es un buen mozo…

No me dejó acabar la frase.

—¿No habrás hecho algo indecoroso que no tenga solución? ¿Verdad? Por lo que más quieras, Azucena, dime que no ha sido así.

Le contesté rauda.

—Por supuesto que no, madre. Solo somos buenos amigos, nada más allá de eso. —Parecía que no se me daba mal mentir.

—Más te vale que sea como dices. El matrimonio es un sacramento sagrado a los ojos de Dios y de todas las personas. Espero que jamás lo olvides, porque eres una Villaserbal y, en tu posición, solo te desposarás para afianzar la alianza de nuestro apellido y nuestro patrimonio. Bastante tuve ya con tu hermana Verónica, para que vengas ahora tú provocándome otro disgusto.

Con voz entrecortada, le dije:

—No se preocupe, madre. Le juro que no hay nada más, únicamente amistad.

Me di cuenta de que estaba apretando a conciencia una mano contra la otra, como si así pudiera sosegar algo sus nervios que, obviamente, se habían crispado tanto como un día de invierno enfurecido por el inclemente soplo del cierzo.

—Quiero creerte, Azucena. En otro momento, te hubiera hecho

pasar por un castigo ejemplar, pero me fallan las fuerzas ante tanto despropósito por vuestra parte, hijas. Sin embargo, sí que te voy a imponer una penitencia, además de la que te ha de mandar mañana el sacerdote, porque irás a confesarte. La mía será prohibirte que te acerques al menesteroso; ni siquiera una simple amistad puedes ni debes compartir con alguien de tan baja condición, ¿es que no lo ves?, ¿es que no entiendes que heredaste una reputación intachable y un prestigio que no puedes ensuciar?, ¿es que aún no has aprendido que la distancia que hay que mantener entre la servidumbre y nosotros es nuestra razón de ser? —Suspiró un par de veces, dejó que el silencio se colará cortando el aire entre nosotras y todavía prosiguió—: Cumplirás lo que te ordeno. De ese modo, evitaremos también riesgos innecesarios. Tienes la cabeza llena de pájaros, Azucena. El amor es una invención, es inexistente para nosotras, recuérdalo. Y ten por seguro que te vigilaré de cerca.

No hubo tiempo para réplica; de pronto, mi madre se pasó apurada la mano por la frente. Entonces, noté que sudaba igual que un caudaloso río, su rostro empalidecía a cada fracción de segundo y le costaba respirar. Le cogí por la cintura y le ayudé a llegar hasta nuestra casa. Una vez allí, se recompuso, por lo que insistió en que no hacía falta avisar al médico, ya que solamente había sido un sofoco sin importancia.

Verdaderamente, no supe lo que ella había visto en realidad, pero, por sus palabras, deduje que probablemente habría llegado a vislumbrar nuestras manos entretejidas, aunque, si así había sucedido, me sorprendía en demasía su comportamiento, porque no me explicaba cómo había actuado tan benévolamente conmigo. Su vulnerable salud física estaría ablandando el férreo corazón que, a veces, mostraba para que no lo traspasáramos.

Los delirios del lienzo celestial fueron tornándose opacos hasta cubrirnos con su impenetrable nebulosa de oscuridad. La luna no formaba plata entre sus candelabros aquella noche desperdigada en total negrura; ni la imponente montaña ni la fachada frondosa del bosque dejaban esclarecer sus contornos. Sin luna, todo el entorno adquiría una proyección siniestra.

Ya dormíamos cuando unos cascos de caballos y el crujir de un carruaje nos despertaron de súbito. Justo después, oímos golpes y resonantes voces en la planta baja. Sin duda, sería mi padre, que seguro que volvía otra vez en un desconcertante estado de ebriedad. Despreciable conducta de la que no solo nos enterábamos nosotros, sino que, al mismo tiempo, la divulgaba entre la servidumbre sin percatarse de ello: las paredes, aunque eran amasijos del silencio, escuchaban nuestros desvelos y nuestros códigos más velados; el suelo entarimado dejaba entre sus fisuras prestos oídos audaces, que no

descansaban ni siquiera en la angosta caverna de la noche; y las puertas, a pesar de permanecer cerradas, recitaban al compás sus versos susurrantes en ese suave lenguaje que se filtraba desde su interior.

No podía comprender cómo podía permitírselo mi madre: antes de su preñez, la falta de modales de mi padre era tan apenas visible: al menos, aún lograba disfrazar su actitud tras los umbrales ajenos a nuestro casal e incluso disimulaba algo hacia los criados; ahora, retornaba a casa con dos tragos de más en muchas ocasiones, y lo hacía, para mayor vergüenza, como si perteneciera a la clase de la taberna. Muchos hombres de la nobleza ahogaban sus infortunios entre los jugos del licor; sin embargo, bebían a escondidas en su propio despacho, nunca a la vista de todos como estaba haciendo mi progenitor.

Al día siguiente, mi madre no asistió —como acostumbraba— al desayuno familiar. Nos extrañamos mucho, y cuando fuimos a su alcoba no pudimos entrar porque estaba examinándola el médico, que debió de acudir temprano. Nosotras no sabíamos nada de lo que hubiera podido acontecer, y un grueso nudo volvió a alojarse en mi estómago. Había pasado mala noche (supongo que peor aún con las correrías de mi incauto padre) y se encontraba destemplada y mal.

Mientras el doctor le hacía el reconocimiento médico, esperamos en la sala. Allí, exploté por dentro; me eché a los brazos de mis hermanas, que me abrigaron abrazándome con anhelo, y entonces, arrolladoras cataratas de inmenso sufrimiento rasparon cada poro de mi rostro. Mis ojos lanzaban llamaradas de insólito dolor, como un arroyo desbocado dibujando las curvas de su cauce. Todo en mí se paralizó y, de nuevo, aquel desolador miedo a perderla me deshizo en mil y un pedazos, imposibles de acoplar, de engranar, de volver a adherir en un bloque compacto que ocupara otra vez el fondo de mis entrañas.

16

DEBAJO DE LA PENDIENTE DEL PREPIRINEO ARAGONÉS. PRIMAVERA DE 1866

Aunque intentábamos, constantemente, poder dispersar nuestra mente de los acontecimientos que nos concernían a todas, procurando dar las puntadas precisas en una labor que intuíamos, de algún modo, que quizá no supiéramos remendar; aunque nos obligáramos a entretenernos con las cavilaciones puestas en la tensa urdimbre que sostenían nuestras suaves manos, era imposible aquel día mantener la vista fija en los hilos desparramados de la estilizada costura. Esperábamos, con creciente impaciencia, el dictamen final del médico sobre el estado de salud en el que se encontraba mi madre. Nuestros pensamientos corrían veloces como una locomotora de vapor, y nuestros malos presentimientos albergaban cada vez mayor intensidad, conforme las horas se precipitaban. Hacía ya mucho rato que mis dedos no rozaban la aguja; su temblor se agudizaba y mi mirada se posaba solamente en el reloj de pared que adornaba la sala, confiriéndole esa impresión de lujo a cualquiera que entrara. El rítmico desfile de sus saetas, encaminadas a forjar el engranaje de la vida de la casa, se me antojaba ahora lento en demasía; de tal modo que tenía la sensación de estar escuchando otro rodaje distinto: el de meras y simples manecillas que bordeaban la silueta escarpada de la incertidumbre. El tiempo se derramaba entre la espesura de gélidos glaciares, quedaba encerrado en un paréntesis con la llave extraviada. Porque al detenerse, ya no estiraba del nostálgico muelle del pasado, ni soportaba aventurarse en el futuro, al igual que tampoco recorría el presente: aletargado, quieto y esmaltado de desesperanza.

Y era eso lo que me ocurría. Estaba desconsolada. Demasiadas veces en el último tiempo mi madre había navegado entre aguas enfermizas, y yo no las tenía todas conmigo; en cambio, mis hermanas parecían guardar la fe, esa misma que siempre nos inculcaba mi madre, en las llagas más profundas de su ser.

Mi cabeza iba a estallar de un momento a otro; el doctor y la comadrona —ella acudía también siempre que sospechaban que la dolencia pudiera estar relacionada con el postparto, tal y como apuntaban los síntomas de mi madre— llevaban horas sin salir de la alcoba, y fue justo en ese preciso instante cuando un golpe seco,

procedente de la puerta de la citada alcoba, nos alertó a todos de inmediato. El doctor fue directamente hasta el despacho de mi padre que, sin siquiera acercarse al lecho de mi madre, esperaba las noticias allí mismo. Sin ocultar, esta vez, nuestra osadía, Verónica, Blanca y yo, seguidas de nuestro hermano Valero, nos quedamos escuchando tras el marco de la puerta.

Se me pusieron los pelos como escarpias cuando la voz del médico llegó hasta mí: un tono serio y contundente, que jamás había empleado en nuestra casa, es el que adoptó en aquel fugaz momento.

—Don Abelardo, su mujer se encuentra en estado muy grave… —Carraspeó y prosiguió—: Siento mucho tener que comunicarle que una parte de la bolsa placentaria quedó en el interior de su esposa en el momento del parto. Hemos logrado, finalmente, extirparla de su útero, pero la situación en la que permanece ahora doña Acacia continúa siendo muy delicada.

No supe cómo ni tampoco por qué llegó a suceder así, pero, junto a mis hermanas, emití un grito agudo al que, incluso, mi hermano se sumó. Fue como si nos hubiéramos compenetrado todos al acecharnos un dolor común; como si nuestra coreografía silábica se aunara en conjunción ante la devastadora realidad que quería imponer su sufrimiento en todos nosotros; como si los compases de un largo baile se paralizaran, de repente, en la danza familiar. No pude contenerme y forcé aquel picaporte hasta pasar el umbral de aquel inesperado abismo, que todos teníamos el derecho de conocer; mi padre era el cabeza indiscutible e impertérrito de nuestra longeva y distinguida familia y, sin embargo, la maquinaria que hacía funcionar su barco ambulante éramos, para bien o para mal, todos nosotros: sus hijos, carne de su misma carne y savia de su propia leña.

No dijo nada, se quedó impávido cuando entramos en el despacho y, lívido como estaba su rostro, se dirigió directamente al médico.

—No me hable con esas palabras incomprensibles que usan ustedes, y dígame, sin rodeos, a qué podemos atenernos ahora. ¿Qué le va a pasar a mi mujer? ¿De verdad corre tanto peligro? ¿Tan crítica es su situación?

El doctor agachó de tal manera su cabeza, que su vista se posó fija entre las patas de la mesa del despacho.

—Solo Dios puede saber el destino que le espera a doña Acacia. Está en extremo débil y este hecho le ha llevado a contraer una complicada infección a raíz de esos restos de placenta que han estado recubriendo sus tejidos, los cuales deberían haberse expulsado tras el parto. Por el contrario, como no fue así, se los hemos conseguido extraer ahora con mucho esfuerzo…

Mi padre le fulminó con la mirada.

—Pero ¿otra vez utilizando esas palabrejas que carga el diablo,

hombre de Dios? Háble me en cristiano, no se lo he de repetir más veces.

Con el hilillo de una voz cada vez más inaudible, el doctor, con absoluta convicción, le contestó lo que él quería saber.

—Doña Acacia tiene la fiebre muy elevada. Le estamos aplicando paños fríos para que le baje, pero si no logramos que le disminuya, las consecuencias pueden llegar a ser dramáticas —suspiró hondamente —. Figúrense lo peor.

La explosión de ira se expandió en el interior de mi padre.

—¿Qué? ¿Me está diciendo que mi esposa podría pasar hoy mismo a mejor vida?

Mi padre tenía los ojos completamente rojos; no obstante, algo me decía que era por rabia, ni mucho menos por pena.

—No es mi persona quien debe responder a eso. Solo soy un pobre hombre de ciencia, es el Altísimo quien decidirá llegado el caso.

Mi padre, sin despedirle siquiera, salió encolerizado de aquella estancia, y no lo volvimos a ver hasta buen rato después, cuando se desató la tormenta.

A la zaga de mis hermanos, fui corriendo a la parte trasera de la casa, donde el penetrante aroma de las flores cultivadas adornaba nuestro hermoso jardín. Presurosos, hincando nuestras uñas en la humedad de la tierra, desenterramos el cordón umbilical y los restos de la bolsa placentaria que habían contenido la vida de Evaristo antes de nacer. Todos remojamos la tierra removida; todos lloramos a caudales desbordados, incluso Camelia, que se hizo cargo de tal menester indicándonos dónde estaban enterrados los restos de aquel parto naufragado, no pudo tampoco contenerse: sus lágrimas brotaron, asimismo, hacia ese hueco inerte de tierra, rodeado de maleza y salpicado por la estampa multicolor de las flores.

Desde mucho antes que pariera la abuela de mis abuelas, había sido costumbre arraigada en Altospinos, y en todos los pueblos lindantes del Prepirineo, enterrar estos especiales enseres orgánicos que quedaban fuera del vientre materno tras el parto de las criaturas. Se buscaba alguna parte reconocible cerca del casal en familias pudientes o de rango destacado como la mía; era en la umbría frondosidad del bosque donde los soterraban las mujeres desharrapadas que, en numerosas ocasiones, vivían despojadas de todo y sin techo bajo el que poder guarecerse. Lo tomábamos como un símbolo de buen augurio; creíamos que bendecía a partes iguales el enlazado caminar de la madre junto a la niña o el niño, prodigándoles a ambos una ventura favorable, en detrimento y alejada de los espíritus malignos.

Verdaderamente, los restos dispuestos dentro del cuerpo de mi madre no eran una señal benigna, ni mucho menos. Una parte

considerable se enfriaba sepultada con el barro del jardín, pero otra llevaba ya dos semanas causándole un terrible daño que, quizá, anunciaba su temible final.

Gotas gruesas comenzaron a inundar el jardín de una lluvia que no cesaría en toda la tarde, ni hasta bien adentrada la ceguera de la madrugada. Con celeridad, nos dirigimos a la casa y, cogiéndonos con firmeza las manos, Blanca y yo pusimos las piedras bendecidas, que guardábamos con celo ante la devastadora llegada de las tormentas, en los alféizares de las ventanas de toda la casa. Era un día relleno de pesadumbre, que podía convertirse en aciago, y toda protección había de ser poca ante el lastimoso estado en el que mi madre iba vagando, peleando por volver a descorrer los sedosos cortinajes de la vida en armonía; o intentando esquivar ese lanzamiento en caída libre hacia un inaudito vacío, donde ya no sabría despertar ni aferrarse a las abruptas pendientes del presente.

Jirones de agua embalsaron el cielo y empezaron a arreciar cuando, con Blanca, subí a la alcoba de mi madre. Sus blancas facciones parecían marchitarse por momentos, ya el tallo de su linda flor no entreveía la nutriente luz del sol, sino que yo presentía desgarrándose. Sus delirantes vocablos se confundían con las interjecciones en latín que provenían de los *esconjuraderos*; allí acudía el sacerdote para hacer desaparecer a los continuos maleficios ligados a aquellos ensordecedores truenos que, impactantes, acompañaban a las tormentas, desatándolas con cólera y diezmando después las cosechas con su exaltada furia; allí sermoneaba para frenar los chispeantes relámpagos que partían el reino de los cielos en sendas vías, marcando las rutas de un imprevisible paraíso; allí clamaba para abordar a esos destructores rayos que resquebrajaban árboles enteros en un solo parpadeo, entre los que se encontraban nuestros preciados bojes. Francamente, los días tormentosos, sobre todo, aquellos en los que la bóveda del firmamento nos desperdigaba flechas pedregosas, no eran nunca de nuestro agrado, ya que los desastres por su causa se hacían notar por toda la sierra prepirenaica, además de hacernos sentir pavor bajo la corteza de la montaña; la misma que, desde su inalcanzable corona entre las nubes, nos engullía como un dosel.

Rodeamos la cama de mi madre y nos consolamos mutuamente rezando una oración tras otra, con el único pensamiento puesto en su posible curación, en su inminente sanación y en su deseada salvación, queriéndola asir con las cintas de su corsé y con cadenas apretando sus muñecas al candelero que, cada día, encendía nuestro mundo terrestre.

Mi corazón estaba desfalleciendo al verla así, no podía marcharse sin más; sin haber concluido sus dádivas caritativas con aquellos desposeídos de todo: ella nos había enseñado a amar al prójimo, a

aligerar la pesada cruz con la que cargaban los pobres menesterosos, siempre desnudos ante las adversidades y descalzos en el mapa dibujado en el horizonte; sin haber terminado la excelsa misión que ocupaba cada hueco de su vida, idéntica a la de todas las mujeres de su estatus: casar a sus hijas; sin saber que, a pesar de los numerables reproches que había recibido por su parte, sentía que colmaba mi fluir interno y necesitaba ese afecto que latía en ella, aunque no soliera mostrarlo a menudo.

Cogí su rosario de cuentas de azabache, que brillaba descansando en su mesilla, y enredé mis dedos entre los de mi madre con el rosario pendiendo entre las dos. Se lo regaló mi abuela cuando me dio a luz a mí, y pensé que sosteniéndolo juntas podríamos evitar que las sombras más turbias de la noche, lograran envolver aquella agonizante alcoba. Para nuestra desgracia, no fue así: los surcos febriles del tapiz más oscuro fueron penetrando dispersos en la monótona y, cada vez, más discontinua y quebrada respiración de mi madre. Me aferré a ella abrazándola sin pudor, como jamás lo había hecho; rozando el palpitar de su corazón, que se iba apagando poco a poco y laceraba el mío; anhelando con fervoroso sufrimiento que no tomara el rosario de mi abuela, que no decidiera seguir sus pasos hacia aquel idílico lugar donde todo sucede en la paz más absoluta, y del que ya nadie regresa. No podía dejarla emprender su viaje al borde del abismal acantilado, a la noche tenebrosa de los tiempos; no quería que escapara hacia las nubes flotantes, hacia el crepúsculo vendado de tinieblas, donde el silbido aflautado del autillo resonaba en el bosque habitado, ululando sobre las copas de los árboles. Sin embargo, no estaba entre nuestros designios el socorro de mi madre, y, con una asfixiante angustia en el pecho que me impedía tomar aliento, tuve que verla morir. Los estertores de la muerte se la llevaron, enarbolando su noble presencia lejos, muy lejos de aquí. Hacia un mágico lugar donde no existían ni los frutos prohibidos ni los pecados mortales; hacia aquel rincón de ensueño donde podría vivir para toda la eternidad; hacia la nueva morada del más allá, donde se reuniría con todos mis ancestros y donde, algún día, yo también me reencontraría con ella en mi partida inmortal.

Tras su fallecimiento, solo nos quedó su ausencia inesperada; un abandono perpetuo que desgarró, del tejado a los cimientos, nuestra sólida vida familiar. A mí me desgajó por dentro, despedazando todos mis sentidos; su fatídico adiós nos produjo colosales heridas abiertas a todos que, sin embargo, en mi caso particular, jamás llegaron a suturar. Continuaron sangrando día a día, en una irrefrenable hemorragia que se condensó por dentro (aún hoy lo siguen haciendo: las gotas de añoranza se tiñen de rojo). Por primera vez en toda mi existencia supe lo que era, en realidad, la orfandad —puesto que mi

padre se olvidaba de nosotros constantemente, dejándonos a nuestra suerte al igual que ocurría con niñas y niños desamparados, además, nos trataba con total indiferencia, dándonos a entender que significábamos bien poco para él o nada—. Y la empecé a llevar a cuestas, como si fuera una zagala recién salida de un lúgubre orfelinato; mis enrevesados pensamientos me hacían huérfana y mi vertiginoso latir no hallaba rumbo, destino ni consuelo.

Pasamos una amarga, lastimosa y triste noche que quedó grabada a pulso bajo la bruma impasible de mis recuerdos. Esa desoladora noche, que quedó impresa en mí como una firma sellada, el cochero no cerró el enrejado situado al final de las escaleras que daba al zaguán y a la calle. La gente del común habría de presentar los respetos a nuestra familia y otorgarnos sus condolencias. Sus rezos nos llegaban igual que el canto de un pájaro agotado y con el plumón envejecido, que hace sonar en el ambiente una letanía tras otra. Alrededor del cuerpo inerte de nuestra querida madre, circundaban los miembros de varias cofradías que también vinieron a velarla; mientras, nuestro clamoroso llanto germinaba a su lado, se extendía entre las gruesas paredes de la casa y hasta llegaría a difuminarse con las velas que el incandescente amanecer haría fundir en el nuevo día. El mismo atuendo que le llevó a unir y rubricar su insulsa vida —sacrificada por y para el matrimonio— a la prepotente de mi padre, era el que vestía ahora, cuando iba a colgar su tenebroso cuadro de la muerte al lado del trono del Señor.

No pude aguantar ni un segundo más entre los indelebles muros de mi casa; su mareante olor a incienso y su indescriptible ambiente sepulcral me cohibían, y necesité alojar en mis pulmones el aire puro procedente de la montaña. Salí fuera y, sin reflexionar ni razonar un solo instante, me adentré con absoluto sigilo en el desparramado e intrincado dédalo que formaba el bosque. Era noche cerrada, la incesante voz del autillo me golpeaba las sienes, el viento cortaba las ramas secas con sibilante sonido, la niebla rociaba el envés de las hojas, así como el campo de visión se había convertido en un auténtico enigma. Aun con todo, no iba a dar marcha atrás, y es que era la montaña lo que me dotaba de vida; eran sus laderas lo que hacía reverdecer mis adentros; eran sus pinares, sus quejigos, sus bojes o sus enebros los que me daban la fortaleza que ahora quería languidecer; y era todo este bosque animado el que me trasladaba a mis orígenes, rehabilitándome y colmando mi esencial existencia. A pesar del latente miedo que se desplegaba a mi alrededor, cerré los ojos e inspiré la fragancia de aquellos corredores nocturnos que dispersaba la montaña. Cuando, lentamente, volví a abrirlos, otros ojos destellantes se cruzaron en torno a los míos. Quieta como una estatua vi a la loba de mirada esmeralda. Apenas fue un suspiro; como

las otras veces, se marchó sin más. Era curioso, nunca me atacaba y yo tenía la certeza de que no se abalanzaría contra mí. No sé por qué, pero creo que las dos éramos conscientes de que una junto a la otra componíamos la mitad de un algo; un algo que se traducía en la soledad y el deseo hirviente de ser libres.

A punto ya de dar la vuelta, me di de bruces con Amancio. Por lo visto, Blanca estaba muy preocupada por mi ausencia y extrañamente le encomendó a él que fuera a buscarme. Me tiré, literalmente, a sus brazos, en los que mis lágrimas fluyeron con hondo desconsuelo y con el alma rota por completo. Cuando mi inquietud fue paulatinamente atenuándose, le besé sin pensarlo siquiera, como si el mañana no fuera a reflectarse para nosotros tras la enagua de la anochecida; como si fuera un huracán arrasando entre sus labios, bebiendo los jugos de su saliva; como si ya solo su calor ardiendo en las cavidades de mi boca, fuera lo único que me importara; como si la discusión que había mantenido con mi madre dos días antes de su despedida, no tuviera que ver con él. Ya estaba tachando la memoria de mi madre, pero no podía remediarlo; porque le amaba con todas las agujas de mi corazón a pleno rendimiento. Realmente, le quería como nunca hubiera imaginado que podría vivir así por alguien, derrochando a raudales mi más sincero amor.

Tuvimos que desenlazar nuestros acalorados cuerpos para volver a la horrible realidad que englobaba a la casa. Fue como notar un recipiente colmado, quedarse vacuo en un gran hueco (aquellas primeras experiencias nefastas, las de encontrarme vacía a mí misma, se repetirían, desafortunadamente, años después).

Al día siguiente, asistimos con pavor al ceremonioso funeral. Por segunda vez en unos meses, el resonante eco del toque de difuntos martilleaba en mis oídos, aunque ahora me rompía por dentro con un quebranto desconocido, ya que era a mi madre a quien anunciaban las campanas. Un velo negro nos cubría el rostro a mis hermanas y a mí, que nos deslizábamos arrastrando los pies detrás del carruaje fúnebre, en cuya portezuela sobresalía el escudo de armas que designaba a nuestro apellido. Las lloronas no pararon de desempeñar el trabajo para el que habían sido contratadas; y nosotras, sin embargo, no teníamos permitido derramar públicamente ni una sola de nuestras lágrimas. Estaba segura de que lo habíamos podido soportar porque nuestros ojos ya solo contenían sequedad, después de largas hebras de caudal. El paso al otro mundo, así como las consabidas exequias, suponían el inmemorial orgullo de familias infanzonas como la nuestra, puesto que el entierro se hacía a toda pompa, mostrando a ricos y a pobres la clara ostentación de la que presumía la pequeña nobleza afincada en el Prepirineo Aragonés.

Me quedé mirando unos instantes el presuntuoso panteón familiar.

Bajo aquella sólida construcción residían los últimos ancestros de nuestra familia, y ahora, allí, también mi madre iba a dormir su letargo. Como un fuerte torbellino que arrancara la raíz de los pensamientos, muchas cuestiones afloraron en mi cabeza. Mi madre era la majestuosa reina de la colmena, ¿quién tomaría ahora la batuta de un panal que podía desvanecerse? Ella asentaba los cimientos que pisábamos todos nosotros, ¿cómo íbamos a conseguir afianzarlos, evitando su desplome? Doña Acacia era el espíritu vital de todos, incluyendo a la servidumbre, ¿seríamos capaces de señalar el sendero de una calesa que podía desviarse? Por muchas vueltas que le diera, no lo sabía. Siempre acallada, sin voz propia, vagando detrás de mi padre como si fuera un fantasma, mi madre, contra todo pronóstico y en su natural conformismo, había llevado las riendas de la familia mejor que nadie. Y había realizado, pensé, el ritual de la metamorfosis como cualquier mariposa u otro complejo insecto, pero en su caso convirtiéndose en una hermosa flor que había guiado, con tiento y precaución, el aplastante carruaje de los suyos. Del mismo modo que rodaba el que le competía en este momento: el que se dirigía hacia los vagones de Dios en el reino estrellado que la esperaba en su seno. Ya su sitio no estaría en el lugar de privilegio del banco dispuesto a ambos lados del hogaril, desde donde ella nos había gobernado a nosotros al igual que al servicio, y donde había llevado el estricto gobierno de casal Villaserbal. Ahora su izado escaño se ensalzaría en la intangible *cadiera* del más allá que todas las anteriores mujeres de mi familia presidieron antes que ella, arropadas por el manto de la Virgen; mientras tanto, y sin atisbar todavía quién iba a ocupar el espacio que dejaba —aunque lo imaginábamos si los roles seguían inmutables, tal y como habían permanecido durante siglos—, el mudo lamento se colaba entre los capilares de mis venas, introduciendo sus parásitos y fragmentando cada fluido de mi poroso ser, hasta alcanzar el fondo de mí misma.

17

ALTOSPINOS. CULMINANDO LA ESTACIÓN ESTIVAL

Pronto el sedoso manto rojizo de la tarde extendería sus largos tentáculos, haciendo aparecer el inescrutable agujero que traería la noche; pronto la llama intensa del gas cercaría sus círculos concéntricos en medio de una oscuridad absoluta; pronto el oratorio de mi casa se difuminaría entre la cera consumida de las velas, porque pronto ni siquiera la frenética actividad de nuestras laboriosas abejas daría abasto para guarnecer un casal repleto de cirios.

Hacía ya unos meses que mi madre yacía bajo capas de tierra apelmazada, pero los rezos y las luminarias seguían muy presentes en Altospinos y, sobre todo, en casal Villaserbal. Camelia no había dejado de encender velas en cada atardecer, cuando el día se aletargaba y su mecha se apagaba. Además, las colocaba en lugares estratégicos de la casa noche tras noche. Era como si realizara algún tipo de encantamiento; era un ritual aprendido que a mí me parecía una auténtica superstición que se salía de toda lógica o razón. Camelia siempre había demostrado ser una mujer muy sensata y cabal; no obstante, sus creencias eran fuertemente arraigadas y las costumbres eran llevadas al extremo entre la gente de extracción popular: ese numeroso grupo al que ella también pertenecía. Al fin y al cabo, por bien que congeniáramos, me daba cuenta de que ella abrigaba aquellas supercherías infundadas; mientras que nosotras, e incluyendo a mis hermanas —por devotas que fueran—, diferíamos, en mucho, de ese tipo de claustrofóbicos pensamientos. A pesar de la ignorancia en la que nos hacían nadar a todas las mujeres, a ellas, a las indefensas criadas que nos servían con deferencia en cada ínfimo instante en el que vagaban los pasos de nuestra vida; a ellas, a las pobres sirvientas nadie les había enseñado nada, nadie nunca les había regalado ninguna otra oportunidad plausible, solo las habían encomendado a obedecer sin rechistar ni contradecir, y a beberse los chismes que pululaban por ahí como mortíferas epidemias imposibles de sanar. Eso era lo que habíamos hecho en este mundo para que tuvieran que soportarlo las criadas como Camelia: les habíamos vedado la posibilidad de ilustrarse; por tanto, cualquier rumor escuchado, lo atrapaban como si fuera una patente realidad a la que atenerse. (A mi

corta edad, quizá no podía expresarlo tan claramente, pero aquellas ideas que no nos dejaban entrever a las señoritas, ya iban rondando por mi indómita mente. Años después lo comprendería todo, como si la almadía en la que intentaban mecerme, hubiera colisionado contra las rocas del río).

Cuando mi madre partió en su viaje eterno a los reinos nebulosos de Nuestro Señor, durante varios meses, los rezos, salmos y demás letanías y plegarias se esparcieron, al igual que un viejo símbolo, por todas las grietas que acaparaban la casa. El crepúsculo nos había mantenido en constante penumbra, lanzando haces de oscuridad como si fuera una víbora buscando su presa; haciéndonos digerir manjares de tinieblas, que surgían de inhóspitos rincones; forjando las tenebrosas leyes del mutismo por cada una de las piedras que sustentaban la casa. Nunca las risas enseñoreaban nuestras alcobas, más bien, estaban continuamente ausentes; ni tan siquiera una breve sonrisa conseguía permanecer entre la comisura de nuestros labios, porque los muros que nos aislaban, habían querido yacer junto al lecho de mi madre. El silencio se había ido acoplando entre nosotros como si fuera un nuevo habitante de esta, nuestra casa. Solo el inconfundible llanto de Evaristo osaba romperlo algunas veces; eran sus esporádicos berrinches los que lograban quebrarlo de cuando en cuando. Con todo, hasta sus agudos sollozos se volvían casi imperceptibles entre aquellas siniestras tapias que nos envolvían y recubrían. Ahora era un áfono ambiente el que se sentaba a presidir nuestra mesa cuando nos disponíamos a comer, engullía las palabras de nuestras criadas y criados cuando intentaban decirnos algo o ponernos al corriente de alguna noticia, y paralizaba nuestras actividades conduciéndonos hacia las destructoras redes del letargo. Menos mal que Blanca y yo habíamos sabido dar la espalda a la asfixiante mudez que agarrotaba la casa, calando en su tambaleante esqueleto con cada ocaso, justo en el momento en el que su negra venda intentaba atraparnos a todos y ahogarnos, robando el hechizo de nuestras cuerdas vocales.

Habían sido meses de clamoroso duelo, de un intachable luto que en mí profesaba por dentro. El desconsuelo por la pérdida de mi madre me había arrebatado la cándida inocencia, la poca que aún pudiera quedarme, llevándosela en un simple soplo al que ya no podría retornar. Mis ojos habían vertido incontables lágrimas, al igual que un río desbocado en la eclosión de la primavera; mis labios habían querido volver a pronunciar su nombre, sin dejar escapar una sola sílaba, al igual que la canción del ruiseñor rasgaba su partitura cuando este caía inerte de su voluble rama; mis sentidos se habían hecho añicos, golpeando y martirizando los anclajes de mi corazón, al igual que el brillante pelaje rojizo que coleaba el zorro, se volvía áspero y

mustio al rodear un cuello de mujer. Nunca pensé que la añoraría tanto, que la anhelaría enfervorizada entre mis corrientes interiores; jamás pensé que sus pasos se afianzarían hacia el último viaje, no ahora, no tan pronto. Y es que lo había imaginado repetidas veces desde el momento en el que supimos que gestaba a mi hermano en su vientre y, sin embargo, eran únicamente interpretaciones mías, nada que ver con la tangible realidad que verdaderamente sobrevino. Aun así, no estaba sola. Mis temores y mi desorbitada angustia eran puntos comunes que compartía, a partes iguales, con mi hermana Blanca. Las dos estábamos consternadas. Las dos sentíamos ese gran vacío que rompe las caprichosas formas del alma, cuando es una madre quien se va al hogar de los difuntos. (Ese hueco que nos dejó, quedaría siempre como una honda oquedad, sin relleno posible). Juntas oramos por ella, había sido bondadosa y estábamos seguras de que no albergaría estancia alguna en la posada del purgatorio, pero, aun así, por si acaso desconocíamos detalles de su vida, cantábamos al unísono los miles de alabanzas de los evangelios por y para ella, aunque no hubiera cometido pecado alguno, como bien suponíamos. Nuestros lamentos deshacían la espiral de nuestro espíritu; nuestro amor por ella, aun con afecto restringido, hacía saltar humedales espontáneos que remojaban la tibieza de nuestros fracturados corazones. En cambio, nuestro latir unido formaba el encaje de un conjunto en el que nos sentíamos la una a la otra, y nos hacía revivir a pesar del impenetrable sufrimiento que nos había ido traspasando todos estos meses de profundos cambios en los escalones de gobierno de la casa, o por los propios interrogantes que surgían de la misma, y con ese aliado del silencio que Blanca y yo fuimos desterrando.

Tras las misas convenidas, Verónica no tardó ni un ápice en apropiarse del cetro de mi madre. Le correspondía, puesto que era la mayor de todas —por lo menos, hasta que su reciente compromiso tocara a su fin, que aún se ralentizaría más con el duelo y el riguroso luto que nos constreñía—. Así es como había estado ordenado desde las primeras generaciones que ostentaron el apellido Villaserbal y conformaron nuestra estirpe. En realidad, desde que el mundo era mundo, sus anticuadas e inamovibles reglas habían sido estipuladas de este modo singular: en ausencia de una madre, la hija primogénita había de ocupar su puesto, cuidando de los miembros y el estatus familiar hasta el resto de sus días o, según las circunstancias, hasta su posterior casamiento, siempre y cuando estuviera apalabrado previamente y quedara alguna hermana para sucederle en el desempeño doméstico. Me alegré, para mis adentros, sin comunicárselo a nadie, de que no hubiera sido yo la de más edad entre mis hermanas, pues no sé cómo ni de qué extraña manera hubiera podido sustentar un casal de las características del nuestro y,

menos aún, haber aportado dotes de mando situándome en la cumbre del núcleo familiar. Por el contrario, parecía que a Verónica le había sentado de maravilla, se veía claramente que había nacido para entonar su elevada sinfonía; para manejarnos a todos con una férrea autoridad que incluso mi madre, nunca le incluyó en sus lecciones.

Nuestra casa, antaño revestida de piedra sillar, aunque ahora el macizo material seguía siendo el mismo y la alzaban idénticos cimientos, parecía convertida en un velero de apergaminado y ajado papel. Todo había dado un vuelco de ciento ochenta grados en nuestro duro transitar. Mi madre confería solidez a nuestro entorno, aquella que solicitábamos; se encargaba de los menesteres más tediosos con gran facilidad, aquellos que mi padre rehusaba realizar. Ella sabía cuál era su sitio y cuál el de los demás, y ante ello actuaba; conocía las necesidades de los más desvalidos, y su caridad era infinita y generosa cuando había de serlo; también entreveía cuándo debía dejar caer alguna moneda de más entre los donativos destinados a la Iglesia, y el sacerdote sonreía complaciente; además, se desvivía por nosotros, que formábamos su primer desvelo entre tantas cortesías impuestas.

Seguía divagando entre mis dudas, cuando el velo de la noche cayó con fiereza, arrojando su capa de pánico sobre el alero aragonés que cobijaba nuestro techo.

Apenas inmersa en un duermevela, un estrepitoso golpe procedente de la entrada nos hizo despertarnos y, rauda, Blanca encendió la lámpara de gas.

Me miró sobresaltada.

—¿Qué ha ocurrido? ¿De dónde vienen esas voces?

Le señalé la ventana y fuimos sigilosas a apoyarnos tras el alféizar.

Crucé, totalmente desconcertada, mi melosa mirada con la suya, repleta esta de destellantes esmeraldas.

—No puede ser, Blanca. Otra vez viene padre borracho como si se hubiera bebido una cuba entera del mejor vino.

Blanca, tan resignada como yo misma, se quedó observándolo.

—Mira, Azucena. Si hoy va hasta… descalzo, ¿qué es lo que habrá hecho con los zapatos?

De repente, no pude aguantarme, me entró una risa sin sentido que no pude tampoco reprimir.

—No te rías así, Azucena. Esto es muy serio, este hombre se ha convertido en un pendenciero. Dime, ¿qué vamos a hacer?, ¿quién va a poder hacerle entrar en razón? —Era verdad que nuestro padre volvía con unos tragos de más y unas palabras subidas de tono, noche sí y noche también. Y la situación tenía que corregirse de algún modo, si no mal íbamos—. Te estoy hablando, escúchame por lo menos…

Indudablemente, contagié mi espontánea risa a mi hermana cuando vimos que el cochero estaba intentando que mi padre dejara

de saltar sin ton ni son. Ambas nos llevamos la mano a la boca al oír el chirrido de la puerta y, presurosas, apagamos la lámpara de gas; luego nos metimos en la cama disimulando esas carcajadas que brotaban imparables de nosotras. Finalmente, casi en susurros, escuchamos de lejos los fuertes ronquidos procedentes de la alcoba de mi padre, y también nosotras acabamos conciliando el sueño.

Al día siguiente, durante el desayuno, mi padre contó una historia —bastante inverosímil y un tanto asombrosa— acerca de que unos bandoleros les habían asaltado, queriendo usurparles, con malos artificios, la calesa, los caballos y todo lo que ellos llevaran de valor encima. Blanca y yo nos miramos de reojo cuando aludió a sus zapatos, eso sí, guardando las formas y la compostura. Según él, les había tirado los zapatos con tan buena puntería —cuando iban de cacería, solía dar en el blanco— que acertó a golpearles en toda la cara, y así, mientras estos bandoleros que rondaban los caminos se lastimaban, el cochero y él emprendieron una marcha a la carrera, azotando a los caballos hasta que llegaron al refugio de nuestra casa. Pero cuando conoces a alguien hasta el mismo tuétano, con una sola y fugaz mirada basta para leer sus pensamientos. Eso fue exactamente lo que nos pasó a Blanca y a mí esa extravagante mañana, porque solo con mirarnos de soslayo, las dos nos lo dijimos todo: aparte de beber como un cosaco, ignorábamos qué más habría hecho mi padre durante el resplandor de los luceros celestes, pero lo que sí sabíamos con certeza era que esa increíble historia de los zapatos volantes se la acababa de inventar; no podíamos asimilarla como algo real.

Esa misma tarde, abandoné la protección de una casa que parecía querer desmoronarse por momentos, y, de nuevo, encubierta por la benevolencia con la que me obsequiaba Blanca (si me hubieran espiado y me hubieran visto salir de casa desluciendo el estricto luto que nos perseguía como una sombra, no sé qué habría sido de mí), me aventuré entre la umbría del lugar que de verdad me acogía: la espesura del bosque prepirenaico, la magia expelida por la montaña. Me adentré hasta donde el dosel del frondoso follaje conformaba la abertura de una zona mucho menos boscosa y más clara, llegando a condensarse entre las bravas aguas torrenciales que surgían del intenso murmullo de una cascada, que se deshilachaba en manso lago. Ahí mismo, me desembaracé de todas mis ropas, incluido el opresivo corsé, y me bañé en aquellas aguas cristalinas que derramaban las artes de la placidez y el sosiego por todo mi ser, así como me hacían percibir una burbuja de verdadero oxígeno en torno a mí.

Había descubierto ese verano aquel paraíso natural que hice mío. No era la primera vez que mostraba todos mis atributos al mundo —lógicamente, era el mundo natural, en exclusiva, el que podía posar su

vista en mis vergüenzas en aquel apartado paraje— y me relajaba empapándome de frescor. No era la primera ni sería la última, porque no solo desnudaba el pudor que concernía a mi cuerpo, algo inconcebible en una señorita, y más de mi alto rango social, sino que también me despojaba de todo aquello que me mantenía al límite, de todo lo que me privaba de ese elemental zumbido de libertad que compartía con las abejas, y que necesitaba a cada segundo; por eso, retiraba las hojas que cubrían mis propias ramas, el recio tronco, las retorcidas raíces que querían absorberme, para poder volar en un horizonte que no tenía cabida sin él, sin Amancio. Habíamos pasado muchas tardes de aquel verano juntos, pegados uno contra el otro, tumbados en medio de la hierba florida. Nos estábamos conociendo a fondo. Mientras que él me abría los ojos, contándome las penurias por las que pasaban los más desfavorecidos, y rezando para que no volviera a implantarse una crisis de subsistencia como la sufrida el verano anterior, que vino tras la mala cosecha que trajo aparejada la peste de la epidemia, llevándose a muchos pobres desgraciados por delante y dejando un interminable reguero de hambruna; yo me compadecía por la desdicha de esas gentes y me enrabietaba compartiendo con Amancio las fatalidades de este mundo construido por los pies, le hablaba de la jerarquía familiar, que parecía haberse desestructurado tras la lacerante muerte de mi madre, o le exponía la injusta manera en la que me obligaban a vivir: siempre ceñida con faja de hierro bajo las órdenes de otros. (Nadie como lo hacía él sabía consolarme; él me agasajaba con toda la energía puesta en alentar los ánimos, con esa miel que goteaba de sus labios y, esparciéndose en un segundo con atenta dulzura, quedaba colgando entre los míos).

Ahora allí, flotando en la superficie ondulante que pulían con su esmaltado vigor los últimos rayos de la tarde, las imágenes de un largo y apasionado verano reverberaban en mí, resonando con su agudo silbido entre mis sienes.

Cuando el límpido candelabro del día se agazapaba cabizbajo detrás del esculpido cortinaje de la montaña, regresaba a casa e imprimía los secretos retumbantes y ocultos de mi corazón entre las tapas de mi cuaderno; entre líneas quedaban innumerables palabras de fogosos anhelos que ni siquiera dejaba que Blanca leyera u hojeara, porque eran íntimos pensamientos que la hubieran escandalizado, tan recatada y decorosa era mi hermana, y no digo nada si aquellas frases amontonadas las hubiera podido descoser de los márgenes, una a una, la casta doña Adelfa o el célibe sacerdote, hubiera sido mi mortal pecado, estaba segura de ello. Por este motivo, después de esconder mi diario en un recóndito lugar de mi alcoba en el que nadie rebuscaría, cuando la plena oscuridad penetraba sin demora por la ventana de nuestra alcoba y los sueños se apoderaban de nosotras, en

mí se desataban hirvientes y ardorosos, como si las vivencias de la tarde fueran espoleando la trashumancia de la noche, mostrándome los juegos del amor con pecaminosa visión; era un cuadro visual que aún no había experimentado en mi amor puro y verdadero, con mi Amancio. También esos días tórridos mi carboncillo bordó la estela coloreada de infinidad de plantas que poblaban los contornos prepirenaicos, captando así la luz de la espléndida estación que nos arropaba.

Ahora allí, sumergida entre las reflectantes ondas transparentes de esta balsa natural tallada por el erosivo riego del bosque, me desgajaba de las punzantes heridas que habían querido desmembrarme meses atrás. (Con el tiempo, que todo acaba recosiéndolo, irían dejando el dolor en recovecos laterales; pero, aunque ya no sangraran, se convertirían en los hematomas que aún llevo conmigo).

Ahora allí, desatada de las normas del mundo, me hallaba a mí misma; rebuscaba en los fluidos de mi laguna interior, y los hilos que me componían, descubrían la existencia de una Azucena diferente a esta que intentaban modelar.

Ahora allí, la libertad de abrir mis párpados y poder zurcir las prendas de mi destino, me inquietaba y me atraía, y algo me decía que no estaba hecha para una insignificante e insípida vida tras los muros del casal, verdaderamente, el relieve de mis alas sobrevolaba el universo del panal, al igual que las abejas salían de sus arnas y exploraban el exterior con cada uno de los olores que emanaban del espliego.

18

EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. OTOÑO DE 1886

El filo insondable del lúgubre ocaso ha permanecido titilando, ofreciendo sus matices sombreados sobre estas enmohecidas paredes que sostienen la estancia, durante prolongadas noches; el aliento embriagador de una lengua de fuego salpicada por el mosaico anaranjado que jalona el alba, ha penetrado por el puerto de las mugrientas ventanas, durante varios días. Mis articulaciones van entumeciéndose, han perdido la equilibrista agilidad que conservaban cada vez que montaba sobre la silla de Azabache. Lógicamente, también la flexibilidad que adoptaban mis músculos ha ido en decadencia. Ahora las junturas de mi piel se pliegan y repliegan en cada bache que encuentran.

Las intermitentes lluvias de este otoño no van a lograr rejuvenecerme y mostrarme, así, el veraz retrato de aquella Azucena que nadaba queriendo bucear hacia los inhóspitos sedimentos del río; el mismo que, como un relámpago fugaz, discurría entre las rocas y horadaba los inaccesibles vericuetos de la montaña. Era todo ese intrépido fluir el que refulgía en las íntimas fibras interiores de aquella moza en edad de merecer; la irradiaba cuando se lanzaba a palpar entre sus dedos la fuerza de la corriente, pero en sentido contrario al natural, alejándose de esas pozas que intentaban amansar sus pensamientos y ahogar cada uno de los designios que versaba su corazón. No, ya no, ahora la cortina de agua no realza mis virtudes; ahora aviva mis debilidades: cala mis huesos y hace que mi rigidez sobresalga aunada con mis lamentos. La humedad está desparramando el sutil prodigio de los ocres, rojizos y dorados por el terroso suelo, despojando a las ramas de sus brotes, al igual que a mí me hace decaer desnudando mi frágil vejez, ajándome y arrugándome en este dócil transitar, tan infinito y efímero a un tiempo.

Todos estos días, con el cuerpo completamente anquilosado, apenas he podido virar mi vista a aquellas palabras que, con tanto entusiasmo, emborroné en el pasado. Llevo un rato de vuelta, parada en esa distante estación del ensamblaje de mi vida, donde un día, que el recuerdo ha tenido la osadía de ir difuminando, realicé el cambio de tiro que me traería hasta aquí.

He de sincerarme contigo, y decirte (en este instante en el que releo el dictado de mis sentimientos y, evidentemente, vuelvo a sobresaltarme al

ejercitar el tirante tendón de mi memoria dormida) que la inesperada muerte de madre removió, de arriba abajo, todos los sólidos cimientos, no solo los que soportaban la longevidad del casal, sino, y más aún, los que nos recorrían sin freno a nosotros mismos. Ella había constituido el pilar fundamental en el que se basaba toda nuestra inacabable pirámide de servicios y servidumbres, de amos y señores, de voces alzadas y de susurros inaudibles. Ella había sabido conservar la impoluta conexión que caracterizaba a nuestra familia y, por ende, al linaje Villaserbal. Ella nos había inculcado, a mis hermanas y a mí, la manera de estar en el mundo, de aprender a pasar desapercibidas ante miradas ajenas, de que luciéramos las artes del recato con espléndida hermosura, y de que supiéramos imponernos y defender nuestro privilegiado y honorable sitial. En el momento en el que mi madre, a la que todos nombraban como doña Acacia, partió para mezclarse entre los fantasmas que moraban tras el eclipse crepuscular, nuestra guarnecida casa se desarmó, fraccionándose y desmoronándose con insólita celeridad, como si tuviera prisa por tronar en una retumbante tormenta de verano; borrasca que haría trizas no solo la argamasa de su piedra maciza, destrozaría, además, nuestro más hondo sentir con la fiereza de un alud de nieve.

Fueron meses donde la implacable angustia revoloteaba formando inflamadas ampollas en nuestra pena. Debes saber que la confianza con mi madre nunca fue visible, ni a nuestros mismos ojos ni a ningún otro, porque no existía; porque su tallo se había retorcido: conforme la arena de la vida iba rebosando en la siembra de su madurez, se había volteado endureciéndose y no había lugar para derrochar íntimas confesiones a sus hijas; porque el tronco compacto e inamovible que había fraguado mi abuela para que ella misma se viera perfilada, era un inmutable ejemplo que debía tomar y seguir. Durante tantas generaciones como estrellas diminutas penden del jardín embrujado del firmamento, ha estado ocurriendo repetidas veces: el amor puro y fraternal de una madre, tan tierno y almidonado cuando eres niña, se torna en ansiada añoranza en el instante en el que la infancia se derrite, se evapora, y es entonces cuando se empieza a conocer lo que significa ser mujer. Mi madre fue raspando las púas de un cardo de arzolla para hacernos entrever nuestro delimitado papel en esa única condición de agradar a los demás, pero también supo dejar incrustadas en sus hojas suficientes espinas y matorral para poder guardar las distancias con nosotras, tal como había hecho mi abuela con ella bastante tiempo atrás. Ya te dije que no la culpaba y sigo sin hacerlo, puesto que ella era una mandada más que obedecía las órdenes de una sociedad empalagosamente varonil.

Quiero contarte que, a veces, se cruzaban nuestras miradas, y la suya se quedaba fija en la mía apenas unos segundos. Sin embargo, ese pasajero suspiro brillando en nuestros ojos, tenía la capacidad de decirnos cuanto anhelábamos gritarnos por dentro. Un esporádico segundo en el que la

sentía conmigo, en el que su cercanía dilataba mis sentidos; un solo segundo en el que, por fin, se hinchaba mi corazón de ella y podía reconocerla. Aquellos breves instantes que, como un avezado rayo, iban y venían sin rumbo, se han quedado intensamente esculpidos en los aparejos que esconden mis pensamientos. Por ello, cuando todo se precipitó y sucedió sin retorno alguno, la tristeza se coló sin avisar por mis más profundas y recónditas fuentes internas, y las lágrimas se me fueron escurriendo, poco a poco, día a día, y noche tras noche, vertiendo sus heridas en un surtidor que había permanecido casi intacto, más bien seco, hasta que el hilo de la voz de mi madre dejó de tejer mis bordados. Es verdad que también me deshice en llanto cuando aquella pobre niña no logró sobrevivir. De todos modos, por muy involucrada que estuviera, por muy corta edad que tuviera aquella desdichada zagala, mi pensamiento se transformó con aquel lastimoso hecho, pero mi vida continuó preservándose en la rueda que le correspondía, no se alteró ni produjo cambios en mi horizonte inmediato. No obstante, mi madre era sangre de la misma sangre que circulaba por mis arterias y regaba mis venas, ella había pisado las losas de un incierto calvario cuando me parió, como todas las mujeres, y era por eso por lo que derramé miles de lágrimas aquellos días socorridos por la penumbra.

Ya habrás podido comprobar que no guardé luto, no al menos cuando las miradas extrañas —o las del conjunto familiar— me daban un respiro y no se interponían en el camino. Si alguien se hubiera enterado, me habría tachado de una indecente. No te puedes imaginar lo que el luto simboliza cuando un ser querido se va, además, formando parte de una de las familias más influyentes de toda la zona colindante y, para colmo, siendo ya una señorita en el punto almibarado para el compromiso matrimonial. No me importó acuchillar las normas, nunca me ha gustado lo convencional. Si hubiera acatado el escrupuloso decoro, habría estado enclaustrada en la casa como si se tratara de hacer penitencia en un convento. Viviendo de puertas para adentro, oculta detrás del marco de la ventana y si, en contadas ocasiones, tenía que salir fuera a la calle y al escrutinio de todos, siempre debía de ir cubierta de negro y con un velo tan opaco sobre mis delicadas facciones, que no dejara siquiera intuir parte de mi rostro. Claramente, no lo hice, me salté con Azabache todos los esquemas que habían querido trazar en el mapa de mi vida, donde no había cabida para serpenteantes senderos que atajar. Pero nunca anduve buscando un terreno recto en el que pisar, muy al contrario, mis pasos se deslizaban raudos por cada recodo que hallara; nunca anduve por llanas pendientes, era en los desfiladeros más pronunciados por los que prefería escabullirme y en los que dejaba mi huella impresa; nunca anduve por terrenos fáciles ni sencillos, anduve por las dificultades de la vida para hacerme a mí misma, para seguir mi propio criterio y alcanzar las altas cotas de saberme libre y liberada.

Todavía hoy, cuando pienso en Amancio, siento un enjambre entero de abejas colonizándome, levantando con energía restaurada sus vuelos nupciales, polinizando la flor abierta que aún derrama la lava de sus besos en mis labios al evocarlo. A pesar del sufrimiento enquistado que me atemorizaba entonces, la dulzura de los besos de Amancio era mi bálsamo rehabilitador. Las luengas horas que pasé con él, aceleraron el ritmo de mis saetas y me hicieron olvidar, entre paréntesis de fervorosa emoción, la terrible situación que se ceñía sobre el enlosado de mi casa y la iba sumiendo en la bruma de las tinieblas.

Al pasar la página de mi apolillado diario, colmado de torbellinos y remolinos a los que hacer frente, metido entre dos hojas, acabo de reencontrarme con un dibujo muy preciado que pinté hace mucho, siendo apenas una niña que no podía atisbar siquiera que el giro fluctuante de la misma existencia la atraería hasta aquí; hasta esta misma destartalada estancia donde el mezquino frío del invierno entra sin llamar.

Es un quejigo en colores ocres, que casi parece que van apagándose, rodeados de una multitud de abejas que merodean alrededor de su copa. Recuerdo bien que cuando se lo enseñé a doña Adelfa no le gustó nada y, para variar, lo reprobó. Me dio una severa lección sobre el paso de las estaciones, y creo que me dijo algo así como: «Las abejas no liban en ese árbol, ¿dónde se habrá visto algo semejante? Perciba la realidad que le rodea, señorita Azucena, y déjese de inventarse lo que no puede ser. Más le vale que vaya vaciando su sesera de esas ensoñaciones suyas, ¡son intolerables!». Entonces me enojé ante su infundado comentario, que durante varios días se alojó, intimidándome, en los recovecos de mis pensamientos, desvaneciéndose luego como agua de lluvia que reseca la claridad del sol, cuando aquella etapa de la infancia iba tomando mayor distancia; ahora ya no me escandaliza ni perturba, porque con el bagaje de los años y los feroces embates que he tenido que aguantar en esta vida, he dilucidado, con nitidez, que aquella arisca y hosca mujer nunca supo ver más allá de lo que tenía delante de sus propias narices, por eso mismo no se aventuraba a andar dos pasos por delante de nada. Por supuesto, para ella era mejor ceder, quedarse inmóvil en el mismo punto y no avanzar hacia lo desconocido, que entrañaba poder resbalar en el borde del precipicio.

¡Qué importa ya! A mí me vuelve a retraer al zumbido de mis colmenas, aunque sus frenéticas alas no pueden, en estos instantes, empaparme de Amancio ni de aquella resuelta libertad de juventud; pasiones que han ido languideciendo detrás de las interminables noches en vela, y es que el cadente paso del tiempo nunca perdona los pecados cometidos, así como los pliegues usurpados por el destino han ido envejeciendo. Pero no te preocupes, mi mente brilla en el cosmos orbital de la lucidez, y yo seguiré acercándome a ti con la acuarela impresionista de mis recuerdos, postergándome a aquella que fui.

19

ALTOSPINOS. PREPIRINEO ARAGONÉS. ÚLTIMA SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1866

En completa alerta mientras, apoyando mis manos en la portezuela lacada con las armas de nuestro escudo, admiraba embelesada el bello paisaje estival, que se mostraba más resplandeciente si cabe en aquellos últimos días que, ante mi retina, nos otorgaba el verano. En cambio, mis hermanas se habían sumido lentamente en un suave sopor, fruto del vaivén del trayecto o producido ya antes por el interminable y acalorado sermón que el sacerdote había clamado, a voz en grito, desde su lugar de preeminencia: el púlpito (francamente, creo que sería por esta causa por la que mis hermanas entraron en ese ligero letargo de vuelta a casa; tediosa y recalcitrante como era la retórica, y muy a pesar del elevado tono que sostenía el cura). Todos estos meses nuestras generosas dádivas habían ido a parar a sus voluminosas arcas; por supuesto, con el fin de que aliviaran, de alguna forma posible, la penosa y angustiosa situación de tantos desamparados y menesterosos que pululaban sin rumbo por la mayoría de los pueblos aledaños y, seguramente, también esos pobres descalzos se hallarían pidiendo caridad cristiana allende las montañas, aunque no pudiéramos verlos. Todavía estábamos en época de guardar riguroso luto y máxima discreción y decoro, por lo que nuestras salidas quedaban absolutamente restringidas; solamente a los actos religiosos nos era permitido asistir —además de obligado—, ni siquiera podíamos visitar a las familias más desfavorecidas, tal y como frecuentábamos con mi madre antaño, hasta poder aliviar el luto. Sin embargo, y por mucho que aborreciera toda esta situación que nos constreñía y que a mí me impedía, incluso, respirar con normalidad; con todo, mi hermana Verónica llevaba su papel asignado con total soltura: era como si hubiera nacido con un báculo entre las enaguas y una batuta anunciando sus primeros balbuceos, del increíble dote de mando que había aprendido a esparcir a nuestro alrededor; era como si se meciera en una cuna cada vez más alzada, del inaudito techo de triunfo que rozaba a estas alturas en la familia Villaserbal. A mí no me importaba, todo lo contrario, le estaba tremendamente agradecida, porque era inevitable que ella fuera la destinada a sentarse en el

El traqueteo constante de la calesa mantenía todos mis sentidos

tapizado trono de reina del hogar, en el que lo había hecho hasta entonces mi madre. No negaría, no podía hacerlo, que Verónica tenía las justas medidas para pintar su voz y templanza en ese tapiz borroso de las mujeres de mi familia; un triste telar que se rellenaba, desde los albores de un nuevo día hasta los agotados vestigios de una noche cerrada, con los matices de un perpetuo gris moteado.

Sospechaba —y con razón— que Verónica estaba exultante ocupando ese privilegiado lugar de guardiana de la casa por un motivo buscado y concreto: ahora los trámites de su eminente alianza matrimonial se ralentizarían bastante; aunque las capitulaciones quedaron ya firmadas y selladas antes de la partida de mi madre al incógnito mundo de los espectros, para Verónica el obligado cumplimiento y severidad que entrañaba el luto le iba a dar tiempo. Podría sosegar su agitado aliento durante un breve o dilatado paréntesis, según se mirara. Ella había dejado bien claro que no quería casarse con un vejestorio (era su impresión, nos lo había dicho en infinidad de ocasiones: aquel hombre poseería una caudalosa fortuna, pero andaba achacoso y peinaba canas, y ella no iba a meterse en ese lecho nauseabundo). Tampoco intuíamos, ni Blanca ni yo misma, cómo pretendería ella solventar un hecho que estaba ya decidido de antemano —al igual que un día tendríamos que ser nosotras un trofeo de caza elegido por alguien—, al menos, estaba distanciando el momento crucial, quizá jugaba todavía con poderle exponer a mi padre sus anhelados votos de humildad, castidad y obediencia; pero si era esa su última baza, creo que iba a acabar perdiéndola, ya que toda la gente de posibles llevábamos grabado, a tinta y fuego, que un compromiso era sagrado y jamás se rompía ni se profanaba.

Giré un poco la cabeza y las miré de soslayo. Seguían dormitando, aun con las fuertes sacudidas de la calesa y el agudizado ruido procedente de los cascos de los caballos. Mientras, de cuando en cuando, escuchaba el estridente latigazo del cochero sobre los brillantes lomos de los equinos; un sonido casi mecánico que fue confundiéndose con tantos otros y aletargándose poco a poco, puesto que, al rato, me había quedado absorta observando con atención el variopinto paraje que se diseminaba hacia el fondo de mi cuadro visual. Habíamos dejado atrás, como queriendo correr un tul tupido e infranqueable, a multitud de niñas y niños arrastrándose por las calles del pueblo de abajo, sin siquiera unas viejas abarcas que protegieran las plantas de sus menudos pies, encallados y sembrados de llagas; habían quedado en la entrada de la iglesia sus madres, pidiéndonos limosna, y sus padres, rogándonos trabajo y misericordia, tal era la mendicidad espoleada en estos días del Señor. Por fin, rodeando los recodos del camino, salimos con premura a la exuberante espesura que envolvía nuestro bosque prepirenaico. A ambos costados de la

calesa, se podía sentir la húmeda umbría que caracterizaba el hábitat particular de diversas especies de pinos de gran frondosidad y altura, así como arces, enebros y robles, destacando entre estos el majestuoso quejigo, autóctono de nuestras lindes. Mis pupilas se ensancharon, mis oídos se estremecieron y mi corazón galopó al ver a un milano real posarse en la punta de la copa de un pino laricio; acto seguido, me pareció entrever, entre las ramas más bajas de este mismo árbol, un petirrojo con intención de cortejo quizá, aunque la época para tal menester ya no fuera la más idónea. Desde la calesa, no pude vislumbrar más allá de este nicho ardiente que forjaba la vida en el entorno de la naturaleza. Pero, discretamente, había curioseado otras veces *in situ* y había atisbado las artes amatorias del peculiar petirrojo. Nunca me gustaron, hinchaba el pecho difundiendo, de este modo, sus aires intocables de macho; mientras que la hembra, su futura pareja, adoptaba una posición de sumisión absoluta por miedo. Aun así, y a pesar de la aparente similitud de estas hembras con nosotras, las mujeres, los machos del petirrojo no reconocen a las hembras antes de la ronda, algo de lo que nosotras carecíamos: los hombres sabían, por adelantado, que habrían de asir el timón de nuestro barco mucho antes del festejo, lo tenían adjudicado sin resistencia alguna.

Cerré mis párpados para poder exhalar las fragancias espolvoreadas del monte, aspirando sus frescos aromas; para rociarme con el trino de los pájaros y los gruñidos provenientes de las excavadas madrigueras, acompasando la eventual orquesta; para notar cómo la suave brisa acababa germinando en mis mejillas, enseñándome las plumas que adornaban mis indómitas alas.

Ensimismada como había estado, justo en ese instante salí de mi ensoñación admirando el paisaje: un golpe brusco debajo de mis posaderas me había hecho reaccionar ante el fuerte frenazo que había dado el cochero. En una milésima de segundo, me había visto obligada a volver al universo real en el que me encontraba, y que, cada día con más saña, me oprimía brutalmente. Porque, ahí mismo, mis aletas volantes se volvían a desplomar en el negro atuendo de mi espalda, que llegaba a encogerlas y replegarlas hasta lograr que desaparecieran, regresando así en apenas un suspiro a la tangible realidad de aquel momento.

Mis hermanas habían despertado, ambas a la vez, con un gran sobresalto. Parecía ser que habían estado más ausentes de lo que yo había pensado en un principio. Desde luego, el rato que habíamos estado arrodilladas en nuestros reclinatorios oyendo la misa, no había sido moco de pavo, ni mucho menos. Solo con las rozaduras que llevaba en las rodillas de tanto orar, desde que mi madre elevó sus súplicas hacia el reino celeste que la habría acogido, pensaba que ya había debido de cumplir, con creces, mi propia penitencia por todos

los pecados que hubiera podido cometer y, obviamente, esa continua acción de tener que hincarme en la dura madera, me fatigaba en demasía; por otro lado, mis hermanas, claro está, tenían que estar extenuadas por esa misma razón.

Al apearnos del carruaje, justo enfrente de la entrada principal, con el cincelado blasón destacando la pétrea portada de los Villaserbal, Verónica nos miró de reojo, y a mí me dio un indisimulado codazo.

Entre dientes, nos dijo:

—Mirad ahí —estirando el brazo, después de percatarse de que el cochero se hubiera alejado con la calesa hacia el patio, señalaba un punto indeterminado con su dedo índice—, ¿no es ese padre junto a Narcisa, la sirvienta?

Su cara era todo un poema, y Blanca, exactamente igual de estupefacta, sentenció incrédula:

—Creo que sí, que la muchacha que le acompaña es Narcisa, y… ¿qué hace padre con ella?

Verónica observó a Blanca con altivez y desdén.

—Pareces nueva, Blanca. ¿No ves que está demasiado arrimado a la pobre moza? ¿Qué podría estar buscando padre, ahora que no tiene a nadie que le caliente el lecho cuando el sol echa su ciega lona?

Hasta yo me asusté al oír hablar así a mi hermana. Era verdad que mi padre se encontraba a dos palmos apenas de Narcisa, pero eso no quería decir ni significar nada.

Le corté en seco.

—No te reconozco, Verónica. ¿De verdad crees que padre, aun con sus repetidas y reincidentes insensateces, sería capaz de un hecho tan deshonesto como el que estás insinuando?

Vi cómo, confusa, agachaba la cabeza, y entonces, Blanca se me adelantó.

—Comparto lo que dice Azucena —cruzó su tímida mirada con la mía y esbozó una sonrisa casi inapreciable; luego, volvió a fijar su vista en Verónica y en la escena sobre la que discutíamos, alternativamente—; quizá la pena de padre haya pasado algo más superficial que la nuestra, pero no creo que quiera tachar la memoria de madre, al menos, no tan pronto…

Los nervios se me estaban crispando y decidí interrumpirla.

—Estoy de acuerdo contigo, Blanca. Si quisiera desfogarse, de todos es conocido el tugurio de mala fama que frecuentan los hombres a las afueras del pueblo de abajo. Lo lógico es que acudiera allí. —Giré levemente mi mirada—. Pero ¿no te das cuenta, Verónica, que Narcisa es aún una niña formando su cuerpo de mujer? —Emití un profundo suspiro—. No sé qué extraña idea se te ha podido pasar por la cabeza…

Un brusco movimiento en el centro de nuestra visión, nos hizo apartarnos un poco. En ese momento, Narcisa huyó de ahí a toda prisa, como si no hubiera un mañana por venir; nosotras nos escabullimos, sin dilación, dentro de la casa, y, por supuesto, sin levantar el deliberado toldo de nuestras especuladas sospechas.

Más tarde, después del copioso guiso de caza y los exquisitos *farinosos* de postre que nos sirvió Camelia, nos sentamos en los divanes de la sala con las prendas del ajuar reposando sobre nuestras faldas, pero sin prender en ellas ni aguja ni encaje. Únicamente era como para dar apariencia de que nuestra intención, en ese justo periplo en el que el sol estaba álgido tocando la cumbre de las nubes, era pasar la tarde tejiendo. Sin embargo, aprovechamos tanto la ausencia de Melisa, ya que se había marchado a la planta de arriba para amamantar a mi hermano Evaristo —el pobrecillo no parecía engordar al ritmo que debería y se le veía algo enclenque—, como la fatiga que doña Adelfa sostenía siempre tras las comidas, la cual le obligaba a ir a sestear, para, reunidas las tres a solas, seguir escrutando, con detenimiento y suspicacia, las acciones que mi padre llevaba a cabo.

En tono quedo, verbalicé la primera.

—Durante la comida se ha mostrado natural. Yo no he notado nada raro, ¿acaso habéis percibido algo anormal en su conducta vosotras?

Verónica estaba deseando rebatirme y, ciertamente, lo hizo.

—Es verdad que se ha comportado de forma habitual en la mesa…, pero ¿no os dais cuenta de que ese deshonroso hecho ocurre todos los días? Quitaos la venda de los ojos, hermanas. Ha pasado, desgraciadamente, desde que el mundo es mundo. —Tragó saliva y prosiguió—: Tampoco yo quiero pensar que padre pueda cometer un acto semejante, pero madre ya nos habló de ello, dejándonos caer que aquello había sucedido y sucedía en muchas otras familias distinguidas…

Ahora fue Blanca quien, con los ojos casi despegándose de sus órbitas, le recriminó con dureza.

—Mira, Verónica. No voy a estar elucubrando acerca de perversiones u obscenidades que hayan podido salpicar a otras familias de alcurnia. En la nuestra ni ha ocurrido ni ocurrirá, quítate esas impuras ideas del pensamiento, porque no voy a permitir que imagines algo así de padre.

Verónica le miró por encima del hombro, haciendo prevalecer su categoría actual en la jerarquía doméstica: de gobernanta. Sin embargo, Blanca no admitió su altanería.

—Me da exactamente igual que ahora sea a ti a quien le debamos obediencia, y no me importa lo más mínimo que seas la mayor. Lo que

acabo de decir va a misa; no hemos visto nada que pudiera refrendar lo que estás siquiera planteando.

Mi complicidad se ató, sumándose, al hilo de las palabras defendidas por Blanca.

—Verónica, estoy de acuerdo con Blanca, puesto que creo que esta vez lleva toda la razón. Es cierto que rondan por ahí escabrosas historias que han llegado a enfangar a familias como la nuestra, de impoluto renombre, desestructurándolas incluso, y siendo una realidad encubierta tanto de épocas pasadas como en este presente… —Hice una pausa, esperando que mi argumento le calara—. Pero no veamos diablos donde solo ha habido un encontronazo del que ni siquiera sabemos la causa, ¿no te parece?

De repente, se desmoronó. Empezó a sollozar como una niña que jugara aún con muñecas de porcelana; Blanca y yo, sin haber podido ni sabido predecir su súbito llanto, la abrazamos y la arropamos, mientras ella nos susurraba, entrecortadamente, que había sido una estúpida imaginando algo tan sombrío y trascendental —en el hipotético caso de que pudiera ser verdad—. Blanca la acompañó un rato a su alcoba, para que pudiera sosegarse un poco. Yo, en cambio, me quedé en la sala en completa soledad, pensando inconscientemente en todo lo que había brotado, sin parar, de la boca de Verónica.

Abstraída en esos fugaces pensamientos, no me percaté de los lastimeros gemidos que llegaban en oleadas procedentes de la cocina. Cuando se me hicieron del todo audibles, acudí allí, encontrándome a Jacinta totalmente marchita y llorando a pleno pulmón. Por más que insistí, no conseguí sonsacarle nada de nada y, al cabo, se enjugó con la manga sus saladas lágrimas y se volvió para darle vueltas al puchero. Me marché, no sin una congoja que me pinchaba el corazón sin saber por qué. Narcisa era hija de Jacinta y del *yeguacero*, su marido; dicen que las casualidades existen, aunque ya no estaba tan segura de que todas aquellas coincidencias fueran el mero fruto de una casualidad más. Si no, ¿qué otra cosa podía haber provocado el desconsolado estado en el que había hallado a Jacinta, más que algo relacionado con su hija? No obstante, mis labios estaban bordados con cera; no diría nada a mis hermanas, de no ser que aquel espejismo se tornara en cruel realidad.

La centelleante llama que barnizaba las horas vespertinas, aún tendría que seguir arrojando su lumbre hasta alcanzar su broche de opacidad final. Por tanto, fui batiendo mi cuerpo entre plumas ligeras de algodón, porque no aguantaba ni un minuto más tras el claustro que nos confinaba, ahogándonos dentro; porque no soportaba vivir tras la reja forjada de la escalera, que nos asfixiaba a todas; porque mi celda interior era asilvestrada, el encierro la destruía.

Me alejé rauda; esta vez me fui caminando, no iba a montar a Azabache a plena luz de la tarde y con la estricta costumbre del luto a cuestas. Me adentré en la humedad expelida por el bosque, y me quedé unos segundos admirando la grandiosa representación de la montaña.

Mis pensamientos solaparon a mis sentimientos cuando, bordeando la ladera, una voz interior me dijo sin titubear: «Eres como la montaña: explosiva, incandescente y salvaje; su impetuosidad es la tuya. Naciste de sus entrañas, como un arroyo que nunca cesa, como una pendiente que siempre escurre. Eres como la montaña: fuerte, robusta e implacable; su recóndito fondo, al igual que tu temperamento, es desconocido y misterioso, a la vez que palpitante». Y entonces, ese eco silábico e inesperado que acababa de fluir en mí, me hizo remontar cualquier obstáculo que pudiera interponerse entre mis objetivos.

Conforme me acercaba a la falda de la montaña, me aproximaba también al abejar en el que laboraba afanoso mi amado Amancio. Hacía días que no nos habíamos encontrado, puesto que él estaba enfrascado en la recogida, en la cosecha de la miel y la cera. Enseguida me vio, me tomó de la mano y me condujo a la parte de atrás del abejar. Allí, con la túnica puesta ante las miradas ajenas, me besó, polinizándome con su apetecible néctar, y me acarició la espalda y el cuello haciéndome sentir burbujas de pasión que revoloteaban dentro de mí. Oímos el retumbe de lejanas ruedas apisonando la senda de grava, por lo que se apresuró a entrar dentro del abejar, llevándome con él. Ya más calmados, prendió una sartén de mango largo con excremento seco de vaca para formar capas de humo denso y ahuyentar a las abejas, que ya estaban a nuestro derredor.

Me estuvo explicando todas las funciones de la colmena, mientras yo le miraba con el corazón a pleno trote.

Me señaló las arnas, que estaban dispuestas horizontalmente en vigas dentro de la caseta.

—Pronto los zánganos no deseados acabarán pereciendo ante ellas.

Fruncí el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sus ojos moteados de gris me miraron cabizbajos.

—Cuando termina la temporada; es decir, cuando recogemos su producción de cera y miel —levantó el arna para que entreviera las celdillas del panal—, las abejas macho, que se llaman zánganos, ya no les sirven —hizo un gesto de preocupación—, y acaban deshaciéndose de ellos.

Le atravesé con la mirada.

—¿Qué intentas decirme, Amancio?

Se quedó callado, incluso ausente. Le di un empujón, y entonces,

varias abejas batieron sus alas sobre nosotros.

—Vamos fuera o, de lo contrario, podrían acabar picándonos.

Cerró la puerta de la caseta y se quedó un rato observando las briznas de hierba; así que, finalmente, rompí la dura capa de hielo que parecía estar inundándonos.

—No sé qué pretendías decirme antes, pero te agradecería que te explicaras mejor.

Mi tono no debió de ser muy alentador, de modo que respondió:

—No es tan distinta la organización de las abejas a la nuestra. Estos días, mientras cargaba hasta la casa con la cosecha, me he hecho a mí mismo infinidad de preguntas. —Tomó aliento e inspiró—. ¿Qué va a pasar con nosotros cuando te comprometan como a tu hermana Verónica?

Intenté abrir la boca, pero fue imposible; no me dejó hacerlo.

—No, no digas nada. Te lo diré yo —sus ojos habían comenzado a brillar de una manera insólita que desconocía—; te casarás, quizá no encuentres en ese matrimonio convenido la felicidad que buscas, pero no te quedará otro remedio más que resignarte. Y a mí me olvidarás para siempre, como si nunca hubiese existido, como si no fueras la muchacha a la que amo sin pudor, como si nada hubiera ocurrido entre nosotros, como si mi corazón no se hubiera adueñado del tuyo…

Puse mis dedos sobre sus labios.

—Calla, no digas más tonterías. Sabes que te amo con una locura que borbotea dentro de mí. El futuro es incierto, pero ahora nos tenemos el uno al otro, no lo desperdiciemos, Amancio. Te amo, y pase lo que pase, seguiré haciéndolo toda mi vida. Solo a ti te regalo mi corazón.

Las palabras se disolvieron solas, dando lugar a los abrazos, que engullían llamaradas; al tacto, que nos encendía la piel; a la chispa de los sentidos, que notábamos rozar en nuestros fluidos interiores. Allí, detrás del abejar, escuchando de fondo el revolucionado zumbido de las abejas, con el néctar de su miel paladeando entre nuestros tórridos besos y notando su incesante revoloteo sobre nuestros cuerpos entrelazados, que se encadenaban conquistándose; allí, tendidos sobre el confortable colchón de hierba entreverado por parcelas de musgo, asentado a su vez entre la refrescante lámina propiciada por los helechos, decidí abrir mi virtud esmerilada al jugo cálido de mi Amancio. Me estremecí, llenándome de un placer mágico y fogoso, enigmático hasta el momento, cuando Amancio derrochó en mis íntimos laberintos todo su palpitante e hirviente amor. Fue un auténtico caudal de sensaciones nunca sentidas, que me dejó exhausta al calor de sus brazos y henchida toda de él.

Había cometido el más impúdico y peor de los pecados que podía realizar una señorita, y de alta cuna, como era yo; la deshonra me

había atravesado, ya los canales de la virginidad se habían desvanecido para siempre de mi flor, de mi cuerpo. Rota estaba esa acristalada protección que debíamos guardar con celo todas las muchachas hasta el pase por el altar y, sin embargo, no me arrepentía; porque jamás en toda mi vida me había sentido tan dichosa, tan viva y tan completa junto a Amancio. Jamás mi corazón se había agrandado tanto, albergándole a él. Jamás la sima de mis entrañas había rebosado tantas emociones agitándose como en ese instantáneo instante, en el que invencibles ríos de amor irrigaban todos aquellos anhelos que recorrían, con un fervor inaudito, la profundidad inhóspita de todo mi ser.

20

BOSQUES PREPIRENAICOS ARAGONESES. INVIERNO DE 1866

La enagua ribeteada que pronto traería la negra estampa de la noche, tiñéndonos de plata con su centelleante encaje, nos sumiría, asimismo, entre las vainas de una tenebrosa penumbra, haciendo de casi cada rincón de la casa un enigmático secreter. Era precisamente ahora, en estos meses gélidos en los que el invierno penetraba y nos cortaba cual afilado cuchillo, en los que nos gustaba lucir vivos colores adornando los ricos tejidos de nuestras sayas exteriores. Sin embargo, esta vez, no habría una sola mota de brillo que esmaltara el vuelo de nuestras faldas; no podíamos despegarnos de las tonalidades oscuras, frías como el hielo que colonizaba el río y esculpía nuestros apagados sentidos, insuflándonos los acordes de una tristeza en la que todo aquello que nos rodeaba se convertía, inequívocamente, en una lánguida tiniebla. Y es que la casa se marchitaba, anteponiendo su aspecto lúgubre allá donde posáramos la mirada. Estábamos en pleno diciembre, los días se iban recortando al máximo y enseguida nos recorría el negro recinto del crepúsculo escarpado. Entonces, era la hora de las lámparas de gas, que chispeaban titilantes por cada ínfima esquina y en cada estancia del casal. Pero era una luz bastante tenue en comparación a la natural del día: aunque de mayor amplitud, intensidad y potencia con respecto a las velas, y casi milagrosa en torno a la iluminación existente en siglos pasados, era insuficiente en nuestros amplios compartimentos; solo con alejarte unos cuantos pasos, la oscuridad te recogía, invadiéndote, acechándote. Por eso nos gustaba vestir con una gama de tonos particularmente fuertes: rojo, morado, azul…; así contrarrestábamos la escasa luminosidad que nos ofrecía la luz artificial, cuyos destellos se proyectaban alrededor de la mesa y en las proximidades.

Ahora, teníamos que regirnos por el crespo sonido que producían nuestras ropas al movernos; ya no podíamos agudizar el infalible sentido de la vista, que se mermaba entre la profusión de grises: los que albergábamos nosotras y los que pintaban el desasosiego de estos días brumosos, calando y entumeciendo los huesos hasta llegar al mismo tuétano o, con mayor énfasis, empapando de arroyos congelados las vertientes de mi frágil corazón. Ya ni siquiera la tibieza

del otoño estaba presente en mis cúspides interiores, esos atardeceres con la esfera candente impregnando los bosques y recortando las cumbres de la montaña, quedaron atrás; ya el difuminado friso bermellón, en espectacular amalgama con ocres y naranjas fundiéndose entre las izadas copas de los árboles, quedó definitivamente resguardado en los armarios de un momentáneo olvido; ya el vigor alado de cuantos pájaros sedientos de atravesar vías celestes vinieron, marcharon con el vapor migratorio hacia lugares de mayor calidez que este refugio boscoso; ya los incontables insectos con los que convivíamos, dejaron de batir sus cuerpecillos al devastador cierzo que nos atrapaba de cuando en cuando, así como también dormían su letargo nuestras abejas custodiadas por Amancio; ya los ecos del bosque prepirenaico se habían apaciguado, amortiguándose lentamente en sus tupidas y confortables madrigueras.

Llevábamos varios días encerradas en la casa porque había nevado copiosamente, instándonos a permanecer en esta isla apelmazada hasta que amainara el temporal. No obstante, todas sabíamos que los rigores del invierno nos solían mantener, de forma habitual, confinadas tras los insalvables barrotes que conferían a esta verja dorada un aire de prisión disimulada. Por supuesto, todavía nuestra condición de luto, guardando la compostura, el recato y el decoro por un ser querido tan principal como fue nuestra propia madre, sostenía tanto nuestros más hondos sentimientos como las más profundas divagaciones de nuestra mente en estricta vigilancia, y, por tanto, hiciéramos lo que hiciéramos había de ser supervisado bajo el alero de este odioso claustro que nos imponían; nunca al otro lado del arco que embellecía el portón.

Supe que las arandelas de mi corazón se habían desbocado por completo por cada uno de sus ojales; aquellos que me unían trenzándome a mi Amancio con un fervor inusitado e impulsivo que era incapaz de saber ni poder controlar. Me sentía desfallecer por él, me encontraba abatida sin notar su aliento hormigueando en mi cuello, reviviendo mis ansias de tenerle cerca; sin su consuelo y la llama explosiva de su abrazo, anhelando sus susurros; y sin vibrar excitada ante sus lamidos de placer, deseando como nunca que mis pétalos volvieran a rociarse con el caudal de su lluvia volcánica.

Desde aquel insólito día de verano en el que el más envolvente y apasionado de los placeres carnales arribó, para quedarse, en los raíles de nuestro irrefrenable e irrompible amor; fue desde ese mismo instante en el que creí habitar el edén junto a las aves del paraíso, en el que descubrí que lo prohibido residía en la copa del mejor licor, y en el que entendí que la castidad femenina y el deseo impuro solo eran artificios inventados por los hombres en su propio beneficio (en realidad, y para ser sincera, todo esto tardaría muchos más años en

comprenderlo en profundidad. Aun así, en aquel entonces, me salté las reglas como jamás se habían atrevido a hacer mis hermanas); fue justo, pues, desde ese fugaz momento en el que el ardor más intenso se apoderaba de toda mi alma henchida, que hube de guardarlo en la esencia de mis más emotivos y resplandecientes recuerdos.

Luego solamente notaba la embriagadora brisa de su voz suspirar entre las curvas y contornos que jalonaban mi cuerpo en noches serpenteadas de mágicos relámpagos, cuando se entrometía en mis sueños: desde luego, era allí el lugar del que no podían arrebatármelo. Pero, por el día, las lágrimas colgaban, constantemente, al abrigo de mi débil palpitar. Era realmente como si fueran torrentes desbordados que, a su vez, quisieran sembrar el monte de insípidos gemidos, imposibles de ocultarse tras los rápidos del río. Sentía estar abundando en un estado perpetuo de hibernación, donde la espesura de la nieve había ido formando corros en mis desconsolados adentros, los cuales lanzaban sus lamentos; pero nadie los escuchaba, nadie más que yo y mi continuo pesar.

El tedio había regresado a estas paredes, acumulándose sin tregua detrás de las enseñanzas de doña Adelfa, que había vuelto a la carga aleccionándonos con sus restricciones y esos manuales de urbanidad que me sacaban de quicio.

¡Madre mía! No podía pensar siquiera qué pasaría si ella conociera ciertos hechos, si ella supiera…

En fin, no habría de saber jamás.

Asimismo, la preparación del ajuar nos tenía entretenidas por las tardes (aunque a mí, más bien, me mantenía ausente, absorta y volcada en una larga red de pensamientos impíos). Desde luego, por mucho que Verónica aún quisiera acabar recluida en un convento, no veía qué diferencia podía encontrar viviendo entre estos muros, que yo cada día que pasaba soportaba menos. Me dolía, como un puntiagudo aguijón, en lo más hondo del alma, del corazón y del espíritu la distancia que tenía que guardar con Amancio. No aguantaba esa impenetrable concha calcárea con la que había tenido que reforzar, obligadamente, a mi hirviente sentir.

Había visto hace unos días, al cabo de un rato del crepitar del alba, a un ave de estos lares que siempre me había llamado la atención. Era un zorzal común y lo avisté en plena faena: había aprendido a romper la cáscara del caracol al tiempo que la golpeaba con una piedra, erosionada ya por el propio pájaro. Entonces, ante tan inusual conducta, me pregunté: ¿no había revestido yo misma de piedra caliza las aristas de mi interior, profundizando hasta sus límites, y luego había acabado fracturando su calcárea envoltura, llegando a raspar mis propios latidos?, ¿no había cuajado dentro de mí esa sólida capa como si se tratara de una roca maciza, y después la había deshecho,

alcanzando el centro mismo del engranaje que rodaba y me daba vida?

Obviamente, la respuesta era afirmativa, pero no podía hacer otra cosa que tragarme mis aflicciones y chuparme la costura abierta de mis heridas; porque, hasta que pudiera volver a escapar con los chorros del buen tiempo, Amancio estaría siempre a dos pasos de mí. Observándonos mutuamente desde puntos ligeramente alejados entre sí, sin poder hallar el modo de que nuestro efusivo arrebato de frenesí consiguiera flotar en el ambiente, todo lo contrario: los dos actuábamos en nuestro papel asignado por otros: él, como un deferente y cortés sirviente; yo, como una ociosa señorita de alta condición social. No lo podía negar, era un amor condenado por todos, abocado a vivirlo en el más oculto de los secretos.

Ensimismada como estaba al albor de la tela de araña que bordaban mis pensamientos, apenas escuché la voz de Verónica, que acababa de postrarse a mi lado.

Me miró con ira.

—Azucena, pero ¿en dónde estabas ahora? Siempre pensando en las musarañas… ¿Es que no me escuchas?

Le presté todo el interés posible, antes de obtener el consabido reproche de su parte.

—Te decía que padre acaba de despedir a Narcisa, y ni Blanca ni yo sabemos por qué ha tomado esa drástica decisión con ella.

Mis ojos le mostraron mi desconcierto.

—¿Qué me dices? Pero si es muy buena muchacha, siempre cumple con su deber y hace todas las tareas que se le encargan sin rechistar.

—Estoy de acuerdo contigo, Azucena, pero, entonces, no entiendo nada. ¿Por qué razón la habrá puesto padre de patitas en la calle? No andamos muy sobrados de servicio, la verdad sea dicha.

Me quedé un rato pensativa. Tampoco yo comprendía la actitud que había tomado mi padre con la pobre moza, que iba a quedarse igual que tantas familias menesterosas que me seguían recordando, agriamente, a la inocente niña tristemente fallecida el año anterior; y fue aquella imprevisible impotencia que, al regresar, noté cómo me rasgaba las vestiduras sin poder hacer nada más que lastimarme. También nos acordamos de nuestra cocinera: Jacinta, su madre, y fuimos las tres a ver si lográbamos que soltara prenda. Sin embargo, todo fue inútil, se cerró en banda y nos dejó igual que estábamos, por lo que la duda continuó pululando sobre nuestras cabezas mucho tiempo después.

Aun así, parecía que el Señor no nos iba a mandar las desgracias solas, tenían que venir con compañía. Todavía cavilábamos sobre la incoherencia cometida por mi padre hacia Narcisa, cuando entró en la

sala Melisa, toda acalorada y con el rubor maquillando sus mejillas, para comunicarnos que mi hermano Evaristo lloraba a moco tendido y era incapaz de succionarle el pezón para poder mamar.

Subimos a su alcoba con la rapidez del rayo y, con presteza, después de haber tocado su frente, que ardía como un ejército de candeleros encendidos, me dirigí a Melisa rotunda.

—Melisa, haz el favor de bajar a la cocina y decirle a Jacinta que mire a ver si tiene en la alacena algún brote de espino negro. Que lo hierva y me lo traiga cuanto antes.

Mis hermanas me observaron atónitas. No teníamos tiempo de más explicaciones, así que les espeté:

—Qué hacéis ahí paradas como dos bobas. Id preparando paños de agua fría, se los aplicaremos en la frente. Venga, vamos, ¿a qué estáis esperando? El tiempo corre en nuestra contra…

Blanca me quiso insinuar algo.

—Pero ¿cómo sabes tú que esas hierbas le repondrán? ¿No sería mejor, y lo más prudente, que avisáramos al doctor?

Sin levantar la mirada del pequeño Evaristo, le respondí de manera contundente.

—Tiene una fiebre altísima. Entre que viene el médico y no, intentaremos bajársela con los remedios de toda la vida… —Clavaron sus ojos en mí totalmente perplejas—. No me miréis así —su incredulidad se evidenciaba en sus rostros. Asombradas, ambas enarcaban las cejas ostensiblemente—, lo leí en la biblioteca de padre al consultar unos dibujos de unas flores poco comunes que tenía la intención de ilustrar. Luego os lo explico con los detalles oportunos. Pero ahora, por favor, confiad en mí.

Lo hicieron y, por primera vez en esta longeva familia, me sentí útil y valorada. Al cabo de un buen rato, cuando apareció el doctor, la fiebre ya había remitido lo suficiente gracias a la acción de mis tradicionales plantas medicinales. Tanto que, incluso, hasta este hombre, arisco y parco en palabras, sobre todo, al platicar con las mujeres, me dio una breve palmada en el hombro como gesto aprobatorio, con el requerido respeto, por supuesto.

Al día siguiente, Melisa pudo amamantar con total normalidad a Evaristo, puesto que la fiebre había desaparecido por completo. No obstante, no era un bebé rollizo como cabría esperar, ni mucho menos, y empezaba a preocuparme, ya que hasta los tres años los ojos de niñas y niños se abrían a este mundo terrenal casi tanto como al otro; a ese que era intangible y en el que ya moraba mi madre y todos nuestros antepasados.

Aquella noche solapada en una laguna reposada de estrellas, soñé; soñé que mi falda volaba y salía etérea a través del hogaril, liviana traspasando la *chaminera*, y que luego se fundía en los contornos de un

cielo rojo, libre de ataduras; soñé que el bombeo carmesí de mi corazón se fusionaba con él, por él y junto a él, en sus surcos más íntimos.

21

ALTOSPINOS. REPTANDO POR LA PRIMAVERA DE 1867

Por fin, el inmenso lago de la vida irrumpía en nuestras apagadas existencias, sumergidas inexorablemente entre el mudo letargo de los días de invierno. Las cumbres de las montañas se derretían entre un rey diurno que caldeaba, todavía con la tibieza de su trono entre nubes ambulantes, sus vastos relieves. Grandes volúmenes de agua cristalina resquebrajaban las losas de hielo inertes, que nos habían mantenido bajo su frialdad y su rigidez durante aquellos meses interminables. Ahora los pesados bloques se quebraban sin mirar atrás, desperdigando su contenido a través de luengos arroyuelos, que retornarían en sus fondos el vigor inusitado de las múltiples formas de existencia que hacían, de este enigmático espacio, su singular hábitat.

Mientras las aguas del deshielo barrían las oquedades del monte, vertiendo resquicios de vida silvestre en cualquier distante tramo de los, hasta ahora, cenagosos e impracticables caminos; mientras todo a nuestro alrededor silbaba con los quejidos de la naturaleza, nosotras renacíamos, regresábamos al mundo exterior tras las inamovibles cortinas que habían tejido con seda los días nevados.

Puede que en otros lugares los círculos sociales que frecuentábamos a menudo, dentro de nuestro rango de infundada exclusividad e injusta exclusión, prosiguieran con sus actividades sin apenas alteraciones cuando los rigores de la estación fría se hacían notar. Aquí no, aquí la vida se hacía de puertas para dentro cuando el clima se tornaba insufrible, espoleándonos con su furia como un cortante látigo. El espeluznante —aunque hermoso en demasía— desierto blanco acababa rodeándonos, y hasta nuestros criados realizaban la mayoría de sus labores dentro de la casa o, cuando no era posible, lo más cerca que podían de este hogar que les albergaba. Había noches en las que el chirriante y reiterado aullido de fondo proveniente de la montaña, que, incluso, nos daba la impresión de que la hacía crujir, nos mantenía completamente en vela a mis hermanos y a mí. Deberíamos estar acostumbrados, pero era realmente difícil conciliar el sueño con ese aterrador murmullo susurrante: el que nos anunciaba que un indomable viento rebasaba la montaña, arrancando con fiereza todo aquello que encontraba a su paso, y eso que en estas

tierras no nos exponíamos a su terrible desmoronamiento, tal y como ocurría en cimas nevadas de gran altitud. Creo que no conseguiríamos adaptarnos nunca al ímpetu de su ira; aunque el eco retumbante procediera de la lejanía, aunque supiéramos que la distancia que nos separaba era abismal y, por tanto, estábamos seguros bajo el techo que culminaba el casal.

Cuando retornaba la primavera, sentía que se producía una ruptura de enormes dimensiones en multitud de aspectos que nos concernían. Era como si apareciera el hilillo de una voz interior soplándome al oído que las impenetrables horas del silencio, se habían vaporizado de súbito; que los inquebrantables umbrales de la casa se habían diseminado, abriéndose de repente; y que el entorno bellamente dormido, se había despertado de un sobresalto. Era increíble la cantidad de momentos idóneos, verdaderamente placenteros, que nos aportaban las estaciones colmadas de rebosante luz a mis hermanas y a mí (los varones jamás osaban paralizar sus asuntos; ya fueran familiares o relacionados con los negocios, ellos continuaban con su trabajo en lo alto de la pirámide y sin conocer reclusión alguna, aun con un tiempo más que adverso). Quizá mis hermanas no fueran tan conscientes, pero los meses de invierno nos atrapaban, mucho más todavía de lo que normalmente ya nos inducían a las mujeres, cerrándonos, cada vez más fuerte y con mayor saña, los lazos que ataban nuestros corsés. (Durante unos cuantos lustros me he cuestionado qué compleja razón habría para someternos de un modo tan ruin y desproporcionado. Nunca he llegado a ninguna respuesta certera. Mi mente no ha podido discernir un motivo concreto. Sin embargo, sí que he encontrado una palabra sencilla que ha rondado por mis pensamientos como si fuera la clave resolutiva de esta elaborada encrucijada: poder. Creo que se trata del poder por ambicionar, por ostentar más y por afianzar la supremacía, el hecho por el cual los hombres se aferran a su propósito de hacernos ver inferiores. Un hecho que, sin lugar a dudas, es totalmente falaz y erróneo, y no tiene ningún sentido cuando somos nosotras, mismamente, las que, además de velar porque ellos crezcan sanos, les proporcionamos sus primeras enseñanzas —aunque sigamos arrastrando, como una pesada losa, un más que limitado acceso a la educación—; somos nosotras quienes les transmitimos los valores culturales: los que usan después para completar su aprendizaje y acabar posicionándose en la cúspide del mundo, olvidándose de que fueron sus educadoras, sus progenitoras, quienes iniciaron sus conocimientos intelectuales, inculcándoles moral y sabiduría a partes iguales).

Habíamos pasado de un otoño que había resultado ser inusualmente seco —cuando, normalmente, sus meses solían estar

mecidos por la rueda espolvoreada de un volumen bien surtido de agua— a un gélido invierno donde hacíamos transcurrir la lenta letanía de las horas, afincadas de continuo al lado del calor humeante del hogaril. Estos días, el cielo había querido llorar todas aquellas cascadas que habían quedado suspensas en la estación de los terrosos colores. Y hoy, al fin, el intermitente repiqueteo de la lluvia nos estaba dando una tregua. Por ello, no lo dudamos ni un mísero segundo, y aprovechamos al máximo la tarde canalizada por los enérgicos rayos solares, yéndonos a pasear por las verdes riberas del río, recién fecundadas. Me habían acompañado solamente Blanca y Camelia, ya que Verónica había preferido dejar la caminata para otro día. Continuábamos todavía de riguroso luto, pero como pronto entraríamos en el tiempo de alivio y no nos íbamos a adentrar mucho en la umbría del bosque, se nos había permitido salir a tomar la armoniosa brisa de la tarde.

Las aguas del río Regal fluían cristalinas y puras formando el torbellino de las corrientes, y Blanca y yo nos habíamos quedado ensimismadas observando el claro reflejo que nuestros rostros devolvían a la fluctuante superficie.

Me giré hacia ella y divisé su esmeralda mirada refulgir de inmediato hacia mí.

—Quizá nunca lo haya verbalizado, pero siempre he pensado que el espíritu de madre irriga las entrañas de este río.

Blanca se santiguó casi escandalizada, mientras Camelia estaba absorta a mi lado, como si no fuera capaz de escucharme o como si su mente navegara a cruceros de distancia.

—No mentes a madre, Azucena. ¿No ves que aún falta un mes para el primer aniversario? A lo mejor, sigue vagando entre nosotras…

Mis ojos melosos se tornaron blancos, aunque, por si acaso, también yo hice la señal de la cruz en mi frente.

—Lo que quiero decirte —inspiré aire limpio antes de proseguir—, es que nosotras somos igualmente dos gotas de agua, nacidas de ella. Mira el río. —Unimos nuestras cabezas y nos vimos ondulando en su prismático cristal—. ¿No ves que nos parecemos? Sobre todo, me refiero interiormente. Sé que somos muy distintas, tanto como la luz de la luna y el fulgor del sol…

Mi hermana no pudo contenerse ante mi espontánea comparación, y se rio a carcajadas y sin disimulo alguno, interrumpiéndome.

—No sé por qué razón me ha causado tanta gracia tu argumento. De alguna forma, creo que en el fondo estás en lo cierto. —Se quedó unos instantes pensativa; después se aclaró la garganta y continuó—: No te he comentado nunca nada, pero comparto esa sensación tuya. Nuestras ideas sobre las cosas que nos atañen o sobre el mundo en general, suelen ser opuestas al igual que nuestras reacciones. En

cambio, te conozco mejor que nadie e intuyo que es un sentimiento recíproco —asentí con la cabeza—; pero nunca he logrado saber lo que está tramando Verónica. ¿No te pasa a ti lo mismo?

Blanca sería un año más joven que yo; no obstante, su mente daba visos de fraguar ya una madurez adulta.

—Pues claro que me ocurre. Verónica se cierra en banda cuando le interesa ocultarnos algo en particular. Y contigo no me sucede, nos compenetramos a la perfección.

No hubo más palabras, nos abrazamos como si todo el universo que allí se esclarecía, hubiera desaparecido, disolviéndose en nuestro derredor. Ni siquiera la presencia de Camelia violentó nuestro abrasador abrazo. Blanca y yo seríamos dispares en muchos sentidos, tanto como la tierra yerma frente a un fértil terreno; tanto como un pozal de agua apagando un devastador fuego; tanto como el alto pino negro junto a un pequeño arbusto; sin embargo, coexistía entre nosotras un nudo de suntuosa seda que nunca se deshilachaba, y que daba sus indelebles puntadas arrimándonos más y más la una a la otra. La urdimbre, forjada en mí y ensortijada con ella, permanecía intacta en el iridiscente brillo de nuestras siluetas, que el río Regal barnizaba en nuestros solapados corazones.

Justo después, comenzamos juntas a curiosear entre los reverdecidos brotes que rellenaba la primavera, surtiéndolos con las inconfundibles primeras florecillas que germinaban en el Prepirineo. Esos anhelos que cobijábamos las dos eran comunes: su prodigiosa memoria alcanzaba a saber asignarles, en todo momento, su preciso nombre científico en latín, así como su atribuida traducción al castellano; la difusión de mis trazos y perfiles sombreados las enmarcaban, inmortalizándolas en láminas enfocadas bajo mi genuina perspectiva. Esculpir sus suaves contornos llenaba, hasta desbordar, mis sentidos. Era rebuscar en mis planicies interiores, para hallarme a mí en el centro de la esencia que mi propio ser guardaba; para poder encontrar un instinto de supervivencia que me mantuviera ausente del mundo exterior y a flote conmigo misma.

Cuando decidimos volver a casa, Camelia iba sonriendo sin motivo. Parecía que hubiera jurado su voto de silencio y fuera a traspasar las murallas de un convento, ni siquiera habían salido de su boca dos palabras seguidas mientras estuvimos a la orilla del río. Había estado callada y, sin embargo, la comisura de sus labios dejaba entrever una débil sonrisa que no se le quitó en todo el rato.

Intuía a qué se debía su estado. Últimamente, su agilidad mental para situarse en las nubes empezaba a ser bastante habitual. Ella no sabía que yo conocía su impronunciable secreto. El pasado invierno, un día de aquellos en los que no aguantaba el encierro, mientras mis

hermanas se habían retirado tras la comida a sus alcobas, yo estaba al pie de la escalera labrada cuando escuché unos extraños ruidos procedentes de los establos. Me intrigó tanto aquello que, aprovechando que mi padre había salido por un asunto relacionado con los negocios, me atreví a entrar, como una vulgar ladrona, en su misma alcoba. Me apresuré a levantar la trampilla del suelo entarimado (mi padre vigilaba con frecuencia a los mozos desde este hueco prepotente de poder que mandó realizar en su alcoba, para tal propósito. No era algo que, exclusivamente, hubiera hecho solo mi padre, sino que en otras casas de similar alcurnia también utilizaban este método), y lo que vislumbré ahí abajo me sorprendió sobremanera, dejándome atónita. Camelia retozaba entre el heno esparcido con Braulio: un leñador que en la época de invierno nos suministraba la leña de la serrería y nos la depositaba en la puerta de la casa. Enseguida salí de allí, no estaba dispuesta a querer ver nada más. Por un momento, me recordaron a Azabache cuando montaba a alguna de las yeguas con el fin de que la preñara.

Desde luego, ya no era la única pecadora de la casa; claro que, en mi caso, era toda una señorita perteneciente al rango de la baja nobleza; una señorita con privilegios, pero que, no obstante, tendría que dedicar sus días a la absoluta obediencia del esposo que le eligieran, así como a la dulce maternidad y crianza: emperatriz del hogar amurallado. (A esas alturas de mi vida, por muy joven que fuera aún, sabía que ese no quería que fuera mi destino. Mi vibrante horizonte tenía que ser aquel en el que estuviera arropada y abrigada por los brazos de Amancio; solo los suyos, de nadie más que de él, aunque tampoco conocía la fórmula mágica o el modo real de hacerlo posible. Proveníamos de universos en constante colisión, y era algo que ya sabía bien entonces; aun con todo, y a pesar de ser consciente de ello, rechazaba completamente ese amargo y acre futuro que me estaba predestinado por mi posición social y mi condición femenina, y no iba a tolerarlo).

Un rato más tarde, entrábamos en casa. Me quedé mirando detenidamente la *chaminera* troncocónica que, con su reconfortante calor, nos había evitado los sabañones que les salían a los sirvientes durante el crudo invierno. Como un repentino relámpago, vinieron a mi pensamiento las niñas y los niños que sufrían los embates del pauperismo. ¿Cómo habrían sobrevivido a la dureza del frío vistiendo míseros harapos, y cuyos pequeños pies descalzos anduvieron por las calles sucias de nieve y barro? Deseché aquel pensamiento con la misma rapidez con la que había aparecido. Presentía la plaga de las enfermedades rozando sus desnudos talones; por ello, me deshice del horrible presentimiento, el cual, inevitablemente, trajo a mi mente y a las vertientes de mi palpitar una sangrante cicatriz: aquella pobre niña

que no pudo superarlo.

Al día siguiente, también el sol nos obsequió con un tiempo apacible, que quería recorrer cada hilera transeúnte del día. Parecía que el reguero de tormentas nos iba a dejar, a Amancio y a mí, completar nuestra particular tempestad: aquella que explotaba en laderas de ardiente lava. Me achaqué los dolores de una ligera indisposición para poder excusarme y retirarme a la alcoba. Una vez allí, salí sigilosa con los zapatos en la mano (en esa época del año, la mayoría de los días ya no hacía falta meterlos dentro de los *zuecos-abarqueros* al andar por los caminos), y bajé de puntillas por la escalera. Me paré al escuchar a mi padre conversar con alguien dentro del despacho, y agucé mi oído para saber qué era lo que comentaban y cuánto podía durarles la conversación.

La voz de mi padre sonaba arrogante.

—No creo que sea nada alarmante. Hemos sobrellevado situaciones peores, y en este pueblo nada ha cambiado ni cambiará. Las riendas siempre las sujetamos nosotros. Así ha sido desde el principio.

Oí un solemne carraspeo y, acto seguido, el tono rasgado de otro hombre fluyó entre ellos intentando rebatir las firmes afirmaciones de mi padre, y haciéndose audible tras el marco de la puerta.

—Estoy de acuerdo con usted, don Abelardo. No obstante, las continuas e indisimuladas idas y venidas de la reina están dando mucho que hablar. Por no decir del constante despilfarro que está en boca de todo el pueblo.

—Mujer y niña. Esa fue una mala decisión para entronizarla. Aun así, no creo que la soberana sucumba y el orden se desbarate…

Claramente, aludían al —en muchas ocasiones desequilibrado— reinado de Isabel II, quien ahora ocupaba el cetro de la monarquía. Hasta yo misma, bastante ignorante en lo que a política se refería, era testigo de la imperante inestabilidad, así como de los reiterativos devaneos de la monarca, que corrían airosos como una culebra por los pasillos de la corte, y de ahí, a través de la lengua inquieta de su camarilla, empapaban de habladurías al resto de la gente de una punta a otra, desde nuestros altos escalones, pasando por la grada de la burguesía, hasta acabar solapando sus rumores en la vida campesina. A mi entender, quizá fueran infundados y difícilmente socavarían el poder de la reina: inviolable ante el ojo omnipresente de Dios y de todos nosotros, que velábamos por su cumplimiento y siempre estábamos a su disposición. (En aquel tiempo —ahora ya destilado por el implacable ritmo de los relojes—, habían inculcado en mi comportamiento y conducta esos valores de respeto y obediencia tan arraigados. Con todo, ni siquiera en aquel ayer de mi memoria, creía realmente en esos inamovibles conceptos que daban lustre a

nuestra familia; conforme las horas fueron acumulando polvo y arrugas en el péndulo oscilante del velado porvenir, comprendería en amplitud que el faro de la sociedad tenía que alumbrarse con un único foco: el de la transformación y una prosperidad basada en las oportunidades. Aunque también supe, desde que tuve raciocinio, que las raíces podridas eran muchas veces insalvables, así como las cosechas malogradas suponían obstáculos prácticamente imposibles de ser derribados; una teoría existente, e inmoral, que se llevaba a la práctica desde que el gran orbe contenido de vida, el mundo, rotaba sobre su eje).

No pude escuchar más. Ante mí tenía plantada a Camelia con ganas de reprimenda; su cara contraída y su entrecejo fruncido me lo transmitían con nitidez. ¿Cómo se las habría ingeniado para aparecer de repente, sin dejar que un solo ruido se armara entre las volutas del aire envolvente? Seguramente había estado tan concentrada escudriñando las sutiles palabras que se escapaban etéreas del despacho que, probablemente, las pisadas de Camelia se hubieran convertido en un sordo movimiento.

—¿Adónde pretende ir, señorita Azucena? Le he pasado ya muchas, pero, al final, voy a tener que dar cuenta de lo que hace a su hermana Verónica. De estas frecuentes salidas suyas…

Le corté tajante.

—¡Ah!, ¿sí? Pues entonces, yo daré noticia de tus fugas clandestinas con Braulio, el leñero.

Se puso roja como una baya, y bajó la mirada hasta clavarla fijamente en el suelo.

—Ya no somos unas niñas, Camelia. No nos comportemos como tales. Te aprecio mucho, más que a cualquier otra sirvienta; lo sabes más que de sobra. Pero no me pongas a prueba, porque la que vas a perder vas a ser tú.

Sin levantar la vista del último peldaño de la escalera, me dijo:

—No era mi intención acusarla de nada. —Se persignó con denotada convicción—. Dios me libre, señorita Azucena.

—Por supuesto que no. —Ya lo decía mi madre: tendría que mantener las distancias—. La que da órdenes y manda en esta santa casa, soy yo. Grábatelo en la cabeza y nunca jamás lo olvides. Me debes absoluto respeto.

—Sí, señorita, se lo debo. —Había empezado a titubear y se notaba su arrepentimiento. — Discúlpeme, se lo ruego.

Aun así, me acerqué a ella, llegando incluso a intimidarla.

—Está bien. Pero quiero que sepas que te he visto haciendo cosas impropias…—aproximé mis labios a su oído y, suavemente, le susurré —: ya sabes a qué me refiero, con tu fogoso Braulio. —La observé después con ojos desafiantes—. Ahora mismo podría comunicárselo al

amo y acabarías mendigando limosna, tal como le ha debido de pasar a tu amiga Narcisa. ¿Es eso lo que quieres?

—No, ¡por Dios bendito!, claro que no.

Se arrodilló a mis pies, suplicándome y con tristes lágrimas colgando ya de sus apagadas pupilas. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que había hecho. Había actuado como la loba de ojos verdes; había defendido mi posición junto a Amancio (porque estaba segura de que Camelia sospechaba a dónde y con quién iba) como esa loba de hermoso pelaje. Y, para ello, había hecho que Camelia me viera, por primera vez en mi vida, como si de verdad fuera superior a ella, con poder para mover cada uno de sus miembros igual que a una maleable marioneta de trapo —algo inaudito, vergonzante y terrible en mí; algo indudablemente falso—, y era precisamente de ese modo como mi madre me había aconsejado que debía actuar, tantas y tantas veces. Nunca le hice caso, hasta aquel mezquino día.

Esa tarde, mis palabras se convirtieron en hielo. Me fui corriendo, desesperada, en busca de Amancio. Volvíamos a reencontrarnos después de varios meses de ausencia y enquistada añoranza y, sin embargo, solamente pude desahogarme ladeando mi cabeza en su fornido pecho. Mis lágrimas rodaron como grandes cataratas lanzadas al seno de una sima sin fondo visible, escurridas en ocultos arroyos y recorridas por el corrosivo dolor que acababa de tintar mi corazón de oscuridad; una opacidad que jamás creí que fuera capaz de resurgir en mí, resucitada por un linaje que había controlado las leyes de la jerarquía, situándose, una generación tras otra, en el vértice piramidal.

Había sido apenas un instante de ira contenida, descontrolada; en cambio, no volvería a ocurrir: el arcaico molino tenía que girar; era menester que levantara sus aspas y removiera, renovando, las brisas resecas de antaño; era imprescindible que no se detuviera, no podía quedarse parado dejando que la tribuna continuara en su sitial. Podía formar parte del tallo que rellenaba cada veta de mi estirpe, era un hecho irrefutable; pero no doblegarían mi voluntad obligándome a extender una vara hacia los más vulnerables. No volvería a utilizar mi apellido Villaserbal como voz autoritaria y déspota; no, a partir de entonces y hasta el resto de mis días, sabía, segura de mí misma, que no habría de cometer de nuevo un error de tal calibre si quería vivir con la conciencia en mansedumbre. Nací refugiada entre el tapiz de las sedas; sin embargo, y en contra de todo pronóstico, estaba dispuesta a dar esperanza de asilo a aquellos que vinieron a este mundo en auténtica desnudez.

22

RELIEVES DEL PREPIRINEO ARAGONÉS. TRANSCURRIDAS DOS SEMANAS

El espléndido globo solar que enaltecía las horas dibujadas por el día, hacía penetrar a raudales, por la ventana del comedor, sus finos rayos dorados, que titilaban en torno a la mesa lanzando su mosaico de luces y sombras, a la vez que cegaban mi mirada justo cuando entré dispuesta a sentarme a catar un buen desayuno. Si el buen tiempo, que parecía estar dándonos tregua, continuaba sin cambios durante toda la mañana, iba a necesitar la energía de un delicioso chocolate, acompañado, como no podía ser de otra manera, de los exquisitos *farinosos*: tortas de miel que se iban deshaciendo en el paladar; todo para poder afrontar aquello que tramaba y que estallaba dentro de mí como nunca antes había sentido, sin poder contener unos impulsos que se habían convertido en indomables.

Justo cuando las criadas habían empezado a servir el chocolate en las tazas de fina porcelana y a traer los dulces en las bandejas de plata, mis ojos escrutaron un segundo los de Camelia, que solían albergar un halo triste dilatando sus pupilas; fue un solo instante que voló con premura. Sin embargo, había sido suficiente para hacerme retornar a los arcones ocultos de mis recuerdos que, aunque cercanos, intentaba no rememorar; para devolverme al fatídico día en el que me sobrepasé con ella, lastimándola sin querer. Fue un momento de debilidad en el que ostenté mi posición —aquella que me designaron desde que fui alumbrada, sin permiso alguno—, haciendo uso de la misma por una única vez (desde luego, no se repetiría tal quebranto). En ese fugaz momento, estaba completamente enojada: la ira me vendó los pensamientos, que acabaron trastabillando en los hoyos del sinsentido; un acceso de cólera invadió mi razonamiento, nublándolo y demoliéndolo en pos de unos prejuicios instaurados desde la etapa infantil, que intentaba desechar. Juzgué erróneamente a Camelia, pero no volvería a pasar. Ella, que había sabido guardar hasta la última de mis confidencias; ella, que había constituido, en multitud de ocasiones, mi empapado paño de lágrimas; ella, que, aunque unos años mayor que yo, había sido mi fiel compañera de juegos; era con ella con quien había reído incontables veces. Las mismas que no había podido hacerlo junto al resto de mi familia, en esa distancia y frialdad

habitual que les laureaba y les mantenía impertérritos, sobre todo, a mi padre, y con la excepción de Blanca. Camelia nos había servido siempre con su fidelidad intachable, y a mí me había permitido más que a nadie en esta casa, además de haberme abierto sus grandes brazos de afecto. Todavía me martirizaba la culpa al pensarlo ahora, pero sabía que estaba en paz con ella, puesto que ya le había pedido perdón ante aquella desfachatez cometida por mi parte, e incluso necesité expiar mis pecados tras la celosía del confesionario (obviamente, solo trasladé a los oídos del sacerdote cómo había increpado a mi sirvienta con palabras subidas de tono porque se le había roto, fregando, una de las piezas de la elegante cristalería —por supuesto, me inventé este hecho antes de encaminarme a la iglesia—). Absuelta estaba, pues, de actos pecaminosos como aquel que había señalado la ruta de mi alma corrupta, aunque había otros sucesos impúdicos de los que jamás mi espíritu podría congraciarse tras el velo de las oraciones y, aun así, rozaban hasta el fondo las notas armónicas de mi exultante corazón, últimamente siempre a punto de despegarse del pecho y planear con ahínco hasta mecerse en Amancio.

Después de rezar un padrenuestro y una avemaría, estuvimos esperando, con la rutinaria solemnidad, a que mi hermano Valero bendijera la mesa, lo cual, a pesar de ser una letanía aprendida, entonó titubeando y algo dubitativo.

—Gracias, Señor, por los alimentos que nos has concedido con tu gracia y bondad para el día de hoy. Amén.

Nos santiguamos todos y Valero se quedó luego cabizbajo, sin apenas ingerir alimento; mi padre le miró consternado, reprochándole su actitud.

—Valero, compórtate como un hombre y levanta la vista al frente, haz el favor. ¿No te das cuenta de que ya no eres un niño? Haz que se haga notar y no me avergüences con esa… cara de espanto que muestras, impropia de un varón de nuestra familia. Y come, hombre, que el cuerpo necesita de buenas viandas para hacerse viril.

Mi hermano subió su barbilla un centímetro escaso y respondió a mi padre con un miedo atroz; pavor manifiesto que se distinguía entre la acuosa retina de Valero y en su rostro ausente de todo color.

—Padre, es que no tengo nada de apetito esta mañana. Se me ha debido de cerrar el estómago…

Un fuerte golpe seco en la mesa nos dejó sin aliento. Mis hermanas y yo ya estábamos en absoluto silencio, pero creo que el puñetazo que propinó mi padre sobre la mantelería profusamente bordada, lo incrementó aún más.

—No se te ocurra hacer pucheros, ¿me oyes? Eres un Villaserbal hecho y derecho, y eres mi heredero, hazte cargo de la responsabilidad que has de llevar en el futuro. No me pongas en

ridículo o pagarás caro las consecuencias. —Se incorporó de la silla como un resorte, echando chispas candentes hacia Valero—. Y ahora, repón energías y devora ese desayuno… ¡Ya! Por tu bien, ¡no me hagas repetírtelo otra vez!

Mi desafortunado hermano dio una larguísima inspiración —creo que lo hizo para sorberse los mocos y no acabar llorando, algo que habría reprobado mi padre, enfureciéndole todavía a mayor escala—, y, acto seguido, comenzó a tragarse literalmente el desayuno de una forma voraz, únicamente para contentar a mi padre. Mis hermanas y yo nos miramos de refilón sin saber qué hacer ni cómo reaccionar ante la reprimenda de nuestro jefe de familia. Las posturas estáticas que adoptábamos normalmente, se transformaron en un hielo inquebrantable esa mañana (sería tiempo después, al correr inmisericorde de las saetas del reloj, cuando, al fin, desentrañaría los códigos de aquella conversación). Por más que intentáramos ese día adivinar a qué se había debido todo aquello, lo único que encontramos en relación a aquellos comentarios fue la revuelta noche que nos habían hecho pasar mi padre y Valero. Mi padre, ya por pura costumbre, regresó a casa en la calesa a altas horas de la madrugada; lo significativo de aquello era que aquella noche sin rastros de luna por ninguna parte, no se fue solo, sino que se marchó en compañía de Valero, y ni siquiera pudimos saber entonces, a ciencia cierta, dónde paraban sus pies durante esos luengos ocasos (que habrían de reproducirse más veces, al igual que ocurre con un calco sobre el papel impreso).

Un rato más tarde, tras haber presenciado atónita la dura escena del comedor, con el beneplácito de Camelia, que cubriría mi ausencia, muy a pesar de la mala conducta que tuve con ella, cabalgué a lomos de Azabache por un camino ya en desuso y muy poco transitado. Me paré ahí, en un claro del bosque, hasta escuchar el sonido característico del cuerno, que quedaba diluido en el aire como un lejano acorde de aviso. Era una técnica de caza que se había utilizado desde tiempo inmemorial; desde luego, mi padre y los demás nobles también participaban de las ventajas de este óptimo instrumento en sus cacerías, porque, aunque fuera rudimentario, constituía un excelente reclamo para captar la atención de las inocentes presas que caían indefensas bajo sus taimadas trampas. Esta vez, el cautivo desorientado parecía ser un jabalí, por sus graves gruñidos. Así, supe que ya estarían en el otro extremo del bosque y podría adentrarme, con sigilo, hasta el traslúcido sedimento de agua empantanada que fluía en ondas casi invisibles, y que había sido tallado, con exuberante belleza natural, desde un estirado mechón que borboteaba desembocando en esta plácida balsa encubierta por varias hileras de pinos silvestres; esos mismos que sabían esconder nuestras cuentas

engarzadas por los hechizos del amor. Estos últimos días, una luz resplandeciente y tórrida había enhebrado cada uno de los resquicios salpicados por todo mi ser; mis tejidos interiores se habían ablandado, compactándose con las secuelas ya inscritas en mi acelerado corazón; mis sentidos se habían extasiado, arañando todas mis vísceras y llenando, a rebosar, los huecos vacuos de mi íntimo nácar.

Aquella tarde esculpida con ansias de acariciar nuevas brasas entre los dos, retornamos el uno al otro, bebiendo a grandes sorbos el éxtasis canalizado del amor verdadero: el nuestro, el que crepitaba en nosotros como una fuerza inconmensurable; el auténtico, el que jamás se borraría de ninguna orilla, ni de ningún borde ni margen que pudieran interponerle; el que siempre tendría que permanecer como una resistente hoja perenne que no rompe sus tenaces ligaduras, como un conjuro de estancia conjunta atravesando los rieles de la eternidad. Sobre el lecho improvisado de hojarasca, aquella tarde nos amamos por encima de todas las cosas, nos besamos recorriendo nuestros mapas corporales con solícito y desesperado anhelo; aquella tarde fuimos un solo corazón, una parte de un todo que componía, al completo, las partículas de la esencia contenida en nuestro ser; aquella prodigiosa tarde conjugamos una unión cuya adhesión era inastillable, ni un solo quejido proveniente del círculo exterior podría fracturarla, herirla o fragmentarla, porque acabábamos de consumar nuestro amor como si lo hubiéramos soldado en la forja del herrero, con un fuego pasional que nos mantendría siempre juntos en el ferviente pálpito de un solo e indivisible corazón; aquel que nos pertenecía y en el que solamente nosotros podíamos flanquear la entrada, habitando entre las cavidades ocultas de sus pliegues y hendiduras.

Después, nos dimos un reconfortante baño en aquellas aguas calmadas. Estaban heladas, pero no nos importaba: nuestros cuerpos necesitaban refrescarse, ya que ardían en llamas. De repente, el hilillo de una voz familiar se escurrió entre mis oídos.

—Aguardad aquí. Los perros han escuchado algo en esa zona del bosque. Voy a acercarme por si acaso.

¡Virgen santísima! Era mi padre quien hablaba. Seguramente, sus perros franceses de caza se habrían alertado con nuestro constante chapoteo, y mi padre no tardaría en aparecer. Habría que darse prisa y nadar sin respiro hacia la orilla —menos mal que habíamos aprendido a hacerlo—, además tendríamos que vestirnos de forma presurosa, puesto que estábamos en total desnudez, tal como Dios nos trajo a este mundo de tantas injusticias en toda su órbita.

Fue horrible, terrorífico, ni siquiera nos dio tiempo a salir del agua cuando intuimos la escrutadora mirada de mi padre acechándonos. Y recién alcanzada la orilla, la oscuridad impenetrable de sus ojos se clavó sobre nuestros contornos húmedos y desnudos. (Aquella visión

extremadamente turbia e indescifrable que ya había visto alguna vez brotar de su retina, aunque no tan fulminante, me traspasó como una afilada espada en aquel odioso instante de mi vida que jamás podría desterrar de mi memoria, queriendo exiliar ese ingrato recuerdo al albor de cajones cerrados; algo que nunca sucedería, teniéndolo aún presente por más que haya intentado desecharlo y olvidarlo). Sus chispeantes pupilas se adentraron, ese día, más recrudecidas que nunca en las mías; me quemaron de rabia, repugnancia y furia apenas contenida como en ningún momento de toda mi existencia, hasta entonces, le había visto mirar de aquel atroz modo.

Nuestra ropa colgaba de las ramas más bajas de un pino silvestre situado justo detrás de él. Amancio y yo nos quedamos paralizados igual que las rocas que coronaban aquel valle, y con los rostros tan pálidos que ni tan siquiera los lirios blancos que adornaban el paisaje, podían asemejárseles. Mi padre, visiblemente muy encolerizado, le tiró al suelo a Amancio los harapos con los que vestía; acto seguido, sin dejarnos tiempo de reacción ninguna, hizo restallar en el aire la fusta que usaba habitualmente con los caballos, y que ahora sostenía, levantada y rígida, en su mano derecha. Después, con una crueldad incontenible, fustigó a Amancio reiteradas veces ante mi insólita incredulidad, asombro y, por supuesto, haciendo que grandes capas de dolor anidaran irremisiblemente en mí. Parecía como si estuviera poseído y, con voz queda, apenas audible del susto que llevaba encima, y sollozando, me dirigí directamente a él.

—¡Por Dios, padre! ¡Que lo va a matar! ¡Pare, se lo ruego, por favor!

Alzó de nuevo aquel látigo y lo bajó despacio, quedando amarrado a su mano, pero en completa quietud. Miró una vez más a Amancio, que jadeaba indefenso.

—¡Fuera! ¡Fuera de aquí he dicho! ¡Sal de mi vista ahora mismo, o no sé lo que seré capaz de hacer! —le gritó con todas sus fuerzas mientras Amancio corría despavorido, como un animalillo herido y con la espalda en carne viva. Mi padre siguió increpándole ya en la lejanía—. ¡Y que no se te ocurra volver a rondar por mi casa! ¿Me oyes, desgraciado?

Estaba claro que Amancio ya no podía escucharle, así que giró su impactante mirada hacia mí. Entonces, retornó su bravura cuando no pude esquivar, de ningún modo, que su fusta magullara mis caderas. No sé qué fue lo que le pudo pasar por la cabeza en ese preciso instante, porque tuvo que ser algo, un fugaz pensamiento quizá, lo que le hizo parar de inmediato. Fue un solo golpe seco que me lastimó tanto como todos los que le había suministrado a mi pobre Amancio. Sin demora, cogió mis enaguas, mi corsé, mi camisa de encaje y mi saya exterior y, volviéndose hacia los pinos, me dijo impasible y con

un tono autoritario que no olvidaría:

—Haz el favor de cubrir tus vergüenzas, Azucena. No sé cómo has podido traicionar así el apellido Villaserbal, que te ha honrado desde que naciste —se quedó pensando unos minutos, que me parecieron sin fin, mientras yo recogía mis ropajes de su mano y me vestía rauda—. Ahora regresaremos a casa. Mañana tomaré una decisión determinante contigo, y también lo haré con el menesteroso ese, que ha tenido la infame osadía de deshonrarte a ti y a nuestro distinguido linaje de alcurnia.

Ya no sabía qué podía pretender tras lo que había ocurrido, y solo pensé en dar gracias porque la escopeta de caza estuviera todavía enfundada en la gualdrapa de su caballo.

Me hizo esperar allí (aunque, en realidad, tampoco hubiera podido moverme después de recibir aquel palo), mientras mi padre iba a decirles al resto de nobles, con los que estaba desarrollando la cacería, que un perro se le había lastimado, hiriéndose en una pata, y que podían continuar sin él —lo oí de lejos y, aun así, las palabras me llegaron nítidas, como contenidas en una percutora brisa inteligible—; luego volvimos a casa. Sabía perfectamente que la peor de las venganzas se sirve en plato frío, cuando las conexiones de la mente han tenido suficiente tiempo para meditar una elaborada resolución que zanje el problema y puedan, a la vez, resarcirse por ello. Eso era precisamente lo que estaba cavilando mi padre: su opaco mirar escondía algún ejemplar castigo que sus gélidos pensamientos trenzaban sin cesar; al igual que una madeja de lana nunca deja de hilar y de abultar su ovillo, mi padre iba agrandando su bola de enojo hasta dimensiones desconocidas, y, más pronto que tarde, me aplastaría con ella.

Por el momento, teníamos constancia de que había comenzado a buscarnos los pretendientes adecuados para Blanca y para mí, y solo al pensarlo el pánico se apoderaba de mí y se convertía en insuperable. (Las mujeres solamente éramos una pieza decorativa que el padre arrojaba a los brazos extraños de otro hombre, con el firme propósito de afianzar la estirpe y obligarnos a lucir ante la sociedad como una estatua engalanada, pero sin ser ni presencia: un brillo inerte. Tardaría mucho en admitir que, realmente, así era el modo en el que nos veían todos).

La felicidad y la dicha me habían colmado esos días, rellenando cada estigma y cada pétalo de mí misma; eran porciones grabadas en los relieves de mis hinchados deseos, pero se habían girado bruscamente hacia el envés. Ahora solo podría habitar en el reverso de un mundo que iba a hacerme lagrimear, en cada esquina, las imparables cataratas que surcaban ya la piel nívea de mis mejillas y alcanzaban mis sombríos remolinos de pesar. Desahogaba mis lagunas

entre las páginas de mi cuaderno, cuando únicamente era un escalofriante pavor lo que podía sentir ahora ante la condena perpetua a la que mi padre, con seguridad, me encadenaría; algo todavía mucho más terrible que mi cadera dolorida. Mis lágrimas, acristaladas, fluidas y relumbrantes como el fondo de un espejo, lavaban mi impulsividad de un ayer muy reciente —sobre todo, el vivido en los meses pasados —, igual que les ocurre a los meandros del río cuando, finalmente y seguido de un largo y dificultoso trayecto, se ensanchan hasta tocar la desembocadura del mar, donde mueren sus aguas de dulce sabor: justo en el punto álgido en el que han hallado sus sedosas mariposas de libertad.

23

VALLE DE ALTOSPINOS. EQUINOCCIO DE OTOÑO DE 1867

Miraba absorta al otro lado de la ventana que escondía mis rasgados anhelos. Aquellos que, a pesar del tiempo transcurrido, seguían atravesándome de parte a parte, mutilándome de él, de la única persona que sabía amarme de verdad y sacarme la sinceridad lacrada en una sonrisa; amputándome de él, de mi Amancio, en esta tortura perpetua que estaba soportando sin rastro alguno de mi amado. Ya ni siquiera mi piel magullada guardaba recuerdo de las heridas externas que habían formado costras de dolor, pero más tarde habían terminado cayendo, desprendiéndose de mis tejidos; sin embargo, lo que no podría sanar eran mis cicatrices internas. No sabía cómo podía estar resistiendo todo el desmedido calvario perpetrado y maquinado por mi padre.

Vertientes desorbitadas se precipitaban, conformando todavía un largo discurrir que partía de mis melosas retinas, emborronándolas y proyectando un difuminado horizonte, y empapando luego mis lechosas facciones hasta humedecer el almidonado cuello de encaje de mi camisa, que a cada milésima de segundo que pasaba, me ahogaba más y más, acotando, una a una, mis aceleradas respiraciones. Ahora era una débil esclava en mi propia casa. La alcoba de huéspedes que me habían asignado me constreñía, y lo hacía tanto con la luciérnaga fulgente del día como en el insomnio proclive a forjar las noches carentes de estelas luminosas; noches que tendían a hundirse en el fondo inaccesible de oscuros acantilados, dejando mis madrugadas en total umbría. Porque moraba —contra mi propia voluntad— entre las cuatro paredes de un espacio tan pequeño como una diminuta tejonera; para mi desgracia, era mi afligida realidad vivida desde aquel fatal día en el que mi padre, sin atisbo de remordimiento alguno, me encerró con llave y múltiples cerrojos en este apartado lugar de reclusión del casal.

Aquel horrendo y odioso día en el que mi ruleta se desmoronó por completo, dejando de girar hacia adelante, mi padre dio órdenes explícitas que acatar a todos los componentes de esta gran familia: de un lado, acució, con su habitual preponderancia y sus intransigentes normas, a todos los integrantes de la casa pertenecientes al servicio,

cuyas voces se encontraban siempre acalladas y todos estos infernales meses precedentes habían cumplido con su deber de absoluto mutismo sobre mí; de otra parte, instigó, seguramente bajo amenazas veladas, a los miembros de mi familia de sangre, puesto que todavía no podía comprender por qué ni siquiera Blanca me dirigía la palabra cuando me dejaban traspasar el umbral de este asfixiante corsé en los actos oficiales, en los que tampoco me miraba, haciéndome sentir un vacío que me aislaba en un río íntimo vadeado por la tristeza.

Ya solo concebía una latente amargura dentro de mí, atrás quedaban mis sueños imposibles, prohibidos ante los designios del Señor, que todo lo ve; atrás, como pintando el mural de otra vida, quedaban mis ansias de revolotear sin miedo como las abejas, zumbando mis alas vertiginosamente, no aquellas clavadas en el ángel ubicado en la domesticidad del hogar, ni mucho menos, sino aquellas que se revolucionaron sin impedimentos, tiñéndose con los tonos celestes del libre pensamiento. Los brotes salpicados por las nervaduras de la alegría, lamentablemente para mí y sin saber recuperarlos, también habían quedado atrás, suplantados por el agrio muro del sufrimiento que me estaba atrapando sin remedio. Quise renegar de la fe, de todas esas creencias religiosas que me inculcaron desde niña, pero solo a medias lo conseguí; deseé olvidar la perentoria necesidad que sacudía a tantas gentes desprovistas de todo, y que habitaban en estas, nuestras lindes, mas no pude lograrlo; añoré, más que nunca, poder cerrar mis párpados para que mi mente se volviera blanquecina, dejando de pensar, y, con más ahínco si cabe, para que la cadena de púas que iba rajando con cadencia mis venas, que iba usurpando la sangre que corría por las arterias de mi corazón, hasta intentar hacerlas desertar, dejara de lacerar todos los hematomas que estaban ya inundándome, pero tampoco obtuve el resultado esperado. Sin embargo, aunque intenté transformarme en un ser inerte, esta inútil misión había fracasado estrepitosamente. El porqué de ese fallo era simple y sencillo: podía estar acorralada por fronteras, contra la corteza de la esfera terrestre y sus innumerables injusticias y maledicencias, así como contra las personas a las que realmente quería, incluso a pesar de que guardáramos la línea estipulada de las distancias, pero, al cabo, acababa echándoles de menos por cada minúscula porción de tiempo pesado y monótono; podía haber dado mi espalda a Dios, pero, al final, todas las noches, cuando la bruma de las tinieblas se cernía sobre la alcoba, me arrodillaba, rezándole y pidiéndole misericordia; y podía querer abrigarme entre el más clamoroso olvido, pero mi memoria reculaba haciéndome cavilar, y llevándome a un lánguido padecer que no hallaba freno.

Aquella larga noche, como tantas otras en aquellos últimos meses, estaba ensimismada atisbando el diván del ocaso moteado de estrellas,

sin poder conciliar el sueño. Mi particular baúl de meditación se abría de par en par en esos momentos, trayéndome de vuelta, en apenas un suspiro, la conversación que mantuve con mi padre y que rememoraba en muchas horas aciagas; transeúntes como las de aquella noche cerrada.

Al día siguiente de habernos encontrado en completa desnudez, regocijándonos en la poza del río, mi padre, muy sereno, me llamó a su despacho. Me invitó a sentarme frente a él como si no hubiera ocurrido nada el día precedente, y me observó con una más que inquietante mirada, fue tan penetrante que no conseguí discernir qué ocultaba detrás. Por un instante, me recordó a la misma que, en el ilustre cuadro familiar que presidía el descansillo a mitad de la escalera, había pincelado en su indescriptible color de iris el artista al que encargó la obra pictórica. Sin albergar duda alguna, cada vez que me topaba con esos ojos en el marco, me producían como una especie de pavor, exactamente el mismo que noté aquel día cuando su mentón poblado de espesa barba, se levantó hacia mí. Me sentí igual que un reo cuando va camino del cadalso. Esperó unos minutos en silencio (creo que lo hizo para desatar mis nervios), y después, con una inusitada voz pedante, comenzó su retórica.

—Bien, Azucena. He dispuesto tu traslado a la alcoba de invitados. Allí permanecerás hasta nueva orden. —Hizo una prolongada pausa, supuse que con el propósito de que yo fuera digiriendo todo aquello que había pautado, y prosiguió con su sermón sin más dilación—. Estarás sola y tendrás terminantemente prohibido hablar con nadie. Ni siquiera con tus hermanos y, menos aún, con alguien de la servidumbre.

Intuí que sus labios querían esbozar una sonrisa de triunfo, pero enseguida su semblante volvió a mostrar una inmutable seriedad. Yo intentaba, en vano, mantener la compostura, aunque fuera para guardar un mínimo resquicio de dignidad; al fin y al cabo, mi padre me había visto en paños menores, y yo no sabía qué hacer ni a dónde mirar, me temblaba todo el cuerpo como si estuviera bailando la jota y lo único que imploraba era verme a mí misma tragada por esta tierra prepirenaica de la que nací.

Fui a replicarle, no podía aislarme de ese brutal modo, pero en cuanto mis labios atinaron a abrirse, me cortó en seco. Mi padre era consciente de la complicidad que tenía con Blanca, y supondría que mi hermana podría ayudarme a salir cuando él no estuviera presente en la casa.

—No, Azucena, no digas nada. Ya tuve ayer bastante con el obsceno espectáculo que me obligasteis a presenciar. Solo espero que ese menesteroso malnacido, ese diablo hijo de mala madre, no te haya desgraciado dejándote encinta, porque no responderé ante tamaño

agravio a esta honorable familia.

—Le aseguro que…

Volvió a atajar mis argumentos. Iba a defenderme de alguna forma posible, aunque fuera mintiendo y pecando de nuevo, diciéndole que solamente era un juego en el que nos bañábamos desnudos porque la ropa nos hubiera hundido hasta el fango. (De todas formas, tampoco podría hacer hablar a Blanca, ya que, aun con la confianza que siempre había depositado en ella, nunca le había dicho que ya había abierto mi virtud a Amancio. Dejé de contarle mis amoríos junto a él, y ella debió de imaginar que solo había sido un efímero romance, el cual ya había pasado de largo. ¡Qué equivocada habría estado si esa había sido su cavilación!) Claro que mi padre tenía las luces bien encendidas y, por descontado, seguro que no se lo hubiera creído, aunque tampoco podía probar que el casto lecho en mí hacía ya un tiempo que se había roto. Verdaderamente, ahora era cuando estaba absorbiéndome una movediza ciénaga.

—¿Qué me vas a asegurar tú? ¿Que ese perverso no ha osado tocarte? ¡Venga ya! —Apoyó sus manos en el borde de la mesa, dejando caer todo su peso en ella. Después vi cómo apretaba con furia el puño de su mano derecha hasta que lo alzó, descargando a continuación toda su fuerza sobre el escritorio. Su libro de cuentas retembló por encima de la mesa de nogal, así como un montón de cuartillas sueltas volaron dispersándose durante unos breves instantes —. Tienes suerte de que no te repudie ahora mismo y te ponga a la vera de todos esos andrajosos con los que tanto quieres mezclarte. No obstante, lo haré sin dudar como ese sinvergüenza te haya preñado. ¿Puedes comprender toda la magnitud que envuelve esta incómoda situación tuya, Azucena, que, además, salpica a toda nuestra impoluta familia?

Le contesté con la vista fija en la pila de papeles, ahora revueltos y desordenados, que habían vuelto a depositarse por inercia sobre la mesa.

—Sí, padre. Lo entiendo a la perfección. Y no tiene de qué preocuparse, que tal deshonra no ha sucedido…

Sus puños cerrados volvieron a precipitarse con descontrolado ímpetu sobre la mesa, haciendo rebotar ahora hasta el tintero, que a punto estuvo de volcar. En ese momento, mis dientes empezaron, sin poder evitarlo, a castañear ruidosamente.

—Para cerciorar este espinoso asunto, habrá que esperar. Pero, antes, quiero que te quede bien grabado en esa cabeza loca tuya que mi sentencia es firme y rotunda: en caso afirmativo, más te vale que Dios se apiade de ti porque, por mi parte, dejarás de ser mi hija, de osar llamarme padre nunca más y de ostentar el insigne apellido Villaserbal. Si ese incauto e insolente Satanás de mil demonios te ha

dejado en estado, ¡Dios no lo quiera, que el Altísimo nos proteja de tal ignominia! —sus agudas palabras fueron realmente contundentes, y sus ojos, que denotaban un brillo turbador, así como toda su figura, infundieron grandes dosis de pánico en mis túneles más internos—, ya puedes rezar todos los salmos, oraciones y plegarias que sepas, porque te garantizo que no existirá para ti ninguna vuelta atrás.

De repente, sacó una llave del bolsillo de su chaleco, abrió uno de los cajones del escritorio y extrajo de su interior una extraña libreta que yo no había visto jamás.

—Tengo aquí recogidos los nombres de los notables pretendientes que estoy barajando para Blanca y para ti —dijo de pronto, suavizando un poco el tono áspero de su voz—. Blanca sí que alcanzará su premio matrimonial, en cambio, tú… —hizo una mueca horrible con la boca y carraspeó varias veces antes de continuar con aquel discurso—; tengo otros planes para ti, Azucena, ya que lo que buena falta te hace es aprender una severa lección de dura disciplina. A tu hermana Verónica le habrían entusiasmado, pero creo que a ti te van a disgustar. Voy a ingresarte en un convento. En ese claustro cerrado a cal y canto, las religiosas te enseñarán rectitud y te pondrán en vereda. Ellas saben cómo doblegar la voluntad de muchachas díscolas como tú.

Empecé a sollozar, ya ni siquiera me salían frases conexas para poder combatir aquel inmundo despropósito.

—No te va a servir de nada derramar esas lágrimas de moza caprichosa. Cada cual debe ser consecuente con sus propios actos. La vida tras las rejas de un convento está colmada de dicha y virtudes, Azucena. Allí podrás aprender a vivir con austeridad y recato, y entenderás, al fin, lo que significa la obediencia.

Desde aquel angustioso día, las ruecas dentadas del reloj se movieron sin señal y oscilando sin ningún rumbo; eran incapaces de entrever las agujas del día, ya ni siquiera discernían sus horas punteadas por las ascuas del sol, sino que se entremezclaban con las de la noche, taciturnas, apagadas. Mi transitar biológico se había situado sobre un holgado paréntesis, sin querer atisbar el tiempo que pasaría recluida tras altas murallas que, esta vez, no podría agrietar por ninguna oquedad aparente, pues no existía forma posible de escapar de aquella insana desventura a la que mi padre me iba a conducir en breve. ¿Qué iba a ser de mí, despojada de todo en esa fúnebre vida? ¿Y si hubiera sido mejor haberme quedado encinta, vivir de alguna forma factible —acorde, al menos, con esa nueva realidad— reencontrándome con Amancio allá donde estuviera, y continuar el trecho cogidos de la mano, amándonos sin pudor y entregándonos con deleite el uno al otro?

Habían pasado varios meses y no me había llegado una sola noticia

de él. Ni siquiera a través de la puerta había oído ningún rumor acerca de su paradero. ¿Qué cruel castigo le habría impuesto mi padre, carente de compasión alguna? Durante todas las tenebrosas madrugadas que me habían sometido a este encarcelamiento de puertas para dentro, puesto que cara a la calumniosa galería seguía siendo Azucena Villaserbal, ya que, de hecho, en esa selecta sociedad continuaban mostrándome como un dulce atributo del casal en las ceremonias oficiales (bajo amenazadoras lenguas si osaba abrir la mía); durante todas esas noches en las que el camino de los sueños me estaba vedado, pensaba en él, una vez, y otra, y una más, constantemente, hasta que mis surcos mentales me devolvían al abominable sinsentido que me acechaba. Justo entonces, decidía juntar mis pestañas y apagar la mirada, corriendo mis cortinas al mundo; justo entonces, orillaba mis alborotados pensamientos, arrojándolos al fondo de una copa sin bebida, lavándolos en una jofaina vacía, dejándolos evaporarse lo más lejos posible; justo entonces, el sopor comenzaba a inundarme, relajando mis sentidos cada vez un poco más, hasta que, de pronto, el monstruoso desfile de las pesadillas llamaba a mi ventana, queriendo invadir mi descanso al mismo tiempo que se colaba, como un malvado intruso, en mis agotadas estancias cerebrales.

24

ALTOSPINOS. EQUINOCCIO DE OTOÑO DE 1867

Las burbujas gaseosas del amanecer impregnaban de nítidos colores aquella alcoba inexpugnable, cuyos siniestros contornos se difuminaban ante mí. Hubiera sido un lugar acogedor en otras circunstancias; sin embargo, ese singular espacio de reclusión me volteaba, haciéndome girar infinitamente hacia la corriente de un río poblado de meandros y desfiladeros que quería dejarme en la estacada, llevándome a una certera deriva donde no encontraría retorno. Aun así, en aquel instantáneo momento en el que volvía a sentirme arropada por las fragancias que exhalaba el alba, una envolvente fe en la esperanza me conducía a imaginarme saliendo de esas aguas revueltas y agarradas a remolinos de malsanos pensamientos, y así conseguía enlazar mis manos a los islotes rocosos de la supervivencia; era justo en el instante en el que los resplandores de un nuevo día se disipaban en aquella solitaria estancia, haciendo mella en mi delicado rostro (solían decir que era tan fino como la porcelana), cuando la enfervorizada añoranza de los meses pasados junto a él regresaba con un empuje abrumador que, pese a todo, me hacía mirar hacia delante. Así, la nostalgia volvía a solaparse en un horizonte que aún estaba por ver. Mis desgajados anhelos hacían piña enracimándose con mis intrínsecos sentimientos, tiñéndose de un gran valor para salir a flote en este ingrato cosmos que me acechaba, en el cual se empeñaban en desgarrarlos, uno a uno, hasta lograr descomponerlos; así como se afanaban en roer, paulatinamente, mis adentros, tal como haría hasta la más pequeña de las musarañas.

Menos mal que todas las mañanas me ocurría lo mismo: el caldero hirviente me cubría con sus incandescentes candelabros, incluso aunque ahora, en este periodo donde las hojas quebradizas comenzarían a revestir el pavimento, fueran rebajando su intensidad; solo su reaparición diaria disolvía los temores de la noche, llevándose los fantasmas y los sueños agitados como si se hubieran convertido en semillas incapaces de germinar. ¿Qué iba a ser de mí si no sabía armarme con un batallón de espadas que acorazara las frágiles membranas de mi corazón, dejándolo a salvo de impurezas?, ¿qué podía esperar de esta existencia inmunda que querían hacerme padecer, si no me enfrentaba a ella sacando mis puñales de mujer? No, señor, Azucena Villaserbal no se iba a dejar vencer, y menos en este

día particular y especial en el que las hileras del sol se derramaban en la humedad de un bosque que pronto se tintaría de vivo color, y que a mí la fuerza de sus rayos me colonizaba, abriéndome esas llaves de fehaciente lucha que habían permanecido apelmazadas.

Me acerqué, disimuladamente, al alféizar de la ventana. Miré hacia el patio; ahí vislumbré a Valero discutiendo algún asunto con mi padre, que le comentaba algo —a base de acentuadas gesticulaciones y ademanes airados— desde su acostumbrada ufana posición. Valero parecía algo sofocado, y mi padre se estaba encarando con él como nunca me lo hubiera imaginado. Entorné, despacio y con mucho tiento, una de las hojas de aquella pequeña ventana de la alcoba situada en la última planta de la casa, completamente aislada, y, muy a pesar de la acalorada conversación que debían de estar manteniendo ambos, no pude escuchar ni una sola palabra. Hablaban casi a media voz, aun con las imprecaciones que estaba segura que saldrían sin freno de la garganta de mi padre, además de que el suave viento que soplaba a esas horas, se llevaba sus confidencias entre el polvo en suspensión.

Resultaba obvio que mi hermano Valero había experimentado un cambio rotundo en el último tiempo. Mientras que mi padre a mí me había acotado con mano de hierro todas mis salidas, tanto las furtivas (que antes hacía bastante a menudo, sorteando con gran pericia su vigilancia y la de todos —algo absolutamente imposible ahora—) como cualquier otra, ya que únicamente me dejaba pisar la calzada excepcionalmente: para dar la talla esperada en solemnes celebraciones, puesto que había que preservar el buen nombre de la familia por encima de todo y de todos nosotros; en cambio, a Valero mi padre le estaba amasando y modelando como si fuera una insensible pieza de barro en un taller de alfarería, ya que, sin albergar duda alguna, le estaba calcando a su imagen y semejanza. Al igual que yo poseía la rara habilidad de ilustrar un esqueje del campo emulando el original, mi hermano parecía estar adoptando las fórmulas y maneras concernientes a mi padre.

En realidad, ya ni siquiera esas dotes de dibujo contemplaban mis arcones, se habían vaciado fruto de la amargura que me corroía. Cierto era que tampoco la actitud de Valero y su fluctuante comportamiento me sorprendían en demasía. Mi padre, aunque continuara mostrándole su pretencioso porte, el cual defendía a ultranza, así como su infalible voz de mando, implacable y sin lugar para la divagación, o incluso le amenazara verbalmente, con la muesca giratoria de los látigos del desprecio planeando sobre él; aun con todo, había sabido imponer en Valero las legendarias normas que habían habitado los rincones del casal, escurriéndose por las ramas del árbol familiar durante más de ocho centurias: mi hermano formaba ya

parte indispensable de ese hechizo de usureros que habían vivido de lujo a costa de los más vulnerables: aquellos que si tenían el privilegio de tener hogar, este era de adobe, no de piedra sillar como el nuestro. Aquel acuciante temor que se proyectaba hacía tan solo unos meses en los apagados ojos de mi hermano, había desaparecido por completo. Sin embargo, y aunque todos los días fuera ahora con mi padre a pasar revista a nuestras tierras de boj, y al resto de negocios y posesiones familiares, su mirada no se había tornado oscura en ningún momento; la que lanzaba mi padre era impenetrable. Podría imitarle a la perfección, sabiendo que ese era el destino que le habían escrito, donde no hallaría escapatoria, pero, al fin y al cabo, era un dócil animalillo que mi padre había adiestrado a su antojo, por mucho que los jornaleros se inclinaran al verle pasar y él se mantuviera erguido por encima de su montura y de todos ellos. Aun así, tenía claro que Valero no había nacido para machacar al prójimo.

Al cabo de un rato, mi suerte comenzó a rodar en el molino de la fortuna. Nítidamente, acabé atisbando una ínfima oleada de luz en el punto más espeso de la umbría de un bosque cubierto de oscura maleza. Virutas de alegría serpentearon, anidando en mis aletargados sentidos, cuando mi padre me comunicó que levantaba el telón de aquel odioso castigo, en el que losas de silencio habían contribuido a esa despiadada prisión. Podría volver a mi alcoba junto a Blanca (Verónica dormía ahora en otra alcoba aparte). Ella sabría rellenar mis huecos marchitos; regeneraría mis pétalos mustios, todos macilentos, deslucidos y desprovistos de color, arropándome con sus sutiles encajes bordados con el hilo del cariño.

Mi padre se quedó un momento observándome con astucia y, justo antes de darse la vuelta para marcharse, ordenó con su inquebrantable tono a Camelia, que ya estaba también allí presente, que le ayudaran a trasladar el arcón de mis enseres a mi antigua alcoba. Tras la acentuada reverencia de rigor que le prodigó Camelia, mi padre salió raudo y ella me abrazó con franqueza, olvidando reproches pasados y sin miedo ya al mutismo que también a los criados les había impuesto, a rajatabla, mi autoritario progenitor.

Creía conocer por qué motivo don Abelardo, mi padre y carcelero, había elegido justo esa señalada fecha para que las manecillas del ulular del tiempo se resquebrajaran, precisamente, ese día. Era el veintitrés de septiembre, el día en el que las horas diurnas moteaban los telares nocturnos durando exactamente lo mismo; tanto las luces centelleantes de claros reflejos como la estampa celeste que cobijaba los avatares dispersos en la cortina del ocaso se ponían de acuerdo, acompasándose en esa amalgama horaria de la línea temporal.

Justo en este traspaso estacional, cuando el sol trazaba el equinoccio de otoño en la cartografía geográfica que nos hospedaba;

justo este día celebrábamos mi cumpleaños. Mis diecisiete años de recorrido vital. Por ello, estaba segura de que su benevolencia conmigo no había sido un acto aleatorio; porque él siempre presumía de llevar a término sus férreos y muy cuestionables principios, los cuales resumía con su preponderante premisa: «todo fin justifica los medios», que aplicaba dondequiera que llegara su influencia, ciñéndose cerrilmente a su propio criterio.

Y, efectivamente, así fue. Me desprendió de aquel diabólico veto de silencio, y las palabras salieron a borbotones, como una ansiada lluvia que riega cada brizna de hierba desecada, reavivándola, cuando me junté a conversar con mis hermanas. No solo fueron buenas nuevas todo aquello que nos transmitimos. Ese año los campos habían albergado grandes extensiones de terrenos yermos, donde apenas se había recogido el fruto del sacrificado trabajo desempeñado. Había recordado que el otoño anterior resultó ser bastante seco, y seguramente habría perjudicado a la cosecha recién recogida. Cada vez que este hecho concreto ocurría, una catástrofe de incalculables dimensiones se colaba entre las gentes, afectando de lleno a los más desfavorecidos que, día tras día, eran los que más expuestos estaban ante las desorbitadas calamidades y las bárbaras adversidades que acababan cercándoles. Pero, en esta ocasión, además, las huestes del hambre arremolinadas con las subsiguientes y fatales enfermedades se habían diseminado, con la rapidez de un relámpago y anunciando un mal augurio, por todos los confines de este valle prepirenaico y todavía más allá, propagándose, incluso, allende las montañas (las malas cosechas desembocaban en la subida de precios y, por descontado, ocasionaban las asfixiantes crisis. Estas estaban marcadas por una más que dificultosa lucha hacia la supervivencia: componían el caldo de cultivo oportuno para que se desarrollaran todo tipo de enfermedades relacionadas con la desnutrición y, por ende, causantes de un claro incremento de la mortalidad entre la población más desprotegida). Esta vez, la temida crisis de subsistencia se había cobrado tantas vidas con su flagelante epidemia del hambre, que yo no había podido soltar el rosario de entre mis manos suplicando al Señor por ellos; pero, sobre todo, porque mi Amancio estuviera donde fuera que le hubiesen encaminado sus pasos, aunque sano y salvo, y de una pieza. Quizá era mejor no tener noticias suyas, por si los presagios se fundían en lúgubres tinieblas.

A pesar de aquel sufrimiento que dejaba mi corazón pasado por un colador, estaba pletórica por no tener que guardar ya las distancias con mis hermanas, más aún, con la que era mi alma gemela: Blanca, con quien compartía una red de araña imposible de llegar a lastimar. En ese día tan especial, me regalaron una preciosa faldriquera con mis iniciales bordadas: se ve que habían aprovechado bien mi eterno

confinamiento.

Después de que recuperáramos con hondura aquellas sensaciones de unión conjunta, que tanto había echado de menos, vino mi padre para decirme que también él tenía reservado un espléndido obsequio para mí. Me quedé atónita cuando me adelantó que saldríamos de paseo, y que aquello que me esperaba me iba a emocionar tanto, que repicaría siempre en mis pensamientos como algo imborrable. No entendía nada, no sabía a qué se podía referir, pero algo en su oscura mirada me hacía intuir que tendría que ver con Amancio.

Me hizo montar a su lado en la calesa y nos apartamos bastante del pueblo. Ni que decir tiene que aquel traqueteante trayecto se me hizo interminable. Cuando, por fin, llegamos a donde él pretendía, ni siquiera me dejó bajarme del carruaje. Me señaló, con un acusador dedo índice, una amplia galera que estaba situada al borde del camino. De súbito, mi corazón dio un vuelco de ciento ochenta grados al ver, sobre aquel carro tirado por mulas, a mi amado Amancio. Me retorcí como nunca por un dolor profundo que se hincó con rebeldía en mis adentros. Era como si una aguja afilada punzara, una y otra vez, mi costado izquierdo; dejándolo inservible, embalsamándolo en el lodo. No era la primera vez que veía un carro así; solían llevarse a los indefensos mozos en esos transportes para convertirlos en soldados. Muchas veces acababan en inhóspitos y lejanos lugares donde nuestros muchachos cumplían el execrable sistema de quintas; aquel del que los hijos de familias pudientes se zafaban con arbitraria facilidad. Los mozos con posibles, más bien, sus padres, abonaban la cuantiosa suma de ocho mil reales, la estipulada en ese momento, para librarse de la milicia; o buscaban un sustituto que les suplantara, embolsándole un pecunio similar y convenido por los servicios prestados. Qué duda cabe que constituía un elevado capital que, no obstante, su pujante economía familiar les permitía costear con absoluta solvencia; mientras que, por el contrario, tal desmedida cantidad era imposible de reunir para aquellos zagales que dormían al descubierto o, como mucho, bajo techos con incesantes goteras, aparte de tener que andar en carne viva (la mayoría caminaban descalzos) por los pedregosos senderos, y, aunque algunos pudieran vivir en condiciones algo menos lamentables (pero igualmente insalubres por muchos motivos), no podían tampoco, con su exiguo jornal de frágil manutención, abordar ese pago solo reservado a los más privilegiados, que eran los únicos que estaban en poder de hacerle frente y redimirse, de este modo, de tener que entrar en las filas militares y acabar en sus fatales destinos. Aquella azarosa ocupación militar a la que eran designados los atemorizados mozos, muchas veces estaba ubicaba tras una larga travesía marítima en dispersos enclaves coloniales, e ignotos para ellos —los que aún quedaban a nuestros pies; muchos se habían ido

perdiendo en el pasado tras las sucesivas insurrecciones que acaecieron por doquier—. Yo sabía que mi padre estaba detrás de aquello; seguro que le había hecho el favor a alguno de los burgueses con los que trajinaba negocios o apuestas, cambiando a alguno de sus hijos por mi pobre Amancio, como si fuera el resultado de un juego de cartas amañado o como un mísero trueque de cualquier producto del mercado al que hay que darle pronta salida, tal era de insensible el corazón de mi padre, pulido a base de piedra maciza. De hecho, las claras evidencias nos hacían sospechar más cada vez que desaparecía de la casa en horas intempestivas, ya que eran demasiadas noches las que faltaba y, por lo tanto, no era descabellado pensar que aquello que hiciera en sus ausencias nocturnas, pudiera ser turbio y estuviera envenenado de actos ruines como aquel.

Me miró complacido.

—Pon la cabeza bien alta, Azucena. ¿No vas a darme siquiera las gracias por haberte concedido esta voluntad? La de ver a ese malnacido por última vez. Fíjate bien en él, porque va a ser el único recuerdo que te quede sellado en la memoria —hizo una acusada pausa antes de proseguir; seguramente, para intentar indagar en mis pensamientos—; no lo verás ya en lo que te resta de vida. De eso me voy a encargar personalmente, no lo dudes.

La rabia empezó a comerme por dentro y, al mismo tiempo, una enorme impotencia se adueñó de todo mi ser. No pude contrariarle, estaba estupefacta y a punto de desmoronarme; mis cuerdas vocales se habían roto por completo.

Me observó impertérrito.

—No se te ocurra derramar una sola lágrima, Azucena —se giró hacia la galera y continuó su oratoria—. No volverás a saber de él, pero voy a ser benigno en otra cuestión que nos atañe. Puesto que ese hijo del diablo ni siquiera supo probar su virilidad en ti, falto de hombría: tu virtud continúa rodeándote en esa aureola de casta imagen, que solamente nosotros sabemos que no es el fiel reflejo de la realidad acontecida, ni mucho menos; pues bien, es precisamente por esa razón por la que he decidido que no vas a tomar los hábitos como te anticipé, ya que he encontrado al marido idóneo para ti, con el que te desposarás con la cabeza bien alta, y, naturalmente, le obedecerás a cada instante con la frente baja. —Se mesó un par de veces su luenga y perfilada barba. Después, con claras muestras de orgullo, se dirigió de nuevo a mí y, en su insolente tono altivo, me dijo—: La próxima Nochevieja lo conocerás en tu festejo de presentación en sociedad. Y en primavera cerraremos todo el acuerdo.

Dicho esto, le hizo un gesto al cochero (él también se estaba aguantando, dentro de sí, el regusto ácido de las lágrimas compuestas de hiel) para que espoleara a los caballos y marcháramos de vuelta a

casa.

Ahora ya me daba igual; daba lo mismo vivir tras los muros asediados de un convento, que teniendo que pasar por el inflexible aro de convivencia —o, en muchos casos, desavenencia— matrimonial. Solo pensar en Amancio, era en realidad lo que ocupaba mis aparadores mentales. No pude siquiera predecir a dónde se orientarían sus tambaleantes pasos, pero, a ciencia cierta, sabía que muchos de aquellos desafortunados mozos nunca retornaban a sus orígenes; algunos —los que mandaban hacia territorios de ultramar— expiraban quedándose bajo esa tierra ajena, labrada por sus huellas borradas, eclipsadas, desvanecidas, y alejada, a más de mil horizontes, de su enraizado hogar.

Aquella noche, Blanca me consoló mientras yo vertía, sin descanso y con el alma partida, esas gotas de rocío enquistado que mi padre me había provocado sin sentimiento alguno y con gran desdén; el cauce de un llanto enredado brotaba de mis ojos, al igual que un curso de agua va fluyendo, indómito, a través de las húmedas paredes que sostienen el caño saliente de un manantial. Y los latidos de mi vapuleado corazón acabaron desparramándose entre zanjas de aciago y deplorable sentir.

25

EN LA RECÓNDITA UMBRÍA DE ALTOSPINOS. NOCHEVIEJA DE 1867

Aquel día, el manojo de llaves que había encerrado a mi corazón bajo el pesado fardo de la penumbra, quería abrirse a todos los cerrojos que habían intentado aprisionarlo, ahorcándolo casi, sin compasión alguna. Aquella última noche de un año lleno de altibajos, era la que esperaba que cerrara un llameante ciclo de mi vida que, aunque siempre moraría entre mis nostálgicos relieves de los días pasados, tendría que dar por concluido.

Al final, Verónica siempre acababa saliéndose con la suya. Mi intrincado peinado no podía estar más tirante, Camelia lo había vuelto a recoger tal como le había indicado mi hermana, y lo había estirado de tal forma que hasta sentía el rostro tensado. Con todo, no podía negar la evidencia, porque Blanca y yo relucíamos; deslumbrábamos elegancia con nuestros inmaculados trajes del color de la nieve y de sedosa muselina colgando, con gracia aprendida, de nuestros esbeltos cuerpos, que ya insinuaban las sinuosas curvas de mujeres casaderas.

El carruaje esperaba en la puerta principal, esculpida por las huellas del blasón que nos otorgaba el nombre de honor que poseíamos desde tiempo remoto. No nos demoramos más y subí junto a mis hermanas, cogiéndome la cola de la saya para no rozarla con la escalerilla de la calesa. Mientras las intangibles nubes de absoluto silencio fueron incrustándose sobre las ruedas del carruaje, comencé a divagar, refugiándome en la coraza de los meses pasados.

La corriente opaca de la vida me había sepultado bajo las inescrutables raíces de los quejigos, estrangulándome, sin dejarme coger aliento; me había emparedado tras las rocas inertes de la montaña, sin poder escabullirme; había recortado la fuerza de mi sangre, dejando que fluyera sin bombeo, sin poder escalar los acantilados precipitados por todo mi ser. Así me sentí cada llamarada de sol y cada apagón que trajo la luna durante un tiempo indefinido; un tiempo acunado por la parálisis y mecido en mis vacíos horadados; un tiempo que detuvo por completo su incesante compás, el día que le vi marchar.

Mis ánimos se fueron enroscando en una espiral tan honda y retorcida, que ni la más avezada serpiente sabría cómo desliarla. Sin

embargo, y a pesar del dolor que constantemente latía en mis sienes, sembrando gélidas capas de hielo en mi interior que, cada día más ignoto, se estaba revolviendo contra mí misma; aun con toda esa gran pesadumbre rondándome día y noche, sin dejar que me perdiera en la casilla del extravío; aun con todo, mis esfuerzos para atisbar esa frágil línea que demarcaría el porvenir, dejaron de ser un espejismo, y es que la realidad vino a mi encuentro. No es que quisiera volcar mis mejores momentos en el pozal oxidado de la desmemoria, no, al contrario; lo que necesitaba urgentemente era aceptar mi situación, aquella que me obligaba mi condición femenina, aunque nunca la comprendiera ni lograra admitirla. Todas las mujeres llegábamos desarraigadas a este mundo que nos oprimía y estrechaba las cuerdas de nuestra voz, amarrándolas al puerto que, a ellos: los hombres, les interesara; a este en el que cortaban, con las tijeras afiladas del evangelio, nuestros ecos anudados que, aunque nosotras aunábamos en largos imperdibles, no nos servían, pues carecíamos de voto u opinión alguna; a aquel en el que dictaban nuestro destino con el yugo de un matrimonio pactado y el ancla clavada en el hogar y en los hijos. Los hombres tenían el poder de manejar todos nuestros movimientos, forjándonos un futuro que solo ellos conocían, planeaban y atestiguaban por escrito. Ellos decidían para sí mismos y para nosotras, las mujeres, a quienes creían aptas solo para la procreación; para que el linaje nunca rompiera su seda natural. (Desde luego, con mis diecisiete años a cuestas, entendía ya muchos conceptos que trataban, en vano, de ocultarnos). Era un clamoroso engaño al que nos sometían, pero yo ya sabía discernir acertadamente cuál era la verdad escondida en cada asunto, al igual que desde que tuve uso de razón distinguí entre el bien y el mal. Quizá quisieran amedrentarnos mostrándonos el fuego del infierno, pero no podrían conmigo; porque aunque a estas alturas ya había aprendido a guardarme para mí mis reflexiones, sus inútiles argumentos no me convencerían de que mi misión era esa: casarme y educar en la moralidad a mi prole; no, mi cerebro actuaba y pensaba exactamente igual que el de un hombre, y si nos dejaran, podríamos dedicarnos al mundo exterior: el que se reflectaba detrás de nuestras ventanas, ¿cómo si no se podía explicar que mi carboncillo danzara sobre las láminas, labrando una orquesta de luz, color y sombras en perpetuo movimiento? Era una magia de cuento de hadas que ningún Villaserbal había traído al nacer en el regazo, ni tampoco ninguno había desarrollado esas técnicas pictóricas después. ¿Cómo expresarían ellos la prodigiosa memoria de mi hermana Blanca, cuyos pensamientos parecían ensortijarse al igual que los moños trenzados que lucíamos? Ella conocía cada planta de este entorno como si de un repetido salmo se tratara, solo que las bellas flores de este enclave

eran diversas, contándose por innumerables especies repartidas aquí y allá. Con lo cual, podrían enjaular nuestras acciones, pero no arrebatarían las alas de nuestro pensamiento. (Bordaban nuestra vida con el alfiler de la resignación). Sabía que Amancio había representado para mi padre el papel del zángano de la colmena —abocado, como ellos, a una desconcertante y desfavorable ventura—; y yo, como reina del enjambre, tendría que dejarlo atrás, con gran desasosiego y quebranto, después de aquellos vuelos nupciales en los que rebosé enardecida de él.

Me había costado mucho tener que desembocar en un mar donde cada microscópica gota de agua, era el vaporoso vertido de mis lágrimas; me había llevado Dios y ayuda asimilar que, aunque él formara siempre parte de mí, de mi vida, y siguiera colonizando cada partícula invisible de toda mi alma, había de acoplar como pudiera ese incierto destino a mi maltrecho camino: el obligado, en el cual, hubiera preferido no haber nacido monarca de un panal que —casi estaba segura— me iría destruyendo, poco a poco, en este insípido deambular en el que no me quedaban alternativas ni elección propia.

El fuerte frenazo de los caballos me sacó de aquellas cavilaciones. Entramos con mucha pompa, y el recibimiento que obtuvimos fue cortés y grandilocuente al mismo tiempo. Bailé con mi pretendiente —casi podría calificarlo ya de prometido— recién estrenado el Año Nuevo. Intercambiamos palabras tímidas, muy superficiales y referentes a temas triviales, sin embargo, algo en él, en su transparente mirada, me hizo sentirme cómoda y a gusto. Jamás podría amar a otro hombre que no fuera Amancio con esa profunda intensidad de lo que es inseparable, formando un encaje perfecto que ni el mejor de los bolillos podría haber cosido así, tan ensamblado en el vital engranaje de los sentimientos; estaba claro que nunca más una colonia inquieta de miles de abejas volvería a deshilacharse en los jugos de mi estómago, derritiendo su exquisita miel. Las intrépidas mariposas ya no revolotearían en mis adentros, posando ante mí aquella inabarcable emoción. Pero, por lo menos, su mirada mientras conversábamos era clara, y titubeaba al hablar como mi hermano Valero. Además, era bien parecido y, aunque fuese algo maduro, aún brotaba de él lozanía y tampoco estaba entrado en años como era el caso del prometido de Verónica; quizá no me fuera a ir tan mal como había vaticinado en un principio. Puede que, a pesar de que la vela del amor iba a estar constantemente apagada, me adaptara a vivir con este hombre desconocido —en realidad, un extraño—, e incluso llegara a soportarlo con el paso de los días y las estaciones.

Cuando volvimos a casa, las linternas del firmamento hacían su ronda nocturna y nosotras estábamos extenuadas, deseando aletargarnos en el universo de los sueños rodados.

En eso mismo debía de estar inmersa, soñando ya en mi cama, cuando un estruendoso crujido proveniente de la escalera me despertó. Blanca ni siquiera se movió, así que la dejé durmiendo. Cogí el candelero y salí con sigilo de la alcoba, pero con una luz tan tenue entre mis manos, apenas divisé nada más allá de lo que alumbraba justo enfrente de mí.

Ya estaba dispuesta a darme la vuelta y regresar a mi alcoba, pensando que aquel ruido habría sido fruto de mi imaginación, que lo habría estado soñando, cuando otro sonido similar me alertó de nuevo.

—¿Quién anda ahí?

Oí entonces la tos ronca que caracterizaba a mi padre cuando regresaba con algún trago de más. Él se había quedado en el casino cuando nosotras emprendimos el camino de vuelta a casa, y, obviamente, ahora habría vuelto haciendo eses, seguro.

Me observó un instante fulminándome con esa mirada suya, tan tupida e indescifrable como los túneles de la noche. Aquel día la oscuridad reflejada en sus pupilas era absolutamente impenetrable, tanto que su ávida negrura empezó a asustarme.

—Ayúdame a incorporarme, Azucena. He tropezado torpemente en este peldaño.

Le cogí del brazo y le sostuve temerosa, porque olía fuertemente a alcohol puro, y, apoyándose en mi hombro, consiguió subir la escalera.

Ya no pude reaccionar con la rapidez con la que tenía que haberlo hecho; agachó levemente la cabeza y sus vidriosos ojos se posaron fijamente en mis senos, que se adivinaban debajo de la fina camisa de dormir. Le vi contemplarme con una malvada perversidad que me hizo huir; mas no lo logré, me fue imposible. Él me agarró de las caderas con una fuerza inusitada; después caí de bruces al suelo e intenté gatear, ya que la voz quería atascarse en mi garganta, dejándome muda, sin poder alzar mi ruego de apremiante auxilio. Me rodeó, tapándome la boca; me obligó a levantarme y me arrastró con increíble celeridad hasta la alcoba en la que había habitado yo misma un tiempo atrás, cuando él me había recluido ahí. Rasgó mi camisa con una brutalidad inesperada y me tumbó en la cama, cubriéndome otra vez la boca, y entonces, lo único que pude hacer fue arañarle sacando de mí la fuerza abrumadora de la montaña, aquella que me había embrujado durante mucho tiempo. Aquella que tenía que librarme de él como fuera, que tenía que quitármelo de encima. Por un momento, le arañé la mano como una gata encabritada y la desasí de mis labios; le mordí como una perra rabiosa, e incluso le hice sangre en una oreja que creí que le colgaba, pero no se inmutó lo más mínimo. Me abofeteó varias veces y, enseguida, consiguió de nuevo

poner sus manos contra mi boca, hasta que entró en mis partes más íntimas, embistiéndome y provocándome un dolor, que ni los embates del océano contra las rocas serían tan terribles, horrorosos y dañinos. Vi una sombra moverse detrás de su figura; no vino en mi ayuda, huyó despavorida. Ni siquiera supe de quién se trataba. Justo entonces, mi mente comenzó a nublarse con gran premura y debí de quedarme inconsciente.

Al día siguiente, me desperté, con total desconcierto y muy confusa, en aquella alcoba iluminada apenas por las vagas y sutiles luces del temprano amanecer. De súbito, y como un torbellino imposible de frenar, el fragmentado recuerdo de la noche anterior regresó hasta mí: descompuesto, conformado por trazos y piezas que no quería asimilar ni encauzar en mi troceado cerebro. Con todo, pensé —o me obligué a pensar— que todo había sido un mal sueño del que escapar; una inmunda pesadilla que sería mejor enterrar bajo las losas del olvido. En cambio, cuando me decidí a palpar mis zonas íntimas, mis manos aparecieron ante mi vista totalmente ensangrentadas. Con un miedo pavoroso, deslicé mis ojos hasta fijarlos en mi entrepierna; sofoqué un grito cuando la cruenta realidad se hizo tangible, sin velos ni mantillas, traslúcida como el cristal. Miré entonces en derredor, completamente atemorizada, y vi mi camisa hecha jirones en el suelo entarimado, además de que debajo de mi cuerpo noté algo húmedo: las sábanas de hilo se habían teñido de roja sangre.

Lloré; quise ahogarme en mi propio llanto, pero no podía porque, pese a todo, iba a seguir viviendo en ese cuerpo mancillado por mi propio padre, ¿cómo era posible? Quería morirme allí mismo, que mis sollozos acabaran buceando en un turbio remolino del río para siempre, por siempre; que su caudal pudiera enlentecer mis sentidos, llevándome hacia el eterno descanso con mis ancestros. Mis sentimientos se habían aliado con mis pensamientos en una franja de insondable vacío, queriendo desechar ese repugnante acto, inconcebible, horrendamente abominable.

26

UMBRAL SOMBRÍO DE ALTOSPINOS. CUATRO MESES DESPUÉS

En el centro mismo de nuestra puntillosa labor. Pronto esos tintes espolvoreados por las faldas de la montaña, se fusionarían lánguidos, El fugaz abanico de la tarde iba desplegando sus suaves colores apagándose conforme los nudos demorados del atardecer se fueran desatando. Ya la sala cobraba brillo propio a esa hora del día, mientras bordábamos ante la atenta e incuestionable mirada de doña Adelfa. Un auténtico crisol de paisajes se colaba, con acompasada coreografía, por el alféizar de la ventana, refulgiendo en el iris de nuestros ojos de pura admiración e, incluso, los divanes y sofás lucían su lustroso tapizado como pétalos de amapolas con la centelleante luz de esa hora. También el nácar esmaltado del bargueño refulgía en aquel momento donde todo a mi alrededor presentaba un inusual cariz, en el cual la turbia tela que ondeaba el casal, parecía haberse desprendido.

A veces, me quedaba ensimismada observando todos aquellos matices; quizá esculpidos por la lámpara apaciguadora que traía la tarde consigo en un destello renovado, intentando sosegarnos. Llevaba aquella antorcha solar y aquellos parajes que divisaba por la ventana, grabados inconfundiblemente en mí, en cada recoveco de mí misma; sin embargo, y aunque todavía mis sentidos podían notar la claridad del día en ese instante, apenas duraba un segundo, al siguiente, la moldura opaca de mis pensamientos volvía a enturbiar los contornos de un óleo deslucido que, presto, retornaba al gris, en esa fría visión que moteaba ahora cada ángulo de mi vida.

Absorta como estaba, me pinché en el dedo índice de la mano izquierda mientras sostenía la aguja. Nunca se me había dado bien el minucioso detalle de los bordados, eran mis hermanas las que sí que cosían cantando como los pájaros; en esta ocasión, en cambio, era mi constante y buscada huida hacia el hábitat del lienzo en blanco, o el querer hacer mi parada en la residencia de las habitaciones de la nada, lo que me había llevado a lastimarme, ya que me encontraba de cuerpo presente, pero con la mente ausente y el corazón desperdigado, ¿quién sabía dónde exactamente, si es que aún existía?

El ceño fruncido de doña Adelfa auguró su posterior reproche,

arisca como era ella por costumbre.

—¿Otra vez, señorita Azucena? Últimamente, parece vivir en otro mundo. No sé qué le pasa que está siempre en las nubes. Mire a sus hermanas. Aprenda de ellas, ¿es que no ve el afán con el que cosen y bordan? Piense que bordar es una cualidad indispensable para una mujer de provecho. Terminar su ajuar debería ser una de sus responsabilidades primordiales. —Fijó su vista en mi herida abierta y sangrante, y añadió—: Ande, vaya a la cocina y que Jacinta o Camelia le curen y desinfecten con lo que tengan a mano, antes de que acabe manchando el bordado y lo estropee.

Ya no podía combatir sus insultos y humillaciones —la severidad de esa mujer traspasaba mis límites—, porque la Azucena de meses atrás se había desencajado en algún remoto lugar que ya no lograría volver a hallar. Ahora, aunque no sentía en absoluto el agudo dolor del pinchazo, debido, seguramente, a que los hechos acaecidos en esta misma casa me habían anestesiado ante cualquier tipo de aguja, ante cualquier sufrimiento físico; ahora era incapaz de soltar mis aires de rebeldía y escupírselos con fuerza a esa odiada institutriz, que seguía en la casa, pese a no ser ya requerida, escondía entre sus poros el rencor y se mostraba completamente inerte ante la presencia de sentimientos.

El cauce incontrolado de mi llanto les sorprendió. Empecé a sollozar como si fuera una niña muy pequeña; una zagala necesitada, fervientemente, del abrigo afectuoso de su madre. La demostración de sincero cariño era un mantón con el que pocas veces se había destapado mi madre, arropándome, ofreciéndome su calor y queriéndome sin trabas, puesto que el trato jerárquico le había impedido manifestarlo abiertamente. Pero sí que recordaba muchos instantes vividos junto a ella en los que su incondicional amor me había abrazado, aunque no hubieran sido sucesos cotidianos. Y fue ese día (al igual que todos los de los meses anteriores) cuando, precisamente, la añoré más que en ningún otro minuto de mi frágil existencia. Mis lágrimas le pedían auxilio, allá donde su alma de marfil permaneciera intacta; allá donde pudiera escuchar mis súplicas, ayudándome a ingerir este suplicio que había despeñado mi vida. Pero no obtenía ninguna respuesta, la única que recibía se formaba en mis mejillas donde, de forma continua y pesarosa, un fluido insalvable rodaba sin freno ni aliento.

Transcurridos unos minutos, mientras Jacinta terminaba de curarme la herida, cortando una hemorragia que no quería detener sus impulsos, yo sentía que todo en mi interior se había lacerado definitivamente.

Al momento, vinieron Blanca y Verónica; ambas estaban preocupadas, y con razón, además, se les notaba el rostro

compungido. Blanca dirigió su mirada turquesa directamente hacia mí mientras me sujetaba el óvalo de la cara con sendas manos.

—¿Qué sucede, Azucena? No nos tengas así. Sabemos que algo te ronda por la cabeza, y eso mismo te hace persistir en este aletargado estado en el que estás inmersa; comportamiento totalmente impropio en ti y que nos tiene en vilo. Aunque hemos pensado en ello, no podemos dilucidar o intuir qué es exactamente lo que te turba; pero nos lo puedes contar, sea lo que sea lo que te atribula… —miró de soslayo a Verónica, y esta asintió con un leve movimiento de cabeza —. Puedes confiar plenamente en nosotras. Dinos qué es lo que te ocurre, hermana.

Verónica se acercó entonces a mí con una ternura que me asombró en demasía —rara vez mi hermana mayor había llegado a reblandecerse de aquel insólito modo—; no obstante, agradecí aquel inmenso cariño que anhelaba con deseo y fervor.

—Quizás, desde que madre nos falta, haya sido un poquitín estricta contigo. Pero también conoces los motivos: ha sido por tu bien, para que puedas unirte en fructífero matrimonio dentro de poco y me regales sobrinas o sobrinos a los que agasajar. —Vi en sus ojos una leve chispa de brillo. Sus buenas y nobles intenciones habían conseguido sacar de mis labios una efímera sonrisa, que enseguida volvió a desfallecer—. ¿Ves? Te he hecho sonreír un pelín. Por lo menos, ya es algo. Ahora, cuéntanos qué es lo que te mantiene en ese apesadumbrado padecer con el que llevas deambulando por la casa, como una sombra, durante los últimos meses.

Subieron conmigo a la alcoba para que pudiera serenarme y hablar con ellas en intimidad y absoluta tranquilidad. Pero, aunque intenté hacer acopio del máximo valor plausible y denunciar, situando de esa manera a mis hermanas como mis indirectas cómplices (en el caso hipotético en el que, finalmente, decidiera referirles ese inmundo horror vivido: el atroz hecho perpetrado por el monstruo de don Abelardo —ya jamás le nombraría de otro modo; desde aquella nefasta noche, ya no era nadie para mi propia persona—), muy al contrario de lo pretendido, la forja del destino me meció por derroteros distintos. El silencio se instauró entre mis vísceras, dejándome desprovista de voz, ahínco y aplomo para poder enfrentarme a aquella tamaña confidencia que me había postrado, día tras día, en las vías de la decrepitud. En vez de eso, un manantial salado regresó frenético, cegando mis perdidas pupilas y arrojándome por un torrente de simas infranqueables, con ciénagas imposibles de atravesar. Asqueroso lodazal que únicamente percibía yo, y lo respiraba envenenándome, porque el amo de todos, el tirano de don Abelardo, continuaba ahí, absolutamente estoico, como si no hubiese actuado de forma aberrante —como sin duda lo hizo— la Nochevieja

en la que el calvario al que él me abocó, me agarró para no soltarme; el déspota, abusivo y salvaje explotador sexual siguió inflexible, invariable y firme, en cambio, e incluso cerró el acuerdo de mi compromiso matrimonial, tal y como tenía previsto.

Sin saber qué hacer, mis hermanas se asustaron muchísimo, y tomaron la determinación de mandarle aviso al doctor para que pudiera recetarme algún compuesto que me trajera la calma. Justo entonces, con esfuerzo desmedido, mi llanto se cortó en seco y recobré, en apenas un susurro, la voz usurpada por la fusta del sufrimiento. Les convencí, como buenamente pude, de que me encontraba ya mejor, asegurándoles que se me pasaría. Les dije que probáramos primero con valeriana, antes de tener que causarle una molestia al médico, tan atareado como estaba siempre de un lado para otro y con un sinfín de pacientes que atender. Resultó tal y como esperaba; porque también ellas recordaban el efecto sedante que producía y que incluso mi madre tomó en su beneficio, en alguna que otra ocasión en la que se alteraron sus nervios.

Estuve varios días sorbiendo esas infusiones que, en realidad, no podían proporcionarme ni armonía conmigo misma ni paz alguna.

Sillares enmohecidos de pena, infinito pesar y descabellado dolor habían alumbrado con fiereza mis maltrechos adentros. Las válvulas de mi corazón seguían bombeando una sangre que otrora había fluido vertiginosa; ahora se había congelado, guiándose hacia el polo más glacial donde debían de encontrarse en este momento mis sentimientos de antaño. Aquellos que entonces despertaban en mí una marea encadenada de emociones, cuando recorría mi pequeño universo en los brazos de Amancio; aquellos que me inundaban con el aire del Prepirineo, envolviéndome en su salvaje y natural crisálida; aquellos que me hacían montar en Azabache con la mirada puesta en el horizonte del futuro que vendría; aquellos que, en un simple cruce de miradas, me hacían notar la entereza solitaria de la loba, el cautivador coro esbozado por el eco de las aves, y las ansias de desatar corsés y extirpar apretados collares. Ya no. Ya todo aquello que surgía en derredor, había dejado de tener sentido para mí. Ya ni siquiera me quedaban fuerzas para repetir los clamorosos gritos que habían socavado mi mente, llamando a Amancio desesperada en el incógnito lugar al que lo mandara ese innombrable; ya ni tan siquiera podía pedir la ayuda y compasión de mi amado en este terrible mundo que aún quería albergarme, contra mi voluntad. Ya no podía inhalar los aromas del bosque y deleitarme con sus intensos perfumes, como solía hacer en otro tiempo, lejano, de tonos vivos que se habían ido tiñendo de la peor de las oscuridades; ya no podía tampoco saberme dueña legítima de mí misma, creerme libre como la enigmática loba

de ojos verdes a la que ni siquiera había tenido oportunidad de retratar en mis láminas, rotos como estaban mis dedos de la sensibilidad inherente al tacto, u observarme ama del engarce emotivo de mis tejidos internos. Ya no. Ya solamente mi lucha había sido en aras de la extinción, de poder consumirme en la nada y, así, dejar que este insondable sufrimiento que arrastraba (sin remedio y con una amargura que no lograba mezclarse en el anhelado destierro, implorado desde el fatídico día de Nochevieja), acabara, por fin, disolviéndose en los túneles excavados de la montaña, de los que no hay salida. La fuerza inconmensurable de la montaña siempre había sabido penetrar en mí, rellenar mis huecos, pero ya no. Ya no había ingrediente en las palabras que dilatan el pensamiento, ni condimento que se esparciera entre los latidos del espíritu que pudieran colmar los vacíos de mi alma arrojadiza; era la auténtica vacuidad de mi corazón transportada en el viento irrespirable de esta perpetua melancolía. Estaba mi corazón raspado, golpeado y pisoteado por la misma vida que me tocaba sufrir.

Todo lo que yo era se había resquebrajado en mí. El incesante dolor del recuerdo había sucumbido hasta mis entrañas. Con denotado tesón, quise borrar la terrible memoria de lo acontecido; quise sepultarla bajo el bordado que mi mente seguía trenzando, para lapidarla, para enterrarla, para aniquilarla, sin conseguirlo. Desde aquella horrenda madrugada, el arcón de mi ajuar se fue tejiendo con los hilos imperturbables del pánico, ausente como me sentía de cualquier pálpito que, sin embargo, me hacía seguir viviendo con una extrema angustia en la que, con cada inspiración, me parecía estar rozando mi último aliento. Un luengo aguijón se me clavaba ahí donde la ebullición sentimental se vuelve abstracta.

Desde luego, ni aun con las propiedades medicinales de la valeriana me recompondrían, pero podría utilizarlas con otro propósito. Y es que aquella supurante incisión que no paraba de sangrar —con más abundancia si cabe tras cada ocaso que tapizaba el cielo en contrastada penumbra—, quemaba más en las costras de mi herida (no sé ni cómo lo soportaba; lógicamente, con un extenuante sacrificio por mi parte, además de una acrecentada tortura), porque debajo de mis sayas —aunque fuera un secreto oculto bien disimulado — comenzaba a vislumbrarse un nuevo ser que quería gestarse y nacer en esta inhumana cuna. No sabía, realmente, qué era lo que había pasado por las órbitas que revoloteaban dentro de mi cabeza cuando mis sucesivas faltas empezaron a persistir. Las ruedas giratorias de mi mente no hacían más que hacer virar el molino en contra. En algún lugar inaccesible de mi propia conciencia, me decía a mí misma: «Azucena, tranquilízate. Piensa con claridad. Serán retrasos. ¿No ves que es inaudito, cómo vas a estar preñada de…, de ese al que no osas

dirigir la mirada ni tan siquiera un ápice?». En el momento en el que llegaba a ese punto crucial, intentaba, con todo el valor que fuera capaz de sacar, olvidarlo y esperar a que una mancha rojiza ensuciara mis enaguas. No obstante, no sucedió: mis prendas interiores continuaron blancas e impolutas. Más adelante, me cuestioné lo siguiente: «¿Vas a concebir un engendro? ¿Estás dispuesta a permitirlo?». Fueron estas constantes deliberaciones las que me llevaron a aprovechar las múltiples cualidades de las plantas medicinales, para poder deshacerme definitivamente de aquella minúscula lenteja que estaba desarrollándose, con creces, dentro de mí; una criatura que quería ser alumbrada al mundo si nadie le ponía el impedimento preciso.

Así que no tuve más remedio que tomar una drástica decisión: había escuchado que la valeriana también podía interferir en preñeces no deseadas si aumentaba su proporción habitual, y, por supuesto, estaba dispuesta a aplicar sus funciones; esa criatura no podía nacer de tan repulsivo trato vejatorio y violación cometida. No sabía por qué extraña razón no podía irme al mundo donde moraba mi madre; no sabía qué era lo que me detenía ni por cuánto tiempo lo haría, quizá me atemorizaba el fuego del infierno. Era muy consciente de que, si cometía aquel pecado que tantas veces se me pasaba por la cabeza, no me reuniría con ella ni con el resto de mi familia; quizá fuera eso lo que me retuviera en este tránsito atormentado que me deparaba la existencia. Sin embargo, haría lo que fuera para que ese ser que se formaba en mi vientre dejara de existir, desapareciera.

Aquella noche me tomé la infusión de valeriana, añadiéndole la dosis necesaria para que sus propiedades abortivas fueran totalmente eficaces y tal fin se cumpliera, haciendo que la gestación se interrumpiera de inmediato. Mis párpados se fueron cerrando, paulatinamente, con cadencia, como si atesoraran la carga de un pesar desconocido, el cual, había ido suministrando largas túnicas de desesperación, ribeteadas con la pasamanería de la pena y la desolación e incrustadas, a su vez, en el íntimo espejo de mi ser; cuyo escarbado reflejo solo se divisaba en la atemorizada umbría de los cielos escarpados, aquellos que dibujaba la noche.

27

EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. OTOÑO DE 1886

El caótico eslabón de los años por venir ha ido pasando, silencioso y cauto, sin prisa, pero sin pausa tampoco, hasta acabar trocando mis anquilosados huesos en esta sombría estancia que hoy me acoge en su recinto. Las arrugas que jalonan, ahora, cada pliegue de mi delicada piel e inmaculadas facciones, fueron colonizando, al mismo tiempo, casi sin poder reparar en ello, los delirios de toda una vida a cuestas; una existencia en la que el brío del oleaje interior ha ido frunciendo, replegando y estrechando, también progresivamente, los deseos que forjaban mi horizonte y los sueños derramados entre mis sutiles pensamientos, porque ambos han ido recubriéndose, en el divagar del tiempo transcurrido, con el impenetrable escudo del granito.

He estado unos días ausente debido a unas fiebres a las que ya he ganado la batalla; sin embargo, ahora mismo, he creído enloquecer pensando que volvían a exaltarse las calenturas y, en consecuencia, he temido que mi mente retornara otra vez a ese estado de no poder regir con fluidez: como me ha pasado estos días de atrás, fruto de la elevada temperatura que ha soportado mi frente. En cambio, en este mismo instante que me rodea, estoy perfectamente y aliviada por ello. No han sido solo las lindezas de mi cuerpo las que me han llevado a abochornarme de este modo; porque, asimismo, e irremediablemente, han sido también las propias aletas de mi corazón las que han sentido el duro impacto de mi lucidez mental: se han desparramado en múltiples direcciones sin saber a cuál sería mejor agarrarse; se han rajado como una vidriera apedreada, ya que la brecha que quedó para siempre inconclusa, ha rebrotado para abrirse implacable en mí.

Me acerco, todavía renqueante y debilitada por los efectos de la fiebre ya pasada, a la arcaica y tosca ventana. Me cercioro de que nadie ande merodeando por ahí y, de puntillas, abro con fuerza sus postigos para observar los inciertos caminos de la noche estrellada. Siempre fui devota del mundo exterior, de ese lado del marco desde el que podía correr libre, sin trabas ni encajes que guardar. Lo más ignoto del valle me reclamaba; su eco evocándome retumbaba en mis oídos, me llamaba a la aventura. Escuchaba cómo silabeaban «Azucena» todas las aves del Prepirineo, intuía cómo las grutas de la montaña lo coreaban al unísono y cómo en el

magnético mirar de la loba se reflejaba con brillo esmerilado. Nunca supe aceptar los corsés que nos imponían a las mujeres, sin dejarnos respirar ni rechistar; nunca ocupé la alcoba del pájaro de canto apagado, el que se balancea tras indestructibles barrotes, porque siempre fui ave celestial: supe recortar los grilletes que me asían, me agarraban, me atrapaban, me aferraban a la colmena familiar, para enramar mi tronco solo con el de Amancio, exclusivamente con él.

El insomnio me mantiene ahora en estado de vigilia. A intervalos, logro cerrar mis ojos, pero cualquier onda de sonido que llega hasta mí, por leve e inapreciable que sea su acústica, me obliga a abrirlos de nuevo a los tambores del mundo y a los que ocupan mi cabeza, mortificándola y dejándome en vela. Ahora, han sido las distantes voces de los mozos trajinando en el mercado —que se encuentra próximo a este edificio en el que me hallo— las que han debido de sacarme de mi ligero sopor, ya que el trasiego diario de un sinfín de vendedores preparando la mercancía que ofrecerán: viandas o enseres, así como toda clase de existencias, se inicia muy temprano, todavía en medio de la madrugada, cuando arriban con sus carros cargados de los codiciados productos que han de vender después. Ahora, con ese murmullo de fondo apenas perceptible, el candelabro tenebroso de esta noche ciega que me acompaña, me ha traído dolorosos recuerdos que quise con ahínco desechar, y no pude. Son retazos de un pasado que vuelvo a releer, formando nuevas y devastadoras imágenes en la memoria de un pergamino que ya está ajado, y que, no obstante, torna para relumbrar en mis adentros, haciéndolos pedazos en este rompecabezas que ha fomentado mi vida.

Las heridas se expanden y regresan a mí con una energía desmesurada, inusitada, queriendo rasgar, una vez más, la metálica malla que ha ido resguardando mi alma fracturada.

Todavía aquellos perversos hechos (de los que jamás he logrado desprenderme) me causan pavor, paralizándome y quebrando todo en mí, hasta el último nervio de mis fibras capilares. Aquella brutal hemorragia que descompuso todo mi ser entero, todo lo que yo era, obviamente, nunca consiguió sanar, ni siquiera llegó a suturar un poco mi piel interior, escocida hasta insondables límites. Pero el bagaje del acontecer y los designios del viento que ulula cada día, me llevaron a tomar una nimia distancia de aquel acontecimiento que partió mi vida en una cicatriz insuperable; pero tan solo fue una ínfima lejanía que acabó de servirse en ruptura. Y se ha vuelto a resquebrajar cuando mis ojos se han posado en los renglones de mi antiguo diario. Ahí, mi corazón ha explosionado de llanto acumulado; ahí, mis pupilas han despertado de su ceguera, inundando las amarillentas hojas de este cuaderno —que sostengo en mis manos temblorosas— de intenso e insoslayable pesar.

La cabeza me va a estallar al tener que revivir, después del trajín de la edad y los años transportados, aquellos espeluznantes y horrendos sucesos.

Solamente tenía diecisiete otoños en aquella despedida de año. Sin embargo, no hubo ya ningún nuevo renacer para mí. Desgraciadamente y sin olvido posible para mi abrumadora desdicha, había sido mancillada por ese despreciable, el innombrable. A partir de entonces, no fue más que don Abelardo; un cacique como tantos aprovechándose y abusando de una pobre e inocente criatura. No sé cómo ni por qué incógnita razón conseguí salir de aquel inmundo laberinto en el que la vida ya no merecía la pena, pero lo hice: aquí estoy como testigo para que algún día tú puedas entenderlo de alguna forma factible; deseo que la haya o que la busques si hace falta. Aunque lo peor de todo, sin duda, era que estaba encinta de él; de ese energúmeno con los sentimientos enquistados por la más terrible de las maldades, y yo no podía confiar en nadie. ¿Quién me habría creído? Era sangre de su propia sangre, ¿cómo iba a contar la desproporcionada y atroz fechoría que había cometido aquel malhechor sin escrúpulos, sometiéndome para dar rienda suelta a sus obscenos deseos sexuales? ¿Cómo podía hablar sin censura de su repulsiva conducta incestuosa? Era como navegar por las escenas atemorizantes de un sueño, intentando, con increíble empeño, despertar. Por el contrario, esa pesadilla me aturdía día y noche, al igual que ahora vuelve a tornar, se reanuda. Aun así, voy a penetrar en esos amargos recuerdos tras esta tela de tinieblas con la que, insaciables, las horas de la madrugada quieren envolverme; porque ya mi sangre fluye lacerante y necesito recomponer el fatal lienzo que, inmisericorde, enmarcó las fauces de mi vida y encauzó el ferrocarril de un destino que no había sido escrito.

28

VALLE TENEBROSO DEL PREPIRINEO ARAGONÉS. ALGUNA SEMANA MÁS TARDE

La tarde había comenzado su precipitación al vacío, igual que yo: los dientes de la noche se hincaban, afilados, entre el parpadeo estelar, del mismo modo que los niños, que mordían de rabia y castañeaban de miedo y pesadumbre. La losa de las tinieblas merodeaba en la opacidad de un ocaso que también se cernía sobre mí, apresándome en un suplicio para el que ya no existía vela alguna ni luciérnagas con que alumbrar. Estaba apoyada en el quicio de la ventana, cuyas hojas minuciosamente labradas mantenía abiertas, para poder insuflar, aunque fuera, una pequeña porción de oxígeno que me sostuviera con un resquicio de vida, aun dudando ya de que eso fuera a ser posible con el sufrimiento apelmazándose en mi pecho, así como absorbiendo las vertientes de mi lánguido palpitar.

Ahora era noche cerrada, y la desconcertante oscuridad que contenía en su velado séquito moteado de estrellas, me producía escalofríos y pánico a un tiempo. Ya no era capaz de intuir nada más allá de esa incontenible negrura que, absorta, contemplaba al fondo de esa estampa apagada que se veía al otro lado de la frontera, en el universo de fuera. Paradójicamente, era precisamente en ese mundo foráneo en el que había encontrado la más elevada y colosal de las dichas, revoloteando, como un intrépido y pasional insecto, junto a mi amado Amancio. Con él había recorrido los manjares más selectos de la vida, rebosantes del amor que nos nutría; abrazada a él había acariciado los sentidos más notables del placer, sintiendo su calor en cada roce de mi piel; a su lado había comprendido la autenticidad de un amor puro, alejado de tantos y tantos convencionalismos y conveniencias, porque nos habíamos amado con los verdaderos sentimientos, expuestos el uno al otro, regalándonos la vida y dotándola de motivos para estar siempre enlazados.

Pero ese innombrable que hizo de mí un ser ausente de todo, inerte, carente del tambor de los latidos y con gran escasez de pensamientos coherentes; ese abominable individuo que había borrado, en un solo soplo, cualquier llama que encendiera todo lo que fui y lo que soñé antes de aquel nefasto día; ese engendro que contenía mi estirpe quería que me ahogara, sin remedio y

amargamente, en mi propia cascada interior. Quería que me sumergiera en las cataratas que fluían ahora, con hondo pesar y sin parar, por mis arroyos internos. Quería que naufragara tras el rastro de mis irrefrenables lágrimas, porque el molino que hacía girar mi vida se había tornado estático; porque las calles de Altospinos habían cerrado todas sus salidas; porque mi reloj se había parado en el umbral del túnel que me acechaba.

Las infusiones de valeriana, ante mi penoso desconcierto, no dieron resultado alguno, todos mis intentos fueron en vano. Había pensado mucho en todo este tiempo, calibrando las mejores opciones que podrían albergar los complejos entramados que volteaban por mi mente, una y otra vez. Había intentado que los fondeados hoyos de la desesperanza no acabaran atrapándome, lanzando al vacío mis meditadas reflexiones. Sin embargo, no había cura posible en este mundo de Dios para una enfermedad tan letal, como la que estaba desarrollando bajo las capas de mi vientre; allí crecía, agrandándose cada día, más y más, una criatura inofensiva y libre de toda culpa, pero que yo no podía, por ningún motivo, dejar que este mundo la arropara, alumbrándola. No, esa criatura que se formaba dentro de mí, que se moldeaba en mis entrañas, jamás tendría nombre. Nunca le dejaría nacer.

Mientras mi hermana Blanca dormía, parecía ser que sumida en un sueño profundo, me escabullí por última vez de aquella casa que solo había sabido aprisionar los vuelcos de mi corazón con infranqueables cerrojos. Bajé descalza las escaleras, una a una y con desmedido sigilo, para evitar despertar a nadie que pudiera poner el grito en el mismísimo cielo y la voz de alarma entre todos los presentes. Cuando salí al fresco rocío que, aún a comienzos de junio, exhalaba el vapor de la noche, sentí retales de hielo despedazarse por todo mi cuerpo, que no en mi débil palpitar que los asilaba ya; de hecho, desde meses atrás la envoltura escarchada de los sentimientos lo habían dejado completamente congelado, sin forma ni elasticidad: era un órgano amorfo fragmentándose y destrozándose de parte a parte, enfermo en todo su íntimo retumbar.

La sensación de frío que noté en aquel instante, fue porque apenas vestía la finísima y transparente tela de la camisa de dormir. No importaba, ya no importaba nada, todo aquello que un día había cobrado sentido se desvanecía ahora, como una estrella fugitiva cuyo resplandor pasa efímero rasgando el techo celeste; todo lo que un día fue, pertenecía al momento pasado, a un baúl pretérito en el que ya nunca rebuscaría; todo lo que había reflejado el rostro pincelado de mis adentros, se esfumaba inevitablemente, hallando su cristalino mirar en un riachuelo que reflectaba una lobreguez total, inconmensurable y desconocida.

Comencé mi carrera sin tregua, adentrándome en la espesura del bosque bajo un toldo de turbadora penumbra. La gasa de las tinieblas empezó a evaporarse ante mí, mostrándome un cielo cubierto de oscuridad en el que no obtendría cabida. Un paso adelante y mi madre no podría esperarme, junto a todos mis antepasados, en el reino del Señor.

Qué más daba, todo carecía ya de sentido en este recorrido terrenal de punzante padecer, feroz martirio y con la pesadumbre polinizando el profundo socavón surcado en mis entrañas, que continuaba anidando a esa criatura que, lejos de rendirse, pugnaba por la supervivencia.

Apenas sin aliento, llegué a la poza del río Regal donde tantas y maravillosas veces nos habíamos amado mi Amancio y yo, tiempo atrás, con nuestros corazones solapados y brotando de plenitud. Aproximé mis pies a la orilla y noté mi fina piel lamida por las burbujas del agua reposada —traslúcida durante las horas diurnas—, que estaba completamente gélida. Me retiré, retrocediendo unos pasos, y vi mi estela grabada en la blanda tierra que bordeaba el río; pero deshice, en el acto, cualquier advertencia que esas pisadas mías pudieran traer de nuevo a mi cabeza, ya que, aunque las marcas quisieran simbolizarme el arraigo, mi objetivo estaba trazado y era inamovible. Decidí cambiar de estrategia, puesto que no iba a ser nada fácil sumergirme, sin mirar atrás, en aquellas aguas polares como un témpano del norte más septentrional. Di la vuelta hasta llegar a una hondonada del bosque y, prácticamente a tientas, guiándome por el fulgor de los puntos celestes, conseguí subir unos peldaños de la ladera de la montaña para lograr situarme por encima de la poza, pero en un ángulo lateral que se despeñaba sobre un barranco mecido a mis pies. No me di ni siquiera un ápice de tiempo para pensar nada, la drástica decisión estaba tomada. Inspiré aire para insuflar el fuelle de mis pulmones una vez más y, cuando fui a cerrar los ojos para precipitarme a ese inhóspito vacío que ya me esperaba, una aparición transitoria que recorrió mi campo visual con celeridad extraordinaria, me hizo detenerme de súbito.

No podía creerlo, delante de mí, como una pétrea estatua, estaba la loba de ojos verdes mirándome con fijeza, respeto e, incluso, parecía compadecida. Le insté para que se marchara, pero no tuve éxito. La loba continuó allí un buen rato más, cercándome el paso, como si, de algún modo, ella hubiera comprendido lo que yo había estado a punto de hacer, como si entendiera todo lo que significaba el querer arrebatarse la vida a una misma; asombrosamente, era como si lo supiera y estuviera previniéndome, llevándome a alejar esos pensamientos y haciéndome cambiar de idea. No sé por qué, cómo, ni

de qué manera pudo ocurrir, pero me convenció. Sin sobresaltos, me giré; fue como si ella me hubiese indicado el camino que debía escoger, como si me hubiera señalado que el sendero correcto era el de regreso a casa. Creo que realmente fue el brillo que refulgía en esa mirada de jade; inserta en el pleno manto oscuro de aquella noche. No recuerdo ahora qué meditaciones serían las que solaparon mis pensamientos aquel infernal día pintado de negro, lleno de demonios interiores que jugaban conmigo; no puedo acordarme por qué en el último segundo había elegido abortar aquel plan, donde no hubiera tenido ni sepultura ni cabida en la nebulosa del Señor, a la vera de mi añorada madre. Mi memoria se había diluido en esas perturbadoras horas sin saber por qué. Al final, seleccioné la opción en la que la impresión de mis pies, desnudos y descalzos de toda alegría, sumidos en la más absoluta melancolía y arañando una gran tristeza, continuarían calcando mi huella en esta desalentadora vida; aunque tuviera que seguir lidiando con las nieblas oscuras de un firmamento que, a mí, lejos de eclipsarme con su lámina de luminoso diamante, solo me ofrecería caminos moteados de bruma.

29

EN LAS PENUMBRAS OCULTAS DE LA MONTAÑA PREPIRENAICA. JUNIO DE 1868

Desde aquella angustiosa madrugada, las noches prácticamente en vela se habían ido sucediendo, mostrándome los horribles pasadizos del desaliento pensara en lo que pensara, desde aquellas fatídicas horas en las que intenté y, más aún, me esforcé en desaparecer de la faz de esta inmunda tierra y no pude, abrasada por una indescriptible fuerza oculta que me hizo retroceder, el paso de los días había ido rumiando en mí alguna desembocadura factible, discurriéndola, masticándola ante este insano lamento que me iba devorando a cada instante. Apenas había transcurrido una semana desde entonces y, como si hubiera implantado un férreo ritual religioso, cada día mientras desayunaba observaba, con denotado disimulo, los rostros de los miembros de mi familia. Sobre el regazo de Melisa, mi hermanito pequeño, Evaristo, aún mamaba tranquilo de los abundantes pechos de la nodriza. Sin embargo, y aunque me daba mucho apuro comentárselo a mis hermanas —claramente, se asustarían—, tenía la sensación de que este niño continuaba enclenque; su palidez era un rasgo habitual en su delgada carita, y a sus ojos les faltaba brillo, como si carecieran de la vivacidad propia de un zagalillo de su edad. Seguramente, serían solo conjeturas mías, porque últimamente el negro lo revestía todo a mi alrededor, como si viviera en una hermética caverna. Mientras el dulzor del chocolate impregnaba de sabor mi lengua, las miraba con mucha discreción; las miraba de cerca a ellas, a mis hermanas, estudiando sus gestos y sus maneras aprendidas, inculcadas con la recta conducta de doña Adelfa y la caritativa obra primordial que nuestra anhelada madre tenía que habernos enseñado: ser buenas cristianas, con virtud y decoro para alcanzar la meta del matrimonio estipulado. Esa fue su auténtica misión en esta pradera de lágrimas que nos respaldaba; la cumplió bien con ellas, en cambio, no tuvo tanto éxito en lo que a mí se refería. ¿Qué haría ahora ella si pudiera saber de quién era esta semilla que seguía, inmutable a todos mis desvelos, creciendo en este vientre mío que se iba ensanchando? ¡Virgen santa! Cada vez que lo pensaba un sinfín de retorcijones recorrían, raudos, mis entrañas, y acababa vomitando, evacuando mi ansiedad junto a mis espoleados

sentimientos; era, realmente, como cuando no podía entender, ni quería tampoco comprender, que una extenuante y extrema pobreza maltrataba a niñas y niños insuflándoles el letal dolor de la enfermedad. Aquel día, ya lejano, en el que vi de frente la miseria y la impotencia en los febriles ojos de aquella niña que después falleció, saqué y arrojé las tripas desencajadas que habían herido mi corazón; fue exactamente igual que me ocurría ahora al rememorar las lecciones de mi madre: un revoltijo de sentimientos encontrados me hacían expulsar lo que llevaba dentro y, sin embargo, aquello que querría, de una vez por todas, eliminar, era constante y continuaba ahí, brotando como un enraizado tallo y madurando en mi interior.

Contemplaba, puntillosa, la fugaz mirada que me dirigían de cuando en cuando mis hermanas: Verónica desde su pedestal de gobierno instaurado en la casa; Blanca dejando vislumbrar ese atributo tan suyo de bondad y devoción, exculpando siempre a todos de cualquier hecho que hubieran podido cometer. Pero las retinas de ambas resplandecían, enviándome una señal de afecto y confianza que no había encontrado más que en ellas y en mi madre, ni siquiera en Camelia que, cada vez, parecía más alejada de mí; quizá mi madre tenía razón respecto a que pertenecíamos a mundos opuestos, imposibles de trenzar, y que difícilmente se podrían disolver en uno solo. Por lo contrario, para mí seguían representando universos paralelos que, más tarde o más temprano, confluirían en uno donde las oportunidades se fijaran en los mismos parámetros, provinieras de donde provinieras. De todas formas, también esa impulsiva energía para transformar lo que ya estaba dictado, se había desvanecido en mi rasgado sentir, vistiéndose de un mural ennegrecido. Estos días de retumbares oscuros latiendo en mi interior, se me había pasado por la cabeza que aquel infausto despido de Narcisa; aquel propiciado por el innombrable que la echó rápidamente de nuestra casa a cajas destempladas, y Jacinta, su apesadumbrada madre, estuvo llorando durante días; pues bien, resulta que se me había ocurrido, varias veces, cuál pudo ser el turbio motivo de semejante desfachatez por parte de don Abelardo: tras repetidas cavilaciones, había llegado a pensar que, al igual que hizo conmigo, se hubiera podido propasar con ella como una auténtica bestia colérica y la hubiera dejado también encinta. Esa era mi conclusión y… ¡que Dios me perdonara por estas meditaciones!

Cada mañana, cuando los ramilletes destellantes del sol inundaban de policromía las paredes de la alcoba, intentaba salir de este pétreo corsé que me atrapaba, envolviéndome de óxido y dureza; porque necesitaba susurrar a mis hermanas la sangrante herida que padecía y escondía conmigo. Sin embargo, en el momento en el que me disponía a destapar mis confidencias, el silencio acababa tapizando cada ínfimo

hueco de la alcoba, dejándola vacía de palabras; un vacío instalado entre mis corredores más profundos, donde solo la perpetua mudez de lenguaje e intrínsecos sentidos tenían cabida.

Durante toda aquella semana con el dulce perfume de junio acariciándonos las mejillas, aunque ya ni siquiera la magnética fragancia podía cautivarme, estuve escudriñando a mis hermanas; también a mis hermanos, sobre todo, a Valero, que estaba hecho todo un hombrecito, con pose y compostura incluidas, lo que me indicaba que llegaría a ser ese hombre de negocios que don Abelardo requería; pero ese monstruo no intuía, como yo, que Valero despuntaría por su templanza, sí, la cual se iba viendo en ese porte heredado, aunque, asimismo, su penetrante mirar estaba colmado de honestidad, de buenas acciones y de blando palpitar, todo lo contrario a la perversa maldad del innombrable; un individuo con el que jamás volvería a cruzar mi desolada mirada, y en el caso remoto de que así fuera, mi cristalino languidecería y se acidificaría cegándose por completo, indudablemente.

Al día siguiente, con un intenso cromatismo anaranjado traspasando la ventana y acomodándose en los resquicios de nuestra alcoba, me giré rotundamente hacia Blanca, que todavía estaba recostada en la cama.

Aún con la camisa de dormir, me incorporé, apoyándome en la rejería de forja de mi cama y dejando mis pies colgar descalzos sobre el pavimento entarimado. Noté cómo el frescor de esas horas embadurnaba la planta de mis pies; daba igual, lo único importante ahora era abrir los hilos que bordaban cada uno de los tejidos sueltos de mi corazón hasta depositarlos en Blanca. Aunque el incrustado secreto que sobrellevaba sola se me atragantaba tal como una perla en medio de la garganta, y no iba a poder desahogarlo de mis lastimados conductos; aunque iba a tener que seguir cargando con esa pesada losa a cuestas, abriría el candado de mis sentimientos hacia ella, porque era mi alma gemela, Blanca era ese espejo cóncavo en el que me sabía reflejada.

—Blanca…, Blanca… —estaba profundamente dormida—, ¡despiértate, Blanca! ¡Tengo algo importante que decirte!

Mi hermana despertó de repente, un tanto sobresaltada, además.

—¿Qué quieres, Azucena? No sé qué mosca te habrá picado… con lo pronto que debe de ser aún. —Todavía intentaba habituar sus esmeraldas ojos a las iridiscencias que traía el amanecer.

—Solo quería comentarte algo que lleva oprimiéndome el pecho demasiado tiempo.

Blanca se restregó los párpados y me miró fijamente entonces.

—No entiendo qué es eso que quieres contarme y que te desvela a estas horas intempestivas. Pero sea lo que sea, estoy aquí para

escucharte, hermana —salió de su cama y se sentó a mi lado, abrazándome con fervor y, después, rodeándome la cintura con sus brazos—. Dime, por fin, lo que te preocupa. Lo llevas ahí dentro —señaló mi estómago, sin conocer lo que, en ese minúsculo espacio, crecía imparable—; sé que te lo guardas para ti, pero yo no soporto ver esa honda tristeza que arrastras últimamente, untando tu cara día y noche de abrumadora melancolía. ¿Qué es lo que te pasa, Azucena? Confía en mí.

En aquel momento, crucé mi mirada con la de ella, sin poder evitar que un inesperado torrente fluyera por mis blancas facciones, al igual que una almadía corre, imperturbable, por los rápidos del río sin tan siquiera frenarse en los saltos de agua que sus troncos brincan y sortean.

Con voz llena de quebranto, le dije:

—Blanca, eres una muchacha maravillosa, nunca lo olvides. Te quiero mucho…

Me interrumpió en seco.

—¡Claro! Ahora lo entiendo. —Llevándose las manos a la cabeza, musitó—: Todo este malestar tuyo es por ese abejero… El tal Amancio. La verdad es que pensé, como ya no lo nombrabas, que lo habrías olvidado. Vaya que había sido un amor esporádico, pasajero, al que te había llevado tu incorregible impulsividad y… estaba realmente equivocada, porque la pena que acumulas es por él. Te encuentras en ese afligido estado desde su acelerada partida, cuando tuvo que alistarse en las filas del ejército, ¿no es así? ¿Es esa la causa por la que estás tan abatida, por la marcha de ese zagal?

¡Madre mía! No tenía tiempo ni ganas de explicarle todo aquel maremágnum de acontecimientos, acaecidos vertiginosamente en un cúmulo de infortunios, que se encadenaban unos a otros en una rítmica cascada, irremisiblemente; así que fui directamente al grano de la cuestión. Ni ella ni Verónica ni nadie más de la casa que no fuera don Abelardo, habían tenido constancia de mi amor prohibido e hirviente con mi amado, hasta la saciedad, Amancio. Sí es cierto que, al principio de palidecer por él, de fundirme en cuerpo y alma con mi amor verdadero, hice partícipe a Blanca de lo que mi corazón albergaba: le esperaba a él, le aguardaba a él en mí, siempre. Sin embargo, Blanca pareció poner aquel día el grito en el cielo, y yo decidí no involucrarla más, viéndome obligada a dejar de referirle los detalles de ese amor puro y apasionado que sentí en plenitud, pero que estaba terminantemente vedado y proscrito tanto para nosotros, como para aquel o aquella que osara regalarnos su complicidad; no me quedó alternativa, fingí también ante ella, sin dejar que, en su presencia, sobresalieran mis desbordantes impulsos por Amancio, ni tampoco una sola frase aludiéndole.

Tragué saliva, levanté la cabeza y me dirigí, de nuevo, a Blanca.

—No, no es eso que piensas. Amancio quedó en el recuerdo más recóndito de mi corazón.

—Pero…

Posé mi dedo índice sobre mis labios, para darle a entender que callara. Lo que tenía que decirle no iba a ser fácil, y debía comunicárselo de tirón, sin pausas.

—Quiero que sepas que cada pieza que compone el rompecabezas de mi vida, es también tuya, porque me complementa; que cada puntada con que has adornado la sedosa urdimbre de tu encaje, es también mía, porque la hemos prendido juntas; que cada uno de los latidos que irrigan nuestros corazones, nos pertenecen por igual a ambas, porque nuestra corteza unida siempre flota conjunta, partiendo de la misma raíz que comparte el fondo de nuestros adentros más fluidos.

Cuando terminé de hablar, húmedos arroyos brotaban ahora de las pupilas dilatadas de mi hermana. Aun así, proseguí; tenía que expresarle aquello que ardía dentro de mí, quemándome como un volcán en ebullición.

—Te voy a confesar que he amado, con explosivo deseo, a Amancio —sus lágrimas siguieron escurriéndose, si bien su rostro demudó algo en un gesto que parecía de sorpresa—. Pero tú eres esa otra persona a la que amo incondicionalmente; eres mi mitad, mi parte oculta del espejo, porque sabes reflectarme todo lo que anhelo. Tú bordas de sentimientos el telar de mi horizonte. Te lo repito: te quiero, Blanca.

No hubo ya más palabras entre nosotras dos (admito que yo las había estudiado bien antes de pronunciarlas; de hecho, quise casi recitárselas, para que las tuviera bien presentes); solo el incandescente resplandor de un hechizado lago, nos devolvería siempre la límpida mirada al otro lado del océano, tras las escarpadas montañas o cabalgando en las olas de un mar que, aunque ahora yacía en nuestras lágrimas, remontaría situándose en su cresta más izada: la que alzaría nuestra mutua imagen.

Necesitaba verla en mí, acariciar su sincero consuelo en mi alma perdida, muy a pesar de que mi insondable sentir se había estancado, vagando con un letrero roto, demacrado y decrépito en pos de quién sabía ya qué; muy a pesar de la vacuidad que ondeaba las frágiles órbitas de mi corazón vapuleado; porque, al igual que un corzo herido y debilitado se cobija tras el abrazo del matorral intentando escapar de su impune y vil agresor, yo deseaba refugiarme detrás del manto de mi hermana Blanca. Ansiaba, como nunca antes, el suave roce de sus ramas obsequiándome asilo; ansiaba su calor fraternal en mí y hacerle llegar mi mensaje de amor, aunque todo mi ser continuara en

desalentadora ruptura, sin rumbo y en absoluta soledad, navegando ausente en una balsa hueca a la deriva del mundo.

30

ENTRE LAS TINIEBLAS QUE CUBREN EL VALLE DE ALTOSPINOS. AL DÍA SIGUIENTE

La noche denotaba un silencioso matiz opaco en todo su contorno. No había estrellas que colgaran semejando un collar de nacaradas perlas inundando el firmamento, solo una mortecina oscuridad me subyugaba, atrapándome en su filo de quietud hasta los confines de aquel universo que quería negármelo todo; no había ya luz que pretendiera guiarme, ni candela ni lucerna ni brillante parpadeo que supiera encender mis aletargados sentidos que, a estas alturas, se hallaban prácticamente desfallecidos. El quinqué que alumbraba los albores de mi incierto destino, parecía haberse quedado sin mecha y sin llama que prender. Era como si se hubiera contaminado de un gas irrespirable que rondara en derredor, solo que, igual que la cera de una vela, todo en mí se consumía y corrompía a un vertiginoso ritmo; aún me atrevería a decir que todo ocurría a un compás completamente inalcanzable.

Aquella madrugada donde la negrura permanecía plena, disipándose hacia cada recodo del camino, conformaba el tapiz propicio para urdir en él mis más descabellados planes; un sinfín de arriesgados propósitos que, sin embargo, llevaba pensando y reflexionando en ellos pacientemente, además de hacerlo de forma muy calculada y premeditada, desde aquella infernal noche en la que a punto estuve —solo me faltó un ápice— de arrojarme al barranco que demarcaba el talud natural del río Regal.

Por lo menos, el arcano tono que permanecía impasible dibujando el espeso bosque de aquella noche, habría de ayudarme a alcanzar la desesperada meta que me proponía. Ramas de insoslayable tristeza recorrían, de parte a parte, todo mi ser, extendiéndose, enracimándose y formando nudos en mi alma más oculta; tallos de profunda melancolía brotaban en mis cubículos internos, parasitando y colonizando hasta la última de mis partículas vitales; una enorme corteza leñosa había ido recubriendo cada una de mis venas y arterias, hasta acabar solapándose en las vulnerables mucosas de mi corazón, donde lágrimas acristaladas se habían incrustado sin retorno, al igual que mis broches y pendientes albergaban piedras preciosas imposibles de retirar.

Sin embargo, y muy a pesar del insoportable dolor que cohabitaba conmigo día y noche, que ya siempre me acompañaría como un molesto y lacerante compañero de viaje; muy a pesar de que en mis entrañas llevaba una criatura transeúnte de la que no había conseguido desarraigarme (por mucho empeño que hubiera puesto en ello), sino que, en cambio, se aferraba con inusitada fuerza a los fluidos de mi vientre, creciendo y germinando en él y, por tanto, en mí misma; a pesar de tan fatídicos y funestos impedimentos que se me habían impuesto forzosamente, levantando una elevada muralla rellena de obstáculos delante de mí, continuaba atravesando esos inabarcables baluartes porque, por más que me pesara, tal como si acarreara un tejado entero de losas, toda mi persona, aunque se mantuviera en estado ausente, seguía existiendo en este mundo cruel —pues todavía lograba respirar a cada inspiración emitida—, y mi vida transcurría según su curso.

Había pasado media noche en vela; así me lo había propuesto anteriormente para conseguir llevar a cabo todos mis objetivos. Ya acercándose la anochecida, recogí mi diario, anotando mis últimas experiencias vividas en ese cuaderno emborronado que antaño había sido un lienzo en blanco; un pentagrama en clave de silencio al que decidí dotar de la música de mis palabras y acordes más íntimos. En aquellas páginas, había plasmado con sumo detalle todo lo que me había sucedido, desgraciadamente, hasta el momento. No eran simples garabatos ni locuras de aquella muchacha rebelde que había sido siempre (la ruptura del yugo normativo, el cual me oprimía al igual que el asfixiante corsé, era algo que se había agitado constantemente en mi sangre como un inquieto enjambre; tanto era así que mi flujo sanguíneo se oxigenaba cuando quebrantaba esos obsoletos patrones estipulados, y entonces yo me liberaba de tan desmedida compresión que a las mujeres nos instauraban); no componían sus letras las canciones del pequeño desahogo de una señorita acaudalada y de buena familia de renombre, ni mucho menos, sino que aquel lenguaje, tan desconsolado y sincero, lo habían dictado mis exaltados sentimientos desde mi más impenetrable desamparo. Cada una de aquellas cuartillas contenía todas aquellas confidencias que no había sido capaz de compartir con quienes más quería —aparte de Amancio — en este injusto universo que nos orbitaba: mis hermanas.

Ellas nunca sabrían del calvario que transitaba por mis maltrechos adentros, ni siquiera intuirían la existencia de mi cuaderno; porque decidí, de inmediato, deshacerme de aquel legajo de infortunios encadenados que quiso grabar mi tinta con mi incontenible amargura.

Cuando el ocaso comenzaba a correr su amplia cortina sobre los últimos aletazos del día, me encaminé al jardín y, recordando exactamente dónde habíamos soterrado tiempo atrás el cordón

umbilical de mi hermano Evaristo, en aquel ritual aprendido que repetíamos de generación en generación aguardando la fortuna de buenos augurios, busqué ese mismo lugar y empecé a cavar en la tierra; arañándola con mis uñas y apartándola con mis manos hasta que un ínfimo hueco quedó a la vista. Entonces observé a mi alrededor de soslayo, esperando que ninguna mirada indiscreta se posara en la diminuta fosa recién excavada, y que tampoco hubiera nadie merodeando por aquel entorno. Cuando me aseguré de que mi soledad era absoluta, saqué mi cuaderno de debajo de mi saya y lo enterré, sin más dilación, en ese pequeño hoyo cavado a ras de suelo. Lo cubrí de nuevo con el resto del barro escarbado y me levanté, incorporándome, dispuesta a volver a la casa con la misma presteza posible. Apenas un murmullo casi imperceptible me hizo volverme de súbito, y me asusté un poco al percibir, en tan solo una milésima de segundo, una sombra que cruzaba rauda. Aunque, realmente, creo que estaba tan inquieta que cualquier pájaro nocturno, por muy silencioso que fuera al alzar el vuelo, me habría parecido un fantasma pululando entre las tinieblas del crepúsculo. Quizá aquel sonido prácticamente inaudible había sido provocado por el autillo, predispuesto a dar comienzo a su jornada de caza.

Esa fue la primera parte (ahora ya cumplida) que había deliberado, con la mayor precisión, para que mi plan ideado diera su fruto oportuno; por supuesto, sin que quedara ningún hilo suelto que atar tras los bordes pincelados en la bruma del horizonte. Lo siguiente que hice fue, de puntillas y aguantando con creces mi aliento, entrar en la alcoba de don Abelardo y usurparle, con la máxima cautela y sin hacer ni un solo ruido, el codiciado juego de llaves que guardaba siempre a buen recaudo y que, por descontado, llevaba con él a todas partes a donde iba. Ahora reposaba en la mesita que había junto a su lecho, donde el innombrable dormía plácidamente, a pesar del inmundo sufrimiento que me había perpetrado y del que nunca podría desasirme. Dejé todo tal y como lo había encontrado, y me fui directa a su opulento despacho. Una vez allí, bajo la tenue luz de una vela, abrí el cofre que escondía bajo su mesa con una de las llaves, con otra tuve que abrir previamente el cajón de su mesa que ocultaba aquel cofrecillo repleto de reales. Estaba robando en mi propia casa, pero era ya la única alternativa que me quedaba en esta estepa de llanto gangrenado.

Pensé, incluso, en desvalijar a mis propias hermanas haciéndome con sus joyas, de un incalculable valor en el mercado; sin embargo, no me vi capaz, porque ellas eran el único asidero estable donde se asentaban mis afligidos sentimientos.

Después de dejarle a mi hermana Blanca, debajo de su almohada, el dibujo de nuestro bosque prepirenaico en el que resaltaban los

quejigos, muy sombreado, además, con claroscuros y siluetas perfiladas con negro carboncillo, me marché para no volver; transité a tientas por los caminos escondidos que marcaban las horas nocturnas, para jamás regresar a un pueblo que era el mío, que me había visto nacer y que esculpía mi voz en la fuerza vigorosa de la montaña. Pero me iba humillada y mancillada por un energúmeno que, no obstante, llevaba mi propia sangre; no podía siquiera pararme a pensar que era el mismo que un día, más de diecisiete años atrás, me otorgó la semilla de esta insufrible vida a la que me había condenado.

Me alejé hasta los establos y ensillé a Azabache. Monté y cabalgué con un valor y una osadía que, aun con todo, se batía todavía hirviente dentro de mí. Atravesé, con increíble celeridad, los senderos de un bosque que me había condensado con el amor más limpio de toda impureza: el más sincero, incandescente y pasional que se puede llegar a sentir; que me había hecho palpitar, con fervor, escuchando a cada instante los balsámicos tambores de la naturaleza, confortándome con una magia que exacerbaba hasta las notas musicales de mis propios sentidos; que me había llevado a respetar y a fusionarme con la montaña, formando parte indispensable de todo lo que era; y que, ahora, resurgía entre mis intrínsecos laberintos para hacerme latir más allá de lo que dejaba atrás. Mientras iba a la carrera con Azabache, la loba de ojos esmeraldas, tan refulgentes como los de mi hermana Blanca —a la que ya empezaba a añorar—, apareció de repente. Era como yo misma, se parecía tanto a mí…, como una gota de agua enfocando a otra: solitaria, libre y huyendo de las normas establecidas; era mi fiel mirada, mi reflejo queriendo fugarse y romper con todo: con los convencionalismos y con la condición de haber nacido hembra en este arbitrario mundo, donde los machos eran impunes, incluso, aunque se hubieran dejado vencer por sus más bajos impulsos e instintos varoniles. Aquella loba nunca trajo su tarjeta de presentación, porque no quería conocer ni aprender ni una sola de las reglas sociales. Por eso jamás le tuve miedo. Cuando nuestras penetrantes miradas se cruzaban entre sí, se decían, al unísono, que ansiaban una libertad que algunos se habían encargado de ensuciar con viles atrocidades.

Arroyos ardientes se escurrieron en una pulverizada lluvia que salía, a borbotones, de mis cansados ojos. Fatigados de tanto penar y emprendiendo las vías de una huida sin retorno, y sin saber cuál sería mi último paradero, si es que había morada capaz de acoger mis luengos desvelos y lo que ocultaban dentro de mí.

Troté sin parar con la faldriquera, bien ceñida bajo mi saya, que me habían regalado mis hermanas, y sin atreverme a mirar atrás durante bastante más de una hora, hasta que llegué al final de un

cruce de caminos señalado por un pilón; allí era donde debía despedirme de mi querido Azabache, sabiendo, de antemano, que le anhelaría a cada transitar que recorrieran mis pasos. Me cambié de ropa, desechando las lujosas y profusas prendas que me habían distinguido y embellecido desde la más temprana infancia, y trocándolas por la áspera y gris vestimenta que lucía doña Adelfa, a la que también osé sisarle aquello con toda la astucia de un zorro. Atrás quedarían, como si hubieran pertenecido a una moza diferente, mis suntuosas telas de tul, muselina, raso o la tan envidiada seda, cuya urdimbre entretejida ya solo bordaría la indumentaria grabada en mis recuerdos. Lo único que me llevaba puesto con esa sutileza tejida con el encaje de las sedas, era el calzón de mi hermano Valero, que, a decir verdad, también me lo había apropiado, ya que me veía obligada a correr aquellas sendas delimitadas por la protección de los cruceros, tal como lo hiciera el mismísimo diablo ante la precipitada desbandada a la que me había unido, convirtiéndome así en una prófuga de la imperante autoridad del cabeza de familia.

Utilicé por una vez más mis modales, soportando como pude la compostura, cuando dejé marchar a Azabache, siendo consciente de que no volvería a verlo más. Le acaricié la crin, tranquilizándole, y le besé tiernamente en la testuz, mirándole a los ojos y con densas lágrimas resbalando por mis mejillas como un río desbordado. Estaba exhausto de tanto que le había insistido, hostigándole enfurecida con los estribos, para que corriera esa noche contorneada con la silueta de la penumbra, más que ningún otro día y a una velocidad de vértigo. Todo ello muy a pesar, incluso, de mi avanzado estado de gestación, ya voluminoso, aunque bien disimulado bajo mis ropas. Sin embargo, tampoco podía dilatar el momento; sabía que tenía que hacerle regresar ahora que sus músculos aún no se habían enfriado. Cogí suavemente sus riendas y le hice girar en la dirección contraria. Luego, le di una fuerte palmada en la grupa para que se marchara; se retuvo un instante apenas y, obediente, enfiló su aprendida vuelta a casa ante mi mirada llena de lamento. Me quedé allí esperando a que el sol ocupara su privilegiada posición en la ladera de la montaña; sería el fulgurante amanecer el que daría un giro a mi desmesurada y escandalosa (cuando se supiera) escapada. Toda una vida de prohibiciones —también de algunas alegrías, aunque totalmente rasuradas con el odioso cuchillo de la desesperación— quedaba impregnada bajo el sillar de casal Villaserbal. Toda una vida quedaría para siempre tachada y borrada tras aquellas sólidas paredes; muros que un día vieron la misma alumbrar: nacer a un mundo que no estaba hecho al molde de aquella existencia que quedaría irremediablemente atrás.

Pronto un alba de luces recién renovadas me llevaría lejos de ahí, a un lugar desconocido pero nuevo, donde poder forjar los esbozos de un destino, hasta ahora tormentoso, que no estaba escrito ni pensado para mí. Pronto, zozobrando, partiría en la primera diligencia de la mañana; pronto el rumbo de mi vida tomaría un timón concreto, aunque siempre sería turbio, rebosante de incisivas heridas que seguirían insertándose entre las puntillas de mi débil palpitar.

31

EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. OTOÑO DE 1886

El frío se cuela implacable por los resquicios que encuentra en el marco de la ventana, acuchillándome como hielo en las puntadas de mi corazón. Las agujas del daño pasado nunca descansan, se clavan perpetuamente en mí, desatando la hemorragia de mis sentimientos hibernados.

Llevo largo rato acariciando las deslucidas tapas de este cuaderno que contiene el escarpado pergamino de lo que un día fue mi vida; de lo que un día soñé, deseando hallar el arco iris luminoso de la dicha; de lo que un día fui y me arrebataron, con inconmensurable crueldad, para siempre. Ya nunca volvería a ser la misma de antes, jamás aquella otra Azucena que fui reaparecería reflectando sus anhelos en mi espejo interior. Seguí adelante, pero sumida entre los goznes de un baúl que andaría vacío allá donde acabara arribando. El ansiado horizonte que quería entrever no se presentó ante mí; había un panorama fijado que sí me esperaba y, en cambio, no era aquel cuyo destino habría firmado, sin titubear, el innombrable de don Abelardo.

Mis mudas lágrimas inundan hoy estas ajadas páginas que escribieron mi vida en otra etapa, en otro lugar y con una identidad que he repuesto, forjándola en el ángulo oculto de un vidrio bruñido que ya no representa el lustroso retrato de antaño. Mi antigua existencia, que ha permanecido tanto tiempo enterrada, me produce ahora un amargo reflujo que surge, indómito, en mis entrañas más profundas. No hay más hojas emborronadas que prosigan con el cauce de mi deambular por un mundo enquistado por la indiferencia, la corrupción, los engranajes de la ambición, la miseria de la que tan solo unos pocos son librados por sus inamovibles privilegios, mientras que otros, los desheredados de cuna, son obligados a soportarla, y todo en su conjunto acaba conformando el lapidado sufrimiento de tantas almas ingenuas e inocentes; no hay más hojas que traigan luz a los desafortunados padecimientos propios y ajenos. He revivido horribles circunstancias con estas palabras que quisieron redactar el cúmulo de sensaciones de mi lejana adolescencia e, incluso, he dejado inscritas notas al margen, además de haberme atrevido a añadir anotaciones entre las líneas escritas. Y lo he hecho ya con estos maduros anteojos en perspectiva, de los que me he ido nutriendo y me ha ido

dotando la vida. Porque, realmente, dejé la pertenencia a esa sociedad privilegiada para la que me habían educado con gran esmero; claramente, no encajaba en el rectilíneo renglón otorgado a las señoritas de alto estatus —en mi caso, nobles—, y la verdad es que no sé cómo lo hacía, pero siempre acababa saliéndome fuera de los márgenes. Y allí, fuera de esas rutas decretadas, vagaba como náufraga en un archipiélago en mitad del océano, e imprimía mis huellas en un zigzagueante cuadro en relieve, divagando en los colores pincelados y difuminando su fondo; un fondo que ya no controlaba mi apretado corsé ni mi obligada condición femenina.

A partir de este preciso momento, mis palabras quedarán huecas, al igual que este arcaico diario que sostengo entre los arrugados pliegues de mis manos; eso sí, te puedo asegurar que, aunque dejaré de plasmar mis garabatos en el papel, mis discursos continuarán abrigando la piel de mis pensamientos por ti. Será el eco compungido de mi voz el que quiero que escuches, espero que con curiosidad y deleite; porque he de contarte esta nueva página de mi vida de viva voz, ya que los cajones de mi corazón nunca han querido enhebrar en ellos el silencio.

Mi amor por ti es culpable, desgarrador, contenido, porque te he amado siempre desde las junturas del alma; te amo con locura, porque rasgas cada uno de los sentimientos engarzados en mi espíritu al palpitar por ti, para ti y contigo en mí.

Azucena Villaserbal

SEGUNDA PARTE

Costuras desprendidas

1

BARCELONA. JUNIO DE 1868

Apenas un tenue soplo de brisa roza la finísima piel que enmarcan mis pómulos, y me despierto rauda, temerosa, sin saber dónde me encuentro en este preciso momento, ni por qué he acabado acostada sobre un mullido lecho de hierba esta agitada noche, que ya se lleva la espesa bruma del demonio a otro lugar lejos de aquí. Mi mente, poco a poco, pero sin pausa alguna, comienza a aclararse de la turbidez que le ha rondado, vertiginosamente. Ahora mis lacerados recuerdos regresan a mí con gran estrépito en su íntimo resonar; retornan con las costras de la puntiaguda aguja de la memoria perforando, incesantemente, el vago sueño al que he debido de caer rendida después de mi ajetreada fuga. No sé cómo ni por qué vuelve a suceder; sin embargo, mis párpados han vuelto a abrir sus deterioradas cortinas, plagadas de ojeras, a este tránsito inmundo en el que tengo que remar a contracorriente de todo y de todos.

Cada día, con cada nuevo amanecer, justo cuando el rey de las montañas asoma portando su caldero de vida, yo desearía no sentir nunca más sobre los pliegues de mi cuerpo su ardoroso calor; cerrar los férreos cerrojos de mi corazón, deteniendo su funcionamiento por completo; querría, sacando con determinación y firmeza mis últimas y escasas fuerzas de flaqueza, que mi mente quedara en blanco, como un cuaderno sin pintar, y que las saetas del reloj dejaran de forzar los impulsos contenidos del amor, en toda su amplitud y características. En cambio, y aunque me gustaría ser un ser absolutamente insensible, la energía que sostiene en pie la existencia regresa a mí, abrumadoramente, con una intensidad implacable e inusitada. No importa que, al paso de las horas, el brillo celeste recorra su nocturna cartografía tornándose en impenetrable ceguera. No importa porque sigue habiendo alguien que germina en mis malheridos regueros interiores; alguien que, pese a tener todo en su contra, quiere hallar la lumbre de este mundo reducido a las sombras. Aunque he intentado que mis entrañas dejen de moverse, quedándose yermas, la criatura que alberga mi vientre sigue, empecinada, en su lucha sin cuartel por salir al albor de un sol que pueda confortarle; y yo me siento incapaz de tomarle en mi seno.

Todavía la fragancia de junio consigue endulzar algo mis debilitados sentidos. Inspiro con fruición y vuelvo a cerrar los ojos,

incorporándome en el improvisado camastro que he formado en este frío suelo que surca las venas de mi tierra; una tierra que hoy dejo en la maleza del camino, para aventurarme quién sabe en qué travesía que me ha de deparar este horizonte cuarteado en el que me mezo, con el pánico esparcido en la faldriquera y la incertidumbre carcomida por este mismo instante.

De repente, la estera de hierba y grava apelmazada bajo mis pies comienza a retumbar, forjando una grave pero sinfónica melodía a golpe de tambor. Escucho, ya más de cerca, unos entremezclados cascos de caballo y mulas que marchan presurosos. Ya está aquí la diligencia que me ha de trasladar a otro mundo diferente al conocido hasta el momento; a un mundo nuevo que me atemoriza, donde no sé si encontraré volutas de dulce miel para mi llagado paladar o si, por el contrario, serán ignotas espinas clavadas las que acabarán pinchando mis fluidos. Mi vello corporal se está encrespando, sacudiéndome por entero y erizándose como púas afiladas. Solamente el ruido del paso de los animales me ha llenado de un indescriptible pavor, ¿adónde me dirijo si este es el único hogar que conozco, si es el único que he habitado, conviviendo con mi familia, con mis anheladas hermanas, sobre todo, con mi inseparable Blanca, a la que siento dentro de mí enlazada con la sutil fortaleza de las madejas de seda? ¿Adónde voy sola, con apenas diecisiete años, entonces? ¿Qué es lo que busco, qué es lo que me espera más allá de estos frondosos bosques prepirenaicos, que son los míos? Tan solo un minuto de meditación mantengo, para poder poner el correcto orden a mis atolondrados pensamientos. Suficiente para saber que no tengo otra alternativa; estoy encinta, con mi virtud rasgada, en deshonra y, además, terriblemente humillada, hasta tal punto que la semilla que un engendro depositó en mí fue fruto de la peor de las perversidades: la inocente criatura que se forma lleva en las gotas de su sangre la señal del incesto.

La diligencia hace su habitual parada a dos pasos de donde me encuentro, frenando su caballo y las mulas que le siguen. Estas últimas cavilaciones han dado la respuesta a mis continuas divagaciones, y no es otra que dejar el rastro del pasado en sus lindes y mirar hacia delante —ya que la oscuridad se empeña en no querer atrapar la visión turbadora de mis ojos, que preferirían ausentarse en la nada—. Debo enterrar bajo el húmedo barro de Altospinos todos los horrores acontecidos, y asirme, con creces, a la velocidad de estas mulas en mi búsqueda de ese lugar extraño que, aun con todo, espero que me acoja.

Finalmente, respiro hondo y, con gran aplomo y decisión, pago al cochero y me subo a la destartalada diligencia. Lo primero que me invade es un olor putrefacto y nauseabundo, además de sumarse la incomodidad de un asiento que me veo obligada a compartir con una

mujer un tanto estrambótica. ¡Madre mía! Si este sencillo modo de transporte es la fiel estampa de aquellas pobres familias harapientas que visitábamos en pos de ofrecerles caridad cristiana; es increíble porque, otra vez como un torbellino, vuelve a embriagarme el tierno rostro infantil, ya difuminado, de aquella pequeña que Dios se llevó sin miramientos.

Solo ha pasado un rato desde que monté en este carromato, que avanza con la lentitud del tiro de las mulas guiadas por el caballo al que azota el cochero desde su puesto preeminente, y, sin embargo, tengo el costado tan dolorido como si me hubiera dedicado a labrar las tierras, del constante traqueteo de la diligencia sorteando las piedras del camino.

Acabamos de parar para cambiar el tiro, ya que las mulas andan fatigadas. La impactante señora que se sienta a mi lado se acerca, posando su mirada, descaradamente, sobre mi vientre.

—Buenos días, señorita.

Me pilla desprevenida.

—Buenos días tenga también usted, seño… seño…

Me quedo muda, no sé cómo dirigirme a esta mujer ni qué trato darle. No parece estar casada, pero no lo sé.

Sonríe con cierta malicia.

—No se preocupe, soy señorita. Flora, para servirla.

Extiende su mano y, titubeante, le doy un apretón con la mía.

—Yo soy… —trago saliva—, soy Azucena Villaserbal.

Vuelve a mirarme como regocijándose de algo que no llego a comprender.

—Mire, no me voy a andar con rodeos. Le quiero prevenir. Es usted carne de cañón para los bandoleros…

Le interrumpo de inmediato.

—¿Cómo dice? ¿No le da vergüenza poner de manifiesto su falta de respeto hacia mí? ¿Qué es lo que insinúa?

Su semblante se tiñe de seriedad.

—Solo le estoy advirtiendo, por su propio bien. —Vuelve la cabeza indicando el polvoriento camino que hemos atravesado—. El sendero es la ruta propicia a merced de los asaltantes; gente sin escrúpulos que despoja de sus pertenencias a los indefensos viajeros. Y usted —me mira de arriba abajo, escudriñándome—, no hay más que verla, canta mucho y seguro que ya le han echado el ojo. ¿No ha visto a la otra diligencia detenida en medio de la calzada? Casi la vemos volcar, seguramente porque llevaría alguna rueda en mal estado. Estos salteadores de caminos que le digo, ya la estaban saqueando. Se ve a la legua que usted viene de gente con posibles, así que le aconsejo que se guarde lo que pueda en el corsé, si no quiere que acaben desvalijándola.

La observo con espanto.

—¿En el corsé…?

—Sí, hija, es lo que acabo de sugerirle.

Me doy la vuelta y voy directa a esconderme tras unos matorrales. Como puedo, sin desatarme las cintas del ceñido corsé, voy metiendo, una a una, las únicas joyas que rescaté de mi herencia familiar. No osé usurpárselas a mis hermanas, pero sí guardé las mías junto con el dinero, contante y sonante, que llevo en la faldriquera con que ellas me obsequiaron en mi último cumpleaños.

De súbito, el aire comienza a faltarme, mis pulmones se ven incapaces de insuflar su oxígeno, creo que ya no puedo ni absorberlo, así que no me queda otro remedio que dejar en la faldriquera unas cuantas joyas y todas las monedas.

Mientras continuamos la marcha con el caballo y las mulas de refresco recién cambiadas, mi cabeza empieza a dar vueltas y más vueltas en un frenético acelerar. Estoy completamente inmersa en las burbujeantes aguas de un viaje hacia el centro de mí misma; un caudal interior que va a adentrarse en lo desconocido, en la opacidad más oscura que anida en las profundas cavidades diseminadas por todo mi ser. Emprendo una incógnita partida asentada en una vía que quizá acabe descarrilando, y estoy colgada del borde de un precipicio en el que, semanas atrás, no atisbé el ansiado agujero donde caer.

Al fin, llego a la capital de provincias. Aquí, en Zaragoza, no me demoro en demasía. Tras el letrero que anuncia la Estación del Norte, cojo el primer tren que tiene salida. Un transbordo al norte de algún insospechado lugar que remiende los destrozos de mi vida; un norte que espero hallar en mi destino final, aquel que me dé un lugar donde habitar y en el que pueda curar mi alma lastimada con bálsamos sanadores. Un lugar donde no sigan mis pistas ni me encuentren; un destino más allá del mar que envuelve a Barcelona. Un lugar en este mundo donde pueda reencontrar mi identidad, donde surja una nueva Azucena con coraza de defensa.

Durante el reanudado trayecto en este medio locomotor, vuelve a aparecer ante mí esa insólita mujer, Flora.

Veo, desconfiada y recelosa, cómo aproxima sus manos a mi disimulado —pero voluminoso— vientre. Lo acaricia con ternura y no le reprendo, sino que me quedo inmovilizada como una estatua contorneada en palidez.

—A mí también me ocurrió al igual que a usted, siendo apenas una niña que no sabía entrever las maldades ocultas de los hombres. —Sonríe con picardía—. No se deje arrastrar por ninguno, por mucho que le ofrezca. Hágame caso, será difícil, pero ellos solo albergan negrura ahí dentro. —Me señala el pecho con su dedo índice.

—¿Cómo? Pero ¿quién se cree que es para hablarme de esa

forma…? Oiga, le ruego que me muestre un poco de respeto, que no la conozco de nada y tampoco sé quién es usted.

Aunque me pongo firme, ella prosigue con su perversa retahíla.

—No me interprete mal, mujer. Los años me han enseñado infinidad de cosas, igual que harán con usted. Sé que en sus entrañas está creciendo una criatura que, por su rostro compungido, imagino que ha sido engendrada a la fuerza, ¿no es así? —Las lágrimas se agolpan en mis ojos, queriendo escapar de ellos; las contengo poniendo toda mi voluntad—. No se preocupe, no es la primera ni será la última, para nuestra desafortunada desgracia. A mí también me mancillaron y segaron mi vida, pero de todo se sale, incluso de un hecho tan vil y ruin como ese. Si le hace falta, desahóguese.

Aun así, aguanto mis impulsos: una jornada de trayecto en común no me da la suficiente confianza como para buscar consuelo en Flora.

Cuando ya me sosiego algo, vemos, con total asombro y protegidas desde detrás del marco de las ventanas del tren que nos lleva, cómo unos avezados bandoleros roban, apuntando con su trabuco, a los atemorizados pasajeros de otro tren, parado y apeado este en la vía contigua; los forajidos aprovechan mientras el maquinista espera a que terminen de subir a bordo, justo antes de emprender la marcha. Nunca he visto nada igual en Altospinos ni en sus zonas aledañas (aunque siempre hemos tenido constancia de la peligrosidad implícita en todos los caminos, así como de la repentina presencia de estos afamados malhechores, que se ocultan entre el bosque circundante), y es entonces cuando un intenso escalofrío recorre los entresijos de mi cuerpo al ver, en primer plano, todo aquel increíble escenario.

Al llegar a las calles de Barcelona, nos despedimos formalmente. Flora me comenta que tiene su residencia sita en la calle de *Las Orquídeas Silvestres* y, cordialmente, me da un fugaz abrazo, asegurándome que puedo acudir cuando quiera a la dirección señalada, o en el caso de que alguna vez me hiciera falta. De nuevo, vuelve a parecerme muy extraña la conversación mantenida con Flora, sin embargo, memorizo las señas de aquella calle. En este crucero en zozobra por donde migra mi vida, nunca está de más una ayuda si la necesidad lo requiere.

Salgo de la estación y, al vislumbrar un tumulto de gente en imparable marea humana, comienzo a sentir una leve presión en el pecho. Es el dichoso corsé que me asfixia ahora, al igual que lo ha hecho siempre.

Mis manos descienden, casi por intuición, para posarse en mi bajo vientre. Noto el movimiento de esa criatura que se gesta en mí, a la vez que soy consciente de la ausencia de algo. No puede ser, tiene que estar, pero no está. Ha desaparecido, en un instante, mi preciada faldriquera. Corro, despavorida, casi ahogándome por culpa del

implantado corsé, hasta que ya no puedo más. Durante varias horas deambulo por unas calles que no he pisado jamás, hasta que, rendida y exhausta, me repliego sobre mí misma en un apartado rincón.

Mis lágrimas se desatan conjugadas con clamorosos susurros, que se transforman en sollozos. Al mismo tiempo, creyendo que desvarío, que me estoy volviendo loca, una voz casi imperceptible, aunque rotunda, toma las riendas de la palabra desde el laberinto que forja mis adentros: «Nunca me escuchaste, Azucena. Ahora sé que puedes oírme. ¿No ves que todo ha sido un maldito error? ¿Que, aun con el peso que brota irrefrenable en tus entrañas, la drástica decisión de fugarte no ha hecho más que empeorar aquello que ya tenías dispuesto del revés? ¿No hubiera sido mejor afrontar lo que hubiera de venir en Altospinos?».

Grito sin poder reprimirme.

—¡Basta ya! ¡Deja de perturbarme!

Me tapo los oídos, es verdad que nunca mi propia conciencia me ha hecho sentir así de desvalida, sin meta ni puerto ni nada a lo que poder agarrarme. No solo me han sisado la faldriquera; mi corazón está roturado, saqueado, atracado y desposeído, de tal manera, que ha perdido su escudo protector.

2

ALTOSPINOS. VERANO DE 1868

Rezo el rosario, con fervor aprendido, interiorizando su plegaria entre las aspas que mueven mi corazón hacia el prójimo que nos rodea. Cada mañana, al levantarme, me arrodillo en el reclinatorio que reposa delante de la imagen de la Virgen del Pilar, situado en una esquina recogida de la sala. A veces, noto cómo mis rodillas acaban lastimándose con tanta penitencia; pero justo antes de abandonar mis súplicas y ruegos, las frases que solía decirnos mi madre, retornan como un torbellino huracanado hacia mis pensamientos, removiéndolos y conmoviéndolos hasta tal punto, que mis oraciones vuelven a discurrir en letanía. Ella fue el alma de esta casa mientras vivió; siempre intentó favorecer a los menesterosos con sus caritativas obras de buena fe, y a nosotras nos guio en la senda del amor a los demás, de la compasión ante aquellos que han nacido sin mantos que les puedan arropar. Por ello es por lo que sigo sus convicciones en este pequeño oratorio.

Los dedos se me enredan entre las cuentas de este rosario compuesto por bellas piezas de nácar; mientras afuera ya despunta el día, ya comienza a amanecer.

He salido de puntillas y a oscuras de la alcoba para no despertar a Azucena, que siempre se levanta después de mí, y a veces se le pegan las sábanas. Ahora, los primeros rayos de luz resplandecen en la estancia, apoyándose unos en otros y forjando acrobáticas figuras geométricas por todos los ángulos visibles. Mi verde mirar se empapa del tono escarlata que ha adquirido, por un instante, la bóveda celestial, tornándose enseguida en ese fruto anaranjado, paladar de Dios, que impregna ese paraíso que nos sobrevuela hoy, y que nace en un fulgurante día donde las nubes andan de viaje hacia otro lugar en el que asentarse y extender sus vaporosos cojines variables, lejos de aquí.

La leve caricia del sol se expande entre mis blancas facciones; siento su tibio ardor rozando mi piel, atravesándola, cuando escucho unos precipitados pasos aproximarse a mí. Me apoyo en el reclinatorio para poder incorporarme y, una vez en pie, me doy la vuelta para ver quién viene con tanta prisa.

Es mi hermana Verónica. Está totalmente alterada, con el rostro desencajado y, además, respira con dificultad, aceleradamente. Parece

asustada e intuyo que, a lo mejor, trae malas noticias; en cambio, intento permanecer serena.

—¿Ha ocurrido algo que deba saber, Verónica? —Baja un poco su mirada y vuelve a encararme de frente, hablándome con voz entrecortada.

—Azucena no está. Ni en la alcoba, ni en el resto de la casa, ni en el jardín, ni siquiera hay rastro de ella en los establos…

No le dejo continuar, interrumpiéndole; decididamente, andará perdida por los vericuetos del bosque, como si lo viera venir.

—A ver, Verónica. Lo primero: cálmate un poco, que como sigas así te va a dar algo, hermana. ¿No será que se ha marchado un rato a dar un largo paseo por la ribera del río? No sería la primera vez que sale sin avisar, y me temo que tampoco va a ser la última—. Desde luego, Verónica desconoce las idas y venidas que habitualmente suele llevar a cabo, por supuesto, a escondidas, nuestra querida y revoltosa hermana.

Sube un poco el tono, aunque no demasiado.

—No quieres entenderlo, Blanca. Pero si llevas aquí metida por lo menos más de una hora, y claro está que no te has enterado de nada —observa un momento por la ventana los acentuados colores que laurean el alba, y prosigue con su discurso como poniendo el grito en el cielo—. Mientras estabas en el oratorio, me han despertado unos relinchos que parecían fuera de sí. Sin vestir siquiera, apenas cubierta con la camisa de dormir, he bajado al patio para ver de dónde procedían. Al salir, muerta de frío como comprenderás, me he encontrado con el caballo de Azucena, Azabache, el cual llevaba la silla de montar colocada, pero sin jinete a la vista. ¿No te parece extremadamente raro que aparezca el caballo solo y relinchando como un poseso?

Me quedo cavilando unos instantes; es muy extraño, sí, ¿dónde estará Azucena? Si sale con él, siempre regresa con él, nunca ha mandado al equino solo de vuelta a casa. ¿Le habrá sucedido algo a mi hermana del alma? Es muy pronto para estar pensando que algo malo pudiera haberle pasado, ¡madre mía! ¡Dios no lo quiera ni lo permita!

Aunque, igual que a mi hermana Verónica, las revoluciones de mi cerebro se disparan sin tregua y empiezo a sospechar lo peor. Aun así, intento tranquilizar los agitados nervios de mi hermana mayor, que se crispan cada vez más.

—Está bien, Verónica. Sosiégate cuanto puedas. Vamos a avisar a todos y, si termina haciendo falta —me santiguo instintivamente—, ojalá que no sea así, padre tendrá que emprender una partida de búsqueda. Esperemos que solo haya sido una broma de mal gusto por parte de nuestra indomable hermanita. Siempre queriendo dar la nota,

exactamente como le suele reconvenir con bastante frecuencia doña Adelfa.

Pasan las horas y no hallamos pistas ni rastro de ella, *¿dónde estás, Azucena?, ¿dónde demonios te has metido que no hay manera de encontrarte?*

Una capa de abundantes nubes ha ido desperdigándose en el firmamento, colonizando casi cada hueco en este lapso que siento horrible y eterno. Los márgenes del ocaso van acoplándose, entre los brumosos cúmulos, a sus raíles de absoluta oscuridad e intangible silencio. Ya las piedras de esta casa vuelven a teñirse de opacidad, con los faros de la noche formando su silueta; con los flecos de un manto imposible de traspasar, tal es la negrura que me embarga en estas fatídicas horas; y con las puntillas del crepúsculo ribeteadas de incertidumbre, tal es el miedo que corroe mis entrañas, cuando todavía no sabemos nada de Azucena.

La hemos buscado durante todo el día incansablemente, aunque la fatiga recorriendo cada uno de los senderos aledaños, nos haya dejado exhaustos y con el corazón completamente desbocado y hundido a la vez. Hemos rebuscado, meticulosamente, en cada ínfimo rincón de Altospinos, y hasta he ido preguntando, puerta por puerta, junto a Verónica y el cochero en los pueblos colindantes. Mi padre ha partido, al lado de Valero y con otros hombres que ostentan nuestra misma condición, adentrándose en los parajes más agrestes e inhóspitos del bosque prepirenaico. Ha soltado sus perros de caza, que previamente han olisqueado las prendas guardadas en el baúl de Azucena, sin resultado alguno, a pesar de que han olfateado y escarbado en cada nimia parcela de tierra.

Mañana han de continuar con la exhaustiva búsqueda; pero a mí me invade ahora un desconocido sentimiento de desesperanza. La desolación ha conquistado la expresión de mi alma, dejándola vacía; el temor más horrendo asola mis adentros más abruptos, sin resquicio de armonía; el pánico comienza a abrirse paso en mi quebrado palpitar, descomponiéndome por dentro y haciendo trizas todo mi ser, sin saber si pronto ha de lograr rehacerse.

No puedo ya más, necesito descansar algo, aunque sea. Subo a mi alcoba y me quedo embelesada, con mis ojos esmeralda enfocando, fijos, la cama de Azucena. Justo en el momento en el que giro la vista hacia mi cama, veo algo que sobresale de debajo de la almohada. Me acerco temblando sin saber qué es lo que oculta. La levanto trémula y descubro una lámina dibujada a carboncillo por mi hermana Azucena. Es el vivo paisaje de nuestro precioso bosque prepirenaico: resaltan los quejigos con sus características hojas y contorno, así como una difuminada penumbra que Azucena ha captado a la perfección. Sin duda, es una auténtica maestra del dibujo sombreado: da la sensación

de que se va moviendo según la perspectiva desde donde lo vislumbres.

Sin embargo, la lámina se me cae al suelo de repente. Noto cómo el aire se aleja de mis pulmones, me falta; siento una honda opresión en el pecho, me asfixio. Sale de mí mi amargo pesar desbordado por todas sus orillas de contención, y me ahogo en una irrefrenable cascada de vaporoso llanto que se dispersa indómito, congelando en el crudo frío del invierno las aletas que insuflan de vida a mi desgraciado corazón. Un corazón que siento deshecho sin ella, y que creo que esta lámina que me ha dejado entona una canción de despedida. Deseo, con mayor fervor aún que el que dedico a mis rezos, estar equivocada.

Han pasado varios meses sin una sola pista que nos ayude a saber de tu paradero, que nos hable de ti. ¿Dónde paras, Azucena? ¿Es que ya no te acuerdas de mí, que sigo amándote con locura, que sufro cada nuevo día sin poder verte? ¿Es que no recuerdas cuánto te quiero, cuán unidas estamos; no te acuerdas de que nos atan los intachables cordones de la sangre? Ojalá pienses en mí allá donde estés. Ojalá sepas que las venas de mi corazón están cosidas al tuyo de por vida; que juntas zurcimos la urdimbre tejida con las palabras que expone el alma. Te has ido de nuestras vidas Dios sabe dónde y el porqué. Sigo sin poder averiguar el motivo de tu desaparición, mientras el ambiente ha empezado a caldearse. Hace unos días que no paran de asonar los vivas a la revolución; nuestro padre ha empezado a acongojarse ante tal y veloz giro de un sistema que siempre creímos inamovible. Aun con todo, sus largas noches bajo otras antorchas de vigilia se han multiplicado, arrastrando a Valero con él (y eso que nuestro hermano ya discrepa en muchas de sus opiniones, que no comparte con nuestro padre). No sé tampoco dónde van ni con quién, ni a qué se dedican en esos lugares tan luengas horas que pasan, aunque mi intuición femenina me lleva a imaginarlo. Verdaderamente, y a pesar de que aquí las cosas se están remodelando, volviéndose del revés, yo solo pienso en ti y en este vaso vacuo, que no alberga contenido alguno; que ha querido transportarme hacia una soledad instaurada desde el día opaco que marchaste; que me obliga a cultivar las semillas de la tristeza, dejando que sus yemas broten y me causen un reguero de incisivas heridas, las cuales supuran tan abiertas como los torrentes que agrietan la ladera de la montaña al llegar la primavera.

3

BARCELONA. VERANO DE 1868

La noche ha caído sin demora atrapando mis pupilas; ha lanzado su extensa red cubierta por las estepas de la incertidumbre, que anidan irremediablemente dentro de mí, aguijoneándome en extremo; ha planeado sobre el cielo con su indescriptible manta de oscuridad, bordeando el cobertor de mis adentros. No he podido siquiera atisbar un solo fanal pendiendo, con su albor incandescente, del cimborrio celeste; porque el cansancio y la fatiga han obligado a mi visión del mundo, cerrar esta noche sus ventanas al mismo.

Desolada y desesperada como estoy, hubiera deseado, y aún deseo, con todas las fuerzas que me quedan, no abrir nunca más mis apesadumbrados ojos a este escaparate terrenal que me aprisiona; hubiera soñado igualmente con no retirar y no tener que levantar los cortinajes de nuevo a esta ciudad en la que no veo brújula a la que adherirme, y a este momento crucial de mi vida en el que sigo subsistiendo sin poder comprender por qué motivo.

He despertado desconcertada y desorientada, hasta que unos movimientos provenientes de mi vientre bajo me han alertado de mi inmunda procedencia, recordándome quién soy y avisándome de que continúo vagando, sin propósito aparente, entre las cosmopolitas callejas de la gran Ciudad Condal, totalmente ignota para mí y guardando sus secretos en cada recodo por descubrir.

Ahora, entorno los ojos y miro fijamente el grosor de la recta delineada en el horizonte. Acaba de amanecer y una esfera completamente dorada se balancea plácidamente sobre una plataforma que no logro distinguir; tal es el flujo de llameante resplandor que anega mi retina, inundándola de fuego cegador. Ni siquiera en ese minúsculo trazo que marca el encuadre de este horizonte en el que me sumerjo sin remedio, puedo saber si los nudos de mi pensamiento, enredados con el sentir impulsado por las llaves de mi espíritu, encontrarán aliados hacia un beneplácito porvenir, y si alcanzaré cierta cabida en ese futuro ennegrecido y teñido de hollín. (Qué duda cabe que es el único acontecer que puedo vislumbrar con inmediatez, ya que oigo resonar el martillo de la amargura constantemente).

Me incorporo despacio, sujetándome en estas polvorientas paredes puesto que mi avanzado estado de gestación es más que notorio: ya ni

mis sayas pueden disimular las voluminosas proporciones que han adquirido mi ensanchada barriga y mis redondeados senos. Salgo de este callejón en el que he pasado, al raso, las tenebrosas horas nocturnas, abrumada por el miedo que se ha colado, implacable, en mis sueños; convirtiéndolos en auténticas pesadillas en las que hubiera preferido trenzar una larga cadena para unirme al reino que habita mi madre, a la que añoro con fervor tanto como a Blanca. Me dispongo, pues, a salir de este rincón oscuro para poder sentir, al menos, la luz hechizante del día acariciar mis facciones, cuando me doy cuenta del lugar insólito en el que ayer fui a parar, zozobrando en mi despavorida huida. Lo primero que hago es inspirar profundamente y llenar mis pulmones del nuevo olor que embarga mis sentidos. Reconozco un millar de fragancias que, con el cierzo expandiéndolas en fragante mezcolanza, irrigan de embriagadores perfumes cada inhóspita porción de naturaleza desperdigada por mi anhelada montaña prepirenaica: las faldas boscosas de Altospinos; en cambio, este significativo olor que penetra justo ahora en mis vías nasales, es novedoso. Enseguida, al notar esa mezcla de salazón enturbiando el ambiente, deduzco de dónde proviene y me acerco sigilosa. Los rayos solares inciden rotundos, como queriendo zambullirse en ella; como saboreando sus burbujas engarzadas en estambres de plata; como iluminando sus rubíes en un crisol de iridiscencias tintadas de vidrieras turquesa. Ella se presenta como una diosa omnipotente ante mi insignificante persona: la mar, nuestra mar Mediterránea (así la nombraron y veneraron las civilizaciones más antiguas que habitaron en sus ancestrales orillas; al menos, es lo que mi memoria retrotrae de los datos que recogí, cautelosa, en la biblioteca del casal, propiedad del innombrable. De hecho, al contrario que a Blanca y a Verónica, que con las voces inscritas en los evangelios ya solían tener suficiente, a mí me gustaba indagar y escudriñar en aquellos tomos de historia, medicina, ciencias naturales o, en fin, lo que se terciara). Diviso, atónita, cómo la mar lame todo el litoral que alcanzo a vislumbrar, lo paladea con deleite, al igual que las abejas relamen con concienzuda fruición el néctar prodigioso contenido entre mil flores; cómo insufla sus velas de levante izando crestas de sirena, que montan y remontan sus pasos hasta embeberse las largas hileras de arena; cómo evapora sus gotas de rocío, condensándolas en reflectantes vitrinas de masa acuosa. Es como un mágico hechizo observar, extasiada, al frente. Su inmenso volumen está relleno de pura luz. Mientras el río Regal se embellece y oculta entre las sombras inherentes al espeso arbolado que lo rodea, la mar carece de vegetación que la encubra. Sin ninguna densidad arbórea, fluye abierta hacia los confines de todo, y mantiene intacto el espejo proyectado por la hoguera diurna o por la lámpara nocturna de las mareas.

Me quedo a ras mismo de la orilla, sin atreverme a dar un paso más adelante, admirando a la vez un cuadro marítimo que, de manera genuina, enfoca mi resuelto mirar en esa primigenia pincelada del suculento entorno. Algo que me complace después de un indeterminado lapso de tiempo morando en el caldero asfixiante del infierno. Aun así, las quemaduras prosiguen despedazando todo lo que soy.

Durante un rato, recorro las inmediaciones sin saber a dónde ir ni a quién acudir. Al poco, llego a la zona del puerto. Tras ver a los hombres trajinando en el muelle, me aproximo al lugar donde varios pasajeros embarcan en lujosos barcos que acometerán la travesía transatlántica con rumbo a las Américas. Es ahora o nunca. Me armo de valor y pregunto a un marinero, decidida, como estoy, a que me indique la dirección de la casa de empeños más cercana, si la hay. Tengo suerte y, por desacostumbrada fortuna, consigo vender mis joyas —las que llevaba oprimiéndome en el corsé— que, junto con las pocas monedas que pude resguardar, estoy más que segura de que podrán pagarme el pasaje con vistas al Nuevo Mundo; un universo distinto en el que nadie sabrá mi nombre ni conocerá un ápice de mis orígenes y, menos aún, de mi deshonrosa desgracia. Ya pensaré más tarde cómo revierto la escandalosa situación que prolifera en mis entrañas; no sé por qué inaudita razón mis células y tejidos le dan aliento, dejando que una diminuta semilla florezca sin mesura y, pronto, su polen acabe formando los débiles pétalos de una nueva vida, que ha de fraguarse fuera de mí.

Otra vez no, no puede ser verdad. Intento comprar un billete; no distingo apenas el tipo de embarcación que hace la travesía, pero, a estas alturas, igual me da que me transporte un antiguo bergantín que cualquier moderno barco que haya atracado en el puerto: no me importa el tiempo que tarde ni la comodidad del viaje. Muy a pesar de la suntuosidad que ha coronado mis guirnaldas hasta ahora, después de los últimos días transcurridos, puedo adaptarme a cualquier tipo de embarcación y al aposento más humilde. Sin embargo, no puedo creerlo, pero carezco del dinero necesario para sufragar este costoso viaje, ¿qué voy a hacer? Si acaban descubriendo en mi casa que he venido hasta Barcelona, el innombrable mandará a sus perros a por mí, y no me estoy refiriendo a sus perros de caza, no, a ciencia cierta, sé que enviará a aquellos que tiene a su merced, bajo su látigo: sus canes rabiosos son sus mercenarios a sueldo. Si vienen a buscarme estoy perdida; aunque perdida me hallo en la voluptuosidad y fiereza de un mar, que para mí se desata en lágrimas, se bordea de desconsuelo lacerante y se sumerge entre mis sentidos apagados, aletargados como jamás he percibido.

Impotente, me doy la vuelta y viro mis pasos en dirección opuesta.

El norte de mis latidos ha dejado de vibrar, porque ha desaparecido el soplo que indicaba la huella a seguir en la señal dibujada en el camino. No obstante, sigo siendo, aunque lo aborrezca, una Villaserbal. Y los Villaserbal, precedentes fehacientes existen, no se doblegan ante los infortunios perpetrados por los altos valles que impone el destino. Por eso, yo, Azucena Villaserbal, reconduciré mi senda por otros derroteros; lograré encontrar un trabajo con el que reunir el capital que pague, por fin, mi pasaje hacia unas tierras donde me renueve por dentro y resurja hacia el exterior, y donde afiance un espacio para mí, alejado para siempre de un pasado que hurga, continuamente, en mis desgarradas heridas, las cuales sangran indefinidamente.

Pasados unos cuantos días, el techo me cobija tras las paredes de una habitación realquilada, que comparto con otras dos muchachas solteras. Ninguna de ellas ha osado hacer preguntas sobre el origen de mi abultado vientre, son discretas y lo agradezco sobremanera. He tenido que reservar unos reales para pagar esta insalubre estancia, donde solo existen mugrientos suelos, jergones incómodos y un increíble hacinamiento de personas de toda índole, que aparecen por los inmundos pasillos al igual que una muchedumbre cuando va en protesta por las calles. Ante tan improvisada aglomeración de gente, el olor transmitido es insoportable, a veces me dan ganas de vomitar de tan nauseabundo que lo noto y me parece. No obstante, la capacidad de supervivencia del ser humano, así como su adaptabilidad, es un don que poseemos innato; y en mí debe de estar hirviendo porque, inusualmente, creo que mis instintos más elementales se están habituando a vivir entre toda esta miseria, del mismo modo que han aprendido a convivir entre menesterosos cubiertos de harapos. Algo incomprensible pero real como la misma existencia que albergo, que se resiste a cerrar sus faros al mundo, además de empeñarse en crecer y duplicarse.

Conseguí trabajo en una fábrica textil; por cierto, muy afamada por sus finas medias de seda, que al tacto parecen puro terciopelo como las partes más blandas de las flores: el cáliz y la corola que se deshacen entre los dedos. Sin embargo, todo fue un desastre desde el principio. Soy experta bordando hilos de seda de manera artesanal, a pesar de que doña Adelfa reprobara mis proezas con la aguja; pero, obviamente, jamás tuve opción de manejar un huso mecánico. Toda la fábrica estaba llena de estos modernos mecanismos de hilar, y cuando me enseñaron a mover con ligereza los pedales y la rueca de uno de ellos, no pude aguantar el frenético ritmo. Así que el amo no dejó siquiera que terminara aquella larguísima jornada laboral, me despidió sin más, echándome por la fuerza y dejándome otra vez de

patitas entre las penurias enquistadas de la calle. Probé suerte en otras ocasiones, y, en todas, el resultado fue el mismo.

Es algo bárbaro y siniestro a un tiempo, ¿cómo es posible que las trabajadoras de la avanzada industria de esta ciudad de acogida soporten, sin levantar la cabeza del hilado que tejen, las eternas jornadas que les impone el amo? ¿Cómo puede ocurrir que salgan ilesas de las puertas de las fábricas tras casi trece horas sin parar, azotadas por el filo implacable del alto rendimiento? ¿Cómo pueden sobrevivir a base de bacalao y arenques, con el gaznate completamente reseco? He visto, incluso, a niños barbilampiños y a niñas con los mocos colgando todavía respirar, en esas máquinas del demonio, los aires turbios que señorean el ambiente. Niños y niñas inhalando toxicidad y con una destacable desnutrición impregnando hasta su epidermis más oculta. Es una vergüenza, y lo peor es que provengo directamente, desde varias generaciones atrás, de esta burguesía por parte del innombrable; ese perverso individuo al que cada día refuerzo con los grilletes —que no puedo ponerle— del rencor y el odio hasta límites insospechados, hasta fondos inaccesibles más allá del pozo más profundo, del precipicio más escarpado o del abismo insondable de la mar ancha. He estado pululando de una fábrica de indianas a otra de hilatura, y viceversa, durante estos días. Ni siquiera he podido completar una jornada entera y, en la última, me desmayé sin pretenderlo. Aunque los hilos se entrelazaron difuminando los pesos del telar delante de mí, intenté persuadir esa realidad deformada, que se iba distorsionando, pero no fui capaz. Quedé inconsciente durante unos minutos, y mi compañera de turno, con la que también comparto esta mísera estancia, me acompañó hasta aquí, jugándose ella misma su puesto que, gracias a Dios, aún conserva.

Llevo en este aposento desde ese día. Una tos ronca ha empezado a salir con brío de mi garganta, y creo que, por la noche, la fiebre me atenaza. No solo busqué empleo en la industria, asimismo, intenté colocarme de sirvienta, donde no me admitieron, y pienso que fue por mi estado de gestación tan avanzado. Tampoco como nodriza tendré alternativa, ya que prefieren o, más bien, solamente cogen a muchachas de buena familia y que puedan explicar, con pelos y señales, su honrosa procedencia.

Tengo todas las puertas cerradas, como si las hubieran atado con cerrojos imposibles de partir. No sé qué voy a hacer ahora, aunque presiento que lo peor todavía está por llegar, puesto que mi compañera Violeta se acerca hasta mi lecho con el rostro hecho un poema y con acusado gesto de pocos amigos.

Cabizbaja, me musita con voz queda.

—Azucena, la patrona del piso me indica que le debes las dos

últimas noches.

Abro los ojos todo lo que puedo, suplicante.

—Lo sé, Violeta. Ayer ya me advirtió que, si no pagaba, me echaba —bajo la mirada, con las lágrimas queriendo resbalar por mis blancas mejillas—, y ya no me queda nada que ofrecerle, he gastado todo lo que tenía. ¿Qué voy a hacer?

Me observa con semblante severo, aunque intuyo que también sus ojos están a punto de humedecerse.

—Lo siento mucho, Azucena. Hace poco que nos conocemos, pero te he cogido un aprecio especial. Sabes que yo misma le daría mi jornal por ti, para que pudieses quedarte. Pero tengo a mi madre enferma y a mis hermanos menores cuidándola, allá en el pueblo —. Suspira y prosigue—: Debo enviarles todo lo que gano a ellos, espero que puedas comprenderlo.

Me levanto y le acaricio una de sus manos. Las tomo después las dos con fuerza y le digo:

—No te preocupes, Violeta. Lo entiendo perfectamente. Me marcharé de aquí, no quiero daros más problemas.

Nos abrazamos con sentimiento compungido; no sé si algún día volveré a verla, pero deja impreso en mí un memorable recuerdo, incluso a pesar de haber convivido juntas tan poco tiempo.

A estas horas las calles están desiertas, y yo me adentro, de puntillas, en este perpetuo aislamiento que me aplasta más y más. Todavía escucho en mi interior el ensordecedor sonido taladrado por el hilar; ahora parece que la ciudad está en calma, pero el humo y el ruido son los nutrientes esenciales que gangrenan el paisaje urbano de punta a punta. Forastera como soy, me resulta enormemente difícil integrarme en una ciudad donde hasta el vestir tiene un signo europeo que a mí me falta, dado que mi vestimenta se asemeja a la rústica.

El cielo retorna con sus tonos grises, que van transformándose en negro mosaico, tiñéndose de una oscuridad propia de las cuevas o similar a la boca de la loba; el cielo comienza a soplar con ímpetu las velas que han dotado de luminosidad al día, mientras yo soy ahora una moza gestante sin techo donde cobijar mis desvelos, sin almohada donde reposar mis penas y sin abrigo que caliente las válvulas atrofiadas de mi pobre corazón. El cielo surca mis adentros con la potente y destellante luz de la luna, pero ni siquiera el collar de luciérnagas estrelladas logra alumbrarme hoy.

4

BARCELONA. PERIODO ESTIVAL DE 1868

Bajo esta mantilla de penumbra que me envuelve, removiendo y corroyendo mis entrañas, he perdido la noción del tiempo. En este mustiado vagar errante en el que me encuentro atrapada, tal como si me hubiera transportado al limbo, igual que un alma en pena cuando no yace en su eterno descanso; es en este delirante deambular en el que ya no recuerdo qué día fue ayer ni cuál atravieso hoy mismo. Mis pensamientos van enturbiándose a cada hora que pasa, hasta tal punto que empiezo a notar huecos vacíos en los cajones de mi memoria, cuyos engranajes van remendando, con las polillas del olvido, las reminiscencias de un pasado que, no obstante, anhelo dejar atrás para siempre. Sin embargo, cuando creo que lo he arrinconado, por fin, tras las rocas salinas de la costa; cuando pienso que lo he alejado de mí, depositándolo bajo la proa del buque más pesado; cuando de verdad intuyo que el mar se ha tragado definitivamente mi agridulce transitar, entonces, retorna a mi latir como un viento huracanado imposible de retener ni de poder rebatir. Es tal su inminente energía que me devuelve la claridad con una transparencia insólita; me arranca otra vez destellos de lucidez que se transforman en cristales perlados que rasgan mi retina, rompiéndola en mil pedazos y dejando la brisa de los recuerdos visible a contraluz, sin velos tupidos que me hagan ya ignorarlos.

No sé cuánto tiempo ha podido pasar desde que tuve que partir de aquella compartida e inmunda habitación, confraternizando con gente variopinta de distintos lugares diseminados por toda la geografía española, hasta que me vi obligada a migrar tal como lo hace un ave que busca, infatigable, su nido y sustento planeando por cielos norteños hasta afincarse en sus opuestos del sur; solo que yo únicamente sobrevuelo las calles de esta interminable ciudad, sin encontrar reposo en ninguna. Náufraga de mi propio destino, ando sin parar, sin saber a dónde ir ni qué poder llevarme a la boca, ni con qué cubrir mis hombros cuando las alas de la noche lanzan su frescura que, aunque aún a base de suaves ráfagas que voy sobrellevando, se intensifica por momentos. ¿Cómo voy a sobrevivir dentro de poco, cuando la gelidez invernal haga su triunfal entrada en esta Ciudad Condal? ¿Cómo voy a continuar subsistiendo con los despojos de los días de mercado, los cuales recojo y he aprendido a aprovisionarme de

ellos? Realmente, qué me importa ya. He rezado tantas veces implorando a Dios el deseo perenne de poder acudir junto a Él, que si perezco de pura inanición sería mi sueño concedido y, al fin, podría reposar en calma en un universo celestial donde el sufrimiento humano no existe.

Verdaderamente, y ante tanta angustia que ciñe con cinturón de pinchos cada recodo de mi pecho, estoy comenzando a reflexionar sobre todo aquello que mi madre nos inculcó con su amor, su saber y su fervorosa fe católica. Aunque a veces no sé ya en qué mundo estoy orbitando: si todavía resido en este o ya los espíritus me han cubierto con su fantasmal capuchón; otras, en cambio, la ruleta de mi mente divaga y trasciende los hechos con total nitidez, diciéndome que todavía la corteza que recubre mi piel, vive, experimenta y cavila que, en tal caso, ¿por qué el padre celestial, omnipotente y bondadoso como es, no se apiada de un alma pulcra como la mía? ¿Cuál es el magnificente pecado que se me atribuye para estar acarreando semejante penitencia? Como sigo sin obtener respuesta alguna, estoy empezando a perder una fe que siempre mantuve intacta.

No sé cómo he podido caer en tan bajo peldaño, e imbuirme de una extrema sordidez de la que no logro desarraigarme. ¿Qué diría mi hermana Blanca si pudiera verme en el penoso estado en el que me encuentro? ¿Me reconocería acaso? Estoy casi segura de que debo ofrecer una apariencia lamentable: debajo del corsé me noto las costillas al palparme, con lo que he debido de perder bastante peso y, además, no consigo desprenderme de esta tos seca que me atenaza la garganta y me escuece el pecho.

Las ramas retorcidas de mis divagantes raíces se atan, con un nudo tan cohesionado como el que realizan los marineros, a mi añorado Altospinos, con su cromático lienzo otoñal repleto de bojes, quejigos, arces o pinos silvestres forjando su característica acuarela; a mi anhelada familia de origen, exceptuando al perverso individuo que me arrancó la vida de cuajo: fracturándola para siempre y talándola con su brutal hacha, haciéndome pudrir por dentro con dolor supurante; a mi procedencia de alto estatus que, pese a todo, sigue designando mi noble apellido. En cambio, ese tronco de fuerte savia se ha ido desligando del árbol familiar; porque, en este instante, ya no queda nada en mí de aquella posición privilegiada que ostenté, ahora me he convertido en otra persona diferente: soy una miserable más entre tantos que pululan por estos lares en los que moro.

Estoy muy debilitada y necesito comer algo, aunque sea. Al rato, me doy cuenta de la encarnizada lucha que están llevando a cabo unos rabiosos perros callejeros casi frente a mí. Me quedo totalmente quieta, más paralizada si cabe que las estatuas donde se posan las

palomas. Soy una pétrea figura mientras observo pelear a los dos perros que se disputan, irritados, un trozo sanguinolento de carne putrefacta. Me dan ganas de vomitar al ver esta desagradable escena; ha vuelto a recordarme a aquella pobre niña enferma a la que no pude aliviar ni sanar. ¿Soy yo misma ahora como aquella niña que vivía rodeada de hambre e inmundicia? La respuesta es clara: mi transformación ha tenido lugar; dejé el pedestal de los privilegiados para mendigar por estas calles, y para pedir un poco de caridad cristiana que me permita subsistir en una existencia que me gustaría finiquitar en clamorosa paz.

Miro fijamente a los perros y estudio, paciente, hasta su más mínimo movimiento. Entonces, con un veloz impulso y una rapidez desorbitada, como si fuera un fugaz rayo que desciende en plena tormenta de verano, me abalanzo con increíble seguridad sobre los dos canes, que no esperaban tal movimiento por mi parte. Me arrastro por el suelo y, de un fuerte tirón, les arrebato la carne corroída. Salgo de allí en plena estampida, como si estuviera corriendo por una de esas selvas africanas de las que hablan proezas los exploradores y misioneros que hasta allí han viajado. Con mi aliento a punto ya de expirar, me detengo y me apoyo en un portal para poder recobrar paulatinamente mi lisiada respiración. Con certeza sé que he dejado atrás a los perros. Observo con asco el trozo de carne que tengo en las manos, pero, aun así, y sintiendo en mi paladar un sabor indescriptible, lo devoro como un animal en apenas unos bocados.

Un rato después, los retorcijones merodean, sin cesar, dentro de mi estómago. Por supuesto no es algo que me extrañe, sino todo lo contrario. No sé cómo ni por qué, pero otra vez he resistido a los anclajes de este mundo cubierto por los nefastos telares de un tapiz opaco; no sé cómo ni por qué mis instintos primigenios han reaccionado así, si lo que hubiese querido hubiera sido dormir el sueño más profundo tirada en cualquier esquina. Ojalá pudiera aletargarme y dejar mi mente licuada de pensamientos, que aporrean mi apático sentir; ojalá pudiera hibernar y destilar mi palpitar de turbulentas sensaciones, que llagan mis adentros. Pero no puedo, algo indescifrable vuelve a girar en mis fluidos interiores, y me lleva a proseguir mis pasos hacia el intangible horizonte que tengo delante, obligándome a continuar con mi demacrada y punzante existencia.

Deambulo por las calles sin puerto al que agarrarme, como una almadía remontando los rápidos del río y estrellándose entre los salientes rocosos de la ribera; como un velero que choca con el oleaje marino en brava tempestad y en toda su acuática magnitud. Así es, precisamente, como me siento en este apesadumbrado instante. Me acerco al muelle donde multitud de gente ataviada, supongo, a la última moda europea y cargada con enormes baúles va a embarcar en

uno de esos majestuosos transatlánticos. Después de estar unos minutos abstraída en este caótico ajetreo, giro lentamente sobre mis pasos. No puede ser lo que ven mis ojos, es él, está ahí mismo.

Le alcanzo a la carrera y le toco por la espalda. Se vuelve, atónito, mientras le miro embobada.

—¡Ah! Perdone usted. Le había confundido con otra persona.

Me mira con absoluto desprecio, gritándome:

—¡Apártese de mí, señorita! ¡Y váyase de aquí, si no quiere que avise a las autoridades!

Agacho la cabeza y le respondo como en una letanía aprendida.

—De verdad que lo siento. Es que creí que era usted una persona a la que conocí… —Ni siquiera me deja terminar la frase.

—¡Márchese de aquí! No se lo repetiré más veces. ¿Me ha entendido? ¿O tengo que dar aviso?

Tampoco le reprendo ya, me voy de aquel lugar como alma que se llevara el diablo colgándosela en una llameante bolsa a su espalda. La hechura de su contorno, visto por detrás, me ha recordado tanto a mi Amancio que de verdad he creído que era él. La frágil puerta de mis sentimientos vuelve a abrirse ahora de par en par. Como las hojas enmohecidas del otoño que vendrá, siento la herrumbre colonizar, más aún, las partículas que forman mi ser. ¿Dónde estará mi amado? ¿Estará recorriendo los confines del mundo sin mí, en perpetua soledad al igual que yo? ¿Lo mandaría el innombrable a algún remoto reducto colonial enclavado en Ultramar? ¿Acaso lo pudo desterrar sin piedad a cualquiera de las posiciones isleñas, influido quizá por esa abismal lejanía, que nos separaría para siempre por medio de un vasto e intransitable océano? ¡Quién sabe! ¡Quién pudiera saber dónde acabó destinado! Esté donde esté, ¿habrá sobrevivido?, ¿estará vivo y podremos reencontrarnos alguna vez, en una tierra nueva que nos ampare y nos conceda el cobijo de bebernos, en largos y sabrosos tragos, el jugo de la felicidad uno junto al otro? ¿Será eso todavía posible en este indigno y aplastante vivir? Sin embargo, el negro suspiro bordado en un horrible pensamiento me trae a los designios de este presente, mostrándome la tortura y el suplicio que navegan en esta incierta losa que me oprime el corazón. Justo cuando pienso que quizá no vuelva a saber nunca más del paradero de mi verdadero amor; que quizá un nuevo mundo nunca exista para nosotros, ni una porción de tierra que nos resguarde de la insaciable tormenta del innombrable; que probablemente jamás plantemos renovadas raíces en ninguna parte, ni en lugar alguno por recóndito que permanezca; que seguramente el delta del destino no confluirá más juntando nuestras almas quebradizas, deshilachadas y recosidas; justo entonces, se me encogen las entrañas. El dolor se agudiza justamente ahí, y presiento que es debido a la ingesta de la carne en mal estado que he engullido

antes sin advertir las posibles consecuencias, sumado, claro está, al imperecedero recuerdo que Amancio dejó grabado en mí, indeleble, uniendo las aristas de mis hondas latitudes. Sin embargo, cada vez adquiere mayor potencia, agravándose y subiendo su intensidad a un ritmo casi frenético.

¡Dios mío, ayúdame! No puede estar pasándome. No me ha sentado mal la carne robada a los perros de la calle, lo que noto en mi bajo vientre son los dolores propios del parto, he comenzado a dilatar y estoy sintiendo dentro de mi cuerpo las primeras contracciones que padecen las mujeres en semejante trance. He deseado incontables veces alejarme de esta vida y adentrarme en los pasadizos del reino de los cielos —si es que ese idílico reino realmente existe; hecho que constantemente pongo en tela de juicio y cada día mis dudas aumentan sobre ello: mi fe perdió su solidez hace tiempo y está resquebrajándose—; quizá, haya llegado mi momento y el final esté acercándose. Sin embargo, un miedo atroz ha comenzado a internarse en mis entrañas a la vez que este insufrible dolor. El parto es la causa más habitual de muerte entre las mujeres, al igual que le pasó a mi santa madre, que, aunque no fue dando a luz, sí pereció a consecuencia del posparto; y en las pésimas condiciones en las que me encuentro casi podría escribirse mi destino. Pero, muy al contrario, parece que mi cuerpo está mordido por una feroz resistencia, que ha empezado a hacerme aguantar.

Ahora comprendo que debemos de estar ya a finales de septiembre; calculé que para esta fecha saldrían las cuentas y la criatura me abandonaría por fin. Observo un momento a mi alrededor, apoyando mi espalda contra un muro y cogiéndome con las manos la tripa que parece querer desprenderse de mí, y vislumbro, estupefacta, cómo una barahúnda de gente agitada se aproxima con celeridad. Parece una revuelta, tal como atisbo el desorden que genera, así que me doy media vuelta como puedo y, parándome cada vez que una punzada me corroe las entrañas, camino todo lo rauda que soy capaz en estas fatídicas circunstancias, hasta que alcanzo, no sin esfuerzo, la orilla de la playa atestada de gaviotas, que alzan el vuelo en cuanto llego hasta ellas.

Una vez allí, me toco entre las piernas y noto cómo un líquido acuoso ha resbalado hasta la arena, dejando un luengo reguero tras la senda transitada. La playa está completamente desierta, es una isla trashumante en medio de la mar salpicada de sal. Ahora sé que mi vasija interior se ha roto y va a dejar salir de sí una nueva vida forjada no con el amor pintado en la silueta de las flores, sino con el terrible odio incrustado en las espinas que escaman sin pudor ni conciencia.

Definitivamente, el ánfora de mi vientre, tras un rato de intensísimos pinchazos que no pudo siquiera explicar de tal fuerte

impacto que me han hecho sentir, se ha hecho añicos dejando que la criatura a la que no puedo ni ver, se haya alumbrado con la luz del mundo. No quería empujar, pero no he tenido más remedio que hacerlo, porque el abismal sufrimiento me ha obligado a ello. Me he puesto en cuclillas para favorecer la abominable expulsión, hasta que un bulto ha caído en la mullida arena totalmente ensangrentada. He deseado, con las pocas fuerzas que ya me quedan, no escuchar el temible llanto de la criatura que acabo de alumbrar. Ha sido en vano, un débil sollozo ha inundado de indeseable vida mis oídos.

Pasado el primer momento del nefasto parto, cojo en brazos a la criatura y compruebo que se trata de una hembra. No puede vivir. Una hembra en estos mundos de Dios —más bien, diría que están bajo el dominio del demonio— está destinada a sufrir a manos de algún hombre depravado que le cercene la vida o que le obligue a obedecer bajo su cetro y mandato conyugal. Con mis lágrimas mojando su tierno rostro, y con el cordón umbilical colgando aún, unido a mí, le rodeo con mis manos su diminuto cuello, cada vez más fuerte, e intento cortarle el aliento antes incluso de que aprenda a respirar acompasadamente. Aprieto cada vez con mayor ahínco, pero cuando su carita comienza a amoratarse, tomando casi un tono purpúreo, me arrepiento de inmediato. ¿Quién soy yo para intentar quitarle la vida a esta inocente criatura que acaba de nacer? ¿Qué madre sería capaz de hacerle algo así a su propia hijita? ¿Cómo podría vivir con ello?

Justo entonces, una voz inaudible para los demás, me envuelve con un solo susurro, haciéndome ser consciente del acto tan vil e infame que he estado a punto de cometer con la sangre helada, como si su flujo se hubiera detenido entre mis venas. La voz parece crujir entre las fisuras de mi cráneo, y me ordena: «Azucena, no lo hagas. Ella no tiene la culpa del pecado execrable y depredador que cometió ese al que ya nunca osas nombrar. Ella tiene todo el derecho a la vida, igual que tú. Si no puedes cargar con ella, déjala; pero no le arrebates lo único que has sabido darle». No sé qué es lo que me sucede, pero hago caso al pálpito instigado por mi conciencia y la tomo en brazos, acunándola apenas un minuto (aunque también sé que no soy la primera mujer mancillada ni tampoco hubiera sido la última en el caso de que hubiese culminado este acto; desgraciadamente, muchas mujeres, al igual que yo, se ven abocadas cada día a terminar con la vida de sus bebés apenas la han comenzado las infortunadas criaturas. Nunca entenderé por qué las reglas sociales y religiosas nos conducen a un infierno semejante). Rebusco entre el suelo arenoso y cojo una concha rota, tan rota y quebrada como yo misma. Corto el cordón umbilical con su filo y deposito con suavidad el pequeño cuerpecito en la arena, ya rozándole la espuma plateada con la que la mar la baña con sutileza.

Me marcho, sin volver la vista atrás, y vago de nuevo por los suburbios hasta llegar a la calle de *Las Orquídeas Silvestres*. En este tumultuoso tiempo, me he acercado como una espía en varias ocasiones, para intentar averiguar qué era lo que se cocía en aquella casa que me indicó Flora, mi compañera de viaje hasta esta cosmopolita ciudad, y que, aunque parece un tugurio de mala muerte y no me trae buena espina, es la única alternativa que ya me queda; la última puerta a la que poder pedir auxilio. Me escondo un instante al ver que unos hombres vestidos impecablemente, por lo que deduzco que pertenecen a la burguesía industrial barcelonesa, aparecen en la entrada. Espero a que pasen y, justo después, me decido y toco, trémula, con la aldaba. En ese preciso instante, todo en derredor comienza a emborronarse de manera vertiginosa, la cabeza me da vueltas y vueltas a mil revoluciones por segundo hasta que la luz languidece y mi visión desaparece, convirtiéndose en el fondo mismo de un pozo.

Una hora después, alguien que viste harapos pasea por la playa buscando almejas con las que engañar al rugiente estómago. Unos sollozos casi inapreciables le llegan poco a poco desde la lejanía y va tras su pista, encontrando al desharrapado bebé. No sabe qué hacer; esta persona, dubitativa, se lo entrega finalmente a unas religiosas de la ciudad, que todos saben que alojan en su hospicio a niños y niñas abandonados, muchos de los cuales han sido engendrados en la ilegalidad, fuera del lecho conyugal y, por lo tanto, son señalados como bastardos. La persona que socorre al indefenso bebé no se atreve a dar la cara, por lo que lo deposita con cuidado en el jardín de la parte de atrás del hospicio. Tras este solidario acto, vuelve a saltar la tapia del jardín y se aleja de allí para siempre.

Al notar la fresca estera de hierba bajo sus diminutas nalgas, el bebé llora sin saber ni entender que aquel inhóspito jardín alfombrado por un óleo de pétalos perfumados, puede que acabe dibujando los colores de una vida que a punto a estado de apagarse, marchitándose con premura. Allí, en ese cuadro que lucha por pincelar los bosquejos de la existencia, quizá, se vista de telas bordadas con cintas de seda; o, quizá, sea el soplo frío del viento el que termine, inevitablemente, sofocando su incipiente y tenue lumbre.

5

PREPIRINEO ARAGONÉS. OCTUBRE DE 1868

Una extensa plancha de nubes negras abarrota el cielo cuando, camino de la iglesia, me paro un instante a observarlo. Pronto estallarán sobre nosotras como no nos apresuremos a llegar al resguardo que nos ofrece la casa del Señor. Casi en la entrada, comienzo a notar el efecto chispeante de una fina lluvia que moja mi rostro, resbalando con sus lágrimas traslúcidas, recordándome a las mismas que he vertido, sin consuelo, por mi hermana Azucena; un agua de otoño que se desliza entre los árboles del bosque, prendiendo en sus hojas la antorcha rojiza, y que a mí me empapa del dolor incrustado por la pérdida de Azucena, sin poder ni saber dónde ni con quién estará ahora mismo; un aguacero que absorben los brotes diseminados por los campos, pero que a mí me ha conducido a un incontenible llanto imposible de refrenar en su caudaloso cauce, sin intuir siquiera si mi hermana más querida vive entre nosotros o, por el contrario, se la han tragado las semillas de la tierra y sus escurridizas sombras ambulantes, que siempre andan al acecho de llevarse a alguien sin retorno.

Noto las gotas de lluvia rozar sutilmente mis mejillas, como si fueran afilados cristales que acuchillaran mis pensamientos y desalojaran las notas armónicas de mi corazón, para traerme a la mente los inolvidables momentos vividos con Azucena, que me queman y me raspan como nunca en esta vida de Dios he sentido. En cambio, me sorprende sobremanera la serenidad que trasluce, en todos los sentidos, mi hermana mayor, Verónica. Junto a ella me dirijo ahora a la iglesia, como todos los días, para confesar nuestros pecados —o los que nos dicen que cometemos, a veces hasta empiezo a dudar de ello— ante el confesor espiritual. Sé que Verónica lleva los pasos de la procesión clavados dentro; siempre ha sido muy comedida con sus palabras, y no suele destaparnos los secretos razonamientos que rondan por su mente o canalizan los estados anímicos de su alma. Azucena decía constantemente que era dura como los cantos rodados que deposita el río en su orilla, es más, en alguna ocasión la comparaba con la helada rigidez que nuestra madre —por su condición— se vio obligada a inculcarnos, no dejándonos casi atisbar sus sinceras muestras de afecto; o, incluso, comentaba que a veces se parecía a doña Adelfa, por su arisco comportamiento. Es verdad que,

con todo lo sucedido, se ha ablandado bastante y sé que lo está pasando francamente mal. Sin embargo, Verónica nada sola a contracorriente, no quiere compartir conmigo la desesperanza que ambas llevamos engastada, luciéndola como perlas flotantes en una insalvable cadena de melancolía. No obstante, Verónica sabe mantener en alza su porte y compostura, algo de lo que yo carezco, porque solamente con escuchar un nimio comentario referido a mi hermana desaparecida, solo con eso, me derrumbo por completo. Cuando sucede, es como si me precipitara por un barranco sin fondo; como si todo en mi interior se convirtiera en un vaso vacío, sin fuerza ni voluntad para saltar la siguiente cerca; como si todo en casal Villaserbal se fuera hundiendo poco a poco, quedándose aplastado entre las piedras que un día cimentaron las sólidas bases de nuestro prestigioso apellido; y como si el propio Satanás se estuviera bebiendo el néctar que alimenta mis sentimientos, dejándome taciturna y abatida como nunca he estado.

Ensimismada en mis cavilaciones como me encuentro, pego un respingo al escuchar la cortante voz de Verónica resonar en mis oídos.

Me mira con reproche y compasión al mismo tiempo.

—¿No pretenderás entrar así en la iglesia? Límpiate la cara antes de que te vea de esa facha el sacerdote. Y, por favor, no llores más. Blanca, debes hacer borrón y cuenta nueva, al igual que he hecho yo. No podemos hacer nada, ya todo se nos ha ido de las manos y, mal que nos pese, la vida prosigue con o sin Azucena —no puedo creer que esté hablando de ese modo de Azucena; pero mi llanto escurre las palabras de mi garganta, que claman por salir, aunque no pueden—. También yo lo sufro; sin embargo, he procurado admitirlo.

Por fin, mis cuerdas vocales dejan escapar el hilo del desconcierto, y le imploro:

—Pero ¿qué es lo que intentas decirme? ¿Es que quieres encerrar a Azucena en una urna de cristal y olvidarla como si, de repente, hubiera dejado de ser nuestra hermana? —Exhalo una bocanada de aire y suspiro antes de continuar—. No te reconozco, Verónica. Por tus venas corren idénticos regueros de sangre que por las mías y, en cambio, si piensas así, ya no puedo compartir ni identidad ni lazos en común contigo. Si estás dispuesta a echar una losa sobre Azucena, no me llames hermana y olvídate de que un día lo fuimos.

Retiro con aspereza su brazo, que ella había colocado previamente sobre mi hombro, y giro sobre mis pasos acercándome al pórtico que da entrada al solemne templo gótico.

Justo entonces, con la voz súbitamente quebrada, Verónica me musita:

—Lo siento, Blanca. Acabas de romper la coraza de hierro que siempre intento ponerme. —Ahora son sus sollozos los que bailan al

compás de la lluvia suave que cae—. Y, al final, has conseguido quitarme esa venda de los ojos, hermana. Siempre he tenido múltiples diferencias con las ideas que rondaban a Azucena, con su forma de pensar, pero, a pesar de todo, la quiero tanto como puedas quererla tú. Solo estaba intentando aliviar un poco tu penosa carga, aunque quizá mi actitud haya sido excesivamente fría, y te pido perdón por ello.

Me vuelvo de inmediato y nos abrazamos como jamás recuerdo haberlo hecho. Las dos expulsamos arroyos de dolor en un llanto desbocado; unas lágrimas que se agarran a nosotras sin querer apaciguar su salida, adhiriéndose a nuestras ropas como una tela de encaje que acaba de enredarnos con la fuerza de la costura; fuerza que confluye en la unión inseparable y el arraigo inquebrantable.

Parece que hoy todo a mi alrededor va a transformarse en los abigarrados cúmulos negros que se deslizan por la calzada celeste. Le cuento, sin omitir ni una sola palabra o acción, toda la angustiosa pena que llevo dentro al confesor, mientras me arrodillo con la cabeza gacha ante la celosía que nos separa. Y su respuesta es inadecuada y desdeñosa para mí: me comenta que Azucena se ha torcido continuamente de la recta vereda por la que tiene que transcurrir una buena cristiana.

¡Dios mío! ¡Virgencita mía! ¿Cómo puede ser? Si mi hermana es una santa. Puede que se haya saltado alguna norma de vez en cuando, pero eso no le da ningún derecho a ofendernos así a este… hombre, porque, aun con todo, antes que servidor de Dios es un hombre. Y como tal ha obrado según su criterio personal, y no en nombre del Padre todopoderoso, como debería de haber sido. ¿Quién se ha creído que es, para escupir por su boca semejante desfachatez? Si he entrado con la humedad surcando todavía mis órbitas oculares, salgo descompuesta y con los ojos envueltos en un mar de auténtica pena y de rabia; también de esa rabia impredecible y descontrolada. Ya digo que el sacerdote es un hombre, y, como a todos los hombres, deduzco que las tentaciones a menudo deben de paseársele por delante de su altar, o eso es lo que las malas lenguas contagian con sus rumores rellenos de zarzas, que —todo sea dicho— nunca he creído hasta este momento, en el que empiezo a dudar. He salido sin avisar a Verónica, que aún rezaba frente al altar en el reclinatorio familiar, porque prefiero estar sola; embadurnada con el ungüento de mi tristeza y dando giros de noria a mis apesadumbradas cavilaciones.

Me adentro, con sigilo y silencio, en los encantos otoñales del bosque. Vuela, acelerado, el raíl de mi discurrir, de mi abstracción, de mi frecuente preocupación, en una veloz calesa que no se detiene. Me transporta junto a Azucena y, al intentar enumerar los nombres de las flores que ella esbozaba y yo memorizaba, me viene a la mente un

fugaz recuerdo que me deja en total parálisis, y esta vez no se trata de mi desesperanza por saber de Azucena.

Hace un par de días, entré en el despacho de mi padre para comunicarle algo de lo que ahora no me acuerdo, y vi que enseguida recogió unas hojas de cuentas que estaban extendidas sobre la mesa de nogal. Apenas pude ver las cifras, pero lo poco que logré entrever eran unas referencias de unos desorbitados pagos que, por supuesto, a día de hoy, nos podemos permitir con creces (por algo nacimos con rango noble); sin embargo, me extrañó que mi padre estuviera pagando unas sumas tan altas de capital, ¿en qué? Desde luego, no me atreví a preguntárselo. Con todo, los tiempos que creíamos inamovibles, con el orden pululando por cada calle y calleja existente, con la masa popular besándonos hasta la punta de los pies, están cambiando vertiginosamente y no sabemos qué puede ocurrir de aquí en adelante. Por si acaso, mi padre calla y hace que todos nosotros participemos de esa misma ley que promulga la más absoluta mudez. De momento, habrá que esperar; la calma adosada a la paciencia es un principio que nos han enseñado a la perfección: a discreción no nos gana nadie, incluso a pesar de los recientes acontecimientos que hemos vivido.

Me levanto la saya, que se me ha embarrado toda, y alzo la vista a un cielo que intenta plegar las nubes, tintándose de vidrieras color pizarra con franjas azuladas; su grito líquido parece penetrar también en ese mutismo impuesto por mi padre, ya que está dejando de llover, tan solo cuatro desperdigadas gotas caen ya. En este instante, la conversación mantenida con Verónica regresa a mis meditaciones con celeridad. Mi hermana se halla en plena amargura porque pronto ha de casarse, por resignada obligación, con ese hombre maduro que le buscó mi padre, aún en vida de mi madre. Un hombre que, por muy buena persona que aparenta ser, no es el pretendiente ideal que hubiera querido Verónica. Está claro que nuestra ruleta familiar no hace más que dar vueltas y más vueltas; porque Verónica acabará casándose con ese señor, mal que le pese, y, tras la desaparición de Azucena y la falta prematura de mi madre, definitivamente, yo no tendré siquiera la opción de esposarme como Verónica. De hecho, el tablero de ajedrez que juegan los Villaserbal se ha reconvertido completamente, enquistándose en mí. Porque en ausencia de mi querida madre y de mi amada, anhelada y muy añorada hermana Azucena, así como teniendo que salir Verónica del casal, es a mí a quien me va a tocar asumir la gobernanza de esta casa y el cuidado de mis hermanos —los que continúen bajo este techo—, al igual que el de mi padre hasta que abrigue el tiempo de la vejez. La verdad es que lo admito con aceptación y cariño; no así la marcha de Azucena que alberga grandes huecos ocupando mis entrañas, vaciando mis intrínsecos laberintos y dejándome amplios surcos horadados por el

desconsuelo en cada renacido amanecer.

De repente, me quedo tan quieta como si fuera una verdadera piedra fosilizada (de esas que leo en los nuevos libros de ciencia que componen las estanterías de la biblioteca de mi padre —antes me decantaba más por todos los libros referidos a la fe católica, pero ahora empiezo a prestarles interés también a estos otros—). Me muestro pétrea como un guijarro entre los lodos del bosque, porque ahí mismo, frente a mí, unos resplandecientes ojos que emulan los míos, me observan directamente, penetrándome con su cautivadora y atrayente mirada. Es una loba, cuyos ojos del color de los helechos parecen hipnotizar, y se presenta tan estática como lo estoy yo al verla. Sigo en mi posición, luchando por no alterarme y echar a correr, ya que tengo oído que lo mejor que se puede hacer al encontrarse con un lobo, es lograr pasar desapercibida. Su mandíbula se dilata de inmediato y su oscura cavidad bucal se abre por entero. Un aullido desgarrador inunda el Prepirineo, retumbando y percutiendo más allá de los confines del valle. A ciencia cierta, sé que lo habrán escuchado hasta los animales más pequeños y resguardados, ocultos entre los túneles excavados en sus madrigueras. Un momento después, vira sobre sus patas y se escabulle rauda, metiéndose por los abruptos entresijos del bosque. El corazón me va a inusitada velocidad y, sin embargo, al unísono, me hace sentir las palpitaciones de Azucena dentro de mí, vibrando conmigo, solapando la ensortijada corteza de mis adentros. El motivo ha sido la presencia magnética de esa loba; su aullido ha recortado algo intangible, pero real, de mis aletargados sentimientos, y ha sido algo inexplicable que me ha traído de nuevo a Azucena, bañándome, otra vez, con el rocío que moja de tristeza la balsa de sus recuerdos.

Recorro a toda prisa el tramo que me separa hasta el borde del río Regal, que remoja los zuecos abarqueros que calzo en este desapacible día de tonos grises. Me siento en el fangoso barro después; ha dejado de importarme que mi impecable saya se manche en esta tina de cieno que coloniza hoy el valle prepirenaico, que más me da todo eso ya. Gotas de abrasiva sal se desprenden de mis glándulas lacrimales, escociéndome agridulces y vertiéndose una a una hacia la superficie transparente del río. Las veo colisionar en su estado natural, como si fueran vetas de berilo cristalizándose en un prisma poliédrico. Tal es mi desazón que, justo ahora, empiezo a atisbar, removiéndose entre las ondas que forma el agua límpida, la silueta dibujada de un rostro conocido. Son los melosos ojos de Azucena mirándome fijamente, sin pestañear siquiera y hablándome —a voz en grito— con ese mirar suyo tan hondo y en demasía profundo, que siempre me lo decía todo con sus códigos cifrados; son sus labios confidentes, que hoy vislumbro cerrados; es su amor demostrado, que hoy encuentro

fugado, aunque siga impreso en mí, conquistándome a cada segundo que pasa en este río de lamentos que nos atrapa.

El pasado es un reflejo inequívoco del presente que vivimos y que nos ciñe con su asfixiante envoltura. Sus reminiscencias vuelven a sacudir los anaqueles tapiados de mi memoria; porque veo la luz de Azucena titilar frente a mí; porque la veo, con nitidez, abrazarse a mí en estas mismas aguas que arrastran los sedimentos sepultados de un tiempo que ya no ha de volver. Los días rebosantes de alegría que fueron, quedaron irreversiblemente atrás, recubiertos por la misma crisálida que a mí me impide hallar su abertura.

6

EN LOS SUBURBIOS DE BARCELONA. NOVIEMBRE DE 1868

Despierto súbitamente al escuchar unos fuertes golpes que provienen de la pared de al lado. Miro desconcertada a mi alrededor cuando por fin puedo abrir por completo mis ojos. Siento los párpados muy pesados mientras, progresivamente, mi melosa mirada se habitúa a la cegadora luz que invade la estancia en la que ahora me encuentro. Pero ¿dónde estoy realmente? El miedo es un voraz gusano que siempre anda al acecho para colarse entre las frágiles virutas de la debilidad, y en un fugaz segundo ha logrado colonizar hasta mi última fibra; es como un invisible pigmento que colorea de un negro indescifrable hasta tus propias entrañas. El miedo penetra, sin previo aviso, por cualquier grieta de tu raciocinio o entendimiento, conoce tu estado más vulnerable y sabe cómo paralizar tus aletargados sentidos. Y es precisamente un miedo atroz el que percibo, en este mismo instante, conquistar cada uno de los umbrales que residen en mi mente. Porque ¿dónde he ido a parar?

Intento tranquilizarme y observo en derredor: paredes lisas, sin cuadros ni adornos, ni siquiera una estampa de la Virgen las decora, solamente la presencia de un austero crucifijo sobre la cabecera de la cama sirve de ornamento. Retirado en un rincón, veo un aguamanil con espejo enmarcado, dotado también con una jofaina y su correspondiente jarra; en una esquina, una tosca silla de madera, en apariencia destartalada en demasía; completando la estancia, esta cama con barrotes de forja en la que me hallo tumbada. Hago todo lo que puedo para poder recordar cómo he llegado a este siniestro lugar, pero mis esfuerzos son en vano. No consigo dilucidar qué me ha pasado; me noto todavía algo mareada y soy incapaz de ordenar mis difusas percepciones, las cuales viajan en absoluto descontrol, mezclando unas imágenes con otras y dejándome desorientada en este mísero cuartucho.

Me levanto tambaleándome, confusa y sin saber qué ha podido sucederme, como tampoco sé qué hacer en este momento devorado por el pánico. Al aproximarme, despacio y con sigilo, hasta la ventana, la cabeza empieza a revolotearme como un enjambre regresando a su colmena, entonces, descorro un poco la cortina y los cajones de la

memoria retornan a mí, rebosantes; el aro ciliado del sol se ha ensanchado refulgiendo en la entrada, disipando mi ausente cavilar y la bruma de la amnesia momentánea, y otorgándome el beneficio de acordarme ahora que perdí el conocimiento en la calle de *Las Orquídeas Silvestres*, el único lugar plausible adonde podía recurrir. Pero ¿cuánto tiempo llevo inconsciente? ¿Por qué estoy sola en esta apestosa cama? Con cada nueva reflexión, la pestilencia del miedo vuelve a rodearme sin remedio alguno, estoy atrapada entre sus cruentas garras, que ansían asirme para no soltarme jamás. Sin embargo, lo saco como puedo de mis profundas cavidades y voy corriendo hasta la puerta de esta inmunda estancia. Agarro con firmeza el pomo y, al girarlo, compruebo que lo han cerrado con llave desde fuera. Me hundo sin consuelo sobre la abstracta soledad que lo irriga todo, desde el techo hasta el pavimento que piso; aun así, me insuflo con la volátil voluntad que aún me queda, y me aferro al pomo obtuso de la puerta con ahínco. La voz se me atraganta entre las cuerdas vocales y comienzo a toser levemente, hasta que un sonido casi gutural atraviesa mis labios y, después, grito con un auténtico sollozo que se forja a la vez.

Al momento, oigo con nitidez un sonido chirriante justo al lado y, al mismo tiempo, escucho una llave encajando en la cerradura. Entra alguien en esta habitación, pero no le reconozco. Aturdida, doy un paso atrás como toda precaución, pero la estrambótica mujer que tengo delante, ante mí, me sonríe y parece que quiere sosegarme, explicándome todo lo acontecido.

—Me alegro de que te hayas despertado, Azucena. Has vuelto en sí, pero has estado muy enferma —suspira elevando sus pulmones, y prosigue mientras me quedo mirando fijamente sus carnosos labios, maquillados con un provocativo rojo—. Llevas mucho tiempo sumida entre delirios… Bueno, lo importante es que ya estás prácticamente sana. No lo digo yo únicamente, lo corrobora el doctor, y, por ello, pronto tendrás que pagarnos los servicios prestados.

Le miro atentamente, totalmente incrédula, a la vez que me pregunto si en esos desvaríos —que según dice esta mujer, me han atosigado, fatigándome y consumiéndome—, las fiebres hayan podido llevarme a desvelar mi nombre.

No puedo callarme ni quedarme de brazos cruzados, he de averiguar qué ha pasado y dónde me encuentro, así que le increpo:

—¿De qué me está hablando? ¿Se puede saber qué tipo de antro es este? ¿Y cuánto tiempo ha pasado exactamente? ¿Desde cuándo estoy aquí?

Ahora la comisura de su boca esboza una sonrisa que a mí me da la impresión de que es un tanto maliciosa.

—Ponle freno a tu carro, morenita. Te responderé a todas las

preguntas, pero antes has de escucharme tú a mí, ¿de acuerdo?

Asiento con la cabeza más confundida aún si cabe.

—Ante todo, la cortesía. Presentémonos formalmente, muchacha. Me puedes llamar doña Begonia, o, si lo prefieres, doña Bego, como suelen referirse a mí más a menudo por estos lares. Viniste, en realidad, acudiste a nuestra especial casa hecha un espantapájaros. Como un guiñapo te plantaste en nuestra morada. Ni sostenerte podías. —Me señala la cama y me dice sin miramientos—. Ahí te tuvimos que echar para que el calor y los remedios del doctor te devolvieran al mundo. Y ahí mismo has estado postrada desde entonces, sin poder valerte por ti misma —vuelve a reírse con esa nota de cierta maldad impregnando su rostro—; aquí te hemos cuidado con todo esmero hasta que te has repuesto… Aunque siento tener que decirte, muchacha, que, en esta vida, toda acción, por pequeña que sea, se debe a su cobro. Así que tienes que pagarme; a cambio, te hemos salvado la vida, nunca lo olvides.

¡Dios mío de mi vida! Pero ¿de dónde ha salido esta tipeja tan extraña? ¿Cómo pretende que le pague, si me he quedado sin ahorros, si he estado vagando por las calles y hasta he tenido que desprenderles de su alimento a unos perros salvajes para no sucumbir de pura inanición, justo antes de tener que parir completamente sola, sin ayuda de nadie? ¿Cómo voy a ser capaz de razonar, si aún no sé dónde demonios he acabado, mientras una hilera de pensamientos martillea mi cabeza en continua colisión?

Mis órbitas oculares a punto están de salir disparadas cuando aprieto los puños con fuerza, encarándome a ella.

—Pero ¿se puede saber qué me está usted contando? Desde luego, si he estado tan mal como asevera, le agradezco enormemente que me haya prodigado cobijo y curación bajo su techo y vigilia, pero…

—Pero nada. Cuando estés recuperada del todo, me pagarás con creces la deuda que has contraído durante por lo menos mes y medio en esta, mi hospitalaria casa; y mía es la última palabra, que está ya dicha. Tengo asuntos que atender, así que voy a delegar tu instrucción a Flora, ella te conoce y te enseñará bien los rudimentos del oficio.

No me deja siquiera contestarle. Acto seguido, da unas palmadas y aparece Flora en la habitación, como un perfil recortado entre las sombras; mientras, esta enigmática mujer se escabulle por el pasillo como un atropellado fantasma.

Flora se sienta al borde de la cama y me conmina para que haga lo mismo. No sé por qué la obedezco. Mi dulce mirar penetra en el suyo; su mirada, al contrario que la de la tal Begonia, se muestra límpida, sin secretos que encubrir tras la gasa de los velos.

—Tienes unos ojos preciosos, ¿nunca te lo han dicho? —Me acaricia con ternura el cabello—. Y… tu pelo es sedoso y brilla tanto

como el azabache. —Tras una breve pausa, cambia drásticamente de tema—. No sé cómo comentarte esto para lo que me han encomendado; en cambio, no me queda otra alternativa. También yo tuve que pasar por un trance similar cuando llegué, desprovista de todo, a esta casa. Cuesta, aunque al final acabas acostumbrándote.

Una aplastante rueda de calesa ha comenzado a dar innumerables giros, virando a contrarreloj, sin parar, por los vericuetos de mi cabeza. Todas las escenas se han unido en un hilo de burda tela para hacerme comprender, conforme Flora expresa su propia historia, dónde me encuentro, por qué me retienen en este inmoral lugar y de qué manera van a desarrollar su conjunto papel para tapiarme la salida que busco.

¡Madre mía de mi alma! ¡Estoy alojada bajo las fauces de la perversión y la lascivia! ¡Dios mío de mi vida! ¡Estoy metida en un burdel! ¿Cómo he podido acabar en este tugurio? Tengo que escapar como sea. Después de haberla abandonado a su suerte sin perdón alguno, a ella, a la criatura que gesté durante nueve meses, inocente víctima del salvaje incesto (ni siquiera yo podré olvidar el pecado capital que cometí, desamparándola; me arrepiento ahora y, aunque quede siempre en mi memoria, intentaré dejarlo atrás, y lo haré solo para no convertirme en una mujer terriblemente perturbada, sin saber distinguir entre las tinieblas del pasado y los claros del presente); pues bien, ha de ser esa la última miserable y deplorable acción que haya hecho en este pastizal de lágrimas en el que nos condenan a vivir. No obstante, voy a salir como buenamente pueda de esta inmundicia a la que quieren someterme. Sin embargo, Flora me rodea con sus brazos con una fuerza inusitada, feroz, intentando soterrar mis fervientes temores, que están anidando con celeridad por todo mi lastimado ser. Quiere apaciguarme, consolarme, pero no puede; no consigue sujetarme porque grito como una posesa, aullando como la loba de ojos verdes, porque ahora soy ella. Soy una loba defendiendo mi honestidad —el poco honor que no me arrebató el innombrable—, y queriendo escabullirme de un horror que no soportará mi espíritu y que acabará desgajando, de parte a parte, los jirones que aún anudan alguna milésima partícula de mi atormentado corazón. Veo el llanto escurrirse de los ojos de Flora cuando me indica que doña Begonia sabe bien de dónde provengo (de hecho, mi memoria localiza el instante preciso en el que conocí a Flora: cogía la diligencia en la vereda prepirenaica, con lo cual, podría haber indagado, esta inhumana señora, sobre mi casal y mi familia), y, ya más serena y otra vez tiñendo su tez de un gesto adusto, me obliga a beberme un turbio brebaje que dice que calmará mis nervios crispados. Se lo escupo en la cara y, aun así, logra hacérmelo tragar y caigo en un profundo sueño.

Han pasado varios días, con sus noches solapadas, y aunque he intentado, con todos los recursos que he sido capaz de ingeniar, salir de este antro de mala muerte, no ha habido manera alguna. Los cerrojos se desperdigan por doquier en cualquier recoveco imaginable, además de que el sedante que, a la fuerza, me están suministrando, hace que mis facultades se vean muy mermadas. Ahora mismo estoy encerrada en esta impura habitación, sin poder hacer nada al respecto.

Doblegada, sometida, humillada y contra mi voluntad, ya enterrada, he lavado concienzudamente mis partes pudorosas con agua templada y vinagre tal como me ha sugerido Flora; acto que realizaré, asimismo, en cuanto esta pesadilla concluya. Tras la puerta, escucho los pasos de mi primer cliente, don Raimundo. Me han dicho que me tratará con delicadeza; es un hombre meditabundo que acude a esta casa cada vez que su mujer queda preñada, eso me da a entender que es joven, al menos no es un desaprensivo vejestorio.

Ya está aquí, dentro, conmigo. Me observa primero de arriba abajo y me insta a que me dé, cadenciosamente, la vuelta. Con mucho reparo, le doy la espalda y él empieza a manosearme, apretándome los pechos con ansia y deseo. Me tumba de un empujón en la cama; lo que sucede a continuación ha dejado de incumbirme. No siento nada, me resigno y le dejo hacer sin oponerme. Mi cuerpo es insensible, no noto su peso, ni su aliento, ni siquiera el desalojo de su simiente fluye en la cara interna de mis entrañas. Desde este mismo momento, una coraza fraguada con metal de hierro rodea cada ínfimo fragmento de mi piel, separándome de todo aquello depravante que es ajeno a mí; sin duda, así será siempre. Siempre alzaré un escudo protector que me defenderá de los instintos animales. Porque hoy los límites más aberrantes han osado traspasar mis barreras, no así la concha de hielo que envuelve mi corazón y todo lo que soy. Claramente, mi cuerpo se ha transformado en un objeto volante que expande las abominables alas de los hombres de una cama a otra, pero nunca será suyo; porque mi cuerpo ya no es mío, solamente se disuelve entre las lujuriosas sábanas.

Cada vez que he escuchado los tambores de mi conciencia en esta última y funesta etapa que me depara la vida, he creído estar turbada, martirizándome con ese lejano murmullo que sobresalía en los canales de mi mente, y que no quería oír de ningún modo. Ahora que, obviamente, necesitaría su voz aconsejándome, abriéndome el portal que me condujera al sendero a seguir, se ha vuelto completamente muda, desapareciendo entre la bruma y esfumándose en la nebulosa de un abismal silencio.

Mientras don Raimundo se viste, ideo un descabellado plan. Cuando sale de la habitación, presurosa, me lanzo detrás y corro con celeridad, sin pararme un solo segundo, hasta alcanzar la orilla de la

playa. No hay nadie a estas intempestivas horas. Me quedo un rato postrada sobre la fina arena, admirando el bravo oleaje y los primeros rayos que auspician un sombrío amanecer. Centellas que inciden directamente sobre la cúspide de las olas, formando cúmulos iridiscentes cuando rozan el plano que delimita la gama de azules; golpes de mar que se difuminan en la línea infinita de un horizonte salpicado de reflejos, que yo ya no puedo vislumbrar porque se ha apagado en las cuevas que albergan mis adentros.

Me incorporo, acercándome a la orilla y mojándome los pies. Sé que mi faro, aquel que me señalaba el camino correcto, por encriptado que este estuviera, dejó de alumbrarme hace ya tanto, que ni siquiera se ha anclado en el puerto de mis recuerdos. No, nunca tuve un foco que supiera dar la luz precisa a mi barca del destino; su antorcha llameante se extinguió hace mucho. No hay lámpara alguna que ilumine a gas los pasos de la vida, ni la decrepitud del alma, ni la melancolía cosida con retales de seda en los sentimientos; no, no hay marea capaz de acoger tantas lágrimas concentradas, no la hay.

Miro hacia dentro, hacia el fondo, hacia lo más profundo de los acantilados marinos, que brotan diseminados muy por debajo de la superficie; miro las olas saltando sobre la misma, que se prolongan adornándose de una larga gargantilla de espuma; miro mis pies y huyo hacia la deriva, arrastrándome mar adentro, sin nadar, sin la intención de bracear siquiera. Porque quiero hundirme hasta perecer sobre el lecho marino; porque necesito enredarme entre las algas y quedar enmarañada para siempre, cerrando mis ojos a este mundo cruel y dejando a mis sentidos desvanecerse livianos, sin sufrir ya nunca el tormento en el que existo.

Otra vez no, no puede ser. Unas gaviotas han comenzado a rodearme, obligándome a chapotear. ¿Por qué? ¿Por qué no me dejan morir en paz, aunque tenga que estar ausente del reino en el que, seguro, residirá mi madre?

Mis párpados retornan a este infausto universo, sin fuerzas y tras haber estado moviendo los brazos a causa de las dichosas gaviotas; las olas me han llevado de vuelta a la orilla, sin poder oponer resistencia.

¿Es que ni siquiera una tiene derecho a quitarse del medio? ¿Es que voy a tener que vivir una vida depravada? Porque sé que me buscan y me harán regresar a ese nido de víboras enclavado en el lupanar.

Toso con intensidad y un jarro de agua sale de mis congestionadas vías respiratorias. Ni siquiera la toxicidad exhalada en las fábricas textiles por las que anduve, hizo que pudiera aposentarme en el otro mundo. Me arrodillo sobre el manto de arena y cubro mi rostro con mis manos. Mi llanto comienza a empapar los diminutos granos dispersos, como si fueran microscópicos cristales de sal tiñendo de

exacerbada amargura el escarpado litoral; como si todo mi ser se despedazara, imposible de recomponer.

7

AFUERAS DE BARCELONA. TRAS LOS MUROS DEL HOSPICIO. ÚLTIMA MADRUGADA DE SEPTIEMBRE DE 1868

Fuera todo se encuentra en impenetrable penumbra. Tenebrosas sombras se encogen y dilatan en el luengo recorrido de una noche que quiere alcanzar su cenit. Todo se halla en plena oscuridad tras los inexpugnables muros del silencio: mudos ante la vergonzosa realidad que ocultan, anidando y creciendo en su propio seno; ciegos ante los opulentos e insensibles ojos de la aristocracia, que venda sus desmanes en el grueso tapiz que cubre las paredes de sus mansiones; sordos para los hombres de taberna, que se tapan los oídos ante el gemido infantil.

Y es que ahí fuera de la inquebrantable muralla que conforma el recinto perimetral del hospicio, en las últimas horas de apabullante oscuridad, unas manos mugrientas y generosas han depositado en el jardín de las servidoras de Dios una inocente criatura. Sin embargo, los designios de la noche son implacables: inundan todo aquello que rozan con su vapor helado, corriendo entre ramilletes y hojas, y formando sus gotas de rocío; se cuelan por cualquier resquicio con su gélida brisa, arañando la tierna piel de cualquier criatura despojada que se cruce en su paso de agujero sin fondo. Alguien ha atravesado las turbulencias de una madrugada sin esperanzas, aciaga, nefasta, portando una recién nacida abocada a sufrir la lumbre del peor de los desamparos; porque alguien se ha deshecho entre los flecos de la compasión, haciéndole germinar, sin pensarlo, dentro de sí, el férreo sentimiento de la caridad humana, y ha recorrido los túneles nocturnos, hoy desprovistos de estrellas, para insuflar la vida a una existencia perdida.

En cambio, en el interior del lugar sagrado, ni un solo ruido externo se torna audible. No importa que la pobre criatura abandonada a su suerte solloce angustiada y con movimientos agitados; no importa porque no es escuchada. No importa que el frío colonice sus débiles tejidos, blandos y frágiles como una cajita de cristal; no importa porque ninguna hermana que habite tras las gruesas paredes del hospicio, es capaz de poder oír el cántico llorón de un bebé recién alumbrado.

Aquellas ajadas manos que han regalado al jardín una nueva vida,

creyendo que las hermanas enseguida la acogerían, sacándola de su cuna entre la hierba y meciéndola al abrigo de sus brazos, se equivocaron. Nadie sabe que, fuera, la endeble criatura está completamente expuesta a las inclemencias de un clima encrudecido a esas horas intempestivas, más cuando yace sobre el lecho arbóreo en absoluta desnudez, desharrapada de la cabecita a los diminutos pies. Aun con todo, este retoño parece querer resistir al acto de bondad que una persona, categorizada entre los más miserables de la sociedad, ha realizado en su favor. Pero no aguantará mucho más tiempo en ese lamentable estado y a merced de los elementos; pronto, si nadie consigue percatarse de su desapercibida presencia, el riego sanguíneo se colapsará, dejará de irrigar sus nacientes órganos y su pequeño corazoncito se bloqueará irremediablemente, pasando sin pena ni gloria por los vericuetos de este mundo despiadado.

Las horas van solapándose unas a otras y el bebé, exhausto, va perdiendo fuerzas. Apenas se mueve ya proyectando su silueta entre tinieblas, y tampoco su llanto es constante como antes, aunque aún logra lanzar algún leve chillido de vez en cuando.

Amanece en lontananza. El sol incide directamente sobre las piedras que sostienen el asilo, se dispersa entre los grandes ventanales, se refugia entre la parra del jardín, se cobija entre las celdas de las hermanas y se entromete en la capilla del lugar. Una vez allí, expande sus juegos cromáticos entre los rostros serenos de las hermanas, y se escabulle reflejándose atrevido entre las facciones infantiles de las niñas. Todas, niñas y hermanas, alzan su voz a Dios coreando en letanía las aprendidas oraciones.

Apartada en una esquina del coro, siempre aislada del resto en su meditación interior y por sus controvertidas reflexiones, se halla, un tanto ausente de la ceremonia, la hermana Angélica. Balbuce una frase detrás de la siguiente, al igual que sus compañeras de hábito; sin embargo, no mora ahora en la casa de las sagradas escrituras. Su mente está lejos, fajada con las porciones de su isla de esparcimiento. Ella no sabe qué pensarán las demás mientras, día tras día, repiten las mismas oraciones, fruto de un monólogo ensayado. Lo que sí conoce son las divagaciones de sus propios pensamientos: siempre corriendo detrás de las huellas de las niñas y las lactantes que asilan en la casa. ¿Qué hubiera sido de ella en ese caparazón moral sin sus niñas, sin la alegría de vivir que le han transmitido durante tantos años en pasillos de claustro? ¿Qué hubiese podido haber sido de ella sin la esperanza y el futuro floreciente en sus caras, sabiéndose partícipe de su gran crecimiento, por dentro y por fuera, como tallos maduros? ¿Qué hubiese sido de sí misma si no hubiera desempeñado, con esfuerzo y amor a raudales, su recompensada labor, aquella que rebosa con el

sincero cariño que sus niñas le prodigan?

Ahora mismo, ora sin cesar, pero las mira, embelesada, sintiendo que cada una de ellas ha plantado un nuevo brote de dicha en su avejentado corazón. La hermana Angélica se encarga de la crianza de las lactantes recién llegadas; las cuida con desmedido esmero e instinto maternal innato porque, aunque jamás ha desarrollado su impulso por querer serlo, ha permanecido intacto hasta el día de hoy. Ha cumplido a ultranza sus votos requeridos. Y aunque el cinto de castidad está amarrado y bien cosido a su vivir, le hubiera conmovido poder llamar a alguien su hija. No obstante, debido al desorden y al caos imperante en las calles de la ciudad, recogen a infinidad de niñas desvalidas que ella trata como si fueran realmente sus hijas. Las casas de perdición atraen a los hombres como el imán de una brújula y, por consiguiente, cada vez se ven más niñas y niños de nadie: ilegítimos y bastardos de los que no se hacen cargo, dejándolos en la inmundicia de las calles como a un perro sarnoso. ¿Es que su mínima conciencia ha acabado evaporándose, desapareciendo sin dejar rastro? La hermana Angélica sabe que es así, porque si no, ¿cómo es que continúan transitando por la vida con un pecado de tal envergadura oprimiéndoles el pecho? Ella no puede comprender semejante abandono, a ciencia cierta, sabe que cuando se reúna con el Altísimo todavía seguirá sin entenderlo.

Las espinas fueron jalonando las tablas de su vida desde el principio, y ella, con el pavor que sentía ante el mundanal ruido exterior, prefirió quedarse bajo los muros de la recluida soledad. Ella también fue una de esas niñas que ahora le enternecen los sentidos. Nunca supo ni intentó saber de sus orígenes, de aquella lejana noche de tentadores placeres en la que sus progenitores la engendraron, olvidándola después en un pozo de aguas turbias en un infesto callejón, hasta que la madre superiora dio con ella casualmente y a tiempo para salvarla. Es una más de sus adoradas niñas.

Justo en medio de aquel rítmico recitar, escucha un compás diferente: una nota alta en clave de alerta en la repetitiva composición. Parece un solo, danzando en un baile alejado del coro, pero ¿qué sonido es ese que rompe, desde la distancia, la armonía del conjunto?, ¿de dónde procede, si parece que no se alberga tras estos muros sin voz externa, sin percutores ni ecos que difundir tampoco fuera de aquí?

La hermana Angélica no logra distinguir el clamor que la llama a gritos; no puede diferenciar el agudo temblor de una vocecilla que pide auxilio, agarrándose a las fauces de la existencia; no puede ser consciente de una minúscula luz que alumbra aún chispeante, aunque apagándose a cada segundo que pasa. Sin embargo, la hermana Angélica es ya una resabida anciana, su vista ha menguado y sus

manos están surcadas de arrugas, ha entrado en la cuarentena y su vela también va consumiendo la mecha llameante; por todo ello, por su vital experiencia, no queda conforme, porque algo raro intuye en el ambiente. De pronto, el caudal sinfónico que corea afuera, llega nítido hasta sus tímpanos auditivos. Es el lánguido tamborileo del llanto de un bebé; quizás, otra recién nacida de la que se ha desentendido alguna persona desalmada. No lo piensa más, no puede perder un solo minuto y corre, como si el mañana no existiera —algo que puede ocurrirle de un momento a otro a la indefensa criatura que llora—, hasta el lugar de donde cree que procede el sutil llanto.

Al salir al jardín, intenta orientarse (el ensordecedor traqueteo de carruajes y caballos, incluso a esas horas, lo dificulta bastante); al fin, resguardada bajo las hojas trepadoras del emparrado, divisa la blanca y casi traslúcida piel del bebé. Se acerca sin titubear y coge entre sus brazos a la pálida criatura, que tirita inundando su pecho de lágrimas, sorbiendo el desamparo y la alicaída desnudez en el pesebre de la vida; esa con la que le han obsequiado sus progenitores. Al mirarle, el cauce incontrolable de sus ojos se desata en sus mejillas. Siempre le ocurre lo mismo: su mirada dibuja torrentes de dolor cada vez que una niña abandonada se revuelve entre su pecho; también este bebé va a ser una hija para ella.

Entra con el bebé en el regazo y, mientras le abriga y le empapa los labios de leche, y la recién nacida comienza a calmarse, cogiendo calor, aparece en el umbral la madre superiora.

Ella levanta la mirada.

—Un poco más y la perdemos, madre.

La madre superiora le ayuda con los cuidados, envolviéndola en una manta. Cuando parece que el bebé va recobrando la normalidad, la madre superiora le objeta:

—Hermana Angélica, sabe que el hospicio de niñas lo tenemos completo. Habrá que ponerse en contacto con otros asilos para que la acojan. Nosotras no podemos.

Pero la hermana Angélica no puede deshacerse de esta criatura. Ahora sabe con seguridad que será una niña especial. No sabe por qué lo será ni cómo, solo conoce que ese hecho se dará. Cuando el bebé ha dejado de llorar, sus penetrantes miradas se han cruzado hondamente, dándole la extraña sensación de que querían encontrarse, pese a la fugacidad y a la lógica irrealidad de la situación. Tiene unos brillantes ojos del color mismo de la miel, aun cuando al nacer el tono suele ser todavía indefinido; nunca la hermana ha observado anteriormente unas pupilas con tales destellos. No comprende qué ha sucedido, pero algo inexplicable ha traspasado ese cruce de miradas; algo se ha enclavado en las curvas de su pensamiento que le dice que no renuncie a esa recién nacida, que es ella quien debe enseñarle los

matices de la vida y el mosaico del destino.

La madre superiora se queda observándolas un instante. Luego se da la vuelta, marchándose. También la madre sabe que, aunque tengan prohibido acoger a más niñas ahora, va a tener que arreglárselas con las autoridades eclesiásticas, porque va a ser del todo imposible convencer a la hermana Angélica y hacerle entrar en razón.

La hermana Angélica es consciente de que ella misma ha constituido siempre el apoyo fundamental de quien rige aquellos pétreos muros; por tanto, su niña (a la que llamará Margarita, como una atribulada flor a la que han arrancado los pétalos que le resguardan) ha de quedarse con ella, enlazando los hilos de su corazón con sus cintas de seda de recién acogida.

8

ENTRE LOS FÉRTILES BOSQUES DE ALTOSPINOS. DÍAS PREVIOS A LA NAVIDAD DE 1870

Con el suave vaivén producido por el traqueteo de la calesa, observo el paraje silvestre en todo su máximo esplendor, apostada en el aterciopelado asiento interior junto a mi hermana Verónica y mirando el exterior desde el borde de la portezuela del carruaje. Reflejos iridiscentes de un centellear prismático se revuelven ante mí; una exquisita blancura reviste la alfombra de este camino de herradura que, casi impracticable, recorremos estos días de abnegada compasión hacia el prójimo, para aliviar en lo que podamos el sufrimiento y la penitencia con los que cargan los que nacieron entre el musgo mohoso de los desfavorecidos.

Atisbo la escarchada ribera del río tras una manta helada del color puro de la leche, que extiende ahora sus infinitas alas estrelladas entre los nudos de las ramas de bojes y quejigos, y hasta alcanzar las enracimadas hojas del alto y ufano pino silvestre. Pienso que los dictados del cerebro se guían por líneas invisibles, pero, al mismo tiempo, selectivas y caprichosas. Mientras, intento darle descanso, admirando el claro contraste del bagaje que señorean los misterios ocultos del bosque: troncos leñosos que auguran a su residente la savia con el eslabón de la longevidad, recordándome a las personas que llegan a lograr el magno ocaso de una larga trayectoria; o esa otra columna vertebral que sigue sosteniendo a aquellos árboles que se desprenden de todo su ropaje en medio del riguroso invierno, con las sales palpitando en sus tejidos vegetales, aunque desnudos y desprovistos de todo, y representando el mismo esqueleto que he presenciado esta misma tarde en un cándido niño. Quiero abstraerme de todas las impactantes escenas que han atrofiado mi espíritu estos días de frecuentes visitas a familias menesterosas; me gustaría poder echar al cajón de los asuntos culminados, los retales que la retina de la conmoción me ha trasladado irrefrenable; daría lo que fuera por no acordarme de los pobres enfermos en estos momentos inherentes a la recapacitación de los actos personales y, sin embargo, no debo ni soy capaz siquiera de ahuyentar todos estos pensamientos, que constriñen las órdenes almacenadas de mi mente y el latido que me sitúa dentro del enjambre sensorial. Intento concentrarme en el transparente

paisaje que me embarga. La nieve cae con suma cadencia a la vez que planea ligera —su peso es tan liviano que desciende formando ondas inapreciables—; asimismo, se fusiona en perfectos cristales que resplandecen como si su conjunto conformara una extensa cadena de sales marinas, o como si fueran hileras de marfil superpuestas entre sí.

De pronto, me asalta un extraño pensamiento que se liga vertiginosamente a otros, y ya no para de rondarme por la cabeza durante todo el incómodo trayecto. Visto está que no puedo desecharlo, sino que va liando la madeja cada vez más; así que me santiguo y beso con devoción el escapulario que cuelga de mi pecho. (No vuelvo mi cara para mirarla; pero sé, con total certeza, que Verónica, de soslayo, ha posado sus ojos en mí inquiriendo respuestas a mi repentina e impulsiva acción de implorar a Dios. Sin embargo, su discreción no tiene tacha, ni siquiera conmigo, y ha optado por callar y esperar —sin duda, es la lección que nos han inculcado, inscribiéndola a pulso desde la infancia—).

He estado divagando sobre la penosa situación del último niño al que hemos obsequiado con nuestras dádivas caritativas, así como con nuestra compañía y acercamiento, y nuestros mejores deseos. Les hemos llevado ropa de abrigo, ya que es, precisamente, en estas fechas, cuando su necesidad se presenta más urgente ante los infructuosos estragos que sobrevienen en este imprevisible tiempo que les cala los huesos, y en el que, además, el parásito de la enfermedad les acecha con mayor ahínco, aunándose en muchas ocasiones a las dolencias que ya persisten entre estas desposeídas gentes. El niño en cuestión al que me refiero es un pobre desdichado que padece raquitismo. Sus piernas están torcidas como la cóncava cavidad de una cueva, y da una pena tremenda verle en ese estado. No se le conoce padre y su madre vagabundea por las calles, malviviendo por su subsistencia y la de su hijo. Sin embargo, a pesar del apesadumbrado rato que hemos pasado, es otra cosa diferente la que se ha fijado en mis cavilaciones y me preocupa en demasía.

Noto, de súbito, un fuerte golpe bajo la saya, e inmediatamente los caballos se refrenan y el carruaje se para en seco. Ensimismada como he estado, no he advertido que las ruedas de la calesa se han atascado en las placas de hielo, como si hubiéramos encallado en las escarpadas rocas de un ancho océano, pero que vislumbráramos espolvoreado de blanco. Verónica y yo bajamos mientras el cochero intenta volver a poner las ruedas en los anclajes de este camino, no exento de peligros.

Verónica me coge del brazo, apretándose contra mí; después, me indica con un gesto de sus ojos que nos retiremos un poco de donde se encuentra trajinando el cochero. Le obedezco; no sé por qué incógnita razón —aunque creo que es por ser ella la hermana mayor— siempre le obedezco sin rechistar. Sé que me va a interrogar sobre mi reacción

anterior, aun así, me quedo a la expectativa. No tarda en susurrarme muy cerca del oído lo que ya me imaginaba.

Sin más preámbulos, me musita:

—Dime qué es eso que se está pasando por esa cabecita tuya, hermana. Y no te andes con rodeo alguno, que enseguida tendremos que volver al carruaje.

No hace falta que me mencione nada más, porque ella sabe que si peco de algo es, sin duda, de sinceridad. Y no se equivoca en lo más mínimo, he de contarle la verdad de aquella descabellada idea que ha surgido en mi pensamiento como un surtidor.

Me aparto un poco más, conminándole a que me siga; entonces, con voz muy queda me desahogo.

—No sé cómo contarte esto, Verónica, pero ¿no has atisbado algún rasgo conocido en el niño que padece raquitismo?

Me mira atónita.

—Pues claro, Blanca. Es obvio. Sus frágiles huesos no pueden sostenerle como a un niño normal…

Le corto tajante; mientras, un nudo empieza a atenazar mi garganta.

—Es evidente a la vista lo que le ocurre. Aunque no me estoy refiriendo a eso —mis latidos se aceleran e intento respirar con pausa para acompasarlos—, el meollo de este asunto es otro. Te estoy diciendo si no has visto en su expresión algo reconocible, ¿o me vas a insinuar que no te has percatado de lo familiar que ha sido su tímida sonrisa cuando hemos llegado?

Mi hermana se acaba de dar cuenta de lo mismo en lo que yo he reparado hace apenas unos minutos. Se ha puesto lívida, está tan pálida como la nieve, que persiste tal que si fuera un sillar irrompible bajo nuestras huellas.

—No, no puede ser, Blanca. ¡No quiero siquiera creerlo!

—Chsss… baja el tono que te va a oír el cochero —ahora soy yo la que la sujeta y retiene por los brazos—. Ese niño tiene el rictus de… —no me deja continuar, sino que cita al unísono—: ¡padre!

Juntas, vamos atando cada cabo suelto a su preciso cordón, y así, ambas bordamos un telar de supuestos que acarician tanto la controversia como lo más escabroso. El niño, inocente de los males con los que el mundo injustamente le ha obsequiado, tiene la misma manera de torcer la boca que nuestro padre. Es clavada, idéntica, la forma en la que comienza su casi imprecisa sonrisa. Es una mueca indescriptible, en apariencia, con un sentido oculto imposible de descifrar, tal como la expresión de mi padre, don Abelardo. Entre las dos hemos intuido que este niño puede que no sea un bastardo cualquiera, sino que forme parte de alguna desarraigada rama de nuestro árbol Villaserbal. Hemos empezado a pensar, en completa

comunión, que la hija de la cocinera, Narcisa, puede que no fuera despedida sin más. En cambio, hemos llegado a la peregrina conclusión que pudiera ser o, por lo menos, cabría cierta posibilidad de que mi padre despidiera a Narcisa por haber cometido algún desliz con ella; algo que, desgraciadamente, en estos tiempos inciertos sucede con bastante frecuencia. Con todo, tampoco podemos probar nada de nada, ni en torno a la sirvienta ni por un simple gesto de un niño, pero hace mucho que estamos acostumbradas a las asiduas salidas nocturnas de mi padre y de Valero. Por el estado de sus cuentas —que miramos a hurtadillas— sabemos que gasta parte del capital en juegos de azar, tales son las desorbitadas cantidades que pierde de vez en cuando. También estamos al corriente de que, a menudo, debe de visitar las indecorosas casas del pueblo de abajo: esas que llaman de mal vivir, porque además de ebrio vuelve continuamente con los efluvios de un fuerte perfume que nosotras jamás usaríamos. No obstante, son solo conjeturas, predicciones irresueltas que no han de hallar su punto final; porque nunca sabremos con absoluta seguridad si la sangre de mi padre —y, por ende, la nuestra— corre expandiendo su flujo fuera del casal, dejando descendencia ilegítima aquí y allá, ya que si llegara a ser algo verídico y cierto, y se oyera entre rumores, él siempre lo habría de negar; porque va a seguir siendo un absoluto misterio, enredado entre la bruma y recubierto por zarzales, para Verónica y para mí.

Por fin, el cochero saca las ruedas encajadas en la nieve y reanudamos la lenta marcha hasta casa. Verónica me da la mano y yo la tomo con cariño y fuerza. Sé en lo que está pensando —más bien, creo saberlo—, ya que empalidece de nuevo, al igual que yo. Ha dejado de ser la misma. El bloque que congelaba las membranas de su corazón, se desprendió hace tiempo como una cáscara seca que ha de rodar.

Es inevitable pensar en Azucena, sé que las dos lo hacemos en este mismo instante. He intentado no olvidar, eso nunca; pero sí conseguir alejarla de mis constantes pensamientos, para poder seguir viviendo, aun con la colmena desgajada; para poder exhalar el aire que respiro sin verterme en manantial, sin romperme por dentro y sin caerme hasta el fondo y nunca poder levantarme; para que los sedimentos depositados en el río no me lleven a su lado hasta los abismos más abruptos. Aun así, y aunque hoy mismo he querido cerrar con llave todos mis sentimientos, han vuelto a aflorar en mí con agitado estrépito. Azucena ha vuelto a manar en mis adentros al pensar en ese niño. En realidad, en todos y cada uno de los días desde que desapareció, hay un momento crucial en el que regresa hasta mí, colonizando cada partícula de lo que soy, y ese momento es ahora.

Más de dos años sin saber de su paradero ni si el mismo existe o si,

en cambio, se reunió desde entonces con mi madre. A estas alturas, después de haber indagado incansablemente hasta en el más remoto rincón, me da la sensación de que nunca conoceremos lo que pasó. Aunque el dolor y la rabia que sentí al principio han ido desvaneciéndose entre las junturas que cosen mis heridas, la hemorragia interna que todo aquel sufrimiento propició, continúa latente en mis cicatrices, que ni bordándolas con seda traída de Oriente, de la mismísima China, se han logrado cerrar. He caminado con la vista enfocada hacia delante —no me queda otra alternativa—, pero eso no quiere decir que el corte haya sanado, ni mucho menos, porque nunca se soldará; porque no hay fragua que pueda recomponer la brecha de una rama fracturada, ni polen que pueda alimentar ya la celda ausente del panal.

A veces me pregunto cómo he hecho para atravesar las calamidades de vivir más de dos años sin Azucena, pero, incomprensiblemente, lo he hecho. Ella, siempre tan espontánea, tan intrépida, tan audaz, ya no sabría reconocer los cimientos de nuestro casal. Corren tiempos turbulentos y de incertidumbre para mujeres y hombres de nuestro elevado rango social. Vivimos en el caos de una revolución de masas como nunca se ha visto hasta la fecha en nuestro país. Todos esos revolucionarios son los que atentan contra nuestros principios morales y cuestionan abiertamente, sin paliativos de ningún tipo, las arraigadas dotes de mando que llevamos poseyendo desde tiempos antiquísimos; muchos son los que ya han empezado a tachar, incluso, nuestros valores cristianos, y reniegan de ellos; tantos más son los que han conseguido inexplicablemente reformar nuestras leyes, las han modificado de tal modo que son absolutamente irreconocibles para nosotros y que, a ellos, les ha supuesto la concesión de unas libertades y ventajas impensables y denigrantes hacia nosotros, que somos personas de alta condición. En suma, todos ellos quieren perjudicarnos: usurpándonos a la fuerza aquellos privilegios que prestigiaron a nuestros ancestros desde generaciones atrás. Comienzo a dudar del lado en el que se hubiera posicionado mi hermana Azucena si hubiera tenido la opción, dentro de toda esta vorágine que nos estruja, de vislumbrar el desorden y el desconcierto en el que intenta sumirnos el pueblo, con sus titánicas ansias de rebelión. Ella siempre quiso abrigarse con las suaves plumas del trepador azul, para poder viajar rauda por el bosque precipitado de la vida. Sí, creo que, quizá, Azucena se hubiera dejado llevar hacia el lado del bajo estrato: ella es un blando corazón recubierto de oro puro, y, con bastante certeza, se hubiera solidarizado con las facciones más progresistas y radicales de toda esta turba.

Estoy segura de que se quedaría boquiabierta si supiera que, en estos últimos tiempos, a mi padre, a quien todos se dirigían con

extrema cortesía y deferencia, cabizbajos ante su inamovible, omnipotente e impertérrita figura, ahora osan mirarle de frente y sin temor alguno. Incluso he empezado a observar —algo inconcebible en él, por supuesto— que es ahora el amo, don Abelardo, el que agacha un poco la cabeza cuando pasa, aceleradamente, entre los más desafortunados; es decir, sobre todo, cuando se acerca a sus jornaleros, así como a los servidores domésticos: los que, años antes, fueron para él sus abnegados, fieles y leales súbditos. Quizás tenga miedo real a que los firmes propósitos de la gente que cree inferior a él fructifiquen, desposeyéndole de una parte importante de nuestra distinguida posición. Yo no pienso que las aguas se enturbien tanto entre los lodos del río; naturalmente, encontraremos la forma de darle la vuelta completa a todo este desbarajuste, y claro está que hemos de volver a situar las porciones de este descontrolado mapa a nuestro favor e inclinado hacia nuestras preferencias. A punto estamos de que se instaure, al fin, el buen proceder propio de la inminente y renovada monarquía que en nuestro círculo íntimo y social aclamamos. Las noticias que nos han llegado al respecto son concisas y claras: un nuevo rey (eso sí, por lo que parece y comentan, con nuevas ideas liberales que nos contrarían; de todos modos, mucho peor es este libertinaje actual que padecemos) llegará en breve para domeñar esta situación tan desastrosa que nos circunda por doquier. Mantengo la esperanza de que este rey extranjero, Amadeo de Saboya, tenga las luces bien encendidas, a pleno gas, no como la reina desterrada, la última hasta hoy de la dinastía borbónica, que no hizo otra cosa que dedicarse a los despilfarros, las intrigas y el escándalo con letras mayúsculas, ganándose así el desprecio del pueblo y haciéndonos reptar a nosotros detrás. Razón incontestable por la que espero que el timón del gobierno no divague y se afiance; que cambie de rumbo y atraque en un puerto bien avenido a nuestras particulares pretensiones. He de confesar también que albergo serias dudas al respecto, dado que nosotros y todos los pertenecientes a nuestra esfera nos oponemos a sus bases: las redactadas y aprobadas constitucionalmente, y que van a cimentar este nuevo periodo monárquico. ¡Que Dios nos ampare si todo sigue igual de alborotado con este trono foráneo!

Yo misma, en cuanto Verónica pase por el sacramento matrimonial (celebración que va a realizarse con auténtica inmediatez, dado que el cortejo formal ha durado más de lo estipulado, debido a la falta irremplazable de mi madre primero, y demorado luego por la tristísima y sentida desaparición de Azucena que nos golpeó violentamente después); así pues, cuando este hecho tenga lugar, mi estado, los designios de mi mente y el murmullo cadente de mi corazón residirán aquí: permaneceré en esta santa casa, solícita,

cuidándoles con afecto, sacrificio y esfuerzo a ellos, así como demostrando igualmente a todos mi hábil gobernanza como esa eterna reina del hogar que he de ser. Ya mis intenciones puestas en el matrimonio se diluyeron, decantándose por los resquicios, aunque un día lejano llegó a haberlas —en verdad, expresándome con franqueza, he de admitir que tampoco me disgusta el tener que verme abocada a la desmedida atención que prestaré a los miembros varones de mi familia; dichosa me sentiré desarrollando esa perpetua vigilia—. Sin embargo, muy a pesar de que Verónica no hubiera querido casarse, lo hará; su prometido debe de estar de camino, porque pasará esta Navidad con nosotros.

Llegamos a la hora de la cena, que nos sirven casi de seguido. Alguien llama al imponente portón y, justo después, entra Camelia en el comedor con un telegrama entre sus callosas manos.

Se dirige directamente hacia mi padre.

—Con permiso, don Abelardo. Un recadero ha traído este telegrama para usted. Dice que es urgente.

Mi padre, sin mirarle siquiera, le contesta en tono cortés.

—Gracias, Camelia. Puedes retirarte.

Camelia le hace una pronunciada reverencia y sale. Mi padre lee deprisa el comunicado e, increíblemente, nos hace partícipes del mismo. Mirando tan solo a Verónica, nos expresa:

—Verónica, tu prometido ha tenido un infortunado y grave accidente. Mientras venía hacia aquí, ha sufrido un trágico percance. —Totalmente impasible, prosigue—: Con el mal tiempo y la escasa visibilidad de estos días, su caballo se ha desorientado y ha patinado sobre la resbaladiza superficie de la nieve. Parece ser que él ha forcejeado para evitar la caída, afanándose en controlar las riendas y en sosegar al caballo enajenado, según han explicado unos lugareños que han presenciado la escena sin poder ayudarle, puesto que se encontraban a cierta distancia de ese sendero; pero ha sido completamente imposible. Finalmente, ha perdido el equilibrio, zarandeándose sin remedio, hasta que el caballo en un acceso de cólera le ha tirado; el golpe ha sido de tal magnitud que le ha llevado a fallecer prácticamente en el acto. Mañana mismo, mandaré mis condolencias a sus parientes más cercanos. —Tras pronunciar estas palabras, tal vez y lógicamente, extendiéndose algo más de lo brevemente suscrito en el mensaje telegrafiado, mi padre se ha quedado inmutable y tan ancho como quien oye caer la llovizna desde bien lejos, sin siquiera querer percatarse.

Realmente, todo ha sido visto y no visto, como si nadie alrededor de esa mesa de nogal hubiera sentido un ápice, aunque fuera, de pena y congoja por el desgraciado incidente ocurrido. Hasta Verónica

estaba impávida ante la delicada circunstancia acontecida. Y no digo que este inesperado suceso no haya procurado en ella un novedoso vuelco del destino; pero lo que sí es cierto es que, aunque todavía lo conociéramos muy poco, daba muestras sobradas de ser un buen hombre, honrado, honesto y respetuoso, cualidades que, a pesar de su avanzada edad —suponiendo este un inconveniente para mi hermana —, Verónica no logrará hallar en ningún otro pretendiente, por lozano y gallardo que sea. Eso en caso de que lo encuentre, porque ahora que ese compromiso se ha esfumado, desapareciendo sin más como el denso humo que lanza la *chaminera* sobre los tejados, disolviéndose entre ellos rápidamente y huyendo sin retorno alguno; es, pues, porque, obviamente, ahora que ella vuelve a estar liberada, me aventuro a pensar que también yo pueda entrar en circulación, y mi padre pudiera llegar a arreglar una salida distinta para mí. Nunca se sabe si él, quizá, me busque a alguien, y así, inesperada y asombrosamente, el torno de la vida que nos ampara dé un nuevo giro: colocando a Verónica tras los férreos tabiques del casal, donde llevaría a cabo la organización de los asuntos destinados al buen funcionamiento del hogar y donde velaría, día y noche, por todos los demás; y a mí ubicándome fuera del mismo, donde asistiría a los primores de una vida conyugal conjunta y participaría activamente en sociedad. ¿Quién sabe si mis arremolinados y recién ideados argumentos pudieran ser factibles, presagiando otras perspectivas contrapuestas a las que hoy mismo me envuelven? De todos modos, en verdad a mí me ha apenado recibir esta nefasta noticia; me ha dejado tan fría y helada como si me hubiesen sumergido en un gélido y vasto glaciar.

A la mañana siguiente, mientras estamos bordando cada una nuestro ajuar, ya que en vez de ayudar a terminar el de Verónica, como solía hacer hasta ahora, he vuelto a sacar el mío del fondo del baúl; mientras la aguja de los adornos pinta flores en el raso, sin previo aviso, el telón de la noche más oscura nos cubre entre absorbentes tinieblas. Todo a nuestro alrededor se tiñe con las hebras de un compacto brillo negro, al igual que una tarima que sembráramos de hollín, diseminaría un reguero ennegrecido a su paso sobre las recias tablas del pavimento. Una insondable penumbra nos vela y enreda en tan solo unos minutos, los suficientes para hacernos entrever que nuestros días de esplendor se están transformando, volteándose y tambaleándose en los límites de una órbita que se anuncia opaca. Porque hasta lo que creíamos invencible acaba desgastando su dorada pátina y reconvirtiéndose; porque la luna transeúnte con su ejército de luciérnagas puede interponerse en el apacible tránsito de la Tierra, incidida esta por los fuegos que escupe

el batallón del sol; un disco solar sombreado por completo ahora en los vestigios del día que, a plena luz, se han apagado de repente, haciéndose de noche a mediodía. Un eclipse solar que atraviesa el cielo y, en su viaje, lo viste de luto: un suceso poco frecuente que han vaticinado con acierto los sabios eruditos de la ciencia; que, todavía hoy, a muchos otros estará atemorizando de tal modo que hasta habrán extraviado su cordura, visualizando el fin de todo lo conocido y temiendo la hora de sus próximos juicios; y que a todos nos está dejando a ciegas bajo una bóveda celeste consumida entre la umbría que enmarca el color del azabache.

9

BARCELONA. ATRAPADA EN EL ESPEJO ROTO QUE USURPA EL ALMA. DICIEMBRE DE 1870

Mi mano traza, temblorosa, los rasgos que perfilan mis blancas facciones en la lámina de dibujo. Los voy difuminando conforme los pincelo, hasta que los sombreo tanto a carboncillo que únicamente queda en el papel un borrón abstracto de mí misma. En realidad, es eso en lo que he acabado convirtiéndome en esta casa de perdición donde sigo malviviendo. Mi rostro ha dejado de ser el mío, porque se halla tan herido, tan frustrado y tan resignado, como si un lento desfile de abejas lo hubiera aguijoneado hasta hacerle perder su instinto timonel; porque su transparente mirada se ha trocado en el engaño, como una mantis religiosa cuya ensayada oración es el divino arte de la seducción; y porque no solo es este retrato que nunca consigo plasmar el que me devora, sino todo aquello que sobrevive dentro de mí, que va alejándose entre mis fluidos y los parasita por completo, y que ha velado con mantilla infranqueable a aquella otra persona que fui. Ha conseguido forzar tal metamorfosis en mí, que ya no existe pupa de la que poder salir ni ser capaz de resquebrajar; porque aquella simiente de quien fui una vez se ha pulverizado en la efervescencia punzante del corredor del infierno.

Solo mantengo un renglón emborronado de aquella moza que fui en un tiempo pasado que —ahora lo sé— no retornará. Solo puedo sostener una línea tan delgada que siempre está a punto de quebrarse; pende en algún remoto lugar de mi memoria, trenzando mis evanescentes recuerdos con aquella que un día fui.

Aquella que volaba correteando por los bosques prepirenaicos de la misma manera que trotando a lomos de Azabache, arañando los confines de los valles, al igual que el trepador azul se eleva entre el relieve de los troncos, y saltando, indómita, cualquier cerca o corsé que le impidiera inspirar libre, se quedó definitivamente allí, en las tierras de Altospinos. Ahora los lazos del corsé me oprimen más todavía, cortándome la respiración como nunca habían llegado a someterme, porque, aunque constantemente se desatan, a mí me han quemado las entrañas, llevándome a divagar en las oquedades de la nada —anulada como me siento—, y sin saber quién es aquella que habita hoy mi cuerpo y ha robado hasta la última fibra de mi alma

desgarrada.

Me observo ahora en el espejo para lograr esbozar un boceto de mi marchita expresión: áspera y severa, perspicaz, vacía como una jarra sin vino y con marcados signos de estar envejeciendo demasiado deprisa. No puedo evitar mirarme en este espejo que me devuelve, sin tregua, la imagen rota de mí misma. Me contemplo intentando buscar una sola arista que me indique quién era aquella que un día, atemorizada y huyendo desvalida, salió de su pequeño pueblo para acabar presa, condenada y sin fuga posible, entre las calles de desvarío de la gran ciudad. Más de dos años inmersa en esta existencia de polvo y lodo, es mucho tiempo, el suficiente para no reconocerme ya. Reiteradamente, en este perpetuo lapso en el que han ido pasando mis días, he pretendido, con estudiadas y múltiples artimañas, escapar de esta cárcel en la que me encuentro; pero las entramadas redes que maneja el ama, doña Begonia, tienen sus tentáculos excesivamente largos, y han conseguido, cada vez que he vuelto a poner todo mi empeño en la deseada evasión, darme caza a través de sus anzuelos. Ni siquiera me queda ya ninguna fuerza para volver a la carga y descansar en silencio; para vivir tras la llamarada del calvario, igual me da en este mundo que en el de más allá.

Mi compañera Flora me dijo un día que me adaptaría, al igual que todas. En aquel momento, desolada y desarraigada de todo como estaba, no creí que fuera posible. Ahora sé que las fatales circunstancias y los derroteros del destino se torcieron en mí, llevándome a reinventarme en este nuevo ser que me alberga, y que tapona todos sus sentidos para obsequiar con el goce del placer carnal a todos los hombres ansiosos de deseo; hombres lascivos que en esta pupila se fijan. No puedo negarlo: si alguien pudiera definirme diría que soy una mujer de esas de malvivir que alegran la vida a los hombres que arrancan sus corsés, vaya, que únicamente soy para ellos una loba feroz calmando sus instintos más primarios. Verdaderamente, empiezo a pensar que, quizá y solo quizá, prefiera ser loba que santa. Son apenas instantes en los que tengo que enterrar el pálpito de mi corazón bajo una montaña de escombros; instantes en los que mis sentidos se apagan: los sonidos se hacen ecos, los dedos no acarician la piel, dejan de percibirse las fragancias, no hay sabor en el paladar, los párpados permanecen cerrados y un sexto sentido me arropa con los caudales de la insensibilidad. Después, todo aquello que ha inundado aquellas paredes y visillos, claramente ennegrecidos por el uso continuado de candiles y velas, se esfuma convenientemente, como si no hubiera ocurrido; como si hubiese sido un turbio sueño o, más bien, una horrible pesadilla de la que despiertas y retiras sus despojos, tirándolos con rabia, odio e impotencia al cubo de los desperdicios. Enfocándolo de este modo, soy una loba, sí, con el cinto fuertemente

anudado—estoy atrapada en este burdel—, pero con menos argollas que las que encadena el matrimonio; se podría ver así desde un punto de vista poco realista. Soy esa loba solitaria de ojos verdes en cuerpo de mujer y, aunque el espejo quiera reflejarme en ese representado acto del teatro que en tantos ocasos escenifico, aun así, sé que cualquier otra existencia —vida matrimonial inclusive— sería muchísimo mejor que por la que yo transcurro, adaptándome como dijo Flora y, sin embargo, sin llegar a acostumbrarme jamás.

A veces, cuando mis pensamientos deambulan por los misterios que engloba la existencia, como ahora mismo, me maltratan con sus afiladas espadas, esgrimiéndome los recuerdos del bebé engendrado por las fauces del monstruo; inocente niñita recién alumbrada que abandoné en la playa sin pararme a meditar. ¡Dios mío! ¡Qué habrá sido de esa pobre criatura! No merecía una vida colmada de infortunios, que es, ni más ni menos, la que lamentablemente habría tenido, así que supongo que el embate de las olas le devolvería a la plena oscuridad de donde nunca habría tenido que salir a este mundo miserable, dominado no por un Dios estático que no hace nada, sino por personas malvadas que, tal como una apestosa plaga, siempre consiguen sus propios fines.

A menudo, reflexiono intentando sonsacar los dictámenes de mi mente, sobre todo, cuando pienso en el desharrapado bebé que dejé postrado en la arena de la playa (todavía hoy me culpo por ello, aunque le desprendiera de la desventura del porvenir); pero no puedo permitirme machacar, más aún, los circuitos de mi desdichado corazón, los cuales apenas logran bombear mi espíritu y dar aliento a mi alma desquiciada.

¿Qué es eso que oigo? ¿De dónde viene ese hilo de voz?

«Azucena, no te martirices más, no lo soportarás. ¿No está tu vida arrugada ya de tanta pesadumbre que no te atreves a soltar? Aparta esos pensamientos en el arcón de las experiencias extraviadas. Hazme caso, mujer, corta en pedazos tu lamento y deposítalo en la alacena de los bocetos olvidados. OLVIDA, OLVIDA, OLVIDA…».

—¡Ah, fuera! Por favor te lo pido, déjame vivir en paz conmigo misma.

Nunca se resiste, siempre acaba persuadiéndome, volviendo a mi cabeza. Por lo menos, esa voz que horada mi interior me trae a la memoria mi verdadero nombre: Azucena. Me recuerda que mi auténtica identidad, la que me otorgó privilegios de nacimiento, fue Azucena Villaserbal, por mucho que esa mala pécora de doña Begonia la haya suplantado llamándome Dalia.

Unos golpes en la puerta me confunden, sacándome de mi ensimismamiento. Es Violeta, que ha escuchado mi voz y piensa que quiero algo. Se marcha sabiendo que, en este pecaminoso lupanar,

cada cual lleva su particular losa como buenamente puede, y todas, a estas alturas, comprenden que algunas veces tengo la necesidad de hablar conmigo misma.

Violeta se convirtió en otra pupila más del ama hace ya tiempo. Todas, sin excepción, por una vía u otra, hemos llegado a este maldito lugar con nuestras vidas ya sesgadas, cercenadas y abocadas a un cruel e hiriente transitar. Violeta tampoco se libró de este tormento. Su madre, enferma y sin recursos, iba empeorando cada día que pasaba, además lo hacía a un ritmo vertiginoso y preocupante; de hecho, el pésimo jornal de Violeta ya no alcanzaba a cubrir las periódicas visitas médicas que la buena mujer requería, cada vez con mayor urgencia. Y, como los hombres carentes de conciencia siempre se aprovechan de las debilidades de las muchachas desesperadas, hubo una semana que el patrono de la fábrica donde Violeta trabajaba, le pagó algún que otro real de más de lo que le correspondía en su escaso jornal, que ella, con ingenuidad, aceptó gustosa; al fin y al cabo, él excusaba este gesto diciéndole que tenía intención de poder contribuir en su complicada situación familiar, para que su madre pudiera recuperarse, obtuviera los medicamentos precisos y su delicada salud mejorara cuanto antes. No tardó el patrono en poner en práctica su pretendido objetivo, puesto que, a la semana siguiente, tras la premeditada extorsión, su obsceno y depravante jefe ya había abusado de la indefensa Violeta; lo repetiría incansablemente en los días subsiguientes. Dos meses más tarde, la desdichada Violeta estaba preñada y viviendo entre las inmundicias de la calle. Y tras alguno más transcurrido después, la encontramos Flora y yo; Violeta estaba irreconocible, famélica, sin lustro alguno en su cutis y sangrando a borbotones en un oscuro y siniestro callejón. Nos compadecimos y la trajimos aquí para que, sin dilación, el ama avisara a nuestro médico higienista y la ayudara en aquel trance, aun sabiendo que si se salvaba ya no se abriría para ella la cancela de la puerta. Sobrevivió a aquel aborto de un feto prematuro e inviable, pero pasó a ser una desgraciada más ofreciendo sus curvas sinuosas a los imparables y voraces instintos masculinos; a los hombres preeminentes que no albergan escrúpulo alguno en este refugio exclusivo, adornado con sensuales medias de seda.

Vuelvo a mirarme de frente, queriendo adivinar quién hay detrás de esa plancha plateada; sin embargo, no soy capaz de describir quién soy en este mismo segundo en el que un rayo invisible atraviesa mi retina, focalizándola en este espejo que se rompió hace tiempo; que sus infinitos pedazos estaban tan cuarteados que ya no volvieron a unirse, quedando como vidrios desperdigados por cualquier esquina; que se partió sin pretenderlo, dejando las costras del pasado abiertas y expuestas, pero embadurnadas bajo los corales marinos, donde

todavía se resguardan escondidas y sin salir de su cobijo, como si fueran habitantes del mar escabulléndose de sus depredadores recuerdos; y que recortó los bordes de mi alma disparando con su dardo reflectante para enviarlos al precipicio, donde ni siquiera existe mi rostro emborronado, solo imágenes inconexas y fraccionadas.

Rasgo la lámina con rabia. Me ocurre siempre, no consigo reflejarme en este espejo que siento roto. He vuelto a desarrollar mis capacidades ilustrativas pintando a carboncillo rostros de mujeres, como antes lo hacía con el contorno de las flores y el paisaje. En este tugurio ya no hay flores que muestren la dicha; en cambio, diviso los singulares rostros de distintas mujeres en la calle y en esta casa de vicio que, luego, en la soledad de este mísero cuarto, traslado a la paleta de la penumbra. He sabido captar los matices de Flora, entre otras mujeres que he retratado, pero, aunque intento transmitir mis propios rasgos, nunca lo logro; porque ese inexpresivo semblante que me proyecta el espejo, dejó de ser el mío hace tanto que ni siquiera sé si aún me pertenece, irremisiblemente, se me pierde en los canales ocultos de la memoria.

De inmediato, el espejo se oscurece en una mezcla genuina de grises y negros. Claroscuros que transmutan, luces y sombras que dejan atrás su fulgor en apenas una milésima de segundo. Todo el cuadro que rodea al espejo y a esta estancia ha encubierto la luz exterior, que continúa penetrando, pero enmascarada por una opaca oscuridad. En tan solo un pestañeo, la fuerza solar se ha desvanecido, desapareciendo su colosal energía y formando su impresionante eclipse en todo su total contorno —aquel mismo que han predicho los estudiosos de la materia sin equivocarse en sus cálculos—. Ha borrado cada uno de sus resplandores, dejándonos a oscuras ahora mismo, que pasan unos cuantos minutos de la hora del mediodía. En estas horas de natural luminosidad, los astros de la noche han cortado el sendero que ocupa el faro del sol, para dejar la Tierra vendada, durante breves momentos, bajo el manto de las tinieblas.

10

EN EL ALFOMBRADO VALLE PREPIRENAICO. UNOS MESES DESPUÉS

Una transparente claridad penetra a raudales por la ventana del comedor e inunda, con su diseminado centellear, toda la estancia. Su fulminante fogonazo se adhiere a cada ínfimo recoveco que busquen mis ojos, dotando a los insignificantes elementos que encuentra a su paso de un fulgurante brillo; es como una activa mecha que prende, todas las mañanas, al son acompasado de la danza solar, y que irriga, con su cadencia, todo aquello que envuelve en su recorrido desde los rescoldos del alba. Al menos hoy, porque otros días la melancolía se disuelve entre los nubarrones negros que se mecen sobre la cúspide de la montaña, ansiosos por empapar su túnica parda hasta los confines del valle.

Pero hoy, la tibieza del clima que pronto nos traerá las largas tardes de verano, nos augura a su vez un día primaveral incidido por los rayos ambulantes de un sol, que tiñe el Prepirineo con el prismático mosaico que enriquece la vida. Así, la tenue luz que rodea la amplia mesa nos va invadiendo poco a poco, haciéndose cada vez mayor en nuestros rostros, mientras nuestros paladares sucumben ante unas tortas de maíz con miel y espolvoreadas de almendras, que degustamos en este temprano desayuno.

Mi padre fija su torva mirada en Verónica apenas un instante (siempre me dan escalofríos cuando nos mira de ese modo tan particular y siniestro; al igual que lo asemejamos en aquel pobre niño del que ya no hemos vuelto a mencionar palabra ni mi hermana ni yo). Luego, con absoluta calma, le comenta en su tono altivo habitual.

—Ha llegado una misiva procedente del Monasterio de la Santa Cruz. —Hace una pronunciada pausa antes de añadir—: Ingresarás en la orden sin demora la próxima semana. Ya he cerrado también el acuerdo sobre la cuantía de tu dote. Creo que he obrado con total benevolencia contigo, Verónica. Recuérdalo en tus oraciones y tenlo en cuenta.

Todos nos giramos esperando vislumbrar un resquicio de la reacción de Verónica; Valero la observa expectante, al pequeño Evaristo su candorosa timidez apenas le deja levantar la cabeza y yo, que estoy sentada a su lado, le escruto interrogante y sin ningún

disimulo, y queriendo descifrar qué es lo que realmente se esconde por detrás de sus pupilas.

Al fin, después de que sus labios esbocen una pequeña sonrisa de triunfo, le contesta cortésmente, con voz suave pero afable.

—Se lo agradezco sobremanera, padre. Dispondré de todo para cuando usted mande.

Acto seguido, mi padre y Valero salen con premura del casal. Hoy es día de cacería y seguro que luego se entretienen echando un vistazo al territorio dominado por nuestras propiedades de boj; por lo menos, podremos respirar tranquilas el aire turbio inherente a esta casa, así como el puro que se inhala en el exterior; ese espacio foráneo y casi prohibido del que suelen vetarnos por el simple hecho de haber nacido mujeres en un mundo cuadriculado y calculado a la milésima por mentes masculinas, como las de los varones de nuestra familia. No es propio en mí pensar así, porque las mujeres tenemos otro papel ideal que desempeñar en este universo tan viril, puesto que, por ello mismo, dispensamos la dulzura y la ternura que a ellos les falta: es nuestro principal cometido. Sin embargo, hoy me sumerjo sin retorno en inalcanzables lagos de ira, algo que no me es común; las fatales consecuencias de la conversación que mi hermana y mi padre han mantenido durante el desayuno, me golpean directamente a mí. Soy completamente consciente de que iba a ocurrir tarde o temprano, estuviera o no de acuerdo. Desde el nefasto fallecimiento del prometido de Verónica, ha estado suplicándole a nuestro padre para que accediera a su petición de enclaustrarse en el convento. Ella siempre lo quiso así; lo deseó con fuerza desmesurada ya en vida de mi madre, cuando acordaron su fracasada alianza matrimonial. Pero, al final, la vida es como una implacable rueda de molino que gira su engranaje, machacando cada pieza del destino y suplantándola por otra diferente. A ella la va a encajar donde siempre quiso guardarse, alejada lo más posible de los ruidos —muchas veces huecos— que lanzan las convenciones sociales que pululan en derredor, así como recluyéndose tras las piedras en perpetua sordera, manteniéndose ahí casta y virginal; por el contrario, a mí me atornillará a los longevos anclajes de este manto familiar, devorándome con una precipitada lluvia de responsabilidades para con los demás, sin poder conocer hombre alguno ni estado y cargando con el lastre de no poder concebir. Me educaron orientando mi recto transitar hacia el matrimonio y la posterior procreación, ¿qué va a ser de mí, si tengo que prescindir de ello?, ¿cómo voy a lograr que los estantes de mi mente no acaben dispersándose, si no cumplo la misión para la que fui enseñada y aleccionada? Realmente, sé que, aunque ahora me corroe la rabia e incluso me acecha la envidia que siento por mi hermana, que ha podido elegir (tiempo atrás, estuve resignada y conforme con

la tarea de cuidados que me había sido asignada, pero, últimamente, tras los recientes acontecimientos, tenía cierta esperanza de, quizá, llegar a abrigar esa realista posibilidad de salir del casal, al igual que mi hermana, y poder optar a una vida distinta, aun siendo consciente de que era ella o yo; por ley no escrita, sino aprendida, una de las dos debe hacerse cargo de esta familia, y me ha tocado irrevocablemente a mí); sin albergar duda alguna, del mismo modo que lo hice antes —cuando pensaba que no me quedaba ninguna otra alternativa—, acabaré calmando mis anhelos y sosegándome, aceptando con abnegación la existencia que Dios, el Creador, tiene reservada para mí.

Aun así, un rato más tarde, mientras bordamos las dos solas en la sala (doña Adelfa, cumplida ya su docencia en esta casa, se fue para ejercer de institutriz a otras niñas en edad de formación, pertenecientes a una familia recomendada por mi padre y de rango noble como la nuestra), no soy capaz de aguantar un solo segundo más la altanería que Verónica muestra a la vez que maneja la aguja.

—Estarás más que satisfecha, hermana. Pues te ha salido el propósito redondo.

Me mira complaciente.

—Exactamente así ha ocurrido, para qué te lo voy a negar —suspira con un aire de felicidad grabado en el rostro—, tú lo sabes mejor que nadie.

Prendo mi aguja con furia traspasando la tela.

—Claro que lo sé. Lo único que comprendo de todo este asunto es que solo piensas en ti. En ningún momento te has parado a discurrir cómo quedo yo ante toda esta situación, ¿verdad?

Baja la cabeza y noto cómo una punzada de angustia se clava en ella.

Con voz muy queda y quebrada, me insinúa:

—Tienes razón, Blanca. Yo siempre deseé albergar la vida contemplativa y… ahora que lo he conseguido, el entusiasmo me ha cegado por completo y no me ha dejado recapacitar y pensar en ti ni… ni en Azucena. —Un collar de finas lágrimas comienza a resbalar por sus mejillas—. Al entrar yo en el convento, le hubiera tocado a ella hacerse cargo de todo y no a ti, que hubieras sido destinada a la vida conyugal…

De repente, mis sentimientos se reblandecen y mi corazón rompe su candado de ira cuando me abrazo a Verónica.

—No te preocupes —le digo con un hilillo de voz entrecortada—; si el Altísimo lo ha querido así, que así sea. Sé dichosa en esa vida conventual que ya añoras acariciar. Quizá mi labor en este mundo es el desempeño del cuidado prodigado a los demás. Así parece que lo tengo designado, sin ti aquí y sin Azucena…

Torrentes insaciables que salen de mis ojos se mezclan entre los

meandros de dolor que subyacen de los de Verónica; ambas sabemos que la lumbre matrimonial se ha cubierto, desde que Verónica quedó de nuevo sin pretendiente, de un espeso velo para nosotras, acentuado por la ausencia de Azucena, así como por las salidas y el despilfarro de mi padre que están quebrantando nuestro buen nombre; ambas hemos vuelto a sentir el ajuar de la tristeza solapando nuestros sentidos al pensar en ella, en su recuerdo y en las reminiscencias de lo que un día fuimos juntas, y con la eterna esperanza (aunque cada vez se haga más vaga) de reencontrarnos y aunar, desde una fuerza renovada, nuestros frágiles corazones, tejiéndolos puntada a puntada, como una urdimbre compacta y sin recortes, en la añorada mantilla familiar.

Ahora noto los brazos de Verónica arroparme y siento que va a seguir ahí, a mi lado, aunque tengamos que franquear las imponentes murallas del convento para poder ofrecernos mutuo aliento. Jaca no está demasiado lejos (allí es donde está emplazado el monasterio en el que va a ingresar), y podré visitarla siempre y cuando las normas de la orden me permitan hacerlo; mientras tanto, nos escribiremos, derramando nuestro cariño y pensamientos entre los márgenes del papel tintado.

Por la tarde, aprovechando que mi padre y Valero aún tardarán en volver, me escabullo —tal como solía hacer en otro tiempo mi hermana del alma— y me adentro por los vericuetos del bosque sin rumbo ni guía. Me quedo en un recodo a la orilla misma del río Regal. Mis blancas facciones aparecen acunadas tras el agua cristalina, como si fuera una lámina de vidrio que devolviera mis contornos, dotándolos de radiante luz. Sin embargo, esa luz que ilumina mi rostro como una vela fugaz y encendida, no soy yo; esa incandescente mirada que me atraviesa desde los influjos del río, no soy yo; esa chispa que reluce y arde bajo las capas superficiales del agua, no soy yo; ese enjambre de teas llameantes que se mueven al igual que si dibujáramos una línea de luceros titilantes en el cielo, no soy yo, son las pupilas melosas de Azucena, que no sé por qué inaudita razón, pero de alguna manera, como si de una corazonada se tratara, me claman, me indican y me señalan que mi hermana sigue viva, trayéndome su penetrante y brillante mirada en esta ensoñación en la que la evoco, muy dentro de mí, sintiendo que su mecha no está apagada, sino que crepita en algún insospechado rincón.

Repentinamente, una espontánea brisa hace crujir a las ramas de los árboles, arrojando una corriente sobre el río que borra la imagen pincelada. Al momento, en completa soledad como estoy, me desprendo paulatinamente de todas mis vestiduras, quedándome solo con la enagua y el corsé. Así, sin más, me introduzco progresivamente en las frías aguas del río Regal; me baño cerca de la orilla para limpiarme de pecados y purificarme en la inmaculada poza. Después,

salgo del reconfortante baño y me tiendo en la hierba para secarme al sol de junio. Apenas acabo de cerrar los párpados cuando el eco de unas voces llega hasta mis oídos. Me levanto de un salto y, escondiéndome tras unos arbustos, oteo el horizonte.

No puedo creerlo. A lo lejos, mi padre y Valero corren despavoridos, como si fueran perseguidos por los fuegos ardientes del mismísimo infierno. No entiendo qué puede estar sucediéndoles, pero no puedo salir y ayudarles, ya que me encuentro en paños menores. Ni siquiera me da tiempo a ponerme la saya cuando un feroz aullido sobrevuela el sinuoso valle desde la cumbre de la montaña hasta los pies del quejigo, adentrándose en los rincones más remotos con su vibrante y ensordecedor alarido, al igual que un curso de agua al despeñarse por un pendiente desfiladero, reverbera en cada una de las angostas gargantas que atraviesa; y entonces, ante mi total asombro, aparece un lobo tras ellos a gran velocidad. Sortea a mi hermano Valero y se abalanza contra mi padre. Lo derriba, tirándolo al suelo y arrancándole, con sus afilados colmillos, un trozo del calzón. ¡Dios mío bendito! Justo cuando me temo lo peor, lo suelta, adoptando una conducta casi humana. El lobo se da la vuelta sin prisa, y reanuda su camino como si allí no hubiera pasado nada, aunque la última mirada que ha proyectado hacia mi padre es desafiante, como si el animal hubiera sido consciente de a quién ha dirigido su ataque. Me persigno mientras un tremendo escalofrío me recorre la piel solo al pensarlo (nunca un lobo reacciona así; aunque no son frecuentes las agresiones hacia las personas —aquí no tenemos constancia de ningún caso ni siquiera a varias leguas de distancia—, tampoco creo que sea habitual que, tras la embestida, no acabe con su víctima); todavía ahora, tengo los pelos tan tiesos como la cresta de un gallo, y me tiembla todo el cuerpo, aterrada como estoy por el desenlace que se podía haber desencadenado. Arremolinados tras la vegetación del matorral en el que están ahora guarnecidos y les encubre, veo que Valero se acerca y auxilia a mi padre que, tras levantarse apoyándose en mi hermano y este examinarle, aparentemente, está ileso, sin un solo rasguño. Seguro que andan cerca de ellos los caballos; así pues, me apresuro a vestirme para volver a casa cuanto antes. Ya en el sendero de vuelta, provocándome un gran sobresalto, la loba de la última vez, la de los ojos refulgentes como una piedra esmeralda, me corta el paso. Respiro despacio, intentando sosegar mis frenéticos latidos, hasta que caigo en la cuenta de que el lobo que ha atacado a mi padre es ella: sus pupilas, que hipnotizan, embrujan y embelesan a partes iguales, también la delatan. Es, sin duda, esta misma loba que me traspasa ahora con ese mirar que relumbra en el mío, tal se asemeja su color de ojos al que contienen los míos. Presiento que mi pálpito acelerado va languideciendo, retornando a su compás, a su ritmo normal. La calma

se va asentando entre todas las diversas vertientes que sostienen mi cuerpo, y no sé por qué motivo sucede así. En realidad, tendría que notar cómo el miedo, que te absorbe al igual que el veneno tóxico de un ofidio sin antídoto a la vista, se enquista entre mis venas sin poderlo desterrar; tendría que percibir cómo las agujas del auténtico pavor abren surcos entre la nebulosa que conforma mi mente; tendría que estar asustada como nunca, pero no me ocurre de esta forma, sino que, muy al contrario, en vez de atemorizarme, me siento increíblemente serena en este instante, y sin adivinar el porqué. Veo cómo gira sobre sus patas traseras y se vuelve; ella se marcha sin mirar atrás, y yo me quedo impávida en mitad del camino. Continúo hasta llegar a cobijarme en casa, sabiendo que el lobo que ha pretendido sembrar en mi padre un desbordante pánico, no era tal. No era un lobo sino esta sagaz loba que se ha vuelto a postrar ante mí, sin hacerme ningún daño, imperturbable y con una conducta tan extraña, que no obedece a regla existente dentro de su singular especie.

A la hora de la suculenta cena: un guiso exquisito de faisán, mi padre relata los hechos como si hubiera sido una insuperable hazaña, exagerando su gran valentía y su arrojo contra la loba, algo que, claramente, no ha existido, tan solo su cobardía se ha hecho patente. De todos modos, yo agacho la cabeza por si acaso, además de sellar mis labios con espesas capas de cera, por supuesto, ya que no tengo excusa alguna para andar sola por esos andurriales y, más aún, dando rienda suelta a mi apetencia de bañarme cubierta únicamente por finas telas, por lo que intento pasar desapercibida durante toda la cena, así como no me entrometo en absoluto en la conversación que mantienen.

Por la noche, sueño con unas estrellas de tono abrumadoramente turquesa que se elevan en la bóveda celestial, y aúllan repetidas veces formando una larga hilera de destellos rompiendo la oscuridad. Justo entonces, el sonido de una voz conocida me saca del letargo, mostrándome la realidad encerrada en el horizonte presente. Despierto y veo frente a mí a Camelia, diciéndonos apesadumbrada que mi hermano Evaristo se ha levantado con una fiebre elevadísima y parece acatarrado.

Verónica y yo nos incorporamos de un salto y vamos raudas a la alcoba de Evaristo. (Hace tiempo que el desquiciante reloj de la incertidumbre se coló entre nosotras y nos hizo compartir alcoba, para arroparnos la una a la otra y sentirnos menos solas; porque la soledad es una invasión que agujerea las intangibles vigas que resguardan el espíritu, y es, ese vacío, avasalladoramente provocado por la ausencia de alguien querido que no ha dejado ningún rastro, ni pistas a las que agarrarse, ni tan siquiera ha dado señales de vida o ha indicado las contrarias, aunque algo dentro de mí me advierta que sigue ahí, que

no pierda mi fe por ella). Allí, en su alcoba, Melisa —que, aunque dejó de ejercer las funciones de nodriza para las que fue contratada, continúa en nuestra casa, dedicada ahora, en cuerpo y alma, al cuidado y crianza de mi hermano pequeño— se encuentra apostada junto a la cabecera de su cama, impregnándole frente y manos con paños de agua fría. Alerto de inmediato a mi padre, y voy presurosa a avisar al cochero para que vaya en busca del médico. No sabemos qué le sucede, pero por la fiebre y su carita enrojecida intuimos que la causa pueda ser grave y, además, Evaristo siempre ha sido un niño un poco enclenque, desarrollando un crecimiento tardío en torno a su, todavía, corta edad.

Mientras esperamos con impaciencia a que llegue el doctor y nos dé su veredicto, me aproximo al oratorio de la sala. Me arrodillo con sentido pesar en el reclinatorio, beso reiteradamente, con fervor y devoción, la medalla de la Virgen del Pilar que cuelga de mi cuello, y me dispongo a rezar una avemaría tras de otra, todas las que hagan falta para que el pobrecito Evaristo se reponga lo más pronto posible y solo sea un simple resfriado. Porque no podremos soportar que esta casa se llene de más lamentos aún que los que ya chillan entre sus longevas y apergaminadas grietas, fracturando su equilibrio y rechinando día y noche; que los que reclaman consuelo entre sus invisibles figuras, las que partieron dejándonos su esencia destilada en todo, en cada objeto que tocamos. En esta casa incluso los lamentos ajenos se captan; somos receptores de aquellos que surgen desde que se expande el alba y hasta que el cuerpo de la noche se torna rojizo: los que se ocultan entre las voces salvajes traídas desde la niebla que pulveriza el bosque, que a veces se exaltan, produciéndonos, aun a pesar de lo cotidiano, cierto desaliento. En días como hoy ocurre; todo se transforma en un negro tan impenetrable como una cueva de lúgubre fachada excavada en la montaña.

11

BAJO EL CIELO DE ALTOSPINOS. JUNIO DE 1871

Toda nuestra prodigiosa esfera, aquella que desde tiempo inmemorial nuestros ancestros adornaron con la humeante hoguera de la distinción y el honor, colmándola de privilegios, infranqueables para el resto de los mortales, se está derrumbando por momentos. Precipitadamente, nos conduce por inhóspitos abismos, hasta ahora ignotos e inexplorados en nuestro altar de abolengo. Sin tiempo factible para volver nuestra mirada atrás, nos hace enfocar nuestro caleidoscopio hacia un pasado que se disuelve en aquel distante apogeo, el cual lo situaba en el esplendor marmóreo del pedestal; nos despeña en una escarpada caída que parece no hallar fondo alguno, que roza los aleros de esta casa, rajando sus inamovibles paredes y exhibiendo sus incipientes humedades, y en la que nos hemos visto obligados a ir tapando sus galerías, barnizándolas para que todo lo que aquí ha fluido, desde centurias remotas, no se mezcle con lo que se extiende al otro lado de estos sillares. Es, pues, en esa balsa hermética en la que ha ido transcurriendo nuestra lenta existencia, donde un negro orificio —que parece casi ya insalvable— ha roto su equilibrio y su inescrutable recorrido, sin poder siquiera represarlo.

Y es que el nácar ha dejado de brillar para nosotros en todos los sentidos. La mentalidad social está cambiando tan vertiginosamente que no logramos concebirlo, aunque aún esperamos que los viejos tiempos se den la vuelta y nos amparen de nuevo. Pero ya no para esta casa, ya no para las y los Villaserbal. Aunque todo aquello que fue retorne, ya no nos importa ni ha de ser primordial para ninguno de nosotros. Más bien, tengo la impresión de que alguien ha pinchado con una gruesa aguja nuestra preciada burbuja de lujo, opulencia y comodidad, para hacernos partícipes del dolor y para estabilizar nuestra izada balanza justo al mismo nivel que la de los demás. Nos han sujetado deliberadamente, poniéndonos en el punto de mira del faro popular, porque seguimos estando en el centro del círculo, solo que ahora ya no fluyen en él las bienaventuranzas del evangelio, sino que lo pueblan los cráteres insondables del calvario.

A veces pienso, y con bastante razón, que algún espíritu de esos que sobrevuelan los caminos de Altospinos y que dicen habitar las sombras del bosque, deteniéndose en pilones y cruceros, elucubrando sus incorpóreos reclamos y siendo invisibles para los humanos, nos

andan rondando, señalándonos con sus símbolos, incluso a pesar de que sacamos a Evaristo por la ventana en el momento de acristianarlo; o que alguna extraña curandera, con sus rituales de brujería, nos haya lanzado la flecha de un mal de ojo imposible de arrancar de los cimientos de esta vieja casa. Porque todo se está transformando, tintándose de un negro tupido que merodea a nuestro alrededor; porque las desgracias nunca se apean solas, siempre vienen una detrás de otra, irremediables e imparables; porque ni como ni duermo ni puedo vivir desde el día que llegó el doctor y, en la alcoba de mi hermano pequeño Evaristo, nos arrojó en las entrañas su veredicto de juez supremo: mi hermano ha contraído sarampión y solo podemos ser pacientes, esperar y rezar, nada más que eso.

Verónica y yo nos hemos impuesto el ayuno como penitencia y el salmo repetido. Verdaderamente, no podría ahora mismo hacer pasar un solo bocado por mi garganta, y nos es acuciante implorar al Señor para que salve de esta mortal enfermedad a nuestro hermano, así como le pedimos al espíritu benévolo de mi madre, suplicantes y con firmeza, que interceda por él entre el mundo etéreo donde mora y el tangible donde todavía está Evaristo junto a nosotros.

Mi pañuelo de seda está bordado con las lágrimas que recoge constantemente de mi interior, también los puños de encaje de mi camisa están empapados de ellas. Rezo sin cesar al lado de Verónica y, aunque tenemos las rodillas magulladas de tanto hincarlas en el reclinatorio, seguimos elevando nuestras oraciones a Dios para que nos conceda la curación de Evaristo. Todo ha sucedido estos días demasiado deprisa para poder siquiera asimilarlo. Lo he sentido como una cascada de infortunios que han ido de mal en peor, acrecentándose paulatinamente hasta hacerme flotar en una cota de sufrimiento que no se apaga.

Al principio, no pudimos creerlo. Sin embargo, no podía ser ninguna calumnia, dado que nos estaba informando nuestro médico habitual, el de toda la vida, exactamente el mismo al que le ha tocado bregar, a lo largo y ancho de su carrera por y para la ciencia de la medicina, en mil y una batallas en contra de las temibles enfermedades. En cambio, no hemos sido capaces de entender por qué el fatídico sarampión se ha querido ensañar con el pobrecito Evaristo. Tenemos constancia de que esta concreta enfermedad infecciosa hace normalmente estragos entre los niños que andan descalzos y con las uñas llenas de mugre por senderos y calles. Estos pobres menesterosos, tan sucios que es repugnante acercarse a ellos —pese a que nosotras pasamos este insalubre hecho por alto cuando les visitamos con afecto —, son como carne de cañón para que el contagioso germen penetre en sus gráciles cuerpecitos en edad de formación y, en incontables ocasiones, los colmillos del maligno les atrapan, llevándoselos para

siempre.

Lo que en estos días ha teñido de un color terrible las armas heráldicas del dintel a medio punto que da abertura a nuestro casal; lo que ha reconvertido aquello que siempre pensamos que sería inamovible, estático como el pétreo y férreo poder que sostiene los pilares de esta casa, ha sido precisamente que mi hermano haya enfermado de algo que nunca osaba salpicarnos, o mínimas veces, a nosotros y a nuestra aristocrática maniobra de movimiento en el globo terráqueo. Y es que, ni más ni menos, la inmundicia y el lodazal en el que suelen cohabitar multitud de gentes del estado más bajo y pordiosero, unidos a esa falta de pulcritud y a su acusada carencia alimenticia (situaciones complejas que queremos e intentamos mejorar, pero todavía no llegamos a asistir, con nuestros generosos donativos, a tantas personas aglomeradas y hacinadas en un infesto cubil), les produce un efecto tan nocivo para su salud que, en muchos casos, acaban asentándose, velozmente y más pronto que tarde, a la derecha misma del Señor, nuestro Dios misericordioso. Ante la enorme cantidad de niñas y niños que cierran sus ojos al mundo en tan temprana existencia, me consuela, por lo menos, pensar que allá arriba tendrán una vida mejor, en un cielo despejado que pinte continuamente su óleo en una bella gama de azul. Sin embargo, esta letal enfermedad nunca hubiera debido perseguir a mi hermanito; el sarampión suele ser cosa de niños pobres, despojados de todo zueco abarquero y acompañados del rugiente sonido de su estómago, no de niños protegidos en su cuna de nogal y con una tripa hinchada de puro hartazón, como mi hermano.

Y es que, a veces, una inusual circunstancia se aprieta con fuerte liga encadenando a las que se sumarán y vendrán, ya que parece ser que el foco de contagio de mi hermano ha sido a través de otro niño de la casa, pero con el que Evaristo no hubiese debido mezclarse bajo ningún concepto, tal y como a nosotras mismas nos obligaba mi madre. Evaristo, gracias a la complicidad de su niñera Melisa, estuvo jugando varios días con el hijo del mozo de los establos. Allí, revolcándose entre la paja y el heno de los caballos, y corriendo de aquí para allá, debió brotar la enfermedad que nos mantiene a todos en vilo y a ambos postrados en el lecho; que les acecha entre escoger el agua cristalina que enfebrece el cauce de la vida, o que enerva los sentidos, conduciéndolos hacia la guadaña de la muerte; y que inscribe, con letras de cantero de grandes dimensiones, la cierta premisa de que, verdaderamente, el porvenir no se esculpe ni se imprime en ningún escudo nobiliario, no se sella ni para ricos ni para pobres, porque no está predestinado a nadie.

A partir de ese momento, toda aquella funesta situación que hemos vivido estos días, ha ido resbalando, sin demora, sin aliento, sin

consuelo, por un encrespado barranco. Al poco de que el doctor nos comunicara su fatal previsión, justo cuando me dirigía a ayudar a Camelia a preparar unos emplastos de cera con hierbas que supondrían algo más de alivio para mi hermano, atónita, me tuve que parar en seco antes de subir hacia la cocina al oír un murmullo procedente del despacho de mi padre, que, claramente, iba subiendo de tono. Entonces, como suele ser costumbre entre nosotras, que siempre nos ha enganchado esa curiosidad de ponernos a escuchar las conversaciones ajenas, hice lo propio. Pegué mi oreja lo más que pude, parapetándome tras la puerta sutilmente labrada y dejando reposar mi mano sobre el pomo cincelado con el corazón de Jesús, para notar así cualquier vibración que antecediera a su salida. Acto seguido, afiné mis glándulas sensoriales y, en mi entrometida indiscreción, me dispuse a escuchar con atención.

Ya el murmullo inicial se fue disipando, y sus voces llegaron nítidas hasta mí.

Distinguí la pausada pronunciación de mi hermano Valero, con su natural amabilidad y condescendencia.

—Pero, padre. Razone un poco. Ponga todo su loable entendimiento en esta cuestión, y seguro que lo verá de otro modo. —Noté un leve chasquido proveniente de la mesa, y supuse que Valero habría apoyado allí sus manos para encararse más de frente hacia mi padre, que intuía al otro lado de la misma—. Melisa no tiene la culpa de nada de lo que está pasando, padre. Es cierto que debería haber sido más precavida y haberle evitado esos juegos infantiles, en los que ha estado trabando amistad y confianza con el niño del *yeguacero*; reconozco, además, que la cercanía que han podido compartir días atrás, así como la precaria higiene manifiesta en los establos, aunque los limpien a conciencia diariamente, le hayan llevado irremisiblemente al borde de la enfermedad. Aun así, y con el pesar que me invade por ello, debe comprender que Evaristo es tan solo un niño inocente en edad de aprender y de congeniar con otros niños, ¿qué pecado ve usted en eso?

Di un saltito inconsciente a la vez que oía el brutal peso de un puñetazo golpeando la mesa. Con reiterada certeza, supe que habría sido obra inequívoca de mi padre, cuya ira parece estar burbujeando perpetuamente entre sus sienes.

Tras el robusto marco de la puerta, llegó a mí su impertérrita voz segada por la furia, como un eco sibilante y preciso, rotundo y contundente; como una más de sus advertencias, rígidas, desafiantes, demoledoras, que ni siquiera las partículas suspendidas entre el viento son capaces de cortar.

—¿Qué es lo que pretendes, Valero? ¿Intentas mostrar ahora tu autoridad en esta santa casa? Deberías pensar un poco y tener en

mente, y bien presente, que te queda aún un larguísimo trecho para poder cogerme el relevo. Estoy seguro de que es ese el objetivo que buscas y al que estás dispuesto a aferrarte en cuanto te deje —le espetó, ufano, y un segundo después, se produjo otro fortísimo estruendo sobre la apaleada mesa de nogal. Luego, continuó reprendiendo a Valero—; pero las cosas no van a suceder así, de ningún modo. Te lo diré alto y claro: entre estas paredes inmutables, solo existe un único y relevante mando al frente y, por supuesto, soy yo y nadie más. Nunca lo olvides. —Tras el vacío de un breve silencio, mi padre volvió a la carga—. Melisa será inmediatamente despedida, y no hay nada más en el tintero de lo que tengamos que hablar. Por descontado, ya puede ir cavilando cómo va a salir adelante a partir de ahora. Como puedes imaginar, Valero, me he encargado personalmente de que nadie de los que poseen nuestra posición, cometa la estupidez y el agravio de contratarla; por lo que a mí se refiere, me he cerciorado de que no pueda entrar en el servicio de ninguna casa decente de todas estas lindes, al igual que de cualquier otra dispersa entre lugares colindantes.

—¡No puede hacer eso, padre! ¿Qué va a ser de Melisa? ¿No se da cuenta de que la está condenando a acabar en esos tugurios de mala muerte, tal y como les ha ocurrido a tantas otras mujeres antes, y puede que también le suceda a ella? Pero ¿es que no tiene usted un mínimo de compasión? ¿No ve que dentro de nada nos la vamos a encontrar por la noche, cuando vamos…?

¡Dios mío! ¡Qué susto me dio! En ese momento, pensé que había partido la mesa en dos, del estrepitoso golpe que percutió en mis oídos; más tarde, comprobé que no, que nuestros muebles y su compacta madera estaban hechos a prueba de hacha.

—¡No se te ocurra mentar algo así en esta digna y honrada casa! ¿Me oyes? Los asuntos pergeñados fuera de este ámbito doméstico, se quedan enterrados ahí, en el exterior, tras el umbral de estos muros familiares, espero que te quede claro. ¡No te atrevas a volver a mencionar aquí lo prohibido! ¡Nunca jamás!

Una casi inaudible vocecilla mecida en el quebranto, se expandió como un débil susurro. Supe que mi hermano temblaba, mucho, demasiado, tanto que estaría asemejándose a una urdimbre de hojas trémulas azotadas por el soplo de una brisa de otoño, cuyas trazas estilísticas perfilan contra el cielo la danza de los ocres, tan impactantes, tan prístinos sobre el valle.

—Discúlpeme, padre. No volveré a pronunciar palabra alguna sobre ese tema, no sé en qué estaría pensando. Aun así, le ruego que pueda reconsiderarlo, no creo que sea justo que Melisa…

La acústica resonancia de un escalofriante sonido se depositó otra vez en el tablero de madera, y también atravesó mis conductos

auditivos.

—¡Calla! Ya has hablado bastante por hoy. No si…, ya se lo advertía a tu madre, que en paz descanse: eres un pusilánime. ¡Levanta bien la barbilla, camina erguido y mira con orgullo, como te corresponde y debes! ¡Eres un hombre, actúa como tal! Algún día serás el cabeza visible de esta casa, y tendrás que cargar con el peso que entraña nuestro apellido, espero que para entonces ostentes la virilidad pertinente. —Presentí sus ojos clavándose, al igual que si fueran saetas envenenadas, en el rostro pálido de Valero. Creí entrever su enfermiza mirada, anegada en la oscuridad y tan turbadora que cualquier otra esquivaría encararle de frente; cualquier otra huiría y se replegaría poniendo el foco en sus pies, en el suelo o, incluso, debajo de este—. Has de ser tú quien se lo va a comunicar a Melisa —añadió airoso y sin dilación, según interpreté por su tono algo más relajado, pero igual de combativo que hacía un instante—, a ver si así aprendes a plantar cara a todas las contrariedades que a menudo se nos presentan, y a tomar las oportunas decisiones que nos competen. Ahora, ¡fuera de mi despacho y cumple con tu cometido!

Me aparté de ahí enseguida; después, subí con excesiva celeridad las escaleras de piedra tallada hasta adentrarme en la cocina.

Efectivamente, Valero se vio obligado a echar a Melisa de la casa. Aun con todo, yo sabía que Valero no era un hombre débil como quería hacerle ver mi padre, don Abelardo. Mi hermano menor había venido a estos mundos de Dios con la fortaleza innata para gobernar, al igual que todos los Villaserbal que le precedieron; pero él, como nosotras, no refrenaba su mirada ante la desgracia de los desvalidos, sino que se planteaba forjar una reconversión social que no culminara con su exclusión, tal como había acontecido desde que el orbe terrenal conformó las vías del mundo. Valero luchaba, sin que mi padre tuviera noticia de ello, para resguardar nuestras influencias, poder y patrimonio; pero, al mismo tiempo, era incapaz de enfocar su vista hacia otro lado cuando miraba a aquellos que habían nacido con las manos completamente vacías y con los ojos chispeantes, repletos de lágrimas. Por ello, delante de mi padre otorgaba y obedecía, y detrás de él, se reunía con otros hombres, y los hijos de estos, de edades parecidas a la suya —tan frágiles como el propio Valero, según mi padre—, para afrontar y aunar tiempos arcaicos con innovadoras soluciones que pudiesen paliar la discutida cuestión social.

Confieso que, aunque deseo estar siempre por encima, en el primer peldaño de la jerarquía piramidal, acariciando la esponjosidad del cielo rematado de sedas, cómodo y confortable en demasía, me acerco muchísimo más a la postura caritativa que sostiene Valero que a la de mi padre, inmisericorde ante el indefenso, porque las membranas de mi corazón siempre se compadecen de los más desfavorecidos,

queriendo ensamblar un tapiz donde el hambre y los padecimientos se enmarquen extintos.

Los días han ido pasando, corrompiendo de enfermedad sus horas cada vez con más ahínco, más veloces, y construyendo el túnel rocoso de los siguientes con mayor desnivel y halos grises. Hacemos todo lo que está en nuestra mano, en nuestros ventosos pensamientos y en nuestro coreógrafo palpitar, pero no es suficiente. La fiebre no ha cesado su cadena ni un minuto, alzándose cada vez más; una tos seca ha comenzado a brotar sin tregua del pecho de Evaristo, obstruyéndole las vías nasales y dándole latigazos musculares; el color de sus ojos enrojecidos hace simetrías con un sarpullido que ocupa todo su vulnerable cuerpecito, sin hallar ya las fuerzas para poder siquiera rascarse; un aprensivo moco blanco le inunda la boca, de la que ya no se conjuga ni tan siquiera un solo balbuceo. Mudo y empalidecido como está, nos tememos que no pueda agarrarse a nuestro tronco familiar. Es por ello por lo que Verónica y yo no paramos de rezar y clamar a Dios por su curación, ya que todo se encuentra ahora bajo su bondadoso manto de bendición y milagro.

De súbito, Camelia nos interrumpe. Con el rostro compungido, nos dice que Evaristo ha empeorado. Vamos las tres hasta la alcoba de mi hermano con suma presteza, desconcertadas, sin saber qué pasará, si acaso todavía un ángel de la guarda lo está envolviendo en su seno.

El lazo que ata los avatares de la vida se ha resquebrajado para siempre en Evaristo, fulminando su infantil y cándida mirada, y llevándolo sin remedio allá donde no volveremos a verlo; se ha desvanecido como si un simple suspiro de cierzo lo hubiera hecho desaparecer de nuestro lado, sin poder remodelar su infausto destino.

El cielo ha sembrado vidrieras negras con el lienzo que el broche de la muerte ha tejido en mi hermano, cubriéndonos del hoyo más profundo y cortando en finísimas tirillas el grito de nuestros sentimientos más honestos, que han quedado sepultados ante tanto dolor. El ulular del viento ondea entre nosotros, sombreándonos, dejando inertes nuestros sentidos.

La casa cruje, abriendo grutas entre sus junturas y fraguando un silencio roto entre sus tabiques; la casa llama a las estepas celestes, ya no encuentra el pestañeo del firmamento ni luminarias que le indiquen dónde se hallan las sólidas raíces entre las que se constituyó; la casa cercena el mutismo que señorea en el ambiente, porque sus sillares han sido cómplices del silente y testigos del milenario zumbar de sus abejas domesticadas; la casa llora, porque conoce el deambular de sus moradores y siente entre sus vísceras retumbantes el viejo latir de su estructura, que fue poseedora de tiempos fructíferos, bañados ahora de un insoportable pesar untado con la puntilla amarga de la

tristeza.

12

BARCELONA. ATRAPADA EN EL ESPEJO ROTO QUE USURPA EL ALMA. DURANTE EL ESTÍO DE 1871

Soy impulsiva; algo estrictamente prohibido en el lugar del que provengo. Soy un constante peligro social; hecho que me sitúa entre los márgenes del sistema, como si fuera una degenerada más en el amplio desfile de sus convenidas discriminaciones. Soy la provocativa Dalia poseyendo el marchito cuerpo de Azucena; cohabito con otra mujer que perdió su cauce entre los minúsculos granos de arena de la playa, para acabar quemándose y secándose en ese desierto. Fui rebelde e impetuosa; lo cual me llevó a impregnarme de paraísos alados que se truncaron en un laberinto de oscuras perversiones. Fui una muchacha con exacerbadas ganas de mirar a través de la lupa del mundo y recorrer los estados de la vida con el aire vigoroso que machaca las cadenas, aplasta con brío los collares impuestos y arranca el yugo con el que quieren amedrentarnos aquellos que se creen con la custodia de los demás; aires de abrumadora libertad con los que quise embriagarme entonces, cuando fui esa moza decente y decorosa, a mi modo de serlo, respirando desde la piel de una adolescente temperamental, huidiza de su condición y de toda la parafernalia de convencionalismo y domesticidad que reinaba en aquel ambiente, mas no pude evitar después que, tras el despertar de mis años de lozanía, me condujeran hacia simas de barro que ensuciaron la pureza de mi alma robada y desmembrada, y que fueron vendadas con el áspero ropaje de la penumbra hasta hacerme absorber este fango que me succiona. Porque ahora soy quien han querido hacer de mí: para ellos una mujer pública, arrastrada por el ciego pantano de lo más abyecto (aunque sean también ellos quienes realicen sus respectivas inmersiones en esas lagunas de lujuria); para mí misma una sedosa oruga reinventada en el artificio de la mariposa, tal ha constituido mi metamorfosis por fuera y acoplándose, además, a todos los fluidos que transportan mis más hondos pasadizos.

Hace tiempo dejé de ser la guardiana del abejar, para ceñirme al arna que solapa ahora los panales del lupanar, donde también ocupo mi trono, pero cimentado por los obscenos placeres que hierven en él. En realidad, ya no sé quién fui en la oscilante fragata de aquel pasado

lejano, ni siquiera sé quién habita detrás de esta reconversión que se ha producido en mí.

Es la travesía abrupta de la vida la que dirige su diligencia saltando los baches o embarrando entre ellos. Al final de todo, es el encaje de la adaptación lo que rige, sin tregua, nuestro devenir ya inscrito. Puede que el mío sea una condena a perpetuidad, quién sabe; o puede que, en cambio, sea una forma de liberación ante el opresivo mandato masculino, ¡quién podría saberlo!, muy a pesar de esculpir cada atardecer tu propio cuerpo, dejando que manos lascivas lo acaricien como un mero objeto de decoración que les da satisfacción cuándo y cómo les place. Da igual por la ventana con la que mires al mundo, todo lo que acaece ahí afuera es fruto y obra de los hombres; mientras que las mujeres solo estamos presentes para dar vida y criarla, o para hacerles gozar, para nada más que eso. Somos cicatrices insignificantes en una obsoleta sociedad pensada, ideada y construida por y para los hombres, aunque esté ya adoptando las bases de una incipiente democracia, cuyos ideales de progreso comenzaron a remodelar el relieve arcaico de nuestros días el fatídico que di a luz; el mismo que añoro olvidar y el que conforma una de las peores pesadillas que me han desmenuzado por dentro, por fuera y en cada uno de mis pensamientos. En ese trascendental día, que quise ahogar y que conseguí eclipsar bajo la recia manta de mis recuerdos, una impensable agitación surgió entre las calles con bombo y platillo, y vino con el propósito de dejar atrás los viejos privilegios del Antiguo Régimen, marcando pautas liberales y con dictados renovados en constante evolución; sin embargo, no todo ese balcón revestido de oro reluce en igualdad en este tiempo actual, a pesar de que muchos ya lo están calificando como el de los años gloriosos. La Revolución de 1868, la iniciada en septiembre de ese año, no logra llevar a cabo la amplia totalidad de sus propuestas, y las mujeres, como siempre, estamos fuera de esas raciones escogidas donde se ensalza el libre pensamiento; de hecho, aun con un esmerado lavado de cara, todavía es una sociedad que mana ríos de sangre entre su plena batuta. Formamos la parte desdeñable de una civilización que porta su bastón de mando, al que nosotras, las mujeres, las mismas que atajamos sus ardores y parimos a sus hijas e hijos, hemos de admirar y estamos abocadas a obedecer, por muy pesada y esclavista que sea la carga a acarrear desde el día en que nacemos y sobrevivimos, alumbradas bajo la proyección de sombras ajenas. (Verdad es que llevo ya bastante ejerciendo este oficio que, ni mucho menos, es el más antiguo —tal como se suele escuchar a menudo entre esas malas lenguas recubiertas de esparto—, no, hubo muchos otros que le precedieron antes de convertirse en un mal menor necesario: así lo denominan esos clérigos que también llaman a esta puerta para sobrellevar su celibato; por

tanto, las continuas confidencias y los escandalosos secretos de los hombres llegan hasta mí en un fugaz soplo de viento, y me abren los ojos ante la mente masculina, que conozco ahora mucho mejor, y, a la vez, me hacen ver lo que piensan de nosotras, las mujeres).

Ahora mismo, tumbada sobre la arena de la playa, diviso la hipnótica explosión del amanecer sobre las remansadas aguas de la mar. He descansado un rato después del trajín nocturno y, como muchos otros días, me he acercado a vislumbrar este nuevo beso con el que el sol relame al mar (suelo venir a estas horas de escasa concurrencia, como no podría ser de otra manera siendo esta ramera en la que ellos han querido transformarme). Los destellos salpicados de tonos naranjas bailan al compás frenético de las olas. Es una danza de suaves contornos que forma piruetas entre diamantes salados, que engulle luces perladas entre espumeantes sonidos y que forja infinitas iridiscencias entre crestas plateadas. Es un crisol de cromático color que expande su partitura entre la superficie, haciendo afinar sus notas con la sinfonía que compone la luminosidad inserta en el alba.

Venero estos enigmáticos instantes y rezo, arrodillada, a la mayor y más excelsa de las deidades que han existido nunca. Elevo mis oraciones con fervor y pasión a las diosas que han marcado nuestros túneles evolutivos y nuestro sublime compás en el tiempo, a ellas les debemos todo: a la naturaleza, que nos ofrece estos paisajes en los que puedo perderme y evadirme de aquello que me constriñe en derredor; a la madre tierra, que lucha para que cada día pueda volver a ver los radiantes reflejos del sol y me colmen de luz. Pero, sobre todo, mi fe —aunque todavía, alguna que otra vez, pienso en la dicotomía existente entre navegar por el cielo o, por el contrario, surcar los conductos del terrorífico infierno— ha quedado ya en un lugar proscrito dentro de mí, puesto que no hallo razones convincentes para sostener estas teorías en mi cabeza; porque ya mis plegarias han dejado ausente a aquel Dios que, reiteradamente, me abandonó y continúa haciéndolo. Ahora mis ruegos siguen alzándose, pero invocan sin pestañear a la deidad más absoluta: la libertad. Solo a esa causa puedo encomendarme; el remolino de mis pensamientos únicamente puede adherirse a ella y realzar el ojal de una digna salida de esta ciénaga que me abrasa.

El amanecer me empalaga con su ardiente transparencia, y me hace traspasar el umbral de otra noche de burda representación. Esta vez, mi tentadora y venal obra de teatro ha sido para el aniñado hijo de don Raimundo. No es la primera vez, ni será tampoco la última, que acude raudo a ver mi deleitable exhibición. No es la primera vez que le enseño las picardías del sexo en el lecho compartido. La verdad es que nunca he tenido queja alguna de don Raimundo. Él fue mi primer cliente y siempre ha sabido tratarme como a una auténtica

señora —claro está que no lo soy, ni podré serlo ya—. Siempre envuelto en su timidez y apocado, deja que yo me ocupe de llevar las riendas y nunca jamás ha osado tratarme de malas maneras. Don Raimundo me escoge a mí entre el resto de pupilas de la casa, soy su predilecta, lo sé y no me importa. Prefiero complacerle a él, que me trata con desmesurado afecto, que no hallarme bajo las apestosas sábanas de hombres desaprensivos al límite, para los que solamente eres un juguete que se creen en el derecho de usar, lastimar y tirar entre los escombros. Su hijo, apenas un muchacho adolescente, lleva frecuentando el lenocinio desde poco tiempo atrás. El suficiente, sin embargo, como para haber calado ya en los vericuetos en los que anidan sus pensamientos. Y es que don Raimundo debía de estar preocupado por la inusual conducta de su hijo, por ello decidió traérmelo directamente a mí, pensando que yo conseguiría poner en la recta línea al imberbe mocete.

Lo que realmente sucede es que don Raimundo desconoce que en los jardines del edén también hay torceduras imposibles de encauzar, porque esa deidad a la que yo exalto mis palabras sabe que los mejores designios de la vida son, precisamente, los que han sido nombrados con los raíles de la diversidad, que nos hace crecer por dentro como si plantáramos un árbol relleno de nutrientes en toda nuestra circulación. Don Raimundo no puede siquiera atisbar un ápice de todo lo que está emergiendo en el ser de su hijo, pero yo sí.

Él me lo trajo un día para que yo lo iniciara en las batallas azarosas del lecho conyugal. Terminó de derramarse en mí y, sin dilación, me dijo:

—Mañana te traeré a mi muchacho —todavía jadeando del esfuerzo, paró un momento para coger aire y prosiguió—: Está ya en la edad de estrenarse y, además, debería…

De súbito, las palabras se le atragantaron y tuve que incitarle para que pudiera soltarlas.

—¿Debería qué…, Raimundo? Vamos, habla, sabes de sobra que nada me escandaliza y tengo los labios sellados contigo.

Su mirada lujuriosa me atravesó y, por fin, me contestó mientras me manoseaba los pechos.

—Resulta que el muchacho, cómo te diría, parece que me ha salido poco viril. No sé cómo explicártelo mejor…, no quiero solamente que le inicies en los pormenores del sexo, me interesa, sobre todo, que le hagas verse como un hombre… ¿Lo comprendes?

Parecía mentira que todavía no me conociera, porque él sabía bien lo distinta que era y soy del resto de mis compañeras. Por eso siempre me elige a mí. Don Raimundo es consciente de que, tras las paredes desconchadas del burdel, hay mujeres muy cultivadas, a pesar de los dañinos prejuicios. Y él es bien sabedor de que yo soy una de ellas,

vaya, que poseo dotes de una capacidad de intelecto —aunque se empeñen en decir de nosotras que mostramos una especie de instaurada inferioridad mental; más bien, les conviene que nuestra cara exterior se vea de ese modo para el resto de la población— de la que carecen la mayoría de los machos varoniles que visitan estos depravados lares.

Enseguida, sin titubear un solo segundo, le respondí altiva.

—Alto y claro, Raimundo. Lo he entendido perfectamente y a la primera. ¿Acaso lo dudas? Recuerda que hablas con Dalia, y no con tu recatada y decorosa esposa, con la cual jamás has podido satisfacer tus deseos como lo haces conmigo, ¿no es así?

Naturalmente, no me habría atrevido a interpelar de esta manera a muchos otros hombres que pasaban asiduamente por mi lecho, pero don Raimundo era tan diferente a los otros que, como solía aparecer tan melancólico y meditabundo, se dejaba dominar; y para qué voy a negarlo, me complace sentarme en el palco de mando.

Retiró con rapidez sus manos de mis senos, aunque solo aguantó un momento, porque me miró y volvió otra vez a acariciarme las curvas del cuerpo. Cuando vi asomar su ansiosa medio sonrisa, supe que volvía a tenerlo postrado ante mí, comiendo de mi mano y de todos los poros de mi piel.

Ante su consciente silencio, le expresé:

—Mira, Raimundo. Sé qué es lo que le ocurre al mozo. A lo mejor, simplemente es que todavía es muy temprano para poder cerciorarlo…, pero no te preocupes, si hay algo que corregirle, aquí tienes a tu Dalia para indicarle la senda correcta.

Vi el alivio reflejado en sus pupilas cuando se marchó aquel día. Al siguiente, vino a mi encuentro el asustado muchacho, y después, siguieron muchos más. En cambio, aquel mal que presentía don Raimundo se ha hecho evidente a mis ojos y se ha entreverado entre los conocimientos que serpentean por mi mente. El mocete barbilampiño es claramente lo mismo que yo, por lo menos, tal y como socialmente pugnan por calificarnos: de conductas desviadas. Lo intuí desde el principio, y lo sé con bastante seguridad ahora.

No sé por qué extraña razón se empeñan en dejarnos al margen del resto de la sociedad a las personas que somos de una estirpe diferente. En unos casos nos hemos visto obligadas a actuar y a tener que resistir echando amarres en sórdidos lugares a los que nunca nos hubiéramos arrimado, ni siquiera bajo los efectos sedantes de una inmunda pesadilla —en la que habito y vivo con otro yo desde que me deshonró el innombrable, exactamente desde esa misma noche en la que las tinieblas me embargaron y solo me cubrió una inexpugnable y más que insondable oscuridad, mientras él se introducía en mí; mientras me violaba brutalmente, desfogando en mi interior todos sus

rencores, toda su rabia contenida y toda su cobardía, todo aglutinándose en ese perverso ser sin alma, ahuecado por dentro y con un talud en forma de lo que debería ser el corazón; él serró el mío hasta convertirlo en nimias porciones desperdigadas que aún no se han podido reencontrar—, pero, al fin y al cabo, componemos la requerida sala de escape de los hombres, los mismos que injurian sobre nosotras ¡qué hipocresía!; otras personas, asimismo, se ven relegadas del cómputo social solamente por el hecho, tan sencillo, natural y lógico, de que son capaces de amar de verdad —esperanzadora y prodigiosa virtud de la que tantos carecen en la travesía que nos toca recorrer—, querer con el corazón palpitante, a punto de estallar y con la pureza enroscada en los intrínsecos sentimientos, y sin mirar adónde ni a quién ni por qué, solo dejando fluir los latidos que alcanzan las profundas oquedades. Solo así se puede vivir amando, no con absurdas imposiciones que destruyen las señas identitarias y las arrollan fuera, dejándolas suspendidas entre nubes de aire ahí donde, al igual que las partículas de polvo, divagan sin lograr encontrar un sitio en el que poder aposentarse y vivir en armonía; ahí donde el verdel en el que nacieron, otros, por prejuicios infundados, lo fueron esquilmando hasta hacerlo parecer una tierra yerma donde sus anhelos, ilusiones y palabras cayeran en un reposado olvido. Sin embargo, y muy a pesar de la losa intolerante que comprime cada mísera piedra que marca el camino, nunca la batalla del amor auténtico y libre es un canto estéril, porque es capaz de mover enraizados eriales para luego sembrarlos hasta que germinen, y entonces el aparente desierto reverdece, porque ya no es una tierra seca, sino que se transforma en semillas de diversidad, que crecen palpando ese lugar suyo, consecuencia directa de los genuinos ligamentos que expande el amor. He descubierto que este pobre muchacho posee un lado femenino, lo cual le hace para mí mucho más especial. Aunque sé que en este mundo donde lo distinto se reprueba, en vez de encender esa luz incandescente que nos enriquece a todas las personas, harán de su incipiente vida un rosal de espinas, llagándole y persiguiéndole como si fuera una rama desgajada del linaje, cuando es un brote de nueva y necesitada savia sentida, ante tanto mal que nos rodea.

A veces me pierdo en los cerros, con todas estas divagaciones mentales, cuando descanso sobre este mantel de arena; pero ya retorno al presente que me encierra. Observo las sacudidas del mar en lontananza y diviso, tras la nutrida telaraña ardiente que difumina el sol, el opulento edificio que sustenta al balneario donde las señoras de alcurnia, las que llevan impreso *in situ* el código de buenas maneras de modo escrupuloso y constante, practican sus baños terapéuticos de

agua de mar; allí mismo, puedo intuir sus pudorosos trajes de baño, a cuyas portadoras imagino encubriéndose detrás del pontón. Más bien, me figuro que están ahí, porque no puedo verlas y, además, ahora es temprano todavía. La esposa de don Raimundo sé que frecuenta el balneario debido a sus continuas quejas y achaques. Es irónico, porque en este momento también yo voy a purificar mi cuerpo en estas mismas aguas, solo que, a diferencia de estas puritanas señoras, me acabo de desprender de toda mi ropa, hasta mis medias de seda han caído en la arena. Al igual que todos los seres vivos, humanos, animales, plantas u otros invisibles organismos, hacemos nuestra triunfal entrada en el mundo sin nada, despojados de enseres y atavíos. Así es como volvemos a la confortabilidad de la tierra cuando nos vamos; así es como somos realmente quienes somos, desnudos de todo como el esqueleto de los árboles en invierno; así es como me introduzco en el mar embravecido, desprovista de adornos, máscaras y falsas palabras, como las ramas cuando se secan y dejan de hospedar a ese péndulo fluctuante y tembloroso que componen sus hojas. Porque este es un ritual aprendido para poder limpiarme de huellas que no son mías, para poder desquitarme de abrazos que yo no siento y para poder renovar, del amanecer al crepúsculo, mi alma vacía.

Porque podrán mecer mi cuerpo bajo el dintel pecaminoso del sexo, convirtiéndome en esclava, pero nunca lograrán tocar mi espíritu, que se vuelca sin remisión en un cuenco vacuo; que no es ya más que un hueco horadado en la jofaina de mi piel, ajada y deslucida; que no puede albergar mi corazón, porque sus bordes se han descosido y han llevado a viajar a sus sentimientos en un odre rebosante de pretendidos agujeros.

El mar me cubre hasta la cintura e inunda mis desgracias. Miro mi propio reflejo en este bamboleante espejo y veo brillar tras él la figura contorneada del rostro de mi hermana Blanca. A pesar del tiempo transcurrido, esta imagen mía me trae su recuerdo; pintándolo con los tonos ya borrosos de una unión que se hizo añicos y que aún duele. Instantáneamente, me precipito hacia dentro para mojarme la cabeza y evitar que una voz interior, conocida en demasía, flote de nuevo y me vea obligada, de este modo, a tener que rememorar que ahí dejé a un bebé expuesto al infortunio, a mi bebé, a esa hija de la revolución, que parí y abandoné. Bajo el agua, he aguantado unos segundos la respiración antes de salir a secarme. Para enfrentarme después a los cuadernos de la memoria, haciendo que todas sus páginas reposen en las cortinas del olvido.

Soy una concha sin agua, un jarrón sin flor, un plato sin condimento y una fuente sin caños ni surtidor; porque no hay nada en mi interior, ni siquiera los polvos de esta luz penetran en mí.

13

AFUERAS DE BARCELONA. EN EL SILENCIO DEL HOSPICIO. FINALES DE VERANO DE 1873

El silencio agrieta los moldes del hospicio con su aura sepulcral, entendiéndose por cada una de las estancias en donde habitan las monjas de la Caridad, rompe esa voz, nunca alzada, que quiere sobresalir, pero calla, abnegada bajo el cumplimiento de la férrea doctrina cristiana; niega las palabras que flotan en la garganta, porque tras las celestiales paredes donde se alberga, el recogimiento hacia una misma lo es todo. El silencio se cuela entre las hermanas como un invitado más, en sus días de ayuno y en sus frugales raciones compartidas en el común refectorio; se interpone entre los gritos de las niñas, que nunca llegan a escucharse, porque en esta áfona casa de Dios, los juegos adheridos a la época de la infancia se disipan, al igual que la brisa del mar cuando borra las huellas esparcidas en la arena. Los días propios de la tierna niñez no existen bajo este santo techo. Es el silente rugir lo único que ocupa el paso de las horas; solamente el perpetuo mutismo es lo que hace que las niñas pongan todo su empeño y tesón en el trabajo cotidiano para el que han sido encomendadas, injustamente, por los designios de la creación. No hay lugar factible para el esparcimiento en el hogar de acogida, solo hay tiempo para la instrucción; no hay morada alguna para la holganza en la institución de las niñas abandonadas, solo hay que estar en buena disposición para hilar, aprender las tareas domésticas y, por supuesto, acatar las órdenes con respeto y silencio, siempre en eterna mudez.

Y es aquí, en esta apacible y sagrada casa de desamparados, donde los rigores de la cándida etapa pueril se encajonan en la memoria como si nunca hubiesen pasado, como si se hubieran anulado; porque las reglas y la dureza del oficio asignado son reverenciadas desde muy temprana edad, la más dulce, resquebrajándola en un ancho acueducto que han de saltar con rabia, precipitándose de lleno en el estado adulto.

Hoy el cielo ha de partir con brío ese mutismo que se pega a las baldosas, puesto que está encapotado y seguro que revienta en estridentes ecos dentro de un rato. Mientras tanto, antes de que se desate la tormenta, la hermana Angélica se encuentra en el jardín, y allí, observa con suma vigilancia a las impúberes niñas. Las ve

concentradas en sus pensamientos infantiles, aunque, más bien, y dada la estricta y corregida educación que deben dispensarles las hermanas cuando hace falta, ese razonamiento aún elemental —como sería lo lógico—, no lo es, sino que se halla a un nivel más adelantado de lo considerado normal, ya que podría estar más relacionado con una mente casi anciana, como la suya, que con la de las niñas de su misma edad.

Apenas tienen unos minutos para respirar la frescura del aire, que espolvorea la intensa y embriagadora fragancia de las rosas; apenas unos instantes para inspirar el aroma del ambiente, que trae hoy su perfume de humedad, al igual que los recodos del parterre donde crece el musgo enmohecido; apenas un fugaz momento antes de retomar las oraciones, para entrever a aquellos ángeles a los que nunca han osado tocar, a aquellas alas de querubines que relucen en el exterior, a aquellos espíritus celestiales representados en un horizonte claro y azul donde no hay límites, ni trabas, ni tan siquiera obstáculo alguno en toda su inmensidad: esa misma que se pinta en un cuadro liberal que, quizás, jamás lleguen a alcanzar las niñas marcadas por la orfandad.

Tampoco la hermana Angélica tuvo infancia, se la cortaron de raíz como a todas esas niñas a las que ahora admira. Pero la hermana Angélica fue una niña muy maleable, se conformaba con cualquier cosa con tal de poder saborear un exiguo pedazo de pan en el plato. El tener que asumir una vida montada en el tren imperturbable de la labor callada, no le supuso inconveniente alguno. Cuando niña, la timidez le hacía sonrojarse a menudo, así que la carencia de palabras, para ella, al contrario que para muchas de sus compañeras, fue un alivio más que un pesar. Sin embargo, ella sabe que hay niñas más impulsivas que, por eso mismo y desde que el alba prende sus lámparas y hasta que el crepúsculo se tiñe de rojo, apagándolas, sienten la necesidad vital y perentoria de compartir sus vivencias y experiencias con las demás, y claro está que, si no logran evadirse de ese modo, se vuelven desmesuradamente desgraciadas; después, entran en un torbellino de lamentos del que muchas no consiguen salir jamás. Parecen entonces padecer sin freno en el cruel remolino de sus entrañas. Muchas niñas no son capaces de soportar el enclaustramiento al que son sometidas, y penan tras los muros sintiéndose muy solas y desconsoladas; es una soledad que fulmina su interior de forma tan drástica, como si un repentino relámpago penetrara en ellas y arrasara con todos sus sentimientos de una sola batida.

Cuando la hermana Angélica ve a alguna de esas criaturas del Señor en semejante estado, intenta convencerla de las grandes ventajas que tiene vivir protegida por el mundo religioso, lejos de la

gente del común y de su infernal ruido. En esa casa divina no tendrán que lidiar con los apetitos de los hombres y no tendrán que vivir bajo su mando supremo. Aun así, muchas niñas están deseosas de correr aventuras, y la calma que se desprende de cada una de las piedras con las que fue cimentado el hospicio, no encajan en los pasadizos de sus mentes, que se desarrollan aceleradamente.

Ella no puede hacer nada cuando, en multitud de ocasiones, no logra que entren en razón. Ella también sabe que no todo el mundo ha nacido para vivir en melodiosa armonía tras los destellos del Señor. Ella adora la reclusión, pero conoce la procedencia de esas niñas que vienen untadas por el barro que nadie quiere. Son niñas de la calle, alumbradas entre el fango y la inmundicia; son niñas bastardas que no debieron haber visto la luz de Dios. La hermana Angélica recorre, con pies de plomo, los canales de sus recuerdos: las mismas piezas que le devuelven el reflejo de su propia imagen tiempo atrás; porque ella, a pesar del largo lapso transcurrido, no olvida que fue otra niña de la calle maltratada por la hipocresía de un mundo dominado por los hombres. No le gusta pensar así, pero es cierto: la castidad es mayormente respetada por las mujeres; en cambio, son los hombres los que normalmente cometen esos pecados carnales de los que ya no pueden echar marcha atrás, e indudablemente quien lo paga no son ellos, sino las pobres criaturas engendradas y las madres de estas.

Las tentaciones nunca han estado al alcance de la hermana Angélica, aunque cree que si, por algún motivo, se las hubieran dispuesto delante de los mismos ojos, las habría rechazado igualmente. La crianza de las niñas y su posterior aprendizaje le colman; le llenan cada día, a cada fracción de segundo en la que el sol vuelve a anidar entre la parra del jardín, y en sus más insólitos adentros, sin necesitar ni desear nada más que eso.

Siempre le ha gustado mirar al mundo resguardada tras el telón interior. Las ventanas exteriores no han sido labradas para ella, sus inquietudes están dentro, en el cobijo idóneo; su mejor refugio siempre ha sido constituido de puertas, claustro y corredores sobre ese pavimento, lo que pueda existir detrás de las cerraduras y las cancelas no le concierne a ella.

Mira el cielo con temor; se ha soldado de nubarrones negros y parece casi a punto de explotar en una apoteósica cortina de lluvia. Espera unos momentos antes de que acabe recogiendo a las niñas dentro de la casa. Deben de estar agotadas, llevan todo el día cosiendo los encajes de unas camisas que tienen que entregar en breve, y las niñas no han dado una sola puntada carente de hilo en toda la jornada, tensando la aguja constantemente con sus dóciles manitas. Las observa con el rostro sonriente mientras estiran las piernas paseando entre el emparrado. Aunque todas le nutren los filamentos

encadenados del alma y aunque todas borbotean los flujos del amor fraterno en su gastado corazón, hay una de ellas con la que siente una afinidad especial. Lo supo desde el día que la salvó de morir entre las garras del frío en la hierba del jardín. No sabe realmente por qué extraña razón se ha convertido en su ojito derecho, no lo sabe. No conoce el motivo concreto, aunque intuye que fue precisamente el hecho de haber salvado su vida lo que las unió con una fuerza tan bien zurcida, que nada ni nadie las separará jamás. Todas poseen una virtud diferente que ella reconoce en cada una, pero Margarita es la única a la que ayudó a dotar del aliento que da la existencia. Muchas llegaron al hospicio depositadas, insensiblemente, tras el torno que las trajo al universo de las orantes; otras tantas fueron recogidas de los mismos callejones, para poder darles la dignidad que les arrebataron con el abandono. Pero ninguna apareció en medio del jardín, desvalida, despojada de cualquier ropaje y azulando sus facciones debido al viento de la noche. Margarita es un milagro al que contribuyó con su arrojo de aquel día y su cariño, que le sigue ofreciendo. Al igual que sintió que ella se lo devolvía con dedicación y esmero, sintió que en su corazón también rebosaba el suyo cuando se aferraba a ella y le abrazaba, como si un invisible cordel forjara una indestructible lazada entre sus espíritus. Solo han pasado cinco años —en unos días los cumplirá— desde que llegó, pero para ella han sido como cinco dichosas vidas.

Los cirios de la tarde parece que quieren empezar a apagar su vigor, tal y como se está ennegreciendo el firmamento. Da unas palmas para que las niñas acudan ya a su alrededor. Cuando comienza el rutinario recuento se da cuenta de que falta Margarita. Hace entrar a las demás, conminándolas a aligerar sus pasos y a situarse en perfecta fila, y se encamina a buscarla con la mayor presteza. Es una niña muy imaginativa y seguro que se ha quedado prendada con las flores del jardín, y no le ha oído cuando les llamaba a todas a voz alzada. Efectivamente, como suponía, la encuentra sentada en un rincón apartado, casi oculto entre los arbustos que jalonan el jardín y limitan el modesto, pero significativo, terreno destinado al cultivo para abastecimiento del hospicio; así pues, allí, lejos de cualquier mirada, la ve totalmente inmersa en sus propias cavilaciones, sumida plenamente en su particular ensoñación. Se aproxima hasta quedar a su altura; seguidamente, se agacha, con cautela, ya que no pretende asustarla, para poder ver de cerca qué es eso que mira con tal desmedido embelesamiento y con tanta fijeza y determinación; a veces, sus ojos de niña le desconciertan, puesto que ve en ellos una sombra de mirada adulta, como si su elemental discurrir adquiriera una compleja transformación en momentos clave. Sin duda, no le ha visto, está completamente absorta. Sostiene un papel entre sus

menudas manos. La hermana lo coge: es un dibujo a carboncillo con unas voluminosas sombras pinceladas en él.

Le pregunta qué es esa forma tan abstracta que ha querido plasmar.

Margarita le contesta con rotundidad.

—¿No lo ve, hermana Angélica? — le interpela, girándose ligeramente para cruzar con ella directamente esos ojos imposibles, profundos y cuyo fulgor evoca el manantial de una colmena fluyendo en perpetua luminosidad. Es muy niña siquiera para pensarlo, pero hay en su retina un brillo prodigioso, algo distinto y quizá raro en el orden acostumbrado de la naturaleza. Señala el dibujo, afirmando convencida con un sutil movimiento de cabeza, y arguye—: He dibujado las llamas del infierno. Mire, esto de aquí arriba —le indica ahora varios puntos situados en los difuminados contornos que ha esbozado— es como creo que sale el humo ardiente de las hogueras…

La hermana no le deja continuar, ahora atisba la escena con indiscutible claridad y se escandaliza, tapándose primero la boca con ambas manos y luego dejando recorrer sus precipitadas reflexiones a toda velocidad. La primera idea que le ha venido a la cabeza es que Margarita, su predilecta, haya interpretado algo de tamaña malevolencia, mezquindad y vileza, al menos, según es visto y examinado por los anteojos de la religión que profesan. Las imágenes se corresponden con unas siluetas, un tanto deformadas, aunque esculpidas con precisión, de unos ángeles que portan los rostros inmaculados de las niñas del hospicio, las cuales aparecen totalmente desnudas. Desde otro plano, se divisan sus alas rotas, despedazas y cayendo sobre las llamas, las cuales alzan un objeto semejante al torno existente en la casa de huérfanas —ciertamente, y aunque es un espacio vedado a las niñas más pequeñas, la constante curiosidad seguro que las habrá llevado a husmear por la zona restringida—, y lo que ve a continuación la espanta y la aterroriza al unísono: una ínfima figura, apenas apreciable, aparece en el centro del torno. La hermana Angélica no es capaz de concebirlo ni asimilarlo, porque parece que fuera el mismo Niño Jesús quien se asienta ahí, tal como si estuviera acomodado en su pesebre, convertido este en el torno giratorio en el peculiar encuadre, aunque tampoco está segura si esa referencia le atañe directamente a Él o no. Luego, escruta con minuciosidad, una y otra vez, esta satánica representación realizada por Margarita, y todas las veces llega a la misma conclusión: la inocencia de la niña. Ella no puede entender lo que sus despiertos sentidos han captado; no comprende que una interpretación así sería asunto de herejía para cualquier miembro de la pirámide eclesiástica, incluyéndose en esta escala, a pesar de su benevolencia habitual, a la madre superiora; no, la pequeña y cándida Margarita no puede asimilar lo que su mente ha

creado: ha vislumbrado las rutinas del hospicio y las ha reproducido a su manera, sin saber que ha evidenciado en su lúgubre retrato el abandono de las niñas, y eso es algo que no se pueden permitir airear a los cuatro vientos y por los mares rodados de la cristiandad y, mucho menos aún, cuando sin querer ni saber la niña ha involucrado al Niño Dios —en caso de que sus sospechas estuvieran en lo cierto— en la simbología propia de la orfandad e ilegitimidad de las niñas y niños desamparados, y este hecho, si se conoce, lógicamente, podría acarrear consecuencias impredecibles para su niña querida. Qué duda cabe que la hermana Angélica (cuyo juicio mental le confirma que se trata, al fin y al cabo, de un simple garabato que no va a ir a ninguna parte) es plenamente consciente de tal afrenta social si ese dibujo lograra escapar de sus manos y, peor aún, si saliera de los muros de esa santa casa. Por ello, le increpa y le quita ese boceto del demonio de un fuerte manotazo.

—¡Santo Dios! ¡Trae eso ahora mismo! —Se santigua con devoción reiteradamente—. ¡Pero, Margarita! ¡Cómo se te ocurre dibujar algo así! —Coge con temor la lámina, que tirita cual hoja bajo una tormenta de verano, y le reprende—: Voy a deshacerme de este horrible dibujo, y nunca, ¡me oyes!, nunca vuelvas a retratarlo. ¡Ah…, y, sobre todo, y por encima de todo, que no se entere la madre superiora…!

La hermana Angélica se incorpora sobresaltada. De repente, alguien le ha rozado en el hombro. La tiene detrás, es la madre superiora quien le arranca bruscamente de las manos la fatídica estampa sombreada. A partir de este momento, el sosiego se transforma en un desordenado caos. Unos amenazadores truenos desatan el discontinuo caldo de la tempestad, alcanzando un ritmo de vértigo. Corren hasta guarecerse dentro. Comienza a llover con insistencia, arrojando un imparable y voluminoso caudal en un determinado y acotado espacio de tiempo; irritable torrente que no va a ser menos que el que vierta sin compasión la madre superiora sobre la inocente Margarita, porque la hermana Angélica está segura de que todavía no puede entender todo lo que significa esa interpretación, teniendo en cuenta la evidente candidez de la niña, que carece aún del criterio necesario para lograr siquiera descifrar aquello que ha plasmado.

Después de arremeter contra ella —una pobre y desharrapada niña sin el uso de razón que le quiere adjudicar—, en su inacabable reprimenda, la madre superiora juzga sin piedad: la encierra sin contemplación alguna en una celda, aislándola por completo, y le prohíbe tajantemente el alimento hasta que haya recapacitado, diciéndole, con los ojos a punto de explotar en un incontenible reguero de ira, que ni el purgatorio, ni el infierno, ni nada de tal

calibre puede pintarse así, sin más, inventándose lo inconcebible, y menos a su tierna edad. Que solo las figuras más tétricas y apocalípticas, esculpidas en los capiteles o dinteles de los pórticos de las iglesias, pueden dejar ver con nitidez ciertas formas que simbolizan el mal y el fuego del averno, pero nunca a través de esas horribles siluetas ensombrecidas con que lo ha detallado, incluyendo a los ángeles, personificando los rostros en la faz reconocible de las niñas y, para colmo, además, añadiendo ese objeto difuminado que deja entrever lo sacrílego. Desde luego, su deber ahora es conseguir que haga un escrupuloso examen de conciencia; que escarmiente y confiese, con sincera humildad, que ha pecado y que no ha de volver a reincidir en algo de semejante calado para el espíritu.

La hermana Angélica cree que tanto lo enfatizó el otro día en la eucaristía el sacerdote, que la niña lo ha ilustrado sin pensar en ningún mal y, menos aún, en pretenderlo. Sin embargo, ella no está dispuesta, bajo ningún concepto, a consentir algo así. El dolor ya le está llagando, y solo ansía extirparlo. Por ello, al igual que ha hecho la madre superiora con su Margarita del alma, se confina en su propia celda sin querer probar bocado. Ahora la tormenta no solo viene provocada, con sus conquistas sociales, por esa parte de la burguesía liberal de ahí afuera que proclama sus valores republicanos: sus propios derechos y libertades, independientes de estas caridades o del influjo que los terratenientes aristócratas —otrora intocables— llevan asumiendo desde siempre; viene sacudida por un cielo que se ha roto en eslabonados jirones de llanto, como ella misma; viene repicando desde el retumbar rasgado de su corazón, que se lamenta con hondo pesar y languidece llorando por Margarita, al igual que las capas celestes se han cubierto de condensados lagrimones, los cuales se recortan en la catarata de una tarde que simula los pasillos de la noche, uniformes, cifrados e insondables.

14

BARCELONA. ATRAPADA EN EL ESPEJO ROTO QUE USURPA EL ALMA. FEBRERO DE 1876

Sigo confinada entre los ángulos de este espejo cuarteado que forma hondas grutas en el puzle de mi alma. Ahora mismo, aislada detrás de los tupidos cristales en los que han hecho transcurrir mi vida, espero. Espero con impaciencia en este túnel oscuro que está vendando mis ojos, ya que mi cliente así me lo ha pedido. El bohemio está ultimando los preparativos para que yo pueda vislumbrarlo en su íntegro esplendor. Al menos, no sé por qué extraña razón, es lo que deseo con inusitado fervor: poder ver representado aquello que todos los hombres buscan de mí; saber reconocerme en esa otra piel que me recubre desde hace años. Quizá también poder mirar a Dalia desde un prisma diferente al acostumbrado, entreviendo entre rendijas el exterior que ofrece.

A menudo, las grandes incógnitas sin respuesta aparente se cuelan en los resquicios de mis constantes meditaciones, perturbando mi mente en tales instantes. Me ocurre precisamente cuando intento indagar en el comportamiento de Dalia o en las aspiraciones quebradas de Azucena y viceversa; luego, como en un remolino que succiona una a una mis emociones, me cuestiono sin poder evitarlo: ¿qué conserva Dalia de la fuerte personalidad de Azucena, que siempre quiso comerse cada nimia porción desperdigada por el mundo; que quiso desplegarse a cada segundo vivido en una travesía libre de ataduras? ¿Qué loables sentimientos mantiene Dalia intactos en la blanda caja que bombea sus latidos, con las intangibles resonancias de cuando aún su identidad era Azucena, una señorita decente perteneciente a la baja nobleza del Prepirineo? ¿Todavía Dalia siente la nostalgia en su mustio corazón y en su alma deshojada? Cuando llego a este crucial punto de mi íntimo interrogatorio, esas preguntas que, a priori, parecían imposibles de ser resueltas, van contestándose solas; así, pacientemente, voy hallando alguna de esas revelaciones que busco, que rebusco a diario. Porque, sin atisbo de duda, aunque hayan suplantado mi verdadera personalidad con malas artes y peores artimañas, no han podido aún destruir del todo el carácter temperamental que me define y que forjé siendo una muchacha, cuando todo estaba por descubrir; cuando los sueños

zumbaban en la urdimbre que entretejía mis pensamientos, construían sus nidos abrigados por las nuevas sensaciones y llenaban de alegres aventuras los huecos horadados en mi palpitar. Sí, todo aquello quedó irremediablemente atrás, enredado y encogido en los armarios que solapa el reloj imparable del tiempo, que acaba cubriéndolo todo en un indefinido suspenso. Sin embargo, y a pesar de esa losa que me hace constante compañía, llevándome a recapacitar sobre quién fui y quién soy ahora; muy a pesar de todo ello, siempre hay una lucecita que parpadea en mi interior y no deja que me sienta nula, como a tantas otras mujeres de mi estado y condición les sucede. En muchas ocasiones, llegan a olvidar por completo sus propios orígenes, como si les hubieran arrancado sus raíces de cuajo, carentes ya de toda la sal y el agua que les dotara de vida; es como si les hubiesen zurcido los cortes causados con los andrajos de una marioneta manejada.

Cuando observo a Violeta de cerca, la percepción que subyace bajo mis cábalas es justamente esa. Me da esa impresión cuando la veo actuar: la de que existe solo a merced de los demás, para complacer sus instintos bajo la inextricable red de hilos dominantes con que la encadenan, y la doblegan, y la someten, tal que a todas aquí; en Violeta, sin embargo, todo se pone de manifiesto de forma distinta, porque ella, separada del círculo opresivo que nos sujeta y manipula, ya solo puede contemplar dentro de sí sentimientos de estima derruida, de moral inexistente o de ánimo arrasado, y se encuentra absolutamente inválida e incapaz de todo. Es verdad que yo también soy una tinaja desprovista de contenido, navegando allende los mares, pero siempre vacía. No lo niego, es cierto. En cambio, a mí me remueve todavía una voz continua que me incita a socavar en los regadíos de la memoria; a extraer de allí esos recuerdos que siguen arropándome de vez en cuando, también me trae los malos: los que me diseccionan por dentro provocándome dañinas úlceras. Tengo que escarbar mucho para ahondar en ellos, para arrullar aquellos momentos perdidos con gran nostalgia y que ardieron con brotes de felicidad; pero lo consigo porque mi conciencia sigue viviendo dentro de mí, aunque al mismo tiempo me hace partícipe de los errores que cometí y de cuando quise desasirme de la cuerda del mundo, siendo reincidente, además. (Bien sabe mi conciencia cuánto me gustaría tachar, en una invisible y sepultada línea atemporal, todo ese incoloro páramo que ha manchado mi vida continuamente, trocándola dentro de las esquinas de un marco gris, insípido y escalofriante, y volcándola dentro de ese indeseable pedregal que no le deseo a nadie y que me gustaría borrar para que no prosiga enturbiando con saña lo que queda de mí, que no es ya mucho. Lo arrojaría fuera cada día, a cada hora que pasa y cada vez que los rayos solares quieren reflejar la lasciva ventana de mi alcoba; mas es imposible hacer desaparecer ese

grabado que nunca quise pintar y que, sin embargo, jalona mi vulgar existencia).

Un pañuelo de seda se cierne sobre mis ojos, zambulléndome en una atmósfera de opaca oscuridad al igual que una noche sin atisbo de luna, ni de firmamento moteado de titilantes candiles recorriendo los confines del cosmos.

Pero mis oídos están abiertos y escuchan unos pasos que rebotan en el suelo, acercándose hasta mí.

—¡Qué nervios, Dalia! Solo espero que el retrato sea de tu total agrado —su voz vibra de entusiasmo cuando noto cómo me desanuda el pañuelo que presiona mi cabeza—. ¿Qué te parece? Sé franca conmigo.

Un intenso resplandor ilumina ahora la estancia, que rebosa de luz a raudales y, asimismo, hace brillar en una estela de cromáticos matices el crucifijo expuesto como advertencia de los pecados que aquí se cometen, aunque haciendo gala del perdón que, sin duda y bajo cualquier circunstancia, se les otorga, absolviéndoles de todo lo que acontece tras el umbral del placer. Me aproximo sigilosa hasta el lienzo depositado en el caballete y me fijo en mi propia imagen enmarcada. O, más bien, en esa parte de mí que compone la fachada de Dalia.

Sin pretenderlo, una admirada alocución impregna mis labios y sale de mi boca.

—¡Increíble! Pero si soy… si soy yo…

Es una sensación tan novedosa y extraña la que se registra en mí, que hasta me produce una mínima conmoción que, obviamente, enseguida encarrilo —no podría mostrarla ante un cliente, eso me lo tengo terminantemente prohibido—.

El bohemio se ríe sin ningún disimulo. Se ve que está convencido de su buen resultado.

—¡Pues claro que eres tú, Dalia! No sé de qué te extrañas ahora. Ya no es la primera vez que te pinto —veo cómo me recorre el cuerpo con su libidinosa mirada—, has posado para mí en otras ocasiones y espero que sigas siendo mi musa; mi eterno ángel de los pecados durante mucho tiempo…

Aunque intento no poner en evidencia mis emociones ante el desenfreno de los hombres que aquí vienen, no he podido evitar lanzarle una pícara sonrisa al bohemio. Hombres que frecuentan este hospedaje efímero de frenesí una noche detrás de la siguiente, cuando las velas de las casas más humildes han dejado de gastar su mecha, apagando su jornada, su penuria y su desvelo, y nada más que el reservado velo de la penumbra comienza a empalagar de rincones ocultos las calles de Barcelona; son los mismos que acuden a mí como un animal en celo, los que creen poseerme, apoderarse de mis

sensuales curvas femeninas y comportarse como un macho dominante en la naturaleza más salvaje, pero están totalmente equivocados en su propio error: esa realidad que creen domeñar no existe; no existe porque la sangre que canaliza el corazón de Azucena corta, sin dejar ninguna fisura al aire y desde el momento en el que dan su entrada las luces del ocaso, todo su riego, cuando todos me llaman Dalia, porque las puertas de mis sentimientos se sellan entonces por todos y cada uno de sus bordes. (Sin albergar ningún tipo de duda, es lo único que me impulsa a continuar despertándome cada mañana: haber dejado de sentir hacia los demás y guardándolo solo para mí misma; para no olvidar nunca mi verdadero yo, y rescatarlo de las brasas de mi voz interna).

—Lo que no entiendo es por qué el cielo está teñido de un límpido azul y mis contornos solo están levemente sombreados. —Le señalo, levantando la mano, el fondo en perspectiva de la tela recién pigmentada.

Sus ojos depuran ardor y deleite hacia los míos.

—No está totalmente acabado, Dalia. Pero me apetecía enseñártelo así —roza con sus dedos uno de mis pezones, y luego me lo indica en el dibujo—. ¿Ves? Me falta darle el tinte ideal para ir difuminándolo después en el óleo. Serán colores tenues y apagados, para que plasmen a la perfección el cromatismo inherente a la más excelsa belleza contenida entre los ángulos del arte.

Observo directamente el cuenco de mis pechos en el lienzo. Ha coronado mis pezones turgentes, tal y como debe notarlos el bohemio cuando los toca, cubriéndolos con sus suaves manos de artista. No es la primera vez que hago para él de modelo, ya que, meses atrás, realzó mi cuerpo en otro cuadro; sin embargo, en aquel solo se intuía la forma redondeada de uno de mis pechos, y únicamente dejaba entrever, con total nitidez, la liga y las delicadas medias de seda. En este poso desnuda, apenas una fina sábana me cubre las piernas, dejando a la vista el vello púbico y el resto del cuerpo. Ya no soy solo el hueco utensilio de la lujuria, ahora también soy objeto de la pecaminosa representación carnal como símbolo pictórico.

Todo empezó un tiempo atrás, cuando el bohemio comenzó a visitar los bajos fondos de este lenocinio. Tras unos cuantos encuentros, el bohemio (nunca ha querido decirnos cuál es su nombre de pila, prefiriendo que le llamemos con este singular apelativo y, por supuesto, nosotras respetamos su anonimato) me eligió como un artista escoge a su musa, expresándome que sería para inspirarle y retratarme en sus cuadros. Doña Begonia accedió rápidamente, no sin antes acordar una buena cifra por la exclusividad requerida (los negocios fáciles rondan por la cabeza de mi ama noche sí y noche también; una avaricia sin igual que se teje más allá de su control y es

la que mantiene a flote tantos emponzoñados intereses).

Los clientes van cambiando de aposentos debido a las fragilidades que conlleva el trayecto de la edad para estos menesteres, y doña Begonia no iba a perder su tiempo y su dinero, puesto que sabía que el peculiar bohemio sería un potencial cliente del lupanar —posee un don especial para leerles el rostro y la mirada la primera vez que traspasan la puerta—, además de asiduo. No erró en sus cálculos, en absoluto, porque desde que don Raimundo se aquejó de recurrentes achaques, cada vez aparecía menos (ahora hace mucho que no le hemos visto pisar esta guarida repleta de tentaciones), y su hijo, sin hallar puerto al que poder arribar, ha acabado diluyendo su amargura en los toneles rebosantes de licor, embriagado y alcoholizándose cada día más que el precedente. Razón por la que el ama siempre anda buscando nuevas presas ansiosas de probar el manjar que sirven sus pupilas —así es como ella capta a los clientes y es de este modo como ellos y, por ende, toda la sociedad, piensan de nosotras; así es como a mí me inundan las vertientes del odio por ese motivo a cada amanecer: no somos seres inertes, somos personas sensibles a esta vida en la que nos enlosan—; de hecho, el reemplazo es una de las partes esenciales de todo este vicioso entramado. Me pena que ya no transiten por estos suburbios de inmoral perdición, porque ambos, tanto el padre como el hijo, sé que me apreciaban, más aún, me trataban como a una refinada señora, aunque conmigo dieran rienda suelta a sus más perversos apetitos, sobre todo el padre. El hijo fue el que intentó cambiar el rumbo de sus deseos sexuales en mi lecho; algo imposible, porque los sentimientos son la estrella rutilante de nuestro divagar, y cuando su brújula nos lleva hay que dejar que vaya libre allá donde sea su destino. Es la única seña que nos deja atisbar quiénes somos en realidad, y, claramente, el hijo de don Raimundo ha perdido, en el abismo y por culpa de las inadmisibles exigencias sociales, su bitácora personal. No obstante, a pesar de la ausencia de don Raimundo y su hijo, el bohemio ha pagado bien de sus mermados reales para tenerme a su antojo. Es un pobre artista incomprendido que vive míseramente con lo que vende de sus cuadros; pasa largas horas del día engullido por un solitario abandono, sin lazos maritales que le abracen y, por tanto, está muy necesitado de mujeres públicas como la presente. Además, estoy teniendo verdadera suerte dentro de este infortunado oficio, porque los que me prefieren suelen ser los más dóciles y mansos del bravo ganado viril.

Hoy, cuando se marcha, el bohemio se lleva el óleo consigo. Ha querido pincelarme en la propia alcoba donde ha sucumbido a mis placeres. El lienzo y el caballete en el que se apoya han estado aquí todo este tiempo, ocultos bajo una larga sábana. Pero hoy ha decidido

llevárselo para darle el toque final en su pequeño estudio; de todos modos, hizo lo mismo con el anterior.

Ya en completa soledad, aislada de los tambores rugientes del mundo, y admirando la perpetua oscuridad que teje la noche con sus láminas de seda bordadas en hebras de plata; aquí, escudriñando a través de la cortina que cierra el telón de nuestras vidas, pienso en la silueta esbozada en el cuadro. También yo ilustro los rostros de otras mujeres que, como yo, acabaron cayendo en el pozo inmundo del malvivir; pero, al contrario que el bohemio, nunca he perfilado más allá de una mirada, vidriosa, penetrante o provocativa, y de unas facciones avejentadas por una existencia corroída, como un mueble carcomido por la voraz incontinencia de las termitas, y es que nunca he esbozado al natural ni desnudos.

Me viene ahora a la mente mi imagen singular: sin ropas que envuelvan mi anatomía, sin vestimenta que tape mi impúdica visión; justo entonces, un sentimiento cercano a la vergüenza me atrapa al percibir una voz clara y turbadora que penetra en mis oídos, poco a poco, de menor a mayor intensidad; un sonido que surge de mis aletargados adentros y resuena en mí como una tormenta a punto de restallar en el cielo, trayéndome de nuevo a las temibles tronadas que amparaban a las montañas de Altospinos, aunque esta vez son mis entrañas lo que colonizan.

«Azucena, ¿eres tú la que enmarca los atributos en el enfoque dimensional de ese cuadro? ¿Quién es esa que han pintado tras el marco de ese espejo de fondo celeste? ¿Es la misma que componía aquel otro cuadro familiar de tu infancia? ¿Eres tú, Azucena? O es que ya no te reconoces ahí, ¿ya no te ves tras el rectángulo de una vida acoplada a los designios de Dalia? ¿Quién es esa, es Dalia, la furcia, la meretriz, la golfa, la que aúlla en el lecho como una auténtica loba?».

—¡Basta, basta, basta! ¡Por favor, déjame tranquila! Déjame vivir con algo de paz. Te lo pido, por favor, vete.

Me tapo con fuerza los oídos y, de repente, parece que mi latir se relaja paulatinamente. Los truenos se desgajan unos a otros, y el ulular de la montaña enfurecida que me recorre, se disipa en el ambiente.

Vuelvo a mirar los escondites de la funda nocturna, agazapada detrás de los pliegues ennegrecidos —debido al continuado uso de candiles— del tupido visillo; vuelvo a bruñir el color de mis sueños olvidados, en el plano estrellado que inunda esta aciaga hora del destino; vuelvo a acordarme de todo aquello que quedó atrás, como flotando sin rumbo en una burbuja del pasado, y rememoro aquellos moratones que todavía hoy me duelen cuando pienso en mis hermanas y en todo lo que ocurrió en mi casal natal, en lo que vino después y en esta jarra sin líquido alguno que habita en mí. Cascadas irrefrenables de lamento empapan mis mejillas, como puntos desiertos deslizándose

por un acantilado sin fin; lágrimas que corren presurosas al encuentro de un río incontenible, surcado de hemorragias que brotan floreciendo de nuevo en las suturas de mi espíritu, el cual se encadena a esta madrugada ausente de fanales.

15

ENTRE LAS BRUMOSAS CUMBRES DEL PREPIRINEO ARAGONÉS. BROTES PRIMAVERALES DE 1876

Hoy encamino mis pasos, presta y erguida, hacia la iglesia. Es una costumbre adquirida que llevo a cabo cada vez que recibo la correspondencia de Verónica. No importa que haya asistido a la misa de la mañana, en el momento en el que una carta de mi hermana acaricia la suave textura de mis manos, me dispongo de nuevo a traspasar los altísimos umbrales de la casa del Señor; precisamente lo hago porque no soy capaz de abrir un sobre que siempre temo que guarde en su interior, oculto tras lóbregas palabras, el desencadenante de otro desaliento añadido a todos los que han llevado a esta familia a flotar en el borde mismo de una sima sin fondo. Es por ello que nunca me aventuro a leer la estilada y elegante caligrafía que, con tanto amor diseminado, ha compuesto y escrito mi hermana para mí. No lo hago; no, por lo menos, en el momento inmediato de recoger su misiva. Antes de querer saber, esperando que esas letras me traigan buenas nuevas y la fuerza del resplandor para poder continuar adelante; antes que las sinceras emociones se descuelguen de mis ojos esmeraldas, deseando que sean arroyos colmados de alegría; antes de que relea mil veces los devotos y sabios consejos de mi hermana mayor, rezo una retahíla de padrenuestros y avemarías con la mirada fija en la talla de la crucifixión, que preside la casa de Dios junto al retablo detrás del altar. Quizá sea una superstición más de las que abundan por estas tierras solapadas entre los misterios de la montaña, no lo sé. Pero es cierto que, en más de una ocasión, he pensado que alguien, a quien no debemos agradar en demasía los Villaserbal, nos hubiese llegado a aojar sin sentir remordimiento alguno. Quizá, incluso, hubiera podido echarnos el mal de ojo esa afamada curandera que mora por estas lindes —aunque no sepamos exactamente dónde para—, y a la que, más bien, calificaría como hechicera. Me santiguo solo al pensarlo. Reiteradas veces, se me ha pasado por la cabeza que esta extraña mujer nos lanzara algún diabólico conjuro con sus artes tan poco ortodoxas, así como coaccionada por las gentes desvalidas de Altospinos. ¿Quién sabe? Mi padre no goza, ni mucho menos, de gran aprecio entre sus súbditos. Es verdad que estos le obedecen y respetan

(desde luego que, tras un tiempo en el que cundió para nosotros la incertidumbre, apenas un paréntesis, han vuelto a postrarse ante él), y le demuestran la mayor de las deferencias posibles; obviamente, se visten con el disfraz de la cortesía ante un amo que intenta elogiar el paternalismo, pero, mal que me pese por la parte que me toca, últimamente se comporta a menudo como si fuera un auténtico tirano, explotando sin compasión ni piedad a los que siempre le han servido con lealtad y sumisión, al igual que si fuera enrollando, día a día, tras el cilindro de sus cuellos, una soga imposible de desenredar. Me cuesta creerlo porque, al fin y al cabo, el mismo al que llaman don Abelardo; ese mismo hombre al que todos temen es mi progenitor, y me duele que le observen de ese modo que incita al odio, aunque, a la vez, comprendo sus reticencias y su rabia hacia él, cuya naturaleza conozco de sobra, pues cuando alguien le lleva la contraria, sin atender a sus razones, monta en cólera con un estallido feroz, despótico, denotadamente inclemente.

Cada renovado amanecer, el sol late dispersando volutas de vida exuberante en las entrañas de esta tierra que nos alberga; cada vez que el alba anuncia el nacimiento de un nuevo día, los rayos perpendiculares proyectados por el globo solar se funden, con sutil suavidad, e impactan entre las ramas del boj, sobre la copa del quejigo y en la corteza del pino laricio, despertando del letargo a los seres que dormitan en sus huecos y oquedades; cada singular momento en que el esmalte luminoso abre las puertas del mundo, dispersando su tibieza y claridad entre todos sus colonos, mi padre enquista, más y con más ahínco, sus propios miedos, soterrándolos y haciéndolos desaparecer, como si ya no fuera un verdadero humano ni tampoco un animal. De modo que, sin aterrarse por nada, va dejándose vencer por los oscuros pasajes de su impertérrita jerarquía, que aplica a su servidumbre indistintamente del horario, sea diurno o nocturno. Él es un hombre incapaz de inundarse con la lumbre del día, porque conforme se van sumando los años —y todavía más desde que se repuso a la monarquía borbónica en su espacio reinante—, es indiscutible que también se hacen más evidentes sus formas de actuar: incrementando sus despiadadas medidas y su halo desalmado, como si tuviera una cubierta donde deberían depositarse los latidos acompasados y, en cambio, solo existen en la inercia de un alma desfibrada y vacía, la suya.

Por eso, pienso que alguien puede estar mirándonos mal; hace ya un tiempo considerable que no consigo desencajar ese pensamiento de las saltarinas curvas de mi mente. Así que, como toda precaución, siempre que llega correo procedente de Jaca, concretamente del convento de la Santa Cruz, donde reside Verónica, prefiero entonar mis plegarias en la iglesia antes de que mi retina la vislumbre a ella

tras la cuartilla de papel.

Oro durante un rato y luego me marcho, decidida a leer a solas, apaciguando así mi espíritu en la ribera del río. En mi trayecto hacia allí, diviso a lo lejos al zagal de los establos, que ya está hecho todo un mocete, desempeñando cada día sus funciones de *yeguacero*. Primero sonrío para mis adentros al comprobarlo; después, un desgarrador látigo fricciona las membranas de mi palpitar. Sin quererlo ni pensarlo, una larga secuencia de amargas imágenes oxida mis pensamientos; son recuerdos que mantenía aletargados, en ese estado de hibernación que desarrollan algunos animales, y que, de forma inesperada, me han devuelto a aquella realidad que cubrí con las capas de caliza que atesora el tiempo. Ha transcurrido casi un lustro desde que mi pobre hermanito Evaristo subiera a las nubes del cielo. Aunque visito asiduamente su pequeña sepultura, que se encuentra junto a la de mi madre para que ella le proteja, es justamente al cruzar mi mirada con la de este zagalillo, incluso en la distancia, cuando una revuelta tormenta de pena vuelve a soplar con fuerza inusitada dentro de mí, debajo del tejido que agrupa y enlaza mis sentimientos.

Sin poder evitarlo, hago regresar ahora mi vista atrás, y entonces, siendo objeto de la carestía de un bálsamo que me ampare, retorna mi hermano menor, que sucumbió ante la letal enfermedad mientras que este otro zagal llegó a superar el funesto brote de sarampión, pero ¿por qué tuvo que ser así?, ¿por qué tuvimos que llorar ríos de pesadumbre, cuando aún no soportábamos ni podíamos encajar la incomprensible desaparición de mi anhelada Azucena?, ¿por qué nos vimos obligados a conformarnos y a asimilar las cruentas sacudidas perpetradas por la vida, que confrontan con todo, te martirizan haciéndote arrastrar por el fondo de los pantanos y te someten a una constante tortura contigo misma? ¿Y por qué cuando mi madre faltó sufrimos no solo su pérdida, que nos congestionó de lamentos, sino que, al mismo tiempo, parece que nos abocó a voltearnos en una enrevesada espiral de irremediable y perpetua decadencia? ¡Dios mío de mi alma! ¿Por qué nos haces manifiesta esa veleta que gira sin cesar, y se agita sin andén, muelle ni horizonte que atisbar? ¿Por qué, en tu amplia misericordia, nos irrigas con tanto padecer?

Todo debería irse posando sobre el recto sendero, ya que, a nuestro alrededor, todo parece estar aposentándose en donde siempre estuvo. Es un hecho palpable que tanto las leyes como las altas esferas de gobernación se fueron dando otra vez la vuelta tras el golpe militar de Pavía: el golpe de Estado que, valiéndose de la fuerza de las armas y su venenosa violencia, disolvió las Cortes (algo absolutamente inconcebible para mí, que salvaguardo cada día el diálogo y la diplomacia en aras de cualquier tipo de entendimiento, por elemental

que este sea, para alcanzar la paz). Con todo, acabó, definitivamente en la práctica, con el primer intento de gobierno republicano de nuestra historia, con la Primera República, aunque realmente el férreo timón autoritario del general Serrano, que tomó inmediatamente las riendas, continuó con este sistema gubernamental hasta que tuvo lugar la restitución regia de nuevo, siendo su mandato similar y en múltiples aspectos, en cambio, a nuestras antiguas maneras de actuar y ejercer el poder de antaño, con mano de hierro. Hemos atravesado un tiempo ciertamente plagado de turbulencias; los republicanos surgieron desde los sectores de la pequeña burguesía y el proletariado, tanto urbano como campesino, y se afianzaron en querer llevar un país sin el beneplácito de un monarca, como viene realizándose desde tiempos remotos. Sin embargo, estamos otra vez ocupando nuestro privilegiado espacio, retornándolo al sitial que ostentamos con esta aplaudida restauración monárquica, venerada dentro de nuestras élites sociales, que engloba a todo el país de punta a punta geográfica y que da comienzo a una nueva etapa de reinado, cetro y corona, aunque sea un rey de una dinastía largamente conocida en el trono español; aunque la raíz de su sangre, la del monarca Alfonso XII, surque también cada vertiente de las venas de los Borbones anteriores a su actual soberanía: el mismo linaje que fue derrocado tan solo unos años atrás, enviando a su progenitora, que rigió los moldes del país como Isabel II, a un destierro obligado e indeseable para ella, aclamado por los distintos signos de tinte burgués, en cambio. Pero ahora el poder vuelve a las manos de los que siempre mandaron, de los que nunca quisieron un cambio de régimen que apartara las monarquías y las oligarquías imperantes. Ahora la preeminencia sobre los demás vuelve a posicionarse del lado de los señores, de parte de los izados estratos sociales, al igual que se da lustro a una fachada antiquísima y vuelve a pulirse y a abrillantarse haciendo sobresalir al esplendor desahuciado, sin demora, sin pausa, recuperando todo el tiempo perdido (así es como las personas que conviven en derredor mío creen que sucede; yo no, yo discrepo porque pienso que el brillo no esculpe las vidas de aquellos que están hartos de su mendicidad no escogida, de su básica subsistencia no seleccionada); por eso ciertos miembros de mi familia —con los oídos obstruidos, la vista fajada y el corazón cincelado por la inercia de metales y guijarros—, como tantas otras de esta zona, salen a la calle pletóricos por la realeza restituida, el orden renovado y el orgullo reestablecido. Yo no; yo no celebro esta serie de consecuencias, porque muchas noches de insomnio, mi mente trasluce a mis ojos todo aquello que presencio cuando realizo obras de caridad. Yo no; yo no vitoreo los acontecimientos, yo callo porque, siendo mujer de rango, es lo que me han enseñado a hacer, pero no soy insensible ante la desgracia y la necesidad. Y, por supuesto, estoy al

corriente de todo, aunque muchos se escandalizarían puesto que piensan que no son temas apropiados para que pueda abordarlos una mujer; aun con todo, sé escuchar e interpretar, además de sacar mis propias conclusiones. Por ello es por lo que intento ayudar y aliviar la miseria en la que a muchos les ha tocado primero nacer, y luego navegar naufragando entre pobreza y escasez.

Sin embargo, a pesar de esta remodelación del régimen que vuelve a beneficiar a mi familia, mi padre ya no atiende a razones plausibles, él únicamente derrocha nuestro peculio y muestra un continuo estado de embriaguez; parece dedicarse exclusivamente ya a eso, a empinar la copa hacia su boca y evadirse de todo. Ahora soy la gobernanta de esta casa, de mí depende su eficaz recorrido, pero no hallo ninguna explicación al agujero que mi padre ha rasgado en nuestra faldriquera y, el cual, no sabe cómo remendar. A estas alturas, estoy prácticamente segura de que el vicio del juego y sus constantes visitas a esos tugurios de mujeres de malvivir son la causa, y no sé cómo poner límite a tanto desenfreno por su parte. Menos mal que Valero es todo lo contrario a él: sensato y con principios; con ideas liberales que no dejan de lado al prójimo. A Valero los criados lo ensalzan, dado su carácter afable y su amabilidad para con ellos, como hombre compasivo que es y demuestra.

Con la memoria dilatada en este instante, y escuchando el rumor sosegado del agua a mis pies, inspiro una larga bocanada de aire y me concentro en leer la carta de Verónica (ella es plenamente feliz tras sus barrotes de claustro; tal como quería e intuyó, su existencia allí goza de satisfactoria armonía y, además, se fue con la labor aprendida: enseña a bordar).

Queridísima Blanca:

Te escribo la presente expresándote, lo primero, las ganas que tengo de volver a verte. De poder abrazarnos y besarnos con la añoranza de siempre, como si el mañana se diluyera entre las franjas de apilada bruma que cuelga de las cumbres; como si no supiéramos si alguna vez más volveríamos a sentir el tacto de nuestras manos entrelazándose, a percibir el hilo de nuestras respectivas voces contándonos esas confidencias de hermanas que nos hacen rebosar de vida al separarnos, esa mutua complicidad que compartimos y necesitamos. Sabes bien que, aunque este es mi elegido lugar, y soy muy muy dichosa contemplando estos muros arcaicos de piedra gris y, por supuesto, alabando a nuestro Dios omnipotente y bondadoso en la liturgia de las horas y en cada una de las acciones que desempeño durante el día; sabes también de sobra que te echo de menos y te llevo a todas partes en el fondo de mi corazón, conmigo.

¿Qué tal andan las cosas por el casal? Ten paciencia —que es una gran virtud— con todas esas calamidades que provoca nuestro padre, pues,

aunque sus ojos se ciegan ante los mandatos de Jesucristo, es un hombre y, como tal, sucumbe a las tentaciones mermando considerablemente nuestras arcas. Pero no desesperes, hermana, ven a visitarme y, juntas, algo discurriremos a tal respecto. Ya lo verás.

Poco te puedo contar, que ya no sepas, de mis días en el claustro. Salvo una importante noticia que me ha alegrado, con mucho, el espíritu: ¡la abadesa me ha nombrado maestra de novicias! ¡Estoy llena de júbilo y me causa un gran regocijo, Blanca! Es verdad que siempre quise alzar el cayado de mando y ha llegado mi momento. Seguiré educándolas en los entresijos del dibujo del bordado —cada día se me ocurren nuevas invenciones para adornar los encajes del altar y vestir a los santos—, pero, asimismo, seré esa guía que oriente sus trayectorias en la doctrina católica. Es un honor que voy a llevar como una insignia pendiendo de mi pecho. No me voy a entretener más porque ya están llamando a Vísperas, así que voy a despedirme, no sin antes pedirte que vengas en cuanto puedas, lo más pronto posible.

Tu hermana que te quiere,
Verónica Villaserbal

He intentado capturar sus palabras, aprendérmelas, porque el papel parece ahora un borrón de tinta corrida. No he podido evitarlo: mi emotivo llanto ha empapado hasta los márgenes de la hoja destiñendo las hermosas palabras de Verónica, que han sobrevolado prístinos ríos y bosques, inveterados puentes y nuevas intersecciones de caminos que se abren para llegar hasta mí, impregnándome con el calor de mi hermana, aunque solo sea en estos momentos tan puntuales en los que recibo su correspondencia; aunque pudiera parecer, quizá, un hecho aislado e insignificante, es justo lo opuesto, porque para mí lo es todo; aunque tan solo sean sus letras escritas, yo la veo junto a mí, recitándome cada frase, y eso me basta para tenerla cerca; aunque incluso tampoco nos separe una distancia abrumadora, saber de ella me fortalece por dentro e impulsa cada ínfima porción de mi ser a avanzar hacia adelante, a sentirla próxima, casi como si estuviera aquí mismo, en esta fracción ocupada por los relojes que nos marcan los pasos. De hecho, en breve estaré con ella, será una auténtica y ansiada realidad, y solo el pensarlo me produce un sutil hormigueo en el estómago, como si nuestras abejas estuvieran libando el néctar en mi interior y produciendo ahí una sedosa túnica repleta de miel; como si la gran variedad de pájaros desperdigados por los recodos del frondoso follaje entonaran una musicalidad insólita, trayéndome el repertorio de una esperada orquesta; porque estoy más que impaciente para poder fusionarme en los brazos de Verónica, aun sabiendo que hay un vértice parpadeante en mi espejo que me conduce a Azucena, y que, a pesar de los ásperos cantos que han ido

rodando hasta hoy, enhebrando el tiempo, los años y cada una de las estaciones, mi mente la rememora cada día, tras el nítido cristal de mis ojos, agarrándose a mis estados de sueño profundo y en el núcleo mismo de mi amor por ella. Pero, con todo e inevitablemente, sigo acoplándome al devenir de la vida; itinerario que ha proseguido célere, aun teniendo que continuar afrontando su dañina ausencia. Hace mucho, demasiado ya, que solo nos quedó su perpetuo silencio; hace tanto que mi hermana se desvaneció de entre nosotros, que sus pistas se evaporaron de nuestra atmósfera, que no logramos encontrar un solo motivo ni vestigio de lo que pudo pasar, tanto que incluso me cuesta ahora retener todos aquellos momentos de una forma absolutamente diáfana: en mi cabeza se espacian y se van atenuando, a veces incluso se diluyen, dejándome en blanco y sin poder acordarme de un hecho concreto, como si mis instantes junto a Azucena hubiesen ocurrido en otra época muy lejana, empolvada, recóndita, y actualmente se cubrieran ante mis ojos, como si fueran reliquias vividas siglos atrás. Y es que hace tiempo que su desaparición fue cercada y acorralada por los pasajes de la negra noche que nos la robó sin piedad ni compasión; desde entonces, parte de mi ser quedó mutilado sin remedio, y sin ella siempre ha de faltar un fragmento vital, muy valioso e imprescindible en mí.

Guardo la carta de Verónica, que ha alegrado hoy los resquicios de mi alma viajera, y levanto mi vista al frente, enfocando mis vidriosas pupilas al caudal repentino del río. Un cauce que se desliza intrépido y veloz, con su volumen aumentado, procedente de las inalcanzables torrenteras que riegan la montaña y desembocan, discurriendo vertiginosamente, en los porosos y verdes valles horadados por el río Regal. Mientras admiro esta pintoresca estampa fluyendo irrefrenable, me conmueve pensar en ese renacer de todos los frutos que regala la tierra en todos sus heterogéneos matices: brotes vegetales, con esa diversidad extravagante de flores de pradera, con tallos entreverados en un lazo de aterciopelada pasamanería, con ensortijadas perlas primaverales oscilando inquietas entre las ramas de los árboles —flora y vegetación endémica que sigo recontando, cuidando y memorizando con desmesurado afán—; también nosotros, los seres humanos, formamos parte de ese contraste junto al resto de los animales, cuyos ecos resuenan en lontananza como el vibrante repicar de un campanario, meciéndonos entre las cavidades de una paz interior reparadora; e, incluso, cobran vida las propias formaciones rocosas que ha erosionado por estos lares el intenso soplo del cierzo durante un sinfín de inviernos, formando una caja resonante con sus maullidos de verdadero lamento, así como ese mismo vigor surge en el abrupto curso del río, que ha excavado taludes desde incontables milenios y es donde ahora se ven las manchas del arco iris cromático que luce el

abejaruco, asemejándose a una vidriera de fondo azul predominante y engastada por pulidas piedrecitas de colores fulgurantes y naturales, y es que este excéntrico pájaro halla ahí el idóneo refugio de su nido familiar. Primero la tierra, hospitalaria y generosa, deja que sembremos nuestros racimos de semillas en ella; luego nos ofrece su alianza, otorgándonos ese rosario de arandelas que augura la fertilidad y la manutención a todos los seres que la habitamos, que la poblamos amándola al unísono. Porque siempre que, en completa soledad (dadas las circunstancias, a nadie —ni a mi familia ni a las chismosas que se reúnen tras la fachada de los círculos sociales, que ni siquiera ya frecuento de forma habitual como solíamos: solo cuando supone una obligación acudir, les correspondo y asisto—; a nadie le importa ya que vague sola por estos senderos del bosque plagados, según dicen, de espíritus malignos, aunque a veces también voy en compañía de Camelia), por estas fechas, me adentro en la espesura exuberante hasta llegar a la orilla del río, siempre me ocurre lo mismo. Un escalofrío se dispara bajo la cáscara que recubre mi cuerpo al ver renovar la tierra, al observar cómo ceden en su apertura los capullos de las flores y al entrever cómo se apaga, con vivacidad, la llama de un luengo sueño que muchos animales han trocado por una frenética rueda de actividad. Después, me es inevitable —aunque quisiera eludirlo— el intentar buscar mis facciones en las turbulentas aguas de la explosiva estación de primavera. Los rasgos de mi cara apenas se distinguen; se difuminan en las precipitadas y traslúcidas aguas prepirenaicas como el chocolate revolviendo la leche. Se vuelven borrosos en su superficie y me alejan, como si ya formara parte consistente de una vida que no es la mía, del delicado rostro de Azucena en el que antaño me reflejaba. Mi nostalgia por ella se embebe todavía de estas ondas del río que la van distorsionando; más intensamente, la acústica retumbante de su voz borbotea en mis pensamientos con absoluta nitidez, con precisión, a pesar de los años transcurridos. Naturalmente, en Altospinos e igualmente en mi casa pasó de estar desaparecida a darla por muerta, y así se zanjó un asunto desconcertante y espinoso para todos. Hace mucho que no mentamos su nombre en casal Villaserbal; solo a veces entre murmullos la recordamos Camelia y yo. Además de nombrarla con Verónica; junto a mi hermana es irresistible que las reminiscencias que el pasado intenta ocultarnos, sobresalgan con la fuerza indómita de un día de tormenta, causando en nuestros corazones sentidos sollozos, tal cual semejan a los que caen ahora de las lluvias torrenciales; es un deshielo que nos inunda por dentro, recorriendo conjuntamente nuestro pesar, del mismo modo que nuestras venas contienen el fluido sanguíneo que nos traspasa la piel de las emociones y nos enraíza con esta rigurosa tierra, al igual que el

infatigable avance del río se cuela por las grutas de estas mismas montañas en las que hemos nacido.

Pasados los días, Camelia y yo nos santiguamos y marchamos en incómodo traqueteo, y en una travesía que suele colmar los retazos de mi ajetreado espíritu. Nos encaminamos hacia Jaca para visitar a Verónica. Únicamente somos nosotras quienes vamos sin falta a la cita, cada vez que esta tiene lugar, y la esperamos excitadas y con auténtica devoción. Algo que no sé con exactitud qué es, pero que germina en mis pasillos internos, me mantiene expectante y en vilo, aunque con desmedida inquietud; porque cuando Verónica y yo nos acordamos de nuestra hermana, el remolino de la turbación vuelve a removernos los sentimientos, ya que un ser querido al que no se ha podido dar cristiana sepultura nunca habrá fallecido; siempre presente, en cada giro del destino; siempre llamándonos, en cada crucero del pasado; siempre atormentándonos, en cada roce del recuerdo, nunca cicatrizado ni suturado ni recompuesto.

Un buen rato más tarde, cuando el sol, en su izada altivez, ya baña los muros grises del convento con refulgentes luminarias, los delgados brazos de mi hermana Verónica nos abrazan con afecto a ambas. Justo entonces, Camelia se retira levemente, conservando así su respeto servicial hacia nosotras. Mientras que Verónica y yo no podemos desasirnos la una de la otra; porque somos como asas labradas con esmero en una misma jícara; porque somos almas desprendidas aunándose en idéntica vajilla; porque somos el cubierto plateado de la brillante bandeja que guarece nuestro semejante sentir. Discretamente, veo de refilón que Camelia se aparta un poco más, con el fin de que podamos conversar con total confianza. Al sentarnos, enseguida viene una monja lega, recogida en su velo blanco, a traernos un refrigerio que acompaña con unas pastas deliciosas que ellas mismas elaboran en las cocinas de esta isla claustral femenina. Mi hermana, por el contrario, luce su velo negro de monja de dote que profesó en su momento. Ella está exenta de los más duros trabajos, en la debida consideración a su noble rango, como tantas otras religiosas que aquí lo ostentan. El desempeño de mi hermana en el servicio al Señor es exclusivamente docente y, asimismo, de alto grado creativo, ya que siempre está ideando nuevos y originales dibujos que combinen con los vistosos colores de los bordados que, con mayor énfasis todavía, enseña y divulga entre las novicias a su cargo, desde hace bien poco con más responsabilidad si cabe. Las labores puramente domésticas como son: mantener impoluto todo el convento, incluyendo las estancias comunes, así como las celdas individuales de las monjas; trabajar en el huerto; cocinar los frugales platos que aquí se dispensan…; todas aquellas actividades en las que se requiere el

esfuerzo físico las desarrollan las monjas legas en beneficio de las que, al realizar sus votos, contribuyeron con una cuantiosa dote para la comunidad religiosa, tal y como fue el caso de mi hermana Verónica.

Apenas pruebo uno de los dulces (prefiero que sea ella quien hoy los pueda saborear, ya que me da la impresión de que adelgaza cada día más envuelta en ese áspero hábito), mientras mi hermana no para de contarme las últimas novedades de la vida conventual. Lo hace casi eufórica, puesto que, esta vez, esas noticias le incumben directamente a ella. Y hoy, raramente, prescindimos de las habituales rejas que nos impiden vernos y tocarnos, así como de toda celosía. Por ello he visto el rostro bajo de la monja servicial; por ello nos hemos fundido en un largo abrazo; por ello ha sido, porque Verónica se las ha ingeniado, no sé cómo ni de qué manera, para hacerse con las llaves del locutorio y estar así a nuestras anchas, como más nos place.

—¡Estoy… —mira un instante en derredor— entusiasmada con este nuevo cargo! Tengo que demostrarle a nuestra abadesa que no se ha equivocado al depositar su confianza y privilegio en mi persona, otorgándome este reconocimiento, aun a pesar de mi juventud para dicho menester. —Veo cómo sus ojos se encienden de brillo como una brasa candente, al mismo tiempo que se persigna una y otra vez—. ¡Dios mío, Blanca! ¡Si voy a entrar en las crónicas de este cenobio como la religiosa más joven en ser la maestra de novicias! —De súbito, calla para coger aliento y se queda dubitativa durante unos segundos—. Espero no defraudarle, no podría perdonármelo ni ante mí ni ante nadie, ni siquiera ante Él…

Con las últimas palabras, su voz ha ido disminuyendo su intensidad hasta casi quebrarse, pero le sonrío complaciente y, tan solo en un susurro transportado por el viento suave de la primavera que nos guarda, le musito:

—Lo vas a hacer muy bien, hermana, y lo sabes. Es obvio que siempre te gustó gobernar el casal e inculcarnos la rectitud a todas nosotras. —Hago una deliberada pausa y la miro profundamente, hasta hallarla donde no muchos pueden, dentro de sí—. Es más, estoy segura de que la intachable y virtuosa conducta que todos me atribuyen, incluida tú, se debe concretamente a los severos mandatos que recibí de tu parte y, ¡cómo no!, también a los de doña Adelfa. Te lo digo desde el cariño, porque fuiste tú de la que aprendí a manejar cada hilo enrevesado de un casal de la trascendencia del nuestro. —Le cojo con tierno afecto sus manos y entrelazo sus dedos con los míos—. Además, dime, quién mejor que tú, que ansiabas este retiro como nadie, va a saber transmitir las ventajas de este universo de mujeres en matrimonio con Dios a esas niñas que desean, con vocación, fervor y fe inquebrantable, que su llamada sea factible y su sueño se realice. ¿O no?

El semblante de Verónica se ha teñido de alegría comedida, y la comisura de sus labios quiere transformar la seriedad que le concierne, en su día a día, por una amplia sonrisa.

—Gracias, Blanca. Me acabas de obsequiar con una inflamada subida de moral. Y de verdad espero que tus palabras traigan certezas y que, a cada paso que dé, yo misma las escuche como un coro entre estos muros.

—Confía, Verónica. Francamente, creo que la edad no ha de suponer un problema, sino todo lo contrario. Te conozco bien. No dudas en usar la vara de hierro cuando hace falta y la situación lo requiere, y tu cabeza está rellena, rebosante, de innovación e ingenio, ¿qué más necesitas para saber imponer tus órdenes y enseñanzas, o para dirigir sin titubeos por la senda correcta, la más adecuada, a todas esas muchachas?

Terminamos riéndonos con soltura, sin ambages, aunque tan solo unos escasos minutos; no podemos olvidar que el silencio, o el disciplinado uso del tono queda durante las visitas, es el credo principal que las residentes comparten inflexiblemente, cobijadas tras estas murallas de fe. Diversos temas salen a la luz de este genuino día, que luego siempre remarco entre mis más profundas concavidades. Culmina nuestro emotivo encuentro con los ojos llorosos, no solo por la despedida que ya nos quiere acechar, sino porque le ha sido irremediable a Verónica hacerme partícipe de los pormenores que rodean a una de sus novicias. Una muchacha a la que está intentando encauzar por la inescrutable vía del Altísimo y se resiste, porque no todas las monjas de dote ingresan con el ferviente deseo de servir a nuestro Dios como verdaderas esposas, tal como le sucedió a mi hermana; no, no es así, ni mucho menos. Hay unas cuantas muchachas a las que el posible pecado de quedar deshonradas o su díscola e indomable conducta, sin tener capacidad de aceptar el patrón y la misión que nos ha sido asignada por nuestra condición femenina de abnegación, cuidado y resignación hacia nuestros deberes para con los demás, las llevan a no poder optar por elección alguna, a situarse en un punto hipotético sin avance ni retorno (y confieso que muchas veces hasta yo misma me hastío de tanto sacrificio solo por ser mujer, pero acabo transigiendo con lo que me toca). En la mayoría de los casos, son sus progenitores los que deciden por ellas y por encima de sus aspiraciones, sean las que sean. Con determinación, las doblegan, apartándolas del ruido exterior sin piedad, obligándolas a profesar en un convento como monjas de dote o alcurnia. Ahí las destierran, para que el mundo las relegue de la memoria colectiva y social. Es la situación que contempla la desventurada muchacha que me ha descrito Verónica: su padre la forzó a entrar cuando la moza se negó a casarse con el pretendiente que, previamente, él había decidido para

su hija.

No sabemos qué le pasó a Azucena; pero, por lo menos, yo conozco algo de ese platónico y prohibido romance que mantuvo con el menesteroso, el tal Amancio. Y aunque mi hermana desconozca e ignore totalmente aquel indecoroso acontecimiento, las dos hemos pensado en la rebeldía inherente a Azucena; de hecho, la historia vivida por esta desdichada moza nos la ha acercado, trayendo a mi hermana Azucena como si la locomotora del pasado se pusiera en marcha y desplegara su energía en la caldera vaporizada del presente, devolviéndola hasta nosotras con el mismo ímpetu que ponía ella en todo lo que hacía. Sin embargo, es realmente imposible lograr atar los cabos sueltos, cuando siguen esparciéndose a uno y otro lado, se entretejen con la incertidumbre, como seña principal, y se suman a cada uno de los años consumidos, sin arrojarnos siquiera una minúscula chispa de luz y dejándonos continuamente igual, sin saber ni entender nada; un rostro queridísimo cifrado entre las aletas nadadoras de nuestros más íntimos adentros, que ha ido desdibujándose, emborronándose, convirtiéndose en sombras brumosas, desapareciendo paulatinamente para los demás.

Nos despedimos sintiendo la mirada de Camelia, que escudriña sigilosa nuestras nucas. Desde que partió Azucena a su paradero de tinieblas, Camelia dejó de ser la misma. Jamás conmigo ha manifestado la fraternidad y amistad que sostuvo con ella; en cambio, de un tiempo a esta parte, la noto agitada sin motivo alguno que lo justifique. Hay días que hasta parece cohibida; sus nervios se tensan por cosas sin sentido y su voz se eleva crispando la tranquilidad de la sala sin intuir siquiera el porqué. Pienso que será algo pasajero, por lo que no veo otra opción que restarle importancia a este asunto.

Ahora, cierro mis párpados en este abrigo junto a Verónica, que clamaría eterno. Somos como un ovillo que, con el imperceptible transcurso de amaneceres y ocasos, se ha ido desmadejando poco a poco. El filón de sus brocados se ha ido destejiendo de las incalculables fibras de raso, que nos han devuelto a los márgenes de la distancia, aislándonos a cada una en nuestro espacio de confinamiento femenino; un archipiélago flotando en medio de un vasto océano de dominación masculina, donde nos abruma la enredadera de sentirnos, con bastante frecuencia, solas y en absoluta zozobra.

16

AFUERAS DE BARCELONA. ENTRE LA NIEBLA DEL HOSPICIO. FINALES DE OCTUBRE DE 1882

Una densa niebla cubre esta noche cada uno de los tejados que se apilan bajo el opaco cielo de la ciudad industrial. Aunque ya normalmente un tupido tapiz se cierne, en vasto cortinaje, cayendo sobre todos los rincones de Barcelona: el humo asciende en condensadas volutas irrespirables e impregna las capas celestes con su tóxico y gris vapor, imponiendo a rajatabla su deslucida silueta y enmarcando las formas de su frío cemento; aunque es habitual, cuando entornamos los ojos, divisar una espesura indescifrable en el horizonte más cercano, hoy la bruma parece, incluso, solidificarse e ir amasando las calles con su ciega negrura.

Y es que, precisamente ahora, cuando el desfile púrpura del ocaso se tiñe de un insoslayable agujero sin fondo alguno, siento que un viento gélido oxida mis entrañas; ahora, cuando la oscura urdimbre de la noche se presenta ante mí, mis sentimientos comienzan a marchitarse, despojándose de cada hoja latente en su corola protectora —como mi propio nombre asimismo indica, ya que hace referencia a la flor cuya simbología atribuida es la de arrancar todos sus pétalos, algo que también me designa a mí desde que nací—; ahora, me encuentro desvalida, al igual que los luceros de marfil se descuelgan en la bóveda titilante para apagar, veloces, las mechas que encienden los faros del día, y extinguidas estas impiden enfocar las vetas del mundo con total claridad. Y es que, ahora, el motivo de mi congoja lo alienta la hermana Angélica, que está otra vez guardando cama, azotada sin tregua por sus constantes achaques que hasta han llegado a convertirse en el salmo del hospicio, casi casi, un día sí y otro también. Sé que es una mujer de encomiable fortaleza, poseedora de una indestructible voluntad, con un férreo espíritu que le inunda el pecho y, sobre todo y ante todo el entorno que le concierne, le irradia, como si fuera un don en excelente estado de conservación oculto en el bargueño de sus intrínsecos pensamientos, una determinación ejemplar para salir adelante, sea teniendo que saltar cualquier foso que intercepte sus pisadas, por apabullante que se muestre; sea partiendo la base de cualquier muralla que quieran interponerle, mas no existe ninguna que no haya logrado abatir; sea arrastrándola o

descomponiendo todo su ánimo, mas, verdaderamente, nadie ha conseguido aplacarla, porque, aun queriendo arrollarla, su alma le empuja y sus pies dejan aquí su imperturbable huella, en cada rastro del pavimento de este hospicio; sea de mil maneras diferentes, la hermana Angélica continúa mirando el impredecible porvenir, mas no hay angustia que acabe paralizándola ni problema que no sepa reformular y resolver: ella es una superviviente más, ¡como tantos otros que ha habido, y habrá, en este mundo de Dios!, lo ha sido a cada momento desde que tengo uso de razón y sensatez. Además de gozar de una sensibilidad especial, cuyos beneficios sabe aplicar y transmite a todas las personas que residimos a este lado espiritual del hospicio, pero, particularmente, la dispensa conmigo.

En realidad, no sé por qué me preocupo tanto y no paro de hacer girar mis atolondradas cavilaciones en la noria de mi mente, no lo sé. No debería notar este desasosiego por ella, aun a pesar de su avanzada edad: pasa varios años de la cincuentena. Es una anciana muy longeva, pero mantiene una salud acorazada por gruesas láminas de hierro, la cual desearía cualquiera. Sin embargo, es mi madre quien yace lamentándose en el camastro de su celda, y me duele, punzándome, desgarrándome y destrozándome, en todos los recovecos de mi alma cuando escucho sus gemidos.

La hermana Angélica es mi madre, aunque nunca me haya concebido, indudablemente, es mi madre; incluso, aunque no naciera de su vientre, obviamente, es mi madre; muy a pesar de que no es la misma sangre la que fluye por mis venas que por las suyas, ella es mi madre. Siempre será mi madre porque no he conocido otra; porque es la única persona en todo este universo que ha regado para mí los senderos del cariño, obsequiándome con un amor del que me siento privilegiada y en deuda, dadas las circunstancias en las que llegué a este insólito lugar y mi situación actual como muchacha expósita, tal y como asegura la medalla que pende de mi cuello desde entonces, la que me designa con ese número arbitrario en ella inscrito, la misma que indica, la que revela mi turbia procedencia. No obstante, la hermana Angélica nunca ha reparado en mí como si yo fuera una oveja más aumentando el rebaño del corral, para ella siempre he sido Margarita o, más bien, Marga; para ella siempre he sido esa niña a la que poder arropar, a quien querer con el corazón exultante, alguien a quien tratar como a una hija que los hábitos y el destino le impidieron procrear.

Sé que, en mi estado de abandono, hubiera sido la desventura, en todas sus pésimas vertientes, la que me hubiese acompañado siempre, tanto con los candelabros que ofrece el día como con el telón opaco en el que transmuta la noche. En cambio, ese horrendo estigma con el que se nos señala, no ha recaído en mí, por el momento, tras estas

pétreas paredes. Y todo se lo debo a la hermana Angélica que ha sabido mirarme con ojos dulces y tiernos, aun siendo una niña sin presente ni futuro ni trazado alguno que vislumbrar, con la esperanza resquebrajada, cortada desde la misma raíz, tal cual les ha ocurrido a tantas otras aquí.

Aun así, algo muy dentro de mí me recorre, diciéndome —como si de una perlada voz interior se tratara— que lo superará, que volveremos a abrazarnos con sincero anhelo. Al igual que fue capaz de sobreponerse aquella vez, cuando yo era tan solo una niña despótica —según dijeron, en aquellos días, ciertos ecos y sus correspondientes murmullos— que realzaba los contornos del infierno, sombreándolos en grandes llamaradas en las que incluía no solo a los puros querubines y a las cándidas niñas, sino que, además, con toda osadía, simulaba el Nacimiento como comparándolo con el torno aquí ubicado. Fue un auténtico escándalo en el hospicio y levantó revuelo, solo que la mayoría no se paró a pensar que yo aún figuraba en la edad de la inocencia más infantil. La hermana Angélica se autoimpuso el ayuno del mismo modo que lo hicieron conmigo; pero, por aquel entonces, tampoco era ya tan joven, sino que se situaba rozando los límites imprecisos de la ancianidad que hoy contempla y, por tanto, la debilidad fue mitigando su vela, acuciándose hasta llegar a desmayarse de inanición y soportando unas fiebres tan elevadas que a las hermanas les costó varios días reanimarla.

Tan solo es un recuerdo fugaz, casi inalcanzable, que ha volado, sin más, embriagando mi retina. Apenas rozaba los cinco años en aquellos instantes, pero, por algún motivo que desconozco, aquel incidente (que habría de marcar el devenir de muchos otros después) se quedó grabado en las huellas de mi memoria como un pulso punteado con brasas ardientes. Lógicamente, a veces, un vago recuerdo, aun cuando es muy lejano en la línea concurrida del tiempo y solo se puede vislumbrar difuminado entre manchas dispersas; aun cuando se muestra así de esquivo, alguna vez sobrevive vigorosamente en tus pensamientos y te enseña sus retazos de vez en cuando. Es como si se ocultara bajo el terciopelo del diván y, de repente, saliera de entre el polvo; como si se perdiera entre las sombras del hospicio y, de súbito, alcanzara cada celda del pasado y cada cirio del ayer. En sí, la vida es como un ajuar relleno con las puntas de la memoria que bordamos en él; es como una ventana multicolor repleta de claroscuros que, en ocasiones, se tinta en una amalgama de colores denotadamente refulgentes y, en otras, se empapa de los más apagados e inermes; es un corsé tirante que te ahoga, dejándote sin una sola gota de aliento, o una holgada enagua que te da libertad de movimientos; es, en definitiva, un largo tramo encajonado entre el presente que vivimos, mezclado y anexionado a las reminiscencias del

pasado, cosidas trecho a trecho, y sentenciado hacia el umbral de un devenir futuro e impredecible que resguarda los remiendos.

Cuando atravesaba esa corta y candorosa edad, milagrosamente tuve que agradecer a Nuestro Señor que la hermana Angélica se recuperara; sin embargo, no cejé en mi empeño de seguir pintando aquellas imágenes que, como fogonazos efervescentes, inundaban todos y cada uno de los intrincados recodos que ya cruzaban mi mente. Llevo, desde entonces, plasmando en el papel la impresión en penumbra, que represento en tonos tenues, grises, de mis visiones, de aquello que capto como un reflejo en los vericuetos de mis pensamientos. Eso sí, siempre dibujo a escondidas (mi única espectadora es la hermana Angélica, que, por supuesto, guarda con llave de oro mi inaudito secreto), ahora ya no lo comparto con nadie (excepto con ella), porque soy consciente de que, aquí dentro, en este espacio espiritual imbuido por la santidad de estos muros, si no perfilo santos, no hay nada que se me permita retratar (aprendí bien la lección en aquel momento, y, asimismo, supe dilucidar qué es considerado pecado capital).

No obstante, me calma diseminar los paisajes a carboncillo; realmente, es como navegar a toda vela, remando en un mar interior que está blindado en la sima de mis adentros; sencillamente, es sentirme en otra órbita, planeando como una gaviota patiamarilla sobre el techado de estos corredores y verme libre, con las alas de los ángeles dispuestas a atravesar marismas, a hacerme brincar por encima de cumbres montañosas y a sumergirme en el profundo océano.

Necesito inyectar a mis sentidos el sosiego del dibujo; lo necesito como el aire hermético que respiro y el que me abruma rociándome de fresca brisa entre los arcos del claustro; lo necesito como agua que inspira el surgir de la vida, moldeándola y haciéndola crecer al igual que un alfarero utiliza la habilidad de sus manos dotando de relieve y volumen la imagen de sus primigenios pensamientos; lo necesito para hacer frente, revistiéndome a mí misma de un macizo e inabordable recinto amurallado, a tanta amargura que, cada día y cada lodazal sumido en los designios de la noche, se esculpe detrás de estos inexpugnables muros de doctrina católica; lo anhelo para poder dar descanso a mis ojos heridos, a mi mente llena de magulladuras y a mi corazón mutilado por el abandono: el mío, multiplicado por los incontables que le precedieron y le suceden incesantemente.

Aquí, en el hospicio, las muchachas que un día distante que queda atrás fuimos ruinmente abandonadas, olvidadas de los caminos de Dios y del mundo, trabajamos a destajo. Por un lado, enseño a las más pequeñas a aprender las peculiaridades del encaje de bolillos, cuando no me toca fregar o lavar las prendas de las niñas que aún no han

destetado; por otro, justamente es la cuidada atención que hay dispensar a estas frágiles criaturas, la misma que llevo realizando, de un tiempo a esta parte de mi aciaga existencia, en apoyo a la loable labor desempeñada por la hermana Angélica.

Quizá, lo más lógico sería pensar que es un trabajo satisfactorio y encantador para la persona que lo desarrolla. Sin embargo, no es el caso, ni por asomo lo es. En este misericordioso rincón, se intenta salvar a muchos bebés que alguien anónimo deposita en nuestro torno saturado; un torno que vira continuamente, sin saber parar ante las inmundicias propagadas socialmente y sin querer saber qué sucederá después. En una dimensión que mayormente suele superar niveles que, a mi juicio y en la madurez que hoy alcanzo, considero descomunales, estas criaturas son deslizadas a la luz terrenal con la sentencia dictada de antemano; son arrojadas en la ciénaga que atrapa la trenza enredada de la vergüenza, en el barro seco que ha absorbido hasta la última gota de esas viles conciencias, que dejan de removerse en su estática casilla: la mantienen constantemente silenciada, muda, sorda e impasible ante esta realidad; son maltratadas desde el día en el que su nacimiento provocó la chispa calcinante de su impotencia, de un desconsuelo que será su lastre; son también condenadas como vástagos de esas manos que las dejaron y huyeron bajo los efectos paralizantes que propicia el miedo, mientras esos mismos ojos fríos que concibieron su alumbramiento, trayéndolas a la existencia, no quisieron ver ni hacer que el engranaje que anida en el fondo del espíritu —si es que todavía lo albergan dentro de sí; hecho que dudo —, se pusiera en marcha, se percatara: algo imposible habiendo vendido, con este modo de obrar, sus propias almas al diablo; son como yo: hijas del pecado, un término que implica tanto a las criaturas que ciertamente lo son, como a aquellas que, sin serlo, sus progenitores son incapaces de hacerse cargo, de poder alimentarles y proporcionarles un futuro en el que anduvieran sin hambre, sin precariedades y donde las enfermedades supusieran el factor ausente. El mandato eclesiástico reprueba cualquier indicio de aborto, por tanto, cuando la preñez no es deseada ni ha sido buscada, sino que ha constituido el claro resultado del explosivo hechizo de los amantes, cuyo vínculo es sentido y rebasado por esa franja inalterable que solo ellos conocen y les pertenece, no pueden responsabilizarse de esa minúscula personita que será castigada y excluida de por vida; no pueden si quieren seguir viviendo bajo la mantilla cristiana, las varillas del abanico social y cobijados en el parasol colectivo, que evita que los reflejos les quemen, señalándoles y apartándoles del resto (muchas parejas secretas de amantes son gente ampliamente pudiente, honorable, además, que se atrincheran tras su máscara de frialdad, de la que nadie conoce ni presiente lo que se oculta detrás,

mas, sabido es que no pueden ni deben ensuciar el distintivo apellido que portan; por otra parte, una gran mayoría son varones de excelsas familias que no han podido frenar sus abyectos instintos sexuales, creyéndose los amos —claramente ni lo son ni lo han ser, solamente son bestias insensibles— y en posesión de infinidad de mujeres que no pueden encararles, porque su subsistencia depende de esos energúmenos, o hasta les enlaza la sangre). De igual modo, los edictos de la Iglesia interfieren de manera directa entre aquellos que no logran encontrar nada que poder llevarse a la boca, porque la proclama es procrear, siempre y cuando sean hijas e hijos legítimos dentro del sacramento del matrimonio, así como en el marco de los códigos de mentalidad moralista: ante todo, la honra. Y este mensaje en el que concebir es lo primordial en la senda marital, también es captado por los fieles más necesitados. Asimismo, el infanticidio (más aún en las niñas que en los niños) está penado —un delito horrendo, execrable y escalofriante que incluso nosotras sabemos que se comete, porque las madres, muchas veces violentadas en contra de su propia voluntad, no saben cómo ni de qué manera podrían alimentar a sus bebés, y creen evitarles sufrimiento actuando así—. Desde luego, aunque no podamos verlas, se sabe el origen. Son familias que luchan, desde que despunta el día hasta que cierra sus párpados a las órdenes del ocaso, para que su prolífica prole halle algo con lo que salir adelante y no acabe desfilando tras los signos letales de la desnutrición, ya que de por sí malviven entre insalubridad, infecciones y hacinamiento, y un estómago vacío más les hundiría, con más ahínco y aplomo todavía, en la estrepitosa miseria. Son madres que han sido deshonradas a la fuerza; víctimas de sus verdugos en las casas en las que sirven, principalmente. Son amantes embozados juntos bajo la neblina de un halo oscuro, camuflados tras su antifaz. Por eso, escondiéndose, nos los traen al hospicio, ya que creen que aquí la vida les puede dar una salida; una merecida oportunidad que a la inmensa mayoría de los bebés que cuidamos, mal que nos pese, tampoco les llega. De hecho, parece ser la solución más sencilla a la devastadora y sangrante consecuencia que acarrea y que viene aparejada, o la única que toman, mas no se actúa en el fundamento mismo de la cuestión, que vuelve a quedar irresuelta en una cadena infinita, sempiterna e innumerable de generaciones amontonadas, de siglos y siglos de ocultación, transcurridos de tal manera que cada vez con más fuerza e ímpetu aumenta el —ya grueso— volumen de vulnerables criaturas del Señor en este asilo de acogida; algo que por desgracia se ha convertido en indeleble. Sé que podría parecer una auténtica herejía por mi parte y condición, pero ¿no sería más eficaz mirar hacia los progenitores sin tantas trabas, cuando el fruto es el amor? ¿Qué culpa pueden tener unos recién nacidos de lo que han

hecho sus padres, siendo lo más natural ser criados por ellos, y no por personas ajenas? ¿Tanto importa la decencia y el decoro cuando muchos hombres, por ello, buscan en otros cuerpos y sin ningún consentimiento lo que no encuentran en el lecho conyugal? Como ya he reflexionado anteriormente, claramente no podría decirlo en voz alta, porque me acusarían de blasfema en este mismo hogar que me aloja; obviamente, en cambio, sería lo mejor para que estas niñas y niños, y me incluyo, arrullaran, al menos, una vida lo más digna posible. (Cuando la hebra que liga mis meditaciones se desata, tal que ahora, empiezo a meditar sobre mí; sobre si, en caso de que hubiera contemplado una existencia distinta, más fácil y favorable, me encontraría todavía entre la ingenuidad de las muñecas y las cintas de seda elaborando mis peinados; nunca lo sabré, sin embargo, estoy justo en un punto en el que, aun a mis catorce años recién cumplidos, asimilo y comprendo la triste realidad que me rodea, que me exprime por cada ración de la maquinaria del tiempo que se nos va colando y que siempre corre con presteza, sin mirar la porquería que deja atrás y con la que arrebata inconscientemente mis sentidos. Ojalá pudiera evitar el asiento de mi mente: traspasando el prisma de un pedestal adulto; ojalá mi visión se cegara ante todo lo que aquí acaece, pero no es así).

Hacemos todo lo que podemos, sobre todo, las hermanas más experimentadas, para que las endebles criaturas consigan remontar sus pasos hasta los primeros años de vida. Con todo, lamentable y trágicamente, muchas veces nuestro inquebrantable esfuerzo es en vano. La mayoría de los bebés sucumben a las tinieblas del crepúsculo sin haber pasado, tan solo, de unos días de vida, o, los más afortunados, de unos cuantos meses. Son pocos los que rebasan la infancia; represento una de esas excepciones que se escapan de los trazos indicados. Es una circunstancia aterradora con la que tenemos que convivir y transitar, aunque nos duela. Yo aún no llego a acostumbrarme a tan honda pesadumbre, ahora suelo vestirme con una máscara de pesado mineral para no ahogarme entre su llanto fulminado. Penosamente, muchos atardeceres de difusa estampa, conforme los sollozos de los bebés se van aletargando gradualmente, dejando de ser aullidos para convertirse en livianas respiraciones, aparte de rezar implorando al Altísimo su bondadosa piedad, me tapo los oídos, porque no aguanto ni soy capaz de soportar, como si no estuviera ocurriendo nada, esta terrorífica pesadilla que me acecha despierta.

Como he comentado antes, mi madurez va un paso por delante de la de las mozas de mi edad, y a estas alturas nada me asombra. Porque cuando el hacha de la muerte se presenta tantas veces y tan reiteradamente delante de ti, como una réplica tras otra de la misma

escena, torturándote e infundiéndote los inciertos canales del miedo concienzudamente, de los que no puedes huir, ni tampoco retirarte dentro de una pupa sin fisuras como la de la envoltura de los insectos en su última fase larvaria; entonces, solo entonces, eres plenamente consciente de tu propia fortuna, y sabes que tu inesperada supervivencia en este depravado universo terrenal fue aleatoria, nada más.

La mortalidad en el hospicio es excesivamente alta, propiciada por la falta de leche materna. La lactancia la llevan a cabo ciertas nodrizas que, ya por arrastrar un pasado bastante oscuro, con manchas muy marcadas y difíciles de borrar, ya por pertenecer a las clases más bajas y, por ende, carecer de la requerida robustez, no obtienen el empleo deseado entre la burguesía o las élites aristocráticas (aunque lo contraindican los higienistas —que aluden a los múltiples beneficios que aporta, para el crecimiento en esta etapa, la leche natural materna —, la arraigada tradición es compleja en demasía de intentar desanudar, y siguen prefiriendo que les amamanten las nodrizas). Para colmo, ante la escasez de amas de cría —no siempre nos amparan las suficientes—, alguna de ellas se ve obligada a dar el pecho a más de un bebé simultáneamente, con la consiguiente hambruna a la que inevitablemente les conduce, así como les induce a desplegar anchamente su proclividad a enfermar.

Mientras yo fui fruto del azar, como si me hubiesen mecido en un bote salvavidas tras la zozobra y posterior desaparición del barco que encendió mi llama diminuta, este es el negro, impenetrable, pan duro que aquí testimoniamos a diario.

En este instante, me aproximo a la celda de la hermana Angélica. Entro en el reducido espacio con cautela, intentando guardar la máxima serenidad posible, aunque creo que acabaré derrumbándome.

La miro con pesar y ella me devuelve una tímida sonrisa. Aun con la fiebre que pronto le hará delirar, me dice:

—Marga…, Margarita, hija, ven aquí, coge mis manos. —Las sujeto con extrema delicadeza—. Estás preparada para el mundo, para internarte en él. Te conozco y sé que lo sabes.

Noto cómo mis ojos empiezan a humedecerse, lo percibo, pero no dejo que se derramen.

—No me diga eso, hermana. Que solo es una fiebre más lo que le aqueja…; ha padecido muchas y se ha repuesto siempre…

Las palabras se me han atragantado sin poder lanzarlas afuera; me ha sido imposible pronunciarlas, darles tono y consistencia, porque no he podido contener la intensidad de mis emociones. Seca pacientemente con sus dedos las lágrimas que ya brotan serpenteando por la claridad de mis facciones, al igual que un riachuelo

desbordándose sobre el valle que forman mis mejillas, y no puedo comprender cómo, en su estado, le quedan fuerzas para mantener a flote la calma.

—Eres suficientemente consciente de que ya soy muy anciana, y es la ley que otorga la carta de la vida, hija mía. Es pura naturaleza, Marga: un día el cuerpo se desvanece y el espíritu revolotea hasta llegar al cielo. Pero no te preocupes, igual todavía no es mi hora, eso solo puede saberlo el Señor… —vuelve a rozar con afecto mi rostro—; el Señor que todo lo da y al final también lo quita. Solo quiero que sepas —continúa diciéndome mientras me observa en profundidad, como si pudiera despejar el rocío que empuja a mi aflicción y tocar la parte insondable de mi mirada— que eres una hija para mí y me enorgullezco de ti, de quién eres y lo que significas, y has significado siempre, en mi corazón, entre el sentir de mi alma y en cada parte de todo mi ser. El día que falte, sabrás elegir correctamente tu propio destino, el mejor, el más adecuado; confía en ello.

Tose al hablar debido al cansancio, y a mí las frases se me atascan de nuevo en el borde de la lengua, ya que otra vez un tremendo lío de cuerdas enredadas me aprisiona la garganta.

Dejo ya que repose, necesita recobrar las energías perdidas. Salgo de su celda envuelta en un lago de llanto, pero no quiero resignarme, no todavía. Ella, la hermana Angélica, es una persona extraordinaria que me sostiene sobre el leño de este cruento existir, ¿qué voy a hacer si me deja sola, desamparada y buceando en un mar de pauperismo?, ¿qué será de mí sin su protección y, ante todo, sin poder embeberme de su incondicional amor?, ¿qué podrá ser de mí si pierdo para siempre a la única madre que he conocido? Quiero alejar de mis pasadizos internos este túnel de temibles elucubraciones. Quiero imaginar que los anclajes de la vida afrontan cualquier paisaje en perspectiva, se refugian entre cualquier cuadro que adorne la memoria y extienden sus veleros hacia aquellas olas salpicadas por el brillo de la dicha y el resalte de la ventura; es lo que deseo que abrigue hoy las sensibles piezas de mi alma escarpada, mas no puedo tener certeza de que así acontezca, porque mi latir se está refrenando en demasía, quebrándose a pasos de gigante como un rompecabezas desestructurado, con los fragmentos disgregados e irreconocibles.

17

ATRAPADA EN EL ESPEJO ROTO QUE USURPA EL ALMA. EN EL OTOÑO DE 1882

La ondulante alfombra celeste que asoma, penetrando por las jambas de la ventana, se encuentra hoy totalmente despejada, descubierta de ese polvo nuboso que a veces la condensa. Los rayos solares inciden plenamente en todos los tabiques y por cada una de las esquinas del despacho con inusitado fulgor este día. Una aureola de múltiples resplandores perfila cada contorno de esta nueva y bella Venus, enmarcada en las paredes de este espacio consagrado a los varones. Justo en el momento en el que terminan de colgar el cuadro en el fondo blanco, casi traslúcido, de la estancia, resaltando en perspectiva como si en vez de un retrato al óleo estuviera esculpido en tortuoso y deleitable relieve; justo en ese instante, cuando el último de los dos cuadros dispuestos pende como cristal de zafiro radiando en ese mural que lo circunda, con un abanico de tan vivo colorido que casi ciega al observarlo, vendando las pupilas; es justo entonces cuando alguien ha quedado hipnotizado, admirando la sombreada figura que cuelga de la pared de enfrente. Alguien está mirando intensamente la segunda imagen, que ahora decora el ángulo contrapuesto, y, aunque carece de los tonos de la anterior —ya que está teñida de trazos en penumbra, de líneas indefinidas con pálido punteado y sin atributos materiales añadidos—, hay algo en ese rostro de Afrodita y en las formas del cuerpo, semejantes a un indómito culebreo, que irremisiblemente atraen la atención. Alguien medita y contempla los rasgos tan marcados de esa obra de arte, que ahora compone un objeto de adorno más en ese despacho destinado a los negocios, como si fuera una diosa imantada cuyo símbolo de pecado se transforma en una esplendorosa llamada, incitándole a rasgar el pañuelo que le tapa la retina, a escudriñar en la huella velada del pincel que le dio luz y a ver más allá de las entretelas que esculpen de brocados el insinuante lienzo.

El día nace moteado de haces espléndidos, no parece que ningún montículo nuboso vaya a encubrirnos con el acompasado caudal de una húmeda lluvia hoy. No, creo que hoy no bailaremos ni cantaremos serenatas sobre el lodazal de charcos en el que se convierten las calles

de Barcelona cuando el cielo arrecia, tachando sus resplandecientes destellos y trocándolos en suave llovizna y en mitigado cauce de tenue luminosidad.

Aunque siempre supe que los años irían transportándome con su afilado desfile de días decadentes, sin la gloria ni los laureles que me vitorearon en otro tiempo, lanzándome, al igual que las flechas del dios griego Eros, a lo más alto del pedestal de la lujuria; aunque pensé que ese momento tardaría en evidenciarse, finalmente ha llegado hasta mí: ahora mi carne, por la que antes se peleaban babeando, está ya correosa y no la quieren poseer, y mi deslumbrante belleza, por la que pagaban fortunas a doña Begonia, ha acabado desluciéndose, transformándose repentinamente y transfigurándose, en negativo y con inalcanzable rapidez, en una concha arrugada, marchita y vieja, o en un baúl apolillado que ha surcado infinidad de bosques ocultos, para acabar sentándose en esta diligencia abandonada.

Aun con todo, algo de aquella lozanía de juventud que otrora tuve, debo guardar todavía, reteniéndola bajo esta apariencia externa. Y es que resulta que doña Begonia, aunque sabe que he sobrepasado una línea de edad crítica para desarrollar este esclavo oficio, puesto que he cumplido los treinta y dos años y, por lo tanto, rondo ya alrededor de las mismas puertas de la ancianidad, sigue requiriendo alguna que otra vez mis servicios; los solicita, o suele hacerlo, siempre y cuando ande escasa de nuevas pupilas o aparezcan esos clientes extravagantes que, ignorando a las mozas más jóvenes, contemplan ciertas inclinaciones hacia las mujeres maduras. En tales casos, soy una salvación para el ama, quien no duda en ponerme a entera disposición en su carnal mercadería, como ha hecho desde el lejano instante en que pisé el salón de esta casa por primera vez. No obstante, no es lo más usual entre las mujeres como yo; porque resistir al paso encadenado del tiempo en esta baja y denigrante condición, casi llega a ser un acto de tremenda fortaleza, tanto corporal como mental y, sobre todo, debes tener el ánimo en alza para que el instinto de supervivencia nunca apague su señal, por tímida que se muestre. Con todo, es algo obvio que la mayoría de las muchachas perdidas, desamparadas, olvidadas, que acaban —al igual que me sucedió a mí hace tanto, que se escurre sin tregua entre las muescas de los pensamientos— bajo la tutela de estos pecaminosos y degenerados antros, no llegan —ni pueden aunque se esfuercen y empeñen— a alcanzar esta longeva edad que yo albergo en mi seno, sino que, por lo general, todas las que logran sobrevivir a esta impía profesión, tantas veces cercadas por la violencia y sufriendo indecibles maltratos de todo tipo, terminan absorbidas por la enfermedad, que les va carcomiendo poco a poco, o mendigando limosna por las calles, desvalidas, repudiadas, rehusadas y arrinconadas hasta su último día.

Nunca he sido una mujer afortunada y, por supuesto, tampoco ahora podría siquiera considerarlo. Pero dentro de este sórdido mundo, al menos, el techo de doña Begonia continúa cobijándome, gracias a que ella ha ido necesitando extraer sus confidencias y depositarlas en alguien, y yo fui la escogida, y a que todavía mantenemos algunos clientes asiduos al local que me prefieren a mí, incluso antes que a las más jovencitas, aun a pesar de que luzcan sus sensuales encantos, estén de tan buen ver y sean ahora el alma tentativa de este lupanar; un espacio de alma corrupta que logra, cada noche cuando el atardecer se impregna de una púrpura acuarela de impresiones escarlatas, embrujar con su magia del amor fingido a todos los hombres de buena posición, a todos los burgueses y aristócratas barceloneses que osan probar aquí el fuego ardiente de la hoguera prohibida. Sé que hay unos cuantos que me eligen a mí, en vez de a ellas, no solo por mis expertas artes amatorias de mujer pública ya madura; me seleccionan, además, porque no olvidan que fui precisamente yo quien supo despertar hace tiempo sus instintos dormidos, aquellos que habían permanecido entumecidos y ocultos en su pudorosa vida conyugal, y que solamente conmigo saben levantarlos de nuevo, aunque también a ellos los años les anden al acecho atacando sus sentidos más primarios: los que ya están rozando la franja del estado de hibernación y acarician la flacidez. De todos modos, bien es cierto que ahora los ratos de tedio y los momentos de reposo superan, claro está que, con creces, a las intempestivas jornadas de trabajo de antaño.

En realidad, el olvido es como un lastre que nunca halla el rumbo propicio hacia el escondite oportuno. Por ello, las remembranzas me acompañan día y noche por aquel enraizado pasado que bordé con tanto empeño hasta llegar a esta barca que ocupo, y que me ha sido imposible desasirlo de la cuerda de esta ancla. De igual modo que vuelve, y me revuelve, y me desencaja, y todavía me turba, todo aquello que en este lugar me he visto obligada a vivir; todo aquello que ha recorrido mis venas con desmedido ímpetu, ensuciándolas, y que no he podido dejar atrás, de ninguna de las maneras, porque cuando te extirpan la dignidad, todo lo demás, lo que te definía, se va pudriendo entre los abigarrados sedimentos de las arenas de un lejano pasado: un tiempo ya pretérito que se difumina gradualmente ante mi vista.

Siento en mí palidecer un sinfín de recuerdos que desearía ir decantando en el exilio permanente de mi memoria, mas no puedo ni podré, porque es algo que me sobrepasa, se me hace cuesta arriba y acaba retornando hasta mis blandos adentros. Es como la zozobra de un enorme bergantín cuya carga siempre me es devuelta, aunque intente desecharla. Al final, es un pesado acontecer que, hasta este

mismo presente, no ha parado de bucear entre mis mugrientos pensamientos, pincelándolos y lacerándolos a un tiempo con las desgracias del ayer. Muchas noches, cuando no tengo clientes y me dispongo a integrarme en un reparador sueño que me lleve a olvidar mis gemidos interiores, ellas vuelven a mí. Como si fueran los instrumentos de una orquesta, el sonido fugaz de sus voces me retrotrae a ese universo conjunto que atravesé con ellas. En el momento en el que sus lamentos se recrudecen, agitándose más y más, despierto sudando, asustada y con un castañeo de dientes que no cesa hasta pasados unos minutos. Es entonces cuando el muelle de las aletargadas secuencias se planta ante mí; descosiendo los engarces de aquellas que compartí con Flora y Violeta. Siempre me ocurre lo mismo: empiezo a recontar los raíles de mi vida a su lado y una cortina de gotas acristaladas y amargas nace de mis melosos ojos, tan extraños y casi tan transparentes como la misma miel que producían mis abejas de Altospinos. Una gran aflicción sacude la hondura de mis panales internos cuando pienso en ellas.

No sé exactamente qué pudo ocurrirle a Flora. Un día doña Begonia, tras una acalorada discusión con nuestro médico higienista, nos dijo que estaba enferma y que la trasladaban al hospital. Nunca he logrado sonsacar al ama qué le sucedió después. Jamás volvió al burdel y ninguna supimos nada más al respecto. Violeta tampoco reside ya en el asilo de este lugar infestado de pecado carnal; sus pésimas circunstancias son las mismas que las de tantas otras compañeras: los hombres dejaron de cohabitar en su alcoba y, al tiempo, doña Begonia la echó sin miramientos. Sé que mendiga cerca de esta populosa calle de *Las Orquídeas Silvestres*, pidiendo limosna a los transeúntes para poder siquiera subsistir; aunque parece que el ama no tiene ningún remordimiento ante esta precaria situación, en la que acaban la mayor parte de las mozas dedicadas a la vida licenciosa. Por no hablar de las pobres niñas púberes que han traído a este tugurio; han rasgado su candor e inocente ingenuidad, rompiéndolas con violentas y atroces armas que saltan sus puras y virginales barreras sin prejuicios ni escrúpulos. Por experiencia, sé muy bien lo que sienten; sé cuándo aparece ese punto sin retorno que perpetra la muerte en la plenitud, en la flor de la vida de estas niñas. Porque, a partir de ahí, todo su horizonte se oscurece; se tiñe de placas negras tan grandes y voluminosas como si una conjunción de tormentas fuera a desatarse de inmediato, y se desencadena en realidad para ellas. Al igual que para otras mozas a las que embaucan con malas artes y astutas artimañas, haciéndoles creer que pueden alcanzar sueños irrealizables en esta parte del mundo, pero presentados de manera idílica al otro lado de cualquier océano; lo que desconocen es que, tras las mareas y el oleaje, solo los adornos las van a envolver, porque las

mandan como presente a los enclaves coloniales, y allí, entre exótica exuberancia, su pista se pierde como lluvia que se filtra. Es un asunto vetado, que nunca se nombra y que se silencia ante cualquier oído cercano u ojo avispado; incluso oculto, largos años en este oficio me han llevado a destapar incógnitas irresolubles para la mayoría.

La verdad es que cada vez que las visualizo entre mis habituales pesadillas, son ellas las que me dan el impulso de coger aire y soplar hacia adelante; ellas me enseñan que las cenizas del infierno pueden quemar, más aún, mi alma atormentada. Y, realmente, creo que es ese mismo pavor que tengo a la visión del diablo, el que me hace suturar mi arraigo con este reino terrenal que habitamos.

Mi rueda del azar ha sido nefasta, pero quizá no tanto en comparación a otras muchachas que han pasado y pasan por un estado semejante al mío. Doña Begonia me ha prometido que, cuando a ella le falten las fuerzas para regentar este lenocinio, me ha de ceder a mí el testigo. Supongo que debería tomarlo como un privilegio, además, hace mucho que soy yo la maestra de las nuevas pupilas que acaban aquí, completamente trémulas. En cambio, y aunque doña Begonia está demasiado mayor y anciana para este continuo trajín, intuyo que todavía tardará bastante en gastar su cinto de mando y traspasármelo a mí.

Mientras hojeo el periódico *La Publicidad* en el salón que preside el cuadro de la Magdalena, situado sobre el dintel (luego seguro que tendré que comentárselo a las demás, ávidas de noticias como se encuentran todos los días), y la sirvienta limpia mi habitación, una insólita columna llama de pronto mi atención:

«Un acaudalado comerciante de tejidos de estampación de indianas, afincado recientemente en la Ciudad Condal, ha adquirido sendas obras de arte a precio de subasta».

Me quedo atónita al leer la noticia completa; porque, un tanto borroso por el papel de imprenta, vislumbro con asombro uno de los cuadros en el que me pintó aquel cliente bohemio que acudía a mi lecho años atrás.

¡Es increíble! A falta de cualquier señal que nos indicara lo contrario, le dimos definitivamente por muerto y, de hecho y por lo visto, no nos equivocábamos, realmente lo estaba. Por lo que estoy leyendo en el periódico, algo debió de ocurrirle y su estudio quedó cerrado, de manera que sus obras de arte han estado selladas entre esas cuatro paredes todo este tiempo.

¡Madre mía! Alguien ha comprado mis propias imágenes, ¡alguien, en esa subasta, ha pujado por mis impúdicas representaciones! Noto cómo los colores van subiendo velozmente por mi rostro, consiguiendo que mis mejillas se sonrojen y haciéndome ruborizar. No sé cómo ni por qué, a estas alturas de mi existencia usurpada, vuelvo a sentir

intrínseca vergüenza, así como un pudor sin límites, y únicamente porque alguien, fuera de esta casa de mal vivir, me esté observando; pervirtiéndose con mis retratos enmarcados sin estar yo presente —he visto demasiadas veces, y a infinitas miradas masculinas, recrearse con lo más obsceno ante mí, pero como si yo no estuviera delante, como si una gasa invisible tapizara mi identidad femenina; es algo repugnante, repulsivo e indignante, sin embargo, no me ha quedado otra alternativa que aprender a domeñarlo fingiendo tras mi máscara de cuero: la que expongo a los hombres—. Es una sensación muy rara que se dilata en mis adentros; quizá sea precisamente porque esta vez, en lugar de presenciarlo, lo imagino sin saberlo, y ahora ya no sé lo que es peor. No puedo más, dejo el periódico sobre la mesa y me escabullo sigilosa de esta casa de placer.

Me alejo hasta llegar al umbral de la orilla misma de la mar: sólidas y minúsculas porciones de arena que se diluyen, balanceándose entre las olas que le escupen su bravura. Cierro los ojos y siento el límpido azul penetrar poco a poco en mi espíritu, tan llagado hoy por las adversidades que los años y los lustros han ido depositando entre mis cienos mancillados; le percibo moldeando mis sentimientos, rejuveneciéndolos de nuevo; y le presiento purificando mi alma congestionada de sollozos, y de diatribas formuladas hacia mí misma, y de pesares incrustados.

Me baño deshaciéndome de las impudicias que colonizan mi ser cada noche de estela endemoniada; intento limpiar, con esta acumulación de sal que alberga la vida en el agua, los innumerables pecados que he cometido sin querer realizarlos, sino obligada, presa, y han sido todos los que me han atribuido a mi pesar; oigo, tras el estallido incontenible del mar rabioso, un sonido lejano, apenas audible, que se va acercando y reconozco al instante: «Azucena, has sobrevivido y superado la más infame prueba que pueden imponerle, doblegándola, a una mujer. Y, aun así, ¿no has conseguido lo que siempre abrazaste?, ¿aquello por lo que luchaste contra todo, contra todos, contra cada uno de los elementos posibles?».

Salgo de la gelidez del agua —apenas la he sentido— sabedora de que sus consejos aparecen bruscamente en el momento más apropiado para hacerme recapacitar. Después, me tumbo desnuda sobre la húmeda arena. No tengo frío en este solitario margen que forma el litoral. Mi conciencia me arropa, recordándome que Dalia solo es el nombre de una actriz de teatro, y que es Azucena la única persona que sigue ocupando, y ocupa, mi ser: un cuerpo de todos y para todos; pero, tal y como me muestran mis íntimos pensamientos (aunque luego acabo dudándolo), quizá también con un espíritu libre que, sin resuello, ha logrado sobrevolar profundas tragedias, esas que han cortado cada fragmento de mi alma en incontables jirones; un espíritu

erosionado que ha acariciado el bagaje de cierta libertad, sin embargo; un hecho imposible habiendo nacido hembra en una sociedad donde mi destino se había redactado con otros fines: los del decoro y la servil compostura por y para el matrimonio: el cepo tramposo donde habitan la mayoría de las mujeres y en el que viven atrapadas, como si nunca el viento soplara hacia el horizonte contrario. Aun así, vuelvo a repensarlo, y entonces sé que tampoco puedo engañarme, porque, aunque haya tenido manifiesto poder e influencia sobre los hombres, algo absolutamente prohibido para una mujer casada, siempre he estado arrastrada por la esclavitud más abyecta: la que apresa tu piel, tus relieves, te comprime el trayecto de la existencia y conduce tus huellas hacia una negra caverna; porque hace mucho, mucho tiempo, que no eres nada, que no eres nadie.

18

AFUERAS DE BARCELONA. BAJO LA LOSA IMPASIBLE DEL HOSPICIO. ÚLTIMOS DÍAS DE ENERO DE 1883

Aunque los días de esperanza han seguido disolviéndose en mis más recónditos adentros, en esos garabatos desiguales que construye la caligrafía del alma, aun a pesar de que he querido conquistar los flecos de mis manantiales interiores con un mapa blindado, donde crecieran los frutos del amor y brotaran las hierbas de la sanación; muy a pesar de los grandes esfuerzos que he realizado con tesón, consumiendo toda mi voluntad, tanto de día como cuando la colosal araña del cielo nos somete a la total negrura, todo ha sido en vano, porque cuando las horas de la vejez se instauran en los límites del espíritu, los pasos hacia atrás quedan absolutamente extintos.

Ayer, fui poseída por los demonios rebeldes que roban mi fuero interno. Ayer, el último hálito de la hermana Angélica se desvaneció para siempre de entre los que todavía copamos la luz intermitente de la vida. Ayer, por primera vez en esta corta existencia que me abriga, me rompí por dentro de un dolor inconmensurable como jamás he sentido. Mientras la hermana Angélica partió de este mundo para nunca ya regresar, yo igualmente me fui fracturando poco a poco, hasta quedar exhausta y casi en estado vegetativo. Ella marchó al reino del descanso, y yo fui absorbiendo en el mío cantidades desorbitadas de rabia, odio y lamento hasta entonces desconocidas. Mi corazón se quebró de tal modo que me va a ser imposible, en todos los años que a mí me queden en el mísero trayecto de esta vida de Dios, lograr siquiera engranar esas clavijas que lo componen y que andan ahora desparramadas por doquier. Es como si alguien hubiera venido a arrancármelo de un tirón, desliándolo de su pulso vital; como si quisieran después pisarlo sin contemplación alguna, e infligirle a su vez hondas heridas por todas sus mucosas: esas mismas que han dejado de proteger mis sentimientos, dejándolos expuestos ante los peores elementos: los del anhelo y añoranza; amargos gajos de germen que ya anidan por todo mi ser.

Ayer, mi madre apartó su abrazo de mí, al igual que un árbol herido por un rayo de tormenta resquebraja de su tronco a sus alicaídas ramas y las esparce por el suelo como cuerpos inertes. Sé que

debería acordarme de quién ha sido ella, de quién ha sido para mí y todo lo que ha representado y me ha enseñado, y es todo eso —lo presiento aquí, en mi pecho— lo que me acompañará como un indestructible dibujo allá donde vaya: su infinita bondad, su eterna paciencia y su amor al prójimo por encima de todas las cosas, incluso de sí misma. Pero lo más importante de todo es que me ha llevado de la mano para aprender lo que significa amar en un mundo inmisericorde, despiadado y caótico para las niñas y los niños abandonados.

Aquí dentro, tras los muros perpetuos del hospicio, carecemos de toda clase de espejos en los que poder mirarnos y reflexionar sobre nosotras mismas. Sin embargo, mis vértices plateados han estado reflejándose al otro lado continuamente. Ella ha constituido el espejo donde he ahuyentado la sombra de mis miedos, aplacando a mis fantasmas; donde he insuflado el aliento a mi ánimo, incrementándolo con sus sonrisas; y donde la vidriera del amanecer ha sabido reflectarse en mí. ¿Qué voy a hacer ahora tras las rejas del hospicio, sin ella, sin mi guía espiritual ni camino que pueda arañar? No sé qué me ocurre, pero lo que sí comprendo es que enormes globos de tristeza me están hinchando por dentro, deshaciendo lo que soy en ínfimos pedazos polvorientos y mustios. ¿Dónde iré, dónde alguien podrá acogerme, si desde que era una niña miserable he sabido que este lugar de rito silencioso y reiterada sumisión no sería el definitivo? ¿Dónde, virgencita mía, podré exculpar esta insana pena que ahora me oprime y me lastima?

Durante incontables días, con todos sus largos vestidos nocturnos a cuestas, he peleado entre los pliegues de la vida que el Señor nos otorga, para conservar y preservar la de mi madre, la hermana Angélica. No ha podido ser así, porque ella se ha ido desvaneciendo progresivamente, como si fuera un pequeño gorrión con un ala dislocada que, con cadencia y suavidad, fuera abriendo una brecha cada vez mayor en su cuerpecito hasta acabar desprendiéndose de todas sus plumas, sin alivio ni salvación alguna. Es como si mi ángel de la guarda se hubiera fugado sin avisar, para nunca más retornar. Esa hemorragia interna de la edad, que la ha ido debilitando estos últimos meses, me ha salpicado a cada instante y a cada segundo que he pasado a los pies de su camastro, del que no me he separado ni un momento, arrullándola con mi voz, al igual que hacía ella cuando yo tan solo era un endeble bebé; porque ese inciso creciente de fiebres delirantes que la ha llevado a perecer, se ha grabado indefectiblemente en mí, formando una extensa cicatriz que me va a hacer compañía de ahora en adelante. La he cuidado con inmenso esmero, prodigándole todo mi afecto, y lo he hecho lo mejor que he sabido, pero no ha sido suficiente, en cambio. En más de una ocasión,

ella me lo advirtió:

«Tengo una edad avanzada, Margarita. Nunca los años pasan en balde sin arrojar por medio sus secuelas, y algún día, que puede presentarse tanto de cerca como de lejos, tendrás que afrontar mi ausencia y arreglártelas sola en los senderos que Dios creó. Te aseguro que lo podrás asimilar, como todas las gentes desde que el mundo es mundo, y hallarás ese lugar propicio que tus pétalos ansían descubrir».

Un guijarro, candente como la forja del hierro, se interpone entre mis cuerdas vocales al acordarme de sus bellas palabras. Siempre me pareció que de su boca fluían las letras del alfabeto como si estuviera enumerando las flores del campo recogidas en notas musicales. Ahora ya no son melodiosas frases lo que escuchan mis oídos, sino mis propios sollozos al traer su dulce voz a mis pensamientos. Acabo de perderla a ella y, además, también el fanal que mi brújula debería indicar se ha ausentado, introduciéndose entre nieblas espesas que emborronan mi devenir. Este universo en constante penumbra nunca ha sido, ante mis ojos del vidrioso color de la miel, un sitio oportuno donde plantar mis esquejes. Creo que, en esta deplorable soledad transfundida, los parterres que han de conquistar mi jardín, se encuentran lejos de este cerco amurallado, pero ¿quién sabe dónde buscarlos?

Con todo el doloroso quebranto de mi corazón y mi llanto serpenteando en el asfalto, como la inabarcable cola de una cascada, avanzo encabezando la procesión junto a la madre superiora. Cubiertas con los hábitos de la congoja y sujetando con ambas manos el cirio de la luz celestial, caminamos hasta el cementerio colindante. Allí la tierra revestirá en polvo el cuerpo —todavía incólume— de la hermana Angélica, mientras que ella traspasará las barreras del sepulcro para posar en mi mente, de forma permanente, sus indelebles días vividos junto a mí. Tras la ceremonia, me confino en mi celda rezando una letanía detrás de otra; intentando que los quebraderos que corren presurosos por mi cabeza se paralicen, quedando en pausa y en blanco todo el tiempo que pueda retenerlos en una completa quietud.

Una semana más tarde, ni tan siquiera las oraciones han podido cumplir su cometido: mantenerme en calma, relajada y lo más parsimoniosa posible en mis movimientos cotidianos, no, no ha sido de este modo; en cambio, la pauta de la fe me ha ido conduciendo por otras vertientes: me empuja a poner todo mi empeño en los trabajos más duros del hospicio, a desarrollar una actividad frenética para procurar expulsar mi angustia ahí donde me sea imposible sufrirla, a poder sostener mis pensamientos en la lona floja del paréntesis constante. De nuevo, sin conseguirlo.

Arrodillada en la capilla del hospicio, friego el suelo con ahínco. Frotando con el trapo hasta magullarme la piel de las manos, no cejo en mi empeño ni un solo segundo; no cejaré en mi afán, incluso, aunque los rasguños se hagan cada vez más visibles, tampoco cuando empiecen a resaltar formas callosas entre sus líneas deformadas, ni aun con rojeces y sabañones dejaré de insistir. No cejaré porque las heridas del cuerpo, cuando son superficiales, se pueden soportar; las que están atribuidas a los estados del alma, sin embargo, resultan insufribles, tanto que se acomodan en ti y no hay bálsamo que las aplaque. Por el día, me esfuerzo al máximo en las labores para alejar así las pesadillas que, cada torturante barrida del crepúsculo, e incluso en estado de vigilia —cuando la mente instantáneamente se desocupa —, quieren penetrar en los resquicios de mi entendimiento. Son como fogonazos de ira que impactan contra mí, llevándome al desaliento; por lo que me dedico a luchar enfrentándome al enojo con estas interminables jornadas de trabajo (ni siquiera las yemas de mis dedos pueden rozar el carboncillo en estos pesarosos días, y sé que me haría bien, pero no soy capaz en este momento).

Mientras me afano en que estas baldosas luzcan tan pulidas y brillantes como el Cristo del altar, alguien alza la voz por encima de los bancos.

—Margarita, la madre superiora desea hablar con usted. Deje esas tareas a un lado y acuda enseguida a su despacho; su requerimiento es inexcusable e inminente.

Me incorporo y levanto la mirada. Una hermana de la Caridad ha venido a avisarme de esta desacostumbrada solicitud por parte de la madre superiora.

—Le agradezco el aviso. Ahora mismo voy —afirmo, a la vez que mi ángulo de visión se gira hacia el suelo, todavía empapado. Y añado —: En cuanto recoja el cubo y los demás utensilios.

—De acuerdo. Pero no se entretenga en demasía con esos menesteres. La madre le espera presta. —Asiento humildemente con un leve movimiento de cabeza y, acto seguido, la hermana se marcha.

Tan solo unos minutos después, me veo a mí misma llamando con cautela, y al unísono con decisión, a la puerta del despacho que ocupa la madre superiora. Tras su consabido permiso, franqueo el umbral y entro sin dilación. Antes, si alguna vez la madre superiora demandaba mi presencia ante ella, me ponía a temblar como una frágil hoja bandeada por la brisa. Ahora no; ahora estoy tranquila porque la madre superiora ya no es aquella que me obligada a obedecerla, imponiéndome temibles y ejemplares castigos. Ya no, hace tiempo que no sucede de ese modo tan desfavorable y autoritario, porque otra persona le suplantó en su cargo cuando esta faltó. Otra hermana más joven le sucedió y trajo ideas renovadas a este hospicio, y ella es quien

lleva ahora el timón y las directrices de esta casa, así como de su boca ya no salen órdenes y mandatos tan restrictivos, sino un poco más tolerantes, dentro del papel que ejerce esta santa institución dedicada a la beneficencia.

Nada más verla, bajo mi cabeza en una diligente reverencia, y ella, tras la habitual cortesía, me indica, con la trayectoria que escoge su mirada, que tome asiento en la silla de madera que hay junto a la mesa.

Me sonríe con ternura, algo totalmente insólito en una hermana de su estatus y jerarquía. Con voz queda y a la vez con tono firme, abre el hilo de la conversación.

—Le he estado observando detenidamente esta última semana, Margarita. Y soy consciente de que, aunque conoce perfectamente cada regla y disciplina de esta congregación, sabe cuándo hay que callar y se mueve con soltura en cada hueco de este hospicio, no está preparada para recluirse aquí —un débil suspiro sale de sus pálidos labios—; no creo que enclaustrarse entre nosotras pueda ser su mejor opción.

Un prolongado silencio se cierne en el ambiente, hasta que no aguanto más y le doy ruptura.

—No sé a dónde quiere llegar, madre. Si le digo la verdad, yo tampoco tengo muy claro dónde quiere Nuestro Señor que encuentre el asidero de sus designios…

Me mira y vuelve a sonreírme con calidez. Estoy atónita.

—Hija mía, la hermana Angélica le rodeó con un halo de protección. Y ahora que ella está ya al lado de Nuestro Señor, yo he de cumplir su última voluntad. —Se persigna, y a mí el pensamiento instantáneo que me viene a la mente es: ¿cómo? ¿Es que dejó algo por escrito o verbalizado sobre mi futuro? Estoy en vilo, pero no tarda en darme respuesta—. No me mire con esa extrañeza. Ella le adoraba y sabía que su felicidad precisaba del contacto de ahí afuera, de la libertad inscrita lejos de estas vallas resguardadas por Dios, donde los ruidos de otras gentes tienen cerrado el paso, pero usted necesita experimentarlo. Hágame caso, su defensa no reside en este lado del mundo, sino dentro de él, explorándolo allá, al exterior de esta casa de acogida.

—Entonces, me está diciendo que…

Me interrumpe con prisas.

—Le estoy diciendo que buscaré una alternativa para usted: una casa decente y piadosa, por supuesto, donde pueda salir a servir. Usaré todas mis influencias para poderla internar en alguna que no tenga en cuenta su procedencia. —Levanta de repente sus ojos como pidiendo auxilio al cielo—. No está usted hecha para esta vida contemplativa, y debo reconocerlo, pero su caridad y sus buenas

acciones han quedado demostradas, así que le aseguro que podrá desarrollar una encomiable labor en aquella casa en la que sea aceptada. —Se incorpora de súbito, insinuándome que la conversación ha tocado ya su punto final—. Ahora, déjeme sola, tengo asuntos apremiantes que atender.

Presurosa, salgo de su despacho y termino la tarea que he dejado anteriormente a medio hacer. Con los colores vibrantes del atardecer pintando el cielo en lontananza, pienso en esa vida prometida en la que seguro que puedo percibir algo más flojas las cintas que ciñen mi corsé. Aun así, con la melancolía pellizcando mis entrañas, con las lágrimas surcando mis mejillas como un río en abandono y con las astillas del miedo flotando en mi interior sin la caricia de mi madre apaciguándolo; con todo ello aplastando mis hombros, un calambre incierto recorre cada gruta de mi cuerpo, haciéndome entrever, sin ninguna venda ni velo que aminore la visión de mis pupilas, el cruel destino que las calles nos reservan muy a menudo a las niñas expósitas como yo. Por ciertas noticias que han ido llegando hasta mis oídos, he sabido con pesar de muchas mozas que, después de sacarlas del hospicio, han acabado mendigando unos reales e, incluso, hurtando aquello que les es ajeno; muchas de estas niñas, compañeras de niñez, viven ahora encerradas en casas de corrección por sus múltiples y reincidentes delitos (aunque de manifiesto esté que solo obran de este modo para continuar sobreviviendo otro día más). Pero lo que más me revuelve el estómago, haciendo que sus mariposas se agiten revolucionadas, son las vidas destejidas de aquellas otras que terminan siendo manipuladas y sometidas en lugares oscuros de lujuria y perdición, y después de eso, simplemente se evaporan, o eso es lo que estos muros me han contado en susurros. No obstante, si la madre superiora me ha comunicado que iré a servir, quiero creerla. Tengo que pensar que mis días acontecerán entre las filas de la servidumbre, para eso me han preparado muy bien aquí: ante todo, siempre servicial, demostrando pleitesía y cumpliendo el deber hacia el amo como algo sagrado.

Pronto la primavera vendrá con los campos renacidos, entre veredas salpicadas de un explosivo arco iris y con las briznas de hierba completamente reverdecidas; vendrá la suave brisa y los animales despertando de su letargo en su ciclo resucitador, las copas de los árboles rellenarán su osamenta ramificada de densa frondosidad, las plantas germinarán por doquier y resurgirán desafiando a la gravedad, y serán los ríos los encargados de desembalsar el agua destinada a morir en la mar. Quizá, pronto, la primavera consiga que los meses en los que el más triste de los inviernos ha forjado pétreo escudo en el broche de mi corazón, vayan encontrando la tibieza de esta nueva

estación para implantarla entre sus contornos vilmente descompuestos. Porque, ya muy pronto, cuando las intrépidas aguas del deshielo desalojen los caminos de maleza, podré iniciar, al fin, esta incógnita travesía mecida en la incertidumbre; podré recorrerla hasta que mi pálpito acelerado se pare tras el tupido cortinaje de la casa que, con perspicacia y pactando un acuerdo previo, ha apalabrado para mí la madre superiora.

A través de la ventana enrejada de mi celda, vislumbro las luces, y no las sombras —a las que espero no tener que enfrentarme—, de un alba nuevo que estoy a punto de alcanzar. Siento que las velas del día titilan refulgentes ante mí, aunque las que adornan el firmamento ennegrecido me invadan también con alguna que otra duda; siento que quizá logre hallar mi lugar en el mundo, a pesar de temer a todo aquello que desconozco, aun siendo consciente de que mi vida será otra, será extraña y en otro lugar, e incluso afrontando las consecuencias de que mi hogar ya nunca será este que me acogió y me protege; siento que ella me acompaña y remienda mi ventura, porque mi sitio junto a mi madre, la hermana Angélica, permanecerá encendido en el arcón que siempre ha de viajar conmigo: allá donde señalicen los cruceros, ella vivirá en mí; y es que siento muy dentro como si los efluvios de esta primavera que vendrá quisieran sumergirse entre las rugosidades de mi piel, sin poder apagar el filo de una luz perenne que me hizo recobrar el aliento ante los escombros del abandono hace tiempo, porque los años se fueron engranando unos a otros y esa chispa lumínica sigue candente hoy en todo mi ser. Algo inexplicable me musita que esta primavera ha de formar parte de mí, tanto como el alumbrado celeste pestañea incandescente en una noche clara y serena.

TERCERA PARTE

Los encajes del alma

1

TRASPASANDO LOS SÓLIDOS MUROS QUE ENCIERRAN EL HOSPICIO. PRIMERA SEMANA DE MAYO DE 1883

Detrás de los cristales, el paisaje que contemplo me abruma. Un incógnito horizonte se extiende sin tregua a lo lejos, formando una luenga franja de colores tan vivos como el mismo fuego que, a su vez, siembra la tierra fértil de semillas con su llamear candente, las cuales emergen ahora con brío en un trepidante e imparable crecimiento; coloniza cada mancha de pradera a ambos lados de los raíles, abasteciendo al abundante ganado desperdigado entre los pastos; y conquista cada uno de los vértices del relieve de la montaña, cuyo perfil se adivina recortado en el cielo claro de este nuevo día. Amanece sin nubes que vislumbrar, sin una remota posibilidad de que el cielo llore hoy su cortina de lluvia, porque parece que los ardientes rayos incidan, en cada punto del camino, conjugando una amalgama de explosivas tonalidades al paso veloz del alba.

No cabe ya en mí tanto entusiasmo esta mañana acariciada por una suave brisa que se columpia en mis mejillas, e incluso quiere posarse en los recovecos de mi estómago, produciéndome un vértigo donde conviven la emoción y el desasosiego al mismo tiempo. Aunque llevo varios días intentando asimilar este crucial momento, calmando mi inquietud —acunándola en la isla de mis adentros concienzudamente —; ahora mismo que es cuando estoy participando de él, ya no puedo contenerme, porque mis nervios se han disparado como si, al igual que una simple piedra montada en una rudimentaria honda y arrojada al vuelo, fueran lanzados sin ton si son ni compás aparente. Y es que me incitan las ansias de saber a dónde voy y los deseos de conocer lo que se encuentra al otro lado de mi mundo; un lado inhóspito y desconocido para mí, ya que jamás he osado cruzar el puente que separa el recinto del hospicio y que nos protege con esas murallas de Dios que tan bien cimentadas están desde hace varios siglos. Nunca he traspasado el amplio portal que nos distancia de ese otro orbe sin explorar: ese umbral enigmático que fluye de trasiego y en el que la muchedumbre más andrajosa, los menesterosos que deambulan por las calles y los pobres de solemnidad que requieren de las limosnas compasivas de la gente, debe arrastrarse ante aquellos

impecablemente vestidos a los que parece que hayan atado un antifaz a sus ojos, inmutables y ciegos como están. Seguro que mi confesor calificaría este pensamiento de impuro de corazón, aunque la razón esté de mi parte; aun así, por si acaso, me santiguo un par de veces y beso con devoción el crucifijo que pende de mi pecho (legado de mi madre, la hermana Angélica).

Este día tenía que llegar. Además, se ha convertido ya en la más anhelada de mis necesidades, puesto que cada insignificante esquina, recodo o pasillo del claustro retrata, con absoluta nitidez, a mi querida hermana Angélica. Por eso, tenía que poder respirar pronto el aire de otro lugar que no estuviera impregnado de ella; quería guarecerla como un codiciado tesoro en el ropaje de mis recuerdos, pero igualmente añoraba desatar de mí el dolor incrustado tras su pérdida. Y lo mejor era hallar una gruesa línea de desconexión en un entorno diferente. Todo para cubrir los cortes de mi corazón que, quizá sin llegar a sanar siquiera, su dolor puede que poco a poco remita y se alivie bajo esa cáscara que añade el continuo crepitar del tiempo.

Este día, donde el rutinario andar se transforma en algo inédito hasta la fecha, ha llegado como un vendaval imposible de frenar. Todavía bajo un cielo opaco revestido con el velo del azabache y prendido con agujas de marfil; todavía con la aureola de la luna como único guía, y orientándonos a través de la estela desplegada por un esplendente mosaico de estrellas, hemos salido presurosas del hospicio la madre superiora y yo. No he podido remediar, casi en el último instante, girar mi rostro y volver la vista atrás por una vez más. (Dicen que cuando emprendes un viaje con la incertidumbre colgando de cada marca de tu piel, te sucede eso: sin preverlo ni pensarlo, tu mirada vuelve a sus orígenes, como si quisiera retener en los canales de la memoria cada décima de segundo transcurrida allí, donde has habitado hasta entonces). A ciencia cierta, sé que no retornaré. He revivido, a vista de pájaro, la severidad y los castigos que han envuelto con una capa de espesa umbría mi pasado en el hospicio. No he conocido otra vida que la otorgada tras estas paredes en penumbra iluminadas por el Señor. Toda mi existencia se halla contenida en el orfanato como si estuviera taponada en un jarro de agua fría, salvo los momentos felices que he sentido porque fui recogida por un alma bondadosa y caritativa: aquella que, aunque no sea la verdadera, para mí significa tanto que es exactamente igual que si hubiese sido gestada en su vientre. Con ella junto a mí, no me sentí huérfana como el resto de las niñas; sin embargo, su ausencia me llevó a experimentar esta completa orfandad que me sacude el corazón, hincándole los colmillos del lamento.

Tras ese último vistazo a lo que ha constituido mi casa durante estos catorce años, nos hemos encaminado con premura a la estación

del ferrocarril. He llegado mareada, como flotando en una esponjosa nube, porque ha sido la primera vez que he cruzado calles y callejones, mezclándome entre el gentío e inspirando las densas volutas de humo que invaden el ambiente e inevitablemente manchan la ciudad de toxicidad fabril, oscureciéndola. Por no decir que, asimismo, al arribar en la estación, una asfixiante chimenea de vapor se ha elevado cuando he vislumbrado, ya de lejos, la locomotora: es una columna gaseosa regurgitada continuamente por la maquinaria de los trenes que inflama el aire con su gris efervescencia, y, además, fruto de la turbia emanación que expulsa, en los andenes, he visto incluso a pasajeras y pasajeros cubriéndose el rostro con sus pañuelos, sin duda, debido a que una prolongada espera podría convertirse en algo casi irrespirable. De hecho, tal amarga sensación, me ha llevado a toser repetidamente hasta que hemos subido por la escalerilla del vagón que teníamos asignado y, ya embarcadas dentro, ese escozor en la garganta ha ido palideciendo hasta el momento de iniciar esta travesía de larga distancia; pero, eso sí, conmovedora por la estampa de paisajes que regala a mis ojos y a mi pálpito, y se recrea entre los impulsos de mi mente. De todos modos, he nacido en este tiempo de máquinas y velocidad a niveles inusitados, que aceleran el vivir tranquilo al que la mayoría estaba habituada; en cambio, también asistimos a una época clave para el progreso a través de la inabarcable inventiva que nos acontece y nos rodea. Lo estoy viviendo hoy; y hoy es un claro ejemplo de ese gran avance del que hablan de una urbe a otra.

La madre superiora me acompaña hasta que tomemos puerto en Zaragoza, y aprovecho este rato en el que ella descansa, para poder admirar este albor del día en toda su magnífica plenitud, así como en constante movimiento, hasta que un incómodo ruido de fondo ha dejado a mis oídos carentes de su sutil sentido.

Tan embelesada y ensimismada estoy con el fascinante paraje que se refleja en mi retina y me colma de armonía, que casi no me he dado ni cuenta de que la madre superiora se ha desperezado y se ha unido a este mismo mirador. Durante el resto del trayecto comparte conmigo sus vivencias —lo que nunca ha hecho; es algo absolutamente imprevisible viniendo de ella—. Me relata minuciosamente los avatares de sus muchos viajes y, mientras, yo me quedo embobada escuchándola; porque, aunque es una mujer mucho más amable que la anterior madre superiora que tuvimos, y no ha dado muestra alguna de hostilidad hacia ninguna huérfana hasta ahora, al contrario; aunque así sea, aunque tenga un carácter más abierto, su alta misión en este estado terrenal es saber imponer el orden, ejerciendo la jerarquía institucional con su probado mandato de gobernación. Por ello, me parece muy raro oírla hablar con tal elocuencia de sus tareas

administrativas. Desde luego que, implícito en su gobierno del hospicio, entra también su forma de manejarse: ser una mujer determinante y con decisión, así como la de conocer otros lugares y geografías dispersas aquí y allá; funciones improbables e impensables para cualquier otra hermana. A decir verdad, a mí me atrae esta familiaridad y cercanía que hoy me ofrece.

Nos apeamos y, antes del definitivo adiós, la madre superiora deposita con cuidado en mis manos un paquete que, durante todo este viaje, ha llevado atado con una cinta y envuelto en papel de periódico.

Intercepta mi cara de estupefacción y me habla con su voz cadenciosa.

—Ábralo, Margarita. Sin miedo. ¡Venga!

Sus dictados son órdenes para mí, lo tengo bien aprendido, a pesar de su afabilidad. Así que no me demoro más y desato la cinta con delicadeza.

—¡Oh! ¡Es un cuaderno de dibujo! ¡Con su lápiz de carboncillo! —Me oigo decir extasiada.

Levanto la mirada, que se cruza repentinamente con la de la hermana y me penetra fulminante.

—Debe ser muy cautelosa con las láminas, ya que no va a poder usarlas cuando le plazca, sino solo en diminutos momentos de soledad que igual ni siquiera consigue tener para sí. —Desvía su mirada hacia las vías y vuelve a fijarla en mí—. Es un obsequio que le legó la hermana Angélica. Ella, de alguna manera, auguró su destino en pro de servir a alguna gran familia, y sabía que este instante presente iba a acaecer, ya fuera tarde o, más bien, temprano.

Sonríe mientras toco la textura de las cuartillas de dibujo, que amarillean levemente.

—No es un cuaderno nuevo, Marga. Según tengo entendido, y tal y como me lo explicó en su día la hermana Angélica, ella misma compuso esas láminas de dibujo con sus propias manos para ofrecérselas como presente. Fue cuando todavía era usted muy niña y no sabía discernir un dibujo de otro, ni la capacidad ilustrativa que albergaba se podía predecir, aunque ella ya intuía su talento —posa su brazo sobre mi hombro—; de hecho, la idea le surgió cuando usted empezó a sombrear sus primeros bocetos en el papel; cuando plasmó aquellas controvertidas figuras y contornos que tanto encolerizaron a la madre superiora que me precedió.

Mis cuerdas vocales se acaban de obturar, las palabras han quedado atrapadas tras de sí. Y mis ojos de miel de colmena se han tornado vidriosos, intentando retener con todas mis fuerzas su caudal; un objetivo imposible de cumplir. Como cabello arremolinándose sobre la almohada, mis lágrimas han fluido veloces, desperdigándose y empapando las suaves facciones de mi rostro. Gotas condensadas de

una añoranza que ya no podrá restaurarse; gruesas agujas de pena por una pérdida irreparable, incluso para el mejor herrero que pudiera subsanar sus incisivas aristas, soldándolas y ensamblándolas en su estado original.

Nunca hubiera pensado en hallar cierto consuelo a mi dolor por la hermana Angélica y mi incierto camino sin ella a través de la madre superiora; pero ahora, al notar su cuerpo abrazar con sinceridad el mío, me queda claro que también ella formará parte de los ungüentos que han untado mi pasado y cada resquicio remoto de mi trayecto terrenal.

Me dirige después hasta la parada de la diligencia; a partir de ahora, me quedo completamente sola, sin amparo ni abrigo de nadie hasta varar en mi destino.

Roza mis facciones con sutileza, con gesto tierno, con natural afección, y luego una sombra de seriedad tiñe su semblante de repente, sin aviso. Aunque, por descontado, imagino que aquello que a punto está de escapar de sus labios, será lo último que mis oídos han de percibir, y escucharán, y asimilarán sobre la marcha, antes de reanudar esta ruta que me aleja de todo lo conocido, de toda la cartografía que ha modelado mis instintos hasta hoy.

—Aquí termina nuestro viaje juntas. Me voy a quedar unos días en Zaragoza para hacerme cargo de unos asuntos pendientes. Si pasara algo que debiera saber, que no tendría por qué ocurrir nada extraño, estaré alojada en esta dirección —me pasa un papel garabateado con las señas—, pero no tema, porque todo va a ir a pedir de boca, Margarita. Aquí se bifurcan nuestros caminos. Sé que estará bien, que se adaptará rápidamente a los ritmos de esa casa; no obstante, no olvide que en el hospicio será siempre bienvenida.

Podré tener las puertas abiertas en el hospicio si algo no sale como es de esperar, lo sé; sin embargo, una luz interior parpadea dentro de mi ser, con fuerza y voluntad, vigorosa, diciéndome que mis días en el orfelinato son agua de un tiempo rodado que no volverá.

El llanto regresa colmándome de emociones guardadas que no he podido reprimir al despedirme de la madre superiora; ella no relaja su postura, no humedece sus mejillas y permanece inmutable ante las miradas escrutadoras que nos rodean, pero veo en sus ojos una fina laminilla acuosa y la huella evidente de su palpable sentir, en cambio. Luego, reemprendo la marcha en la diligencia notando sus forzados vaivenes y el continuo traqueteo bajo mis pies. Primero me encuentro absorta y pensativa, recomponiéndome aún de la reciente despedida y con la mirada ausente durante largo rato, hasta que empiezo a divisar una estampa multicolor, llena de matices, que baila iridiscencias en el foco de mi retina.

Me adentro por unos senderos donde el bosque lo ocupa todo, es

cada vez más frondoso, condensándose en un tupido terciopelo rebosante de pigmentos e inabarcable, sin fondo ni fin que se atisbe; robles y pinos conforman el habitáculo de pequeñas aves que expanden sus livianas alas con tal extravagante exhibición, que parece como si estuvieran emulando a los ángeles que levitan por el reino de los cielos; impresionantes montañas —al menos para mí, que las únicas que he podido observar son las que he entrevisto desde la ventanilla del tren, y estaban, desde mi perspectiva, como encogidas por una lente en lontananza— que escarpan el abrupto terreno con sus oquedades, arroyos y torrenteras, manando de ellas sus espejos transparentes de aguas limpias; y un peculiar pájaro, tan acrobático como exótico, que, aunque no he podido identificar (muy a pesar de haber leído bastantes tratados de ciencias naturales en el hospicio, estos siempre en perfecta armonía y relación con la doctrina cristiana inculcada y con la rigurosa educación recibida; afortunadamente, mayor que la de muchas niñas de clase humilde: las pobres ni siquiera tienen la opción de aprender las letras ni las reglas más sencillas del cálculo), me ha ofrecido un desfile de giros y movimientos simultáneos, pavoneándose con su vibrante cromatismo, como si quisiera destacar en un festejo de tornasoles, igual que si fuera un prisma absorbiendo el estallido de toda esa amalgama de tonalidades dispuestas entre sus plumas, dúctiles y etéreas.

Noto cómo una embriagadora fragancia llega hasta mí; cómo los sonidos de una orquesta forman eco entre mis sentidos; cómo mi boca se hace agua, queriendo paladear la dulce y deleitable miel de lo que presiento que debe de ser un abejar, al pasar justo a su lado; cómo la textura de estas flores de mayo abiertas a la caricia del sol, parece asemejarse a una vasta hilera de seda perfectamente ordenada; y cómo todo lo que veo, todo lo que soy capaz de captar, se enardece tejiendo un espectacular y bellísimo tapiz, que ensalza, sin que lo haya pretendido en absoluto, las saetas que marcan mis ritmos interiores, atravesándolos, que mi alma mantenía aletargadas y que mi espíritu había retirado a un lugar inabordable hasta para mí misma.

Tras el ajetreado transporte en diligencia, hago transbordo en la calesa de la familia a la que serviré con deferencia. Un anciano cochero fustiga a los caballos y avanzamos prácticamente al galope. Con el cuaderno de dibujo de la hermana Angélica, con su crucifijo y con la medalla colgando de mi cuello —que no deja lugar a dudas de la casa de asilo para niñas abandonadas y desamparadas de donde provengo— como únicas pertenencias, me apeo del carruaje. Muchas de las casas que he divisado a lo largo de todo el trayecto portan su escudo de armas sobre el arco de entrada, en sus fachadas, y esta a la que me han destinado, no lo es menos. Me aproximo dubitativa, avanzando tan solo un paso, el cual afronto con algo de timidez. Sin

equipaje que acarrear me siento ligera; nací desnuda y huérfana de toda carga, solo las experiencias vividas están contenidas en el baúl de mi corta existencia, no figura ningún ajuar, porque vine al mundo desprovista de todo, en completa orfandad, con las manos vacías y sin puntillas que poder urdir, ni para mí ni para nadie, lo único que arrastro y me impregna es una ilimitada soledad.

Una señora del servicio se adelanta a recibirme y, tras ella, se acerca precavida otra mujer; deduzco que esta segunda es de postín: sus refinadas maneras, su sofisticación y compostura, así como su ostentosa indumentaria la descubren a la legua.

De pronto, y aunque con las hermosas vistas del boscoso paisaje he conseguido ahuyentar todos mis miedos, relegándolos al pozal de los desperdicios, un pánico atroz, inexplicable e indescifrable como nunca he conocido me invade sin remedio. Mi piel se eriza y mis fluidos se congelan vertiendo hielo por todos y cada uno de mis recónditos abismos. Sin embargo, mis latidos acelerados comienzan a ralentizarse al verla a ella ya de cerca. Sus ojos me hipnotizan; es como si se escondiera un diamante esmerilado detrás y, no sé muy bien por qué, pero esa mujer, en apenas un suspiro, ha logrado tranquilizar mis sobresaltos igual que si me hubiese cedido una barca flotando en acompasada calma.

2

ATRAPADA EN EL ESPEJO ROTO QUE USURPA EL ALMA. ENTRE LA TIBIEZA DE LA PRIMAVERA DE 1883

Me preparo para la función. Dentro de un rato, la cortina irradiada por el sol se irá esfumando, destejiendo el firmamento de su faro protector y tibio en esta época del año, vendando la gasa transparente del cielo y trocando la erupción del día en noche imbatible, como atrapada por las fauces de un agujero negro; y cegándonos a cada paso como en un pozo de aguas tiznadas por el carbón. Porque, en breves instantes, el ocaso irá apagando cada candil encendido que encuentre, mientras que en este lugar que venera la lujuria y que se dedica a toda clase de vicios conocidos, así como también a los que aún quedan por inventar, se encenderán las tenues y titilantes luces del color brillante de las pasiones más exorbitadas; lámparas tan sensuales como el rojo atrayente de mi carmín, que iluminan el salón cuando el horizonte atisbado cierra sus párpados.

Me arreglo con esmero ahora enfrentando mi rostro al de este espejo, tan ajado como yo misma, en el que he ido perdiendo la noción de aquella Azucena que un día fui. Tras su ovalada circunferencia, con un marco de tosca madera aprisionándole en los extremos, solamente puedo ver el reflejo de una Dalia cada vez más consumida y demacrada. En él, únicamente residen las mil caras de la mujer que actúa, y que ha aprendido a sacar el máximo provecho posible de su lozano cuerpo; en él ya no figura la mujer que quedó atrás, quizá, en un destino contrapuesto en el que no estaba previsto ni señalado el romperse en jirones al mirar su imagen desdoblada frente al espejo del alma, que nutre el músculo de los sentimientos: hoy contraídos, mañana dilatados, siempre tensionados.

A pesar de que el reloj de arena ha forjado un desierto para mí, rellenando mi corazón con el polvo de los eriales, el tiempo es una abstracción irremediable a la que todas las personas nos sometemos. Tampoco para mí se ha detenido, aunque a menudo me hubiera gustado saltar a otra dimensión y estar arropada por los flujos de la invisibilidad, al igual que los fantasmas, pero no ha sido así. Los recovecos del tiempo han ido fraguando las heridas de mi vida, intentando si no subsanar alguna, por lo menos, borrar sus latigazos

hasta taparlos en la caja del olvido. Aun así, todavía puedo escuchar a diario el hilo musical de la nostalgia; es una composición que abre mi conciencia, para que el letargo del camino andado no deje ni abandone nunca en un segundo plano a la Azucena que fui. Y es que mi voz interior es muy caprichosa, a veces incluso se excede en demasía, porque le gusta traerme la partitura de un nombre que ya no consta en mi cartilla y que, a la vez, hizo añicos hace tiempo este quejumbroso espejo que solo me permite peinar y adecentar a Dalia.

Constantemente, pienso que la vida que nos acecha es un corredor sin fondo, como un largo pasadizo obstruido, como un laberinto sin salida y como una impenetrable madrugada silenciosa y oscura, tanto o más que la guarida de una loba. Al menos, es la existencia a la que yo fui arrojada por una sociedad hastiada de prejuicios, hipócrita e inmisericorde. Antes, cuando mi mente divagaba por el carruaje de los años transportados, igualmente me pinchaban las zarzas del dolor, pero lo sobrellevaba mejor, con más voluntad y valentía. Ahora sé que, en ocasiones, me hundo entre sombrías cavilaciones, y es bastante factible que la causa se deba a mi avanzada edad, que corre sin freno mucho más rápido que para cualquier otra mujer que no ha desempeñado las artes amatorias, ni ha explotado jamás las proporciones de su cuerpo, ni se ha visto, además, vilmente obligada a engrosar la faldriquera de la dueña de la mancebía sometiéndose al sexo venal; fruto este de las cuantiosas ganancias de amas como doña Begonia.

En ciertas y citadas circunstancias, me pregunto (mi cabeza se obstina en no parar de dar volteretas; supongo que una mente sembrada y el haber recibido una culta educación sería la explicación, algo no muy usual en las mujeres de mi particular condición) qué hubiera sido de mí en otra vida diferente, en un plano paralelo, distante y contrario a este, sin sobresaltos ni desvelos. ¿Hubiera estado mi corazón diseccionado con las velas de la completa felicidad, de una dicha embriagada por la alegría y carente de fracturas? ¿Se hubiera comportado mi espíritu con sosiego, conformándose con las nubes de un mar en calma, relajado y flotando en laxitud? Mi luz interior nunca ha osado aventurarse a responder, sin equivocarse, a estas enmarañadas cuestiones. Obviamente, es una llama incandescente que mantiene mis sentidos a raya. Creo que, si el eco que resuena en mis adentros acabara marchitándose, mi maltratado tallo se deshojaría e iría detrás, cayéndose por el escarpado acantilado de la amargura.

Sin embargo, y aunque desearía volver atrás y cambiar las herraduras que incendian mi destino transeúnte, sé que una trashumancia de tal calibre nunca ocurrirá. Naturalmente, esperaría despertar de este luengo sueño que me ha cercenado entre sus malévolas redes, puedo aseverar, en cambio, que es imposible. Me ha

tocado reinventarme en esta existencia usurpada por los hombres, que no me pertenece, que ni es ni ha sido nunca mía; he timoneado la sed de sus más bajos instintos, como si yo fuera un hermoso diván al que pudieran rasgar su terciopelo en cualquier momento; y he tenido que asentarme en una vida que no era la elegida, levantándome cada día y subsistiendo para poder empezar el siguiente. Quizás, los profundos lamentos del principio sigan incubándose adormecidos en alguna parte inabarcable de mi ser, donde algo se hayan mitigado por algún incomprensible modo; tampoco ningún fervor entusiasta ha calado en ninguna parte de mí que, muy en contra, ha estado escudada siempre en una roca tan maciza como la concha de los moluscos.

Hoy nos toca danzar conjuntamente. Me uno al espectáculo con las pupilas de esta casa de perversión, en la que vamos a representar las voces de una particular ópera que, por supuesto, nadie encontrará en el cómodo palco de un teatro.

Ya es la hora cumbre; salgo a escena como actriz principal seguida de todas las lozanas pupilas, a las que algún día la belleza las abandonará también, mostrando su prematura vejez. Esta obra es el deleite de todos los varones que frecuentan el lupanar. Se quedan como si entraran en un estado de hipnosis inducida, volviéndose completamente locos y ebrios de placer. Nosotras sabemos cómo provocar esas reacciones en ellos, que se excitan al ver las caricias, al presenciar todas las insinuaciones sexuales que nos proferimos unas a otras mientras bailamos; nuestra conducta se vuelve más pecaminosa que nunca si cabe, porque logramos que su lasciva mirada no se despegue de nuestras zigzagueantes curvas cuando les enseñamos que el placer prohibido también existe entre nosotras mismas, ya que aquellas que ellos categorizan como el sexo débil, no lo es, ni mucho menos, ni lo somos ni lo seremos nunca: nosotras sabemos amarnos entre sí tanto y tan bien como ellos, siendo nuestras capacidades exactamente iguales en cualquier aspecto, este inclusive. De hecho, aunque yo siempre he sido una loba solitaria, emulando a la loba de ojos verdes que habitaba Altospinos, a lo largo del tiempo he visto cómo se han amado, y continúan haciéndolo, algunas de mis compañeras de profesión. Se desean y se aman por encima de todo, hasta la saciedad, algo que los matrimonios convencionales nunca rozarán; pero, en cambio, ellas se regalan un amor sincero e indestructible que ni siquiera el lecho ajeno con los clientes les robará jamás. Comparadas conmigo, son muy afortunadas, lo sé. A mi edad, ya no es fácil estar sola, sin nadie a quien abrazar de verdad, con quien afrontar los obstáculos; sin nadie en quien confiar.

Me concentro en el ritmo de este baile sexual y sensorial hasta que, inesperadamente, me quedo paralizada. Con la mirada fija en un punto exacto del salón y completamente atónita. Si fuera una estatua

no habría sabido petrificarme de mejor manera.

¡Es imposible, no puedo creerlo!

Noto cómo mi respiración se acelera marcando un compás trepidante. Me falta el aire, a pesar de que apenas me cubren unas gasas. Cúmulos nubosos comienzan a deslizarse por cada esquina del salón, emborronándolo todo. Me ahogo, me asfixio, ¿qué me está pasando? El rostro libidinoso de los hombres se duplica ante mis ojos, y las luces rojas parpadean a mi alrededor hasta que mi vista se convierte en bruma negra como la hulla.

Recobro el conocimiento viéndome postrada en mi lecho: me he desmayado del impacto y he permanecido unos minutos fuera de sí.

Han pasado varios días desde que tuve el percance. Doña Begonia creyó que se debía a que pudiera haber estado desnutrida, pero yo sabía con absoluta certeza que no era así, que el origen era otro —callé y me lo guardé para mí—. Vino a examinarme el médico higienista que se ocupa de nuestra salud y, tras un exhaustivo reconocimiento, lo corroboró: «Solo ha sido un vahído sin ninguna importancia. Nada de lo que hubiera que preocuparse».

Ahora doña Begonia está sentada en el borde de esta cama, de la que no quiero volver a salir; espera que le demuestre mi confianza y le confiese qué es lo que me ocurre realmente, qué me atormenta.

Me mira con esos ojos escudriñadores de gata malvada y recelosa.

—Me lo vas a contar todo, Dalia. ¿O es que quieres que te lo saque a la fuerza? ¿Por qué tratas de esconderte aquí, así, de repente? —Suaviza un poco su ronca voz—. Sabes bien que no nos podemos permitir ningún desaire con nadie. Se ve a la legua que ese hombre, el que intuyo que provocó tu estrepitoso aturdimiento y te ha llevado a encerrarte, es de postín. Canta a distancia que tiene posibles; no lo puedes rechazar, Dalia. Lleva varias noches queriendo pagar por ti una desmesurada suma, y este burdel tiene un prestigio que sustentar.

Le interrumpo con los ojos vidriosos a punto de explotar en mil lágrimas ahogadas.

—Pero… no puede ser, no con él, te lo suplico. Me conoces bien y tienes la absoluta constancia de que jamás he apartado a un hombre de mi lecho. Es más, he tenido que arreglármelas con hombres violentos y obscenos muchas veces. ¿Y he protestado? Nunca. Mis desgracias anidan únicamente conmigo, no puedes negar que siempre he evitado hacerte partícipe de ellas. No te he involucrado, así que déjame que esta vez rechace la oferta de ese caballero, por favor.

Por un momento, pienso que la estoy convenciendo, pero enseguida su torva mirada penetra en la mía.

—No lo voy a consentir, Dalia, de ningún modo. Sal de la cama, perfúmate y píntate con tu mejor maquillaje, porque en un rato lo

traeré hasta ti, y has de estar deslumbrante.

Después de imponer su inquebrantable sentencia, se incorpora, gira ufana sobre sí misma y se marcha.

Contengo como puedo mis emociones, que están a punto de desparramarse por cualquier rincón, y me acicalo como tantas otras noches, coronando mis cabellos con la peineta de carey que me entroniza en este burdel.

El chirriar de la puerta me saca del ensimismamiento y, justo cuando se abre, su mirada se fusiona con la mía y me corta el aliento, al igual que una tormenta en alta mar revuelve de aquí para allá a todos los moradores de un barco, y luego tambalea al mismo como si fuera de papel, acompañándolo de los sonidos de un feroz viento que es capaz de lanzar sus gemidos en medio de la tempestad.

3

ATRAPADA EN EL ESPEJO ROTO QUE USURPA EL ALMA. DÍAS PRIMAVERALES DE 1883

En este mismo instante creo estar atrapada en una tensa urdimbre que estira y afloja mis sentimientos de un lado a otro, haciéndolos pedazos y dejándolos ausentes, sin posibilidad de recomposición alguna. Creo estar flotando en un mar agitado, encrespado y zarandeado, de tan bravo oleaje que me vuelvo a sentir mareada, aunque esta vez logro guardar la compostura y me mantengo en pie. Creo estar viviendo envuelta en un idílico sueño que se desvaneció hace tanto, que no consigo encajarlo en la huidiza pieza de mis somnolientos recuerdos. Es como si estuviera dormida y azorada, oscilando en una dulce cadencia que quedó aprisionada en las vetas del pasado; es como estar naciendo de nuevo a otra vida muy distinta a esta que mi sino me tenía reservada, y que he tenido que pasar lamiéndome los lamentos, que aún siguen escurriéndose en mi cárcel interior; es como si, de forma súbita, todos estos años encadenada al crujir constante del lecho, hubieran desaparecido, trayéndome aquella anhelada existencia que nunca me dejaron vivir; es como si, ahora mismo, estuviera vagando en la nebulosa de un paraíso imaginado, pero que, en cambio, regresa para azotarme y hacer que mis profundas heridas sangren de nuevo, derramándose en un limbo que no lo es tal; porque es real y estoy despierta.

Él me mira; me penetra con esa mirada suya tan añorada e inconfundible que no he olvidado nunca, a pesar de los múltiples pesares que me han acechado, sacudiendo mis sentidos.

No puedo evitarlo: cruzo mi mirada con la suya y nuestras pupilas se dilatan al unísono, queriendo bucear en los ojos del otro, retener este momento y atesorarlo con radiante llave dentro de nosotros mismos, para que no se nos vuelva a escapar y no se evapore ni pueda desertar de nuestras entrañas.

Comienzo a verle entre una línea de olas borrosas, que ya enturbian mi visión, pero me aguanto como puedo: no quiero que un crecido río de lágrimas agridulces ruede, indómito, empapando mis mejillas.

Reconozco su voz cuando musita:

—Azucena… Aún no puedo creer que verdaderamente seas tú. No

podrías siquiera imaginarte lo que me ha costado, por fin, encontrarte. Te llevo buscando toda una vida…, hasta en los más remotos lugares intenté seguir tu rastro. Y nunca logré hallarte hasta…

Le tiembla la voz al hablar e intenta acercarse despacio, con reserva y prudencia, pero no se lo permito. No puedo hacerlo. Coloco mis brazos delante de mí como escudo y, con una voz completamente quebrada, le digo con el menor titubeo posible.

—No, Amancio. No puedo siquiera asimilar tu presencia. Todavía no, no estoy preparada para esto. Me cuesta verte y pensar que eres una imagen real, que no eres fruto de un delirio mío. No puedes aparecer ahora así, después de tanto tiempo sin saber absolutamente nada y precisamente aquí. No puedes retornar de entre los muertos y plantarte ahí, frente a mí, como si nada hubiera sucedido; como si no hubiera pasado ante nuestros ojos una vida casi entera. No sé cómo has dado con mi paradero ni a qué has venido exactamente, solo te pido que no intentes rescatarme, si es que era esa tu idea, dada la fortuna que has pagado a la dueña por este rato. No, no intentes rescatarme —un largo suspiro me hace interrumpirme—, ya no soy Azucena. Hace mucho que renuncié a ella; ahora solo soy Dalia, una mujer de mundo que vende su cuerpo para subsistir en esta tierra regada por la injusticia y el sufrimiento, nada más que eso. Solo puedo ser ya Dalia.

Sus ojos se agrandan, atónitos y desconcertados. Sé que va a intentar convencerme de algo, lo veo en él. Muy a pesar de que la losa del tiempo nos sepultó a ambos, puedo entrever aún sus pensamientos. Por eso mismo, le aparto de mí y prosigo mi discurso con una voz impasible y contundente.

—Vete. Mucho tiempo hace que dejé de creer en la existencia de los espíritus o las ánimas errantes. Te lo advierto: no vuelvas por aquí. Este no es lugar para ti —le miro de arriba abajo y repaso su refinado porte, de toque burgués—; no es el lugar apropiado para un nuevo señor venido de menos, de lo más bajo, a más.

—Pero, Azucena, dame la oportunidad de explicártelo. Te contaré todo, de verdad. Yo siempre… siempre te he querido…

Alzo mi voz en un fuerte chillido, conminándole a marcharse.

—¡Por favor, Amancio! Si aún conservas algo de dignidad, ¡apiádate de mí y no me lo pongas más difícil todavía! ¡Márchate de aquí y no se te ocurra volver!

—Escúchame, Azucena…

No le dejo terminar la frase. Me impongo rotunda y, con tono grave e inquisitivo, le obligo a irse.

—¡Vete de aquí! ¡Fuera! ¿Me oyes? ¡Sal de este antro y no vuelvas a venir nunca! ¿Me estás escuchando? ¡Nunca jamás!

Agacha la cabeza y baja la vista fijándola en el suelo embaldosado,

como si fuera un débil corderillo listo para la matanza.

Cuando sale y cierra la puerta tras de sí, exploto. Pero ¿cómo puede revivir el aura de un espectro lanzándose hacia ti una vez más, arrollándote con sus demoledores susurros? ¿Cómo puede suceder que un día cualquiera, un día inesperado como hoy, tras lustros de cautiverio, aparezca surgida de la nada la vida que perdiste, los sueños que imaginaste crecer y el sólido tronco por el que pensabas trepar para construir una torre de ilusiones junto a tu amor verdadero, que creíste pereciendo bajo la húmeda tierra, sepultado hace mucho entre el polvo? Pero ¿cómo me puede estar pasando esto a mí? ¿Cómo puede ser que Amancio haya vuelto a la vida, y que haya entrado otra vez en mi vida, si pensé que sus huesos estarían enterrados a saber en qué lugar?

Contemplada bajo los huecos de mi memoria, la exquisita miel que un ayer lejano relampagueó en mi estómago, haciéndolo zumbar con el hálito del devenir esperado, se fue cubriendo de mugre, marchitándose hasta que se transformó en un trozo de hiel, empalagoso y congelado. Sin embargo, ahora veo, detrás de esas oquedades que habían quedado en pausa, brotes de un nuevo retumbar que inunda el cuenco de mi vientre, removido con los vestigios de un engranaje memorístico que acaba de saborear esa miel anquilosada, que torna y se rehabilita, vertiéndose en el panal de mi alma amurallada.

Siempre he creído —o me he obligado a creer— que había cimentado unas barreras tan altas en mí misma, que ya nadie nunca lograría traspasar; pero me equivoqué. Han caído sin más, de forma abrupta y con resonante estrépito. Se han deshecho, formando surcos indomables de rabia y dolor en mis más hondos adentros. Quise teñir mis días con piedra revestida de mármol, recubierta de granito y cercada de compacta mampostería, pero, aun así, el pasado ha regresado repiqueteando en mis sienes y segando el envoltorio de mi corazón, sin buscarlo ni pretenderlo ni desear que ocurriera (por lo menos, es evidente que pasó así: hace ya demasiado mis esperanzas fueron fraccionándose, una a una, y una detrás de otra, hasta quedar reducidas a imprecisas parcelas cuya remodelación era algo totalmente imposible).

¿Qué voy a hacer ahora? Pensé que la armadura con la que había soldado las mucosas de mi palpitar, sería siempre inquebrantable, que nunca podría venirse abajo como una escultura de arena arrebatada por la fuerza imperiosa del mar; erré al pensar que sería indestructible, que mantendría a mis sentimientos a salvo, ahora lo sé. ¿Y qué puedo hacer entonces, si siento una agonía en mi pecho que me atenaza al respirar y ha abierto las acequias de mi llanto como una presa queriendo desembalsar?

Llevo días desvelada, rumiando la carga de mis pensamientos, sin saber si necesito volver a verle y poder cerrar esa página de una vida que otros demolieron. Y que nunca pudimos navegarla juntos, amándonos como nos amábamos sin mugas ni pilones cruzados en el camino: únicamente fueron sus traviesas, las que él, el maldito innombrable, nos puso por delante, las que lo entorpecieron de tal modo que lo cortaron de raíz. Él hizo que nuestra senda elegida se desvaneciera sin poder hacer nada, sin poder rescatar esa guía y ese punto solamente nuestro que nos mantenía unidos, fundidos el uno dentro del otro como si fuéramos un solo y único ser sintiendo lo mismo; él hizo que no pudiéramos sortear esos odiados travesaños y termináramos descarrilando, cada uno de nosotros dos teniendo que soportar el entierro —en vida— de un destino que no estaba rubricado con la huella de nuestros pasos, ni tampoco en el cauce de nuestro transitar conjunto.

El ocaso vuelve a languidecer las horas de este día, inacabable y eterno al igual que los anteriores, mientras me devaneo entre estas afiladas meditaciones que me dañan el espíritu. Yace en mis manos su nota. Me la trajo el otro día doña Begonia explicándome que él la había dejado por si en algún momento cambiaba de parecer. Solo está anotada su dirección particular, claro que, por el emplazamiento donde se ubica, una zona distinguida de la ciudad, ya no es aquel menesteroso salido de la inmundicia de la calle que recogió en su día el cochero de nuestra casa familiar. Así pues, ha sabido acicalar su presencia portando la fachada de todo un señor de buen nombre, y aunque todo el mundo sepa quiénes son esos nuevos ricos con dotes aprendidas en el círculo de los negocios, y no en el del prestigio y el honor con que se reverenciaba antaño y hasta no hace mucho; aunque en realidad dé la impresión de que ahora ocupa un lugar semejante a aquel del que yo deserté como una proscrita, me alegro de veras y verdaderamente por Amancio, porque, al fin, lo ha conseguido y puede habitar una vida con menos sacrificios, lo cual es encomiable, toda una hazaña para alguien que ha luchado desde los niveles más subterráneos.

Es la primera vez que veo sus letras talladas con fino detalle en el papel y, solo al pasar mis apergaminados dedos notando el sutil relieve en su textura, me recorre un rayo gélido que a la vez rebosa de éxtasis y frenesí, pero es una sensación esquiva, tal vez tan solo haya durado algún segundo, porque retiro la mano de inmediato. ¿Qué me ocurre, es que está intentando poseerme aquella Azucena que fui, ya olvidada, al menos, tras el espejo quebrado que reluce en Dalia?

Quizás los efluvios de aquel ayer colmado de dicha anhelan penetrar en mí, completar esas casillas de aquella que fui y se perdió

entre la bruma; quizás aquella inconcebible niebla que no dejaba traspasar la luz, se esté disipando entre la cadente brisa de estos días de primavera para rebosar destellos en mi derredor, dentro de mí misma. No obstante, no puedo llenar ahora mis vacuos espacios con promesas de un pasado que se resquebrajó con brutal ruido, sin saber ni poder reponerlo ni repararlo; un periplo que, aunque inconscientemente borrara para proseguir, para sobrevivir, sus infectos desgarros y sus contusiones incisivas han seguido adelante, ya que nunca se han curado. Así que, evidentemente, no puedo; no puedo rellenar aquello que se partió, descomponiéndome a mí, y pienso que igualmente a él. Lógicamente, ya nunca conseguiré anular ese nombre de guerra que, noche tras noche encerrada en las aguas negras y misteriosas del firmamento, dicen los otros que soy: Dalia. No tuve elección alguna, tuve que convertirme en Dalia para resistir en este infierno terrenal en el que me depositaron, arrojándome como una muñeca desvalida, sola y trémula, y con todas sus costuras arrancadas. No soy ninguna pecadora, aunque quieren hacérmelo creer; no lo soy, aunque me denigren, me marginen y me traten como un degradado residuo con el que conformarían los escombros de cualquier edificio en construcción, no lo soy. Tengo muy claro que, después de lacerar mi cuerpo cada crepúsculo en este calvario, si alguien está cometiendo un acto de pecado, son ellos en plural; porque solamente ellos, los hombres, acuden a esta casa de huéspedes para saciar su obsceno y perverso apetito. Los hombres son insaciables y necesitan gozar de nuestros juegos amorosos: aquellos que no se atreverían siquiera a insinuar delante de sus respetables y decorosas esposas. Sin albergar ningún tipo de duda, asevero por propia experiencia que ellos, los hombres, que ensalzan la palabra de Dios y de su jerarquía varonil, son precisamente quienes mantienen estas casas de placer siempre abiertas, sin verja que echar y con un próspero negocio a costa de las que llegamos a él totalmente indefensas, sin alternativa ni salida en ese túnel tapiado.

Mi mente divaga sin parar. No estoy segura si soportaré verme deambulando al saltar a ese otro lado del espejo recortado en sus adentros, que son los míos; a ese lado donde un tiempo anterior, tan distante ya, tan remoto a este actual, se serró, se enmascaró, se fue decolorando, quedó en constante pausa. Sin embargo, mientras le doy vueltas y vueltas, oigo apenas un murmullo que se mueve inquieto dentro de mí, buscando una plausible abertura.

«Escúchame con atención, Azucena. Sé que estás consternada con el regreso de Amancio, es comprensible. Pero sabes bien que no descansarás tranquila y que no podrás volver a conciliar el sueño hasta que no descubras qué fue de él; qué le pasó y por qué no volvió a por ti».

Me tapo con fuerza los oídos y lloro sin poder contenerme. En este vaivén de acontecimientos no encuentro calma posible. Y, por esta vez, voy a hacerle caso. Quizá mi conciencia tenga razón y deba destapar las incógnitas que oprimen a mi corazón.

Al día siguiente, doña Begonia manda a un recadero a darle el aviso. No quiero verle en este lugar profanado por la lujuria; solo en un rincón neutral podremos, si acaso, acordarnos de quiénes fuimos antes de que aquello que construimos soñando, se cayera sin remedio por entre las fisuras del andamiaje, los barrancos se lo tragaran entero y en los desfiladeros acabara desapareciendo. Le he citado en la playa, entre esos granos de arena que dan color al litoral y en los que me refugio de cuando en cuando.

Hoy no necesito escabullirme como solía ser mi costumbre. Hoy he salido del burdel con el beneplácito de doña Begonia: le he confiado ciertos retazos de mi historia con Amancio, y ella, asombrada y con los ojos como platos, me ha dejado marchar porque piensa que mi encuentro le reportará beneficios.

No me conoce en absoluto: ni un real más proveniente del patrimonio de Amancio hará que sus arcas suenen.

No hay nadie cuando llego. Me quedo, absorta, observando la infinidad abrumadora del mar. Está delineada con un límpido azul que se transparenta con su iridiscente abanico hasta absorber la línea perfecta del horizonte: esa separación calculada y exacta que marca el abismo entre el cielo que nos da cobijo y el agua que despeja nuestros sentidos. Una abrasadora esfera de tono naranja bulle vigorosa, asaltando de repente en esta escena ondeada por la batida del agua en álgido brío. Amanece en un crisol de impresiones difusas y disgregadas, y a la vez concentradas y modelándose entre sí, que irradian este prisma de variadas caras cromáticas; todas, proyectándose en el artístico mosaico que ahora, simplemente, admiro.

Esta cala, arrollada junto al acantilado que envuelve el balneario, siempre está desierta a estas intempestivas horas labradas por el sol que nace.

Al rato, noto cómo unas pisadas firmes se aproximan a mí, y me vuelvo. Al verle de nuevo, un escalofrío tan intenso como si un aguijón me hubiera pinchado, produciéndome un calambre, me estremece, provocándome un temblor inusitado que me corta el aliento. No puedo moverme un solo paso, me veo completamente incapaz de hacerlo. Me quedo ahí, petrificada y paralizada sobre el suelo permeable y poroso, mirándole fijamente, sin apartar ni un segundo mis ojos de él.

Se acerca con premura; aunque algo temerosa todavía, ya no

puedo impedírselo, porque realmente deseo tenerlo junto a mí. Presiento que le sucede lo mismo, ya que me rodea entre sus brazos, con fuerza y sin vacilar, y yo le dejo que me arrope, que me abrigue con su cuerpo y vuelva a despertar en el mío todo lo que quedó enterrado en los confines más lejanos; ya no puedo dejarle al margen, ya no puedo contenerle, ya no.

Permanecemos largo rato el uno junto al otro, abrazándonos como si el reloj de las injusticias, de golpe, se hubiera detenido para nosotros, restaurando y subsanando las cicatrices sin sutura; enhebrando los días venideros en el lenguaje encriptado del pasado; bordando los recuerdos con pasamanería de oro e hilándolos para taponar el caudal de nuestras amargas hemorragias, y así poder sembrar de nuevo los tallos enracimados del amor, que nos hizo vivir con el sabor del veneno en nuestros labios y el óxido amarillento penetrando en cada fibra de nuestra piel: tal nos fue prohibido por aquel entonces, y tal se nos marcó, teniendo que revivirlo cada vez, a cada racha, solamente en esa nube de la nostalgia y únicamente evocado con desesperanza.

Luego, con el soneto balsámico de las olas atemperando nuestro reencuentro, nos contamos uno al otro todos los martirios con los que nos han hecho cargar sin consuelo. A Amancio no le importa lo más mínimo que haya tenido que transformarme en una mujer completamente desconocida, sin quererlo ni atisbarlo ni siquiera intuirlo; que me haya visto obligada, contra mi voluntad, a mudar mi personalidad y mi carácter, trocándolos por un sentimiento glacial e inaccesible impropio de quien yo era; y que me vista hoy en el cuerpo que pertenece a Dalia, la mujer que interpreto, porque nada de todo esto es trascendente para Amancio: él me observa con su antigua mirada, como si de verdad el tiempo se hubiera congelado entre las briznas enroscadas de nuestros mejores años. Está dispuesto a hacer cualquier cosa, incluso a cometer cualquier locura por mí, pero, obviamente, no se lo voy a permitir. Es verdaderamente increíble cómo, después de tantos años, todo lo que nos apasionaba y sentíamos juntos, haya vuelto a resurgir sin más, solo reponiendo aquella fuerza que nos unió. Es como si ese fuego ardiente que un día fue, que nos hizo amarnos con auténtico deleite y verdad hasta las últimas latitudes del mundo y más allá de todo lo existente, nunca hubiera acabado como polvo de cenizas, donde creí que se había estancado hacía ya demasiadas primaveras, tantas en las que no he sabido renacer. Claramente, cuando las emociones hierven de esa forma tan natural, impetuosa e indómita, siempre seguirán resbalando en nuestras hondas columnas, resguardando dentro un flujo de amor que esperará el momento oportuno para volver a canalizar nuestros impulsos más fervientes, y es, precisamente así, tal como ha ocurrido. Siento que las

grutas del querer vuelven a enredarse en el ovillo de Amancio.

Como en un sueño irrealizable y fugaz, del que vas ralentizando su despertar al máximo, evadiendo ese instante en el que a tus párpados les abofetee el presente que ocupas; como en una intangible realidad, intocable e inverosímil, de la que, por si acaso existe un aparente final, no osas desvelarlo; como si todo lo que nos rodea se hubiese interrumpido para enfocarnos, nuestros ojos se buscan y nuestras bocas se alinean y se encuentran. Nos besamos; bebiéndonos el uno al otro, comiéndonos las inquietudes que nos separaron durante un largo peregrinaje. Es habitar hasta la más recóndita anchura del diáfano paraíso; es volver a él y restituir a Azucena en un compenetrado sincronismo. Poco a poco, reticentes todavía, pero casi ya sin aire en los pulmones, vamos despegando nuestros labios para mirarnos de fondo, con la profundidad de sabernos nosotros mismos y en donde a otras miradas jamás les dejaremos entrar. Ahora van a ser las palabras que otros nos hicieron callar, las mismas con las que daremos ruptura a un silencio impuesto.

Le escucho atentamente mientras me expresa las adversas calamidades que le ha tocado tener que derrotar de frente. Su vida tampoco ha sido fácil. Se salvó de puro milagro: acabó en medio de ese fragor que suponen las guerras, y pocos regresaron con vida de la Guerra de los Diez Años que asoló durante toda una década a las gentes isleñas de Cuba, donde fue destinado tras su alistamiento e instrucción (todo aquello a través de ese ser sin compasión que, por entonces, lo desterró de Altospinos y borró su rastro). Él se salvó, lo cual es algo insólito y da cuenta de su valentía y fortuna. Después de estar de vuelta en el mundo de los vivos, prácticamente como un resucitado más entre el pequeño número de renacidos que campaba por la tórrida isla, allí mismo, en ese exilio final en el que terminó siendo catapultado, conoció a la que hoy es su esposa. Ella le ha dado hijos y, aunque me asegura rotundo —por una extraña razón, quizá por instinto, le creo— que nunca ha llegado a amarla tanto como a mí, que solo conmigo ha podido sentir el borboteo de la complicidad, que solamente junto a mí ha logrado experimentar una emoción especial y que siempre me ha echado de menos, ya que he estado continuamente presente en muchos de sus pensamientos, ahora me doy cuenta de que ni debo ni puedo entrometerme en su vida conyugal. Leo en su rostro que no ha sido infeliz, sino que el matrimonio y los hijos le han concedido días de dicha. Su mujer parece haberle querido con devoción, y yo no soy quién para destruir a su familia y llevarla a la deriva.

Ella, su legítima esposa, sabe quién soy; él se lo ha contado todo. Ella me ha visto, incluso desnuda, en los cuadros que tapizan las paredes del despacho de su marido, en su propia casa. (Ahora sé que

Amancio los compró en la subasta. Porque con el tiempo descubrió que le fascinaba el arte y empezó a ser un nuevo adinerado asiduo a eventos donde se puja alto por verdaderas obras de grandes artistas, y así, sin saberlo, me reconoció dentro de esos marcos y decidió ser mi mecenas —y el de mi bohemio desaparecido—. Lo que no me queda muy claro es cómo su mujer le permitió esas compras, conocedora de su procedencia. De todas formas, este hecho me confirma que la bondad debe de ser una de las decentes virtudes de esta mujer; no me lo explico de ningún otro modo).

Me separo de Amancio. Tengo que parar o me arrepentiré, no puedo abocarle a una existencia en continuo remo.

Le explico mis motivos, y tras un largo beso que atraviesa la memoria de mi corazón desarmado, y precede a una definitiva despedida, aparto mis labios de los suyos y me marcho, dejándolo desolado.

Cuando llego al burdel, sin hablar con nadie, me dirijo a mi alcoba y me encierro. Allí, las lágrimas que he aguantado delante de Amancio, se descosen de mis pupilas deslizando su irrefrenable riego y desatando mi angustia. Empapan las sábanas de mi lecho, y mis gemidos de tristeza, de melancólico sentir, me trasladan lejos, muy lejos, hasta la loba de ojos verdes de los bosques umbríos de Altospinos; hasta un tiempo efímero que viví junto a él, junto a mi Amancio; hasta a aquellos transitorios y memorables momentos que siempre han velado por mí, ocultos tras la cortina de boj, quejigo y pino silvestre que coloniza cada parte de mi alma rendida en el fondo de mi dosel interior.

4

ENTRE LAS TINIEBLAS DEL BOSQUE PREPIRENAICO. PRIMERA SEMANA DE MAYO DE 1883

Puntos granates se difuminan ya en el horizonte formando su escultórico azulejo. Ante mi ventana, bailan su rítmica danza ancestral queriendo acompasar la luz fulgurante de este atardecer que llega y quema. Y arde dentro de mí misma, por la inquietud y la áspera incertidumbre de no saber quién vendrá a ayudarme con esta gran carga de la que no puedo ni debo —que Dios me perdone solo al pensarlo: ni siquiera de pensamiento me está permitido pecar— desprenderme, pero de la que tampoco puedo responsabilizarme sola o, por lo menos, únicamente con el apoyo de Camelia. Estoy ya sobrepasada con todo esto, rozando el límite de mis esfuerzos, y necesito urgentemente ayuda externa para sobrellevarlo de la mejor manera plausible.

Me quedo admirando con placidez y regocijo el surco rojizo que dibuja la línea celeste; desde niña he sentido como si aflorara un remanso de pura paz al observar este festejo pictórico ribeteado en el crepúsculo, y justo antes de que el espejo cobrizo se apague, envolviéndonos en su profundo y hosco velo de insondable penumbra.

A veces, creo que ha sido este mismo cielo que nos ampara el que ha pergeñado nuestra destrucción y desesperanza, llevándonos a caer más y más, y cada vez más abajo, como si nos estuviéramos deslizando por las paredes de un barranco sin salida ni fin y, al rasparnos, nos lastimáramos, abriendo nuestra piel con las heridas provocadas por los cantos punzantes de las rocas, que quedarían al descubierto, al igual que en nuestra familia; al igual que en nuestro antiguo linaje. Me persigno insistentemente solo al pensar en todo lo que nos ha ido aconteciendo en el último tiempo; en todo este declive en el que hemos ido patinando como si la nieve del invierno no se fuera a derretir ya más, o como si una nueva primavera ya solo formara parte de un lejano pasado de esplendor. Me es inevitable, en cambio, volver a pensar en todo ello cada tarde, por cada minuto robado al día cuando el ocaso regresa con su manto de nostalgia.

Es vergonzoso que nuestro relevante apellido, Villaserbal, aquel que ha dado prestigio, nombre y distinción a nuestro casal desde

tiempo inmemorial, esté agrietándose ahora entre losas tan bajas y menguantes. ¿Qué dirían mis antepasados ante esta insólita situación que ostentamos, nos rechazarían y nos repudiarían? Probablemente. ¿Acaso acusarían a mi padre de haber ido despilfarrando el patrimonio familiar, aquí y allá, en inasumibles apuestas o en casas de dudosa reputación, y creando fama con sus insanos y constantes vicios? Seguramente así sería, porque si mis abuelos maternos, de los cuales heredamos nuestro noble linaje infanzón, osaran levantar ahora mismo su erguida cabeza de la tumba donde se les honra y respeta, así como su arrogante figura y toda su altivez, ¿no la volverían a agachar, hincándola bajo tierra para que sus ojos retornaran a la ceguera y a la más absoluta inercia? Y si mi madre pudiera ver todo lo que nos ha rodeado desde que marchó al reino del Señor, ¿no querría tornar de inmediato al sueño eterno de la muerte y nunca jamás despertar? Muchos días como este, cuando las horas del sol cortan su mecha, me invade este terrible desasosiego, trayendo a mi cabeza ese remolino incesante de preguntas que, no obstante, sé y soy totalmente consciente de que no hallarán respuesta alguna. Sin embargo, y sorprendentemente, siempre hay algo en ese paisaje teñido de sangre, por nimio que parezca, que es capaz de llegar a voltear todos mis amargos pensamientos, rehabilitándolos al poco rato de haber estado chispeando un sinfín de mortificaciones entre los aparadores de mi mente. E inexplicablemente entonces, esta visión de media oscuridad comienza a colmarme y a calmar los desvelos que acumulo, acunándolos en el tronco sabio de la plenitud; nunca llego a conocer su origen, el cómo, el porqué de esta manera en la que me ocurre, pero el caso es que las pocas y debilitadas fuerzas que aún sostengo, vuelven a ahondar en mis adentros para, de este modo y con la fe como baluarte, afrontar otro día, y su incipiente noche a cuestas, los inescrutables caminos por los que me conduce Nuestro Señor y protector.

Los años han ido transcurriendo, trasladándose paulatinamente unos a otros con lentitud y desmesurada cadencia. En cambio, lejos de aliviarnos los pesares que se inscriben en el corazón, o de haberse ido posando poco a poco en la relativa huella que producen las arrugas y los sedimentos del tiempo rebasado; muy lejos de todo lo razonable, de todo lo lógico, de todo lo natural, hemos tenido que apearnos continuamente en estaciones labradas por las desgracias familiares, o en paradas hostiles que han abundado por estos cimientos que fueron sólidos y que, ahora mismo, se desmoronan impredecibles hacia un negro agujero imposible de vislumbrar.

Mi hermana Verónica y yo siempre lo supimos: las misteriosas y reiteradas salidas nocturnas de mi padre, don Abelardo, aquel al que todos sin excepción y con disimulada deferencia obedecían y

reverenciaban llamándole «amo» (apelativo que ni siquiera yo puedo encajar, aunque me lo inculcaran con imborrable tinta en mi forma de pensar y concebir el orbe desde mi edad más inmadura), no podían arribar en puerto propicio, sino todo lo contrario. ¡Qué razón teníamos ambas! Pero, claro, él era entonces el jefe de familia: la figura paterna a la que debíamos honrar con nuestra más servil sumisión (no solo como hijas complacientes, sino, además, como mujeres resignadas y conformándonos en una sociedad que nos encierra y nos discrimina, haciéndonos sentir inferiores y posicionándonos por debajo de los varones como si fuéramos un lastre).

En este momento, desde que él fue dilapidando nuestra fortuna —aquella que durante siglos fueron acumulando y engrosando nuestros ancestros en la acaudalada arca familiar—, esta casa ha ido perdiendo su peculio y su buen nombre. ¡Madre mía! ¡Virgencita de mi alma! ¿Qué estarán pensando allá en el otro mundo todos aquellos que nos siguen, con su hipnótica mirada, desde los imponentes marcos que presiden la labrada escalera? Cuando me cruzo con sus rostros en los majestuosos cuadros, cada mañana y a indistintas horas del día, bajo mi vista hasta clavarla sobre el pavimento, para no herir su orgullo; para no sentir al puñal de la culpabilidad arañando mi espalda. Aunque, a estas alturas, puedo garantizar que si existe algún culpable es él, mi padre; indudablemente lo es, nadie más que él podría serlo. Porque ahora sabemos, al fin, de primera mano y con total seguridad (muchas de las confesiones han salido a la luz a raíz de lo que guardaba para sí mi hermano Valero, al que hemos tenido que estirar bien fuerte de la lengua para que accediera a hacernos partícipes y, por tanto, al enterarnos, también cómplices), que mi padre ha estado frecuentando durante años cada una de esas casas de rameras desperdigadas por toda la zona, gastando allí, en esos turbios lugares, muchos más reales de los que hubiera debido; pero, con todo, ese no ha supuesto el más grave de nuestros problemas ni el trascendental motivo de tanto infortunio, porque con nuestra habitual solvencia anterior, se lo hubiera podido permitir e incluso le hubiese sobrado prácticamente a raudales. La realidad fue más drástica y con mayor brusquedad si cabe: su mente se nubló, como una tarde de oscura tormenta, arrebatado vendaval y repentina tempestad, el infausto día en el que la peregrina y malévola idea de las apuestas pobló su cabeza de afilados arpones, haciéndole mella, y empujándonos a todos los demás hacia el lodo del río, hundiéndonos de este modo con sus súbitas, erradas e incontroladas decisiones. Precisamente fue Valero quien nos dio la voz de inminente alarma, poniéndonos en alerta y encubierta vigilancia tanto a Verónica como a mí —aunque leve peso iba a tener que cargar mi hermana y poco podía hacer, enclaustrada

como estaba hacía tiempo—. Así que, inevitablemente, fuimos Valero y yo —no nos quedó otro remedio— quienes nos encargamos de rastrear sus movimientos, por cotidianos que aparentaran ser. Nos turnábamos día y noche hasta que nos cerciorábamos de que descansaba en su alcoba y la luz se extinguía por debajo de la ranura de la puerta. Con todo el sigilo que fuimos capaces de atesorar, espiamos todas sus cuentas, las cuales solo él administraba en su privacidad y, por descontado, mantenía bajo llave en un cajón del escritorio de su despacho. Aunque yo ya había entrevisto alguno de sus papeles tiempo atrás, lo que aquel día vislumbraron nuestros ojos y traspasaron con auténtica rabia y dolor, simultáneamente, a nuestro exánime palpitar, que pronto abandonó igualmente su serenidad, no tiene nombre ni perdón, y tampoco honestidad, y ni siquiera una pizca de honradez (me santiguo al pensar en todo esto, pero también, y a pesar de la claridad dictada por las Sagradas Escrituras en lo relativo a la indulgencia, hay hechos imperdonables cometidos en este reino terrenal). Mi padre había estado apostando a todo —o a casi todo— lo habido y por haber y, prácticamente, nos estaba dejando en la ruina. Pero ¿cómo íbamos a hacerle entrar en razón, si el mando omnipotente y supremo de esta casa era él? No sé si por suerte o como si otra tragedia más nos hubiera sobrevenido sin esperarlo, sin poder adivinarlo ni en nuestro más remoto pensamiento y sin saber de qué manera asimilarlo al principio, cuando sucedió, impactándonos; no sé por qué pasó de esta forma tan drástica e inimaginable, pero la cuestión es que no nos hizo falta organizar ningún plan para arremeter contra él, por entonces: el intocable, ni tampoco tuvimos que disuadirle de sus ilícitas actividades, las cuales, como bien he expresado anteriormente, estaban consumiendo y haciendo mermar con demasiada celeridad nuestros bienes y privilegios. Por nuestra parte, no nos dio siquiera tiempo a tener que recurrir a algún tipo de ardid o artimaña: algo que íbamos a tener que tramar y desarrollar en breve, dado el estado en el que había dejado los cuadernos de contabilidad de la casa; no hubo momento y tampoco llegó a haber circunstancia porque, de forma abrupta, inesperada y repentina, un día imprevisto, de tantos otros, mi padre no se levantó de la cama. Nos pareció raro —y bastante anómalo en su habitual comportamiento — que justo a esa hora muy cercana al mediodía, cuando el sol se izaba coronando lo más alto del extendido horizonte, declinando sus oblicuos rayos sobre campos y praderas, todavía siguiera tumbado en el lecho sin haber bajado siquiera a probar el deleitable desayuno. Fue entonces cuando preguntamos a Camelia, que nos advirtió de su ausencia: no lo había visto en toda la mañana. Pero nosotros sabíamos, y ella, asimismo, nos lo justificó, que a menudo marchaba a inspeccionar las tierras sembradas de boj sin desayunar siquiera, ya

que luego almorzaba doblemente en el casino: razón por la cual no le dimos mayor importancia, pensando que estaría en las fincas imponiendo orden. E imprevisible como era siempre, ¡a saber cuándo se le ocurriría aparecer! Hasta que las sirvientas entraron en su alcoba, como cada día, para airearla, adecentarla y darle el debido lustre, y, espantadas, allí lo encontraron. Enseguida nos avisaron; Valero y yo, aterrados y perplejos, fuimos conscientes de que estaba inmóvil y no reaccionaba a estímulo alguno. Rauda, di aviso al cochero para que trajera cuanto antes al doctor, pero cuando este vino y le examinó, ya no había nada que hacer. Mi padre había sufrido una apoplejía, quizás incluso durante el transcurso de esa noche, y lamentablemente, en la práctica, a día de hoy, todavía no existe un tratamiento realmente efectivo para poder combatir la manifiesta enfermedad.

Desde aquel día, mi padre, aquel don Abelardo impertérrito al que nadie osaba contradecirle, se ha convertido en un anciano achacoso. Ha perdido movilidad en toda la mitad izquierda de su cuerpo; también su cerebro se ha partido en dos: el habla es casi inasumible para él, y aunque intenta comunicarse concienzudamente con nosotros es en vano, pues, aun esforzándonos al máximo para lograr descifrar aquello que le inquieta y quiere transmitirnos, en la mayoría de las ocasiones es inútil, porque no entendemos ni uno solo de sus balbuceos. Entonces, llora y grita, gruñe y brama, vocifera y farfulla un sinfín de sonidos inconexos e incoherentes tomando la actitud de un bebé descontento que hace pucheros o la conducta de un niño pequeño enrabietado con el mundo. Obviamente, y tal y como apuntan ahora las circunstancias, su desorbitante estado colérico ya no nos asusta ni nos abruma lo más mínimo como solía sucedernos antaño. Simplemente, dejamos que su enfático enojo se disipe, al igual que las nubes desaparecen cuando las precipitaciones amainan, y seguimos con nuestro quehacer diario como si él no estuviera presente.

Durante meses, las purgas o las sanguijuelas han sido, y siguen siendo, los únicos remedios reconstituyentes; los únicos en uso y tangibles que recoge hoy la farmacopea para mitigar el mal que le corroe. Y toda esta panacea que le proporcionamos, unida a las prodigiosas propiedades de las infusiones de valeriana —que lo dejan bien sedado—, nos socorre a nosotros durante un buen rato, ya que, mientras él está sumergido en la inconsciencia de un sueño inducido y profundo, nos podemos olvidar completamente de sus continuos chillidos y protestas para dedicarnos a lo que más nos plazca. También así hemos podido tomar las riendas y hacernos cargo de las decrecidas cuentas de esta casa, por lo menos, nos hemos evitado la ineludible discusión que habríamos mantenido con él por este espinoso asunto. Ahora es Valero el señor que conduce nuestras tierras; es el destacado

terrateniente ejerciendo las funciones que un día desempeñó mi padre, pero, en contraposición a él, a mi hermano le respetan sin temores infundados ni pavor en el fondo mismo de sus ojos, más aún, nuestros deferentes jornaleros y criados incluso confían en sus métodos innovadores, donde no existe lugar para la violencia y así se ven cada día más integrados. Valero los trata con cierta jerarquía, pero les ofrece concesiones que jamás les otorgó mi padre, ya que disfrutaba imponiéndose y mirándolos por encima del hombro con su habitual preponderancia, como el insensible y astuto cacique que fue. No hemos podido coser ni solventar los graves rotos que ha causado en la faldriquera y, sin embargo, todavía hemos conseguido paliar y revertir algo nuestro penoso estado financiero. Este ya no es, ni mucho menos, el esplendoroso casal que fue y relució. Nos hemos visto obligados a vender muchos muebles de gran valor para reconducir la amarga situación e, incluso, hemos tenido que prescindir de buena parte del servicio. Y, aunque nuestro nombre ha sido tachado por él para siempre entre los de nuestro rango —que ahora nos miran con aires de superioridad—, aún nos hemos podido permitir contratar a una moza de cuidadora, que supondrá una ayuda especializada en este tipo de parálisis corporal; la muchacha nos auxiliará en estos menesteres y va a ser imprescindible para manejar a nuestro irascible padre. Y es que, verdaderamente, hace ya mucho que Camelia y yo no podemos procurarle, solas y adecuadamente, la atención y cuidados que necesita, incluyendo la alimentación, el aseo y los cambios posturales para evitar que se llague. El mes pasado encargamos una silla de ruedas con la que parece irse defendiendo por las zonas sin desnivel de la casa. Claro está que este novedoso hecho requiere de mayores atenciones, puesto que el que pueda ser más autónomo y moverse por cualquier dependencia con la silla, conlleva el tener que levantarlo de la cama y traspasarlo cada día hasta la misma. Por todas estas razones, nos hemos visto apremiadas a tener que pedir con premura esa asistencia de refuerzo que viene hoy. Verónica nos puso en contacto a través de su congregación, y tampoco en nuestra posición actual hemos podido eludir que quien venga a cuidar de mi padre, sea una de esas pobres expósitas que recogen las hermanas por las calles o en el torno al poco de nacer. ¡Qué le vamos a hacer! Solo espero que cumpla, con rigor y a rajatabla, con sus obligaciones y deberes, y que me dispense algo de la penosa e insufrible carga física y emocional que llevo soportando junto a Camelia desde meses atrás, tal y como un cielo plomizo acaba eclosionando y con su velo de agua envuelve a la tierra seca, humedeciéndola y liberándola de la tórrida presión de la canícula; tal es así como me siento, acarreando un sobrepeso en mi interior que necesito que alguien me lo pueda aligerar.

El picaporte de la puerta se desliza lentamente, abriéndose

despacio; después, entra Camelia y me avisa. Ahora soy yo la regente de esta santa casa porque, al fin y al cabo, Valero siempre viene a pedirme consejo, dejando en mi boca la última palabra sobre cualquier decisión que haya que tomar o llevar a cabo, sea de la índole o del calado que sea. Mi hermano Valero lleva en las venas el carácter de mi madre: inquebrantable cuando algo lo suscita y, asimismo, solícito y bondadoso de corazón cuando es preciso mostrarlo.

Oigo a Camelia murmurar:

—He visto a lo lejos aproximarse la calesa. De un momento a otro, les tendremos aquí.

Le sonrío al mismo tiempo que una mueca de incertidumbre acaba pintando mi rostro. Y le respondo con la voz algo trémula.

—Está bien. Puedes retirarte.

Se marcha tal y como le he ordenado; yo me quedo pensativa un instante hasta que escucho el característico retumbar de la calesa sobre el pavimento. Entonces, salgo de mi alcoba y bajo con presteza las escaleras para recibir a la muchacha tras el arco de la puerta que nos encumbra.

La veo resplandeciente con la aureola escarlata del atardecer escondiéndose detrás de su silueta.

Le tiendo con firmeza la mano y ella estrecha a su vez la mía.

—Buenas tardes. Sea bienvenida a esta casa, señorita Margarita. Espero que no haya tenido un viaje muy agotador. Soy doña Blanca y —doy un leve giro y vuelvo mi vista— ella es Camelia, la gobernanta del servicio. Le explicará las normas, y luego le acompañará a la zona que ocupan los cuartos de los criados para que pueda instalarse. Váyase a descansar, seguro que ha sido un duro y largo trayecto para usted, y así mañana, a primera hora, podrá emprender con energía renovada la labor para la que ha sido encomendada.

Se inclina, haciéndome una profunda reverencia a la que no estoy acostumbrada, ya que los criados se postran ante mí algo más relajados, con desmedida cortesía, eso sí, pero no tan ceremoniosos. Así que, de pronto, me veo obligada a cogerle la mano y conminarla a que se incorpore. Instante en el que me mira fijamente y, con un hilo de voz apenas, me dice en un susurro.

—Con su permiso, me retiro. No sin agradecerle, de antemano, el que me haya acogido en su casa entre el servicio, además de prodigarme su amable hospitalidad. Dentro de mis conocimientos, haré todo lo posible para mejorar la salud de su padre, y para que ustedes se sientan reconfortados y alivien su agotamiento y fatiga. —Tras una breve pausa, baja de nuevo la cabeza y vuelve a realizar una genuflexión, mientras añade—: Que Dios le bendiga, doña Blanca.

Asiento con la cabeza, pensando que esta moza que me han

mandado debe de estar educada con una rectitud impecable, y eso me complace sobremanera. Sin embargo, al tornar a mi alcoba, una imagen se graba en mí con una llamarada tan viva como el mismo tapiz crepuscular. Algo en ella ha llamado mi atención, ¿qué ha sido? Lo sé: su penetrante mirada tan limpia y pura como alma lavada, así como el temblor que he notado al acariciar y apretar su mano. Es como si en ese instantáneo momento hubiera sentido algo reconocible, pero estoy aturdida y no puedo dilucidar el qué; es como si esos ojos transparentaran las vetas de un atardecer distinto: un atardecer donde el lamento pudiera despeñarse por recónditos orificios.

5

PROYECTADA POR LA SOMBRA DE QUEJIGOS Y ABEJARES. TIERRAS DE ALTOSPINOS. DÍAS GÉLIDOS DEL INVIERNO DE 1884

Desde mi llegada hace ya unos cuantos meses, casi tantos como los que cualquier mujer tarda en gestar a su bebé para alumbrarlo a la vida, este cielo, que ahora observo con su blancura invernal, ha ido cicatrizando sus grietas progresivamente, bordando los dibujos de las estaciones que manchan los pétalos y se difuminan entre el verdor hasta llegar a hoy.

Aquel primer día en el que mis titubeantes pies se posaron tambaleantes entre las sólidas piedras que sostienen este casal, sentí un miedo horrible, tan terrible que solo al recordarlo en este instante un nuevo escalofrío sacude mi piel. Pero su penetrante mirada, la de doña Blanca, el ama, me trajo el mismo sosiego que me inunda al orar. Aun así, aquella noche en la que todo lo veía borroso a mi alrededor, apenas pude pegar ojo, igual que cuando el busardo ratonero, que merodea por esta zona, prorrumpe con su intermitente —por aquel entonces, desconocido para mí— alarido, partiéndome las horas de descanso y trocándolas en una ligera duermevela.

El pánico anegó mis entrañas aquella primera madrugada. Nunca había dormido con la orquesta retumbante del bosque martilleando en mis oídos y repicando en mi cabeza: los aullidos de los lobos se solapaban al ulular de las diversas especies de búhos que moran en estas tierras, plagadas de fertilidad y vida allá donde nuestros anteojos quieran escudriñar su visión; el rugido del viento se escuchaba reverberando mucho más lejos de donde se sitúan las lindes del bosque, cuya densa frondosidad ni siquiera está delimitada por los cruceros, salvaje y silvestre como crece en Altospinos; y los quejumbrosos ruidos de la casa: madera ajada que cruje de repente, puertas que rechinan en mitad de la noche como si alguien las abriera o los postigos de las ventanas chirriando, al ser golpeadas por la titánica fuerza que lleva aparejada el aire. También las noches en las que el mar se embravecía, su ventosa brisa se revolvía y se tornaba furia, y acababa envolviéndonos en su nube irritada.

Sin embargo, los tambores entreverados de la ciudad industrial, así como esa habitual ausencia de quietud en el exterior, hacían que todo

quedara sumido en una larga cadena de notas intercaladas, facilitándome el entrar en un estado de sopor. Aquí no; aquí, tras los imperecederos sillares de la casa, cuando el radiante destello lunar jalona hasta la última madriguera escondida entre las zarzas de la falda de la montaña, todo queda inmerso en un halo de silencio, roto bruscamente por la fiereza de los animales nocturnos. La casa, vendada por los misterios de las cumbres, queda igualmente vapuleada por las inclemencias de un tiempo que, en este recóndito espacio que ocupamos, nos mantiene con su rigor a raya, expuestos continuamente a los elementos de la naturaleza, que tocan al vibrante son marcado en cada época del año.

Ahora, este embaucador paisaje y sus acoplados tañidos se han transformado en el fruto de la cotidianidad adquirida, pero aquel primer día y los siguientes, la inquietud y el espanto me acompañaron en el lecho. Allí, la soledad me fue embargando y las aristas del miedo se inyectaron en mí. No obstante, poco a poco y con la sincera afabilidad que me prodiga doña Blanca, he ido habituándome a esta nueva forma de vivir: con sus sutiles acentos, con su indefinida paleta de contrastes y matices, o entre las especies migratorias y autóctonas que hallan en este diversificado enclave su alojamiento, además de notarme reconfortada dentro de esa pequeña parte de esta familia que me ampara, y así, mis interminables noches en vela han ido brincando hacia un profundo sueño: el que hoy me arropa.

Nunca me puse a pensar cómo sería mi marginal existencia fuera de la protección del hospicio y de la hermana Angélica, mi amada madre, ausente a día de hoy del salmo que compuso mi vida. Nunca pensé que el lugar al que estaba destinada me acogería en un portón desprovisto de cancela, abierto para recibirme, como si un ignoto refugio hubiese estado todo el tiempo frente a mí, mirándome, llamándome, requiriendo mi presencia. Realmente, es así como me siento en este instante. Cuando arribé en este muelle de lujo decadente, de alguna manera, percibí a las agujas del desaliento pinchar, implacables, cada nimio ángulo de mi corazón. Estaba plenamente sola y muy asustada por lo que tuviera que venir después; por lo que podía acontecer en ese oscuro abismo del que no sabía nada en absoluto. Una cortina de tenues colores, prácticamente de tupido terciopelo negro, se postraba amenazante e inmutable ante mis melosos ojos, y yo creía estar chocando contra un talud de mutismo imposible de fisurar. Pero, afortunadamente, todo fue cambiando gradualmente. Aquellos tonos tan tristes y sombríos de las primeras noches fueron pintándose con las suaves cerdas de un portal luminoso; aquel gris que prendió una llama de brasas opacas dentro de mí al amarrar aquí, se ha ido fundiendo en un arco cromático de vistosa metamorfosis, al ardid del cadente paso de los ciclos estacionales que

me han ido templando. Porque mi alma se ha conjugado con mi espíritu volandero, para amasar en los bordes de mi corazón la seda de este cobijo que hoy me conforta; algo que, aun con mi señalada procedencia: ser una muchacha en desventura, estoy hallando gracias a esta inaudita amabilidad del ama.

Ya mis amontonados pensamientos han dejado de ser un torbellino, para acunarse como un río que corre en calma hasta ser arrojado al mar. Ya mi característica casilla ocupando los renglones que borra la sociedad, como zagala desharrapada y expósita, se están quedando atrás, sin fuelle que los alimente, porque en el tablero de esta casa me he consolidado como un bastón imprescindible para el cuidado del amo anciano, don Abelardo, y hasta intuyo que el ama, doña Blanca, me ha cogido cierto cariño y creo que me aprecia, tal es el exquisito trato que me ofrece.

Hoy, puedo decir que el sosegado canto de la alondra ha penetrado en mí, conquistando mis derrames interiores; hoy, puedo afirmar que la aflautada partitura del roquero rojo ha atravesado las puertas plateadas de mis sentidos, desencajando aquellos riscos que me oprimían el pecho y se imprimían bajo mis tejidos, trayéndome de este modo una relativa paz que ha ido sedando el dolor que llevaba parasitado desde la funesta pérdida de la hermana Angélica.

Aunque al principio me costó, conforme se han ido sumando todos estos meses, me he ido viendo cada vez más integrada dentro de mi puesto en el escalafón piramidal que fluye en esta casa. A pesar de que ocupo el peldaño más bajo, el que roza precisamente a ras de suelo, veo en las nítidas pupilas de doña Blanca que precisa de mis servicios, que mi labor es primordial para ella; son sus ojos de zafiro verde los que me insuflan una buena dosis de reconocimiento que jamás siquiera imaginé que podría alcanzar algún día, y todo eso, todo en conjunto, ligado y trabado como en una hilatura entrecruzada, me colma y me motiva, me da ánimo y me dota de un fuerte impulso para continuar adelante.

Esta casa sigue, un alba renovada detrás de otra, y tras la sucesiva, el reloj monótono y estanco de la rutina. Cada mañana me ocupo de adecentar a don Abelardo. Al principio Camelia colaboraba conmigo y entre las dos le proporcionábamos la atención requerida, pero desde que fui cogiendo las riendas de la situación, desempeño todos y cada uno de sus esenciales cuidados yo sola. Doña Blanca siempre está presente cuando lo levanto, incluso me presta su ayuda para girarlo y sostenerlo mientras le aseo y cambiamos sus calzones, impregnados de la pestilencia de sus inmundicias. Desde luego, ninguna señora que se precie de serlo haría tal cosa, muy al contrario: se apartaría bien lejos del hediondo lecho para mantener su olfato a salvo de tan horrendo hedor desprendido. Pero ella no; ella contribuye y me apoya para

poder brindarle un digno cuidado a su anciano y quejoso padre, al igual que si su condición fuera la de una sirvienta como Camelia, y no la de una señora como la que es: doña Blanca. Todavía no consigo explicármelo, aunque algo me dice que la clave está en su hermano. Le he observado, y he visto cómo intenta a menudo imponerse ante la servidumbre, mostrándose con el semblante serio e impasible, e incluso queriendo emular en su voz un tono arrogante hasta que llega a parecer un trueno desgarbado, mas, claramente, dudo que lo logre algún día. Se ve a la legua que le hubiera agradado mucho más el poder delegar en alguien esa responsabilidad que le aplasta, que le irrita y que se le ha otorgado sin su permiso. Con frecuencia, se le ve a don Valero paseando de un lado a otro, cavilando, cabizbajo y dubitativo. Se comportan de una forma un tanto peculiar e inusual estos Villaserbal; pero lo que ahora me parece casi seguro es que detrás de ese abanico de herradura de hierro en el que se enmascaran, existe un corazón blando que resguardan sin exhibir.

Cada gruta que pobla esta casa y estos aislados rincones contiene un sinfín de rumores que se expanden por doquier, como el suave murmullo del arroyo que lanza sus confidencias al cauce del río. Son los típicos chismes de viejas y alcahuetas, pero yo, que nací desenvuelta, con la observancia del catalejo tallando mi tez de nieve, pongo mi oído atento y voy atando con hebra de seda cada una de las palabras que tintinean en mis orejas y producen eco en mi meditar; luego, aúno conclusiones y forjo mis propias cábalas. Es Camelia quien me ha puesto al corriente de casi todo lo que aquí concierne: me ha contado, con pelos y voluminosas señales, cómo y cuándo la familia fue perdiendo ganancias, debido a la acostumbrada ociosidad del amo anciano; cómo tuvieron que arreglárselas con el mínimo servicio y hasta teniendo que dar trabajo a mozos medio tullidos, como el que se encarga de la limpieza de los establos; o cómo desapareció en extrañas circunstancias y sin dejar rastro una de las hermanas y, para colmo, como si un mal de ojo les hubiera salpicado, al tiempo, tuvieron que enterrar, de muy niño y a causa de un brote de sarampión, al último de la estirpe en nacer. La verdad sea dicha: a mí poco me importa nada de todo esto que les ha acechado y ronda aún por la casa, al igual que un maligno espíritu, pero, en realidad, cuando toda esta barahúnda de infortunios sellados por la tragedia salió, imparable y desbordada, de los labios de Camelia, el único pensamiento que pudo perforar el sinuoso túnel de mi mente fue: ¡madre mía! ¡Dios bendito del amor hermoso! Pero ¿quién ha mirado tan mal a esta familia, que a mí me está arropando con su larga y cálida capa? (Por lo menos, los amos jóvenes: don Valero y doña Blanca). ¿Es que ha sido el mismo diablo quien les ha soltado su maléfico influjo, diseminando sus rayos oscuros de desgracias por medio de sus curvos cuernos?

Verdaderamente, al conocer todo aquello, la pena se coló irremediablemente en mí y se introdujo bajo mi piel, erizándola, y, de alguna manera no escrita, ni pensada, ni premeditada, ni elucubrada de forma alguna, me identifiqué con doña Blanca, porque sentí un nexo de conexión con el descomunal sufrimiento que ella albergaba en lo más profundo de su ser. Y es que, según mi fuente principal: Camelia, fue ella, doña Blanca, de entre todos los demás miembros de la familia, la que más sufrió con la súbita desaparición de su hermana, a la que estaba muy aferrada y unida. Ciertamente, por lo que se ve y creyendo a Camelia, una debía de ser puro fuego y la otra es agua que amansa clamores. Y, claro está, es la conjunción perfecta, como una vela que se enciende en demasía y otra que la apacigua para llegar así a la idónea compenetración. No sé si este enigma descubierto me habrá hecho reflexionar más y mirar con ojos bondadosos a doña Blanca. Diría que no es así, porque siento en la urdimbre que remienda mi alma que ella vierte un afecto sincero hacia mí: eso es lo que me satisface, no solo el hecho de que ahora también la compadezca por lo que sé, y que ella ha tenido que vivir y afrontar, sino por su demostrada y buena disposición hacia mi persona desde que la amanecida nos da lumbre y hasta que oscurece por completo. Y, luego, aparte, ella sabe (sus gesticulaciones lo corroboran y halagan mi trabajo) que aquí nadie hubiese sabido atender las necesidades más perentorias de su padre como lo estoy haciendo yo, puesto que aprendí cuidando bebés y, al fin y al cabo, esa tarea especializada, en la práctica y adecuándola a cada franja de edad o etapa, no dista tanto del auxilio en la vejez.

Además, noto a través de sus delicadas facciones que, en su palpitar, todavía doña Blanca lleva punzada la espina que se le enquistó con la ausencia de su hermana; porque un día, en plena canícula del verano, cuando aseábamos a don Abelardo, se puso visiblemente triste. Abrimos las hojas de la ventana de par en par, porque el olor era nauseabundo y se intensificaba con la calurosa estación estival. De refilón, afuera, vi al mozo de los establos con el amo don Valero mientras este le acercaba un caballo, cuyo pelaje era tan curtido y brillante como la singular piedra del azabache. Tuve curiosidad y le pregunté de quién era aquel equino que parecía un semental de carreras, y su respuesta me turbó: «Hace muchos años que nadie monta con brío ese caballo. Perteneció a mi hermana Azucena, pero ella partió hace mucho…; hace ya demasiado tiempo que marchó para nunca más volver. Ahora, Valero toma sus bridas de cuando en cuando, como hoy mismo, y lo saca solamente a dar un breve paseo; es un caballo viejo y necesita caminar algo, así como respirar el aire limpio y disperso de la atmósfera exterior, aunque ya no galope, ni recorra cada linde del bosque como solía hacerlo con Azucena: con la

velocidad de un rayo marcando la polvareda del terreno. Ella sí era una auténtica amazona: le corría por la sangre, lo llevaba en su interior». Entonces, vi cómo sus ojos turquesa estaban a punto de soltar sus caudales lacrimosos, y, de inmediato, se aproximó rauda a la ventana para cerrarla con desmedida fuerza; fue como si un rencor antiguo y soterrado hubiera emergido de repente, anidando de nuevo en ella en ese preciso momento. Y todo ello me dejó atribulada y confusa.

Por otro lado, era bastante obvio aquello que resaltaba Camelia sobre el mozo de los establos, ya que, en realidad, no vi que estuviera tullido —como me había dado a entender—, sino que sus piernas no caminaban como es corriente o con la normalidad propia de la naturaleza anatómica del cuerpo. Andaban arqueadas y, aunque ya no era un imberbe zagalillo, tampoco aparentaba la edad que tendría debido a su inusual baja estatura. Además, había algo en ese pobre muchacho que despertaba toda mi atención: su parecido con el amo anciano resultaba demoledor.

Durante todos estos meses he podido, incluso, arañar los entresijos que guardan los códigos cifrados del bosque. Camelia ha constituido la habitual compañía de doña Blanca en sus paseos vespertinos cuando vemos asomar el buen tiempo, que nos caldea con un sol deslumbrante, ahora oculto sobre picos de nieve; siempre le ha acompañado cuando ella se dirige hacia esas veredas para estudiar sus flores, sin embargo, un día que Camelia se sintió indispuesta, la reemplacé, yendo yo en su lugar. Desde entonces, doña Blanca me solicita a su lado, eligiéndome como compañera, junto a ella, en sus salidas campestres. En estas excursiones en las que nos adentramos en el fondo mismo de la naturaleza, me ha ido enseñando infinidad de nombres catalogados de especies vegetales, deletreándomelos en latín, la lengua original con la que los denominan en los tratados de ciencias; al igual que me he ido empapando, a través del bisbiseo de su voz —evitando así asustar y alterar la convivencia de los animales — y con mis capacidades sensoriales bien dispuestas y abiertas, de las versátiles actividades que cada una de esas aves de colores estrambóticos realizan. Asimismo, me ha indicado dónde se encuentran cobijadas las colmenas o los longevos árboles que solo crecen en esta tierra enmarcada por el paisaje prepirenaico: mucho más húmedo y montañoso que el que se aproxima al llano, secano este y hasta a veces yermo como un páramo; mucho menos pluvial y conífero que la alta montaña de cumbres perpetuamente blancas; el bosque prepirenaico traza una decolorada línea entre ambos mundos alfombrados de vegetación y fauna. Y este paraje natural ha llenado mi cara interior; porque deleita los sentidos, renace con las sensaciones que provoca y aviva los escondrijos del ánimo como una

avasalladora energía.

Hasta un día, de los últimos que daba el verano e intuyendo ya todo en nuestro derredor mezclándose entre polvo amarillento y tiñéndose de púrpura acrobático, en el que atisbamos a varios pasos de distancia la mirada audaz de una loba joven. En un primer impulso, quise salir de allí a todo correr y no detenerme ni un solo segundo hasta estar tras el umbral del casal, a cubierto y a salvo; no obstante, por extraño que parezca, no lo hice. Esa reacción, lógica y razonable por otra parte, no se dio porque doña Blanca, haciendo gala de un inusitado coraje y aparentemente sin ningún indicio de temor palpable, me agarró del brazo con determinación y me dijo, con voz muy queda y de tal forma que no admitía réplica ni negación alguna, que permaneciera absolutamente quieta, sin mover un solo tendón. Aquella loba de mirada tan dorada y traslúcida que parecía contener panales de miel en sus ojos, no pudo apartar su vista de mí, como si fuera yo su faro apostado en la lejanía. Después se marchó sin más, y doña Blanca me fue explicando que hace años también una loba solía petrificarse ante ella de vez en cuando, y la miraba fijamente, casi como si el animal pudiera leer sus íntimos pensamientos; todo sin causarle daño ni pavor. En cambio, ella sabía que no era la misma, porque aquella relucía con su acristalada retina como una lente magnéticamente verde; esta otra loba, la que nos había interceptado horas antes de que cayera ese día el luminoso estandarte de la estrella más brillante, irradiaba con unos luceros del color majestuoso del oro. Por lo tanto, esta simple comparación evidenciaba que era otra loba distinta la que esa tarde nos había obstaculizado, pero bien podría ser pariente de la anterior, más que nada por la infrecuente docilidad y mansedumbre que había representado delante de nosotras, al igual que demostró su predecesora (en caso de que lo fuera). Aunque dé la impresión de ser algo verdaderamente inverosímil, creo que un halo mágico circulaba alrededor de este singular animal salvaje; sentí como si un aura protectora se posara ante mí.

Ahora mismo, al calor reconfortante de la *chaminera*, cuando ya la estación del estío quedó irremediable y rematadamente atrás; ahora mismo, hundidas en esta lúgubre luz de enero, la gelidez del invierno nos ha enrejado detrás de la tapia de esta casa, donde ya solo vislumbramos el bosque de ventanas para dentro y recogidas bajo el lacado de los aleros, cubiertos estos en los pueblos de montaña como Altospinos por fajas y fajas blancas que conforman la tupida mantilla de los meses fríos, duros y en constante penumbra.

Doña Blanca lleva largo rato encerrada en su alcoba, y Camelia me indica que la avise porque es la hora de la cena.

Llamo con discreción a la puerta de su alcoba, pero no escucho

respuesta e insisto repetidas veces. Sigue sin contestarme, así que me aventuro a entrar sin el consabido permiso por vez primera desde que aquí moro. La escena que veo a continuación me compunge: la encuentro arrodillada en el suelo, con la Biblia a un lado y las cuentas del rosario desperdigadas en torno a su saya. Llora desconsolada, no sé qué le pasa ni cómo debo o puedo ayudarla. Aun así, inspiro una bocanada de aire y me postro de hinojos, al igual que ella, junto a ella. Me mira con su dulzor verde completamente desorbitado y rompe en explosivo llanto, rasgando el silencio de la alcoba. No sé qué hacer, si acariciarla o incluso abrazarla; al final, me decanto por rodearla y mecerla entre mis brazos. Ella, en lugar de rechazarme, me estrecha entre su cuerpo con un ímpetu desmesurado, alargando a la vez sus manos y envolviéndome entre ellas. Me invade una extraña sensación, porque siento que hemos derribado un instante todos los diques que nos separan en el día a día, clausurándolos en la alacena del olvido, aunque pronto vuelvan a registrar nuestras distintas capacidades y a compartimentar aparte nuestros desiguales regadíos; porque percibo que nos hemos encontrado por dentro tanto, tan abrumadoramente, que acabo también uniéndome a las gotas de rocío que cuelgan de sus ojos, reflejándose ahora en los míos.

Más tarde, ya calmadas las dos, me confiesa (últimamente el ama me hace partícipe de muchos de sus secretos, por lo que creo que antes no tenía a nadie con quien poder hablar sin censura y, cuando llegué, quizá vio algo en mí que le llevó a tratarme un poco más allá que como lo haría con una simple criada. A veces me apiado de ella, porque ha debido de vivir muy sola y aislada hasta ahora) que estaba buscando un mantón de abrigo en su baúl y, al no hallarlo en este, se ha puesto a rebuscar entre la ropa de su hermana Azucena —enseres de los que nunca consiguió deshacerse, según han chismorreado en los corrillos—, y lo ha hecho aun sabiendo que se lo tiene terminantemente prohibido a sí misma por lo que acaba de ocurrir: pensaba doña Blanca que por una vez y con la llovizna de largo tiempo transcurrido, podría abrir la tapa sin que le temblaran las manos ni le tiritara el cuerpo al tocar sus prendas de nuevo, y tenía fe en que podría, al fin, superarlo, mas no ha sido así: ver sus pertenencias le han llevado a rememorar a su hermana, y ese fugaz recuerdo —que habrá pasado por su mente como una luz finita y arrolladora— ha regresado para golpearla con más saña si cabe, de tal modo que su espíritu se ha tintando de rabia, ira y dolor a partes iguales, y el rosario ha sido víctima de su ferocidad, de su cólera, de su espontánea agitación, quedando inservible y desmenuzado por toda la alcoba.

Para la familia Villaserbal, para el casal en su conjunto y para la sociedad que nos engloba, ella será siempre indiscutiblemente el ama,

y yo su servil criada, pero una cosa no es óbice para quitar a la otra, ni la retira, sino que la superpone, es por eso por lo que no dejaré que sufra. Si necesita que alguien esté a su lado, lo estaré, a pesar de las miradas que intenten fisgar en nuestros actos; si solicita un hombro en el que poder arrojar su lamento, será el mío, aunque todos los demás quieran reprobar esa acción de humanidad; porque me adoctrinaron para respetar las jerarquías sociales, para nunca traspasarlas, ni perturbarlas, ni tan siquiera rozarlas, en cambio, me educaron asimismo entre los férreos valores cristianos y sus directrices pinceladas de compasión, y no hay guarida en los límites de los sentimientos que pueda delinear las fronteras, ni nieve que alimente el alma sin poderse derretir.

6

IRRADIADAS POR EL SOL PREPIRENAICO. VERANO DE 1885

Ensimismada, tras el marco de la ventana, mi mente vuela junto a los negros nubarrones que parecen querer embozar el horizonte; planea lejos de aquí, de esta casa y de todo aquello que encierra y aun representa entre sus legendarios muros. Veo la estela escurridiza de las nubes revoloteando en torno al sol, velándolo y descubriendo sus matices casi a partes homogéneas. Este año, el verano está siendo muy tormentoso y, cuando se acerca la tempestad, todavía desarrollo el arcaico ritual que solía elaborar con mis hermanas en aquel tiempo que parece haberse desvanecido entre las temblorosas guías del camino. Aunque los viejos temores también se han ido evaporando, es una arraigada costumbre el dejar reposar un guijarro en el alféizar de la ventana los días en los que el cielo se viste con su venda oscura, enlutada y tenebrosa; además, Margarita ha adoptado ese hábito conmigo, y yo estimo su compañía, la cual me complace y alivia bastante mis tribulaciones.

Puede que su presencia en esta casa, cuyo devenir se ha cernido siempre a la parsimonia metódica del ciclo de la tierra, a un almanaque excesivamente perezoso donde el transcurrir desde la siembra a la cosecha confluye con el apaciguado ritmo de los árboles, que se engalanan y se desnudan sin prisa alguna, solfeando su exclusivo compás; puede, pues, que Marga (así la nombraban muchas veces las hermanas, y un día me confesó que también yo podía concederle este trato amistoso) se haya integrado a este habitar montañoso, pausado en demasía en comparación con las urbes industriales —como de la que la moza proviene—; sin embargo, su vigorosa vitalidad juvenil nos ha transformado a nosotras a través de su ágil mirada, que enfoca más allá de lo que Camelia o yo misma acertamos a entrever. La verdad es que —no puedo negarlo— a mí me ha revolucionado tanto por dentro, conquistando todo aquello que parecía ya dormido, como igualmente por fuera. Tenerla cerca me gratifica; hasta el pus que supuraba de mis cortes producidos por el sufrimiento gangrenado está sanando (al menos en parte), como si fuera un prodigioso emplasto capaz de hacerme olvidar o aletargar, en según qué instantes, aquello que ha ido cuarteando mi alma en

cuantiosos y malogrados gajos. Y es que la llegada de esta muchacha ha rejuvenecido la casa, tal y como si la hubiéramos barnizado, en su interior, en su exterior y hasta en los establos, tras largos años de abandono.

Por lo menos, así es como yo lo aprecio. La amarga soledad que repercutía con sus callados ecos en todo mi ser, se va disipando paulatinamente, encogiéndose entre recovecos escondidos y dejando que esas antiguas oquedades se llenen con la voz de Margarita; un tono que comenzó distante y tímido, pero que se ha ido afianzando y me ha devuelto, aunque sea solo en parte y no en su totalidad (algo imposible), el cálido y reparador afecto que perdí con la marcha de mis hermanas, y que se fue diluyendo después en una sombría mezcla de melancólica tristeza que no supo separarse de mi escarpado corazón, manteniéndose así hasta su llegada, que parece estar cultivando en él una simiente de brotes restaurados.

Soy muy consciente de la amplia y generosa confianza que, cada vez que las hojas del día renacen abriéndose y hasta que a su vez las mismas cierran sus párpados en la anochecida, deposito sin ambages en esta pobre moza, criada y educada en ese lugar al que van a parar los más infortunados: el hospicio; en cambio, y muy a pesar de que intenté reiteradamente acercarme a Camelia, tratándola prácticamente de igual a igual, como si fuera de la familia y sin aplicar mi destacada jerarquía y rango social sobre ella; con todo, y por mucho que me esforcé en ese particular cometido, no fue posible en absoluto: Camelia se cerró en banda y un vallado mundo continuó distanciándonos y ubicándonos entre vértices opuestos. Así pues, desde que Verónica profesó en el convento, me he sentido pesarosamente sola y desamparada, sin nadie a quien poder acudir o pedir consejo, sin un solo consuelo ante toda esta aflicción que ha querido hincar sus largas uñas en mí, en mis adentros, en mis vulnerables entrañas, logrando acorralarme día y noche. A veces, sucedía desde que el ojo de Dios diseminaba tras la montaña los perfiles del amanecer, y hasta que corría, con acusada celeridad, tras la tumba que ocupaba el sol; este mismo que hoy nos ha irradiado y amenaza con estallar en un torrente de rocío.

No sé bien qué le pasó a Camelia, pero desde la —todavía incógnita— partida de mi amada hermana Azucena, cambió por completo, como todos en realidad. Se volvió solitaria, y aunque quise abrirle la llave oculta de mis secretos, no me dejó. Se armó de un candado de hierro que ha perdurado hasta ahora; solamente nos juntamos para los distintos rezos del día o si tenemos que consultar alguna tarea concerniente al desempeño de las labores de la casa o las funciones de la servidumbre, nada más que para esas cuestiones fundamentales. Es por ello que cuando me di cuenta del buen fondo

que, claramente, poseía Margarita, aun siendo un miembro del servicio y la última en ser contratada, no lo dudé: le ofrecí mi cordialidad y respeto hasta que, cada vez en mayor medida, el constante trato cortés se fue transformando en cercano. Tanto fue así que he llegado a contarle ciertas confidencias que jamás, en circunstancias diferentes, hubieran osado salir de mis labios para compartirlas con una simple muchacha a mi fiel servicio. Pero, a decir verdad, es que ella ya no es una sirvienta cualquiera; ella ha pasado de ser alguien insignificante o indiferente para mí, para convertirse en una persona con mucha más importancia de la que debiera (por nuestras apartadas condiciones y enfrentadas clases a las que cada una pertenecemos), porque sabe rellenar ahora mismo cada hueso, entretela o fibra sensible que creí irrecuperables, y que nunca pensé que volverían a rebosar de aquel cariño que les alimentó antaño; vacíos perennes que sigo sin poder exiliar a las cavidades del olvido, del silencio, de lo inerte, eso nunca, nunca, nunca jamás, porque el recuerdo es igualmente la savia que endulza mi vida, pero, por lo menos, esta muchacha bondadosa, virtuosa y temperamental —indudablemente, también lo es— ha conseguido colmarlos algo, y enriquecerlos, y añadirles poco a poco su restablecedor aliento. Gracias a ella, a su tenacidad y esfuerzo, no solo mi padre está muy bien atendido, sin faltarle de nada, puesto que Marga está continuamente pendiente de todo y él recibe unos cuidados primorosos incluso cuando descansa, ya que ella se hace cargo, velándole el sueño; no solo ha venido a traer esa paz a esta casa, sino que yo misma he logrado vaporizar los efluvios de mi odiada soledad como la brisa que se va.

No obstante, tengo sentimientos encontrados en torno a Camelia. Mira a Marga con recelo; al principio, pensé que eran imaginaciones mías, que era mi mente únicamente la que, elucubrando entre sus hilos y nexos flotantes, creaba esas ideas rebuscadas, pero en este momento se me presenta como algo tangible y verosímil, como si realmente albergara algún tipo de rencor o resquemor hacia la muchacha, la cual no he visto que llevara a cabo acción alguna que haya podido incomodar o disgustar a Camelia y, aunque he intentado indagar disimuladamente en este asunto, no consigo de ninguna de las maneras sonsacar una sola palabra a Camelia ni dilucidar qué le ocurre. Quizá sea mi preferencia presupuesta por esta lozana moza lo que la haga sentirse desplazada en la casa, donde ella siempre ha gobernado bajo mi mando con voz de trueno y los pies metidos en abarcas forjadas por plomo. En fin, definitivamente no hay modo de descifrar lo que pulula por la cabeza de esta mujer, que mantiene en una cerrazón absoluta, a la vez que cada día se despierta más muda que el anterior y con menos oratoria formulada que el sucesivo.

Entre pequeñas rendijas, los cúmulos nubosos dejan asomar apenas unos tenues rayos de luz, y ese destello fugaz y radiante me recuerda a los expresivos ojos de Marga, que, según cómo luce el sol y hacia qué dirección se dirija, muestran extraños colores, matices y brillos. Desde aquel primer día, cuando la conocí, al toparme de frente con esa insólita mirada tan suya, un frío gélido como el hielo de los glaciares me recorrió la piel, porque había algo atrayente en ella que la inundaba, al igual que si estuviera ejerciendo ante mí el despliegue artístico de un embrujo; algo que reconocía de antes y no sabía desentrañar ni comprender qué era. Aún no lo sé, y cuando mi mirada penetra en ella, cruzándose con la suya, me sigue sucediendo: es como si un pergamino encriptado naciera de su ser, pero yo, por más que me empeñe en husmear y escarbar, no encuentro la clave idónea para poder transcribirlo y así deducir ese raro misterio contenido en sus ojos. Naturalmente, el mundo gira sin cesar alrededor de enigmas sin resolver desde la antigüedad más remota, por lo que todas estas conjeturas mías, tal vez solamente sean precisamente eso: divagaciones y especulaciones infundadas que ruedan incansablemente por las orillas de mi consciencia.

Parapetada tras las jambas de la ventana, observo de nuevo el espacio de ahí afuera, y pienso que, del mismo modo que Margarita ha cubierto de ungüentos cicatrizantes las telas que bordan mi corazón, también ha descosido, sin saberlo ni quererlo, los bordes sedados que guardaban a Azucena. De hecho, su desafiante impulsividad me trae en la nostalgia la rebeldía que germinaba en mi hermana querida, en mi hermana del alma. Sin embargo, esta muchacha es decidida en sus acciones, pero jamás ha infringido ni una sola de las reglas impuestas, que cumple a todas horas con verdadera devoción y sacrificio, tal como debe de ser en una moza decorosa, obediente y excelentemente educada.

El bochorno es sofocante a esta hora de la tarde, incluso en esta santa casa envuelta por la frescura que la piedra exhala. Mi padre está adormilado, a mi lado, aquí en la sala. Aún nos queda un rato hasta la hora de darle la cena y acostarle, y le he concedido mi permiso a Marga para que descanse si lo precisa, o para que se distraiga y evada, saliendo al jardín o a donde le plazca. El cuidado de una persona dependiente en todo de los demás absorbe, exprime sin ningún tipo de miramiento hasta la última fracción de tiempo de tu propia existencia, casi vaciándola y teniendo que vivir en cuerpo y alma por y para la persona a la que cuidas, tal es de abnegado este diligente quehacer, y siempre nos tiene que tocar a nosotras, las mujeres, desempeñar esas funciones; tareas, por otra parte, a menudo muy desagradables, además de desagradecidas, por eso es por lo que prefiero consentirle de tanto en tanto algún momento de asueto a Margarita, para que

luego pueda volver a emprender su cometido con vigor y sin fatiga. Miro detenidamente el rostro de mi padre; mientras, duerme cabizbajo en su silla rodada. Su semblante está inmutable, como lo ha estado desde que tengo memoria. Querría atisbar algo distinto en él, en cada rasgo que forma su cara y su estar en este universo terreno. Mas no lo encuentro. Podría pegarme horas, días, meses e incluso años intentando rastrear un mínimo signo de compasión en él, mas me es totalmente imposible hallarlo. Siempre se creyó omnipotente, el dios de los jornaleros y sirvientes que tenía bajo su cargo y protección, así como de todos nosotros: su familia. Lo único que tenía en su poder, en cambio, era un rango de honor, privilegio y distinción que le diferenciaba del resto, nada más, así como la acumulación de riquezas provenientes —al igual que el apellido perteneciente a la baja nobleza que ostenta como jefe indiscutible de familia— de la herencia legítima de los antepasados de mi madre, no suya, como él se hacía valer (los que no nos conocían, seguro que pensaban que toda nuestra prosperidad era fruto inequívoco de su buen hacer; gran error, puesto que he tenido que rezar mucho y me las he visto y deseado, junto a Valero, para poder ir recomponiendo sus pésimas gestiones y todo lo que ha dilapidado delante de nuestros ojos, y sin enterarnos siquiera). Quizás pensó que gobernaba con cetro de oro su reino autoritario e inalterable; quizás creyó que mantendría su suprema preponderancia ante todas las mujeres y ante todos los hombres que dominaba hasta que llegara ese bache oscuro en que perdiera la vida; quizás fueran esas las cábalas que le devoraron hasta que se resquebrajó, cayéndose sin freno por el barranco más inclinado, porque ahora ya no puede dar una sola orden a nadie, ni tampoco podrá ya humillar o maltratar, puesto que el Señor ha querido imponerle su propio látigo en este castigo en el que él, mi padre, es ahora el desvalido. Además, en los lapsos en los que está más lúcido, todavía nos sigue con esa mirada turbia que no se le borra y que recuerdo de siempre, desde muy niña, puede que, incluso, desde antes de mostrar raciocinio. Le dejo ahí solo; total, está más que claro que no se va a mover ni un ápice, ¡ya le gustaría, ya! Después, salgo encaminándome hacia el jardín al mismo tiempo que el aire del entorno abofetea y azota mi rostro como si fuera un bálsamo reconstituyente, y admiro el evocador vergel: ahora diseminado de tonalidades que fluctúan entre morados y granates, con sus flores tiznadas de mil estampas y brillando como una peineta de bronce, plata o carey perfectamente bruñida y esmaltada, a su vez un aromático perfume completamente embriagador se evapora en el ambiente. Aunque esté recogido como un indecible pecado, no soy capaz de resarcirme hacia mi padre y eliminar esos malsanos pensamientos que formo sobre él. Ahora me santiguo; luego cogeré mi rosario y oraré con incesante fervor para redimir mi pecado de

pensamiento. Tuve que adquirir un rosario nuevo porque el anterior, que había pertenecido a las mujeres de mi familia antes que a mí y, por consiguiente, poseía un alto valor sentimental más allá del propio objeto religioso, acabó despedazado por el suelo uno de los primeros días que Azucena retornó a mí con mayor fuerza, con una intensidad avasalladora, extraordinaria e inconmensurable. Aquel día, además de que la pena quiso consumirme, fue también de los primeros que sentí el consuelo de Margarita arropando cada hebra de mi espíritu, bordando una puntilla de calma en mi interior desvencijado, amputado, roto.

En el jardín, diviso una asombrosa estampa inédita para mí. Me quedó atónita, con las palabras encajadas en mis cuerdas vocales sin atreverse a salir. Me froto los ojos sin querer ver el foco a donde están mirando; repito esta operación varias veces para cerciorarme de que es real. Es Margarita que, sentada entre las briznas de la fresca hierba de verano, bien acolchadas en esta época del año, sostiene un cuaderno en sus manos y esboza en él una figura que va tomando forma e incluso relieve, a pesar de estar sombreándola con un lápiz de carboncillo. No puedo ya negarlo, es evidente que ha sido dotada de cualidades e ingenio para dibujar, de un don tal y como poseía Azucena. Mi cabeza ha empezado a dar vueltas y cabriolas como si estuviera subiendo y bajando las corrientes del río, tan peligrosas para los almadieros. No obstante, intento serenarme. Sus trazos son tan precisos y perfectos que me han traído los susurros de Azucena en la balsa de la memoria, golpeándome y azotándome, una vez más, con descomunal brío y dureza.

Cuando logro tranquilizarme, me aproximo sigilosa a ella. Necesito observar con nitidez, a través de una lente diáfana, esos bocetos en los que tan concentrada se halla. Ante mi vista aparece, como si se tratara de un ser de otro mundo, la loba de ojos profundos y sagaces, cuyo color se asemeja a la cera quemada. Ese animal que, en estos últimos dos años, hemos visto Marga y yo moverse por el bosque, pero sin daño que temer hacia nosotras.

Levanta ahora su mirada de la lámina y, al verme detrás, se asusta.

—Perdone, doña Blanca. Es que como me ha dado su permiso para poder ausentarme un rato y salir… —me doy cuenta de lo inesperada que ha debido de ser para ella mi repentina aparición al encontrarla pintando, lo que, sin duda, le ha causado gran sorpresa; cambio entonces la seriedad que emerge de mi rostro por una mueca sonriente y amistosa—, estaba entreteniéndome con este dibujo. Espero que no le moleste.

—¿Molestarme? Por supuesto que no. Es que me ha cogido usted totalmente desprevenida. No sabía que el dibujo le despertara interés, y, además, lo perfila con mucha naturalidad. Casi hasta parece que

volvamos a tener delante a esa loba cautelosa e inmóvil. —Le contesto mientras admiro el retrato que ha esbozado: un símil muy bien interpretado del mismo animal salvaje.

Su expresión, entregada hasta mi irrupción a la abstracción y a la inspiración creativa, se suaviza tras mis palabras hasta que sonríe débilmente, apenas tornando un poco curva la línea de su boca, pero dejando sobresalir su dicha, al fin y al cabo. Justo en ese instante, se dispone a abrir su cuaderno y a enseñarme el resto de láminas dibujadas, confiándome lo que creo que guarda con celo, como si manifestarlo fuera desnudarse ante los demás y acabar rompiendo un pacto de pudor; revelándome lo que significa para ella la veleta de un tesoro descubierto, pero que ha de explorar. Asimismo, va saliendo de esa burbuja de timidez y me explica que la hermana que se ocupó de ella en el orfanato es quien le regaló el cuaderno, y lo hizo sabiendo que ella nunca podría prescindir de usar su lápiz de carboncillo allá donde fuera, donde el destino le guareciera, dondequiera que diera vida al paisaje con sus sombras desvanecidas o sus contornos difuminados. Y ese lugar le esperaba aquí, entre nosotros. Me quedo perpleja con sus dibujos; la única vez que he podido ver a alguien plasmar en el papel una imagen con tanta maestría, soltura y realismo, ha sido a mi hermana Azucena. Sin embargo, me estoy escuchando a mí misma aclararme que no puede ser, de ninguna de las maneras podría siquiera llegar a serlo… ¿qué vínculo o coincidencia podría haber entre ellas? ¿Dónde aprendió Margarita a desarrollar su capacidad artística, y si alguien se la mostró, quién fue? ¿No tendría una mentora que la fuera orientando? Deshago todas esas murmuraciones de mis intrincados pensamientos y decido preguntarle directamente.

—Son preciosos. Desde luego, sabe reproducir esa belleza espontánea en cada uno de sus dibujos. ¿Es que tenía alguna maestra en el hospicio que le impartía lecciones de dibujo y sombreado? Realmente, da la impresión de que fueran una copia en miniatura en su mundo natural. No les falta un solo detalle.

Esta vez su sonrisa se despliega abarcando de corte a corte toda la amplitud de la comisura de su boca, toda la forma de sus delgados labios.

—Muchas gracias, doña Blanca. Y no, nadie me dio ninguna lección específica en referencia a los conocimientos artísticos, aparte de los rudimentos básicos que adquirí en el aprendizaje común de todas las materias, al igual que se los inculcaron a todas mis compañeras. —Mira al frente, al horizonte, y se queda unos segundos ensimismada antes de proseguir—: Es que resulta que, desde muy pequeña, cuando disponíamos de un rato libremente, me aislaba un poco de las otras niñas y me ponía a dibujar, porque era algo que me

fascinaba. Y ya nunca pude dejar de hacerlo. Ahora, coger el lápiz, imaginar lo que mis ojos perciben y proyectar sus brumas con mi pulso en cada lámina me reconforta, y no sabe usted cuánto.

Me acaba de quitar un peso de encima o, al contrario, me devuelve los fragmentos de una frustración más. Su destreza con el carboncillo nada tiene que ver con mi hermana (siempre ocupando mis vacilaciones y mi arrítmico palpitar con cualquier nimiedad, como esta que acaba de acaecer y que no tiene sentido alguno que compare).

Oímos pasos que se acercan por detrás de nosotras y, al volvernos de inmediato, asoma el rostro de Camelia completamente demudado. Nos observa a ambas estupefacta, y luego fija su mirada en un punto indeterminado de la panorámica que se ve al fondo. No sé qué le pasa, pero tampoco quiere hablar cuando le interrogamos, como si el silencio se hubiera filtrado por sus venas al igual que la savia de los árboles desfila silente por todos los vasos y tejidos de aquellos.

De repente, un fortísimo estruendo hace vibrar los anclajes del cielo y, al momento, nos empapa entre arroyos imparables, lanzando luces intermitentes que se cuelan entre el follaje del bosque y dan auténtico pavor. Presurosas, nos recogemos dentro de la casa hasta que escampe.

En cambio, esta vez no hay armonía que se asiente tras las copas boscosas de los gigantes leñosos, enredadas en las garras de la borrasca virulenta.

Al día siguiente, una reluciente luminosidad baña cada grieta de la casa, jugando con sus esquivos reflejos aquí y allá.

Pasan varios días de cielos despejados, sin hallar un solo claroscuro en la caja volátil del relieve montañoso. Sin embargo, la estepa celeste se resquebraja ante mí cuando escucho la confesión de Camelia. Después de todos estos años baldíos, me increpa ahora con sus funestas palabras, que rasgan todo lo que soy, partiéndome por dentro como nunca hubiera imaginado que una persona puede llegar a soportar, haciéndome sentir la carga de una losa que no hay manera de retirar, ni tan siquiera de arrinconar; que se fracturan, al asimilarlas, como un hueso quebrado y reducido a partículas tan menudas, tan rematadamente ínfimas, que sería todo un logro volverlas a fusionar con éxito; que pretenden arrancarme de mis cimientos y aplastar la raíz de mi sensibilidad o dejar somnolientos a los sentidos que me guían. Puede que el sol sea espléndido, pero se ha desatado una fiera tormenta que arrasará con todo y con todos; que anegará campos, tierras cultivables, umbríos bosques, recónditos senderos, pueblos y hasta ciudades como nunca se ha visto siquiera ni en épocas remotas; y que ha desbordado en toda su ribera, por todos

sus recodos y hasta en la más escondida esquina, las acequias impresas con las roturadas huellas de mi náufrago, lánguido e impotente corazón.

7

VALLE SOMBRÍO CERNIÉNDOSE SOBRE ALTOSPINOS. AL DÍA SIGUIENTE

De súbito, un fuerte golpe me despierta. Todavía amodorrada y soñolienta, me levanto rauda. Quizá haya sido la ventisca aullando contra la ventana en estos días de tormenta, sin embargo, observo por encima del alféizar y no hay pista alguna de humedad en el entorno. Alzo ahora mi barbilla al hilar opaco que acordona la noche, y el titilante alumbrado estelar que diviso se encuentra completamente encendido, sin que ninguna cortina de agua lo apague con sus tibias gotas de verano. ¿Qué ha sido entonces aquello que me ha despertado de forma tan brusca, si hasta las tormentas de estos días atrás parecen haber cesado ya? ¿No provendrá el alarmante ruido de la alcoba de don Abelardo? Sin pensarlo dos veces acudo célere, giro con cautela el pomo labrado de la puerta y asomo mi cabeza por el marco entreabierto. Con un silencio absoluto rondando por la casa, reposando sobre las baldosas e internándose en cada estancia, juntura o resquicio, la respiración acompasada del amo se hace evidente para mí; escucho sus rítmicas pulsaciones, claramente domadas por un sueño profundo, por lo que deduzco que la estridencia surgida en mitad de la noche, o casi rozando el final, no la ha producido tampoco él. De todas formas, incluso la hipótesis de que hubiera podido caerse de la cama sería vaga e infundada, puesto que su movilidad es muy reducida, cada día más. Salgo de allí y bajo las escaleras notando cómo la frescura del pronto amanecer se cuela entre mis piernas desnudas, ya que solo me cubre la camisa de dormir.

Aun así, decido aventurarme y salgo fuera para poder saber qué es lo que ha pasado; qué me ha expulsado de mi reparador descanso. Porque si de algo estoy prácticamente segura es de que no lo he soñado, tan real me ha parecido como abrupta ha sido mi vuelta al momento presente. Oigo algo procedente del jardín, quizá sea alguna alimaña nocturna escarbando ávida entre la tierra. Presurosa, pero al mismo tiempo con precaución y prudencia, me aproximo hasta la cerca del jardín. Me paro en seco escandalizada; no, no puede ser verdad, no puedo creer lo que estos ojos melosos avistan en lontananza.

El alba ha comenzado a embeberse la negrura espesa de la

madrugada, diseñando una línea precisa de donde nacen, en este mismo instante, los rayos envolventes del aro que viste con encaje de oro: siempre nítidos, vigorosos, restauradores; centelleantes y embriagadores en todo su contorno; fieles guardianes de la vida que resurge cada día y en cada rincón imaginable —o inimaginable también—. Y la iluminan a ella mientras sus ojos esmeraldas desgranan las densas gotas de piedras preciosas que les componen, dejando que un desbordado torrente fluya entre el poroso terreno.

Doña Blanca está tendida entre el barro, excavando en la húmeda y resbaladiza tierra con un arrebato insólito en ella y desatando su encono; partiéndose sus impolutas uñas, que arañan el fértil suelo como si estuviera poseída por mil demonios; agrietando la fina piel de sus delicadas manos, que buscan, y rebuscan, y persiguen sin hallar; respirando aceleradamente entre llanto socavado, con la angustia reflejada en esa forma de actuar.

El hoyo cada vez está adquiriendo mayor volumen, y es justo ahora cuando comprendo a la perfección que ha debido de ser ella la que ha dado un retumbante portazo al salir por el portón; el mismo que tanto me impresionó cuando llegué a este nuevo redil, convertido hoy en un cobijo irremplazable que no trocaría ya por nada ni nadie, muy a pesar de que sea algo inexplicable hasta para mí misma: me siento útil y bien aquí, de alguna indefinible forma; el que enmarca, bajo su arqueada fachada de medio punto, solemne, señorial y admirable, esas letras doradas que tallan el escudo familiar que me impactó en demasía el día que vine.

No sé qué puede estar sucediéndole últimamente a doña Blanca, ni qué es lo que puede estar alimentando —o devorando, según el prisma desde el que se mire— sus pensamientos. Aunque lo que sí sé a ciencia cierta es que algo, imperceptible para mí, está corroyendo el salmo que nutre su espíritu. Y también sé que este estado en el que ahora mismo se encuentra, deambulando por sus largos laberintos, coincide, más o menos, desde el momento en el que vio mis dibujos hace unos días. De hecho, les prestó mucha atención y creo que fueron de su agrado, porque la noté como embelesada mirándolos (por supuesto, no soy yo quién para aseverar algo de ese calibre).

Desde entonces, camina arrastrando los pies, como si le fallaran las fuerzas y estuviera ausente de todo, de todas las personas que le rodeamos; alza la vista de vez en cuando hacia el frente con la mirada fija, como si quisiera perderla entre alguna confusa y diminuta figura en la lejanía; se mueve como si hubiera empezado a albergar en su interior, en el fondo de sí misma, los rescoldos de un alma vagabunda, sin brújula, rumbo o pilón al que poder sujetarse con firmeza, ya que a veces hasta me parece que está penando como un ánima en medio del bosque.

Verdaderamente, me duele en lo más profundo verla así. Se me encoge el corazón como si alguien lo absorbiera y lo dejara completamente hueco, sin cuenco que llenar ni palmatoria que prender; siento como si algo insoslayable dentro de mi propio ser también estuviera desprendiéndose, deshilachándose tras el panal que endulza mis sentidos, que se apagan junto a ella.

En estos días, he visto constantemente a doña Blanca llorar ríos de rabia que remozan, como no había visto en ella, sobre corrientes de ira desatada y entre enjambres de congoja y ahogo, que a su vez se engarzan con esas llagas que continúan abiertas en el lastre de su pasado, fusionándose con él en este fatídico instante y dimensión. Pero, sobre todo, es cuando cruza su tierna mirada conmigo cuando ocurre: es el momento concreto en el que de sus preciosos ojos rebosan llamaradas de verdadero dolor, y aún no sé por qué le sucede, ni lo puedo siquiera entender. ¿He hecho algo malo, algo que hubiera podido disgustarla y de lo que no he sido consciente? ¿He tratado a su padre, proporcionándole sus cuidados más perentorios y básicos, sin el respeto debido? ¿No he dejado que mantuviera la dignidad que cualquier persona, sea de la clase que sea, merece al tocar los años culminantes de una vida, pero con mayor razón si cabe proviniendo del alto estatus y condición que se le otorga al amo por haber nacido privilegiado? ¿Acaso cree que no soy la muchacha adecuada para paliar la enfermedad de su padre, cuando hasta hace nada parecía no solo conforme, sino incluso realmente satisfecha con mi asistencia? ¿Es por eso por lo que padece de ese modo doña Blanca? ¿No me cree suficientemente competente para la tarea que se me ha encomendado?

Se da la vuelta de improviso, y me ve allí, paralizada como un señalizador clavado en el sendero. Deja lo que sea que está buscando, se incorpora y, presta, avanza hasta mí. Me abraza sin pudor ni contención, rodeándome y arrullándome, fuerte, muy fuerte, al igual que un longevo árbol que ha sufrido mil nevadas, diez mil lluvias y otras muchas sequías, puede ofrecer sombra todavía con su ancha capa y su sombrero de seta a aquellos nudos de esquejes más jóvenes y necesitados; luego se despega de mí apenas un instante, tan solo la fracción de unos pocos segundos para acariciar mis facciones, tan blancas como los pétalos que coronan a esa flor que me designa, y noto cómo las va rozando, palpando su textura con sutileza a través del terciopelo rugoso de sus dedos ya plisados, al igual que las yemas de las ramas añejas se fusionan con estas formando un todo dentro del vegetal que ocupan; al final, me besa en la mejilla inesperadamente y el calor repentino de sus labios jalona las cornisas de mi corazón, al igual que las nervaduras que componen la cartografía de una hoja, las cuales siempre vivirán en el renacido brote con el que cada primavera les acoge, les salpica y les sustenta.

Estoy atónita, mi mente se ha revolucionado como nunca en mi existencia había estado; quizás, ni tan siquiera cuando la hermana Angélica marchó de mi lado para siempre, se tradujo en este sinvivir que me tiene ahora acorralada (aunque no sabría sopesar la balanza con exactitud, porque la pérdida de la hermana Angélica también turbó cada muesca de todo mi ser, de todo lo que yo era, puede que incluso mucho más aún que lo que estoy sintiendo en este instante que me atraviesa).

Desde luego, mis conjeturas han caído en picado, porque doña Blanca me acaba de demostrar que no tienen sostén alguno. Además, me ha repetido frecuentemente, como si de un rosario encadenado de sucesivas aprobaciones se tratara, que cumplo una primordial e insustituible función asistiendo a su avejentado padre; trabajosa labor en la que pongo todo mi empeño, según las palabras que de su boca han sido transportadas hasta mis oídos, y de la cual está muy complacida con mi habitual proceder. ¿Por qué lo he dudado entonces, es que acaso no me lo recalca día sí y día también? ¿Me hubiera abrazado de esta manera tan afectuosa y sentida si realmente pensara lo contrario? ¿Ha ofrecido este trato de favor a alguna otra criada del servicio de esta casa? No, está claro que no. Ahora lo veo nítido, despejado y sin celosías que enturbien mis cábalas; ciertamente, ni siquiera en Camelia, que lleva toda la vida junto a ella, deposita la confianza que hace tiempo que vierte hacia mí. Alguna que otra vez de tantas, incluso intuyo, de soslayo, que Camelia me mira celosa, con esa mirada de gata que da enorme respeto y me importuna.

Justo cuando estos primeros rayos del amanecer inciden en las siluetas sombreadas de nuestros cuerpos; justo cuando la penumbra esculpida en el ambiente comienza a disiparse, sus brazos retornan y me arropan otra vez, forjando una perfecta unión entre nosotras, tan sólida e indestructible como si estuviera soldada a fuego en la fragua del herrero.

8

EN LA INSÓLITA PENUMBRA DE ALTOSPINOS. DÍAS ESTIVALES DE 1885

Todo se ha teñido de fajas grises moldeando mi interior, ya nada contiene el color de antaño; todo se ha ido derrumbando con un clamor trepidante, que me ha arrancado cada costra de la vida zurcida en su momento; todo se ha diluido en el claustro de mis adentros, se ha roto por completo dejando a mis sentimientos tan solo con harapos, a merced de los elementos; todo aquello que creímos construir se desmorona, pintándose con tinta de penumbra por todos sus recovecos. La tristeza ha hurgado en el centro de mis sentidos, traspasando los goznes de mi corazón apresado, encarcelado y cautivo, e implantando su hálito melancólico en mi espíritu zarandeado, esclavizado y castigado.

Abrazo con la exigua fuerza que ya me queda (calurosa aun siendo escasa y menguante) a esta pobre muchacha que no sabe nada de todo este intrincado y embrollado ovillo que estoy intentando desmadejar, del que aún no sé siquiera abrir la cerradura de su resolución definitiva. Ella no tiene ni idea de las coincidencias que he ido observando comunes, a lo largo de estos años en los que aquí lleva residiendo, con ciertos aspectos únicos que solo poseía mi hermana Azucena. Sin que ella se percatara, he estado comprobando la sinuosa traza de sus dibujos y diseños, comparándola luego con la que Azucena delineó en los suyos hace tantos años, y recuperando los dibujos de mi hermana del lugar a donde los relegamos, pesarosa y con el aguijón de la amargura intentando pinchar de nuevo. Siempre supe que Azucena llevaba dentro una vela a toda mecha a la hora de difuminar la belleza vaporosa de las flores. Por eso, aunque Verónica quiso desecharlos para no sentir el lacerante dolor que nos producía volver a extraerlos del fondo del baúl, me negué en rotundo y no se lo permití, porque eran el prieto nudo que podía aún sintetizar los canales de mi nexo con ella; mi punto de conexión con aquella Azucena adolescente que amé con intensidad, y a la que todavía los legajos del recuerdo me traen a menudo; a la que siempre anhelo y añoro con hondo sufrimiento, y a la que seguiré queriendo con fervor en el pasaje por el que me lleve esta vida y la siguiente, o la que tenga que venir: ella está conmigo en todas las travesías.

Ahora hacía ya, creo que incluso más de un lustro, que los escombros de la memoria no me habían implorado sacarlos de su armazón polvoriento. Hasta que vi los dibujos de Margarita; fue como si un impulso espontáneo hubiera explosionado dentro de mí. Recapacité bastante al verlos, pero al final no pude resistirme y salí corriendo a rebuscar, con los nervios desatados y chispeando en mi cabeza, los antiguos bocetos de mi hermana Azucena. Lo que encontré, escondido tras las cicatrices impregnadas por el carboncillo, fue algo inaudito, totalmente sorprendente. Esa maestría que ambas plasmaban, en cada recorte de la silueta, en cada línea trazada, en cada marca del dibujo proyectado, era casi idéntica; con todo, tendría que cerciorarme y comprobar detalle a detalle. Esperé paciente a que la noche enarbolara su negro manto, así mis sutiles movimientos se tornarían imperceptibles en la densa y envolvente penumbra. Cuando la oscuridad se mostró plena, tupida y sin un solo encaje por el que pudiera colarse la luz, ya que incluso la luna se había ausentado esa noche de entre los cuerpos celestes, muy cautelosa, andando de puntillas y procurando no causar ruido alguno, penetré decidida en el pequeño cuarto de Marga, situado al otro lado de la casa en el largo pasillo reservado a la servidumbre, y, como seguramente lo hará cualquier bandolero o vulgar ladrón, le robé sus láminas con desconocida pericia y salí aprisa de la austera estancia, tan distinta a nuestro habitual acomodo: profuso en decoración. Ya en la soledad de mi alcoba, bajo el murmullo de silencio que transporta irremisiblemente la noche, donde la quietud solo es rota, rajada y desmembrada por las sinfonías inherentes del bosque o por el continuo crujir de la casa con su familiar percusión, que se ensancha, se dilata y a veces hasta parece que gritara y reventara por sus costados, moldeada por la humedad, el frío y el viento característicos de la madrugada, y hasta que vuelve a su ser mudo y marmóreo con las tonadas que el sol le injerta en cada poro de sus ranuras, fisuras y aberturas; pues bien, sola ya en mi aposento, con los sonidos de fondo albergados en las horas donde escapan las tinieblas, me dispuse, por fin, a entrever, línea a línea y con la lupa de mi mente bien enfocada, cada nimia parte de los difuminados esbozos de Marga y de Azucena. Los comparé, una y otra vez, y volví a buscar semejanzas entre ellos, una vez, y otra y otra más, después rastreé sus paralelismos hasta la saciedad, frotando compulsivamente mis ojos —quería decirme a mí misma que no eran visiones; era la pura realidad lo que atisbaban— hasta que la fatiga me advirtió que no estaba soñando, porque la simetría era el componente de aquella auténtica verdad. Bajo la luminosidad procedente de mi lámpara de gas, mi conclusión, por increíble que pueda parecer, no cambió un ápice de todo aquello que había pensado antes: esa manera tan particular de perfilar las figuras y

darles vida, de añadir las finas pinceladas de sombreado después, era prácticamente igual en ambas. Daba la impresión de que fueran copias, de que hubieran sido capaces de retratarlas a través de un espejo imaginario que se complementara entre sí. Los claroscuros hilvanados eran tan similares que un experto en arte no los hubiera distinguido, probablemente. Ya segura de mis indagaciones, me encaminé de nuevo hacia las estancias del servicio. Una vez más, me adentré en su habitación con estudiada astucia y le devolví sus creaciones sin que se percatara lo más mínimo; cuidar de un anciano es un trabajo agotador en demasía, y ella debía de estar tan sumamente extenuada que no se despertó ni se enteró de nada.

Después de aquello, hablé con Camelia. Si quiero ser realmente sincera, he de añadir que discutí. Alcé mi tono de voz como jamás había usado con ella. Nunca le había increpado así, pero mi angustia había crecido tanto, calando en mis sentimientos y haciéndome casi desfallecer, que necesitaba saber; necesitaba todas las respuestas posibles que pudiera obtener, aunque ignorara dónde poder buscarlas y dónde rascar para retirar las herrumbrosas capas que se habían ido acumulando entre el bagaje del tiempo transcurrido que, al igual que los saltos del río, todo se lo lleva y todo lo devuelve en su cristalina imagen borrosa.

Desde aquella mañana, todo se ha vuelto caótico. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Todo lo que veo en Marga me conduce, con un vértigo agonizante, a los recuerdos que mantengo de Azucena. Todo este tiempo que hemos permanecido juntas, conociéndonos poco a poco y cada día con mayor hondura, notaba algo extraño en ella que, en ocasiones, me llevaba a pensar en mi hermana. Pero nunca dilucidé el motivo, ni me pregunté directamente el porqué. Debería haberlo hecho, aun a pesar de exponer mis fluidos a las garras de un nuevo dolor que, no obstante, ha llegado igualmente para quedarse. ¿Cómo no se me ocurrió pensarlo? Son sus gestos, su compostura e incluso ese carácter suyo, tan lleno de bondad y a la vez tan desenvuelto, natural e instintivo. Son los rasgos de su cara y, sobre todo, sus hirvientes y deslumbrantes ojos, rarísimos de encontrar en una persona, tan indefinible es su brillo y color, y prácticamente clavados a los de mi hermana, hasta me atrevería a decir que son un calco exacto cuando me mira. Y luego está todo lo que he entrevisto en sus láminas de dibujo… Ahora ya no hay vuelta atrás, tengo que despedazar los bloques de hielo que ha cimentado el tiempo, con sus ásperos y rudos ropajes, para resolver la incógnita; ahora doble: el ignoto paradero donde pudo acabar Azucena (en el caso de que aún exista en esta vida terrena; pálpito que siempre he sentido), así como la verdadera procedencia de esta desventurada moza, su abandono y el poder aunar los hilos que le llevaron al mismo.

Relajo un momento mi abrazo (pues mientras mis pensamientos divagaban volviendo a analizar los hechos acaecidos, hemos seguido arrullándonos) y, como acabará descubriendo todo, al igual que pienso hacer yo, le digo con firmeza que me ayude a excavar en el hoyo que he horadado en la tierra. Tras un breve rato cavando, ha sobresalido. Primero he intuido la localización del cordón umbilical de mi pobrecito Evaristo, que hace mucho que se descompondría (ahora solo es un agujero laberíntico rebosante de gusanos), y tras desenterrar más y más, ha aparecido el diario de Azucena abriéndonos sus amarillentas páginas como si de una visión fantasmagórica se tratase.

Ahora sé que Camelia, pese a mis inflamados gritos, que la hostigaron con creces, ya que su tez quedó lívida de espanto, y junto a mi inicial cólera, que fue acrecentándose hasta rozar el desenfreno, no mintió, sino que me arrojó a la cara la cruda y desgarradora verdad; cruel certidumbre que invadió a su vez hasta la última pieza oculta en mis entrañas. Ella vio, justo antes de que mi hermana partiera no se sabe a dónde, que disimuladamente Azucena enterraba ahí, entre los brotes del jardín, un misterioso cuaderno. Pero ¿cómo se lo ha podido callar todos estos años? ¿Qué voy a hacer con ella, virgencita de mi alma? No lo sé, porque, aun con este escondido secreto que estoy descubriendo con el corazón fileteado en minúsculas tiras, no soy como mi padre y nunca ejerceré de tirana como hizo él. Ya veré qué rapapolvo o severo castigo le impongo cuando sea el momento oportuno; no soy vengativa ni deseo serlo, bien lo sabe Dios, pero he de dejar que mi entretejido mental se enfríe paulatinamente, solo así podré obrar con voluntad y atino. Ella no sabía lo que aquellas páginas que mi hermana intentaba resguardar contenían; aun así, claramente y sin atisbo de duda, es un diario firmado por Azucena (hojeo rápidamente el cuaderno y, en efecto, observo el primer renglón manuscrito en el que esa singular forma que estilaban sus letras sigue siendo perfectamente reconocible para mí). Evito que Marga lo lea —puesto que, a pesar de ser expósita, es una muchacha culta y letrada— y me dirijo a mi alcoba para leerlo aislada de este mundo hostil que nos apresa.

Está lleno de lagunas en los instantes clave en los que, por lo que parece, ella fue tomando sus más drásticas decisiones. No entiendo por qué no las compartió conmigo o con Verónica; nosotras le habríamos apoyado, le habríamos encauzado buscando la fórmula para salir del atolladero, sea cual fuera en el que estuviera enredada. Con absoluta seguridad y desde lo más profundo de nuestros corazones, le habríamos tendido nuestra mano, nuestro abrazo y todo nuestro ser entero; habríamos estado a su lado, mostrándole el fraternal e inquebrantable amor que existió siempre entre nosotras tres, incluso

Verónica sabía derrocharlo a raudales, muy a pesar de ese arisco e irritable temperamento que solía sobresalirle en alguna que otra ocasión: porque es obvio que ya entonces le complacía tomar la montura de mando. No, no y no; no lo comprendo, no hay sitio tangible en mi cabeza para poder asimilarlo, no puedo hacerme a la idea de que, le pasara lo que le pasara, por terrible que se le pudiera presentar, no pudiera ser capaz de confiárnoslo, de sincerarse con sus propias hermanas. ¿Por qué? ¿Por qué razón no dijo lo que le ocurría? ¿Por qué nos lo ocultó, Dios santísimo? ¿Por qué desapareció de nuestras vidas como una estrella pasajera perdiéndose en el abismo del universo? Fuimos los puntos de una textura entrelazada, ligándose entre sí y bordada con ajuar de bronce; somos bastidores prisioneros, cada una ocupando el hueco de la urdimbre destejida, del encaje apartado. Y después de estos insanos pensamientos que han querido agolparse entre mis sienes, lo único que me queda ya es una renovada congoja y un desaliento más, pero no cejaré en mi empeño de esclarecer todo este desagradable y angustioso asunto.

Lo medito tan apenas unos segundos, pero no encuentro otra alternativa. Necesito con urgencia ver a Verónica, y ni siquiera puedo entretenerme enviándole una carta. Le mando aviso con el cochero para encontrarnos mañana, no puedo esperar más.

Al día siguiente, parto de casal Villaserbal, esta vez sola, para reunirme, sin demora, con mi hermana Verónica en el convento. Hoy no ha tenido tiempo suficiente para hacerse con el manojo de llaves, una de las cuales da rienda suelta para abrir la puerta del locutorio donde se nos permite conversar; hoy no, hoy apenas vislumbro su rostro entre las rejas que nos separan. De hecho, todas las ventanas del monasterio están resguardadas por tupidas celosías, para que nadie ose ver a las monjas de clausura que tras ellas cohabitan, como es el caso de mi hermana; para que los ojos mundanos no contagien su pecado en este lugar sagrado, reservado a la pureza de las almas, como la de Verónica, que está inmaculada y consagrada a los designios del Señor, omnipotente Él en su toda su sabiduría. (Al nombrarlo, realizo la señal de la cruz).

La miro con denotada fijeza, aunque prácticamente sin verla, solo presintiéndola. Y sin parpadear apenas, le cuento todo lo que sé, lo que he averiguado recientemente y lo que no sé, pero que creo adivinar detrás de toda esta turbulencia que empieza a atraparnos en su macilenta espiral; se lo relato sin poder parar, las palabras salen de mi boca atropellándose las unas a las otras, en apremiante avalancha, como si en verdad me fuera la vida flotando en ello: en realidad, es así como, en esta vorágine de velos que se van destapando, me siento y padezco.

Su suave voz llega hasta mí quebrada, por lo que deduzco que, tras

mi elocuente y apresurado discurso, se ha quedado estupefacta, tal como me ocurrió a mí cuando lo supe.

—Entonces me estás diciendo que lo que tienes entre tus manos es el propio diario que escribió Azucena antes de su desaparición. —Se persigna con mucha devoción varias veces seguidas, y luego junta las palmas en posición de orante antes de exclamar—: ¡Dios bendito, misericordioso como eres, todopoderoso, apiádate de estas, tus hijas! ¡Ayúdanos a ser fuertes y tener valor en este difícil pasadizo que se nos presenta! ¡Por favor, te lo suplico!

Paso cada uno de mis dedos a través del enrejado para rozar los suyos y amarrarlos, transmitiéndole la exangüe energía que todavía me queda.

—Sosiégate, Verónica. No habremos braceado en empresa tan complicada como esta, pero aprenderemos y llegaremos al fondo mismo de esta cuestión. —Mi voz se hace casi inaudible con el llanto agazapado; intento aclararla, modelar su entonación para darle la falsa apariencia de serenidad y contundencia, y después, tras unos breves segundos en los que dejo a mis pulmones absorber el aire que señorea en el ambiente, continúo con mis argumentos sin más dilación —: Nos cueste lo que nos cueste, y a pesar de la amargura que ya nos envuelve y quiere amordazarnos, no te quepa duda de que lograremos dar con todo lo que pudo sucederle a nuestra hermana. Sé que lo hemos intentado tanto, tantas veces, durante toda una eternidad…, lo sé, y, al final, nuestra infructuosa búsqueda ha terminado en el punto de salida, en la misma casilla inicial de siempre, en el perpetuo lugar de la incertidumbre corrosiva que sentimos dentro de nosotras, eso también lo sé. Pero ahora partimos de algo, aunque solo sean unas pocas palabras marchitas en un diario ajado por el tiempo; aunque solo tengamos eso y nada más, te lo prometo; aunque sea lo último por lo que luche ya en esta trágica existencia que nos toca, te juro por Dios y por la Virgen del Pilar que lo sabremos, desentrañaremos lo que pasó entonces para poder vivir en este presente lo que nos reste de vida, con la conciencia tranquila y el espíritu alejado de perturbaciones o pesadumbres.

Vuelve a santiguarse implorando con mayor realce sus ruegos al Señor (entre la media luz que se distingue en el diminuto ajedrezado que la protege de las miradas inoportunas, me parece entrever que sostiene el escapulario entre sus manos); luego me reprende con dureza.

—No se te ocurra jurar en vano, hermana. No cometas ahora perjurio, con lo devota y beata que has sido siempre. También deberías orar tras estos benditos muros conmigo, quizás un día puedas culminar aquí tu última etapa; quizás puedas alejarte de los atronadores ecos y el incesante traqueteo que caracterizan al exterior

y que, además, sé que detestas como a mí misma me pasaba; quizás puedas terminar aquí tus días, en calma y junto a mí.

Primero me reprocha e inmediatamente llega a mis oídos un murmullo dulcificado, y hasta puede que esté esbozando una de sus sonrisas (claro que esto último lo sospecho, no lo puedo cerciorar). Verónica es así, lo ha sido desde que tengo uso de razón, le gusta que obedezcan sus órdenes: aquí, en este claustro, en este retiro escogido, ha encontrado su lugar y ha forjado su propia identidad, ya que le complace sobremanera enseñar las mil formas y toques de la aguja en puntillas y bordados a las despabiladas novicias que, arrastrando su tierna jovialidad, ingresan en la orden religiosa. Pero, asimismo, su corazón se ablanda conmigo, derritiendo una a una cada viga que pudiera apelmazarlo, y no solo lo hace en este instante, sino en muchos otros, en muchos días de los que, a menudo y siempre que nos es permitido, vengo a verla, porque constantemente cuando me tiene delante, parapetada tras las celosías que nos separan (o muy cerca la una de la otra, abrazándonos cuando consigue la llave), me da la reiterada serenata: es obstinada en expresarme que, cuando ya no tenga cargos de los que ocuparme, me refugie a su vera y me dedique en cuerpo y alma a la vida contemplativa, tal como ella; francamente, es una opción que tampoco descarto.

Al terminar mi visita, le dejo el diario con el fin de que ella también pueda realizar algún otro análisis o lectura distinta, o cualquier otra observación que desarrolle al respecto; cualquier nuevo indicio, por banal que parezca, que se me haya podido escapar del mismo a mí. Porque se me ha podido saltar algo, aunque me he estado esforzando al máximo en intentar leer lo ininteligible, lo encriptado y aquello que no está escrito, sino que subyace entre la adivinanza de líneas superpuestas.

Días más tarde, me llega una carta de Verónica. Tiene todo apalabrado para poder reencontrarnos, esta vez sin rejas que nos separen (imagino que habrá utilizado su perspicacia y artimañas para obtener esas llaves en su beneficio y poder), y quiere conocer a Margarita, que nunca me ha acompañado al convento. Y yo me rindo completamente a sus deseos, que son los míos.

Un revolucionado enjambre de abejas muerde mi estómago sin cesar cuando salimos y, para intentar calmarme y apaciguar un poco los nervios que crispan mis adentros, le narro oralmente a Marga, tal y como llevamos haciendo desde aquellos tiempos antiquísimos y ancestrales, la historia contenida desde hace centurias entre las piedras del monasterio donde está Verónica enclaustrada. Se queda asombrada al saber que el sarcófago de una de las mujeres más influyentes y decisivas del acontecer del reino de Aragón, cuando era

aún un territorio primigenio, en su incipiente formación, se encuentra allí mismo con sus restos, siendo toda una joya del románico y estando custodiado por las monjas, entre ellas por mi hermana. Cuando pronuncio su nombre, el de esta mujer de suprema relevancia en la época en la que vivió y para la posteridad, Marga lo repite como en una letanía: «La condesa doña Sancha de Aragón». Durante el trayecto en la calesa familiar, le voy explicando que esta dama de sangre regia fue una de las mujeres más importantes y hacedoras de su tiempo. Poco a poco, le comento que fue hija del rey Ramiro I, el primer monarca de esta tierra de montañas y heladas; hermana del rey Sancho Ramírez, y no solo eso, sino que, además del parentesco que a su hermano le unía, este hizo recaer en ella diversas responsabilidades dentro de las funciones políticas de su gobierno, dispersas aquí y allá. Cuando le cuento que incluso llegó a ser la cabeza visible de la Iglesia, en Pamplona, me mira escéptica, no puede creerse que el intocable cargo de obispo, una autoridad de semejante magnitud, la ostentara una mujer y no un varón como se ha estipulado desde los cimientos mismos del cristianismo. Le explico que, a veces, en la historia hay excepciones que rompen las reglas, y esas rupturas favorecen lapsos mejores, innovación y un claro avance hacia el progreso de toda sociedad y civilización que se precie, aunque sigan queriendo denigrar nuestra capacidad y mérito: la de las mujeres, y lo hagan repetidamente, sin ninguna razón ni justificación, simplemente por el hecho de que hayamos nacido dentro de las formas y anatomía de un cuerpo de hembra, únicamente por eso.

Estoy segura de que estos retazos de la intensa vida que debió de recorrer la condesa doña Sancha de Aragón, no se le han de olvidar a Marga; porque nosotras necesitamos referentes que nos indiquen que un abierto horizonte, por lejano que nos pueda parecer ahora, también existirá y nos guiará hacia la meta de un alba próspera y fructífera para nosotras, las mujeres, aunque el mundo despiadado en el que vivimos, claramente dominado por los hombres, nos haya anulado, pisoteándonos como a insectos desvalidos; aunque nos hagan creer que somos flores insignificantes incapaces de colorear los campos, aun así, hemos demostrado sobradamente que cada brizna de hierba que renace de nosotras es cualificada y valiosa, así como las tretas diplomáticas que sabemos urdir y la intrínseca sensatez nos conducen, cuando nos lo consienten, a mejor gobierno que a los hombres, aunque intenten manipularnos.

El zumbido que hace tan solo un momento notaba dentro de mí, se ha ido desvaneciendo algo por la conversación mantenida con Marga, pero todavía mi cuerpo se torna tembloroso y mi voz se escucha trémula cuando le contesto.

Por fin, al cabo de un buen rato, llegamos y se conocen. Después,

cuando Margarita guarda la distancia de rigor, retirándose con prudencia y manifestando su servil actitud, Verónica me devuelve el diario y confirma lo que yo ya le apunté. Está segura de que Camelia oculta algo más, y me encomienda a mí la misión de que vaya desliando esa madeja inextricable, aparte de que le tire de la lengua en caso de que sea preciso. Ella, por su parte, intentará sacar algo en claro a través de sus contactos con las hermanas de la Caridad: las que residen en el hospicio de Barcelona.

Me aguanto como puedo por Margarita, pero, en cuanto volvemos, retorno a mi alcoba, donde el llanto se desparrama como convirtiéndose en un sinfín de ramas caídas imposibles de enderezarse ya; como un retorcido tronco de leña hincándose en la cueva de mis adentros, en la que el mutismo y el vacío se intercalan sin dejar sitio para nada más que para esta creciente y prolífera penumbra.

9

EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. SEPTIEMBRE DE 1886

Un silbido lejano me despierta, sacándome de súbito de la ensoñación en la que mi subconsciente navegaba. Me acerco con cadencia y sigilo hasta la ventana del pasillo y observo, desamparada, cómo las proezas de una nueva aurora se dan lugar en el horizonte, preñado de fuego y revestido de un halo de luz cegadora en todo su fondo; un horizonte que a mí se me escurre ya entre los pliegues rugosos de mis manos. Seguramente ese repicar campanil, tan parecido al de las iglesias y monasterios, y que tal vez un sutil soplo de viento lo haya transfundido hasta aquí, hasta este jergón que ocupo, provenga en realidad de algún movimiento repentino levantado entre estas lúgubres paredes de hospital que nos enjaulan —por ejemplo, alguien manipulando el instrumental médico lo ha podido rozar entre sí produciendo ese rechinar afinado, y muy probablemente, sea quien haya cortado mi breve descanso—; aunque hoy a mí me haya evocado algo bien distinto entre los fluctuantes volantes que modelan mi mente: la estación de tren en su habitual llamada a los pasajeros distraídos. Porque esta mísera sala en la que ahora habito junto a otras mujeres como yo, en la que nos aíslan del mundo, y en la que realmente me encuentro en absoluta soledad conmigo misma, desconsolada y con la tristeza agarrándose en cada hebra de mis sentimientos, no se encuentra tan cercana de la línea ferroviaria como para haber oído claramente su característico silbato, por lo que, lógicamente, el agudo sonido que ha atronado en mi cabeza no puede haber procedido de la estación ni tampoco de ningún buque que se aprestara a zarpar, por idéntico motivo. No puedo negar que muchas veces me alivia fantasear con todas esas gentes que embarcan; figurarme entre sus viajes, aquellos que casi seguro que son proyectados hacia lo más prometedor.

Desando mis torpes pasos y vuelvo hasta el lecho, en el que estoy postrada demasiado tiempo. Me quedo pensando en los pasajeros —a los que no conozco— de ese tren inexistente que imagino parado en la lejanía —o no; quizá alguno esté a punto de comenzar su avance—; quiero entrever que subirán los peldaños que les restan para aposentarse en el nuevo porvenir que les espere, más allá de los

herrumbrosos raíles que les han de transportar. Mis ojos se empañan ante esta meditación, porque mi vía hacia el mañana se torna negra como una repugnante cucaracha, desligándome de todo; porque mi travesía vital se precipita como si estuviera despeñándose por un luengo barranco, o sumiéndose en un angosto desfiladero, o alejando las traviesas de mi corredor, llenando así mis días de indescifrables rasguños imposibles de curar. Ya no hay trenes para mí que puedan llevarme a parte alguna, ya no; ya no hay guías en mi vida que sepan ensamblar un destino distinto al que me acontece, ya no. Aun con todo, quiero seguir repasando, a través de los vericuetos que solapa mi mente, los resplandores cosidos en las entretelas de la cúpula celeste que acabo de vislumbrar tras esta ventana, y bajo la moldura arqueada de esta triste sala que me confina y encorseta. Quiero impregnarme del fulgor infinito de este amanecer que aún me arrulla, y que derrocha sus brasas hirvientes en esta mañana que eclosiona ardiente. Siempre me ha encandilado admirar los vestigios luminiscentes del firmamento; son como erupciones impetuosas al nacer el brasero que nos ilumina y logra caldearnos, y son nebulosas chispeantes en sus dominios plateados cuando la noche nos brinda su cara de marfil. Precisamente, ha sido en ese velo nocturno cuando he soñado con ella. Ha vuelto a mí como un hada vaporosa que quisiera calar en mis pensamientos, mezclarse entre los alaridos de mi corazón y agrietar los remiendos de brechas ya olvidadas o, por lo menos, aletargadas en el cajón mugriento de mis recuerdos.

Sentada en el borde de la cama, no puedo sino digerirlo ahora, acordonada de nuevo por las lustrosas cintas de seda que continúan atándome a un doloroso pasado; aquel que preferiría desterrar de las acequias de mi atormentada memoria, y subsanar sus hemorragias salientes, y echar todos los cerrojos, con sus candados y cadenas, a esas voces que pintan mis desgracias y ansío acallar, mas soy incapaz de hacerlo, por mucho que lo intente, tarde o temprano aparece entre mis cavilaciones, posándose entre los hilos del olvido y cortando su silencio con destreza y rapidez. Después de muchos años, lo equivalente a media vida zozobrando, sin haber sabido absolutamente nada de mi propia familia, cuyo despiadado miembro que no nombraré: el que seguro que sigue distinguiéndose a sí mismo como el más destacable —mas no lo es, ni lo ha sido ni lo será—; así pues, después de mucho tiempo ausente de toda noticia referente a Altospinos, y sin saber cómo ni de qué manera ha ocurrido, es ahora cuando los gajos de lo vivido más allá de la percepción del tiempo se revuelven ante mí, penetrando de nuevo en mi mirada, en mis neuronas, en mis latidos, y trayéndome a Blanca, aunque haya sido tras hacerme experimentar, con ira, lastimosamente y otra vez, quién fue aquel ser que no osaré mencionar jamás y que, con certeza,

continuará imponiendo su relevante autoridad y preponderancia sobre cualquiera que considere inferior: cuando no es más que un monstruo inmundo, peor incluso que una abominable y hedionda rata olisqueando entre la porquería y que, además, portara mil y una plagas letales entre sus fluidos corporales; cuando todo en él está envenenado y emponzoñado, porque todo él no es más que una infección crónica, tal como si estuviera remojado día y noche por esas sucias aguas que transmiten la funesta enfermedad del cólera, y fuera el agente residual que la propagara sin mirar atrás ni a la gente; cuando todo en él no es nada ni nadie, porque fue todo y enteramente él, el que me mandó directa a este inconcebible exilio, enmarcado por el más lascivo de los pecados y con el más espeluznante martirio de todos los habidos y por haber, de todos los que existen y todos los que puedan existir, y él, todo él, fue quien salió totalmente indemne de lo sucedido. Pero ha sido Blanca la que finalmente ha venido, imponiéndose y tachando lo demás; ella ha vuelto a mí hoy, ha retornado inundándome con su presencia evaporada por el encriptado canal que han compuesto mis sueños.

Esta noche he soñado que nos cogíamos afectuosamente de la mano, y sentíamos la fina textura de nuestras pieles, que eran todavía idénticas, pero estaban ya —fruto inequívoco de la edad— colmadas de surcos y protuberancias, además, éramos conscientes las dos de que todo pasaba tras un interminable paréntesis en el que nuestros dedos no habían podido juntarse ni reconocerse ni entrelazarse; luego nos abrazábamos sin pudor, derramando toda una vida de amargas lágrimas decantadas en la distancia y el aislamiento, en la incertidumbre y la recóndita pena, y en un hondo pesar que había roto nuestras entrañas, partiéndonos a nosotras por la mitad y con el filo de un solo tajo, pernicioso, fatal; porque entendía o, más bien, mi mente sabía, dentro de ese halo de fantasía, que había acaecido así. (Desde luego, una parte verdadera del propio juicio o raciocinio siempre subyace, superponiéndose, a la bruma de la inconsciencia). En mi flotante alfombra onírica éramos dos estrellas perdidas en medio del inabarcable universo, que caían como topacios encadenados desde el cielo para verterse en torrentes y cascadas, hasta converger con el frenético cauce de un río; un río donde Blanca atravesaba rápidos y desafiantes corrientes hasta regar el delta de un mar furioso, embravecido, encolerizado, entre cuyas olas encrespadas me alzaba yo con los brazos abiertos y una enorme sonrisa tallada en mis labios.

Aunque necesitara extirpar, como sin duda anhelo, todas y cada una de las piezas que han compuesto mi deambular por el mundo antes de acabar esclavizada en la gran ciudad; aunque deseara fervientemente lavar cada impureza de mi pasado, para que mi presente se tiznara de blanco inmaculado como si fuera una cuartilla

sin usar o una lámina sin pintar, es imposible hacer jirones mis orígenes, mal que me pese. Y ahí está una vez más: mi amada hermana haciéndome rememorar que, quizá, en aquella otra existencia llegué a absorber retales de dicha; quizá fue en un tiempo que, en este mismo instante, percibo como contenido en una vida usurpada, desmantelada, arrancada. Y es que la magia oculta inherente a los sueños posee ese inmutable poder que te maneja a su antojo, que te domina como le place, que te conduce hasta abismos encerrados a los que no osas asomarte en estado consciente; cuando despiertas a esta realidad que te desgarra, en la que estás atrapada, te sientes tan impotente que no hayas consuelo. Ni siquiera puedo encontrarlo en este sollozo que ya me invade, incrustándose con agujas en este cansado corazón que albergo, y que todavía late melancólico.

He intentado refugiarme tras la armadura helada de la frivolidad, precisamente para no acordarme de ellas, mis hermanas; para no pensar en las sedosas raíces que nos entretejen, impregnándonos de esa savia que compartimos de forma común; para que las llagas de este miserable vivir se replegaran como pudieran entre huecos recónditos e inalcanzables. Sin embargo, tengo ahora el pecho empapado de un dolor inmenso que no quiere escaparse hasta las lindes del destierro, porque se ha instaurado en mí de manera tangible y definitiva.

Esta penosa estancia en la que resido; este cuchitril de mala muerte en donde me han metido como harían con un vulgar roedor, me cobija en la enfermedad. Mi mundo de perdición se desplomó, más todavía, cuando le comuniqué a doña Begonia, sin ningún titubeo, que Amancio no iba a ser el pobre diablo que rociara de monedas su burdel. Aquel día entró en cólera, pero, aun así, no rectifiqué. No sé si como prueba de una buena fortuna o, más bien, todo lo contrario, mi conciencia mantiene cada una de mis reflexiones a raya. Y, en aquel entonces, su implícito mensaje era tan claro como el agua cristalina que discurre entre los saltos de la montaña. Me repetía sin cesar a mí misma que no podía clavar una espina nociva y punzante en una familia bien constituida como la de Amancio. No niego que las aletas de mi corazón volaban aún hacia aquel paraíso que nos prohibieron, al verlo a él; que quisieran expandirse en ese momento, rescatando las brasas de un filón ya extinto, al estar con él; no puedo negar que mis anhelos eran ciertos. Alejarme lo más posible fue lo más correcto y sensato que hice, en cambio; porque no podía causar más daño todavía del que nos infligieron a nosotros: el pasado se había transformado: era una mancha informe y borrosa ante mis ojos, y el futuro no podía presagiarlo como una nueva destrucción que yo hubiera propiciado. Así, por lo menos, uno de los dos podría seguir

viviendo con dignidad y dicha, y el afortunado habría de ser mi adorado Amancio. Por supuesto, doña Begonia no quiso comprender ni uno solo de mis contrastados motivos, y le expuse todos armada de paciencia y con mucha serenidad. Ella lo único que esperaba era que Amancio acudiera con asiduidad a mi lecho; solo le preocupaba poder sacar su sangrante provecho pecuniario. Como no sucedió de tal modo, dejé de ser su preferida para convertirme en una miserable apestada que debía admitir con auténtica resignación a cualquiera que se presentara bajo mis sábanas. No sé si sería otra vez el tener que sumergirme en el trajín de antaño lo que me llevaría, sin demora y sin ningún remedio plausible, a acabar enfermando; el caso es que las garras incisivas de la sífilis penetraron en mí, en mi cuerpo, conquistando e infectando cada una de las células que componen mis tejidos. La sífilis se introdujo como si las mismas llamas del infierno bañaran con furia exorbitada todo mi ser entero. Ahora guardo cama en este infesto lugar donde nos arrinconan como si fuéramos leprosas; como si una putrefacta peste nos fuera consumiendo; como si, para los demás, fuéramos intocables y portadoras de lo más repugnante: aquello que debe permanecer aislado, recluido y excluido.

Todavía me veo capaz de urdir los tensos hilos de una estrategia; un plan que pulula por mi mente desde que Blanca ha tornado a mí, colonizando cada uno de mis ya débiles fluidos en la irrealidad fantasiosa de los sueños, que han despertado mi imaginación y mi amarga añoranza.

Me dispongo, pues, a escribir a Amancio. Espero que sus señas sigan siendo las mismas y, en caso afirmativo, pueda tejer una tela de araña que resista cada embate hasta irradiar el tronco que quedó enterrado allá lejos y tanto tiempo atrás, en la fértil vereda montañosa que un dio me vio nacer, cuando aún los malos augurios no se habían manifestado; en esa boscosa tierra donde fui alumbrada y crecí enramada.

La fiebre me ha atenazado estos últimos días, mientras la respuesta de Amancio no se ha hecho esperar. Mis instrucciones han sido precisas; él ha sabido interpretarlas y acatarlas sin poner objeción alguna, aunque no hayan sido de su agrado. Le supliqué expresamente y como condición irrevocable que no viniera a verme; no en este precario estado en el que hoy me encuentro. De momento, ha cumplido con su palabra, y solamente su dulce voz ha llegado hasta mí por medio de la tinta que ha vertido en su redacción epistolar (su letra es elegante y sofisticada, a pesar de que aprendió ya de adulto los elementos de la caligrafía). Aun con lo sola que me siento aquí, no quiero involucrarle a él, ni tampoco a su familia. No deseo que les señalen por mi culpa, tal como si fueran sarnosos dentro de la clase

social que les circunda; desde luego, Amancio ha conseguido cimentar un eslabón sólido entre la escrupulosa esfera burguesa de la que ahora forma parte, y no voy a ser yo quien lo desarraigue de esa posición que sostiene, la cual le ha costado regueros de sudor y el caudal de continuos quebraderos de cabeza poder ostentar. Yo ya estoy marcada para los restos como una impía degenerada que va a cubrirse del fuego de los condenados al averno, justo cuando el manto fajado de la noche se lance hacia mí. Sé que ahora todo el mundo me ve como un despojo de la sociedad, como una víscera podrida de las que se exhiben en el mercado; de hecho, no he sido otra cosa durante toda mi magullada existencia: un objeto de nulo valor, pero que ha servido para el disfrute momentáneo de los hombres; los mismos que me han dejado en la estacada, abandonándome en esta isla rebosante de suplicios y pesadumbres. Solo soy eso: un mueble viejo que carece del lustre con el que resplandeció hace tiempo, prescindiendo del pulido de una juventud fugaz que fue parasitada por el germen de la vejez prematura; un adorno estático carcomido por los avatares de una vida expuesta a los placeres lujuriosos de los hombres, que no han tenido misericordia tirándome junto a los desperdicios inmundos de la calle, después de contagiarme de esta terrible enfermedad que me quema las entrañas.

He depositado toda mi confianza en aquel amor verdadero que fue correspondido; aquel amor sincero y juvenil que extasió cada estría del bordado escrito en mi corazón; aquel que me robó ese alguien a quien solo puedo calificar como un ser abominable, y la huella del destino, además, lo descuartizó en pequeños pedazos con desmesurada crueldad; pero ahora sus rescoldos han vuelto, me han hallado y le necesito a mi lado. Él me ayudará, lo ha escrito en su carta y le creo; porque, aun después de tantos años transportados por el cambiante volumen en el que fluye la vida, aquel fogonazo que un día prendió entre los dos sigue vivo y centelleante, aunque me niegue rotundamente a rozarlo siquiera con un fósforo y encenderlo dentro de mí. Estoy segura de que a Amancio le ocurre exactamente lo mismo, por eso pienso que contribuirá a mi fin, colaborando para que yo pueda lograr mi propósito.

Acabo de recibir su respuesta afirmativa —tal y como había predicho—, y ahora solo me cabe esperar. Pero la espera se hace incómoda, más aún, cuando mis circuitos mentales se dilatan agotados por la fiebre, mis huesos apenas me sostienen en pie y los graznidos del dolor se van inmiscuyendo en cada uno de mis músculos y tejidos, y es entonces, solo entonces cuando la infinita virtud de la paciencia se desmorona con un solo suspiro, haciendo que la espera se traduzca en términos de eternidad y se convierta en algo totalmente insoportable.

Siempre he albergado en mis pensamientos el poder conseguir asirme con brío a las tiras del corsé, pero rompiéndolas y dándoles otra función a la acostumbrada: desanudando sus fruncidos para naufragar con ellas, fabricándoles unas alas de libertad sin lazos trenzados ni opresión alguna, y que, por tanto, y de esta forma, me dejaran respirar. Me hubiera colgado en la espalda las plumas livianas de las aves para volar y recoger mi propio aliento, sin tener que sustentar el de los demás, y hubiera planeando y serpenteando por ignotos bosques, vastos mares e inescrutables montañas, así como sobre y por encima de todos ellos: de todos los que me hundieron en el sórdido fango; me hubiera deleitado paladeando los sentidos de la vida bajo mi particular canon y criterio, sin ser la esclava de mi cuerpo como he sido, sino columpiándome entre las ráfagas de cierzo que rasgan las sogas y parten las argollas, por muy pesadas que estas sean, mas no ha acontecido así, ni mucho menos. Sin embargo, y a pesar de todo, cada vez que un reciente pensamiento hilvana el siguiente de esta manera entre mis sienes, un hilo sonoro, en apariencia imperceptible y casi inaudible, retorna a mi cuadrícula de razonamientos desperdigados, cobrando e incrementando mi interés hasta tornarse en un bullicioso torbellino que me reclama:

«Azucena, ¿no eres mucho más libre que cualquier mujer que se precie? ¿No culminan ellas sus días de penitencia marchitándose poco a poco en el lecho marital, con el cerebro lavado y exprimido por la imposición de la obediencia conyugal a la que les someten, al servicio del esposo, a los ojos de Dios y donde habitan retenidas en un inmensurable vacío? ¿No moran de continuo con la espesa venda que ciega a cualquier mirada que ronde en derredor, sin poder verlas de verdad por muy cerca que se encuentren, invisibles como son para los demás, con la insignificancia y el sufrimiento retraídos para sí?»

Como siempre, me tapo con fuerza los oídos para no escuchar su retahíla de insensateces. Confieso que, en más de una ocasión, sus consejos han sido certeros y los he tenido muy en cuenta, pero esta vez no; no tiene motivo alguno para torturarme así. Voy a intentar obviar todas estas cavilaciones en las que inevitablemente me sume, desde que despunta el fuelle del amanecer y hasta que la bruma del ocaso cae trepidante sobre los tejados, mi singular conciencia, y voy a rebatir sus repetidos argumentos.

—¡Te equivocas de pleno! No voy a discutir sobre todo eso que introduces en mi cabeza, porque, desgraciadamente, una mujer ante su marido no es otra cosa que un ser inerte que no vale más que para otorgar descendencia, lo sé muy bien, por eso los hombres han venido a mí. Sé que las mujeres no somos nada bajo el universo y leyes varoniles con las que se ha constituido el mundo desde que lo es. Y que la mayor pasividad, sumisión y conformismo para vivir con la

condición femenina a cuestas, la representan las mujeres casadas, lo sé. Ahora bien, sabes que soy una esclava sexual que no le ha importado a nadie, nunca jamás. Y te puedo asegurar que, aunque lo he ansiado constantemente, nunca he sido una mujer libre, sino todo lo contrario. No intentes confundirme a estas alturas, ya no, porque conozco de primera mano este calvario que me ha roído los fluidos, insensibilizándome, dejándome famélica y con un insondable pesar oxidando mis fibras más emotivas y sentidas; porque he tenido que vivir mi cárcel interior encadenada a los barrotes de la cama.

De repente, el silencio me abruma y se cuela entre mis pensamientos, rellenando todos sus huecos. Mi conciencia calla, ya que sabe que es cierto lo que pienso; como cierto es que si realmente existe un infierno no está tras el tortuoso camino final (ahora que ya es tarde, lo sé), sino que se refleja tras la jaula de seda y espejos donde he vivido apresada; donde me han forzado a prostituirme contra mi voluntad; donde he vegetado subsistiendo.

Cae el telón opaco del atardecer queriendo raptar mis desvelos; es justo en este instante cuando el miedo se transforma en hileras de pánico irrumpiendo en mis adentros; es justo cuando solo la lumbre estelar ilumina el cielo, el momento en el que los anclajes acérrimos de la soledad se adhieren a mi ser con ahínco inusitado; es justo cuando las luces día se vuelven tenebrosas, cuando la tristeza propaga lamentos en mi frágil palpitar. Sin embargo, cuando todo esto sucede, cada vez que la gasa del crepúsculo se abalanza sobre mí con su corrosivo veneno de flechas puntiagudas; cuando la urdimbre de la noche retorna, ya no rezo oración alguna. Antes solía suplicar por esas alas de libertad que yacen caídas, salmo que troqué por los aprendidos en la infancia; pero ya no existe letanía que, hoy día, calme y alivie mi sufrimiento, porque mi purgatorio es este, no existe otro sino para aquellas o aquellos crédulos adoctrinados bajo mandatos. Hace tiempo que deseché la existencia de un dios omnipotente, que no se ocupa de aquellas personas que habitan fuera de sus márgenes. Mi único cielo es el que cada día vuelve a alumbrarme; el mismo que me abre la puerta de un incierto mañana, y ese que me deja entrever la ventana de un ayer lastimado y tintado por corredores de acentuada congoja.

Ahora pienso que, aunque quise deliberadamente serlo, nunca he sido en realidad una mariposa de alas doradas que se recortan ante el mundo por explorar, no lo he sido; nunca me ha sostenido un cuerpo blando desplegado por flancos membranosos y maleables, capaz de transfigurarse y aletear sin obstáculos desde el mismo nido hasta los confines más inhóspitos de la Tierra, y buscando refugio en ocultas oquedades, no he podido serlo; nunca he sido ni siquiera una polilla nocturna escondida entre los plisados de las telas, ni eso me han

dejado ser. Porque nunca he podido romper la cápsula de mi crisálida, que me ha aprisionado entre sus velos apretados para no dejarme escapatoria ni huida posible; porque me negaron desarrollar la metamorfosis que entrañan los esquejes de la vida, cortados de raíz antes de poder untarlos en los bordes —hoy descamados y lacerantes — de mi corazón castigado.

10

VALLE TENEBROSO DE ALTOSPINOS. OCTUBRE DE 1886

¿Qué está ocurriendo en esta casa? ¿Es que ha venido el maligno queriendo devorarnos todo, hasta nuestras vísceras más íntimas, hasta el mismo fondo de nuestro seno? ¿Hasta cuándo va a durar esta agonía que nos aflige? Este último año ha sido completamente caótico, pero desde que Camelia me entregó aquella carta, se ha convertido en un vivir insoportable, insufrible de veras. Recuerdo bien el instante concreto en el que mis trémulas manos acariciaron la desconcertante misiva. Margarita y yo tomábamos, juntas y placenteramente, un delicioso chocolate acompañado de exquisitos *farinosos* que nos sabían a gloria. Celebrábamos su día de nacimiento; era un acontecimiento que, a pesar de su originaria orfandad, conocíamos, ya que la hermana que la cuidó en el hospicio, lo anotó nada más que la sostuvo entre sus brazos con apenas unas horas de vida. Hace mucho que la muchacha ha dejado de ser para mí una simple criada; aquel servicio que estaba encomendada a realizar aquí, se ha trocado en una amistad, cuya confianza ha traspasado todos los límites y ha logrado, incluso, secar las ásperas costras de mi soledad, apartándolas de mi senda para siempre.

Ese día Margarita cumplía dieciocho años, exactamente los mismos que habían transcurrido desde la irresoluble desaparición de mi hermana Azucena. ¿Eran demasiadas coincidencias encajonadas en una sola? Verónica y yo intuíamos que no, y durante todo este último año hemos estado indagando aquí y allá, escudriñando las vetas entreabiertas del pasado, rascando hasta en las circunstancias más inverosímiles. Además de haber estado guiándonos por las estrellas cifradas del diario y la procedencia de Marga; estrellas fugaces y encriptadas —pese a nuestros continuos esfuerzos— que hace tiempo que apagaron su brillo y nos pusieron de nuevo en la casilla de salida, sin hallar ningún tipo de luz que nos hubiese arrojado las claves de una certera verdad, que se tornó tan oscura como el claustro sin ventanas donde habita Verónica. Sin embargo, aquella carta que leo y releo constantemente lo ha cambiado todo, revolcándolo por encima de nuestras cabezas y volviéndolo del revés. Parece que ese fulgor estrellado que creímos ya ausente de nuestras conjeturas, se ha

iluminado verdaderamente.

La correspondencia en cuestión proviene de Barcelona, y ha producido en el centro de todo mi ser un efecto de prolongada ansiedad y acentuado desasosiego del que no consigo librarme. El remitente es de aquel Amancio que rondó a mi hermana Azucena y la tuvo encandilada hace ya tantos años atrás. Resulta que el pobre menesteroso ha acabado transformándose en todo un señor burgués —al igual que otros cuantos que intentaron probar fortuna, y la obtuvieron tal como le ha sucedido a él—. Por lo que se ve no debió de tener reparos en deshacerse rápidamente de sus mugrientos harapos para vestirse ahora con pasamanería de seda. ¿Quién lo ha visto y quién podría imaginárselo, en este momento, engalanado de tal guisa? Nosotras no, desde luego. Es más, cuando mi padre lo mandó derecho al destierro, allá a los extremos del mundo, o dondequiera que lo enviara, en multitud de ocasiones hemos pensado que estaría ya en el tránsito de la otra vida. Así que cuando vi su nombre deletreado en la solapa del sobre, el impacto fue descomunal, ya que pensé que se había levantado de entre todos los que yacen bajo tierra.

Todo ha sido muy precipitado en estos días pasados. Sabíamos, por el diario de Azucena, que tomó rumbo a Barcelona. Sus últimas palabras escritas así lo cercioraban; el nombre de la Ciudad Condal estaba inscrito con una caligrafía impecable y en mayúsculas, y se leía con total nitidez. Pero, en cambio, en las líneas sucesivas no había nada más que unos párrafos meticulosamente tachados e ininteligibles, que ocultaban cada letra que había escrita sobre los renglones finales. (De modo que he llegado a pensar estos días que Azucena debió de querer dejarnos algún tipo de mensaje, y luego repentinamente cambió de idea, puesto que incluso se deshizo de aquel diario. Sin embargo, lo que no he podido dilucidar es el porqué de que no borrara el destino indicado; quizá, con las prisas, se le olvidara suprimirlo, no lo sé, ¿quién podría saber sus intenciones?). Lo que estaba claro era que ahí nuestras pistas se diluían, al igual que los granos de sedimento se depositan en el lecho del río, mezclándose y confundiéndose con el resto hasta difuminar todo rastro aparente. Verónica llevó a cabo su parte del trato e investigó, con el cóncavo cristal de una lupa minuciosa, todos los registros existentes de las niñas expósitas que guardaban, con celo, férreo candado y a buen recaudo, las hermanas de la Caridad en el hospicio. Ellas le remitieron al convento aquellos documentos, habiendo acordado previamente su posterior devolución. Mi hermana Verónica encontró impresos todos los datos precisos referentes a la recogida e ingreso de Margarita en el orfanato, así como también halló anotaciones registradas fechadas en sus primeros años de vida, la nodriza por la que fue amamantada y los saludables cuidados que obtuvo de la hermana que ella considera su

madre: la hermana Angélica. Según las conclusiones de mi propia hermana y con sus aclaratorios informes delante, aquella monja debió de ser pura bondad que, además, obviamente, supo transmitirle a nuestra Marga. Desde entonces, e incluso desde mucho antes, hemos tenido la extraña sospecha de que Marga es realmente nuestra sobrina; en cambio, las verdaderas pruebas que autentificaran este desgarrador, insólito, asombroso y, a la vez, deseado hecho, han escaseado ante nuestros ojos, forjando en nosotras una aflicción desmedida y una desazón tan arrolladora e inusual, tan extraña, tan inesperada, tan desconcertante en suma, que este asunto no podemos sacudírnoslo de encima como si fuera una mota de polvo que se marcha sin más, porque nos está sobrepasando, y se ha adherido a nuestros orificios internos como un pegajoso gusano que serpenteara y se pegara en cada surco de nuestro razonamiento. Con todo, la llegada de la carta ha vuelto a reavivar nuestra incansable búsqueda; solamente la tinta garabateada de unas —en apariencia— sencillas palabras, ha constituido el detonante para revolucionar, una vez más, nuestro pequeño mundo familiar, agitándose al modo de un remolino ventoso del que ya no se puede escapar.

¡Dios mío de mi vida! ¿Cómo puede ser verdad? Esa carta nos explica con detalle cómo mi hermana Azucena sigue con vida, perdida entre las redes del pecado de un lupanar. ¡Virgen santísima! Me santiguo con fervor por sus faltas cometidas —todas las que hayan podido ser—, porque cada vez que vuelvo a pensarlo, necesito clamar al cielo una oración para implorar al Señor que le dé su perdón. Aun así, lo peor de todo no es eso, no; lo peor es que partió de aquí con la preñez gestándose dentro de sí…, y nosotras ni siquiera nos enteramos, ¿es que estábamos ciegas y con el alma cubierta de oscuros y tupidos pañuelos, revestida de escombros? Pasados unos meses, dio a luz, y a saber cómo, dónde y en qué condiciones, lo único que ciertamente sabemos es que después alguien depositó en el hospicio a la desventurada Marga, mi pobrecita sobrina. Verónica ha confirmado la fecha y hora exacta en la que fue asilada y todo concuerda absolutamente, al igual que si hubiéramos armado un rompecabezas anclando todas sus piezas en el lugar correspondiente, porque ese día no hay en el archivo más recién nacidos internados allí, ni por cualquier otra calle circundante, ni tan siquiera por todo el perímetro de la ciudad, y tampoco hay ninguno en varios días anteriores ni posteriores. No hay atisbo de duda, ahora sí que podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que Margarita es la hija natural de Azucena.

Ahora deambulo por la casa meditabunda, pensando primero una cosa y justo después la contraria, mientras aprieto entre mis manos el pliego que nos envió Amancio y el diario de Azucena, que contiene su esencia como transportada en una gota cristalina; una lejana esencia

encapsulada en el ciclo de otra etapa anterior: parado el reloj, detenidas las constantes del tiempo, envuelta en ese estadio de la vida por el que incesantemente pasan los insectos antes de su muda definitiva hacia el estado adulto; esa esencia suya que reside aún sin haberse descompuesto tras los salientes de ese precipicio en el que ha acabado: ese desviado valle de extravío. Verónica está confusa ante la situación (yo lo estoy, pero ella lo está más): tenemos las señas y hemos añorado con creces poder volver a verla, a abrazarla sin querer soltarla, a cubrirla de besos, a llenarla con los compases de nuestro afecto, y lo hemos suspirado y perseguido durante demasiados anocheceres reprimidos; hemos ansiado estar junto a ella desde el mismo día que se marchó de nuestro lado y nos dejó mutiladas y rotas, dolorosamente heridas por dentro, y ahora que tenemos el lugar donde reside, anhelamos llegar hasta Azucena. Pero mi hermana es monja profesa, de clausura, y sus votos de fe le obligan a mantenerse al margen, por evidentes razones: la mala vida a la que se ha dedicado Azucena. Motivo por el que me incita encarecidamente a que vaya yo sola a su encuentro, ya que cuando se lo contemos a Valero, sabemos que tampoco él vendrá, porque es el jefe de familia y su sitio está aquí, poniendo orden y haciéndose cargo de todo en casal Villaserbal. Una autoridad heredada sin esposa ni descendencia por ahora, y ya va siendo apremiante que aparezca, aunque hace tiempo que mi hermano dejara de ser el partido idóneo para una jovencita casadera por culpa del despilfarro de mi padre. Además, a veces pienso que esta casa parece haber sido embadurnada con la pócima de la eterna soltería, ya que también a Camelia la abandonó aquel Braulio que la rondaba y se quedó, al igual que yo, para vestir santos, claro que, en mi posición, sí que era mi cometido familiar, predestinada como estaba para ejercer el cuidado a los demás, pero no el suyo.

Cuando miro a través de la ventana, me siento igual que este otoño que quiere recogernos en su núcleo interior. Los ocres se fusionan con los dorados, y el bermellón reluciente de los arces se confunde con el céreo amarillo que esculpen las hojas. Y al igual que la hojarasca cubre el suelo; al igual que el follaje lo alfombra después de haber sido desprendido del brote de donde creció, así me encuentro yo, alicaída y marchita como una nube de otoño que el cierzo se llevará y cuarteará.

A ras de las escaleras, paseo sin cesar de un lado a otro y vuelta a empezar, a la vez que intento decidir qué puedo hacer, qué debo hacer, qué haré. Justo entonces, noto el sonido de unos pasos aproximándose hasta mí. Percibo su vibrar sobre el pavimento cada vez más cercano, hasta que el jadeo de una marcada respiración me envuelve y me paraliza inconscientemente, sin saber muy bien por qué. Es Camelia la que, repentinamente, me saca de mis tribulaciones.

Perdió todo mi respeto y confianza después de haberme ocultado, deliberadamente, el diario que sostengo entre mis manos y aguarda bajo mi saya cuando me acuesto. No obstante, le he dejado leer la carta, porque creo que tanto Amancio como ella encubren algo más: Amancio parece insinuar algo, que deja colgando entre líneas, pendiendo de grandes interrogantes; Camelia ha adoptado una actitud tan rara y reservada que aseguraría que sabe más de lo que calla.

Ahora mismo, sus ojos parecen ondear en un atisbo de ¿culpabilidad? Está claro que no puedo desechar este momento y vuelvo a entregarle la carta. La observo inquisitivamente; no soy como mi padre, ni siquiera he osado castigarla, pero necesito que suelte esa lengua de serpiente, que la desenrosque de una vez por todas y desenrolle su contenido sin camuflaje ni máscaras.

Levanta la mirada después de hojearla de nuevo, y veo sus ojos anegados en lágrimas a punto de expandirse en intrincados arroyos. Agacha la cabeza y, con voz quebrada, me confiesa:

—Doña Blanca, no sé cómo decirle esto ahora, pero entiendo que debo hacerlo. Hace tiempo, meses antes de que su hermana Azucena desapareciera sin dejar rastro…, yo vi cosas espeluznantes que hubiera preferido ignorar. —El silencio inunda el recibidor como un soplo de auténtica mudez.

—No aguanto más sus insensateces, Camelia. Desembuche de una vez y diga lo que tenga que decir, sea lo que sea. —Dubitativa como se muestra, y con la voz vacilando entre las cuerdas de su garganta, le increpo—: ¡Hable ya, por el amor de Dios! ¡Hable!

Espero paciente su contestación.

—Ya han llegado ustedes a la conclusión de que Margarita es hija de su hermana, pero… —Le penetro con la mirada y prosigue—: No solo es hija de su hermana, también lo es de su padre.

Mi corazón palpita con tal fuerza que siento que huye, que se desencaja, que se me va a salir del pecho en este instante, y me ahogo al respirar. ¡Me falta el aire! Aun así, no sé cómo puedo ser capaz de continuar insuflando mis pulmones, ralentizando lo suficiente su acelerado ritmo al tiempo que le zarandeo a ella como si el diablo me hubiese poseído, para que me explique o desmienta lo que acaba de comunicarme con una aparente rotundidad.

—¿Qué? ¿Se ha vuelto loca? —le espeto—. Su perturbación no tiene límites. Pero ¿qué me está diciendo, Camelia?

Aflojo un poco mi sacudida y despego mis manos de sus hombros. Aunque mi crispación y mi ardiente furia no merman por completo.

—¡Ojalá fuera eso, doña Blanca! ¡Ojalá fuera que mi mente se hubiera turbado y estuviera delirando! ¡Ojalá! Pero no es así, señora. Aquella fatídica noche en la que todo ocurrió, su padre estaba embriagado, más que cualquier otro día, le aseguro que llegó muy

ebrio y… Y yo no sé cómo ni por qué, pero al oír unos ruidos, me acerqué a ver de dónde provenían. —Tras una breve pausa, me da la aciaga y nefasta sentencia—. Aun en las sombras, vi claramente a don Abelardo sobre la señorita Azucena. Siento decirle que la mancillaba violentamente, a la vez que la mantenía inmovilizada y con su mano tapándole la boca. No supe qué hacer mientras la forzaba y salí corriendo. Jamás hablé con nadie de ese escabroso tema, y le suplico su perdón por no habérselo contado cuando sucedió, pero comprenda que el miedo me reconcomía y preferí callar; es lo que siempre nos han enseñado a las sirvientas. Aunque ya no pueda aceptarlo, le ruego que me disculpe y tenga piedad conmigo.

Los cúmulos de ira que había amontonado en mis adentros se desvanecen, y mis sollozos, profundos, agazapados ya en una sima insondable, se unen a los de ella —que se ha hincado de rodillas ante mí en el frío suelo, hasta que le insto a levantarse y se incorpora—; y así derrochamos todo nuestro llanto amalgamado sin tiempo siquiera para reaccionar cuando, imprevisiblemente, un estruendo a nuestras espaldas nos obliga a volvernos con desmesurada presteza.

El rostro demudado de Marga nos indica que ha escuchado toda la conversación. Bajaba de asear al anciano con la jofaina entre los brazos, y la brutal, inconcebible, inesperada, tremenda, brusca e inasimilable noticia ha hecho que la pieza de porcelana que sostenía se deslizara de súbito, rodando y rompiéndose en ínfimas porciones ante sus pies al mismo tiempo que todo su ser.

Ha salido dejando tras de sí la estela de un relámpago y ha corrido sin parar hasta llegar a los establos. Ahí ha montado —a pesar de no saber— sobre el lomo curtido y envejecido de Azabache, trotando presurosa hacia los confines del bosque. Pero como me conozco cada recodo del Prepirineo, me he adelantado con el cochero por un atajo y la calesa ha desempeñado la función de muga colosal, frenando al caballo cuando ha aparecido con Marga y pudiendo así darle alcance en su desbocada fuga. A ella la hemos rescatado, mientras que el pobre Azabache ha volado despavorido con sus cascos retumbantes, vete tú a saber dónde.

Al instante, y debido lógicamente a tantos sentimientos encontrados y, más aún, contrariados e ignotos que, en fulgurante explosión, hierven bajo la piel resquebrajada de Marga, bullendo de sí misma como astillas afiladas imposibles de quitar, de extirpar, de poder cercenar, ella ha perdido todas sus fuerzas; todo ha sucedido vertiginosamente en ese mismo instante en el que ha acabado desmayada y mecida entre mis brazos, que la van a arropar con anhelo toda la vida.

Pasan los días, uno tras otro, finitos y encadenándose entre sí, y

entretanto Marga continúa inmersa en esa lamentable conducta en la que se sumió, hundiéndose hasta su fondo oscuro, desde el funesto día que nos golpearon los insaciables y horrendos puños de la verdad.

Mis noches en vela se acumulan junto a ella, que no quiere vivir, que desea dejar de existir, que no puede soportar saber quién es en realidad. El barniz de una atroz penumbra nos envuelve por completo, haciéndonos padecer un vacío inmundo que nunca hemos sentido, hasta ahora. Mi Marga, hermana y sobrina al unísono, ha perdido hasta el habla; no se comunica con nadie y prescinde de la innata facultad del lenguaje, tal y como si se hubiese disipado sin ninguna razón de su cerebro de forma repentina. Está ausente, no percibe ya nada que se atribuya a la concepción del mundo ni al entorno que le rodea. Se aposenta en una esquina de la alcoba que ahora compartimos, y se pasa las horas con la mirada totalmente fija en Dios sabe qué. Se encuentra en un estado catatónico, como si realmente ya no morara en el reino terrenal; como si se hubiera convertido en piedra, tal como el sillar que cimienta el casal. Se niega siquiera a probar bocado alguno, pero yo le trituro la comida y le obligo a pasarla por la garganta. No dejaré que sucumba, ella es mi única esperanza de mirar hacia delante; ella ha sido mi sol y mi alegría tras años implantados por cortinas oxidadas de tristeza, con el alma despedazada y el corazón rasurado; ella ha despejado mi horizonte por venir, ahuyentado el foco de mis borrascas y tempestades; por ella lucharé con la exigua voluntad que aún mantengo, con ese escaso vigor que todavía albergo dentro de mis instintos, porque se merece que le dé todo el amor usurpado; porque la quiero desde el centro latente de mis hondas entrañas, y la quiero como si fuera mi propia hija; porque en alguna remota parte tiene que existir un nuevo y venturoso amanecer, aquel que logre enterrar tantas penas y desquiciante tormento en el crepúsculo de un perpetuo olvido.

11

EN LAS TINIEBLAS DEL PREPIRINEO. OCTUBRE DE 1886

Desde aquel nefasto día, diviso la túnica celeste recubierta siempre de nubarrones opacos que se arremolinan en torno a mí, queriendo atraparme entre su fuego de desastre y tormenta, mas he conseguido huir del filo de sus tenazas. La luz deslumbrante del sol se ha desvanecido para mí; ya no existe lámpara, candil ni palmatoria que pueda encender mis adentros y vuelva a conquistar los zurcidos de mi vapuleado corazón, que se ha deshilachado en una maraña de seda rasgada.

Cuando supe lo que hubiera preferido soterrar bajo inmensas capas de hierro forjado; cuando mi aturullada cabeza empezó siquiera a poder comprender algo de todo el significado que aquel vendaval me había traído, azotándome y dejándome a las puertas mismas de la muerte; cuando toda esa horrible toxicidad cayó sobre mí, como una fina lluvia que se reconvierte en granizo y te apalea con bestial tempestad; cuando todo ese suplicio ahondaba hasta debajo de mis fluidos, resecándolos y sepultándolos, algo trascendental me hizo ver más allá: enfoqué mi mirada hacia lo intangible y traspasé esa barrera superficial que me dejó penetrar en cada uno de mis instintos y hacerlos revivir, y salí así de ese asfixiante y hermético comportamiento que me postraba e inmovilizaba como una persona sin conciencia, sin vida y casi sin aliento, o como alguien suspendido en la más absoluta de las inercias. Fue Blanca, mi tía y hermana al mismo tiempo —aunque todavía me cueste asimilarlo ahora, e incluso aceptarlo al principio—, quien logró arrancarme de las garras del desánimo, de la frustración, de la más abyecta de las desesperaciones; ella fue la que se encargó de recogerme de ese siniestro pozo donde yo anidaba, pudriéndome; ella me estuvo abrazando fuerte, muy fuerte, y me recitaba constantemente al oído palabras cariñosas que bailaban en la danza de un suave susurro, sin embargo, no surtieron ningún efecto hasta el día en el que verdaderamente, sin tapujos ni doblez alguna, se ablandó. Lloró de tal modo, sin dejar de rodearme con sus brazos, que mis aletargados sentimientos pudieron raspar algo su coraza de hibernación; mientras sus lágrimas, acristaladas por la amargura y agrias de acidez, impregnaban todo mi ser y mi apagado

espíritu.

No puedo recuperar ya ni un solo pétalo de instantes felices colmando mi interior; me gustaría poder olvidar todo, regresar a aquellos días en los que no podía siquiera entrever que había sido engendrada por el monstruo más bárbaro, inhumano y perverso de todos los que haya en este odioso mundo terrenal. Hubiera deseado despertar cada mañana y pensar que todo había sido un mal sueño causado por el peor de los demonios; una pesadilla para clausurar en una tumba bajo tierra. Y es una pesadilla, pero es tan real como que, no sé por qué, la voluntad me hace continuar; continuar mis pasos en el angosto margen de la existencia, continuar viviendo.

En estos angustiosos días, todo nos sucede por impulsos; todo pasa vertiginosamente al azar, sin pensarlo ni premeditarlo.

Camelia se ha ocupado de ese energúmeno; Blanca y yo somos incapaces, ni siquiera nos asomamos a su infestada alcoba, llena de porquería y mugre de ese ser (por decir algo, porque solo podría ser un guijarro que no vale para nada) inmisericorde y repugnante. Sin embargo, el otro día vi cómo mi tía entraba a hurtadillas en su alcoba. La seguí y enseguida comprendí lo que pretendía. En su cabeza, que tenía en esos momentos tan alterada que semejaba un huevo de ave a punto de eclosionar, había surgido, como recién salida de un volcán en plena erupción, la descabellada idea de acabar con él, y todo sin que el pulso le temblara, definitivamente y para siempre. He de decir, y confieso, que mis enrevesados pensamientos también han ido socavando esos mismos vericuetos aproximadamente un millón de veces o, incluso, muchas más todavía. Pero yo me he parado a coser esos hilos mentales y luego los he desatado, para volverlos a remendar después, mal que me pese. Y es que he llegado a la sencilla conclusión de que no es una solución factible, ni mucho menos. ¿Por qué? Porque, entonces, esa bestia que depositó la putrefacta simiente de la que nací a partir de la inconmensurable violencia ejercida sobre la pobre desgraciada de mi madre natural, tendría, por fin, ese alivio —que tanto espera— de su habitual sufrimiento. Por ello, pronto intuí las intenciones de Blanca, y fui tras ella, quitándole aprisa ese vaso que contenía el veneno tóxico desprendido por las hojas del boj, que, aunque curan infinidad de males, en este caso, su alta concentración, desproporcionada en la infusión que Blanca agitaba, hubiera sido contundente y letal, ocasionándole una muerte segura. Esa escoria no bebió ningún brebaje, ni en sus labios u organismo veneno alguno se dispensó, pero las palabras que le proferí envenenarían igual cada sucia gota que circula por su sangre, emponzoñando su distinguido honor en la viscosidad de una nauseabunda ciénaga: «Soy la hija de Azucena y, por tanto, suya igualmente. Ya no puede esconderse como un lobo en su guarida, porque sabemos, a ciencia cierta, con absoluta

certeza, que fue usted con su asquerosa lascivia quien aquella noche la forzó; usted la violó con una brusquedad y violencia extremas, dejándola totalmente indefensa, bajo su control y dominio, y ella no pudo siquiera removerse un ápice para implorar auxilio; y lo hizo usted con la maldad y la frialdad propias del ser que es y ha sido siempre: deplorable, miserable y cuya sangre transporta hielo y nunca grandeza, valor u honestidad; es usted un animal rabioso, aberrante y abominable. Su sangre turbia es la misma que corre por mis venas, pero la mía es guiada por sentimientos de nobleza: los de ese infanzonazgo que usted se atribuyó para sí, y los verdaderos que nutren mi corazón y cobran significado. No se preocupe, porque tanto su vergüenza como sus altos niveles de indignidad están ya martilleando en los oídos de todos sus hijos, que le detestan y odian por ello. Su honor se ha quebrado, y estará manchado en casal Villaserbal, en Altospinos y hasta en las lindes más retiradas del bosque, por los siglos de los siglos y los siglos venideros. Y, por supuesto, sabe perfectamente que todo usted es auténtica carroña que, inevitablemente, ha de pudrirse bajo las intensas y corrosivas llamaradas del averno. Rece, ruegue y suplique todo lo que quiera, pero su pecado es tan grande y horrendo, tan increíblemente descomunal, que no hallará nunca la vida eterna; se quemará en el caldero del infierno».

Blanca estuvo a mi lado cuando le sentencié mi discurso. Al día siguiente, ya no era ni la triste figura de sí mismo que un día debió de ser; ya ni tan siquiera podía emular el porte de aquel hombre autoritario que me contaron que un lejano día llegó a ser. El día posterior a mi acusadora arenga estaba como ido; su habitual mirada llena de malicia se percibía perdida y asustada. Desde entonces, ni un solo alarido, gemido o vocablo ha salido de su garganta; además de perder la locución, se ha convertido en un inmóvil vegetal, cuya única función es la de seguir respirando, nada más.

Y yo me he transformado en una concavidad vacía, con el espíritu completamente hueco como la piel de un fruto inexistente; mi reflejo se ha consumido como una vela cortada de un solo tajo, dejando a mi alma bajo los efectos de la intemperie; me siento como una copa que no recoge ningún contenido en su interior, no hay nada tras sus paredes. Porque ya no sé quién soy, ni por qué me trajeron a este mundo sin piedad, compasión ni corazón; porque me han fracturado la identidad que me reflectaba en el horizonte, haciéndome ser una pieza desgajada del brote de la vida, y haciéndome sentir mísera y con un insondable sufrimiento recorriéndome entera, como si me estuvieran pinchando con punzantes púas de horquillas de carey, y me las clavaran concienzudamente y sin cesar por todas y cada una de las partes que me conciben.

12

EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. OTOÑO DE 1886

Hoy no hay relojes que atesoren el tiempo. Se han desvanecido, disipándose como un cajón de arena volcado en medio del desierto. Hoy no hay péndulos que marquen los ritmos, ni manecillas que vibren al compás; porque hoy el sonajero de las horas se ha detenido fortuitamente, remarcándose en pausa.

Hace días tomé una firme e irrevocable decisión: dejarme impulsar por los frenéticos pálpitos de mi corazón; insuflarme de la fuerza intrépida de sus acelerados latidos y salir en busca de mi alma partida, de esa mitad ausente que siempre ha formado una oquedad irremplazable en mi desdichado sentir.

Llevo toda una vida rigiéndome por las estrictas pautas que me ha lanzado mi mente, como si fuera una flecha precisa haciendo blanco en mi conducta y razón. Pero, por una vez, he logrado romper con todos los designios sociales que nos imponen a diario, y he hecho caso a las sílabas grabadas en las válvulas de mi exhausto corazón.

Allá hemos dejado a Valero al cargo de todo, y a Verónica confinada en su vida conventual. Allá ha quedado un pasado lleno de infortunios, y hacia adelante hemos enfocado nuestra mirada al mundo. He realizado un largo viaje, en placentera compañía, la mejor, para poder taponar las sangrías supurantes en el bastidor que nos une como hermanas a Azucena y a mí, como parte inequívoca de la una en la otra. Voy estirando el vendaje de un lienzo oculto: aquel que quisieron encalar con luz tenue y tonos rematadamente grises, como si hubiese sido forjado en un día de otoño empapado del indiscutible olor a tierra y a humedad que traen las lluvias en su apogeo, o como si lo hubiesen querido enterrar bajo la inexorable lápida de un infinito invierno, y todo para que nunca se supiera nada ni ninguna verdad sobresaliera al trasluz de la superficie; no lo consiguieron, en cambio. Porque nosotras, unidas en nuestro íntimo espacio, juntas y fuertemente ligadas en nuestro dosel femenino, le vamos haciendo frente —como podemos o cuando nos vemos realmente capacitadas para ello— a la cruda y atormentada situación que ahora conocemos, y le vamos rociando con el sol de la primavera, pincelando nuestros destellos sobre todas sus sombras, además de intentar ir recuperando

nuestro tiempo; todo el que nos fue saqueado y vedado; todo el que nos fue arrancado y extirpado; todo el que, en concreto, nos han arrebatado y, más aún, nos han negado siquiera vivir a mi sobrina —también hermana— y a mí misma. Es un lienzo que se va restaurando ahora; sus partes se van remendando y reparando, y poco a poco se renueva cada gruta dañada, cada desconsuelo sentido, cada triste pensamiento enhebrado. Marga me ha acompañado en este vagar transeúnte recién explorado, a pesar de su reticencia inicial, algo que era de esperar después del zozobrante torbellino de identidad que le provocó, sin remedio, el conocer la verdad, y el saber y ser capaz de situarse en esa apoteósica y novedosa realidad que le circundaba, y de la que ya no podría huir jamás, aun siendo una prófuga de su propia existencia. Ella trata de encajar los anclajes que la engendraron en su rompecabezas mental, y yo anhelo poder cerrar algún día el apergaminado cuaderno familiar que nos ha abierto las puertas de su infame depravación: la perpetrada por don Abelardo (desde que lo supe, soy incapaz de vincular su nombre con el mío, con mi origen, de seguirle llamando lo que no puedo ni escribir y comparto con mis hermanas y hermano). Dentro de nosotras mismas se han ramificado, uno a uno, los tallos resistentes del sufrimiento, expandiéndose como un inabarcable laberinto que se hilvanara en las entretelas de nuestro espíritu fustigado.

Sin embargo, he preferido acudir sola a las dependencias del sifilicomio. Debo verla primero a solas en ese hospital (no sé cómo la voy a encontrar, y no me refiero a los años acunados en la balsa de la distancia, sino al daño producido por la detestable enfermedad que padece y le espolea con sus cuchillas cortantes); a solas las dos, reconociéndonos de nuevo tras un lapso maldito e interminable, reencontrándonos tras el reluciente espejo interior que albergamos una de otra, sintiéndonos el todo de una misma parte, siendo otra vez partículas complementarias en un alma compartida, sedienta de afecto; a solas las dos, para planchar esas heridas que nunca fueron alisadas, ni siquiera almidonadas, siempre se mantuvieron al raso, arrinconadas entre férreas presillas. Tampoco quiero engañarme, porque ignoro su estado.

Antes de abrir la puerta de la sala del hospital donde está asilada, inspiro un par de veces hondamente, suelto un largo suspiro y, sin más demora, penetro en ese submundo desconocido donde han cobijado a Azucena. Todo queda atrás. Todo se descompone ante mis ojos para afianzar, con lianas de la fibra segregada por las arañas, nuestros lazos de añoranza.

No hay palabras que derrochar, solo caricias que derramar; no hay dolor que desborde las espinas claveteadas en el corazón, solo un profundo amor robado que nos es devuelto a raudales. Le acaricio con

ternura, pero no noto debajo de mis dedos su piel ulcerada, solo siento el latir intenso que recorre sus adentros. Cruzo mi mirada esmeralda con sus penetrantes ojos del color de la miel secretada, pero no pienso en su evidente rostro demacrado ni en su incipiente decrepitud, solo veo su cariño fundido con el mío, en el recodo encubierto de la emoción expectante.

Nos reencontramos en esta tina de la vida, ya trashumada y asignada al arbitrio indeleble del truncado destino. Es como si volviéramos a nacer; como si fuéramos otra vez recién nacidas, alumbradas desde el mismo útero materno, desde la misma matriz; como si el cordón umbilical que, independientemente, nos aunó al vientre de mi madre, volviera a unirnos ahora, trenzando, tejiendo y acumulando cada una de nuestras desdichas.

Nos reconocemos; somos almas gemelas, aun a pesar de las implacables embestidas con las que nos ha azotado la vida y el tiempo transcurrido: luengo transcurso de nuestras existencias apelmazadas en un vacuo baúl, que nos ha ido transportando con sus lánguidas, escasas, famélicas y abatidas luces entre una vasta y voluminosa montaña rebosante de umbrías y vaivenes, indicándonos por doquier cada ramal del pedregoso camino. No sé si existirá un nuevo amanecer que reluzca dentro de nosotras mismas y que pueda contener esta encadenada cordillera de lamentos: esta cumbre de sollozos que me ha ido acompañando casi a cada vuelta proferida por el hábil pulso de un porvenir incierto, tan caprichoso, mezquino y vil en demasía; pero sí he encontrado los resquicios del alba para mí, enrollados en el trazo tintado de un nuevo despertar, e irradiados en el aura que veo resplandeciente y envolvente en Azucena, al haberla recuperado, muy a pesar del desfavorable estado en el que la he hallado. Al fin, regresa hasta mí, mientras percibo que algo se condensa y se enreda entre las dos, al igual que si fuera la arácnida mantilla sedosa de un nido construido bajo la protección de una leñosa corteza, y su luz me invade, extasiándome y colmando todas mis emociones, tocando mi alma y convirtiendo mi corazón en hebras de fuego o en briznas de fulgurante color, ensalzándolo; Azucena palpita en mí, y se sumerge en mi intrínseco pasadizo, dentro, muy dentro, tal como lo haría la etérea danzante al interpretar su pieza musical más amada, íntima e introspectiva; Azucena roza mis acordes más sensibles, colonizando todo lo que soy, todo lo que siento.

13

EN ALGÚN LUGAR ENREDADO EN LA MARAÑA DEL INVIERNO. OTOÑO DE 1886

Todo se precipita, como cristales vaporosos hacia el fondo marchito de mi náufrago corazón. He vuelto a sentir a Blanca dentro de mí, rellenando cada cuenca desolada de la vida que he pasado sin ella, completamente sola en esta isla de perdición y manantiales de lujuria en la que me han tenido presa bajo el yugo desbocado de los hombres; ella ha henchido todo aquello que fue quedando suspendido, colgado del lastre de la miseria, adoptando la fría fachada de la apariencia y queriendo balancearse hacia los regadíos del recuerdo; ella me ha devuelto una ínfima porción de aquello que fue en ese otro vivir que existió hace tiempo, y que se derrumbó como un muro reiteradamente hostigado y cañoneado. Ese vivir lejano donde no encontré salida —siempre estuvo clausurada para mí—, porque, desde la noche negra del incesto, no tuve opciones a las que poder agarrarme y acogerme; no hubo puertas ni dignidad ni alternativa alguna, solo la fuga. Blanca me ha traído el sosiego que necesitaba, el que precisaba con premura para no zambullirme entre los cantos rocosos del océano.

Aun con todo, el impacto de sus noticias me ha dejado en penumbra conmigo misma, como si el toldo de la noche me salpicara entre sus losas, cortándome de raíz el poco aliento que ya me queda; como si las tinieblas de mis actos se fusionaran entre mis escamados tejidos, y los envolvieran escaldándolos; o como si toda el agua dispersa en la mar provocara un diluvio irrefrenable entre mis apesadumbrados e inquietos sentimientos. Y es que la existencia de Margarita, mi propia hija, aquella indefensa criatura que gesté en mi vientre sin querer hacerlo y que alumbré sin desearlo, me ha llevado a tambalearme enérgicamente como una veleta expuesta a los fríos vientos más septentrionales, al tiempo que miles de flechas se han ensartado dentro de mí, una vez más. Ha causado tal revuelo en mis entrañas, que la calma con la que me ha obsequiado mi hermana del alma, se contradice con este sinvivir que me corroe los vértices del espíritu con gran ansiedad. Sin embargo, a estas alturas de mi terrible existir, de mi azaroso y desfavorable vagar, no me voy a andar con ningún rodeo inoportuno. Ahora sé que volvería la vista atrás, y

cambiaría muchas cosas a las que me condujo mi patético e incierto destino. Este mismo en el que únicamente las noches borradas, con bóvedas carentes de luces y sin luna proyectando su farol, me han atado al sendero que pisamos; este en el que las huellas imprimidas han estado dirigidas y condicionadas por la codicia de los otros, aunque sea yo a quien culpen y llamen degenerada.

Aun así, nunca pensé que aquel endeble bebé, que tuve que parir sola y desamparada, sobreviviría y saldría adelante; que lograría traspasar la malicia inscrita en la oscura mirada de personas abominables e indeseables con las que yo he tenido que bregar. Nunca lo pensé, pero es un hecho palpable el que realmente consiguió tumbar con creces todos aquellos obstáculos, y hoy es una mujer en edad de merecer; hoy es una lozana muchacha —por lo que me ha comentado Blanca— de apenas dieciocho años, los mismos que tenía yo cuando ella nació.

Por eso quiero conocerla; ansío verla, escuchar su voz inundando mis oídos, notar sus manos entrelazando las mías y abrazarla con anhelo, como si el mañana no fuera a venir; como si pudiera paralizarse en un paréntesis eterno bajo el hechizo del tiempo perdido. Sin embargo, no me engaño. Ojalá nuestro encuentro acontezca de esta forma imaginada, idílica, bajo la cúpula de una realidad sugestiva y fantasiosa, pero sé que no sucederá así. Ella está rabiosa, con toda la razón, y percibe grandes cúmulos de ira aglutinándose dentro de sí, algo muy normal. Se pregunta quién es, y su origen todavía pende revuelto del tallo que lo estira. Se cuestiona el porqué de todos los porqués que le acechan, y no obtiene respuesta que pueda sosegarla mínimamente. Es natural que se sienta así, con lo cual, creo que le costará aceptarlo: no puede verme como lo que soy, su madre. Por todo ello, tengo aquí el diario que hace unos cuantos días depositó Blanca entre mis manos; solo espero que cuando mi voz ya no se alce ni brote, sino que se haya eclipsado, apagando sus murmullos y clamores, al igual que un arroyo reseco que talla franjas de aridez; solamente quiero que, entonces, pueda aclarar sus dudas bajo el sello de mis palabras escritas: aquellas que tiñeron mi adolescencia de inconfesables secretos y las que he añadido en esta vejez que me exprime.

Ahora las recibo. He mandado aviso a Blanca, porque noto que estoy empeorando por momentos y, a veces, solo una retahíla de delirios consigue escapar de mi lengua pastosa. Sé que la denigrante impresión que Marga va a tener de mí, en este pordiosero y agónico estado por el que pululo, va a enmarcar, imperecederamente, sus recuerdos para el resto de sus días. Pero ahora que la vida me la ha devuelto, como en un espejo recompuesto, quiero presentir que ella será capaz de reconstruir el engranaje que a mí me rompió en infinitos

pedazos, tan nimios que siguen roturados.

Ya están aquí. En esa primera fracción de segundo en la que nuestras miradas colisionan, creo que va estar recelosa conmigo, y es una sensación que me angustia y desconsuela; en cambio, justo después, se reclina y se acerca hasta el borde de mi cama. Acto seguido, se abalanza hacia mí sin mediar palabra. No me lo esperaba, en absoluto, y mi corazón enturbiado por el escudo de los glaciares helados, se derrite imparable ante el abrigo de Marga. Chorros de indómitas torrenteras se escurren sin freno de nuestros ojos, que forman un vidrioso lago en el que la una se refleja en la otra con simetría, con análoga e idéntica mirada; que empapan los escondrijos del alma compartida de auténtico calor, de un afecto disipado y negado hasta hoy en el extravío constante de nuestras desérticas existencias.

Ya más calmadas, en estos fugaces instantes de lucidez que aún me quedan, le hablo con ternura.

—Hija mía… —No me deja terminar la frase, que se queda colgando en la comisura de mis labios.

—No, no me llame de ese modo —replica tajante—. He venido porque su hermana Blanca me lo pidió concienzudamente. Es cierto que también deseaba conocerla a usted, porque no quería añadir a mis quebraderos de cabeza más cargos de conciencia. —Realiza una prolongada pausa y noto su respiración entrecortada—. Mire, siento mucho la vida que le ha tocado, así como igualmente me pena de verdad lo enferma que está. Le aseguro, asimismo, que tanto mi llanto como mi abrazo han sido sinceros, no sé si por lo que nos une o por lo que nos ha separado, no lo sé. De lo que sí tengo constancia en mi interior, es de que, para mí, usted no es mi madre, usted me abandonó. Mi madre, mi verdadera madre, la que se hizo cargo de mí y siempre me cuidó, fue la hermana Angélica, no usted.

El llanto y mis gemidos de culpa y dolor resuenan por las salas y los pasillos del hospital, colándose en la desventura de otras y otros enfermos e instaurando un sollozo melancólico de extremo a extremo del ala.

Se compadece de mí y me dice con voz queda.

—Si tiene que marchar, marche en paz. Usted fue una víctima más y le perdono por ello. Pero no podré olvidar su abandono, a pesar de todo, ni tampoco el hecho de que mi madre solamente fue una, la hermana Angélica. No quiero causarle más daño, créame, pero he de ser franca tanto con usted como conmigo misma, y es eso lo que siento.

Me da un beso en la mejilla, que traspasa hasta el último de mis sentimientos —incluso tras escuchar sus palabras, cuyo eco continúa vibrando y agitándose en mis adentros—, y sale rauda de la sala.

Blanca va tras ella y la acompaña hasta la salida; luego, vuelve junto a mí y se queda un rato más a consolarme y a verterme, con el alma en la mirada, un rebosante flujo de cariño que recojo en el fondo de mi corazón y que se agranda con ella. Cuando ya me tranquilizo; cuando ya hemos repasado y aunado nuestras experiencias vividas, las que atravesamos conjuntamente, así como las que nos hemos contado y hemos compartido en esta etapa de redescubrimiento entre nosotras, y nuestros emotivos espíritus se han estremecido, alineándose en un palpitar conmocionado, intenso y simultáneo entre las dos; cuando todo esto sucede y notamos la sutil permeabilidad de una nube de armonía que, tras años aciagos y de constante desasosiego, nos da cobijo en este instante, ella también parte, prometiéndome volver al día siguiente, como ha venido haciendo todos estos últimos días.

Sin embargo, ni siquiera las inyecciones de mercurio que me administran para poder paliar algo los síntomas asociados a la sífilis, pueden contener realmente esta temible enfermedad, puesto que el tratamiento, en la fase crítica que ya atravieso, no logrará curar definitivamente este insufrible mal que me carcome (desde que resido en este detestable lugar, he visto con mis propios ojos lo que les ha ido ocurriendo a otras mujeres enfermas; todas ellas acusaban la misma dolencia que yo y en un estadio semejante al mío, por lo que deduzco que mi caso no será distinto). Así que sé que ya no las he de ver (de alguna inconsciente forma, lo sé); no las veré más con estos ojos que todavía son capaces de parpadear; no podré verlas, ni habrá más visitas suyas en las que mi alma vuelva a ser prendida con sus encajes y con la llama indeleble de los recuerdos: remembranzas que amalgaman y nutren nuestras raíces, y sus entreverados nudos se expanden en nuestros corazones forjando un bosque íntimo, compacto y potentemente intrincado entre nosotras mismas, las mujeres de la casa Villaserbal: siempre entre ligadas las unas con las otras. Sé que no tardarán en velarse ante mí, porque pronto regresaré a las briznas oscilantes de hierba que cubren la tierra y que, bajo su regazo, el proceso de la descomposición tiene lugar.

Hace tiempo que dejé de libar el néctar de las abejas, cuyo invierno a ellas les agotaba y de mí se apoderó; los susurros del quejigo mecido por el viento quedaron lejanos, como aletargándose en mis cúmulos interiores; y la visión de aquella loba solitaria de ojos verdes, llenos de embrujo y astutos en demasía, se difuminó entre el polvo cavernoso de la montaña. Una montaña de vida que ya no siento, porque su arrebatadora fuerza hace tanto que se me escabulle entre los relieves de la memoria, que casi se me empieza a diluir en la bruma del olvido el momento en el que fue recortada y desgajada, dejándome alicaída; una montaña vigorosa que ya se esfumó, siendo

hoy solo el eco de un sepultado pasado: aquel que hace tiempo bramaba desde las cumbres, emanándome energía desde su mismo núcleo, talud del abejaruco.

A partir de ahora, mi voz ha de resurgir en la resonancia de las palabras contenidas en este diario, que enfocan mis ojos por última vez.

Nací tras los barrotes dorados de una alta cuna, y me voy de este mundo ultrajada y como una miserable.

Cae el telón del firmamento que borda el retrato de la noche; su tupido escenario se quiebra ante mí y pinta de oscuridad mi mirada.

Mi alma se desliza hacia la estela plateada, que brilla como una gargantilla intermitente; me agarro a ese candelabro mientras mi aliento se ralentiza, escondiéndose y asfixiándome, y siento que mi vida se desborda, rasgando sus telas de seda y alejándose sin retorno de este mundo terrenal.

EPÍLOGO

EN EL LUGAR QUE OCUPA MI CORAZÓN. DICIEMBRE DE 1886

Soy un fruto incestuoso; soy hija del pecado que cometió despiadadamente el amo, don Abelardo, contra Azucena Villaserbal, una pobre desgraciada herida, sin compasión ni consuelo, por las hincadas garras de la vida.

He decidido vivir esta existencia de continuos infortunios para poder contarle a otras mujeres de mi condición la violencia perpetrada por los hombres. Quiero hacerles ver que no somos objetos de disfrute en sus hediondos juegos obscenos, y que tenemos potestad para decidir libremente sin tener que pasar por su aro permisivo. Intentaré cambiar las cosas, o al menos buscaré que las mentes femeninas se abran y escuchen mis palabras, y así trataré de hacerme oír para evitar que lo que le ocurrió a mi madre siga sucediendo cada día; cada vez que el sol despierta de las faldas cerradas de la noche y después de su último bostezo, al introducirse detrás de los relieves de la montaña, porque en cualquier momento y en cada uno de todos los recónditos rincones que se puedan otear o imaginar, hay una mujer que está siendo brutalmente deshonrada, vejada o maltratada por un hombre depravado, despreciable y sin escrúpulo alguno —o hasta por más de uno—, aunque incluso comparta con ella afinidades de sangre o familia que directamente les vinculen en parentesco. Con todo, la sensible envoltura que reviste todos los contornos de mi corazón se resiste a perecer, y quiere entrever un punto de esperanza alzándose tras la enagua voluptuosa del horizonte.

Soy Margarita Villaserbal, descendiente de la baja nobleza del valle prepirenaico, la última integrante de un luengo árbol familiar cuyas ramas perdieron sus destellos de luz el día que fui concebida. Me arrepiento de las duras palabras que lancé a mi madre, arrojándoselas fríamente y sin meditación alguna; ese dolor estará siempre candente en el centro de mi corazón, ya es tarde para poder ponerle remedio. Su apergaminado diario y sus notas al borde de la caligrafía me han abierto los ojos, enseñándome su compleja y triste realidad. Me han adentrado en las rutas de su pensamiento y he podido explorar su esencia, sus sinceros y verdaderos sentimientos. Demasiado tarde. Ahora ella mora en el reino de la nada, no vive en el cielo, ni en el

infierno, ni siquiera entrambos o fronterizos en la línea del purgatorio, al menos es lo que ahora creo; mi fe se resbaló también con ella y con la rabia que hoy me invade.

Sin embargo, la caja retumbante de su voz continúa viviendo en mí. Atisbo rescoldos de un cielo despejado donde todos los corsés terminen desatándose y dejen de oprimirnos en el pecho, y todo el desaliento que lleva a la existencia que nos obligan a pasar, acabe expulsándose, borrándose de nosotras, de nuestros rostros y entrañas; donde toda nuestra vida deje de flotar a la deriva en la barca que timonean otros, de modo que ya nuestros sentimientos no puedan ser succionados ni anulados, tal como ahora nos ocurre, que parece que fueran absorbidos por las corrientes del río: aquellas que ellos, los hombres, manejan en su beneficio y favor; y donde, por fin, releguemos al péndulo remoto del tiempo lejano todo lo que nos ha llevado a transitar, a las mujeres, por ese escarpado camino de brasas que alimentan las hogueras: todavía rusientes en este doliente habitar de reas encarceladas que somos y que ni siquiera el humo espeso de la *chaminera* logra hacer desaparecer.

Acogida y arropada en el seno familiar, difuminada en el retrato del que todas nosotras formamos parte: el que sabe pincelar las aristas del alma; ahí, en ese espacio nuestro, junto a Blanca, cuyos lazos se entretejen con los míos formando racimos inseparables, seguiré clasificando especies vegetales o animales que abunden en la frondosidad de este bosque, umbrío a veces, relumbrante y luminoso otras, y hasta misterioso e increíble de cuando en cuando, ya que, quizá, el mundo no las conoce todavía. Continuaré dibujando e interpretando las ilustraciones de la vida, porque algún día hallarán entre mis láminas las creaciones inventadas por una mente femenina; un talento con firma de mujer, aunque no lo reconozcan ni mi nombre aparezca nunca en sus tratados de botánica o zoología.

Miro hacia el fondo del abismo olvidando los pesares, y sueño con un devenir propicio; un futuro alentador acunado en un mañana claro, distinto y transformado que esté incendiado por un prisma de traslúcidos colores, y cuya razón de sostén y de estar no albergue corredores en penumbra ni mapa alguno moteado de oscuridad. Un rutilante espejo que sea capaz de reflectar, en cada foco que nos otorga la vida, incandescentes haces fulgurosos cuyas hebras entonen el corazón y liberen a las mujeres de argollas y tiranos; un umbral esplendente que sepa ensombrecer el sufrimiento y rebose de un palpitante sentir desbocado e inscrito en nuestro interior, el mismo que, en un cercano amanecer, consiga despertar a una muchedumbre de conciencias, abrumándolas y situándolas ante las filas del abandono y el pauperismo. Sobre todo, y por encima de todo, desearía, y anhelo con todo mi ser, que mi malherido corazón pudiera

recobrarse y dejar atrás, en un destierro perpetuo, su recorrido de horrendos pasos; suspiraría de alivio si las hendiduras de mi alma atormentada fueran zurciendo cada brecha desasida, y cada dibujo de sus bordados pudiera sanearse, y sus ribetes amputados acabaran sellándose, para que algún día, al alba, sea realmente cierto, y su fondo en mí, en la mujer que soy, pueda colmarse de plena luz.

NOTA DE LA AUTORA

La inspiración que iluminó la creación de esta novela, al igual que me ocurrió con las anteriores, fue fruto de un invisible eslabón ligado a la historia familiar de mis antepasados. Paulatinamente, fueron llegando a mí reveladores relatos acerca de sucesos pasados, muy fragmentados y con demasiadas incógnitas, sin embargo. Pero mi mente, siempre inquieta e inventiva, sentía gran curiosidad por saber e indagar, y aunque, una vez más, no pude atestiguar los hechos reales relacionados directamente con mi propia familia cuando tuvieron lugar: sus datos concretos se difuminan entre la brújula del tiempo que todo lo emborrona; aun así, los fui atesorando, trasladando aquellas historias escuchadas a otra época muy anterior —no el lugar, el cual es veraz: mis orígenes tienen su procedencia en el Prepirineo Aragonés donde se basa *De bordados a sedas*—. Toda mi obra literaria se impregna de mí; por consiguiente, la existencia que pudieran haber llevado mis ancestros más lejanos pudo ser la misma que la que, en esas vidas imaginadas, he investigado y recreado. Esta vez, ha sido la esencia de mi estirpe radicada en uno de los pueblos de las Altas Cinco Villas (tierra aragonesa denominada, asimismo, como la Alta Zaragoza —ubicada al norte de esta provincia—) la que me ha empujado sin descanso a tirar del ovillo de generaciones pasadas con las que ha surgido un estrecho vínculo; sólido lazo que ha de perdurar y que ha quedado sellado en los rebordes de toda mi alma.

La documentación histórica que recabé para dar forma, fondo y retratar así cada uno de los escenarios en los que esta novela se ambienta, fue escrupulosa; fue una labor tenaz, de firme perseverancia y estudio; un proceso largo en el que cada detalle está minuciosamente contrastado. Por descontado, la sociedad, contexto histórico o entornos en los que se desarrolla la trama son veraces y absolutamente fidedignos al acontecer de aquel momento, siendo los personajes principales anónimos y, por tanto, labrados en la ideación de esta autora. Sus similitudes e identificación con las personas a las que he hecho referencia al comienzo de esta nota no se nutren de la casualidad e, incluso, podrían albergar características semejantes; no obstante, mis personajes se miden bajo un reloj cronológico distinto y solo se han forjado en mi fértil imaginación.

Los parajes naturales descritos son parte acompañante de esta novela; de hecho, cobran vital importancia a través de animales como la loba o las abejas, entre otras especies de seres vivos vegetales o animales que destacan. Hoy, no se puede vislumbrar ni un solo lobo/a

en las inmediaciones del bosque prepirenaico, puesto que se extinguieron hace mucho; ni siquiera se hallan en muchos otros hábitats de la Península Ibérica, en los que su presencia se ha visto muy reducida: el lobo ibérico solo reside ya en una tercera parte de sus antiguos territorios, encontrándose en la actualidad en el Listado de Especies en Régimen de Protección Especial. Esta especie fue perseguida y casi aniquilada, pero ahora conocemos lo fundamental que es para poder mantener los ecosistemas sanos y en perfecto equilibrio: se disparan las poblaciones de herbívoros como corzos, ciervos o jabalíes por efecto inequívoco de la ausencia del lobo/a en las últimas décadas, y este aumento hace que también se incrementen las enfermedades infecciosas entre estos —que contagian, asimismo, al ganado— al no ser ya eliminados por las y los lobos; sin atisbo de duda, se debe proteger al lobo/a ante las amenazas latentes, constituyendo la caza furtiva una de ellas. Por otra parte, las prácticas agrícolas intensivas, el uso de pesticidas en combinación con las especies exóticas invasoras que se han introducido o el cambio climático, entre tantas causas, han llevado a un acusado declive a polinizadores como las abejas; algo muy preocupante en animales vitales para la biodiversidad y la producción mundial de alimentos. Responsabilidades políticas y el respaldo hacia formas de agricultura ecológica son la clave para la preservación de los polinizadores, en alarmante peligro de extinción.

Por último, y no por ello de menor importancia o calado, sino todo lo contrario, haré alusión a la trata de personas, nombrada en el siglo XIX como «trata de blancas». Todo lo concerniente a la situación de Azucena en esta novela, son hechos que, lamentablemente, sufrieron muchas mujeres en la realidad de aquel momento de nuestra historia. Lo más injusto e intolerable es que en el presente actual, en cualquier parte del mundo a la que nos aproximemos, nos encontramos con que existen todavía esas redes de proxenetismo que llevan a innumerables mujeres a tener que vivir y pasar sus días bajo la candente fragua del infierno más cruel. Con mi personaje principal, Azucena, no solo estoy visibilizando aquel horrendo pasado de esclavitud sexual en el Ochocientos, sino que también pretendo crear conciencia sobre el calvario inhumano que, como entonces, muchas mujeres se ven hoy obligadas a atravesar entre pavor y tinieblas. Aún es más escalofriante, y más doloroso, y más espeluznante si cabe, el hecho de que muchas de las víctimas actuales de trata (al igual que en el contexto desarrollado en esta novela) sean menores de edad. Afortunadamente, en mi país se está trabajando en aras de acabar con esta lacra social en la que las únicas que sufren son las mujeres víctimas de explotación sexual, y se está ahondando en ofrecerles soluciones. Bajo mi particular punto de vista, y después de haberme adentrado en este

terreno —antes desconocido para mí— a través de mi ficticia Azucena, pienso que no habrá igualdad en ningún ámbito de la vida mientras no se erradique toda forma de prostitución; abolirla totalmente y reinsertar a todas las mujeres víctimas, y que se logre de manera ecuánime en cualquier parte del mundo.

En *De bordados a sedas* vuelvo a prender la llama de las mujeres; ellas, que fueron relegadas a ser dulcificadas como las flores; ellas, cuyo papel se escribía en lo doméstico; ellas, que, aun habiendo sido educadas para ser sumisas, plasmaron sus pensamientos, aunque jamás su firma se estampara; ellas, que me regalaron su historia y yo, que la transmito escribiéndola, testificando su legado femenino.

BIBLIOGRAFÍA

Historia y sociedad del siglo XIX en Europa y España; cultura, vida cotidiana e historiografía de género

T.C.W. BLANNING (Edición)/FERGUSON, Niall/HEYWOOD, Colin/ HOPKINS, A.G./SHROEDER, Paul W./SHEEHAN, James J./TOMBS, Robert, *El siglo XIX. Europa 1789-1914,* Barcelona, Crítica (Colección Historia de Europa Oxford), 2002.

TÉMIME, Émile/BRODER, Albert/CHASTAGNARET, Gérard, *Historia de la España contemporánea. Desde 1808 hasta nuestros días,* Barcelona, Ariel Historia, 2005.

ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX,* Madrid, Taurus Historia, 2003.

URÍA, Jorge, *La España liberal (1868-1917). Cultura y vida cotidiana,* Madrid, Síntesis (Historia de España 3º milenio), 2008.

SECO SERRANO, Carlos, *Historia del conservadurismo español. Una línea política integradora en el siglo XIX,* Madrid, Temas de Hoy (Colección: Historia), 2000.

SÁNCHEZ MANTERO, Rafael, *El siglo de las Revoluciones en España,* Madrid, Sílex, 2017.

PERROT, Michelle (Dirección)/CORBIN, Alain/GUERRAND, Roger-Henri/HALL, Catherine/HUNT, Lynn/MARTIN-FUGIER, Anne, *Historia de la vida privada (Tomo 4): De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial,* Madrid, Taurus, 2001.

MORANT, Isabel (Dirección)/GÓMEZ-FERRER, Guadalupe/CANO, Gabriela/BARRANCOS, Dora/LAURIN, Asunción (Coordinadoras), *Historia de las mujeres en España y América Latina (Volumen III): Del siglo XIX a los umbrales del XX,* Madrid, Cátedra, 2006.

Historia y sociedad del siglo XIX en Aragón

GIL NOVALES, Alberto, *La Revolución de 1868 en el Alto Aragón,* Zaragoza, Guara Editorial (Colección básica aragonesa), 1980.

BERDIÉ BUENO, Isidoro, *Aragón durante la Revolución de septiembre (1868),* Zaragoza, Mira, 1991.

BERDIÉ BUENO, Isidoro, *Aragón durante la primera República (1873),* Zaragoza, Mira, 1991.

BERDIÉ BUENO, Isidoro, *Población, Sanidad y Educación en Aragón durante la segunda mitad del siglo XIX,* Zaragoza, Ayuntamiento de Zaragoza (Área de Acción Social y Salud Pública), 1992.

ESTARÁN MOLINERO, José, *Catolicismo social en Aragón (1878-1901),* Zaragoza, Fundación Teresa de Jesús, 2001.

CASTILLO MONSEGUR, Marcos (Edición), *XXI Viajes (de europeos y un americano, a pie, en mula, diligencia, tren y barco) por el Aragón del siglo XIX,* Zaragoza, Diputaciones de Zaragoza, Huesca y Teruel, 1990.

SANZ LAFUENTE, Gloria, *Las organizaciones de propietarios agrarios en Zaragoza, 1890-1923. Redes de poder y estructura comercial,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2000.

SABIO ALCUTÉN, Alberto, *Tierra, comunal y capitalismo agrario en Aragón. Uso de los recursos naturales y campesinado en Cinco Villas, 1830-1935,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2002.

Aristocracia e infanzonía; historia, arquitectura y tradiciones de la comarca de las Cinco Villas, provincia de Zaragoza (Aragón)

POWIS, Jonathan, *La aristocracia,* Madrid, Siglo XXI, 2007.

BRIOSO Y MAYRAL, Julio, *Infanzones Aragoneses,* Zaragoza, Ibercaja (Colección Boira), 1992.

FALCÓN PÉREZ, María Isabel, *Los Infanzones de Aragón en la Edad Media,* Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008.

RIPALDA GABÁS, Carlos, *Navardún, historia de la Valdonsella,* Zaragoza, 2013.

BAJÉN GARCÍA, Luis Miguel/GROS HERRERO, Mario, *Archivo de Tradición Oral (Volumen 1): La Tradición Oral en las Cinco Villas. Cinco Villas, Valdonsella y Alta Zaragoza,* Zaragoza, Diputación de Zaragoza. Área de Cultura (En colaboración con el Centro de Estudios de las Cinco Villas), 1994.

A. RIVAS, Félix, *Sofuentes antes más. La cultura popular de un pueblo de las Cinco Villas contada por sus propios habitantes y transcrita por Félix A. Rivas,* Zaragoza, Ayuntamiento de Sofuentes (Zaragoza), 2009.

GIMÉNEZ AÍSA, María Pilar, *Arquitectura tradicional de las Cinco Villas,* Zaragoza, Adefo Cinco Villas; Comarca de Cinco Villas; Cíder Prepirineo, 2008.

Indumentaria, flora, fauna y apicultura tradicional

GUARC SANCHO, Elena/LATAS ALEGRE, Dabí, *Indumentaria tradicional aragonesa. Apuntes para una historia,* Zaragoza, Prames, 2012.

PUENTE CABEZA, Javier/BENITO ALONSO, José Luis, *Guía imprescindible de las flores del Prepirineo y tierras vecinas,* Jaca (Huesca), Jolube Consultor Botánico (Colección Guías imprescindibles de flora, nº3), 2014.

BLASCO ZUMETA, Javier, *Guía de aves de las Cinco Villas,* Zaragoza, Prames, 2009.

DE JAIME LORÉN, José María/DE JAIME GÓMEZ, José, *Aproximación a la historia de la apicultura aragonesa,* Zaragoza, Gobierno de Aragón (Departamento de agricultura y alimentación), 2004.

CHEVET, Robert/RIVAS, Félix A., *Apuntes sobre apicultura tradicional en Aragón,* Zaragoza, Diputación Provincial de Zaragoza; ARNA Agrupación Apícola, 2008.

Historia de Cataluña

VILAR, Pierre, *Breve historia de Cataluña,* Barcelona, Ediciones UAB, 2011. (Temas correspondientes al siglo XIX).

AGUSTÍ, David, *Historia breve de Cataluña,* Madrid, Sílex, 2002. (Temas correspondientes al siglo XIX).

SOBREQUÉS I CALLICÓ, Jaume, *Historia de Barcelona,* Barcelona, Plaza & Janés, 2008. (Temas correspondientes al siglo XIX).

VICENS VIVES, Jaume, *Los catalanes en el siglo XIX,* Madrid, Alianza Editorial, 1986.

Prostitución en el siglo XIX

GUEREÑA, Jean-Louis, *La prostitución en la España contemporánea,* Madrid, Marcial Pons Historia, 2003.

BRUQUETAS DE CASTRO, Fernando, *La historia de los burdeles en España. De lupanares, puteríos reales y otras mancebías,* Madrid, La

Esfera de los Libros, 2006.

Conventos femeninos; infancia en el siglo XIX

CAMPOS, F. Javier/FERNÁNDEZ DE SEVILLA (Dirección), *La clausura femenina en España. Actas del Simposium (I) 1/4-IX-2004,* Madrid, Estudios Superiores del Escorial; Ediciones Escurialenses (EDES), 2004.

BORRÁS LLOP, José María (Dirección)/BORDERIES-GUEREÑA, Josette/COHEN AMSELEM, Arón/RODRÍGUEZ OCAÑA, Esteban/ GUEREÑA, Jean Louis/TRINIDAD FERNÁNDEZ, Pedro, *Historia de la infancia en la España contemporánea, 1834-1936,* Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales; Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1996.

OTRAS FUENTES

Publicaciones de revistas universitarias en referencia a la infanzonía; sobre el reclutamiento militar, Cuba, conventualidad femenina, balnearios y enfermedades en el siglo XIX

FALCÓN PÉREZ, María Isabel, *Las Cinco Villas, tierra de infanzones,* Universidad de Zaragoza (PDF).

RODRÍGUEZ DELGADO, Esaú, *La sustitución o redención para el servicio militar a mediados del siglo XIX. Un estudio a partir de la documentación que se conserva de la Villa de Torredelcampo,* Iberian. Revista digital de historia. Nº4, Mayo/Agosto 2012.

SARMIENTO RAMÍREZ, Ismael, *Visión en la sociedad antillana de la separación de España: la actitud de españoles y cubanos durante la guerra de Cuba,* Museo de América, 1998.

PEINADO RODRÍGUEZ, Matilde, *Espacios conventuales del XIX: Educación y práctica de la feminidad,* Universidad de Jaén (Revista de Antropología Experimental. Nº9, 2009. Texto 16: 225-236).

MÍNGUEZ BLASCO, Raúl, *¿Fanáticas, maternales o feministas? Monjas y congregacionistas en la España decimonónica,* Universidad del País Vasco (Hispania Sacra, LXVIII. 137, enero-junio 2016, 391-402).

TATJER, Mercedes, *En los orígenes del turismo litoral: Los baños de mar y los balnearios marítimos en Cataluña,* Universidad de Barcelona,

2008.

ARBOIX, A./FABREGAS, M.G./MARTÍ-VILALTA, J.L., *Los ictus a finales del siglo XIX y principios del siglo XX: una aproximación clínica y terapéutica,* Universitat Autònoma de Barcelona; Sociedad Española de Neurología (Neurosciences and History), 2013.

CASTEJÓN BOLEA, Ramón, *Enfermedades venéreas en la España del último tercio del siglo XIX. Una aproximación a los fundamentos morales de la higiene pública,* Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam. Vol. 11, 1991, pp. 239-261.

ROS VIVANCOS, Cristina/GONZÁLEZ HERNÁNDEZ, María/ NAVARRO GRACIA, Juan Francisco/SÁNCHEZ PAYÁ, José/ GONZÁLEZ TORGA, Antonio/PORTILLA SOGORB, Joaquín, *Evolución del tratamiento de la sífilis a lo largo de la historia,* Revista Española de Quimioterapia, 2018 Dec; 31(6): 485–492.

ACLARACIONES LINGÜÍSTICAS (VOCABULARIO PROVENIENTE DE LA LENGUA ARAGONESA)

Arnales: Colmenas tradicionales.

Cadiera: Banco.

Chaminera: Chimenea.

Esconjuradero: Lugar ritual donde invocaban para ahuyentar plagas o tormentas y sus efectos devastadores.

Farinoso: Dulce horneado.

Jacientes: Tipo de colmena.

Yeguacero: Persona que cuida o guía las yeguas.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Raquel Victoria (Zaragoza, 1978) comenzó su andadura literaria a través de los relatos que su abuela le contaba, lo que le inspiró la creación de su primera novela *Las raíces de la encina* (Certeza, 2013; reedición, 2022), en la que da voz y dota de sensibilidad a las mujeres de su familia en un siglo XX español de hambre, opresión y silencio. Tras su ópera prima, vio la luz su novela *La posada del pozo* (2018), cuyo estremecedor escenario se sitúa entre los años veinte y la guerra civil española, y rescata del olvido a aquellas mujeres valientes que lucharon por sus derechos y libertades.

La escritora aragonesa ha intervenido como ponente en actos culturales y literarios, tratando temas sobre la desigualdad de género, comprometida con el empoderamiento y visibilidad real de las mujeres; así como ha participado en certámenes literarios locales como jurado.

Autodidacta, versátil y polifacética, escribe también poesía, narrativa breve, crítica literaria y artículos de toda índole (mayormente especializados en temática femenina, histórica o medio ambiente); géneros que actualmente publica en las redes sociales.

Habiéndose formado en los últimos años en materias de género o históricas en distintos centros educativos, además de haber dejado atrás su labor como Técnica Sanitaria Especialista en Laboratorio, hoy la escritora se dedica a aquello que más le apasiona: crear sus obras con perspectiva de género y enfocando los trágicos acontecimientos de otro tiempo, y lo hace ahondando en los sentimientos por medio de su prosa poética.

Ahora, trabaja ya en su próximo proyecto, siendo *De bordados a sedas* su última y más subjetiva novela.

Puedes seguir a la autora en sus redes sociales:

Facebook

Página de Facebook: Raquel Victoria, escritora de novela histórica

Página de Facebook: Reseñas literarias bajo el prisma de Raquel Victoria

Instagram

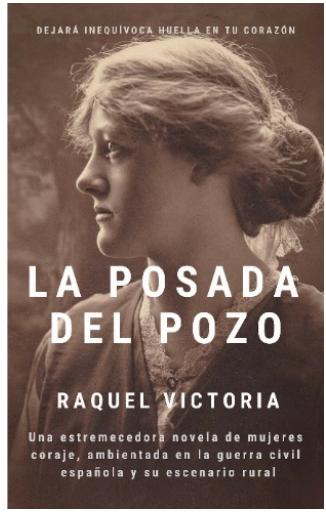
Twitter

Blog: La tinta derramada de la escritora Raquel Victoria

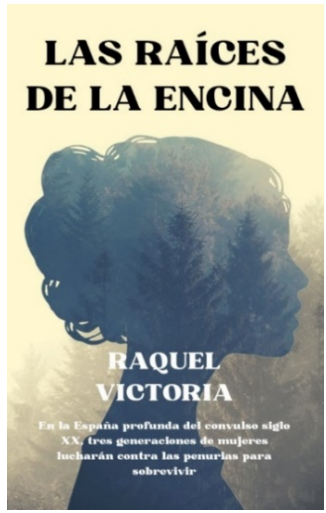
Goodreads

YouTube

OTRAS NOVELAS PUBLICADAS



La posada del pozo, de venta aquí



Las raíces de la encina, de venta aquí

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

Bordando la urdimbre

1

PREPIRINEO ARAGONÉS. NOCHEVIEJA DE 1867

2

PREPIRINEO ARAGONÉS. OTOÑO DE 1865

3

PREPIRINEO ARAGONÉS. OTOÑO DE 1865

4

ALTOSPINOS. OCTUBRE DE 1865

5

ALTOSPINOS. PREPIRINEO ARAGONÉS. DÍAS OTOÑALES DE 1865

6

PREPIRINEO ARAGONÉS. INVIERNO DE 1865

7

EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. PRIMEROS DÍAS DEL OTOÑO DE 1886

8

ALTOSPINOS. ABRIL DE 1866

9

PREPIRINEO ARAGONÉS. UNA SEMANA DESPUÉS

10

ALTOSPINOS. DÍAS PRIMAVERALES DE 1866

11

ALTOSPINOS. PASADOS UNOS DÍAS

12

BAJO LAS FALDAS DEL PREPIRINEO ARAGONÉS. PRIMERA SEMANA DE MAYO DE 1866

13

EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. OTOÑO DE 1886

14

BOSQUES DEL PREPIRINEO ARAGONÉS. UN DÍA Y MEDIO MÁS TARDE

15

ALTOSPINOS. DOS SEMANAS DESPUÉS

16

DEBAJO DE LA PENDIENTE DEL PREPIRINEO ARAGONÉS. PRIMAVERA DE 1866

17

ALTOSPINOS. CULMINANDO LA ESTACIÓN ESTIVAL

18

EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. OTOÑO DE 1886

19

ALTOSPINOS. PREPIRINEO ARAGONÉS. ÚLTIMA SEMANA DE SEPTIEMBRE DE 1866

20

BOSQUES PREPIRENAICOS ARAGONESES. INVIERNO DE 1866

21

ALTOSPINOS. REPTANDO POR LA PRIMAVERA DE 1867

22

RELIEVES DEL PREPIRINEO ARAGONÉS. TRANSCURRIDAS DOS SEMANAS

23

VALLE DE ALTOSPINOS. EQUINOCCIO DE OTOÑO DE 1867

24

ALTOSPINOS. EQUINOCCIO DE OTOÑO DE 1867

25

EN LA RECÓNDITA UMBRÍA DE ALTOSPINOS. NOCHEVIEJA DE 1867

26

UMBRAL SOMBRÍO DE ALTOSPINOS. CUATRO MESES DESPUÉS

27

EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. OTOÑO DE 1886

28

VALLE TENEBROSO DEL PREPIRINEO ARAGONÉS. ALGUNA

SEMANA MÁS TARDE
29
EN LAS PENUMBRAS OCULTAS DE LA MONTAÑA PREPIRENAICA. JUNIO DE 1868
30
ENTRE LAS TINIEBLAS QUE CUBREN EL VALLE DE ALTOSPINOS. AL DÍA SIGUIENTE
31
EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. OTOÑO DE 1886
SEGUNDA PARTE
Costuras desprendidas
1
BARCELONA. JUNIO DE 1868
2
ALTOSPINOS. VERANO DE 1868
3
BARCELONA. VERANO DE 1868
4
BARCELONA. PERIODO ESTIVAL DE 1868
5
PREPIRINEO ARAGONÉS. OCTUBRE DE 1868
6
EN LOS SUBURBIOS DE BARCELONA. NOVIEMBRE DE 1868
7
AFUERAS DE BARCELONA. TRAS LOS MUROS DEL HOSPICIO. ÚLTIMA MADRUGADA DE SEPTIEMBRE DE 1868
8
ENTRE LOS FÉRTILES BOSQUES DE ALTOSPINOS. DÍAS PREVIOS A LA NAVIDAD DE 1870
9
BARCELONA. ATRAPADA EN EL ESPEJO ROTO QUE USURPA EL ALMA. DICIEMBRE DE 1870
10
EN EL ALFOMBRADO VALLE PREPIRENAICO. UNOS MESES DESPUÉS
11

BAJO EL CIELO DE ALTOSPINOS. JUNIO DE 1871
12
BARCELONA. ATRAPADA EN EL ESPEJO ROTO QUE USURPA EL ALMA. DURANTE EL ESTÍO DE 1871
13
AFUERAS DE BARCELONA. EN EL SILENCIO DEL HOSPICIO. FINALES DE VERANO DE 1873
14
BARCELONA. ATRAPADA EN EL ESPEJO ROTO QUE USURPA EL ALMA. FEBRERO DE 1876
15
ENTRE LAS BRUMOSAS CUMBRES DEL PREPIRINEO ARAGONÉS. BROTES PRIMAVERALES DE 1876
16
AFUERAS DE BARCELONA. ENTRE LA NIEBLA DEL HOSPICIO. FINALES DE OCTUBRE DE 1882
17
ATRAPADA EN EL ESPEJO ROTO QUE USURPA EL ALMA. EN EL OTOÑO DE 1882
18
AFUERAS DE BARCELONA. BAJO LA LOSA IMPASIBLE DEL HOSPICIO. ÚLTIMOS DÍAS DE ENERO DE 1883
TERCERA PARTE
Los encajes del alma
1
TRASPASANDO LOS SÓLIDOS MUROS QUE ENCIERRAN EL HOSPICIO. PRIMERA SEMANA DE MAYO DE 1883
2
ATRAPADA EN EL ESPEJO ROTO QUE USURPA EL ALMA. ENTRE LA TIBIEZA DE LA PRIMAVERA DE 1883
3
ATRAPADA EN EL ESPEJO ROTO QUE USURPA EL ALMA. DÍAS PRIMAVERALES DE 1883
4
ENTRE LAS TINIEBLAS DEL BOSQUE PREPIRENAICO. PRIMERA SEMANA DE MAYO DE 1883
5
PROYECTADA POR LA SOMBRA DE QUEJIGOS Y ABEJARES.

TIERRAS DE ALTOSPINOS. DÍAS GÉLIDOS DEL INVIERNO DE 1884
6
IRRADIADAS POR EL SOL PREPIRENAICO. VERANO DE 1885
7
VALLE SOMBRÍO CERNIÉNDOSE SOBRE ALTOSPINOS. AL DÍA SIGUIENTE
8
EN LA INSÓLITA PENUMBRA DE ALTOSPINOS. DÍAS ESTIVALES DE 1885
9
EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. SEPTIEMBRE DE 1886
10
VALLE TENEBROSO DE ALTOSPINOS. OCTUBRE DE 1886
11
EN LAS TINIEBLAS DEL PREPIRINEO. OCTUBRE DE 1886
12
EN ALGÚN LUGAR ENREDADO ENTRE LA MARAÑA DEL INVIERNO. OTOÑO DE 1886
13
EN ALGÚN LUGAR ENREDADO EN LA MARAÑA DEL INVIERNO. OTOÑO DE 1886
EPÍLOGO
EN EL LUGAR QUE OCUPA MI CORAZÓN. DICIEMBRE DE 1886
NOTA DE LA AUTORA
BIBLIOGRAFÍA
BIOGRAFÍA DE LA AUTORA
OTRAS NOVELAS PUBLICADAS
ÍNDICE